



EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES.

SECCION MORAL-RECREATIVA.

EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DEL RENOMBRADO ARTISTA

D. EUSEBIO PLANAS.

TOMO II.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE ESPASA HERMANOS.

CALLE DE LAS CÓRTES, NÚMERO 223.

LIBRO CUARTO.

El cautiverio en Argel.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se hace un sucinto relato histórico de las empresas en que se halló Cervantes.

Habia en Argel, sobre la ribera del mar, un baño ó prision de cautivos cristianos, pertenecientes al dey.

Este baño era un patio irregular, más largo que ancho.

Las construcciones que alrededor de este patio se levantaban, eran de un solo piso.

Una larga hilera de puertas bajas y estrechas que á este patio daba vuelta, eran cada una la entrada de una pequeña zahurda, húmeda y mal sana, y negra y deslabrada.

En cada una de estas habitaciones, moraban algunos cristianos cautivos del dey.

Al fondo de este patio ó jardin, que diríamos hoy, habia una iglesia, que los musulmanes permitian á los cristianos, dando con esto un grande ejemplo de la libertad religiosa, que debieran atender nuestros clérigos.

En esta pequeña iglesia, sostenian el culto algunos sacerdotes cautivos.

Adheridos á este patio habia unos cuantos jardines, y algunas casas pertenecientes al dey.

En estos jardines trabajaban los cautivos.

Tenian allí á los de más condicion; á aquellos por los cuales se esperaba obtener mejor rescate.

Los desdichados pasaban una vida tristísima esperando su libertad, sujetos á tratamientos humillantes y aun crueles, en peligro siempre de la vida, y con el

temor de ser trasladados más léjos, á Constantinopla, donde su rescate se haria más difícil.

Entretenian sus pesares como podian.

Muchas veces, en las grandes solemnidades religiosas, despues de haberlas celebrado en la iglesia, representaban en un tablado que se levantaba al aire libre, comedias ó autos sacramentales, á que acudian muchos de los habitantes de Argel, así moros como cristianos.

Resonaban con mucha frecuencia las vihuelas y las sonajas, y aun habia aventuras de amores y bizarrías, porque no estaban tan esclavos los cautivos, que no pudieran tomar en alguna manera parte en la vida general del país.

Muchos renegaban, y de esta manera salian del cautiverio.

Pero muchos más, apuraban todos los sufrimientos, hasta morir, siendo fieles á su fé, y á la memoria de sus padres y de su patria.

Esto era consolador.

Si habia infames que se olvidaban de la primera oracion que les enseñó su buena madre, ó que, no habiéndola olvidado, la envilecian, otros, y estos eran los más, afrontaban la muerte y todo género de martirios, ántes que mancillarla y envilecerla con una apostasía.

La apostasía es la última de las degradaciones.

Entre estos nobles cautivos que todo lo arrostraban por su fé, estaba Cervantes.

¿Cómo habia dado en la cautividad?

Recurramos á la historia.

Por el momento, la victoria de Lepanto alentó á los confederados para nuevas empresas.

Pensóse en la inmediata campaña.

Se estudió el plan entre los representantes de las naciones coligadas, y se procuró aumentar con nuevas levas la fuerza de la *Liga.*

Selim II, emperador de los turcos, se ocupaba entre tanto en repararse del desastre de Lepanto.

Se entendia con el rey de Francia.

Le instaba para que intentara entretener al poderoso rey de España en Flandes y en Italia.

Procuraba asimismo, apartar de la *Liga* á los venecianos.

Habiendo dado motivos el rey de Francia para inspirar recelos á Felipe II, éste mandó á su hermano natural don Juan de Austria, se fuese con la armada española á invernar á Mesina, para estar á la vista de Italia.

Así empezó á contrariarse el proyecto para la campaña del año siguiente.

Surgieron, además, dificultades entre las córtes de Roma y de Florencia.

Murió el papa Pio V.

Sin embargo, partió el general romano Marco Antonio Colonna para Levante, el 6 de junio de 1572, acaudillado por don Juan de Austria, con las veinte galeras que comandaba don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y otras muchas, cargadas de víveres y municiones.

Con este auxilio, con muchos tercios españoles, entre los cuales iban el tercio de Moncada, y dos compañías del de don Lope de Figueroa, Colonna se embarcó en la parte meridional de Sicilia, trasladándose á Corfú.

Desde allí, despues de haber terminado sus aprestos, Colonna se hizo á la mar hácia Levante, y logró arribar, y apresar algunos galeones turcos que se habian atrevido á salir de sus puertos.

Calmáronse, entre tanto, por algunos tratados en Flandes, los recelos que respecto á Francia habia concebido Felipe II, y de acuerdo éste con el nuevo Pontífice, creyendo que ya no era necesaria la presencia de una escuadra española á la vista de Italia, mandó á su hermano don Juan hiciera rumbo hácia Levante.

Reunió don Juan todas sus fuerzas en Corfú donde, ni halló á Colonna, ni tuvo noticia del lugar dónde se encontraba.

Perdió, esperándole, un tiempo precioso.

Al fin logró encontrarle, y reunirse con él á últimos de agosto.

El 8 de setiembre se hizo á la vela con todas sus naves y las de Colonna, en demanda de los turcos, que estaban á la vista de Navarino.

Indudablemente hubiera sorprendido á los turcos, sin un error de los pilotos que, habiendo equivocado la recalada, avisaron á los turcos que fueron á ponerse al abrigo de sus puertos.

Apesar de esto, quiso acometerlos el bravo don Juan.

Pero le disuadieron sus capitanes.

Sin embargo, por complacer á los venecianos, se decidió á combatir á Navarino, aun que era una lucha de poco provecho, y á más de esto, peligrosa.

Envió tropas bajo el mando de Alejandro Farnesio, que sitiaran la ciudad, y tan desastrado fué el éxito, que despues de algunos dias de sitio, se tuvo por muy buena fortuna el poder reembarcar la gente y la artillería, á favor de la noche, y protegidos por la artillería de la armada.

Con esto se aumentó el coraje de don Juan, que quiso acometer á los turcos en el mismo puerto, ya que rehusaban salir á la mar, aceptanto el combate.

Pero se opuso á ello el consejo de guerra, y á más de esto, estaba la estacion muy adelantada.

Se determinó, pues, que cada uno de los coligados se volviese á su puerto, y don Juan se trasladó á Mesina, para pasar allí la invernada.

Desembarcaron los tercios españoles de Nápoles y de Sicilia, entre los cuales estaban los de Moncada y Figueroa.

Este último se habia reforzado con tropas del de aquél.

Por esta razon Cervantes, que despues de curado de sus heridas en Mesina, habia estado en Corfú, en las galeras que mandaba el marqués de Santa Cruz, se halló en la campaña de Levante que mandó Colonna, y en la empresa de Navarino.

Preparóse durante el invierno la campaña para 1573.

Felipe II pensaba aprestar para esta campaña trescientas galeras.

Venecia reclutaba infantería para embarcarla en las naves, disimulando con estas muestras amistosas, los tratos secretos en que se empeñaba con Francia, en contra de España, puesto que estos tratos contrariaban los proyectos de Felipe II.

Como que se trataba de la paz entre Venecia y el Gran Turco.

Al fin, concluido este tratado, solapadamente y á traicion, como quien dice, Venecia se separó de la *Liga.*

Esto influyó poderosamente para la paz.

Querian los capitanes de la armada, que las fuerzas españolas fuèsen contra Argel.

Don Juan, que fuesen contra Túnez.

Decidióse por esto último Felipe II.

Don Juan, que por su generoso aliento, no podia ménos de estar alentado por una noble ambicion, acometió con gusto esta empresa, que tal vez podria procurarle una corona en Africa.

Pero muy léjos de pensar en esto, Felipe II sólo pretendia echar del trono á Aluch-Alí, para poner en él á Muley-Mohamed, y destruir las fortalezas cuya ocupacion constante no le convenia, y privar de este modo á los corsarios argelinos de sus guaridas.

Pasóse en consultas todo el verano, y la armada no pudo salir de Palermo hasta el 24 de setiembre.

En ella iba el tercio en que servia Cervantes.

Los primeros sucesos no pudieron ser más prósperos.

Se desembarcó en la Goleta, y aturdidos los moros, abandonaron á Túnez y á su alcazaba.

El marqués de Santa Cruz, por órden de don Juan de Austria, tomó posesion de ellas.

Para esta operacion, sacó el prudente marqués de Santa Cruz, de la Goleta, dos mil quinientos soldados viejos, reemplazándolos con otros nuevos.

Aquellos veteranos, eran cuatro compañías del tercio de don Lope de Figueroa, *que hacian temblar la tierra con sus mosquetes.*

Se terminó felizmente la operacion.

Túnez y su alcazaba fueron ocupados y guarnecidos, así como la Goleta.

Pero don Juan de Austria, continuando en su sueño de una corona en Africa, no obedeció las órdenes de su hermano, que le mandaba destruir los fuertes y retirarse, como lo aconsejaron el duque de Sesa y Marcelo Doria.

Por el contrario, construyó un fuerte en el Estaño, capaz para ocho mil hombres.

Ocupó á Viserta, que se rindió espontáneamente.

Creyó, al fin, asegurada la fuerza española en aquella parte del Africa, y se volvió á Sicilia á fines de noviembre, para hacer allí la invernada.

Envió á Módena las catorce compañías del tercio de Figueroa, colocándolas en un lugar intermedio entre Sicilia y Africa.

En esta accion de la Goleta se halló Cervantes, y fué uno de los soldados viejos que el marqués de Santa Cruz llevó á Túnez para tomar posesion de ella y defenderla.

Entre tanto, don Juan de Austria, habia ido con licencia del rey su hermano á la corte, y solicitaba en ella, recomendado eficazmente por el Papa, á quien habia enviado á su secretario Escobedo, no sólo su elevacion á infante de España, sino tambien el que se le concediera la soberanía de un reino en Africa, del que debia ser el fundamento Túnez.

Pero no terminó su viaje á la corte de España.

Al llegar á Gaeta, recibió órdenes del receloso Felipe II, que le mandaba á Lombardía, para que procurase vencer las desavenencias de los genoveses.

Pasó don Juan al puerto de Specia, á fines de abril de 1574, y allí encontró á Marcelo Doria, que iba con catorce galeras á sacar de Cerdeña al tercio de Figueroa, para llevarle á Génova y ponerle á las órdenes del duque de aquel Estado.

Quejábase el duque de Génova, de la lentitud con que se hacian los aprestos de Nápoles y Sicilia, cuando supo que innumerables turcos bajaban á libertar á Túnez y á la Goleta.

Pidió auxilio á los vireyes inmediatos.

Procuraron algunos auxilios don Juan de Cardona y don Ramon de Velasco.

Se abandonó á Viserta, para aumentar las defensas de Túnez y la Goleta.

Así pudieron los españoles defenderse en sus muros contra un ejército poderoso.

La desmedida ambicion de don Juan, por noble que hubiera sido, empezaba á dar funestos resultados.

Conociólo el mismo don Juan, y para remediar los malos efectos que ello produciria, se embarcó en Specia con la tropa de don García de Mendoza, con la de Figueroa y con algunas otras italianas.

Se hizo á la vela para Nápoles y Sicilia.

Envió al socorro de los sitiados por los turcos, algunas naves, pero los temporales las destruyeron.

Entónces decidió ir él en persona al salvamento de los españoles, y para esto reforzó sus galeras con los mejores soldados de los tercios de don Pedro de Paredes y don Lope de Figueroa.

Lo bravío de los temporales hicieron tambien inútiles estos esfuerzos.

El mismo don Juan estuvo expuesto á perecer, y se vió obligado á tomar puerto en Sicilia.

Se habia tenido hasta entónces por inexpugnable la Goleta.

Resistió, en efecto, un tenaz y largo sitio, en que sus defensores sufrieron todas las penalidades imaginables.

Pero al fin, cansados, extenuados, asaltados por un número enorme de enemigos, hubieron de rendirse.

A los veinte dias, Túnez cayó en poder de los enemigos, que entraron en ella

sobre los escombros de sus murallas, que habian sido voladas por medio de minas.

El pequeño fuerte del Estaño se vió obligado á rendirse tambien.

Estos desastres causaron la desesperacion de don Juan de Austria, que en el momento en que acontecian, se aprestaba á ir á socorrer á los sitiados.

Dejó en Palermo al duque de Sesa, encargado de la armada y del tercio de Figueroa, y pasó á Nápoles para defender sus costas, que se veian amenazadas.

Mandaba en aquellos momentos el tercio de Figueroa, que éste habia ido á restablecer su salud á España, don Martin de Argote.

Por este tiempo fué tambien á España don Juan de Austria, y solicitó de su hermano Felipe II, le hiciese su Lugar-teniente en todo lo de Italia, con tratamiento de Infante.

Pero Felipe II, que veia con un gran recelo la alta loa de buen capitan que su hermano bastardo tenia en España, y lo muy querido que era en el ejército, si bien no negó la pretension de don Juan, la entretuvo, y al fin le concedió la Lugar-tenencia, dejando el infantazgo para más adelante.

Llegó don Juan á Nápoles en junio de 1575, y se consagró á los asuntos de Génova, y á los aprestos de la armada.

Se decia que los turcos bajarian aquel verano con una numerosa flota á los mares de Italia.

Por lo que hemos expuesto, se deduce que Cervantes estuvo desde fines de 1573, hasta principios de mayo del año siguiente, de invernada en la villa de Verona; que desde allí pasó á Génova en las galeras de Marcelo Doria, y que luego quedó en Lombardía, á las órdenes de don Juan de Austria.

Que despues del fracasado intento de socorrer á Túnez y á la Goleta, quedó Cervantes con su tercio en Sicilia, á las órdenes del duque de Sesa, y que habiendo vuelto á Nápoles don Juan, en 18 de junio de 1575, concedió á Cervantes la licencia que éste le pidió para volver á España, despues de una tan larga campaña, y de tan señalados merecimientos.

Pero despues de haberse hallado en tan grandes empresas, *militando,* como él mismo decía, *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos Quinto, de felice memoria,* y hallándose estropeado y enfermo de sus heridas, sus servicios no habian sido justamente recompensados, y por lo mismo, don Juan de Austria le concedió licencia para ir á España á solicitar una recompensa.

No se limitó don Juan á darle la licencia, sino que le dió tambien eficacísimas cartas de recomendacion para el rey, suplicándole le hiciese capitan de una de las compañías que se formasen en España para Italia, *por ser* (decian aquellas cartas) *hombre de valor y de mérito, y servicios muy señalados.*

Llevaba tambien Cervantes buenas cartas de don Cárlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia, en las cuales recomendaba, no solamente al rey, sino tambien á los secretarios de Estado, *un soldado tan digno como des-*

graciado, que se habia captado por su noble virtud y apacible condicion, el aprecio de sus camaradas y caudillos.

Provisto de estas recomendaciones y lleno de esperanzas, se embarcó Cervantes en Nápoles, en la galera española el *Sol*, con su hermano Rodrigo de Cervantes, que habia servido tambien en las anteriores campañas, con Pero Diez Carrillo de Quesada, que fué gobernador de la Goleta, y despues general de artillería, y de otros caballeros principales, y distinguidos militares.

No queria Dios que Cervantes llegase á sus esperanzas.

El 26 de setiembre de 1575, la galera *Sol* avistó una escuadra de galeras argelinas.

Aquella era la flota del arraez Arnaute-Mamí, capitan de la mar de Argel.

Aun que la galera *Sol* se defendió heróicamente, dominada por el número. fué apresada, tomándola al abordaje una galeota de veinte y dos bancos, que mandaba en persona el arraez Dalí-Mamí, que era un renegado griego, que tenia por sobrenombre el *Cojo*, porque lo era de la pierna derecha.

Todos los que iban á bordo de la galera fueron cautivados, cabiendo en parte Cervantes al mismo arraez Dalí-Mamí, el *Cojo*, y con él un jóven y hermoso soldado que aparecia en los papeles de la galera con el nombre de Juan Perez de Dávalos.

Ya sabemos que bajo este nombre se ocultaba Abigail.

CAPÍTULO II.

De como al fin no pudo sostener su ficcion Abigail.

Por lo que acabamos de decir, se vé que la enamoradísima Abigail no se habia separado un momento de Cervantes.

Como soldado habia servido; pero como uno de aquellos soldados pajes ó lacayos, que llevaban consigo los soldados ricos; que tambien habia caballeros que en aquellos tiempos servian en los ejércitos como simples soldados, y sólo por aficion á las armas.

Abigail se habia robustecido con la fatiga; se habia curtido un tanto; habia tomado un aspecto varonil; habia sido tan prudente, y se habia mostrado, en fin, tan valerosa, que nadie habia podido creer que el señor Juan Perez de Dávalos fuese una mujer.

Se extrañaba, sí, el ver que, siendo ya un mozo muy granado, ni aun le hubiese apuntado la barba.

Pero se vén con frecuencia los barbilampiños, y no se les extraña.

Cervantes la habia enseñado esgrima, y el señor Juan Perez de Dávalos tenia fama de ser una muy buena espada, y de tener muy mal genio.

¿Cómo habia de sospechar nadie fuese una mujer, cuando más de una vez habia reñido con algun temerario, y le habia cruzado por cuestion de mujeres?

Hasta un punto tal habia llevado su disimulacion Abigail, que nunca se le habia visto sin una mujer á quien galantear, á poco que hubiese estado el tercio de Figueroa en una poblacion.

Y como aparecia un mancebo hermosisimo, y como mujer conocia intimamente á las mujeres, no habia buena moza á quien ella galanteara, que de amores no se abrasase por ella, lo cual para ella era una terrible desgracia; un amor desesperado.

Abigail las abandonaba, cuando le habian servido lo bastante para su objeto de encubrirle, y se dedicaba á hacer infeliz á otra.

Vivia constantemente con Cervantes, ya en tierra ya á abordo.

Y era lo más extraño que, viviendo tambien con Cervantes su hermano Rodrigo, que por acompañarle y correr su fortuna habia ido á Italia y tomado plaza en el mismo tercio, asistiendo con él, y á su lado, á la batalla de Lepanto, era muy extraño, repetimos, que habiendo vivido tan íntimamente Rodrigo con su hermano Miguel, no se hubiese apercibido de que el paje de éste, Juan Perez de Dávalos, era una mujer.

Con Miguel y con Rodrigo Cervantes, y otros diez soldados, habia estado Abigail en el lugar del esquife de la galera *Marquesa,* puesto de honor, por ser el más peligroso, durante la jornada de Lepanto, hasta el punto en que Cervantes fué herido en la mano izquierda y en el pecho.

Abigail, que á Cervantes adoraba, y cada dia con más intensidad, sintió un horror mortal, una agonía infinita, cuando vió caer herido á Cervantes.

Y sin embargo, no gritó, no lloró, no vaciló, mostró una entereza admirable, y cogiéndole en sus brazos, ayudada por Rodrigo, en medio de una lluvia de balas, le llevó bajo cubierta, y allí asistió inalterable á la primera cura.

Una vez efectuada esta cura, y para que no se dijese aprovechaba un pretexto, volvió al lugar del esquife con Rodrigo Cervantes, y allí estuvieron ella y él, combatiendo hasta el momento de la victoria.

¿Cómo, pues, habia de creer nadie mujer, al señor Juan Perez de Dávalos?

Cervantes guardaba profundamente el secreto, y ella era bastante prudente y sagaz para no descubrir su sexo.

A solas con Cervantes, era la mujer enamorada, loca, ébria de felicidad.

Cervantes, fascinado por tanto valor, por tanto amor, por la grandeza de aquella alma bravía, habia acabado por amar de una manera singular á Abigail, y porque el amor de ésta dominara en él á todos sus otros amores.

Habian sido, además, aquellos amores muy desgraciados.

En el ejército, tal vez porque lo habia procurado Abigail, Cervantes habia recibido noticias de Beatriz.

Habia muerto en Granada, ó á lo ménos por muerta habia podido tenerla Cervantes.

Paulina habia muerto en Roma, ó por muerta tambien habia pasado para Cervantes.

La noticia de la muerte de Paulina habia llegado al par de la del cardenal Aquaviva, de la que no podia dudar.

De doña Magdalena de Aquaviva nada se sabia; y en cuanto á aquella dulce y bella duquesa de Puente de Alba, Cervantes se habia olvidado completamente de ella.

Nada habia, pues, que rivalizara con Abigail en el corazon de Cervantes.

Habia sido, además, muy desgraciado, y parecia como que habia adquirido esa terrible resignacion para la desgracia que alguna vez se encuentra en los viejos.

Su espíritu se habia levantado y fortalecido, haciéndose capaz de las mayores empresas, y en medio de las desgracias se sentia consolado por aquel amor de las entrañas, en que por él ardia Abigail.

Se habia establecido entre ellas una especie de identidad.

Abigail, que sólo habia sido fiera, avara, capaz de todo, hasta del crímen, por su amor, se habia transformado por el amor; se habia ennoblecido su alma; se habia alzado á las grandes aspiraciones; se habia, en fin, convertido en un ángel fuerte y extraordinario para Cervantes.

Estaba tranquila; era dichosa; Cervantes ni aun miraba á las mujeres. Además: la vida activa de campaña, las fatigas militares y el poco tiempo que se estaba en tierra, hacian difíciles cuando no imposibles los enamoramientos.

De estas mujeres varoniles terribles, que han asistido en los ejércitos á una y otra ruda campaña, sin que nadie haya conocido su sexo, se han dado muchos ejemplos, y ahí tenemos el de la monja-alférez, que asistió con Pizarro á la conquista del Perú, y de la cual no se supo que era mujer, hasta que la mataron.

De la misma manera, nadie pudo ni aun sospechar, tanto en el tercio de Figueroa como en los otros que con él estaban, que el soldado Juan Perez de Dávalos era una mujer.

Pero en el momento en que apresada la galera *Sol*, los que en ella estaban á bordo y la habian bizarramente defendido, fueron cautivados y pasados á la galeota de Dalí-Mamí, la ficcion de Abigail no pudo sostenerse.

A medida que los cautivos eran metidos por la escotilla de la sentina, se les registraba para quitarles lo que sobre sí llevaban.

A Cervantes se le encontró, no sólo en una cartera las cartas de recomendacion que para el rey don Felipe II llevaba de don Juan de Austria y del duque de Sesa, sino además, en un cinto, muchos escudos de oro, y mucha y rica pedrería, proveniente de las alhajas que la hermana del cardenal Aquaviva habia dado á Miguel.

Esto fué bastante para que Dalí-Mamí tuviese por una persona principalísima á Cervantes; por no ménos que un príncipe, y para que, pensando obtener por él un cuantiosísimo rescate, le cargara hierros, con mucho más rigor que á los

otros, á fin de que lo duro de los tratamientos, le obligara cuanto ántes á hacer que su familia le rescatase.

Un renegado español al servicio de Dalí-Mamí, á quien tocó por acaso registrar á Abigail, se encontró con que ésta le hacia una tenaz y vigorosa resistencia.

Pero esta resistencia fué inútil.

Abigail fué atada.

Entónces, al quitarla la coraza, al abrirla el coleto, se encontraron con un relevado seno de mujer.

No habia lugar á la duda.

El renegado, sin embargo, fué prudente.

Condujo á Abigail al camarote de Dalí-Mamí.

Una vez allí, pidió á su amo cerrase la puerta y se quedase solo con él y aquel cautivo.

Dalí-Mamí, sorprendido, porque veia que se trataba de un asunto grave, cerró la puerta.

Entónces el renegado, sin que Abigail pudiera, á causa de estar atada resistir, dijo á su amo abriendo de improviso el coleto de Abigail:

—Mira, señor.

El hermoso seno de Abigail habia aparecido.

—Véte, dijo Dalí al renegado, abriendo la puerta del camarote.

Abigail y Dalí-Mamí quedaron solos.

CAPÍTULO III.

De como siendo cautivador, se puede acabar en cautivado.

Dalí-Mamí era un hombrecillo rechoncho, casi obeso, pero fuerte, y de una fisonomía cínica, brutal, feroz.

Habia en ella algo de la fisonomía, por decirlo así, del tigre.

Pero mezclada con una expresion de astucia.

Cojeaba grandemente de la pierna derecha, y la arrastraba.

Habia motivo para presumir que durante mucho tiempo habia sufrido, sujeto al banco, y adherido á uno de los remos de una galera, el grillete de galeote.

Así era, en efecto.

Dalí-Mamí habia sido hecho cautivo en su juventud, y agobiado por los sufrimientos, maltratado por el rebenque, habia renegado para obtener de este modo la libertad.

Los duros, los impíos tratamientos de que habia sido víctima, le habian hecho contraer contra la humanidad una crueldad insaciable.

Habia combatido como soldado en las galeotas corsarias de Argel donde ántes habia andado al remo; y de tal manera se habia distinguido por su valor temerario y por su feroz crueldad, especialmente en la jornada de Lepanto, donde salvó la vida á Uluc-Alí, que éste, cuando volvió á Argel fugitivo, le recompensó, haciéndole arraez ó capitan, y confiándole el mando de la galeota, con la cual debia un dia abordar á la galera *Sol,* en la cual iba Cervantes.

Se ponia el sol, y entraba por las ventanas en el camarote, iluminando de lleno á Abigail, cuyo seno permanecia al descubierto, en el momento en que Dalí-Mamí se quedó solo con ella.

No era el amor la pasion del terrible arraez.

Sin embargo, sus ojos se encarnizaban asombrados en la hermosura de Abigail.

Temblaba todo.

Se conocia que estaba dominado, y por un sentimiento de todo punto nuevo para él.

Por un sentimiento dulce.

Los negros ojos de Abigail, fijos de una manera terrible y suprema en él, aumentaban su fascinacion.

Abigail comprendió el dominio que sobre el que podia considerar como su señor ejercia, y que podia muy bien no ser su esclava, sino su señora.

—Desátame, le dijo en la algarabía que hablan para entenderse los moros y los costeños de Levante.

Giraron extraviados los ojos de Dalí-Mamí.

Hacia mucho tiempo que no oia una órden tan decidida, tan llena de imperio como la que acababa de oir.

Pero en vez de irritarse sonrió, y acercándose á Abigail la quitó las esposas que unian sus brazos, y la soltó de los cordeles.

Abigail se cubrió el seno, y fué á sentarse en el diván que habia en el camarote.

—¿Quién eres tú? dijo Abigail

—Yo soy Dalí-Mamí, arraez del dey de Argel, respondió el renegado, con la voz alterada por la emocion que sentia; y tú, ¿quién eres?

—Ya lo has visto: una mujer..

—¿Cómo te llamas?

—Juan Perez de Dávalos.

—Pero ese es un nombre de hombre.

—No quiero tener otro.

—Se sabrá que eres mujer.

—No se sabrá, porque tú callarás.

—Lo dirá el que te ha descubierto.

—Ese hombre me ha descubierto á solas, y me ha traido aquí sin comunicar su descubrimiento á nadie: ese hombre callará: llámale.

Miró con extrañeza á Abigail Dalí-Mamí.

—Llámale, dijo ésta con acento más acentuado y de todo punto imperativo.

Dalí-Mamí se fué á la puerta del camarote, la abrió y llamó al renegado, que estaba sentado sobre un rollo de cuerdas en la cubierta, y á poca distancia.

El renegado entró.

—Cierra la puerta, dijo Abigail á Dalí-Mamí.

Cerró el arraez.

—Ese hombre callará, dijo Abigail.

Y dirigiéndose al renegado español, le dijo:

—¿Tú no has dicho á nadie que has descubierto en mí á una mujer?

—No, respondió el renegado: yo no sabia si mi amo queria que esto se supiese ó no.

—Pues nadie guarda mejor un secreto que un mudo, dijo Abigail.

Y arrancando de repente del cinto de Dalí-Mamí su gumía, de un solo tajo formidable, de improviso, degolló al renegado, que cayó instantáneamente.

—¡Ya no hablará! dijo Abigail, devolviendo la ensangrentada gumía á Dalí-Mamí, que estaba absorto.

Contempló durante algunos segundos, con una expresion indefinible á Abigail.

Entre tanto el renegado, de cuya garganta salia un surtidor de sangre, se agitaba en sus últimas convulsiones.

—¿Y por qué no me has herido tambien? dijo al fin Dalí-Mamí.

—Porque yo no quiero que mueras.

La verdad era que Abigail conocia demasiado que era inútil matar al arraez.

Llevaba mucha y fiera gente en su galeota; y además, otras galeotas le acompañaban.

—Haz que saquen ese cadáver, dijo Abigail; en el mar le espera una gran sepultura.

Abrió Dalí-Mamí, llamó y mandó arrojar el cadáver del renegado al mar.

Sus órdenes fueron cumplidas inmediatamente.

Quedó allí sobre el suelo del camarote, empapada, la mancha de sangre.

—Tú eres una diosa, exclamó sonriendo de una manera feroz el terrible cojo.

—Yo soy Juan Perez de Dávalos, dijo Abigail.

—Tú serás lo que quieras ser, dijo Dalí-Mamí, cuya fascinacion no podia ser mayor.

—Yo seré tu señora, dijo Abigail.

—En hora sea venturosa, dijo Dalí-Mamí: pero díme: ¿sabe alguno de los que contigo han sido cautivados, que tú eres mujer?

—Ninguno.

—Y díme por tu vida; ¿cómo es que te encontrabas en la galera *Sol,* en hábito de soldado?

—Yo he asistido á todas las campañas de Levante, en estos tres años.

—¿Estuviste en Lepanto?

—Sí; bajo las órdenes del señor Marcelo Doria.

—¿En qué galera?

—En la *Marquesa.*

—¡Maldita ella sea! dijo Dali-Mami: ella fué una de las que abordaron á la capitana de Argel.

—¿Qué importa? siempre hay una esperanza de salvacion en la fuga.

Palideció de cólera Dali-Mamí.

Pero aquella cólera se apagó apénas encendida.

El predominio absoluto de Abigail sobre Dalí-Mami, era indudable.

—Si con la galera *Sol* hubieran venido la *Lola* y la *Aventura,* dijo Abigail, yo te aseguro que no seríamos nosotros los cautivos, sino vosotros.

—¿Y crees tú que yo no soy cautivo? dijo dulcificándose, y dejando ver algo que se parecia á una sonrisa de amor el *Cojo.*

—Si eres mi cautivo, obedéceme.

—Ya te he dicho que serás lo que tú quieras.

—Pues bien; cárgame de cadenas, y pónme con los otros cautivos en la bodega.

—Tú puedes vivir libre á mi lado, dijo Dalí-Mamí; yo te pondré sobre mi cabeza.

—Más tarde; por ahora es necesario que nadie vea que para conmigo eres piadoso, cuando tan cruel te muestras para con mis compañeros.

—Yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.

—Haz lo que yo deseo, ó creeré que no quieres complacerme.

—Yo voy á sentir sobre mi corazon tus cadenas.

—Así me tendrás en más estima.

—Tú amas á alguno de los cautivos, exclamó Dalí-Mamí, encolerizándose de nuevo.

—Te juro por mi Dios, exclamó Abigail, que ninguno de mis compañeros sabe que soy mujer: pero creerán, si ven que de tal manera me favoreces, que te he prometido renegar, y yo no renegaré jamás.

—Yo pensaba como tú, y he renegado, dijo Dalí-Mamí: tú renegarias tambien si sufrieras lo que yo he sufrido: tú no tienes en mí un amo tan cruel como el que yo tuve.

—Antes de renegar de Jesucristo, sufriria yo el martirio, dijo Abigail, mintiendo una fé que no tenia, porque era judía.

Pero preparaba los medios para favorecer á su Miguel.

—¿Dónde estaban mis hermanos los cristianos, exclamó Dalí-Mamí, cuando yo sufria la afrenta y el dolor del rebenque? ¿Vés? yo soy cojo: pues bien: quedé cojo un dia en que, desesperado, traspuesto de furor, quise arrojarme al mar, para librarme del dolor insoportable y del ultraje insufrible. Yo renegué.

—Fuiste cobarde.

—Tú no probarás nunca sufrimientos como los mios, dijo Dalí-Mamí, cuya mirada se dulcificaba más y más.

—El dolor no mata, dijo Abigail sonriendo con desprecio.

Dalí-Mamí la miraba asombrado.

—Hay en los espíritus fuertes, dijo Abigail, algo tan poderoso, que se sobrepone á todos los dolores.

Crecia el asombro del corsario.

—La cautividad es mentira, continuó Abigail; se puede aherrojar el cuerpo, pero no se puede aherrojar al alma.

—¿Y tú dices que no se puede ser cautivo? exclamó con un acento singular el arraez.

—Sí; cautivo del alma; pero cautivo por la felicidad.

—No te entiendo.

—El amor es por sí mismo una felicidad: ¿qué importa que no nos amen, si nosotros amamos?

—Tú eres un arcángel de fuego.

—Yo soy una mujer de alma fuerte.

—El cautivo soy yo, exclamó Dalí-Mamí; tú, no.

—Obedéceme, puesto que eres mi esclavo.

—Manda, pues, sultana, dijo Dalí-Mamí, que yo haré lo que tu voluntad sea, aun que me mandes arrancarme la entrañas.

—¿Y para qué quiero yo tus entrañas? moririas, y yo no quiero que mueras.

Dalí-Mamí gimió al sentir la mirada con que Abigail habia acompañado sus últimas palabras.

Habia visto en aquella mirada, algo sobrehumano.

Algo irresistible.

Era un maldito, del cual se apoderaba un demonio.

Y la tarde caia.

El sol se habia puesto.

Allá, al Occidente, se transparentaba sobre las ondas un brillante reflejo de fuego.

La brisa era fresca.

La galeota se deslizaba meciéndose sobre la banda de babor, al impulso de sus grandes velas latinas.

La chusma, recogidos los remos inútiles, comia en sus bancos la pitanza de la tarde, y hablaba y reia.

Las otras seis galeotas, iban extendidas en línea, llevando entre sí la vencida galera *Sol*, en la que por escarnio habian dejado los corsarios ondeando la bandera española.

La flotilla corsaria llevaba las proas al Levante.

Al dia siguiente, al amanecer, debia arribar á Argel.

En el mar que gemía, en el viento que zumbaba entre las járcias, en el rumor de la chusma y de los corsarios que vagaban sobre la cubierta, habia algo de poética melancolía.

Todo esto influia de una manera poderosa en el enamorado Dalí-Mamí.

Decimos enamorado, y hemos debido decir enloquecido.

Porque la hermosura, y el alma, y la valentía de Abigail, producian en él un efecto muy semejante á la locura.

—Si quieres que yo crea que me estimas en algo, dijo Abigail, obedéceme.

—Habla, sultana, dijo Dalí-Mamí: tu voluntad es mi voluntad.

—Haz que me carguen de cadenas, repitió Abigail.

—Esas cadenas me van á martirizar más que me martirizaban las mias cuando las llevaba, dijo Dalí-Mamí palideciendo: ¿para qué quieres más cadenas que mis brazos?

—¿Tus brazos?... ¡jamás!... exclamó Abigail.

—¡Jamás!... dijo el corsario.

—Aun que te amara, yo no podria arrojarme en tus brazos, exclamó Abigail.

—¿Y por qué?

—Porque temeria la ira de Dios.

—¡La ira de Dios! exclamó Dalí-Mamí.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque soy esposa del Señor.

—¡Monja!

—Sí; monja.

—¿Y cómo, siendo monja, te encontrabas en una galera del rey de España?

—Yo he querido demostrar á mi divino esposo, exclamó Abigail, que le amaba tanto, que era capaz de verter por él mi sangre.

Si Abigail hubiera sido cristiana, habria cometido un horrendo sacrilegio.

Al decir sus últimas palabras, pensaba en Cervantes.

—No te entiendo, sultana, exclamó Dalí-Mamí.

—Se publicó la guerra contra el turco, dijo Abigail: yo oí desde mi celda, á través de las celosías de la ventana, la voz que apellidaba la guerra por España contra el turco. Se concedian grandes indulgencias por el papa Pio V, á los que se pusieran bajo las banderas de la *Liga*.

—¡Ah!

—Sí; y yo quise ir á aquella cruzada contra los enemigos de Cristo.

—¿Y cómo pudiste salir del convento?

—Ayudándome de la tentacion.

—¡Ah! exclamó el corsario.

—Sí; el hombre es débil; Satanás le acecha, esperando el más leve descuido para apoderarse de su alma.

—¡Ah! ¿y tú para servir á Dios, te hiciste una tentacion de Satanás?

—Sí: mi confesor era un jóven fraile capuchino.

—¡Ah! ¡ah! dijo riendo Dalí-Mamí: los frailes capuchinos necesitan muy poco: todos ellos son á hechura del diablo.

—No seas impío: teme á Dios: no escarnezcas á sus santos varones: en todo apostolado hay impíos; pero por esto no hemos de injuriar, calumniándolos, á todos los apóstoles.

—Por lo ménos, dijo Dalí-Mamí, tu confesor èra el Judas, ó uno de los Judas de una comunidad de capuchinos.

—Mi confesor no habia podido verme sin vacilar en su fé.

—Lo comprendo, dijo Dalí-Mamí; tú me has hecho vacilar en mi ferocidad; yo creia que no volveria á amar más; que no me quedaba más placer que el carnaje del combate, y los gemidos de los enemigos cautivados por mí.

—Dios sólo sabe cuáles son los caminos del hombre.

—¿Y cuál fué el camino del reverendo franciscano tu confesor?

—Murió en Lepanto, con la cabeza partida de un hachazo, al entrar al abordaje en la capitana de Argel.

—¿Moriria desesperado porque te perdia?

—Nada tenia que perder en mí más que una desesperacion.

—Triste de mí, si tu gozas en la desesperacion de los que te aman.

—Yo no puedo amar: mi amor es de Dios.

—De seguro que no creyó eso el capuchino.

—Creyó, y se engañó; yo no hice nada para engañarle: únicamente le dije que yo daria gustosa veinte años de mi vida, por ir á la empresa contra el turco.

—De seguro que él al oirte, entró en ganas de ir á la misma empresa.

—Ya lo creo; y de tal manera que, convenido conmigo, una noche, valiéndose de una escala, entró en la huerta del convento, donde yo le aguardaba: por la misma escala salimos los dos; él tenia prevenidos vestidos, caballos y una gran suma de dineros, y nos vinimos á Mesina, cambiados de fraile y de monja en caballeros, y tomamos bandera en el tercio de don Lope de Figueroa, con el que asistimos á la jornada de Lepanto; él murió en ella, llevándose al fondo del mar mi secreto, y yo, ignorando todo el mundo que era una mujer, he hecho con Doria, y con Sesa y con don Juan de Austria las campañas de estos tres años, y he asistido á la toma de Túnez y de la Goleta, ignorando todo el mundo que yo fuera una mujer: por el contrario: se me tenia y se me tiene por uno de los soldados más bravos, y de peor genio del tercio de Figueroa, y aun de todo el ejército.

—Te escucho maravillado, dijo Dalí-Mamí; ¿y es cierto qué tus compañeros te creen hombre?

—Ciertísimo: por lo mismo, no quiero que me sospechen de cobarde, y que crean que para librarme de los hierros y de los malos tratamientos, me he vuelto al maldito Mahoma.

No hizo el menor gesto de horror Dalí-Mamí, al oir esta irreverencia al profeta, hijo de Fátimah *la Santa*, lo que demostraba que él era musulman, no por convencimiento, si no por conveniencia.

Por el contrario, cuando Abigail le dijo que era esposa del Señor, se estremeció.

Lo que probaba que quedaba aún en su alma algo de la fé cristiana que le habian enseñado sus padres.

Abigail habia observado todo esto y mucho más, que aparecia en la mirada de aquel terrible cojo renegado.

Habia comprendido que podia hacerle su esclavo.

Aliviar de esta manera la suerte de Cervantes.

Procurarle tal vez la libertad.

—Ya oscurece, dijo Abigail: llama á los tuyos; muéstrate irritado conmigo; haz que me pongan los hierros y que me bajen á la sentina con los otros.

—Pondréte yo las cadenas, puesto que lo quieres, dijo Dalí-Mamí. Ninguno ha de tocarte: podrian descubrir tu sexo.

Y el corsario llamó.

Hizo que le llevasen á su camarote cadenas.

Las puso él mismo á Abigail.

Hacia esfuerzos para no gemir cuando colocaba sobre los hermosos piés de Abigail los grilletes.

Dalí-Mamí se ponia aquellas cadenas en el corazon.

Cuando Abigail estuvo cargada de hierros, de los que apénas podia tirar, Dalí-Mamí con acento áspero, porque en la escota habia algunos de los suyos, la mandó que le siguiese.

Abigail le siguió agobiada.

Dalí-Mamí la condujo por sí mismo á la sentina.

La llevó luego á un rincon de ella, y la puso junto á una argolla que en un poste habia.

Allí la sujetó por un candado.

No se podia mover de aquel sitio.

Pero la importaba muy poco.

A la luz de un triste farol que habia llevado uno de los corsarios que con Dalí-Mamí habia bajado á la sentina, habia visto que inmediatamente á ella estaba Cervantes.

Despues de haberla asegurado á la argolla, Dalí-Mamí con los corsarios que le habian acompañado, salió de la sentina.

Se sintieron los cerrojos de la escotilla.

Luego los pasos de los que se alejaban.

Despues nada más que el rechinar de las maderas de la galeota, y el ruido sordo de la mar, que se deslizaba por sus costados.

La sentina habia quedado á oscuras.

Los cautivos estaban hacinados en un extremo de ella.

CAPÍTULO IV.

La primera noche de cautiverio.

Cervantes, que habia sufrido imponderablemente al ver que Abigail no se contaba en el número de los encadenados, de los encerrados en la sentina, porque suponia, y no se engañaba, que al ser registrada Abigail habia sido descubierto su sexo, y la habian entregado al horrible corsario *Cojo,* se tranquilizó en cuanto á su amor, cuando vió llegar encadenada á Abigail, y maltratada en la apariencia; pero se desesperó, y necesitó de toda la fuerza de su valor y de su fé, al ver en aquel tristísimo estado á la que habia llegado á ser todo el amor de su alma.

Cervantes, sin embargo, fué prudente.

No estaba solo con Abigail.

Todos sus compañeros, allí con ellos hacinados, creian á Abigail hombre.

—¿Y bien?... ¿cómo es que han tardado tanto en traeros con nosotros, señor Juan Perez? dijo Cervantes con la voz serena.

Sin embargo, para Abigail habia en la voz de Cervantes algo que la llegaba al alma.

Algo que, aun que imperceptible para los demás, para ella era perfectamente claro y comprensible.

Una desesperacion profunda.

Un insoportable dolor del alma por verla en aquel estado.

Algo, además, de celoso.

Abigail se apresuró á tranquilizar á Cervantes.

—Señor Miguel de Cervantes, le dijo; ese condenado, ese lobo cojo, me ha creido sin duda el más á propósito para preguntarme acerca de vosotros: yo le he dicho vuestros nombres, y vuestro estado, á fin de que, sabiendo quienes sois os trate con ménos dureza: es decir: he dicho ménos de lo que sois cada de uno de vosotros, para que por el interés de un gran rescate, y por obligaros á pedirlo á los vuestros, no os maltraten demasiado.

—Habeis hecho bien, dijo Cervantes; que yo he oido á otros que han estado en Argel cautivos, que porque sus amos creian que tenian grande hacienda en su tierra, los maltrataban dándoles todos los dias de palos, y matándolos de hambre, á fin de que apretasen en lo de su rescate; y que muchos que eran pobres, y que no tenian quien los rescatase, habian muerto del maltrato que les habian dado.

—Verdaderamente que debemos de haber cometido algun gran pecado, cuando Dios nos ha traido á este estado, dijo Rodrigo Cervantes, que estaba más allá de su hermano.

Estremecióse Cervantes.

Tal vez el pecado que Dios en él castigaba, y cuyo castigo habia alcanzado á su hermano y á sus compañeros, era el de aquellos amores ciegos, que tantas desgracias habian causado, con aquella judia, á quien el amor no habia podido convertir á la fé de Jesucristo.

Se le amargó el alma.

En efecto: por más que él lo habia pretendido, Abigail, que por lo demás no tenia otra voluntad que la de Cervantes, y que le hubiera dado la vida, no habia consentido en bautizarse.

—Yo no te pido que dejes tu Dios para amarme, le habia dicho Abigail: no me pidas que yo reniegue de mi Dios por tu amor: yo temeria una gran desgracia si por tí rompiera mi fé; tú con tu Dios, yo con el mio, podemos ser muy felices. ¿Que Dios castigará el que nos hayamos unido por el amor un cristiano y una judia? No; porque el amor viene de Dios, y no se aman más que aquellos que Dios quiere que se amen; y Cervantes sucumbia á la mágia de Abigail, pero sentia remordimientos.

En aquellos momentos, sus remordimientos se recrudecian.

Creia que Dios le castigaba.

Y le amargaba más, el pensar que su castigo alcanzaba á su hermano y á sus amigos.

Sin embargo, no podia dejar de amar á Abigail.

Parecia que por una extraña mágia, ella se habia apoderado de su alma.

¿Y qué más mágia que su inefable amor, y su magnífica hermosura que el amor transfiguraba?

En los ojos de Abigail aparecia algo inmenso, infinito, vivificador, superior á la vida, cuando miraba enamorada á Cervantes.

Y siempre le miraba enamorada.

Con la ternura de una madre.

Con la confianza de una esposa.

Con el delirio de una amante.

Si Cervantes no hubiese tenido dolorosos recuerdos; si Abigail hubiese sido cristiana y esposa suya, hubiera sido el hombre más feliz de la tierra.

Y sin embargo, á pesar de que esto tenia algo de amargo, no podia ser más dichoso.

Aquel amor, que siempre buscaba sediento para apurarle, se hacia inextinguible. Ambos ardian en un fuego inmortal, dulcísimo y devorador á un tiempo, el uno por el otro.

No habia para Cervantes, ni aun concebia que hubiese una hermosura mayor que la de Abigail, y á Abigail le parecia Cervantes el hombre más hermoso del mundo.

En cuanto á ingenio, Abigail veia en Cervantes á un Dios.

La amargura, pues, de ambos, el uno por el otro, al verse en aquella situacion, era horrible.

Estaban reducidos á una situacion sin consuelo.

Si algo espantaba en aquellos tiempos á los habitantes del litoral del Mediterráneo, era la sola idea de caer en poder de los corsarios argelinos.

Los que cautivos habian estado, contaban cosas que despegaban la carne de los huesos sólo de oirlas.

Se exajeraba, si era que se podia exajerar.

Porque, en verdad, los argelinos trataban á los cautivos como bestias.

Eran su mercancía.

Abigail inventó una conversacion que dijo habia tenido con Dalí-Mamí, y logró inspirar á sus pobres compañeros alguna esperanza.

En cuanto á Cervantes, se tranquilizó algun tanto.

Creyó que no se habia descubierto el sexo de Abigail.

Era muy posible que no se descubriera.

Despues confiaba en que, Dios primero, y despues el rey, los sacarian de tanta miseria.

Porque, ¿cómo habia de consentir el rey, que buenos vasallos suyos, que tan bien le habian servido, como que para servirle no habian economizado ni sangre ni fatiga, permaneciesen cautivos de piratas argelinos?

Cervantes media por su corazon el ajeno.

No habia vivido ni sufrido bastante.

Veia todavía las cosas al dorado sol de la juventud.

Y las penalidades habian empezado ya para aquellos desventurados.

En primer lugar, el despecho de ser vencidos por aquellos mismos á los que estaban acostumbrados á vencer, y que eran sus mayores enemigos, porque lo eran del nombre cristiano.

En seguida, aquellos infamantes hierros de que estaban cargados.

Aquella sentina oscura é infecta en que estaban hacinados, sintiendo el agua que hay siempre en el fondo de los barcos, y las ratas que saltaban sobre ellos, y las inmundas cucarachas.

Despues, el hambre, que empezaba á afligirlos.

Habian combatido largamente, y les rendia la fatiga.

A más de esto, muchos de ellos estaban heridos, y sólo se les habia hecho una cura ruda.

Lo que habia bastado para cogerles la sangre.

A estos padecimientos físicos, habia que añadir los padecimientos morales.

Pensaban en sus familias.

En sus padres, en sus esposas, en sus hijos, ó en sus hermanos.

Tal vez alguno, en la hermosa de su alma, que con toda su alma amaba

Prendas queridas que tal vez no volverian á ver.

Y sin embargo, todos contenian sus quejas y sus gemidos por no parecer débiles.

Todos mostraban el valor de la resignacion, aun que verdaderamente no le tenian.

Eran bravos y valientes soldados españoles.

Aun hubo alguno que tuvo valor para chancearse.

Entre ellos, Cervantes.

Los que hacian esto, era para aliviar á sus compañeros.

Fué avanzando la noche.

Las conversaciones se fueron disminuyendo.

Al fin, la fatiga pudo en los más de ellos más que el dolor, que el hambre, que las heridas, y se durmieron.

Abigail reclinó su cabeza sobre el hombro de Cervantes.

Le abrazó.

Se estrecharon.

Le retuvo en sus brazos.

Luego le besó silenciosamente en la boca.

Aquel fué un beso de dolor, de agonía.

Luego lloró largamente.

Era la primera vez que Cervantes sentia llorar á Abigail.

CAPÍTULO V.

De cómo, por el momento, se terminan los proyectos de Abigail.

El arraez Dalí-Mamí habia pasado una noche más terrible aun.

En su insómnio de amor, habia sufrido infinitamente más que lo que habia sufrido Abigail.

Ella, á lo ménos, habia estado al lado de Cervantes.

Habia llorado en sus brazos.

Habia sentido latir su corazon.

Para Dalí-Mamí, la hermosísima cautiva, la monja, se habia hecho un sér terrible.

Se habian despertado en él ocultos remordimientos.

Se arrepentia de no haber tenido valor para el martirio.

Creia que Dios castigaba en él su apostasía y sus crímenes dejándole conocer un arcángel, cuyos amores eran para él imposibles.

Y en medio de su martirizador insómnio, gozaba.

Gozaba, porque amaba.

Porque aquel amor le llenaba el alma.

Se la poetizaba.

Se la ennoblecia.

El amor, cuando es absoluto, cuando domina todas las otras aspiraciones del hombre, cuando se transfigura para él en un ensueño de los cielos, en la idealizacion de una ventura, produce, aun que feliz no sea, un placer inefable.

Como que es un aumento de vida.

Una sensualidad del alma.

La absorcion de un sér por otro sér.

El hombre más rudo y más salvaje, se siente sublimado cuando siente el amor.

La ferocidad se dulcifica.

La fiera gime.

La fiera llora.

La fiera se levanta al sentir instintos encantadores, que no creia existiesen.

El amor es una locura.

Pero una locura divina.

Nunca una noche se hizo tan larga para el renegado.

Nunca su voluntariedad se puso más á prueba.

Momentos habia en que se decidia á bajar á la sentina, sacar de ella á Abigail, arrastrarla á su camarote, y hacerla sentir la tiranía de su voluntad.

A veces saltaba de su diván, y á la puerta de su camarote se iba.

Pero una fuerza terrible, el funesto recuerdo de sus creencias cristianas se le interponia.

Volvia, rugiendo y gimiendo, á su diván.

No se atrevia á la esposa del Señor.

Temia que el rayo vengador cayese sobre él, y le redujese á cenizas.

No, no; el hombre nunca olvida la primera oracion que su lábio balbuciente pronunció, repitiendo la que la dulce voz de su madre llevaba á su alma.

El que esto olvida es un hombre capaz de todas las iniquidades.

Merecedor de todas las maldiciones.

Aquella noche habia sido al par un infierno y una gloria para el corsario *Cojo*.

Al amanecer, cuando la primera luz de la aurora penetró en el camarote, Dalí-Mamí saltó de su diván.

Ardia su cabeza.

Se abrasaba su pecho.

El recuerdo de Abigail le trasponia.

Su amor le llenaba el alma.

La fresca brisa no era bastante para templar el calor febril de su frente.

A lo léjos, se veian ya de una manera distinta, los muros y las torres de la Alcazaba de Argel.

Un primer rayo del sol, doraba ya las cumbres de los altos montes.

Dalí-Mamí llamó á dos de sus corsarios, y bajó con ellos á la sentina.

Sacó á Abigail.

Apénas si podia tenerse en pié.

El peso de las cadenas la abrumaba.

Estaba pálida.

En sus ojos, en sus mejillas, se veian señales de llanto.

Se le apretó el corazon á Dalí-Mamí.

La llevó á su camarote, y se quedó solo con ella.

Por algun tiempo Abigail permaneció en silencio, y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Tú sufres demasiado, dijo Dalí-Mamí con la voz temblorosa.

Alzó enérgicamente la cabeza Abigail, y dijo:

—No sufro por mí.

—¡Ah... sí!... exclamó roncamente Dalí-Mamí; tú sufres porque amas á alguno de los cautivos.

—Los amo á todos, exclamó Abigail: qué, ¿no son mis prójimos? ¿no nos ha mandado Dios que amemos á nuestros prójimos como á nosotros mismos?

—¡Pero no se ama al prójimo hasta llorar por él!

—Yo he llorado por tí.

—¡Por mí!...

—Sí; por tí.

Y Abigail miró de una tal manera, tan candente, tan lúcida, tan suprema á Dalí-Mamí, que éste se sintió como arrebatado por una nube de fuego á espacios desconocidos.

—¿Que has llorado por mí?

—Sí; por ti, que llamas sobre tí la cólera de Dios... que pierdes tu alma.

Dalí-Mamí gimió.

No era aquel el amor que él anhelaba de Abigail.

Su caridad no le satisfacia.

Se arrodilló delante de Abigail, y se puso á quitarla las cadenas.

—Puesto que hablas de caridad, la dijo, tú no volverás á llevar más estos hierros.

—En verdad que son muy pesados, dijo Abigail; pero yo no te agradeceré el que libre de ellos me tengas, sino libras de ellos tambien á todos mis compañeros.

Miró de una manera sesgada y terrible á Abigail, Dalí-Mamí.

En aquella mirada habia cólera y celos.

Abigail sostuvo con una gran serenidad la terrible mirada del corsario.

—Tú estás loco, le dijo.

—¡Loco, sí, loco! respondió Dalí-Mamí; y receloso de que tú ames á alguno de los que están cautivos.

—Yo no amo más que á Dios: no puedo amar más que á Dios, dijo Abigail.

Se desarrugó la frente del *Cojo*.

Continuó desarmando los grilletes, las esposas, la argolla, el cinturon.

Al fin, Abigail quedó libre de sus cadenas.

—¿Y ellos? dijo.

Dalí-Mamí mandó á unos de los suyos que se quitaran los hierros á los cautivos.

Se quedaron de nuevo solos Abigail y Dalí-Mamí.

—Yo estoy desfallecida de hambre, exclamó Abigail.

Lanzó un rugido de indignacion contra sí mismo, y se dió un puñetazo en el rostro el bravío Dalí.

—¡Ah... sí, sí!... dijo. ¡Yo estoy loco!... ¡yo me he olvidado de todo!...

Y llamó á grandes voces.

Mandó que se trajese de comer al camarote.

—No, dijo Abigail; yo quiero comer con ellos.

—Con ellos comerás.

—La bodega de la galeota es infecta: allí se respira mal, dijo Abigail; déjanos que comamos, que recuperemos nuestras fuerzas, sintiendo la hermosa y fresca brisa del mar.

No parecia sino que Dalí-Mamí habia nacido para someterse á la voluntad de Abigail.

Mandó se subiese á los cautivos á la cubierta.

—Yo iré por ellos, dijo Abigail.

—¡Ah!... ¡tú no quieres que el hombre á quien amas, vea que estás sola conmigo en el alcázar de popa!

—Yo permaneceré contigo: yo comeré contigo, dijo Abigail, que vió que Dalí se desesperaba, y llegaba casi á punto de romper por todo.

El renegado se tranquilizó.

Sus órdenes se cumplieron.

Poco despues subian á la cubierta ocho cautivos; los dos hermanos Miguel y Rodrigo Cervantes, y los otros seis que con Abigail habian cabido en parte á Dalí-Mamí.

Los otros cautivos que iban en la *Sol*, se habian repartido entre el dey de Argel, á quien correspondia el quinto; el tercio á Arnaute-Mami, (1) y luego por igual entre los cinco arráeces de las cinco galeotas que seguian á la capitana.

Cervantes vió á Abigail en el alcázar, á la parte de popa, en el camarote y al lado de Dalí-Mamí.

Pero no se inquietó.

Abigail le habia prevenido.

Le habia encargado el más profundo disimulo.

Así convenia para sus proyectos.

Los otros cautivos, aun el mismo Rodrigo Cervantes, ignoraban que Abigail fuese mujer.

La tenian por el soldado, paje de Cervantes, Juan Perez de Dávalos.

Como paje de Cervantes, nada tenia de extraño que nunca se separase de él.

(1) *Mamí*, es un calificativo que equivale á *Señor*.

Habian encontrado lo más natural del mundo, que le hubiese asistido en el hospital de Mesina, cuando en él habia estado para curarse de sus heridas.

Se dió á todos bizcocho y pescado salado.

Esto era lo único que se hallaba en la galeota, para el sustento de la gente.

En cuanto á Abigail y á Dali-Mami, se les sirvió de una manera mucho más delicada.

Hubo alcuzcúz, aunque del dia anterior, lo que lo hacia más grato, y gallinas fiambres.

Aun hubo vino.

Lo pidió Abigail, y no se sabe de dónde salió.

Los argelinos solian permitirse ciertas infracciones del Korán, y mucho más los corsarios, que venian á ser el sostenimiento de Argel, y á los que era necesario dejar ciertas licencias.

Como que ellos hacian ó deshacian al dey, y eran, por decirlo así, los verdaderos reyes de la ciudad, y aun de todo el reino.

Apénas se habia acabado el almuerzo cuando entraron en el puerto.

Los cañones de la flotilla de Arnaute-Mami, los de la galera apresada *Sol*, y las baterías de la Alcazaba, hicieron salva.

El dey de Argel, Hassan-Agá, que habia bajado al puerto en cuanto se habia puesto á la vista de él la escuadrilla de Arnaute, avanzó hasta la misma playa.

Entónces empezó el desembarco, que se hizo inmediatamente y en muy poco tiempo.

El puerto rebosaba de gente.

Todo Argel estaba en la playa.

No se veian más que banderolas de todos colores.

La mayor parte de aquella multitud estaba armada de espingardas, y hacia con ellas contínua salva.

La alegría y el orgullo rebosaban de todos los semblantes.

Como que el grande Arraez Emir de la mar (1) Arnaute-Mami, habia apresado una soberbia galera del rey de España.

—¿Por qué tienes tú sin cadenas á tus cautivos? preguntó severamente el dey Hassan-Agá á Dali-Mami.

—Porque Dios lo quiere, noble y poderoso señor, contestó humildemente Dalí.

—¿Desde cuándo acá te has hecho tú caritativo? dijo con sorpresa Hassan.

—Cuando Dios lo ha querido, Emir vencedor.

—El alto profeta ha preceptuado en nombre de Dios la caridad para con los creyentes, pero no para ejercitarla en los enemigos de Dios.

—Esta es gente dócil, dijo Dali-Mami, no pudiendo decir otra cosa.

—Pues parécenme fieros, como leones cogidos en trampa, dijo el dey.

Y como entónces reparase en Abigail, exclamó:

(1) *Emir-al-má.* (Almirante.)

—Este cautivo es muy hermoso y muy gentil: debe ser un gran caballero: el reparto está mal hecho. Yo me quedo con él.

Y asió de la mano á Abigail, y la puso entre los esclavos que le rodeaban.

Palideció mortalmente Abigail.

En cuanto á Cervantes, tembló de cólera.

Dali-Mamí estuvo á punto de rebelarse.

Pero Hassan era el dey.

Habia que resignarse á su voluntad.

Abigail le siguió á su alcázar, que estaba en la Alcazaba.

Llevaba el corazon deshecho.

Era la primera vez, despues de cuatro años, que se separaba de Cervantes.

CAPÍTULO VI.

De la buena traza que Abigail se dió para proteger á Miguel y á su hermano Rodrigo.

Cuando estuvieron en el alcàzar, Hassan-Agá hizo que le llevasen al hermoso caballero.

Se le presentó Abigail.

Conservaba completo su traje de soldado de infanteria del tercio de Figueroa.

No la faltaban más que el casco, la gola, la coracina y las armas.

Estaba poderosamente bella.

Se habia hecho de todo punto simpática á Hassan-Agá.

—¿Quién eres tú? la preguntó el dey.

—Yo soy, para servirte, poderoso señor, contestó Abigail en algarabia, un caballero español.

—¿De qué parte de España eres?

—De la Andalucia.

—¿De cuál ciudad?

—De Granada.

Suspiró Hassan-Agá.

—Aun no se han cumplido cien años desde que la perdimos, dijo Hassan Agá: aun existen aqui viejos, que eran niños, cuando de Granada salieron con sus padres, y aun de ella acuérdanse; y aun hay aqui moros que de las Alpujarras fueron arrojados por ese rayo de la guerra, que Dios maldiga, don Juan de Austria, que nos venció en Lepanto. ¿Estuviste tú en aquella funesta jornada?

—Sí.

—¿En qué galera?

—En la *Marquesa.*

—Esa estaba con las de Roma... con las de Dória.

—Sí, poderoso señor.

—¿Hay algun otro cautivo con vosotros, de los que estaban en Lepanto en la galera *Marquesa?*

Se animó Abigail.

—Sí, noble señor, dijo; dos hermanos muy principales.

—¿Cómo se llaman?

—Miguel y Rodrigo de Cervantes.

—A mí me gustan mucho los valientes; porque me has parecido valiente á maravilla, te he quitado á Dalí-Mamí.

—Pues los dos hermanos de que yo te he hablado, son tan bravos como leones, dijo Abigail.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Juan Perez de Dávalos, y por mi madre vengo de los Venegas.

—Entónces, eres por tu madre de la familia real de Granada.

—En efecto: mi madre venia del infante don Pedro de Granada Venegas.

—Entónces, debes tener aquí parientes, porque hay aquí muchos de la antigua familia de los Beni-Egas.

—Yo no los conoceré; me quedé huérfano cuando niño, y el tutor á quien me confió mi padre, que fué el último que murió, me crió en la córte, donde he sido paje del rey.

—¡Del gran rey don Felipe! exclamó con asombro el reyezuelo de Argel.

—Sí; del gran rey don Felipe, respondió con altivez Abigail.

—¿Y cómo es el rey don Felipe?

—¿Conoces tú á don Juan de Austria?

—Sí; le he visto bien... muy bien, en Lepanto, cuando el abordaje de la capitana turca con la capitana cristiana: le he visto tanto, como que he disparado tres tiros de arcabuz contra él, y no he podido herirle. ¡Satanás le protege!...

—Pues bien: poco más ó ménos, el rey don Felipe es como su hermano don Juan de Austria: los dos se parecen á su padre, el gran Emperador don Cárlos Quinto.

—¿El que en años pasados fué á Túnez y degolló á sus pobladores?

—Ese.

—¡Maldígale Dios!

—Era el rayo de la guerra: el César: el monarca más poderoso del mundo.

—Pero esto no le ha librado de la podredumbre y de los gusanos.

—Su cuerpo está incorrupto, en el panteon del Escorial.

Abigail hablaba á bulto.

Pero habia acertado.

Aun se conserva incorrupto en el panteon del Escorial, el cuerpo del Emperador Cárlos Quinto.

—¿Cuánto rescate darán por tí los tuyos?

—Yo no tengo *mios;* yo estoy solo en el mundo: yo he gastado toda mi hacienda en la guerra.

—Todos los cristianos decís lo mismo, exclamó Hassan-Agá, cuyo rostro se habia fruncido: os haceis los pobres, los mendigos, para que nos contentemos con un mezquino rescate por vosotros.

—Yo no quiero rescatarme, dijo Abigail.

—¡Cómo!

—Yo no quiero volver á mi tierra.

—¿Y por qué?

—Porque he matado en ella á un caballero muy principal, á quien amaba mucho el rey: y si á mi tierra fuera, me prenderian y me matarian.

—¿Pues no has estado en las galeras del rey de España?

—Sí; pero en ellas no me conocian.

—¿Cómo?

—Sí; voy á decirte la verdad: yo no me llamo Juan Perez de Dávalos, sino Pedro de Venegas, como mi abuelo, el infante de Granada; pero guardaré el nombre supuesto que llevo, que así me conocen los cristianos que han sido cautivados conmigo.

—¿Con que tú no quieres rescatarte?

—No: ni aun que se sepa que yo estoy en Argel, porque me rescatarian mis enemigos, los parientes del que maté, para entregarme á la justicia, que me ahorcaria.

—Yo no te daria en rescate para que te ahorcaran, mancebo, dijo con nobleza Hassan-Agá.

—Yo te serviré de tal manera, dijo Abigail, que tú estarás contento de que yo sea tu esclavo.

Meditó un momento Hassan-Agá.

—¿Por qué no te vuelves al Señor único y altísimo? dijo.

—Yo no te pediria renegaras de tu Dios: tú temerias que tu Dios te castigase: yo espero que tú me trates con benignidad.

—Yo no sé por qué me arrastras á complacerte, mancebo. Quédate en mi casa. Si has dicho verdad, no serás mi esclavo, sino mi hijo: has hallado gracia en mis ojos: pero si has mentido... ¡ay de tí!... no te lo perdonaré.

—Pregunta á todos los que han sido cautivados en la galera *Sol,* y todos te dirán que yo soy Juan Perez de Dávalos, paje del buen caballero Miguel de Cervantes Saavedra, y soldado de la compañía de Diego de Urbina, del tercio de don Lope de Figueroa.

—¿Y ese noble caballero Miguel de Cervantes, es muy rico?

—Riquísimo, y muy calificado, respondió Abigail; como que se trataba mano á mano con el ilustre don Juan de Austria, y con el gran duque de Sesa, don Cárlos de Aragon: y una prueba de ello, es que llevaba á España muchas y buenas cartas de recomendacion, de don Juan de Austria y del duque de Sesa, para el rey y para los señores del Consejo del rey, recomendándole para que le diesen una compañía de infantería.

Irradiaron los ojos de Hassan-Agá.

—¿Así, pues, dijo, por esos dos hermanos dará su familia un gran rescate?

—Grandísimo, exclamó Abigail, y tanto, que te satisfagas de que yo no me haya rescatado, y con creces. Pero te repito que espero me trates con benignidad.

—Yo te hago desde ahora wazir de mi casa: tú correrás con los gastos y las atenciones del harem: todos te respetarán como si fueses mi propia persona: pero cuenta que una sola mirada impura tuya no vaya á buscar los ojos de las mujeres, ni de las hijas ó parientas del dey tu señor.

—Todo lo que te pertenece, señor, será para mí sagrado.

—Y dime, exclamó volviendo por un momento á sus recelos Hassan-Agá: ¿si tan en peligro de muerte estabas volviendo á pisar el suelo de España, por qué te encontrabas en la galera *Sol*, que á España iba?

—Yo pensaba quedarme en Francia.

Volvió á serenarse Hassan-Agá.

Le habia complacido Abigail, y más que todo, las noticias que le habia dado de la gran riqueza de los dos hermanos Cervantes, por los cuales esperaba un gran rescate, porque, aun que habian tocado por suerte en el repartimiento á Dalí-Mamí, era potestativo en el dey invalidar el repartimiento, siempre que fuese su voluntad.

—Pues ya que no reniegues de tu Dios, dijo Hassan-Agá, necesario será por lo ménos, que lleves el traje y las armas de los moros, mis servidores.

—¿Y por qué no? respondió Abigail: y aun asistiré á las *azalaes* en tus mezquitas; que vuestro Dios es el mio; únicamente que vosotros no reconoceis la Trinidad, y llamais Profeta á Jesucristo, en vez de llamarle Dios; pero creeis en la virginidad y en la pureza de la Santa Vírgen María su madre.

Hassan-Agá sonrió.

—Veo harto claro, dijo, que ántes de mucho, tú te convertirás al verdadero Dios; ahora voy á llamar uno de mis esclavos, para que vayas con él á ordenar al arraez Dalí-Mamí, venga con sus dos cautivos Miguel y Rodrigo de Cervantes.

Media hora despues, Dalí-Mamí, que reposaba en su casa, que estaba en lo mejor de la Alcazaba, se inmutaba al ver aparecer ante sí á Abigail.

Esta dejó fuera al esclavo de Hassan-Agá, y se encerró con Dalí-Mamí.

—¿Has tenido compasion de mí, hurí divina? exclamó: ¿has comprendido cuánto te amo, y que sin tí moriré?

—Guarda mi secreto, Dalí, exclamó con acento breve é imperativo Abigail; guárdalo, si quieres guardar tu cabeza: tú no sabes que yo soy mujer.

Dalí-Mamí estaba pálido como un muerto y temblaba.

Fijaba con espanto sus ojos extraviados en Abigail.

Demostraba claro, de una manera evidentemente cierta, cuánto la amaba, y el horrible temor que sentia de perderla.

Permaneció mudo.

—Yo seré tu amiga, tu hermana, dijo Abigail dulcificándose, si guardas mi secreto: he hallado gracia en los ojos del dey: si el dey sabe que yo soy mujer,

me amará, y yo, para vengarme de tu traicion, le pediré á cambio de mi amor, tu cabeza.

Tembló el mísero Dalí-Mamí.

Al fin dijo mesándose las barbas:

—¡Maldita de Dios sea la hora en que apresamos á la galera *Sol!*

—Tú estás loco, y tú te perderás, dijo Abigail.

—¿Serás tú mi amiga?

—Sí.

—¿Serás tú mi hermana?

—Sí; tu hermana querida.

—Pues bien: yo guardaré tu secreto; pero que te vea yo alguna vez, sultana. porque si no te veo, moriré de dolor.

—Yo vendré á verte con frecuencia.

—¿Te deja en libertad el dey?

—Sí; me ha hecho wazir de su casa y de su harem.

—Contigo vá la bendicion del Señor: tú hallas gracia en los ojos de todos.

—Pues mira tú lo que será, si el dey sabe que yo soy mujer.

—No lo sabrá jamás por mi boca.

—En eso harás bien; porque guardando mi secreto, guardas tu vida.

—Y díme, así Dios te prospere, y haga tu vida venturosa á placer tuyo: ¿has venido á verme, sabiendo que yo por tí moria?

—Sí; y además, el dey me ha mandado te diga que vayas al momento á verle, con tus dos cautivos Miguel y Rodrigo de Cervantes.

—¡Ah! exclamó el iracundo y enamorado Dalí-Mamí, mesándose de nuevo la barba: ¡tú amas á uno de esos dos!

—¡Tú estás loco! dijo Abigail con voz sombría: ¡tú estás mal con tu cabeza!

Tembló Dalí-Mamí

—Ya has oido las órdenes del dey, le dijo Abigail.

—¿Y si yo digo al dey que he ahorcado á esos dos cautivos porque habian querido resistir?

—Entónces me descubriré yo al dey; le diré, —«yo soy una mujer; yo te amo; yo quiero ser tu esposa; pero quiero tambien como regalo de boda, la cabeza y el corazon del arraez Dalí-Mamí.»—

Se encogió aquel tigre.

Luego se puso á dar vueltas por su aposento.

Rugia sordamente.

Al fin se detuvo delante de ella, y la dijo:

—Dios ó Satanás te amparan: tú harás lo que querrás de mí, y si me matas, moriré bendiciéndote; pero tú me has dicho que serás mi hermana, mi querida hermana, que vendrás alguna vez á verme, para que yo cobre algo de vida.

—Sí, dijo Abigail; seré para tí más que tu hermana; te procuraré honras del dey; te ayudaré en cuanto pudiere si eres bueno para conmigo: yo te lo pido por Jesucristo y su Santa Madre.

—Pues bien, dijo Dalí-Mamí: vuélvete, y díle al dey que yo voy al momento con esos dos cautivos que me pide.

—No; llámalos aquí: con ellos has de salir de aquí conmigo.

Dalí-Mamí se doblegó.

Mandó trajeran á los dos hermanos.

Poco despues estaban allí Miguel y Rodrigo.

Aparecian tristes, pero resignados y dignos.

Miguel, aprovechando un momento, miró anhelante á Abigail.

Esta le tranquilizó con una mirada.

Luego dijo á Dalí-Mamí:

—Es necesario que lleves tambien al dey, no los dineros y las pedrerías que quitaste al señor Miguel de Cervantes, sino las cartas que llevaba del señor don Juan de Austria y del duque de Sesa, para el rey de España, y para los señores de su Consejo.

Cervantes no comprendia bien.

En el momento en que Dalí-Mamí salió para buscar aquellas cartas, se acercó á Abigail, y la dijo tratándola como hombre, porque su hermano Rodrigo no estaba en el secreto:

—¿Pero no conoces, Juan Perez, (así le llamaba Cervantes como á su paje,) que van á creer que somos muy ricos, y que esto dificultará nuestro rescate?

—Eso es lo que se necesita, señor Miguel de Cervantes, dijo Abigail, que delante de gentes y aun del mismo Rodrigo, trataba con un gran respeto á Cervantes; así os tendrán en mucho, y os respetarán; yo os conozco; os lanzareis, de seguro, á más de una grande empresa, y pondreis á riesgo vuestra vida: es necesario que estos bárbaros tengan un gran interés en no quitárosla.

—Es necesario que hablemos despacio acerca de esto, dijo Miguel.

—Ya hablaremos todo cuanto queramos en la casa del dey, dijo Abigail.

En aquel momento, y vestido con nuevas ropas, más ricas, apareció Dalí-Mamí.

Salieron de su casa.

Miguel y Rodrigo iban sueltos.

Como si hubieran estado en libertad.

Llegaron al alcázar.

Inmediatamente fueron presentados á Hassan-Agá.

Éste anunció á Dalí-Mamí que habia resuelto quedarse con aquellos dos cautivos, y que por ellos, para que no tuviese razon para quejarse, le daba tres.

Dalí-Mamí se mostró grandemente complacido.

Dió al dey las cartas que se habian encontrado á Cervantes, y recibiendo los tres cautivos, se fué.

Hassan-Agá mandó que Miguel y Rodrigo fuesen conducidos á su baño.

CAPÍTULO VII.

De cómo Abigail se habia hecho un personaje de la casa del dey de Argel.

Hassan-Agá, al ver el continente grave y sereno de los dos hermanos, los tuvo por principalísimos caballeros, por los cuales podia obtener un crecidísimo rescate.

Mandó, pues, que los llevasen al baño de que ya hemos hablado, y donde habia por lo ménos, doscientos cautivos cristianos, pertenecientes todos al dey.

Éste encargó á Abigail cuidase de los cautivos de su baño, como wazir que era, ó mayordomo de su casa, y que procurase principalmente que los dos hermanos fuesen tratados de tal manera, que se apresurasen á buscar su rescate.

Esto era lo mismo que encargar que se les tratase con un excesivo rigor, puesto que, con cuánto mayor rigor se les tratase, tanto más habian de procurar ser rescatados.

Abigail, ó mejor dicho, el señor Juan Perez de Dávalos, sustituyó en la jefatura del baño de los esclavos del dey, á un morazo etiope, que era una especie de caníbal, que trataba como bestias á los cautivos.

Para el etiope fué una desgracia el que el señor Juan Perez de Dávalos encontrase gracia en los ojos del dey, hasta el punto de que éste le encargase, no sólo de la economía de su casa, sino tambien del cuidado del baño de sus esclavos.

Se irritó cuando se vió depuesto, blasfemó de Dios y del Profeta, y aun se atrevió á decir que el dey era un pobre hombre á quien engañaba cualquiera, y que ya se lo contaria á su alteza.

Oido lo cual por Abigail, hizo que á él arremetiesen algunos esclavos del dey, le cargasen de cadenas, y le empozasen en una de las mazmorras que en el baño habia.

Estas mazmorras eran horribles.

Estaban á quince ó diez y seis piés debajo de tierra.

Se bajaba á ellas por medio de una cuerda al encerrado, y luego se cerraba la boca del pozo, de tres ó cuatro piés de ancha, en los dos tercios de la profundidad, que en la parte inferior era de ocho ó diez piés superficiales de extension, y cinco ó seis de altura.

En estas mazmorras, necesariamente fétidas, se encerraban cargados de cadenas, á veces cuatro ó seis hombres, y cada dia, dos veces, por la mañana y á

la tarde, se les bajaba un cántaro de agua, y un pedazo de pan negro para cada uno.

Cuando enfermaban, que esto sucedia con mucha frecuencia, allí se les dejaba abandonados á su miseria y á su enfermedad, y si alguno moria, se le sacaba, no tan pronto como hubieran querido sus compañeros.

El etiope no debia padecer mucho en la mazmorra.

Cuando volvió á la presencia del dey, Abigail le contó el delito, ó más bien los delitos de sacrilegio y de lesa majestad que el etiope habia cometido, y que por consecuencia de ellos le habia enmazmorrado.

—Descabézale, dijo Hassan-Agá, apénas hubo oido el relato de Abigail.

Volvióse ésta al baño, hizo sacar de la mazmorra al etiope, y prestándose otro esclavo, etiope tambien á desempeñar el oficio de verdugo, le cortó la cabeza por un sencillísimo procedimiento.

Le tiró al suelo, le puso una rodilla en el pecho, y luego le degolló de un solo tajo de gumía, separándole despues la cabeza del tronco, no sabemos en cuánto tiempo y con cuánto trabajo.

Despues, el cuerpo fué llevado á larga distancia del baño, á la marina, y arrojado en una hondonada, en una especie de muladar donde se arrojaban los animales muertos.

Los grajos se encargaban de dejar blancos sus huesos, y cuando subia la marea, dejaba sobre ellos una capa de arena que, repitiéndose, los iba sepultando lentamente.

En cuanto á la cabeza del etiope, fué presentada al dey, para que se certificase de que se habia hecho justicia en aquel traidor.

Tal fué la acentuada manera de la toma de posesion de la alcaidía ó jefatura del baño de los esclavos del dey, por Abigail.

Cervantes no sabia qué pensar de la posicion que Abigail habia tomado en la casa del dey, y ella, por prudencia, no hablaba en el baño con Miguel ni con Rodrigo, ni más ni ménos que con cualquiera de los otros cautivos.

Se mostraba severa y rigorosa.

Pero los cautivos eran mejor tratados.

Las legumbres cocidas que les servian de alimento, estaban mejor condimentadas, y el pan era de mucha mejor calidad.

Se habia sacado de las mazmorras al aire libre, y se les habia dado celdas en el baño, á muchos infelices.

Las mazmorras, que arrojaban de sí un olor insoportable, se habian limpiado.

La capilla católica que allá en el fondo del patio habia, estaba mejor asistida: no faltaba nunca una luz en el altar de la Vírgen de los Afligidos, y vino, hóstia y velas todos los dias, para la misa cuotidiana.

A los cautivos que se habian quedado completamente desnudos, se les habian buscado ropas, malas ó buenas, como se habia podido.

Abigail se las habia procurado de limosna de los cristianos que residian libres en Argel, y aun de algunos moros caritativos.

Porque Abigail no podia hacer nada por sí misma.

Era completamente pobre.

Comia la racion que como wazir de la casa del dey se la daba, y recibia en dinero un mezquino salario que apénas la bastaba para vestirse.

Debemos advertir que Abigail habia dejado el traje cristiano, para tomar el musulman.

Este traje, mucho más ámplio, la convenia perfectamente.

Ocultaba mejor sus formas.

Se componia de un alquicel blanco con capúz, rodeado por una toca ó turbante; de una túnica de lana roja, y en el interior, de una camisa y de unas calzas: unas botas altas de tafilete amarillo completaban este traje.

Pendiente de un tahalí de seda y plata, llevaba un corvo yatagan, y á la cintura una gumía.

Para los dias de gala y de solemnidad, tenia un ostentoso traje de rica tela, sobrecargado de bordaduras de oro, y que habia heredado del difunto etiope, como aquel lo habia heredado de otro.

Aquella era una especie de librea.

Llevaba asimismo, constantemente, Abigail, una varita negra con las extremidades de plata, insignia de su oficio de wazir de la casa del dey.

Las atenciones de su cargo eran tantas, que apénas le dejaban todos los dias algun tiempo libre.

Era este tiempo el que trascurria entre la oracion ó *azalá de adohar* (del medio dia), hasta la de *almagreb* (oracion de la tarde, ó de puesta del sol).

Tres ó cuatro horas cuando más.

Abigail se iba á la ciudad; se metia en las barberías ó en los *fondács* ó paradores; oia los cuentos de los juglares, ó las conversaciones del vulgo, y aun así servia á Hassan-Agá, porque era una especie de polizonte secreto, en servicio del dey.

Cuando terminaba la oracion de la tarde, Abigail se iba al baño, hacia repartir la comida á los cautivos, los encerraba en sus celdas, y de allí se iba al harem del dey, donde hacia una cosa semejante.

Mandaba se diese la comida á aquellas señoras, y cuidaba luego de que cada cual de ellas se retirara á su respectivo apartamento.

Todo estaba en un órden admirable.

No podia darse más.

Hassan-Agá era servido con una economía mayor que nunca, y mucho mejor servido.

Abigail crecia en su favor.

Pero con ella habia entrado una perturbacion moral en el harem.

Aquellas señoras encontraban á Sydi-Agá-Wazir, que este era el nombre que Abigail habia tomado, de todo punto hermoso y amable; mucho más amable que el mismo Hassan-Agá, y mucho más tolerante que el otro negro wazir, que tan ruin y miserablemente habia acabado.

Todo eran sonrisas y miradas lánguidas para Abigail.

Las odaliscas de Hassan-Agá, ardian en amor.

Pero el prudentísimo Agá-Wazir, ni aun las miraba.

Habia ya en el harem desesperaciones del corazon.

Abigail se sentia amada.

Habia especialmente una admirable morena, que habia dado al dey no ménos que catorce hijos, aun que apénas si llegaba á los treinta años.

Se llamaba Noemí. Era casi obesa.

Pero dentro de su obesidad ostentaba las formas más voluptuosas del mundo.

Era la favorita de Hassan-Agá, por la sola razon de que, entre sus mujeres, ella era la que más carne tenia.

Los moros adoran en las mujeres la obesidad.

Pero Noemí estaba muy léjos de amar á Hassan-Agá.

Es más: no le habia amado nunca.

En vano Hassan-Agá la habia elevado de cautiva á favorita, de favorita á esposa, de esposa á sultana.

El durísimo corazon de la admirable morena, que cada dia estaba más gorda, no se conmovia con los amores ni con los favores de su régio esposo.

Hassan-Agá no encontraba en ella más que sumision y lealtad hasta cierto punto.

Porque Noemí se desvivia por todo hombre que no era Hassan-Agá; y si no habia caido en el precipicio, era porque no habia podido caer.

En el harem no entraba más hombre que el wazir de la casa del dey, y aun así, rodeado de las viejas guardianas de las esclavas, de las esposas y de las sultanas del dey.

Noemí era una fidelísima esposa... á la fuerza.

Abigail no tardó en reparar que Noemí se abrasaba de amor por ella.

Se propuso aprovechar este amor.

Si habia algo que Hassan-Agá adorase en el mundo, era Noemí.

Por ella tenia casi en olvido á todas las otras señoras del harem.

Cuando salia á piratear en jefe con las galeras de Argel, ó á dar socorro á su señor feudatario, por decirlo así, el sultan de Constantinopla, se le hacian insoportables los dias que tardaba en volver á los fenomenales brazos de su crasísima Noemí.

Y estaba escrito que padeciese siempre por su desvío.

Noemí le recibia con una frialdad inmensa.

Aquella especie de Cleopatra obesa, era una cosa, no una mujer para el enamorado Hassan-Agá.

Las otras odaliscas, cual más, cual ménos, todas se comian con los ojos á Abigail.

Pero ella se hacia la indiferente.

Parecia como si hubiera estado ciega.

Era galante con aquellas señoras, y nada más.

Hassan-Agá estaba contentísimo con su wazir, porque con su wazir estaban contentísimas sus señoras, y le hablaban de él con elogio.

Particularmente Noemí se hacia lenguas hablando del nuevo wazir.

Los manjares que se la servian eran más suculentos y mejor condimentados.

Los perfumes que en sus pebeteros se quemaban, más exquisitos.

El ópio que fumaba, de mejor calidad.

Los colores con que se teñia las uñas y las mejillas, y reforzaba lo negro de las cejas, y aumentaba la sombra de sus ojos, mucho más finos.

Las ropas estaban mucho más límpias y mejor cuidadas.

Los tapices, las alfombras y los utensilios de su aposentamiento eran mucho mejores.

Sobre todo, en medio de su profundo respeto, Sydi-Agá-Wazir, no podia ser más amable.

Noemí estaba encantada.

El encanto de Noemí se trasmitia á su real esposo.

¿Cómo no tener el dey sobre su cabeza á un tal servidor, que tan arreglada le tenia la casa, y tan contenta á la luz de sus ojos, á la hermosísima Noemí, hermosa hasta en el nombre, porque Noemí, hermosa significa?

Además, que Hassan-Agá habia tenido confianzas con Abigail.

¿Y cómo no obtener el consuelo de comunicar las penas, cuando se tiene un lealísimo servidor, que por su afecto ha de partir con nosotros los dolores?

Parece que así los dolores se disminuyen.

A los seis meses de pertenecer á la servidumbre del dey, Abigail, ya el dey la habia admitido completamente en su confianza.

Habia en Abigail un imperio misterioso que fascinaba á Hassan-Agá, y que éste no podia explicarse.

La recordaba continuamente, y atribuia una grande importancia á aquel incesante recuerdo.

—Es extraño, decia Hassan-Agá, para sí, con mucha frecuencia: este cristiano debe ser hechicero; le amo como si fuera mi hijo, mi padre, mi hermano; no sé lo que él podria pedirme que yo no le concediera.

Abigail comprendia perfectamente cuál era la causa del afecto que la profesaba el dey.

Por un instinto que el dey no podia explicarse, adivinaba en ella á la mujer.

Por lo demás, Hassan-Agá no habia concebido la menor sospecha.

Abigail representaba admirablemente su papel de hombre.

Llegaba hasta la crueldad.

Era una especie de fiera que hablaba admirablemente á los instintos de aquel dey terrible.

Una ligera inobediencia de uno de los esclavos de la servidumbre, bastaba para que Abigail le hiciese azotar.

Una falta un poco mayor, con un desdichado daba en una mazmorra donde se podria.

Si la falta era más grave, una sentencia de muerte que inmediatamente se aprobaba, era sometida al dey.

Abigail se ensañaba en aquella horda de caníbales feroces, sin remordimiento alguno.

Habia llegado á inspirar espanto.

Esto encantaba al dey.

Esto mismo abrasaba en amor á Noemí.

Abigail iba ganando rápidamente terreno.

Lo preparaba todo para poder libertar á su adorado Miguel.

Para libertarse con él y con Rodrigo.

Pero habia una pasion que dominaba en Hassan-Agá todas las otras pasiones.

Que le preocupaba infinitamente más que la crasa Noemí.

Esta pasion, ó más bien, este pecado mortal por donde Satanás le tenia cogido, era la avaricia.

Por una dobla de oro, era capaz Hassan-Agá de ir á la fin del mundo, y aun de pelear con los ejércitos infernales.

Esto era una gravísima dificultad que se oponia al rescate de Miguel y de su hermano.

En tanto los tenia Hassan-Agá, que esperaba por ellos un crecidísimo rescate.

Rescate que no estaba en las posibilidades de la pobre familia de Cervantes.

Digamos algo acerca de ella, y para esto, pasemos al capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

Lo que hizo la familia de Miguel y de Rodrigo Cervantes, por librarlos de su cautiverio.

Al separarse Miguel de su familia, la habia dejado una buena cantidad de dineros.

Estos dineros provenian, como se sabe, de Beatriz de Aquaviva, de la extraña esposa de Miguel.

Les habia dejado tambien aquella preciosísima espada que Aquaviva le habia regalado.

El prudente padre empleó aquellos dineros en aumentar las tierrecillas con cuya exígua renta vivia la familia.

Rodrigo no podia ser útil todavía á sus padres.

Continuaba sus estudios en la Universidad.

Era más bien un gravámen de la familia.

Vinieron malas cosechas.

La renta disminuyó.

Se vendió algo para vivir.

Rodrigo comprendió al fin que era necesario de todo punto que él dejase de ser un gravámen para su familia.

Un buen dia, sin decir nada á nadie, se salió de Alcalá, se fué á Madrid y tomó bandera en una compañía del tercio de Figueroa que reclutaba gente para Italia.

De Miguel no se sabia otra cosa sino que estaba en Roma, al servicio del cardenal Aquaviva.

Se suponia que los emolumentos que por esos servicios recibiria, bastarian apénas para él solo.

No se estaba en el secreto de la verdadera situacion que ocupaba, respecto al cardenal, por los amores con su hermana, Miguel.

Así pues, en las escasas cartas que se cambiaban, á causa de la gran distancia, entre Miguel y su familia, ésta no le decia nunca si estaba necesitada ó no.

No se le queria afligir.

Se le decia siempre que estaban bien.

Cervantes, por su parte, no creia que estuviera mal su familia.

La habia dejado, á su juicio, suficiente dinero.

Él hubiera podido tener cuanto dinero hubiese querido por medio de Beatriz.

Pero su dignidad se oponia á esto.

Se oponia tambien su altivez.

La penuria de la pobre familia crecia.

Habian sentido todos un gran dolor por la partida de Miguel.

Este dolor se repitió, cuando al dia siguiente de haber desaparecido de Alcalá Rodrigo, recibieron la siguiente carta:

«Mis amados padres, mis queridas hermanas: yo os pido á todos perdon por haberme alejado de vosotros sin despedirme: pero yo no puedo pesar por más tiempo sobre los escasos posibles de la familia. He tomado, pues, bandera en los tercios de Italia: perdonadme, y considerad las buenas razones que he tenido para hacer lo que he hecho: recibid mi corazon, y vosotros, padres mios, bendecidme, y vosotras, hermanas mias, abrazadme con vuestra alma. Adios: yo voy, como mi hermano Miguel, á buscar el pan de la familia.

RODRIGO.»

Se deshicieron en lágrimas al leer esta carta los pobres padres, las pobres hermanas.

Quisieron ir á Madrid para disuadir á Rodrigo, si aun era tiempo, ó para verle por la última vez por entónces, si ya no lo era.

Pero un capigorron de estudiante que habia ido de Madrid á Alcalá, tras no sabemos qué dueña enjabelgada y dadivosa, llegó á tiempo para decirles que él

habia visto el dia ántes en Madrid á Rodrigo á punto que salia con su compañía de infantería hácia Barcelona, donde debia embarcarse para Italia, y que le habia dado muchos y muy cariñosos recuerdos para su familia.

No tenia ya objeto la ida de ésta á Madrid.

La pobre familia se quedó con los corazones atarazados por el dolor y como huérfana.

Los padres eran viejos, las hermanas doncellas y faltaban los dos hombres de la familia.

Se habian ido á buscar fortuna.

Era, pues, necesario esperar á que ellos volvieran ó á que la fortuna viniese.

Era necesario confiar en la providencia de Dios, y consolarse con esta confianza.

Llegado á Sicilia, Rodrigo escribió á Roma á su hermano Miguel.

Pero no tuvo contestacion.

Miguel no habia recibido la carta.

La habia interceptado Beatriz.

Habia querido quitar un dolor y un cuidado á Miguel.

Rodrigo, soldado, no necesitaba de nada.

Tenia al rey para mantenerle, y su valor para hacer fortuna.

Rodrigo hizo la primera campaña de Levante bajo las órdenes de Marco Antonio Colonna.

Se habia distinguido de tal manera en los primeros combates, que fué ascendido á alférez.

Pudo al fin dar una buena noticia á su familia.

Él la escribia que siguiendo el tiempo que reinaba, y cuando debia creerse que aquella guerra contra el turco seria larga y fecunda en sucesos, él esperaba ántes de un año ser capitan.

Y aun se alargaba á esperar que á la vuelta de cuatro ó cinco años, seria cuartel-maestre ó maestre de campo general como Figueroa y Moncada.

La pobre familia tuvo algun consuelo.

Pero continuó espantada.

Que las noticias que de Italia á España llegaban, eran de que la guerra contra el turco se hacia á todo poder, y cada combate era más sangriento y terrible.

Tenian, pues, á Rodrigo en contínuo trance de muerte.

No hacian otra cosa que rezar y más rezar por él.

En cuanto á Miguel, tenian más tranquilidad.

Sabian que estaba á seguro de todo peligro en la casa del cardenal Aquaviva.

Se recibia alguna carta.

Se la contestaba.

No se le decia lo de Rodrigo, ni el estado de penuria de la familia.

No le querian afligir.

Creció la miseria, y se hubo de apelar á la rica espada de monseñor Aquaviva, no para venderla, sino para empeñarla.

Un judio de Madrid dió sobre ella una buena razon de escudos de oro, y con esto la familia pudo respirar.

Por aquel tiempo fué cuando Miguel dejó á Roma con Beatriz y se fué con ella á España visitando á sus padres.

Dejóles algun dinero, condujo á Beatriz á Granada, y partió para Italia.

La familia iba tirando como podia.

Pero los recursos eran escasos.

Habia que pagar, además, los intereses del dinero que sobre la espada del cardenal Aquaviva habian recibido, á fin de que no se perdiese.

Habia que dar cuenta de aquella rica alhaja á Miguel.

Los intereses de este dinero se llevaban la mitad de la rentecilla de la familia.

Andrea y Luisa trabajaban cuanto podian.

Bordando se pasaban dia y noche, y á pesar de sus afanes conseguian ganar muy poco.

Los pobres padres adolecian de achaques que necesitaban cuidados.

Aquellas dos mártires se sacrificaban á su amor filial, y cuando rara vez recibian carta de sus hermanos y las contestaban, no hablaban en ellas ni una palabra sola de miseria.

Por el contrario, decian que no lo pasaban mal.

Pero llegó un dia en que recibieron una noticia terrible en una carta llegada por conducto de los padres de la Santísima Trinidad de la Redencion de cautivos en Argel.

Miguel y Rodrigo habian sido cautivados cuando volvian á España en la galera *Sol*, y rogaban encarecidamente á su familia presentara al rey un memorial que acompañaban, pidiendo se ayudase á la familia para el rescate, teniendo en cuenta los grandes servicios que ambos hermanos habian hecho á Dios y al rey en las diversas campañas de los mares de Levante.

Trasladóse en masa la atribulada familia á Madrid.

Importunaron á los conocimientos que en la corte tenian, hicieron antesala cien y cien veces, ó más bien antecámara en las secretarías de Estado, y sólo recibieron palabras y esperanzas.

Pasaban y pasaban los dias.

En cada uno de ellos perdia la pobre y triste familia una nueva esperanza.

Su imaginacion buscaba en aquel Argel desconocido, á los hijos, á los hermanos.

Se los representaban entregados á la más horrible miseria.

Sujetos á los más horribles tratamientos.

Buscaban á alguno que hubiese estado cautivo en Argel, y como no era esto raro, le encontraban, le preguntaban y se horrorizaban con lo espantoso del relato que oian, y que era siempre exagerado, porque el narrador encontraba para él honorífico el ponderar los tormentos que habia sufrido por no renegar de la fé de Jesucristo.

La pobre familia se entregaba á las más fervorosas oraciones.

A las penitencias más terribles.

Seguian gestionando.

Pero sus gestiones de nada sirvieron.

No podia ménos de oirse á la familia de dos buenos soldados llenos de servicios, que estaban en Argel cautivos.

Pero las contestaciones eran siempre las mismas.

El erario estaba en apuros.

Habia necesidad de esperar.

Y la infeliz familia esperando se desesperaba.

Recurria á los Padres de la Redencion de cautivos.

Estos la oian con suma caridad, pero concluian siempre diciéndola:

—Son muchos los cristianos que están cautivos, no sólo en Argel, sino en otras muchas partes y sobre todo en Constantinopla: es necesario esperar... hagan ellos lo que pudieren.

Se resolvieron, al fin, á usar de la espada de monseñor Aquaviva; pero les dieron por ella, para completar su precio, tan poca cosa sobre la cantidad por que habia sido empeñada, que apénas si bastó para pagar las deudas que habian contraido en Madrid para solicitar que Miguel y Rodrigo fueran rescatados por el rey.

Entónces se acudió á un medio supremo.

Se vendió el dote de Luisa y de Andrea, lo que se habia respetado siempre, y se obtuvieron siete mil y tantos reales, ayudados por algunas limosnas y por algo que pusieron los Padres de la Redencion, y este dinero se envió á Argel.

Los Padres de la Redencion de cautivos hicieron creer á la familia, que con aquel dinero bastaba para redimir á sus queridos cautivos, y la pobre familia se volvió á Alcalá, donde la esperaba una cruda miseria.

CAPÍTULO IX.

De como no están seguras las mujeres, ni aun en el harem de un dey moro.

Abigail habia hecho que Onofre Exarque, un mercader valenciano que se habia establecido en Argel, escribiese á un correspondiente suyo en Granada, á fin de que se informase de si en aquella ciudad existia una señora extranjera que se llamaba doña Beatriz de Aquaviva.

El objeto de Abigail era que Beatriz pagase cuanto rescate fuese necesario para alcanzar el rescate de los dos hermanos.

El amor de Abigail hacia el sacrificio de que Beatriz fuese la que redimiese á Miguel, ya que ella no podia redimirle.

El correspondiente de Exarque contestó inmediatamente que, en efecto, en un cármen, por debajo de la Alcazaba, habia vivido una señora extranjera y muy hermosa, pero que ya no existia en Granada.

Que habia pedido noticias.

Que unos le habian dicho que habia muerto, y otros que se habia ido.

En fin, que el cármen habia pasado, vendido por un administrador de aquella señora, que tampoco parecia, á un nuevo poseedor.

Abigail acabó por alegrarse.

Se habia arrepentido de haber recurrido á Beatriz.

Se recibió por los Padres de la Redencion de esclavos en Argel, el dinero que para rescatar á los dos hermanos habian recibido los Padres de la misma Orden, residentes en Madrid.

Pero aconteció que Hassan-Agá no quiso ni aun siquiera oir hablar del rescate de dos tan principales caballeros, y tan ricos, por tan poco dinero.

Abigail, desesperada, recurrió á la gruesa Noemí.

Era una hermosa noche del mes de agosto de 1577.

El harem del dey de Argel, era un viejo edificio cuadrangular, que miraba á la marina, y cuyos jardines daban sobre los del baño de los cautivos del dey.

Se veian los unos desde los otros.

Las señoras del harem solian ponerse tras las celosías para ver á los cautivos cristianos, y alguna vez, una pequeña mano blanca ó morena, cargada de sortijas, y á veces teniendo un pañuelo blanco, se dejaba ver de aquellos desdichados.

Esto no servia para otra cosa que para acrecerles el dolor del cautiverio.

Aquellas buenas señoras se derretian con las ávidas miradas que aquellos nobles hambrientos y desdichados posaban en las celosías de los miradores del harem, cuando en ellos se les hacia una señal.

Por los jardines del baño podia pasarse, superando un muro, á los jardines del harem.

El acceso era difícil.

Pero, ¿qué importaba?

Abigail se habia resuelto á arrostrarlo todo por Cervantes.

El avaro Hassan-Agá se mostraba inflexible.

Se habia irritado al ver que se le ofrecia tan poco dinero por aquellos dos príncipes, (que no tenia por ménos á los dos hermanos), y habia mandado se les cargase de cadenas, y se les encerrase en la mazmorra más profunda y más infecta.

Abigail no pudo dispensarse de cumplir esta órden.

El objeto de Hassan-Agá era que, rendidos por la dureza de los tratamientos á que se les sujetase, los dos hermanos mandasen dar por su rescate un tesoro.

Abigail sabia que se habia reunido ya todo el dinero posible, y que no habia que esperar que la suma del rescate se aumentase.

Pensó, pues, en valerse de la gruesa Noemí.

Ella estaba segura de que Noemí, creyéndola un hermoso mancebo, estaba enamorada de ella hasta las entrañas.

Era necesario engañar á Noemí.

Enamorarla más y más.

Hacerla concebir esperanzas.

Pero en las horas hábiles, Abigail no podia hablar con Noemí sino de cosas indiferentes.

Estaban siempre delante aquellas viejas arpías, guardadoras de las damas del harem.

En cuanto cerraba la noche, Abigail, haciendo sus funciones de wazir de la casa del dey, cerraba las triples puertas de la entrada del harem, y llevaba las llaves á Hassan-Agá.

Además, una guardia de esclavos negros se quedaba entre puertas.

No podia llegarse por la puerta interior del alcázar al harem.

Pero como Abigail, aun que de noche cerraba el baño, se quedaba con las llaves, podia llegar á él á cualquier hora de la noche, entrar en sus jardines, y superando un muro, como ya hemos dicho, penetrar en los jardines del harem.

Una vez dentro de estos jardines, Abigail, que conocia perfectamente los lugares, podia llegar hasta el apartamento de la sultana Noemí, sin ser vista de nadie.

Así, pues, aquella hermosa noche de agosto de que ya hemos hablado, despues de la última oracion, Abigail, envuelta en un alquicel oscuro, para ser ménos reparada, y provista de una escala de seda, se fué al baño de los cautivos.

La soledad era absoluta.

La noche opaca.

Llegó á la puerta del baño, sin haber encontrado en su camino ni una sola persona.

Abrió recatadamente, y entró.

El patio estaba desierto.

Apagadas todas las luces.

Los cautivos dormian sin duda en sus celdas.

Como el baño daba á la marina, se le tenia sin guardas.

No se les creia necesarios.

Además, se daba cierta libertad, dentro de Argel, á los cautivos.

Se creia tenerlos seguros, por el temor del castigo que sobre ellos caeria si intentaban una fuga difícil.

La costa estaba guardada.

No era de presumir que un cautivo buscase su libertad tierra adentro.

Su acento le hubiera denunciado, y hubiera sido cautivado donde quiera que hubiese ido.

Abigail pasó junto á la mazmorra en que, cargados de cadenas, habian sido empozados aquel dia los dos hermanos.

Oyó gemir.

Se la apretó el corazon.

El que habia gemido habia sido Miguel.

Se decidió más á arriesgarlo todo Abigail.

Pasó á los jardines del baño.

Llegó al pié del muro de los jardines del harem, que estaban más arriba, sobre el declive del terreno que iba á terminar en la marina.

La soledad era absoluta.

El silencio profundísimo.

Oíase solamente el gemido del mar.

Abigail sacó entónces de debajo de su alquicel la escala, y despues de algunos esfuerzos, al fin los ganchos de la escala agarraron en las ramas de un árbol que sobresalia del muro.

Abigail trepó con facilidad.

Cuando estuvo en el árbol recogió la escala.

Luego, por los brazos, y ayudándose con el ramaje, descendió.

Avanzó por los jardines, reconociéndolos con cautela.

Pasando de arbusto en arbusto.

Nadie habia.

Las damas del harem estaban, sin duda alguna, retiradas en sus aposentos.

En una torrecilla formada por un cuadrado de muros, en los que habia bellos ajimeces, vió Abigail, á través de una celosía, el reflejo de una luz.

Aquella celosía pertenecia al retrete más bello de la habitacion de la sultana Noemí.

Noemí, pues, velaba.

¿La acompañaria el dey?

Esto era necesario averiguarlo.

Abigail llegó hasta el pié de la torrecilla, y pegó el oido al muro.

No percibió el más leve rumor.

Noemí débia estar sola.

Abigail se retiró entónces del muro.

Tomó distancia.

Se inclinó al suelo, y cogió de entre la arena una piedrecilla que lanzó á la celosía.

Poco despues, detrás de la celosía se dibujó una sombra muy abultada.

En aquel mismo punto, la luna saliendo por entre un rompimiento del celaje, iluminó de lleno á Abigail.

Sonó, casi imperceptible, un grito ahogado, allá detrás del ajimez.

La celosía se abrió silenciosamente.

Entónces Abigail mostró la escala á la persona que habia aparecido en el mirador, y que á juzgar por su volúmen no podia ser otra que Noemí.

Quitóse ésta del mirador, se perdió en el interior, y á poco volvió á aparecer.

Dejó caer un cordon de seda.

Abigail tomó la punta de aquel cordon.

Ató á él la escala.

Noemí subió la escala y la sujetó á la columna central del mirador.

Abigail trepó.

—¡Ah! ¡amado de mi alma! exclamó Noemí, recibiéndola en sus robustos brazos: ¡cuánto te amo! ¡No has vacilado, al fin, en arrostrar la muerte por mí!

—¡Oh! espera, espera, sultana, dijo Abigail; déjame recoger la escala.

La recogió.

Luego cerró las celosías.

Despues fué á sentarse en el diván, junto á la obesa Noemí, que estaba palpitante de emocion.

CAPÍTULO X.

De como no es seguro introducirse de noche en la habitacion de una mujer.

Ya desde dos dias ántes, Abigail, por la primera vez despues de un año, habia dejado ver candentes miradas á Noemí.

Habia suspirado profundamente al pasar junto á ella.

Todo á hurto de las viejas guardadoras de las damas del harem.

Noemí se habia atosigado.

Su gruesa papada se agitaba.

Sus grandes, sus magníficos ojos negros, brillaban con el fuego del deseo.

Su voluminoso seno no era bastante, á pesar de su enorme peso, para ocultar su fuerte agitacion, que respondia á los mayores latidos que el amor ha podido producir en un corazon de mujer.

Noemí, pues, estaba preparada.

Sabia ya que era amada.

Por lo ménos, lo creia.

Y amada con un amor no ménos grande é incontrastable que el suyo.

¿Cómo llegaria al venturosísimo, al glorioso logro de aquel amor?

Agá-Wazir, como jefe de la casa del dey, tenia medios sobrados para procurarse con ella frecuentes entrevistas.

Así es que no se sorprendió cuando oyó el choque de la piedrecilla en la celosía.

Ni cuando vió, á la luz de la luna, á Abigail en el jardin.

Pero se puso á punto de morir de amor, de ansiedad, de placer.

Cuando tuvo junto á sí, sentada en el diván, á Abigail, se quedó mirándola extasiada.

—¡Por tí, la muerte! dijo al fin: ¡qué hermoso eres!

Y extendió hácia Abigail sus robustos brazos.

—Oye, sultana, dijo Abigail: sobre nosotros extiende en este momento sus negras alas Eblís (1).

—¡Ah! ¡no... no!... exclamó Noemí. ¡Eblís, no! ¡La hada del amor nos envuelve en su velo!...

—Si Hassan-Agá se apercibe de nuestros amores, el arcángel Azrael (2) caerá sobre nosotros.

—¿Y qué me importa? exclamó Noemí: un solo momento de amor contigo, y despues moriré resignada.

La situacion de Abigail no podia ser más difícil.

Noemí estaba transfigurada, anhelante, palpitante, devorando con una mirada ardiente á Abigail.

A pesar de su obesidad, Noemí aparecia hermosísima.

—Tú no querrás que yo muera, dijo Abigail.

—¡Ah... no! exclamó estremeciéndose Noemí: por tu vida daria yo la mia.

—¿Y por qué has de morir tú, sultana de la hermosura, hurí de las huríes, luz del paraíso? exclamó con acento apasionado Abigail.

—¡Ah... no! ¡ni tú, ni yo!... exclamó Noemí: no, no; que muera ántes él. Mira: yo tengo en esta sortija la muerte.

Y mostró á Abigail una gran sortija, con una gran esmeralda, que traia en el dedo del corazon de la mano izquierda.

—¿Sabes tú, dijo Noemí, como tengo yo en esta sortija una sutil ponzoña que puede servirnos? Pues bien: me la ha dado él.

—¡Él!

—Sí, Hassan-Agá; ¡oh! aborrezco á ese hombre; nunca le he dicho amores: nunca ha dejado de repugnarme cuando se ha acercado á mí: y por esto mismo él me ama como no ha amado sobre la tierra. ¡Qué horrible suerte... qué esclavitud tan insoportable la mia... qué martirio!...

—Hay un encanto que te hace horrible tu señor, dijo Abigail: si ese encanto cesara, Hassan-Agá te pareceria el hombre más hermoso del mundo; le amarias, como él te ama á tí; no vivirias ni alentarias más que para él.

—No, no, dijo Noemí: yo no amo, yo no puedo amar á nadie más que á tí; yo no sabia lo que era el amor, hasta que te he visto cerca de mí; tú eres mi vida y mi alma.

—¿Qué es lo que tú me amas, en comparacion de lo que amarás á Hassan-Agá, el dia en que desaparezca el encanto que impide que tú le ames?

—¡Ah, no! exclamó Noemí; yo no quiero más amor que el que te tengo á tí;

(1) Satanás.

(2) Arcángel de la muerte.

yo no he amado á hombre alguno sino á tí; yo no sabia lo que era el amor hasta que te he visto á tí.

—Nuestro amor es imposible, dijo Abigail: lo impide el mismo encanto que impide que tú ames á Hassan-Agá.

—¡Oh! le aborrezco... no le amaré jamás, él lo sabe... ¡y él me adora!... ¿por qué no le amo yo?... yo no lo sé, pero él me espanta: él enfurece de dolor y de amor cuando me vé: él se retuerce, y me dice:—«Tú eres mi espíritu de sombra; tú eres mi condenacion: por tí me olvido del Señor fuerte y único: no hay para mí más Dios que tú... ¡y tú no me amas!...»—

Y me mira con ojos de tigre.

Y yo, entónces, no sé lo que por mí pasa.

Me parece que en aquel momento le amo.

—Es que en aquel momento, el amor de Hassan-Agá es más poderoso que el encanto.

—Pero aquel momento pasa, y siento horror, un horror insoportable y un ódio á muerte. ¡Oh! ¡qué hombre tan horrible! ¡Oye... oye!... no te he contado cuándo y por qué me dió esta sortija que guarda bajo su esmeralda un veneno tan sutil, que mata sólo con tocarle; oye:

Un dia, Hassan-Agá vino á verme sombrío, terrible.

Su mirada era la de un demonio.

—¿Qué tienes, señor? le pregunté temblando, porque temia por mi vida.

—Voy á partir, me dijo: el sultan de Constantinopla, mi señor, me llama con mis galeras de Argel, y no puedo desobedecerle: el gran rey de Gezira-Alandalus (1), viene con una formidable escuadra que invade los mares al Levante; nos anuncia otra desventura como la de Lepanto; si yo muero en ella, no quiero que me sobrevivas; mi sombra irritada vagaria en derredor de tí y del hombre que tú amares: júrame que si yo muero, tú irás á buscarme, tomando el grano dorado que hay en el hueco de esta sortija y que cubre esta esmeralda.

Y abrió el hueco, y me mostró dentro un pequeño grano dorado.

Míralo tú.

Y Noemí se quitó la sortija, abrió la esmeralda, y en efecto, Abigail vió en el hueco un pequeñísimo grano luciente como el oro bruñido.

—Basta tragar este grano, dijo Noemí, para morir en el acto. Yo me alegré. Con ese veneno, dije para mí, me libertaré de él, el dia que me ame el hombre de mi amor. Te he conocido; durante un año he agonizado de amor por tí; tú me amas al fin: es necesario, pues, que Hassan-Agá muera.

—Nuestro amor, te lo repito, es imposible; ya te he dicho que está sujeto al mismo encanto que hace que tú no puedas amar á Hassan-Agá. Cuando el encanto cese, tú me verás en Hassan-Agá; creerás que soy yo, no él, quien te ama, y yo seré tu amor, porque Hassan-Agá quedará encantado siempre que á solas, en el silencio de la noche, se acercará á tí.

Noemí escuchaba absorta á Abigail.

(1) Península de España.

Los musulmanes son de todo punto supersticiosos.

Creen en los encantos, en los sortilegios, en todo género de prodigios.

—¿Y cómo sabes tú que ese encanto existe? dijo á Abigail.

—Oye, la dijo ésta: ¿no ves tú, desde tus miradores, el baño de los cautivos cristianos?

—Sí.

—Y entre esos cautivos, no has visto uno de frente alta y ancha, de semblante grave y melancólico, que viste un viejo coleto amarillo?

—Sí.

—Pues bien: ese es un hombre muy docto: un hechicero.

—¿Y de dónde es ese hombre?

—De España.

—¿Cómo se llama?

—Miguel de Cervantes Saavedra.

—¡Ah! yo he oido hablar de ese hombre á Hassan-Agá; él, estando en la celosía del mirador, á mi lado, me ha dicho:

—»¿Vés aquel cristiano que se pasea con aquel fraile?

—»Si, le he respondido.

—»Pues aquél es un caballero muy poderoso, casi un príncipe, y yo no le soltaré si no me dan por su rescate un tesoro.

—Pues es necesario, dijo Abigail, que Hassan-Agá le suelte por el rescate que él quiere dar, y no dará más, porque no puede más, y aquí quedará ó morirá cautivo, y el encanto que impide que tú y yo seamos venturosos, continuará.

—¿Y es él, ese Miguel de Cervantes, quien te ha dicho lo del encanto? ¿pues no me conoce él á mí?

—No, sultana: pero á mí me conoce: hace tres dias me dijo:

—»Tú puedes ser el hombre más venturoso de la tierra.

—»¿Cómo? le pregunté.

—Por el amor de la sultana de esta tierra; porque en las rayas de tu frente, veo que una sultana que está cerca de tí, te ama.

Y entónces, sultana de mis amores, me abrasé de amor por tí, añadió Abigail.

—¿Y eso no ha sido sino desde hace tres dias?

—No.

—¡Y me conoces desde hace un año!

—Sí.

—¡Y durante todo este año no habias sentido por mí amor!

—No estaba escrito que lo sintiera sino cuando ese encantador lo leyese en las líneas de mi semblante.

—¡Oh! exclamó Noemí; ¡eso es un prodigio!

—Sí, verdaderamente un prodigio, exclamó Abigail.

En aquel momento, Noemí se alzó y escuchó atentamente.

—¡Oh! exclamó: ¡ocúltate!

Abigail habia sentido tambien ruido de pasos que se dirigian al retrete.
Corrió al mirador, abrió las celosías, salió á él, y cerró de nuevo las celosías.
Preparó la escala para descolgarse por ella.
Esperó, acechando por las celosías.
Noemí se habia recostado de nuevo en el diván.
Parecia tranquila.
Sin embargo, estaba helada de espanto.
Se abrieron al fin los tapices que cubrian el arco de la entrada.
Apareció Hassan-Agá.
Rodeó en torno suyo una mirada semejante á la de un loco.
Luego fué á sentarse en el diván, junto á Noemí, y la dijo:
—He tenido un sueño del infierno.

CAPÍTULO XI.

De como Abigail llegó á comprender que le convenia descubrirse á Hassan-Agá.

—¿Un sueño del infierno? exclamó Noemi con indiferencia, como una mujer que no se interesa por nada concerniente al hombre que la habla: ¿y vienes, señor, contra tu costumbre á estas horas, á referirme tu sueño?

—Sí, porque la causa de ese terrible sueño mio, es tu amor.

—¡Mi amor! algun mal espíritu enemigo nuestro, exclamó Noemí.

—Sí, un espíritu negro, horrible, exclamó Hassan-Agá; pero los espíritus no mienten.

—¿Y qué has soñado? preguntó tranquilamente Noemí, que trataba siempre con una gran dureza á su régio esposo.

—He soñado que te veia en los brazos de otro, que le amabas, que enloquecias de amor, de felicidad, de una felicidad que jamás has sentido por mí, á pesar de que te amo con todas mis entrañas.

—Ese amor celoso es el que te ha dado tan malos sueños, dijo Noemí siempre indiferente: pero no creas en los sueños.

—Los sueños vienen de Dios.

—Y tambien de Satanás, que siempre está buscando medios para afligir á los siervos de Dios.

—Tú amas, Noemí.

—Yo te amo, dijo ella: te amo porque debo amarte; amo á mi señor: si no te amara, Dios me castigaria, me destruiria, me maldeciria.

—Amas á tu señor, no á tu amante.

—Yo no te puedo amar de otro modo.

Hassan-Agá miraba hosco en torno suyo, como un tigre receloso.

A veces parecia como que olfateaba.

Y Noemí, á pesar de que sabia que su adorado Agá-Wazir, esto es, Abigail, estaba en el mirador, entre la balaustrada y la celosía, permanecia tranquila y se mostraba altiva.

Confiaba, en último caso, en su puñal.

El amor de Noemí por Abigail, habia llegado hasta lo heróico.

Hassan-Agá se mostraba á cada momento más inquieto, más terrible.

Miraba á Noemí, encarnizando en ella sus feroces ojos de tigre.

Le irritaba lo protuberante, lo mórbido, la exhuberancia de vida de las formas de su sultana favorita, de su diosa, de su ídolo.

Y el solo pensamiento de que otro hombre podia gozar de aquellos nacarados y suaves encantos, aunque crasos, le ponia fuera de sí.

—Si yo supiera que otro hombre habia puesto en tí su mirada, que tú le habias mirado, que le habias sonreido, me olvidaria de todo, exclamó con furor.

—Tú no te olvidarás de nada, exclamó Noemí, abarcando en una mirada candente al dey, que á pesar de que aquella mirada tenia mucho de siniestro, palideció y tembló de amor.

Porque los ojos de Noemí, ya lo hemos dicho, eran magníficos, hermosísimos sobre toda ponderacion.

Eran de tal manera, que aun cuando miraban malévolos y amenazadores, enamoraban.

Noemí era tan ruda, tan feroz como Hassan-Agá.

Esto mismo hacia crecer la pasion que Hassan-Agá sentia por ella.

Por un momento, y por temor al peligro en que podia encontrarse su hermoso Agá-Wazir, Noemí se habia dulcificado un tanto, y habia dejado oir algunas palabras con acento cariñoso al enamorado é irritado Hassan-Agá.

Pero se habia acordado de su puñal, y del grano dorado que tenia en su sortija.

Habia perdido el temor y habia vuelto á aparecer terrible.

—¿Y no te disculpas? exclamó Hassan-Agá que á cada momento aparecia más sombrío.

—Tú estás loco, señor, exclamó con altivez Noemí: el que se disculpa cuando ningun delito ha cometido, da lugar á que se le crea mentiroso. La mejor disculpa de las acusaciones injustas, es el desprecio.

Nunca habia hablado Noemí de tal manera al formidable Hassan-Agá.

Estos deyes de Argel estaban muy léjos de parecerse á los reyes de Europa.

Estos habian subido al trono por el derecho hereditario.

Los otros habian subido al de Argel por el derecho de la ferocidad y de la fuerza.

Muchos de ellos, desde el banco de galeotes, ó porque habian renegado, ó por otro accidente cualquiera, habian subido á corsarios.

De corsarios, habian llegado al cargo, ya importante, de arraez de galera.

De aquí, por una insurreccion, habian ocupado el trono.

La dinastía de los Aluch-Alí se habia hecho de este modo.

Hassan-Agá habia subido por medios semejantes.

La carrera de estos reyes bárbaros, habia sido el combate y el carnaje.

Eran, pues, tigres.

Estaban dominados por pasiones mezquinas.

Manchados por feos vicios.

Criados en la miseria, eran generalmente avaros y crueles.

La miseria determina la peor educacion del mundo.

Hassan-Agá era soberbio, indomable, feroz, sanguinario, y á más de esto, sórdidamente avaro.

A pesar de que la sensualidad, y una sensualidad grosera, le hacia esclavo de la hermosísima Noemí (ya hemos dicho que los moros adoran en las mujeres la obesidad) no pudo ser indiferente á su altiva y soberbia palabra de desprecio.

Echó violentamente mano á su gumía.

Estaba pálido de furor.

Temblaba de los piés á la cabeza.

Una segunda mirada inmensa de Noemí le dominó.

Retiró la mano de su gumía.

Se la llevó á la frente.

Gimió y exclamó:

—Estoy dominado por Satanás.

Ella no contestó.

Se reclinó en el diván y cerró los ojos como protestando de una contrariedad de que no podia libertarse en manera alguna.

Hassan-Agá era su señor.

—¿Sabes, Noemí, la dijo éste volviendo á entregarse á su cólera, que puedo enviarte á la eterna sombra?

Noemí continuó en su silencio.

Era el mejor recurso que encontraba.

Y continuaba pensando en su puñal y en el grano dorado de su sortija.

Estaba tranquila.

Pero se impacientaba.

El corazon se la iba al mirador.

Abigail permanecia en él, atenta y dispuesta á todo.

Hubiera podido descolgarse sin ser sentida á los jardines por medio de la escala.

Pero no sabia si en los jardines habia dejado Hassan-Agá algunos de sus feroces esclavos.

Ella no podia dominar á muchos.

Si era presa, y se descubria su sexo, su situacion vendria á ser deplorable.

Estaba segura de que Hassan-Agá contraeria por ella una pasion terrible que le haria olvidarse de la gruesa Noemí.

Pero este pensamiento, que al principio apareció terrible á Abigail, se cambió luego en un gran recurso.

A veces nos espanta lo que, mejor considerado, encontramos favorable.

—¡Y que no haya yo pensado en esto! exclamó Abigail. ¿Acaso este bárbaro será más terrible que aquel infame conde Spungatti? Yo creo que no: aquel no conocia rey que le contuviera; le irritaba además mi hermosura, y sin embargo caia de rodillas á una sola mirada de mis ojos.

Abigail se asombró de no haber pensado ántes en esclavizar por sí misma á Hassan-Agá.

Se tranquilizó mucho más.

Fuese cual fuese el resultado de la inopinada visita de Hassan-Agá á su hermosa Noemí, el resultado no podia ser desfavorable.

Abigail tenia la seguridad de que este resultado no podia ser funesto para ella.

Esperó, pues, tranquila, y con el alma llena de su amor por Cervantes, el desenlace de aquella situacion.

Noemí continuaba manteniendo su silencio de desprecio.

La irritacion de Hassan-Agá crecia.

—¡Pero habla! ¡habla! exclamaba: ¿no vés que me desespero, que tengo el corazon pendiente de una palabra tuya?

—Tengo sueño, dijo Noemí: déjame dormir.

Hassan-Agá llevó de nuevo la mano á su gumía.

Pero esta vez la desenvainó.

Noemí, que estaba atenta, saltó del diván con una agilidad increible en ella, á juzgar por su obesidad.

Tomó distancia.

—Tú me eres indiferente, dijo; pero no me es indiferente mi vida

Y desnudó su puñal, poniéndose en defensa.

Hassan-Agá arrojó su gumía, y se echó á los piés de Noemí exclamando:

—¡Ah! ¡perdóname! ¡tú me vuelves loco!

Y abrazó las rodillas de Noemí.

—Eres débil y menguado como una mala mujer, dijo Noemí con un acento tal, que la cólera ganó de nuevo á Hassan-Agá.

Se puso de pié violentamente, y de una manera tan amenazadora, que Noemí lo temió todo.

Rápida como el pensamiento, se lanzó puñal en alto sobre Hassan-Agá.

¿Qué la importaba todo?

Podia matar allí, de un solo golpe, en silencio, á Hassan-Agá.

Luego huir con su adorado Agá-Wazir, llevándose consigo las riquísimas alhajas que Hassan-Agá la habia regalado, y que valian un tesoro.





Y ciego de cólera... se lanzó furioso sobre ella.

Podian escapar á lo largo de la ribera, y fletar un barco que los conduciria á tierra de cristianos.

Todo esto bullia en la imaginacion de la enamorada Noemí, que era de pasiones tan violentas como Hassan-Agá.

Se habia decidido al fin, al verse amenazada de muerte por Hassan-Agá.

Tan terrible fué la mirada que desplomó en los ojos del bárbaro, tan terrible la acometida, que para evitar ser herido, Hassan-Agá se hizo atrás violentamente, dió de lleno en las celosías del mirador y las abrió.

Entónces quedó al descubierto Abigail.

Hassan-Agá la vió.

—¡Ah! exclamó rugiendo como un leon herido: ¡mi sueño era verdad!

Y ciego de cólera, olvidándose de todo, rompiendo por la primera vez el dominio mágico que sobre él ejercia Noemí, se lanzó furioso sobre ella.

Pero encontró entre él y Noemí á Abigail, que habia avanzado rápidamente, y se habia interpuesto.

Afortunadamente para ambos, Hassan-Agá, que habia ido al apartamiento de Noemí sin más armas que su gumía, la habia arrojado.

Sin embargo, tan feroz habia sido la acometida del terrible dey corsario, que Noemí habia perdido todo su valor, se habia dado por muerta, habia lanzado un grito horrible y se habia desmayado.

Hassan-Agá se sobrecogió, le acometió una atonía que le mantuvo algunos momentos inmóvil, y eso dió tiempo á Abigail para prepararse.

Se habia soltado las presillas del alquicel y de la túnica.

Cuando la atonía de Hassan-Agá pasó, miró aterrado á Noemí.

La vió inmóvil, y la creyó muerta.

Entónces se volvió, lúgubre, terrible, ciego de cólera á Abigail.

Recogió su gumía del suelo.

Antes de que se alzase, Abigail se descubrió la garganta, los hombros, y el nacimiento de su alto seno.

Quedó como queda una mujer descotada.

—¡Hiere si te place! le dijo.

Abigail estaba hermosísima.

No podia darse un poder mayor de fascinacion que el que de ella fluía.

Hassan-Agá se quedó estático.

Sintió algo nuevo, que hasta entónces no habia sentido.

Le pareció que un genio invisible le arrebataba á deliciosos espacios, no conocidos hasta entónces por él.

Comprendió entónces porqué Abigail habia hallado gracia en sus ojos.

Le pareció que ante sí tenia un arcángel del sétimo cielo.

Perdió toda accion.

Miraba absorto á Abigail, y sonreia, como por el resultado de un inmenso y expontáneo placer del alma.

Abigail vió claramente que la situacion era suya.

Se cubrió, y dijo dulcemente.

—Véte, emir; ya puedes comprender lo injusto de tus celos: una mujer no ha podido ofenderte en la esposa de tu alma. Véte; es necesario que yo la socorra. Espérame en los jardines; en el ángulo que dá sobre los jardines del baño de los cautivos; yo iré muy pronto á encontrarte allí: véte, digo: ya vés que Dios es misericordioso, y ha permitido que te desengañes ántes de que hayas sacrificado á una inocente.

—¡Oh, hurí de las huríes! exclamó Hassan-Agá; yo no puedo ménos de obedecerte, como si de tus celestiales labios saliese un mandato del Señor; voy á esperarte; pero no tardes, porque voy á esperarte muriendo.

Y Hassan-Agá salió.

Pero lentamente.

Como si hubiese estado retenido al lado de Abigail por una fuerza incontrastable.

Al fin pasó el arco de entrada.

Se cerraron tras él los tapices.

Entónces Abigail acudió á Noemí.

Estaba densamente desmayada.

Abigail, que alcanzaba unas grandes fuerzas, la levantó y la puso sobre el diván.

Despues tomó de sobre el tocador, que era bajo, muy diferente del de nuestras damas, y de una riqueza extremada, uno de los pomos de esencias fuertes de que usan las damas moras para perfumarse.

Aplicó aquel pomo á las narices de Noemí.

A poco, ésta empezó á volver en sí.

Gimió.

Sus ojos se entreabrieron.

Antes de que pudiese juzgar de los objetos que la rodeaban, Abigail se fué al mirador.

Cerró las celosías.

Aseguró la escala en la balaustrada.

Se deslizó por ella.

Bajó, y desaferró la escala, envolviéndola y guardándola bajo su alquicel.

Luego se encaminó al lugar á donde habia dicho al dey que la esperara, y le encontró allí.

CAPÍTULO XII.

Hasta dónde llevaba Abigail su temeridad por su amor.

Al sentirla acercarse, la salió vivamente al encuentro.

La asió las manos.

Pero Abigail las retiró.

—Respétame, le dijo; yo no puedo amarte, pero puedo ser tu amiga, tu hermana.

—¡Yo muero! exclamó Hassan-Agá; yo creia que habia sentido por una mujer todo cuanto puede sentirse, y al conocer que tú eras mujer, he visto que me habia engañado. ¡Pídeme mi vida, mi alma, mis tesoros, mi trono, pero sé mi esposa!... ¡ten compasion de mí!... ¡oh!... yo no he visto jamás hermosura como la tuya! ¡yo no sabia lo que era el cielo del Señor hasta que he visto tus ojos!

—Yo no puedo amarte, dijo Abigail, como tú quieres ser amado: me maldeciria Dios.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo esposo; esposo que vive, esposo á quien amo, y Dios maldice á las adúlteras.

—¿Y por qué, por qué te has presentado en Argel en hábito de hombre?

—Porque así he vivido algunos años; de otro modo no hubiera podido seguir á mi esposo á la guerra: á la guerra no van más que los soldados; yo queria partir con él los peligros, morir á su lado si le mataban, ó si yo moria, morir en sus brazos.

—¡Oh! ¡cuánto amor! ¡y cuán feliz debe ser el hombre á quien ames de tal manera!

—En estos momentos es muy desventurado.

—¿Por qué?

—Porque no me tiene junto á sí; porque, aun que conoce cuánto le amo, y que yo arrostraria mil muertes, si mil muertes pudiera darme, teme ó duda: que no sabe que yo estoy en Argel, y soy tu cautiva.

—¿Y por qué, por qué no me has dicho, yo soy una mujer?

—Porque he temido hallar demasiada gracia en tus ojos.

—¿Y si eso has temido, por qué al fin te has descubierto?

—Por evitarte cometieses un crímen, inmolando por celos injustos á una inocente á quien amas.

—¡Ah! desde que te conozco como mujer, parece que una mano poderosa ha borrado de mi corazon la imágen de Noemí.

—Ella te ama aun que no te lo demuestre, porque es fiera y altiva, dijo Abigail; ella es tu sultana; ella te ha dado muchos y hermosos hijos: tiene derecho á tu amor.

—Para el amor no hay derechos; el amor es libre; él nace de la voluntad.

—El amor puede ser libre, pero no siempre es lícito, y debemos dominar un amor que no podemos satisfacer sin ofender á Dios.

—Dios perdona á las criaturas, cuando obedecen á las leyes naturales que Él ha escrito.

—Pero Él tambien ha escrito el precepto, y ha dicho: —«No cometerás adulterio.»

—¡Ah! ¡nunca, nunca supiera yo que eras mujer!...

—¡Nunca desconfiáras tú de tu buena esposa Noemí!

—La he olvidado.

—No: esto es un primer momento: tú eres indomable, voluntarioso: tus deseos son tus tiranos: reflexiona, poderoso emir, y si despues de reflexionar encuentras que aun me amas, sé noble y generoso: aparta de tí el peligro de cometer una violencia, por la cual no podria ménos de castigarte Dios.

—¡Que aparte de mi el peligro!... ¡es decir, que te aparte de mí!...

—Es de todo punto necesario.

—Esto no tiene remedio: yo no podria vivir sin verte.

—Si tú quisieras, yo me rescataria.

—Yo no aceptaria por tu rescate todos los tesoros del mundo.

Y lo dijo esto con una tal energía, con una tal elocuencia de sentimiento y de verdad, que Abigail se arrepintió de haberse descubierto.

Ella habia creido que Hassan-Agá, despues de algunas dificultades, aceptaria por ella un rescate.

Aquel rescate podia ser el que se habia mandado para rescatar á Miguel y á Rodrigo.

Se podia contar con el asentimiento de estos.

Una vez rescatada Abigail, estaba segura de encontrar en Europa para rescatar á Miguel y á su hermano, cuanto dinero fuese necesario.

Ella sabia cuánto amaba Hassan-Agá á Noemí.

Por esto creia tambien que, aun que por ella sintiese un deseo amoroso, no fuese bastante á vencer su amor al oro, tratándose de una pasion que no podia ménos de ser pasajera, atendido el amor incondicional, absoluto que por Noemi sentia Hassan-Agá, que le dominaba, le enloquecia, le esclavizaba.

Pero se habia engañado.

Veia claramente en la turbacion, en la emocion de Hassan-Agá, que ella era para él, cuanto podia ser un sér humano respecto á otro sér.

Una inmensidad.

Una felicidad desconocida.

Algo superior á todo lo imaginado.

Un sueño realizado.

Una locura llena de cuantos vértigos pueden irritar el corazon humano.

Pero creyó ver tambien que aquel terrible corsario, aquel asesino, aquel ladron, aquella bestia brava y sanguinaria no era nada en sus manos.

Sin embargo, Abigail se engañaba, como veremos más adelante.

Abigail no conocia bastantemente el corazon humano.

Desde muy niña habia causado un efecto fascinador en los hombres.

Se habia acostumbrado al dominio.

La habia cegado la soberbia.

Su corazon impresionable, ardiente, duro para las sensaciones, pero necesitando de ellas, habia tardado en amar, pero cuando habia sonado para ella la hora del amor, habia amado de improviso: muy pronto el amor habia sido para ella la primera razon de su existencia, y por su amor lo habia arrollado todo, hasta el punto que la habia sido posible arrollarlo; conciencia, honra, alma, vida.

Habia visto caer ante ella hombres terribles.

Como que tenia en su historia siete víctimas ilustres por lo que valian, atendido en las unas el carácter y la fiereza, en otras la posicion.

Baltasar Carreño habia sido vencido y desesperado por ella.

Por ella habia caido, desesperado y vencido, don César Estéban de Chouzan.

Por ella habian muerto monseñor Julio de Aquaviva y el conde Nicolao Spungatti, el terrible bandido de la campiña de Roma, conocido por el capitan Staglioni.

La hermana del cardenal Aquaviva, la señora Beatriz, habia muerto ó habia desaparecido.

Todo esto habia endurecido más y más el corazon harto duro por sí mismo, de la terrible judía, que no tenia amor, ni dulzura, ni lágrimas, para nadie más que para Cervantes.

Todo esto la habia llenado de soberbia.

Triunfaba de todo.

Sólo era humilde para Cervantes.

Porque Cervantes la habia absorvido; y no obstante la fiereza de su condicion, habia hecho de ella, para él, una mujer enamorada, con todas las delicadezas que dá el sér humano respecto á otro sér humano por el amor.

Y la soberbia es el mayor enemigo que tiene el sér humano.

Como que es el pecado que, segun los Santos Libros, causó la condenacion de Satanás.

Abigail veia ante sí, temblando, demudado, convertido en un esclavo á Hassan-Agá, que habia concebido por ella una pasion tan súbita y tan violenta, como la que ella habia concebido á la sola vista de Cervantes.

Habia comprendido que Hassan-Agá era avaro.

Que era capaz de sacrificarlo todo por el oro.

Pero se habia encontrado con que ella valia más que el oro para Hassan-Agá.

—Pues mejor, dijo para sí: mucho mejor: yo no puedo ir á buscar el dinero que este bárbaro necesita para satisfacer el precio que él ha pedido por mi Miguel; pero no importa: yo lo soy todo para este hombre: yo soy su señora; él mi esclavo: yo soy la reina de Argel: yo le martirizaré, le enloqueceré, le encelaré; ¡oh! quién sabe si tal vez deberemos alegrarnos de haber caido cautivos en poder de estos bárbaros.

Y se propuso empezar desde el momento la obra de enloquecer de todo punto á Hassan-Agá.

—¿Conque es decir, le dijo, que tu dejarias ántes tú corona, tu libertad y tu vida, que apartarte de mí?

—Sí, hurí de Dios, exclamó Hassan-Agá: lo más horrible que puede acontecerme, es no ver la luz de mis ojos.

—¿Pero no oyes, emir, que yo no puedo amarte, que mi corazon no es mio, que tengo un esposo á quien adoro?

—Te veré á lo ménos á mi lado: sabré que, aun que ames á otro, este otro está léjos de tí; que por tí sufre como sufro yo; que tú sufres por él lo que él y yo, aun que por distinto modo, sufrimos por tí.

—Si tú eres conmigo cruel y terrible, no seré para tí ni la hermana ni la amiga.

—Serás mi condenacion; pero yo seré tambien la condenacion tuya; yo agonizaré, pero tú agonizarás tambien; por tí, cristiana, yo soy capaz de todo, de todo... hasta de lo que tú no puedes imaginar.

—Yo siento como si fuera una gran desgracia, dijo Abigail, el no poder corresponder á ese amor, porque ese amor me embriaga.

—¿Qué te embriaga mi amor, arcángel? exclamó transformándose en un sér dulce, en una paloma, el fiero corsario.

—Sí; porque tú el invencible, tú el fiero, tú el rey de los mares de Levante, tú el poderoso emir de Argel, eres en mis manos como un niño que busca la sonrisa de su madre.

—¿Y no temes que ese niño se convierta en un tigre hambriento? exclamó Hassan-Agá, recobrando toda su fiereza.

—Ese tigre caerá á mis piés, manso como un cordero, siempre que yo quiera, exclamó Abigail.

—Mucho confias en tu poder, cristiana, exclamó con acento profundo y sombrio Hassan-Agá.

—Tú, tratándose de mí, no tienes voluntad; tu voluntad es mia.

—¡Oh!... ¡si te engañas!...

—No puedo engañarme: estás temblando: nos encontramos solos: estás enloquecido; eres fuerte, y sin embargo te defiende de mí algo que no puedes explicarte.

—Sí, sí, exclamó de una manera suprema Hassan-Agá; contigo está un espíritu misterioso que te defiende: un espíritu que me vence, contra el cual nada puedo.

—Pues bien: en nombre de ese espíritu, dáme la libertad.

—No... jamás... imposible: ese mismo espíritu que te protege, me impide darte la libertad que me pides: no irás á tu tierra á ser feliz por el amor de otro hombre miéntras yo viva; á lo ménos, miéntras yo sea el poderoso dey de Argel.

—Tú no me amas: tú eres una bestia feroz, entregada á sus apetitos brutales, dominado por ellos.

—Sí, sí; injúriame, maltrátame, mátame, exclamó con acento apasionado Hassan-Agá; hiéreme, mátame, despedázame: no me defenderé, ni me volveré contra tí; no me quejaré; pero apartarte de mí, jamás.

—Pues bien, dijo Abigail: permaneceré á tu lado, pero envuelta como hasta ahora en el misterio: que nadie sepa que yo soy una mujer.

—Nadie lo sabrá si tú no lo revelas.

—Quiero continuar siendo, como hasta ahora, wazir de tu casa.

—Lo serás.

—Quiero que cuando yo te diga:—«derriba esa cabeza,»—la cabeza que yo te señale, caiga.

—Caerá.

—Quiero que tus tesoros sean tanto mios como tuyos.

Vaciló Hassan-Agá.

—Lo serán, dijo al fin.

Pero con una gran violencia.

—Quiero, sobre todo, que continúes siendo el buen esposo de la sultana Noemí.

—¡Oh, sí!... yo la amo; sí, yo la amo, á pesar de que te amo á tí, exclamó en su cándida blandura Hassan-Agá; si yo no podria vivir sin ella: si yo la hubiera despedazado si no hubiese encontrado en tí una mujer, porque entónces la hubiera creido adúltera: tú y ella hubierais caido: pero despues yo hubiera llorado lágrimas de sangre por Noemí.

El materialismo más grosero se dejaba ver en Hassan-Agá.

En él se veia el hervidero de pasiones voraces; de una voluntariedad salvaje; de un sensualismo brutal.

Entraba en gran parte en esto la costumbre y las creencias.

Un musulman no puede creer que una mujer amada por él, pueda tener celos de amor, celos del alma, por otra ú otras mujeres á quien él ame.

El Korán permite, y aun les aconseja la poligamia á los musulmanes.

No comprenden sino el ódio por la envidia entre sus mujeres.

Les importa muy poco que se ódien.

La mujer, entre los musulmanes, es esclava; ménos aun, una cosa, ménos aun, un manjar.

Bien es verdad que aun entre los cristianos, y á causa del materialismo grosero á que hemos llegado, muertas todas las creencias, embotados todos los sentidos, convertido en razon suprema el positivismo, no es otra cosa que un manjar la mujer.

—Pero yo, añadió Hassan-Agá, te amo mucho más que á Noemí: te amo como no he amado á mujer alguna; yo te pondré no sólo mucho más alta que á Noemí, más amada, más favorecida, sino que te pondré sobre mi alma.

Abigail, que era cruel para todos, ménos para Cervantes, quiso hacer una nueva prueba.

Importaba poco que aquella prueba fuese funesta para Noemí.

—¿Tú crees, dijo con una audacia infinita, que no hay más adulterio que el del cuerpo? El adulterio nace del alma.

Hassan-Agá no contestó.

Pero se estremeció de una manera horrible, y su aliento se hizo espantoso.

Parecia el rugido ronco de la fiera llevada á toda su irritacion.

Abigail estaba prevenida.

No quitaba ojo de Hassan-Agá.

La prueba era temeraria.

Ocultaba bajo su alquicel la mano armada con su puñal Abigail, resuelta á herir, si era necesario, á Hassan-Agá en el momento en que echase mano á su gumía.

Si mataba á Hassan-Agá, descenderia á los jardines del baño, soltaria á Miguel y á Rodrigo, y los tres escaparian por la marina, se alejarian de Argel, irian más léjos, y todo lo que podia suceder peor, era que diesen en manos de otro amo, que no podia ser más cruel ni más terrible que Hassan-Agá.

Sin embargo, era necesario dejar esto para el último extremo.

Abigail necesitaba saber hasta qué punto era suyo Hassan-Agá.

Por lo mismo se habia aventurado en una prueba peligrosa.

—Sí, repitió Abigail, viendo que por la inmensa sacudida de la impresion que habia experimentado, parecia dudar Hassan-Agá: el adulterio mancha el alma ántes que el cuerpo.

—¡Morirá! ¡morirá! exclamó al fin con un acento espantoso Hassan-Agá.

—¿Morir porque ama? ¿porque me ama? exclamó Abigail: eso seria lo mismo que sentenciarte á ser exterminado por el amor que me tienes.

—¡Yo soy el señor! ¡ella la esclava! gritó en una explosion de ira Hassan-Agá.

—Tú eres esclavo mio, dijo con la voz breve, completamente acentuada, pero serena, Abigail.

—¡Tu esclavo!

—Sí; mi esclavo: mi voluntad es tu voluntad: si tú has enloquecido por mí cuando me has conocido mujer, ¿cómo extrañas que creyéndome hombre Noemí, que jamás te ha amado, que no ha sentido nunca el amor, haya enloquecido por mí?

—¡Ah!... pues bien... sí... exclamó Hassan-Agá, buscando un pretexto para someterse sin envilecerse á Abigail: mi venganza será más terrible que si la matase, gozándome en su imposible amor: ¡oh! ¡que muera... que muera desesperada, como moriré yo si no me amas!...

Abigail sonrió triunfante.

Si Hassan-Agá hubiera podido ver aquella sonrisa se hubiera espantado.

Habia sido la sonrisa de un demonio.

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo Abigail: inútil es todo lo que hablemos: lo que está escrito se cumplirá. Adios.

—¡Espera!... la dijo Hassan-Agá.

—Lo que está escrito se cumplirá, dijo Abigail: otra vez adios.

Y se alejó.

Hassan-Agá no pretendió detenerla.

Pero la siguió á lo léjos, envuelto en la sombra.

Abigail se dirigió á la torrecilla donde habitaba Noemí.

Aun se veia el reflejo de la luz en la celosía.

Llegó al pié del muro Abigail.

Hassan-Agá la seguia siempre, aun que á distancia.

Abigail se inclinó al suelo.

Tomó una piedrecilla.

Luego, como la vez anterior, la lanzó á las celosías.

Hassan-Agá se habia detenido á poca distancia de ella.

Batallaba consigo mismo.

Lo que veia, le irritaba de una manera terrible.

Le contenia, sin embargo, un poder misterioso.

Dejaba hacer.

Apénas habia chocado la piedra en las celosias, cuando detrás de ellas apareció una sombra.

Hassan-Agá reconoció en aquella sombra á Noemí.

Otra vez su cólera estuvo á punto de estallar.

Pero fué más poderosa la fascinacion que en él causaba Abigail.

Noemí abrió las celosías, y se inclinó sobre la balaustrada.

—Un cordon para subir la escala, dijo Abigail.

Sabia que á alguna distancia, tras ella, estaba Hassan-Agá.

Sin embargo, continuaba con un valor temerario su terrible prueba.

Noemí se quitó del mirador.

Reapareció á poco.

Arrojó el cordon.

Abigail ató á él la escala, y Noemí la subió y la afianzó.

Trepó por la escala Abigail.

Salvó la balaustrada, entrando en el retrete.

Las celosías volvieron á cerrarse.

Hassan-Agá sintió algo terrible, algo superior en lo doloroso, en lo desesperante, á todo lo que hasta entónces habia sufrido.

Sin embargo, cedió de nuevo al poder de fascinacion de Abigail, y se alejó de la torrecilla murmurando:

—Sí, sí; lo que está escrito se cumplirá.

CAPÍTULO XIII.

En que se habla de muchas cosas que verá el que leyere.

Abigail, con un valor heróico y con una perseverancia á toda prueba, habia creado una situacion que debia producir resultados determinantes.

Tenia un elemento de poder en Hassan-Agá, y buscaba otro elemento no ménos poderoso en Noemí.

Habia creado una situacion que debia producir resultados injustos para Noemí y para Hassan-Agá.

Noemí se retorcia en aquellos imposibles amores de Abigail.

Abigail aumentaba su mágia, sus encantos, la fuerza de su mirada, de su palabra, para sublevar la pasion de Noemí.

Ésta llegaba hasta los paroxismos del furor.

Cada noche era una ruda batalla del corazon y de los sentidos para Noemí.

Apénas cerraba la noche; apénas las viejas guardianas de las damas del harem se habian recogido; apénas los esclavos cerraban las puertas, se habian despojado de sus armas y entregádose al descanso, Abigail, por medio de una escala, entraba en el apartamento de la enamorada Noemí.

Ésta habia rechazado las proposiciones de Abigail de valerse del soldado español, del hechicero, para que se efectuase aquel fenómeno mágico del paso de la figura de Abigail al cuerpo de Hassan-Agá, por medio del cual ella amaria á Hassan-Agá amando al mismo tiempo á su hermoso Agá-Wazir.

Abigail, contando con la supersticion de Noemí, mantenia este ridículo cuento de vieja.

—No, no, decia Noemí; yo te amo á tí, á tí solo: yo no quiero encantos ni hechicerías: yo quiero saber que eres tú, tú, mi amado, quien me dá sus amores: si yo supiera que bajo tu figura habia algo del aborrecido Hassan-Agá, te aborreceria.

Hablaba el corazon de Noemí.

Y el corazon es siempre sabio cuando siente.

Porque el sentimiento es la verdad, y la verdad la ciencia.

—No, decia Abigail defendiéndose: si yo te hiciera mi amante, te sobrevendria una horrible desgracia: así está escrito: yo te amo tanto que no quiero te sobrevenga desgracia alguna.

Noemí no comprendia que siendo ella tan hermosa, (Noemí á causa de la belleza de sus protuberantes formas, y por su misma obesidad, se creia la mujer más hermosa del mundo), Agá-Wazir no se creyese el hombre más venturoso del mundo viéndose amado por ella.

Y como Abigail tenia la mirada poderosa, irresistible, casi divina, y poseia el arte de la fascinacion hasta un punto inverosímil, aparecia enamorada hasta la locura de Noemi.

Esta no podia ménos de creer que cuando Agá-Wazir se privaba de los goces de aquellos amores, era porque debia producir á la mujer que adoraba una gran desgracia.

Continuaba el engaño.

Este engaño llevaba hasta el frenesí el amor de Noemí por Abigail.

Ni una sola noche visitó Abigail á Noemi, sin que, oculto en el retrete inmediato, asistiese á su visita Hassan-Agá.

Él podia ir de noche, sin ser sentido, por el interior del alcázar al harem, y visitar á aquella de sus esposas ó de sus esclavas que mejor queria, sin ser de ella esperado ni de nadie sentido.

Acechando á Noemi, habia encontrado, sin comprenderlo, algo que hasta entónces no habia visto ni en ella ni en ninguna de sus mujeres.

El alma de la mujer enamorada.

Bien es verdad que la gran parte de la humanidad masculina se vá de este mundo sin haber conocido ni gozado lo que verdaderamente puede llamarse el alma enamorada de la mujer.

Habia encontrado, pues, un tesoro desconocido.

Noemí se iba transfigurando para él.

Iba haciéndose sobrenatural, celestial.

Siempre que, despues de un rudo combate de pasiones cada dia más poderosas en Noemí, Abigail se separaba de ella, al poco espacio sobrevenia Hassan-Agá, que á pesar de sus amores por Abigail, empezaba á enamorarse, y de una manera mortal por Noemí.

A enamorarse con el alma.

Hasta entónces el violento amor que la habia tenido, y las preferencias de que la habia hecho objeto, no habian reconocido otra causa que el amor de los sentidos.

Noemí le recibia cada dia de peor manera.

Cada dia se mostraba para con él más dura, más grosera, más indiferente, más contrariada.

Pero empezó á ver Noemí en Hassan-Agá algo que nunca habia visto, algo que no veia tampoco en Abigail, porque aquel algo no podia fingirse: el amor del alma.

Un arcángel se asomaba á los ojos de Hassan-Agá cuando la miraba.

Un arcángel mucho más hermoso que el hermosísimo demonio tentador que aparecia en las miradas de Abigail.

Hassan-Agá habia dejado de ser duro y grosero en sus amores para con Noemí.

La miraba de una menera dulce y suspirante; la envolvia en un deseo del alma, hambriento de felicidad.

Habia dejado de ser la fiera que devora, para ser la tórtola que dulcemente llora la desventura de su amor.

Esta irresistible mágia de la naturaleza, esta suprema belleza del amor, que es siempre bella sobre todo lo bello, sean cualesquiera los ojos que la expresen, iba infiltrándose en el sér de Noemí.

Hassan-Agá no era ya el señor, sino el esclavo.

Continuaba irritado por la belleza, por el encanto, por la sagacidad de Abigail.

Pero Noemi iba ganando terreno.

Esto no queria decir que Hassan-Agá se olvidase de Abigail.

La influencia que ella ejercia sobre él no amenguaba.

Pero no excluia la otra influencia de distinto género, pero más poderosa que sobre él ejercia Noemí.

Ésta empezaba tambien á sentir por Hassan-Agá algo dulce, algo que la consolaba de su desventurado amor por Abigail, sin que por esto por Abigail amenguara su empeño.

Abigail habia puesto en actividad, en aquellos dos bárbaros, el sér entero.

Sus cuerpos y sus almas.

Ellos se sentian arrastrados por poderes invisibles, ó más bien, eran arrastrados sin sentirlo.

Como la nave que llevan sobre sí las olas.

Abigail tenia en sus manos estas dos criaturas semi-salvajes y las dominaba.

No se necesitaba ménos.

Era de todo punto indispensable tener cogido al feroz amo de Cervantes, de la manera más completa y más fuerte posible

Habia tanto en Hassan-Agá como en Noemí una pasion que nada podia vencer.

Que estaba aferrada en sus almas.

La avaricia.

Se hacia de todo punto imposible sacarles un solo zequí.

Hassan-Agá estaba muy léjos de ser un rey magnífico.

Su real casa hubiera parecido miserable á cualquier europeo acostumbrado á algunas comodidades.

El dey corsario era una especie de animal bravo á quien basta con una caverna, con tal que tenga en ella algo que devorar.

Cuando se entraba en la Alcazaba de Argel, se pasaba por un arco sombrío situado entre dos torres robustas.

Algunos corsarios feroces, brutales, de piel cobriza, de ojos de lobo, aviesos y dispuestos á todo género de brutalidad y de horror, guardaban esta poterna.

Se pasaba á un patio de mediana extension, rodeado de mechinales, en los cuales anidaban aquellos primeros bravíos guardianes.

En aquel patio habia un aljibe.

A ambos lados del aljibe, y mirando á la poterna, como en batería, se veian tendidas sobre sus carretones dos enormes piezas de artillería, de aquellas que se llamaban bombardas, de calibre de á ochenta por lo ménos, y que se cargaban con balas de piedra.

Era una artillería ruda.

La del siglo xv.

Este patio tenia al rededor una galería, sostenida por arcos árabes, de herradura, de ladrillo agramillado, que no dejaban de tener cierta grandeza monumental, pero de todo punto ruda.

Estaba aquello muy léjos de la exquisita delicadeza de la Alhambra de Granada; pero acusaba tan fuertemente como ella el gusto árabe.

Un alto minarete se veia al ángulo occidental de este patio.

En él el muecin ó sacristan voceaba cinco veces al dia, llamando á los creyentes á las azalaes ú oraciones prescritas por el Korán.

Desde lo alto de aquel minarete se veia á Argel tendido sobre un repecho que descendia hasta la mar; la playa, los cárabos varados en ella; en el puerto las galeotas, y á la lengua del agua las baterías.

Por la mañana y por la tarde, á las horas de la salida de los copos, habia en la playa una grande animacion.

En las otras horas, una soledad absoluta, rota únicamente por alguno que otro de los guardianes de las baterías, que aparecian indolentemente sentados en la cureña ó carreton de alguna pieza con la espingarda al lado y el yatagan á la cintura.

Las casas que descendian en anfiteatro, aisladas casi todas, separadas por estrechas callejuelas polvorientas en el verano y lodosas en el invierno, eran bajas, desmochadas, cuadradas, con terrados almenados algunas de ellas, alternados con tejados rojizos ó verdi-negros, y adherido á cada una de ellas un huerto de mayor ó menor extension, todos con su alberca, sus nopales y sus hortalizas.

Acá y allá, en este hacinamiento de casas se abrian algunas plazuelas, y en todas ellas se alzaba un minarete de mayor ó menor altura, perteneciente á una mezquita.

Habia, además, algunos que podian llamarse *calcos* de la poblacion.

Esto es: terrenos en que nada habia construido, y que no podian llamarse plazas; sucios, infectos; una especie de muladares en que crecian libremente las ortigas y los jaramagos, entre nopales y pitas.

La policía urbana era una cosa desconocida entónces, y desconocida aun entre los moros.

Con mucha frecuencia en estos muladares que hemos indicado, habia animales muertos, en un completo estado de putrefaccion.

Así es que la peste era casi endémica en estas poblaciones.

Pero estaban acostumbrados á ella, como los valencianos están acostumbrados á las fiebres pútridas, á causa del cultivo del arroz.

Abundaban, sin embargo, las fuentes públicas y los aljibes.

Cada una de las mezquitas tenia uno dentro de sí, á causa de la necesidad de la ablucion.

Junto á estos aljibes habia casi siempre grupos de muchachas robustas, morenas como el sol, de ojos negros como la noche, de sonrisa candorosa y bravía á un tiempo, y de formas esbeltas y acentuadas de una manera mórbida, armada cada una de un cántaro.

Al olor de las muchachas acudian los mozos, y se suscitaban frecuentes y sangrientas riñas, que no asombraban á nadie y que nadie evitaba.

Por el contrario, el espectáculo de dos valientes que queriendo la mano de alguna de ellas se cosian á puñaladas, era cosa que no se debia desperdiciar.

Si alguna vez acudia el kadí ó alcalde, era á tiempo de recoger al muerto ó herido, y pocas veces de prender al homicida.

Si le cogia, se le llevaba á la cárcel.

Si las heridas no eran graves, se le aplicaban cien palos, se le tenia un mes en la cárcel, se le imponia una multa, y se le soltaba para que por el mismo precio hiriese ó matase á otro.

Si se trataba de robo, entónces la pena subia á trescientos, y aun hasta quinientos palos, y el criminal pasaba á un banco de las galeotas del dey.

Si la cuestion era un asesinato, entónces era la cosa más séria.

El criminal empezaba por ser apaleado, y si acaso escapaba de la paliza, un wazir ó alguacil, acompañado del kadí, se llevaba al reo, atados los brazos y con una soga al cuello, al matadero de las reses.

Por el camino se convenian con el primero que encontraban, tanto más cuando queria llenar los oficios de verdugo, y una vez en el matadero alguacil, verdugo y víctima, esta era echada por tierra; el ejecutor le ponia una rodilla sobre el pecho y le cortaba la cabeza como podia, y con no pocos horribles martirios del paciente.

La sangre humana se hubiera mezclado con la de los bueyes, de los camellos y de los carneros, á no ser porque los moros no degüellan los animales destinados á la alimentacion.

Lo prohibe el Korán.

Era aquella, y lo es aun, una civilizacion ruda, que en nada se parece á la civilizacion europea.

El moro se asemeja al árabe, y el árabe se parece á las fieras del desierto, con las cuales está, por decirlo así, en contínua comunicacion.

Los habitantes de Argel eran, sobre poco más ó ménos, fieras indómitas en aquellos tiempos.

Como que no habia ni uno solo que no saliese á piratear en las galeotas del dey, ó en la de uno ú otro arraez.

Por consecuencia, todo en Argel estaba en consonancia.

Todo era bravio y amenazador.

En cuanto á ellas, eran dignas mujeres de aquellos hombres.

Pero ellos y ellas tenian la sangre de fuego, y el amor, (á la musulmana, se entiende, y á lo corsario), volaba por todas partes, y era casi siempre la causa de las reyertas que ensangrentaban harto frecuentemente las calles de Argel.

No dejaba de haber su punto de galantería.

Desde la Alcazaba, era seguro oir por la noche, en las oscuras y profundísimas calles, el monótono y lánguido rasgueo de la guitarra, y cantos que tenian mucho de semejante *con el fandango* y con *la soledad.*

Pero no se veia ni una sola luz en aquellas sombrías calles.

A veces una música se interrumpia con el ruido de pelea, y un grito de muerte rompia el silencio, que se restablecia á poco lúgubre y siniestro.

Volvamos á la Alcazaba.

Pasando del primer patio por otra puertecilla se entraba en otro patio pequeño embaldosado de ladrillos rojos y orlado de azulejos ordinarios.

Al frente habia un gran arco de herradura, con ornamentaciones muy sencillas de estuco, pintadas con colores muy vivos.

A cada costado una puerta más pequeña.

En los cuatro muros habia ajimeces con celosías, y en la parte superior de ellos, almenas.

La puerta de la derecha de la entrada, conducia á las habitaciones del alcázar, en que podian entrar todos los que iban á visitar al dey.

La de la izquierda, pertenecia al harem, donde no entraba más que la servidumbre mujeril y el dey.

Por el grande arco del fondo, se pasaba á un salon de una magnificencia y de un lujo relativos á la rudeza y mezquindad general del edificio.

En este salon daba sus audiencias públicas el dey, todos los *giumas* ó viernes, despues de la primera oracion de la mañana.

Por aquel salon se pasaba por una puerta á la mezquita real, de cuyo minarete nos hemos ocupado ya, y por la otra á las habitaciones del dey.

En este salon no habia otro asiento que un diván, compuesto de almohadones de damasco carmesí, con rapacejo de oro, harto mal traidos, despellejados, por decirlo así, pero que eran bastante ricos para el dey-pirata.

Para el hombre, generalmente de baja ralea, que llegaba al dominio de Argel.

En el harem habia algo de lujo.

Pero lujo pesado, súcio, descuidado.

Ellas, las odaliscas, el corazon multiplicado del señor, que eran lo más gruesas que podian serlo, por aquello de que, para los moros la gordura de las mujeres era la mayor hermosura, vestian telas de seda y oro; pero súcias, descuidadas.

Sólo en Noemí se encontraba una excepcion, tanto en su traje como en su apartamento.

La sultana, apesar de ser obesa, era pulcra, y enamorada de lo verdaderamente bello.

Dominaba á Hassan-Agá, y se hacia servir.

Como que era hija de un bajá rico de Constantinopla, y se habia criado en el lujo y en las comodidades, y con las delicadezas del harem de su padre.

Se necesitaba de todo el amor que Hassan-Agá la tenia, para que éste, avaro por excelencia, se prestase á los costosos caprichos de Noemí.

Esta era tambien extraordinariamente avara.

Pero por lo mismo comprendia los tormentos que sufre un avaro cuando se vé obligado á gastar; y como aborrecia ó habia aborrecido á Hassan-Agá, le atormentaba, ó le habia atormentado en su avaricia.

A causa de la intervencion de Abigail, se habia despertado en estos dos séres, algo que los habia aproximado.

Que habia despertado recíprocamente en ellos pasiones y amores que no habian sentido el uno por el otro hasta entónces.

Esto favorecia cuanto podia favorecer á Abigail.

Por consecuencia, favorecia á Cervantes y á su hermano.

Y como los dos tenian un gran corazon, favorecia á todos los otros pobres cautivos.

CAPÍTULO XIV.

De cómo fracasó el primer intento de fuga de Cervantes.

Estaban cautivos con Cervantes en el baño del dey de Argel, muchos españoles de buen linaje, que vamos á nombrar á continuacion:

—El alférez Gabriel de Castañeda, natural de Salaya, en el valle de Carriedo, en las montañas de Santander.

(Este asistió tambien á la batalla de Lepanto).

(Fué cautivado ántes que Cervantes).

—Antonio Godinez de Monsalvo, natural de Madrid, sargento de la compañía de don Juan de La-Cárcel.

—Don Beltran del Salto y de Castilla, natural de Madrid, que fué cautivado en la Goleta.

—Alonso Aragonés, natural de Córdoba.

—Juan Blanco de Paz, fraile dominico.

—El alférez Diego Castellano, natural de Toledo.

—El capitan Domingo Lopino, natural de Cerdeña.

—Rodrigo de Chaves, natural de Badajoz.

—El doctor Domingo Becerra.

—Hernando de Vega, vecino de Cádiz.

—Juan de Valcázar, que fué cautivado al mismo tiempo que Cervantes.

—Fernando de Vega, natural de Toledo.

—El sargento Yepes.

—Martinez.

—Cristóbal de Villalar, natural de Olmedo, en Valladolid.

—Don Diego de Benavides, natural de Baza.

—El alférez Luis de Pedrosa, natural de Oviedo.

—Fray Feliciano Enriquez, carmelita, natural de Yepes.

—El doctor don Antonio de Sosa.

Todos estos cautivos no eran del dey, aun que estaban en el baño real.

Muchos eran de moros principales, á quienes el dey, para más seguridad, consentia tuvieran en su baño á aquellos cautivos de quienes esperaban sacar mayores rescates.

Por lo mismo, Cervantes habia sido cargado de cadenas desde su llegada al baño.

Las cartas de recomendacion que se le habian encontrado habian hecho se le tuviera por un gran caballero, por el cual se podia exigir un gran rescate.

Abigail, como saben nuestros lectores, habia contribuido á esto en gran manera.

Queria que Cervantes le debiese su libertad.

Habia comprendido que del mismo modo que habia dominado á Dalí-Mamí dominaria á Hassan-Agá, y ya hemos visto que no se habia engañado.

La habian ayudado los sucesos que siempre representa la providencia de Dios.

Nadie conocia el sexo de Abigail, á excepcion de Dalí-Mamí y de Hassan-Agá.

Dalí-Mamí guardaba de miedo el secreto.

Temia perder la cabeza.

Hassan-Agá le guardaba tambien, dominado por la irresistible mágia de Abigail.

Pero Abigail se desesperaba.

Tenia bajo el poder de sus encantos al dey Hassan y á Dalí-Mamí.

Pero no podia vencer su avaricia.

Hassan-Agá se negaba á tomar el rescate que se habia enviado para los dos hermanos, haciendo un inmenso sacrificio á la familia.

Dalí-Mamí, aun que era riquísimo, aun que sentia por Abigail amor y miedo á un tiempo, no consentia en soltar una sola dobla.

Se hubiera dejado primero cortar la cabeza.

La libertad, pues, de Miguel, por medio de un rescate, se hacia imposible.

Se pensó, pues, en que se rescatara á Rodrigo solo.

Rodrigo volveria á España y veria de allegar recursos.

Solicitaria, alegando los buenos servicios de su hermano, una ayuda de costa del rey.

No habia otro medio que adoptar.

Hassan-Agá se mostró tambien duro para dar la libertad á Rodrigo por el dinero que se le ofrecia.

Pero como se le dijese que era necesario que fuese á España para buscar el crecido rescate que por Miguel se pedia, consintió, y Rodrigo fué rescatado.

No habia que esperar un buen suceso de la ida de Rodrigo á España: la familia habia agotado sus recursos, y en cuanto al rey, pesaban tantas y tan graves atenciones sobre el erario, que no habia que esperar gran cosa.

Se pensó, pues, que seria mucho mejor intentar la fuga.

Para ello se encargó á Rodrigo Cervantes, ya libertado, aprestase y enviase desde las costas de Ibiza ó de Valencia una fragata armada, que fuese al lugar que se le señalaba, inmediato á Argel, para tomar á su bordo á Cervantes y á otros cautivos.

Diéronle cartas de recomendacion, para que pudiese allegar dineros, dos nobles cautivos.

Don Antonio de Toledo, de la casa del duque de Alba, y don Francisco de Valencia, natural de Zamora, ambos caballeros de la órden militar de San Juan de Jerusalen.

Estas cartas eran para los vireyes de las Palmas y el de Valencia, á fin de que facilitaran el armamento de la fragata.

Hacia mucho tiempo que Cervantes, conociendo la gran dificultad del rescate, habia pensado en la fuga.

A la parte de Levante de Argel, como á tres millas de la ciudad, habia un jardin, propiedad de un moro principal, alcaide de Argel, que se llamaba Asán-Kadí.

Era un griego renegado.

Cuidaba de este jardin un esclavo suyo llamado Juan, natural de Navarra.

El jardin estaba en la orilla del mar, y en una situacion muy á propósito para llevar á cabo el proyecto de Cervantes.

Cervantes supo catequizar á Juan, y se puso de acuerdo con él.

Juan habia preparado una cueva que en el fondo de aquel jardin habia, y en la cual estaban ya refugiados algunos cautivos compañeros de Cervantes.

Fueron acudiendo otros á la cueva, de modo, que cuando partió para España ya rescatado Rodrigo Cervantes, los escondidos en la cueva, que eran todos personas principales, llegaban al número de catorce.

Como era natural y preciso, Abigail ayudaba en esta empresa á Cervantes.

Ella era la que procuraba los víveres con que se mantenian los escondidos.

Ella la que hacia que se los llevasen con toda seguridad y secretamente.

Juan y otro cautivo llamado el *Dorador*, natural de Melilla, renegado, eran los únicos que servian á Cervantes.

Juan estaba siempre en acecho, para que los fugitivos no fuesen sorprendidos en la cueva.

El *Dorador* cuidaba de los víveres, y de llevarlos á la cueva.

De ella no salia ninguno de los escondidos sin cierta precaucion, y estando de atalaya Juan y el *Dorador*.

Estando ya reunidos en la cueva los cautivos que habian de escapar con Cervantes, y creyendo éste ya próxima la arribada de la fragata, huyó del baño, y se despidió de su amigo el doctor don Antonio de Sosa, despues de haberle rogado repetidamente que le siguiera.

Pero esto no pudo ser, porque el pobre doctor Sosa, á causa de los crueles tratamientos que habia sufrido, estaba tan enfermo que no podia moverse.

Cervantes se refugió en la cueva donde ya estaban sus compañeros, el 20 de setiembre de 1577.

Rodrigo entre tanto habia desempeñado admirablemente su comision.

Habia obtenido del virey de Mallorca, á quien habia conmovido con el patético relato de los sufrimientos de los cautivos en Argel, mandase aprestar con gran diligencia una fragata que, mandada por el capitan Viana, que acababa de rescatarse, y que era muy activo y valiente, debia llegar á las costas de Argel.

A su llegada, se mantendria léjos de la costa para no ser descubierta.

Se acercaria en cuanto cerrase la noche.

Arribó, en efecto, á Argel, el 28 de setiembre.

Se acercó cuando la noche sobrevino, al paraje de la playa más próximo al jardin.

Pero unos moros que iban en una barca de pescar, descubrieron la fragata.

Conocieron, á pesar de la oscuridad, que era de cristianos.

Gritaron, alarmando la costa.

Retiróse la fragata mar adentro.

Pasó el alboroto.

Se alejaron los pescadores.

Pareció que todo quedaba tranquilo.

La fragata volvió á aproximarse á tierra.

Echó al agua su esquife.

Los cautivos, anhelantes, esperaban en la ribera.

Tocaban ya su libertad.

De improviso, Juan, que estaba en acecho, acudió corriendo.

—Volveos á la cueva, dijo á los anhelosos cautivos: acuden moros por la parte de tierra y por la parte de mar. Dios tenga compasion de los que vienen en la fragata.

Todos escaparon á esconderse.

Juan y el *Dorador* se metieron tambien en la cerca del jardin.

Entre tanto, los del esquife continuaron acercándose á fuerza de remos.

La mar estaba picada.

El capitan Viana venia al gobernalle del esquife.

Alentaba á los remeros.

—¡Avante, hijos, avante, les decia; muy pronto habremos salvado á esos desdichados!

Al fin embistieron en la arena.

Pero en vez de encontrar á los cristianos que esperaban libertar, encontraron un crecido número de moros que, cargando de improviso sobre ellos, y cogiéndolos desprevenidos, los cautivaron.

Al mismo tiempo, tres galeotas, por la parte de la mar, apresaban la fragata.

CAPÍTULO XV.

De como Abigail iba adelante en sus proyectos, sin reparar en inconvenientes, y sin espantarse de la sangre.

Afortunadamente los moros que habian apresado la fragata y cautivado sus tripulantes, no habian sospechado que aquel barco cristiano hubiese ido á libertar cautivos escondidos en la cueva del jardin de Asán-Kadí.

Se llevaron con gran alborozo la fragata al puerto, y los nuevos cautivos por tierra á Argel.

Cuando supo Hassan-Agá que se habia apresado en las costas de Argel una fragata cristiana armada, no sospechó tampoco que aquella fragata habia ido para libertar á los cautivos que se habian escapado de su baño.

Sólo Abigail se heló de espanto y se preparó á resistir, si era posible, las desgracias que preveia.

Nuestros pobres cautivos, ya desalentados, soportaban sin embargo valientemente la humedad de la cueva, que les tenia á todos enfermos.

A Cervantes se le habian renovado las heridas.

Sin embargo, se mantenia firme, y alentaba á sus compañeros.

Cuando, pasados dos dias del apresamiento de la fragata, no habian venido á buscarles á su escondite, era indudable que este escondite no se conocia.

El leal Juan continuaba vigilando.

El *Dorador* llevando víveres.

Pero este último, ó se arrepintió de los servicios que habia hecho á los cristianos, sus compatriotas, ó tuvo miedo, y volviendo á renegar, se presentó el último dia de setiembre á Hassan-Agá, y le reveló el lugar en que estaban escondidos Cervantes y sus compañeros.

Hassan-Agá, que se habia irritado extraordinariamente, no tanto por la fuga de los otros cautivos como por la de Cervantes, perdonó al *Dorador* de su traicion, en gracia á su denuncia, y dijo á Abigail:

—Voy á encargarte un negocio muy importante, alma de mi alma.

Hassan-Agá trataba de esta manera, cuando estaba á solas con ella, á Abigail. Sin embargo, esta no le habia concedido ni el más leve favor.

Se circunscribia á tratarle con una gran amistad: á fingirle un afecto fraternal, que estaba muy léjos de sentir por él.

Abigail aborrecia á muerte á Hassan-Agá.

—¿Y qué encargo es ese?

—El gran cristiano, (así llamaba Hassan-Agá á Cervantes, porque los moros dan el calificativo de grande á toda persona que les inspira respeto), está escondido en una cueva, en el jardin que tiene en la costa á media jornada de Argel, Asán-Kadí. He resuelto empalar á ese miserable.

Como la frase *ese miserable*, era anfibológica, Abigail, no sabiendo si para lo del empalamiento se referia Hassan-Agá, á Cervantes ó al alcaide Asán-Kadi, dijo disimulando su ansiedad con aquella fuerza de disimulacion prodigiosa que la hacia impenetrable:

—¿Y cuál es el miserable á quien piensas empalar?

—A Asán-Kadí, contestó sonriendo ferozmente Hassan-Agá.

—Sí, dijo Abigail; Asán-Kadí es un traidor; hace frecuentes viajes á Constantinopla; pretende sin duda que el Grande Emir de los creyentes te desposea del trono de Argel, como desposeyó á Aluch-Alí para dárselo á él.

Abigail acababa de tocar una de las cuerdas sensibles del corazon de Hassan-Agá.

Habia en Argel algunos moros principales que sufrian mal el dominio de Hassan-Agá.

Entre estos, los más temibles por su valor feroz y por sus riquezas, eran Arnaute-Mamí, Dalí-Mamí el *Cojo*, y Asán-Kadí el *Tuerto*.

Ya habian tenido entre sí algunos conciliábulos que no habian pasado desapercibidos para Hassan-Agá.

Bien es verdad que desde más de dos años ántes, desde que con Cervantes habia sido cautivada Abigail, Hassan-Agá habia tenido en ella, lo que hoy llamaríamos un gran jefe de policía.

Resguardada por su admirable disfraz de hombre, auxiliada por su grande ingenio y por su grande astucia, protegida por su maravilloso valor, como por su belleza y por su buena manera, conociendo ya perfectamente la lengua árabe, Abigail se habia abierto todas las casas; en todas partes se habia hecho buenos amigos.

No habia barbería en Argel, donde no se recibiese con un gran contento, y aun teniéndolo á grande honra, al wazir de la casa del dey.

Ahora bien: las barberías son, entre los moros, los *mentideros* donde todo se cuenta, donde de todo se habla, donde todo se sabe, donde todo se abulta.

Las barberías suplian la falta de los cafés y de las tabernas.

Ahora hay cafés en las poblaciones de Argel y de Marruecos.

Entónces no se conocia este nocivo cocimiento.

En cambio, se mascaba ópio, más nocivo aun, ó se fumaba.

Ahora los moros beben á pasto un café que se masca; fuman y mascan el tabaco; mascan y fuman el ópio, y siempre ébrios, siempre excitados los nérvios, llegan prematuramente al enervamiento, á la vejez.

Esto en las grandes poblaciones y tratándose de moros ricos.

El moro pobre, y particularmente el kábila, son aun el árabe sóbrio y fuerte y bravío de los tiempos de Mahoma.

En las barberías, en los átrios de las mezquitas, en las casas de los moros ricos, Abigail recogia las noticias públicas y secretas, y usando de ellas servia á veces á Hassan-Agá, pero la mayor parte de las veces á sí misma.

Se habia captado toda la confianza del dey.

Abigail necesitaba asegurarse de Dalí-Mamí.

El arraez *Cojo* no habia podido olvidarse de ella.

Por el contrario: por ella habia enloquecido, y aun habia enfermado.

Pero dominado, aterrado por Abigail, continuaba guardando el secreto de su sexo.

Temia Abigail, sin embargo, que la locura se apoderase completamente de Dalí-Mamí.

Si llegaba este caso, era de temer que aquel grave secreto se hiciese público.

Así, pues, Abigail se habia prevenido para poder dar un golpe en firme cuando le fuese necesario.

Habia, pues, creado recelos en el ánimo de Hassan-Agá contra Arnaute-Mamí, contra el *Cojo* y contra Asán-Kadí.

El *Cojo* empezaba á hacerse temible á Abigail.

No podia verla sin palidecer, sin temblar, sin que sus ojos vagasen de una manera terrible.

La locura empezaba ya á asomar á ellos.

Aprovechó, pues, Abigail la ocasion.

Era necesario dar el golpe, y de una manera tan rápida, que Dalí-Mamí no pudiera defenderse de él, y tan contundente, que se concluyese de una vez.

Así es que, en vez de calmar á Hassan-Agá, le excitó.

— Siempre ha sido soberbio y rebelde Asán-Kadí, le dijo: pero no es él solo el que se atreve á hacerte traicion.

— ¿Tú te refieres á Arnaute-Mamí? dijo Hassan-Agá.

— Ese, no tanto: es un buen capitan de mar, un tigre invencible, y aun que sea un tanto ingrato, y otro tanto más soberbio, un escarmiento le mantendrá sumiso á tu voluntad.

Abigail no temia absolutamente nada de Arnaute-Mamí.

Éste, además, la favorecia, la honraba, viendo las honras que le hacia y el favor en que la tenia Hassan-Agá.

Para Arnaute-Mamí era el mejor muchacho del mundo, el pequeño *rumy* (el cristianito) como él llamaba cariñosamente á Abigail.

—No, dijo Abigail; no es tu capitan de mar, Arnaute-Mamí, del que debes desconfiar: pero témelo todo de dos traidores.

—¿Asán-Kadí? dijo Hassan-Agá.

—Sí; Asán-Kadí, y su grande amigo el renegado *Cojo*.

—¿Los has cogido tú en traicion?

—Acaba de cogérseles en traicion manifiesta, dijo Abigail: pues qué, ¿no ha amparado Asán-Kadí á Cervantes y á los otros cristianos, ocultándoles en una cueva de su jardin? ¿no se apresó hace tres noches una fragata armada que venia de España, cerca del jardin de Asán-Kadí? ¿Sabes tú si esa fragata venia únicamente para libertar á los cautivos ó para desembarcar gente armada, y esconderla, y volver luego y traer más gente, y continuar asi hasta que hubiera tanta, que pudiera arrebatarte con ella la corona y la vida? No lo dudes: esto es sin duda lo que han pretendido Asán-Kadí y Dalí-Mamí.

La intriga de Abigail era audaz.

Comprometia, perdia á Asán-Kadi y al *Cojo*, pero comprometia al mismo tiempo á Cervantes y á sus compañeros.

Abigail contaba con salvarlos, y por salvarlos daba buen empleo á la saña de Hassan-Agá, en el renegado *Cojo* y en Asán-Kadí.

Y es de advertir que Asán-Kadí era inocente.

Que no sabia la ocultacion de los cautivos escapados del baño del dey, en la cueva de su jardin.

Abigail no habia dado el golpe en vago.

Hassan-Agá montó en cólera, y dijo á Abigail:

—Toma cien beduinos de mi guardia y cincuenta turcos: véte á las casas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí, y no los prendas.

—¿Pues qué he de hacer, poderoso señor? dijo Abigail.

—Tráeme sus cabezas.

Y despues de esta cruenta órden, Hassan-Agá se fué al apartamento de la obesa Noemí, por la que habia contraido una pasion inaudita, terrible.

Noemí se habia tambien apasionado de él, de una manera inconmensurable.

Sin embargo, Abigail seguia siendo un empeño para los dos.

Hassan-Agá se obstinaba por la hermosa cristiana.

Noemí, por el hermosísimo mancebo wazir de la casa del dey.

CAPÍTULO XVI.

En que se califica más y más el terrible carácter de Abigail.

Era de noche cuando Abigail recibió la terrible órden de ir por las cabezas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí.

Eligió los cien beduinos más feroces de la guardia de Hassan-Agá, y los cincuenta turcos más crueles de los que tenia á sueldo, y con ellos salió de la Alcazaba, bajó á la ciudad, y en el barrio de la Axarquía, cerca de la Gran mezquita de Sáyda-Fátimah, rodeó con su gente un hermoso palacio que, aislado, á la parte occidental de la mezquita habia.

Aquella era la morada de Asán-Kadí.

Como Asán-Kadí, por ser alcaide de Argel era la segunda persona despues del dey y tenia una gran autoridad, tenia siempre á su puerta una guardia de cuatro beduinos con un *kaid* ó capitan.

Una vez cercada la casa, Abigail llamó á la puerta.

Respondió desde adentro el beduino que velaba, y Abigail mandó, en nombre del dey, que se le franquease la puerta.

—Esta puerta no puede abrirse sino al dey en persona, respondió el *kaid* á quien habia llamado el beduino que estaba de guardia.

—Yo soy el wazir de la casa del dey, y al dey represento ahora.

—No se abrirá esta puerta miéntras no venga el mismo dey, contestó con una feroz altivez el *kaid.*

Abigail, que era impaciente é impetuosa, no dijo ni una sola palabra más.

Mandó á los suyos echasen la puerta abajo.

Aquellos atléticos y fortísimos beduinos forzaron en un momento la puerta.

Salieron del zaguan algunos tiros de espingarda, que por fortuna no hirieron á Abigail.

Pero cayó muerto un beduino, y otros dos quedaron heridos.

Aquellos tigres habian olfateado ya la sangre.

No se les podia contener.

Se lanzaron tras Abigail, que habia avanzado resueltamente yatagan en mano.

El *kaid* cayó el primero, de un fendiente que le dió en la cabeza Abigail.

En cuanto á los cuatro beduinos de la guardia de Asán-Kadí, aquello no fué ni visto ni oido en cuanto entraron los tigres que consigo llevaba Abigail.

Fueron hechos pedazos.

Se encontraban dueños del zaguan.

En las casas de los moros, cerradas como un convento á causa de lo ocultas que deben estar sus mujeres y sus hijas ó parientas, el zaguan es el recibimiento, la única pieza de la casa donde pueden entrar los extraños.

El dueño espera sentado, segun su fortuna, ya en un diván, ya sobre una alfombra ó alkatifa, que viene á ser una misma cosa, ya sobre una estera de palma, en un poyo de ladrillo ó de piedra, de cuatro palmos de anchura y seis ú ocho de longitud, y dos de altura, situado generalmente bajo un arco, formando una especie de alhamí ó nicho, á la derecha de la puerta de entrada.

En frente de este alhamí hay, generalmente, una pequeña puerta, por la que se pasa al interior, recorriendo un corredor tortuoso.

Si el visitante es inferior en calidad al visitado, se sienta en el suelo, al pié del poyo, en una alfombra ó estera.

Si es de igual categoría, se sienta en el poyo, sobre el diván, ó la alkatifa, ó la estera, á la derecha del dueño de la casa.

Éste, despues de cambiar con el visitante pomposos saludos, manda que se les sirva algun refresco, y generalmente ópio entónces.

Ahora, café ó thé, tabaco y ópio.

Pero nadie, por confianza que tenga con el dueño de la casa, á no ser su pariente, pasa el límite vedado.

En algunas casas muy ricas, que podian llamarse ya palacios, como la de Asán-Kadí, el recibimiento era mucho mayor; tenia ante-recibimiento, y solia estar al fondo de un pequeño patio, y constituyendo un retrete muy ornamentado y puesto con un gran lujo de alfombras, de tapicerías, de almohadones y de pebeteros.

Así acontecia en la casa de Asán-Kadí.

Se encontraba primeramente, tras la puerta de arco de herradura, de ladrillo agramillado y azulejos, un zaguan cuadrado, con las paredes ornamentadas de una manera sencilla, pero bella, con techo de bobedillas, pintado con flores, peces y pájaros, sobre viguetas minuciosamente labradas, con faja en la parte inferior de las paredes de alicatado, formando peregrinas labores, y pavimento de mármol.

A la derecha, en el ángulo de la pared de enfrente de la puerta, habia un arco estucado, por el cual se pasaba á un patio estrecho, tambien embaldosado de mármol, con fuente rebajada en el centro, con un arriate que, proviniendo de la fuente en el centro longitudinal del patio, servia para que el agua de la fuente tuviese una salida.

A la izquierda, sobre el pavimento alzado á la altura de dos gradas anchas y suaves, habia un templete cerrado, sostenido por esbeltas columnas de mármol blanco.

Tras estas columnas, habia, á poca distancia, un muro labrado, pintado, con alicatados en su parte inferior.

En el centro de esta pared habia un hermoso arco, por el que se pasaba á un camarin de regular extension, con paredes ornamentadas y techo de alerce.

A la izquierda, en una lánguida penumbra, muy cómoda para el verano, y muy triste en el invierno, porque aquel espacio no tenia más luz que la que penetraba por el arco de entrada, estaba el alhamí del señor con un hermoso diván de damasco rojo y oro.

Alfombras, pieles de fiera, tapices y pebeteros ornamentaban aquel espacio.

En el extremo derecho del camarin, frente al diván, habia una pequeña puerta dorada, por la cual el señor salia del interior de la casa y volvia á entrar en él.

En el fondo del patio estaba la puerta por la cual entraba y salia la servidumbre.

Aquellas dos puertas, la del patio y la del camarin, fueron forzadas instantáneamente, como lo habia sido la exterior.

La mitad de la gente que llevaba Abigail, entró por la una puerta.

La otra mitad, por la otra.

Asán-Kadí, que dormia, borracho de ópio, sobre el hermoso seno de una de sus esclavas favoritas, se despertó al estruendo producido por las puertas al ser forzadas.

Se lanzó á una galería, medio desnudo y sin armas.

Llegó á unas escaleras.

En ellas le encontró Abigail, que subia al frente de sus tigres.

El yatagan de la terrible judía se abrió paso por el pecho del desdichado Asán-Kadí.

La punta sangrienta salió á la espalda.

Pasó de la luz del hacha de viento que llevaba inmediatamente detrás de Abigail uno de los beduinos, á la eterna sombra, sin tener tiempo de conocer (tan violento fué el golpe que le partió el corazon) que hacia el gran viaje.

Tuvo una muerte feliz.

—Cortadle la cabeza y echadla en el saco, dijo Abigail brevemente y con una voz horrible por su serenidad despues de lo que habia acontecido.

La sangre corria en un espeso raudal, por los estrechos peldaños de mármol de la escalera.

Un beduino concluyó rápidamente la operacion que Abigail habia mandado.

Inmediatamente se salieron á la calle.

Las mujeres, las hijas, las parientas, las esclavas y los esclavos que habian acudido, aun que tarde, por su fortuna, al estruendo, se encontraron en las escaleras con el mutilado tronco de Asán-Kadí.

Hallaron las puertas forzadas.

En el zaguan, los cuerpos despedazados del *kaid* y de los cuatro beduinos de la guardia.

Dalí-Mamí tenia su casa un poco más allá, á la parte de Levante de la mezquita de Sáyda-Fátimah.

Era esta casa muy semejante á la de Asán-Kadí.

Pero en ella no habia guardia.

Llamaron, y Dalí-Mamí en persona se asomó á un ajimez que habia sobre la puerta.

Al ver á la luz del hacha de viento con que se alumbraban, á los beduinos y á los turcos, y que estos llevaban los alquiceles pavorosamente ensangrentados, se sobresaltó.

Pero se tranquilizó cuando le habló amistosamente Abigail.

¿Qué podia recelar de ella?

Se llevaban muy bien.

Además, nunca recela un hombre de la mujer á quien adora.

Bajó, cojitranqueando, las escaleras.

Abrió tranquilamente.

Su feroz semblante se iluminó de alegría, como siempre á la vista de Abigail, y sonrió.

Pero aquella sonrisa, apénas nacida, se heló.

Abigail no creyó prudente notificarle la sentencia de muerte.

Podia, desesperado, descubrir su secreto.

Bastaba con que el dey le hubiese sentenciado.

En cuanto le tuvo junto á sí, Abigail le tiró un formidable corte con su gumía en la garganta y le degolló.

Dalí-Mamí cayó, sonriendo aun.

Como el otro, no habia tenido ni aun siquiera tiempo para conocer que le lanzaban á la eternidad.

Los beduinos estaban asombrados, y miraban con un pavoroso respeto á aquel mancebo á quien parecia no habia criado Dios sino para matar de la manera más rápida, y para hacerlo con la mayor tranquilidad del mundo.

En muy breve espacio habia despachado tres aquella noche, delante de ellos.

Estas criaturas *que dán* sin prévio aviso y á muerte, se hacen terribles.

Espantan á todo el mundo.

—Cortadle la cabeza, y al saco.

Esta operacion se llevó inmediatamente á cabo.

Una vez puesta la cabeza en el otro de los sacos de cuero que se habian llevado, salieron.

Abigail encajó la puerta.

Como todo esto se habia hecho en silencio, nadie de la casa se despertó.

Pero la sangre corria por debajo de la puerta y salia á la calle.

Pasó, rondando con algunos alguaciles (wazires), un kadí ó alcalde de los inferiores.

El alguacil, que iba delante con un farolillo, vió la sangre que venia á empaparse en el polvoriento suelo de la calle.

Observó que salia por debajo de la puerta de la casa de Dalí-Mamí.

Al ir éste á llamar, notó que la puerta no estaba más que encajada.

La empujó, abrió, y á poca distancia encontró, tendido sobre el pavimento de mármol del zaguan, un cuerpo decapitado, en el que, por sus vestiduras, por su pata coja y por la casa en que en un tan miserable y sangriento estado le encontraba, reconoció á Dalí-Mamí.

El alcalde, por lo que podia tronar, no se anduvo en vacilaciones.

Entróse.

Llamó á grandes voces.

Acudieron.

Hizo venir á todos los de la casa.

Les mostró el descabezado cuerpo de Dalí-Mamí, lo que á todos causó un grande horror, pero á ninguno lástima.

Dalí-Mamí no tenia en su casa más que esclavos y esclavas, que habia tratado muy mal, y no tenian por qué sentir su muerte.

Pero no pudieron ménos de espantarse cuando el alcalde, con una gran severidad, les dijo:

—Yo no sé quién ha sido el que ha cometido el horrendo crímen que tengo ante los ojos: y como podeis haberlo cometido vosotros, ó algunos de vosotros, os ato, y á la cárcel os llevo.

Y así lo hizo el alcalde.

Embargó, además, la casa, con todo lo que contenia.

Como Dalí-Mamí no tenia herederos, debia heredarle el dey.

CAPÍTULO XVII.

De como eran dignos de Cervantes sus compañeros de cautiverio.

Abigail habia circunscrito cuanto podia circunscribirse su secreto.

No le conocia ya nadie más que Hassan-Agá.

Porque, aun que tambien le conocia Cervantes, éste estaba interesadísimo en guardarle, y era muy prudente.

La posicion de Abigail era fuerte.

Fascinaba á Hassan-Agá.

Le tenia completamente sujeto á su voluntad.

Habia en ella una mágia, que Hassan-Agá, sin poderla explicar, sentia.

Tenia, además, Abigail en Noemí, y sin que ésta lo supiese, un poderoso aliado.

Cierto es que, porque se habian comprendido al fin las almas de Hassan-Agá y de Noemí, en medio de su rudeza, sentian el uno por el otro un amor inmenso.

Noemí, que siempre habia tenido un gran ascendiente sobre Hassan-Agá, le habia aumentado, creciendo de una manera extraordinaria.

Esta pasion, que habia al fin unido á aquellas dos fieras por cuantos lazos pueden estar unidas dos criaturas, no impedia el amor sensual, violento, que Hassan-Agá sentia por Abigail, ni el que sentia por ella, creyéndola hombre, Noemí.

Noemí, anhelante, desesperada por el hermoso Agá-Wazir, ansiaba conocer su voluntad para cumplirla.

De modo, que en caso de no bastar la influencia que Abigail tenia sobre Hassan-Agá, Abigail podia ampararse de una manera segurísima de la de Noemí.

La intentada fuga de Cervantes y de sus compañeros habia fracasado.

Habian sido descubiertos.

¿Quién los habia descubierto?

El *Dorador*.

Abigail lo sabia, porque Hassan-Agá no tenia secretos para ella.

Abigail volvió al alcázar.

Encontró á Hassan-Agá irritado hasta un límite espantoso, y preparándose á ir al jardin de Asán-Kadí con algunos turcos.

Esperaba á Abigail, para añadir á su gente los turcos y los beduinos que Abigail habia llevado consigo.

Presentóle ella las cabezas de Dalí-Mamí y de Asán-Kadí.

Sonrió de una manera horrible Hassan-Agá.

Llegó hasta el repugnante extremo de abofetear aquellos miserables despojos.

—Que las pongan sobre la poterna de mi Alcazaba, dijo: cada una de ellas en una torre: así dará mi justicia los buenos dias á los buenos creyentes que vengan á mi mezquita á la oracion de *Azobhí* (de la mañana).

Despues añadió, dirigiéndose á Abigail, y tomando un fuerte casco de manos de uno de sus pajes, y poniéndoselo:

—Ahora, mi buen Agá-Wazir, vamos por las cabezas de esos perros rumíes (cristianos).

Y salió impetuosamente.

Abigail le siguió.

Antes de salir de la Alcazaba, Hassan-Agá se detuvo como si hubiera olvidado algo.

—¡Ah! exclamó volviéndose á Abigail: ¿por qué no te has traido á mi baño todos los hombres que has encontrado en las casas de esos dos traidores, y á mi harem todas las mujeres?

Porque no me lo habias mandado, poderoso señor, contestó Abigail

Hassan-Agá dió órdenes á algunos de sus tigres de mar, para que con al-

gunos de los turcos de su guardia, fuesen á las dos casas, y trajesen á su baño y á su harem los hombres y las mujeres que encontraran en ellas.

Despues se prosiguió la marcha.

Hassan-Agá iba irritado y en silencio, espoleando á su caballo.

A caballo tambien Abigail, y como él silenciosa, iba detrás.

Los beduinos y los turcos, de los cuales sólo como una docena iban á caballo, seguian á la carrera, é hijadeando, á los jinetes.

Se hizo el camino en poco más de media hora.

Los jinetes adelantaron á la deshilada, y rodearon el jardin, del mísero Asán-Kadi.

Juan, no habia podido ménos de apercibirse.

Le acompañaba el *Dorador*, que habia vuelto, para así ocultar su traicion.

Cervantes y sus compañeros fueron avisados en el momento del peligro.

Sin embargo, Cervantes, cuya presencia de ánimo crecia á medida que era mayor el peligro, advirtió á sus compañeros, y les rogó que le culpasen á él sólo de aquel intento de fuga.

—Porque yo, les dijo, saldré bien, y á vosotros os podria costar caro.

Sin embargo, si Cervantes hubiera podido aterrarse, se hubiera aterrado.

Él no conocia el ascendiente que su enamorada Abigail tenia sobre Hassan-Agá.

Abigail no habia querido decirle que Hassan-Agá conocia su sexo, y habia enloquecido de amor por ella.

Esto hubiera sido terrible para Cervantes que amaba sin ser poderoso á otra cosa á Abigail, fascinado por su mágia satánica.

Creia únicamente, y no le habia engañado Abigail, que la sultana favorita, la mujer á quien Hassan-Agá amaba con toda su alma ruda, y á la que no podia negar nada, la amaba á ella, creyéndola hombre.

Pero no creia Cervantes que la influencia de Noemí bastase para salvarle del terrible castigo que indudablemente le impondria Hassan-Agá.

Sin embargo, habia arrostrado heróicamente el peligro, asumiendo toda la responsabilidad, llamando sobre sí toda la ira del feroz Hassan-Agá.

Éste y Abigail, y la gente de á pié que los seguia, entraron como una inundacion por el jardin, y penetraron á seguida en la cueva.

Delante iban dos esclavos beduinos con hachas de viento.

Inmediatamente, y yatagan en mano, Abigail, que cuidó de ponerse entre Cervantes y Hassan-Agá y los suyos, para evitar que disparasen por temor de herirla á ella.

La forma del lugar permitia esta proteccion de Abigail.

La cueva tenia en el primer término un espacio ancho, extenso por lo alto del suelo, y despeñándose por uno de los costados, caia en catarata un copioso raudal, que era el que hacia húmeda y mal sana la cueva.

Al fondo habia una estrecha abertura.

La boca de una mina, que se torcia y se entraba en un laberinto.

Gracias á este laberinto, aun que Asán-Kadí habia ido algunas veces con sus

parientes y sus amigos al jardin, y habia pasado largas horas de calor en la cueva, gozando de su frescura, no habia podido apercibirse de los cautivos fugitivos que estaban escondidos en el oscuro laberinto.

Cervantes, con su viejo coleto amarillo, que ya estaba inservible, con sus andrajos, permanecia inmóvil á la entrada de la mína.

Una mirada inmensa se cruzaba entre él y Abigail.

Ésta le decia con aquella mirada:

—No temas: te protejo yo.

En la mirada de Cervantes aparecia el desprecio de la vida, y el fuego del heroismo.

Hassan-Agá asió por un brazo á Abigail como para apartarla.

Como para remover el obstáculo que le impedia matar á aquel aborrecido cristiano.

Abigail se mantuvo firme.

Se volvió á Hassan-Agá.

Le miró de una manera profunda.

Le contuvo.

Hassan-Agá retrocedió.

Nunca habia visto tan brava ni tan hermosa á Abigail.

—Ya que tú, señor, has querido matar á este cautivo, le dijo, y que por estar yo impidiendo el golpe no le has muerto, perdónale y déjamelo, que yo te agradeceré como una gran merced el tesoro que me darán por su rescate; por lo demás, yo te aseguro que le trataré de tal manera, que no volverá ni aun á pensar en la fuga.

—¡Un tesoro!... ¡sí... es verdad!... dijo Hassan-Agá; el placer de castigarle no vale el dinero que se pierde matándole: y bien: ¿no me quedan los otros?

—Los otros son inocentes, exclamó con un valor supremo Cervantes: si quieres castigar, castígame á mí solo, porque yo sólo soy el culpable, si es que puede culparse á un hombre porque procura su libertad y la de sus hermanos.

Rugió de cólera Hassan-Agá.

Blandió su terrible gumía.

Dió un paso hácia Cervantes.

Abigail contuvo de nuevo al dey corsario con una mirada más profunda que la anterior.

Volvió á retroceder Hassan-Agá

Le pareció haber visto en Abigail un arcángel terrible.

Cervantes permanecia inmóvil.

Tranquilo, como si no le hubiese amenazado el menor peligro.

Como se habia mostrado en tantas graves situaciones de la vida: particularmente en la batalla de Lepanto, en el lugar del esquife de la galera *Marquesa*.

Esta bravura sobrenatural en la que no habia pretensiones, contribuia tambien á dominar al sanguinario y colérico Hassan-Agá.

—¡Tú! ¡tú! exclamó.

Y su voz era ronca y lúgubre, y temblaba.

Sus feroces sicarios se agrupaban detrás de él.

Esperaban con impaciencia la órden de caer sobre aquel cristiano aborrecido, y despedazarle.

De los otros cristianos que en la mina se encontraban, no se veia uno solo.

Estaban estremecidos, escuchando con toda su alma en la primera revuelta del laberinto.

Y eran valientes.

Pero, ¿qué valor basta cuando no se tiene número, ni armas, ni medio alguno de defensa, y se temen, ó más bien, se creen inevitables, no sólo horrorosos martirios, sino tambien insoportables afrentas?

Si la cautividad era demasiado dura, los suplicios que se hacian sufrir á los cautivos que se rebelaban, excedian á toda ponderacion, y se les sujetaba á tratamientos que se resisten á la pluma.

Cervantes los asombraba.

En aquellos momentos les parecia un Dios.

Él llamaba sobre sí todo el castigo.

No podian darse más honor, más valor, más caridad.

—¡Sí, sí; yo solo! exclamó Cervantes con entereza, y con la voz de todo punto serena: Dios nos ha dado la libertad para que la defendamos de injusticias y traiciones.

—Vosotros sois los enemigos del Dios Altísimo y Único, gritó traspuesto de furor Hassan-Agá; los crueles insultadores de los creyentes: los lobos de Lepanto, que tantas muertes hicísteis; todo lo que contra vosotros se haga, estará bien hecho, será acepto á los ojos de Dios, y nunca lo bastante para castigar vuestra impiedad y vuestros crímenes... ¡perros que sois todos... infames rumíes!...

—Si crees tener razon, dijo Cervantes, ténla sólo contra mí, pero no contra estos: ellos no se hubieran atrevido á nada, si yo no los hubiera incitado.

—¡Basta ya... señor Miguel de Cervantes! dijo Mateo de Santistéban, saliendo del recodo de la mina: no es justo que vos cargueis con todo: cada cual lleve su parte, y no nos deis el desconsuelo de ver que vos sólo la costa pagais, que esto será para nosotros más cruel que la muerte, y que todos los martirios que puedan hacernos padecer: ni vos ni nosotros somos culpados, que obligacion y necesidad tiene el hombre de procurarse la libertad, y de cuidar de no ser tratado como una béstia: pero si este dey Hassan-Agá culpables nos cree, caiga sobre todos el castigo.

—No los creas, señor, no los creas, dijo Miguel; que esto no es más sino que ellos son nobles y buenos, y no quieren librarse de tus castigos si yo no me libro: es que los cristianos tenemos caridad, y sabemos ser hermanos los unos de los otros, y arrostrar los unos por los otros todas las penalidades, todos los peligros y todos los tormentos: pero yo te digo en verdad, que si yo no hubiese imaginado esta fuga que ha estado tan á punto de lograrse, que á maravilla tengo que no se haya logrado, ellos no hubieran intentado nada, ni hubieran podido; que si yo

no hubiera enviado eficacísimas cartas á mi tierra, no hubiera podido venir la fragata que han armado poderosos amigos mios.

—Ya lo ves, poderoso señor, dijo Abigail: él confiesa lo mucho que puede y lo mucho que vale. ¿No seria un gran desacierto matarle? ¿qué te darian por su cuerpo ensangrentado? Viva, y no sea libre sino cuando por él tuvieres lo que tener debes.

—En cuanto á eso, dijo Cervantes, Dios dirá; pero como estoy seguro de que si no nos matas, no nos has de dejar sin castigo, ruégote, señor, encarecidamente, y por mi Dios, y por el tuyo, que un mismo Dios son el Dios de Moisés y el de Abrahan, y de Agar y de Ismael, que á mi solo me castigues, que gran lástima seria estropearas á los que no son culpados, y si lo son, levemente, porque se les ha convidado á recuperar lo que el hombre más estima, su libertad, su familia y su patria.

Sucedió un altercado heróico.

Todos los otros cautivos salieron.

Todos ellos decian á voces, que tan culpados eran todos como Cervantes, y que si Cervantes era castigado, ellos querian serlo lo mismo, ó por deshonrados se tendrian, y que ántes que la deshonra, querian la muerte.

Y replicaba Cervantes.

Y volvian á replicar ellos.

Aquello era el cuento de nunca acabar del heroismo.

Abigail se interponia siempre con el pretexto del rescate.

Hassan-Agá se sentia dominado no sólo por la avaricia que Abigail habia sabido despertar, sino por aquel valor inaudito que en todos veia.

Esto le irritaba por una parte, porque le obligaba á reconocer grandes á sus aborrecidos enemigos, y por otra parte le desarmaba, porque la grandeza tiene el privilegio de hacerse admirar y respetar de todo el mundo.

Al fin Hassan-Agá terminó aquella situacion, ordenando que á todos se les llevase al baño.

Que á todos se les encerrase en mazmorras y se les acortase la racion, que ya era de por sí bastante menguada.

Y que á Cervantes se diesen tantos palos cuantos pudiera resistir sin morir.

Quisieron todavía cuestionar los compañeros de Cervantes.

Pero Hassan-Agá habia salido ya de la cueva con Abigail.

Los beduinos y los turcos ataron á los cautivos, y los sacaron fuera.

Para el pobre Juan no habia habido piedad.

Él era indisculpable.

Él habia favorecido y ocultado á los cristianos.

Hassan-Agá le habia sentenciado.

Delante de él uno de los beduinos le habia cortado la cabeza.

Era el amanecer cuando salieron del jardin.

Delante de los míseros cautivos iba un turco á caballo, que llevaba en la punta de su lanza la sangrienta cabeza del desventurado Juan.

Hassan-Agá y Abigail con algunos de los de la guardia, habian partido á la carrera.

Hassan-Agá iba satisfecho.

Esperaba que el terror obligaria á Cervantes á darle cuanto ántes un crecido rescate.

Además, con aquel intento de fuga de Cervantes y sus compañeros, y por su ocultacion en el jardin de Asán-Kadi, habia tenido ocasion para descabezar al arraez Dalí-Mamí, y al Kadí Asán, apoderándose de este modo de sus bienes, y haciendo cautivos suyos á sus familias.

A más de esto Abigail se le habia mostrado más leal que nunca.

Más hermosa que nunca.

No podia, pues, ménos de estar grandemente alegre, el corsario reyezuelo de Argel.

CAPÍTULO XVIII.

De como Abigail conoce que tiene más de un motivo para aterrarse.

La vista de las cabezas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí, que estaba cada una en una de las dos torres que flanqueaban la poterna de la Alcazaba, colmó la alegría de Hassan-Agá.

Asistió, con un gran fervor religioso, á la oracion de la mañana.

El Altísimo le favorecia visiblemente.

Comió con un gran gusto y con un extraordinario apetito su alcuzcuz.

Despachó al alcalde que habia ido á darle parte de haber metido en la cárcel á todos los que habia encontrado en la casa de Dalí-Mamí, donde habia encontrado, siguiendo el rastro de un raudal de sangre, su cadáver, regalando al alcalde dos gallinas y un gallo, que aquel funcionario agradeció extraordinariamente.

Mandóle sacara de la cárcel á los que habia preso casa de Dalí-Mamí, y se fuese á prender todos los que encontrara en casa de Asán-Kadí, y los llevase, los hombres, al baño, como esclavos, las mujeres, al harem, y que en cuanto á las mujeres, se las presentase cuanto ántes.

Hassan-Agá era tan insaciable de amor como de sangre; á pesar de los dos grandes amores que sentia por Abigail y por Noemí.

Aun no habia trascurrido una hora desde que el alcalde habia partido á

cumplir las últimas órdenes del dey, hasta que volvió á la Alcazaba, llevando consigo... ¡tristes glorias!... treinta y dos mujeres.

De ellas las catorce correspondian, ó habian correspondido á Dalí-Mamí.

Dos de ellas eran viejas: guardadoras del harem.

Cuatro, ya de edad séria; entre los treinta y cinco y los cuarenta años.

Pero muy hermosas aun.

Como que habian estado bien cuidadas.

Eran las esposas de Dalí-Mamí.

De las otras ocho, dos eran de diez y ocho á veinte años; una de ellas negra, y de una maravillosa hermosura.

La negra estaba en cinta.

La otra era hija de Dalí-Mamí; blanca como la espuma, pelinegra y ojinegra.

Las otras seis eran desde los doce á los treinta años.

Todas hijas tambien del ajusticiado.

La menor, á pesar de su juventud, estaba deliciosísimamente desarrollada, y era un prodigio de hermosura.

De las diez y ocho que habian pertenecido á Asán-Kadi, cuatro eran viejas guardadoras.

Seis, esposas de Asán, y tambien de cierta edad.

Una de veinticinco años, mulata, concubina de Asán.

Las otras siete sus hijas.

Entre estas habia tres de menor edad, niñas, y dos de ellas mulatas.

El dey estaba de enhorabuena.

Habia enriquecido con un buen número de esclavas, hermosísimas y vírgenes la mayor parte, su harem.

Así es que estaba contentísimo.

Para colmar su contento, no le faltaba más que presenciar la aplicacion de los palos á Cervantes.

Estaba acabando de almorzar con Abigail, á solas con ella, en uno de los más bellos apartamentos del alcázar.

Abigail estaba sobreexcitada, y la sobreexcitacion aumentaba extraordinariamente su hermosura.

Exceptuando á Noemí, Hassan-Agá hubiera dado por Abigail, todas sus esposas y todas sus antiguas esclavas, y aun las que acababa de adquirir.

—Yo espero, decia Hassan-Agá, royendo el ala de un pavo, cocido simplemente en agua y sal, que la cocina de los moros es muy simple, que alguna vez Aláh tendrá compasion de mí, y te hará mia.

—Con la condenacion de tu alma, dijo Abigail, porque habrás cometido adulterio.

—Mi alma, y aun almas que Dios me hubiese dado, exclamó impiamente Hassan-Agá, las daria yo por un solo beso de tu boca.

—Yo te amo lo bastante para apartarte de la condenacion: tú debes ser completamente feliz con la posesion de tu hermosa Noemí. Y á más: ¿no es tu harem un cielo estrellado?

—Pero si Noemí y las otras son fúlgidos luceros de hermosura, dijo Hassan-Agá, tú eres un sol de belleza irresistible, ante cuyos fulgores esas hermosas estrellas se oscurecen. Yo tengo el alma desesperada. Yo no puedo vivir sin tu amor.

Y ardió en los ojos de Hassan-Agá una chispa de brutal deseo.

Abigail se heló de espanto.

Nunca habia visto de tal manera irritado por su amor á Hassan-Agá.

Buscó instintivamente, pero encubriéndose con el alquicel, el pomo de su puñal.

—¡Tú serás mia, hija de los sueños!... dijo Hassan-Agá: yo soy feliz; pero tú amenguas mi felicidad de tal manera, que para mí todo es desventura.

—Ménos cuando tienes junto á tí á la hermosa y enamorada Noemí.

—Noemí me embriaga, contestó Hassan-Agá, pero tú me enloqueces.

—Teme á Dios, exclamó Abigail.

—La locura no teme nada, exclamó Hassan-Agá.

—¿Y no temes mi cólera?

—¡Tu cólera!

—Si tú me profanaras prevaliéndote de la fuerza: si tú me hicieras indigna de mí misma, haciéndome una cautiva envilecida, yo acabaria conmigo para no sufrir mi envilecimiento.

Y Abigail abarcó en una potente, severa y terrible mirada, la mirada codiciosa que fijaba en ella Hassan-Agá.

—Yo soy tu esclavo; tu esclava mi voluntad, exclamó: tú lo dominas en mí todo, todo... hasta mi locura.

Y suspiró profundamente, y se aplicó á su pechuga.

Estaba demostrado que el amor no quitaba el apetito á Hassan-Agá.

Abigail le sirvió una copa de zumo de naranja, con el cual, sin faltar á las rigidas prescripciones del Korán, se habia procurado hacer una especie de vino.

—Tú tendrás alguna vez piedad de mí, dijo Hassan-Agá con la boca llena.

—¿Por qué hablar siempre de lo imposible? dijo Abigail.

—Porque lo imposible es mi vida, mi alma, mi eternidad.

—El imposible que yo constituyo para ti, es tu salvacion.

—¿Sabes que á veces creo, dijo Hassan-Agá volviéndose á poner hosco, que tú amas, y que tienes cerca de tí al hombre de tu amor?

Y en la mirada de Hassan-Agá apareció la ferocidad de todas las ferocidades.

Abigail se sobresaltó de nuevo.

Pero disimuló su sobresalto.

—No hay que dudarlo, dijo: tú estás loco, señor, y loco de remate.

—¡Ay, si un dia tengo la prueba de que mis celos no son sólo vanos temores de mi locura!... dijo Hassan-Agá: pero, en fin, hemos acabado ya de almorzar: estoy cansado; necesito reposo; pero ántes de reposar, quiero ver como aguanta los palos el *gran cristiano*.

Ya sabemos que así llamaban los servidores del baño del dey á Cervantes.

—Tú no harás eso, dijo Abigail: basta con que, cargado de cadenas, se le haya empozado en una mazmorra.

La voz de Abigail era seca, trémula.

Sonaba en ella el imperio y amenazaba la cólera.

Abigail conocia que no habia ya término medio, que era necesario imponerse.

Tan clara era la intencion de Abigail, que Hassan-Agá, en quien por el momento dominó la soberbia á la fascinacion que sentia por la belleza, por el alma, por el sér entero de Abigail, exclamó:

—¡Por los *siete durmientes!*... ¿Quien es el señor? ¿quién es el esclavo?

—Tú no harás sufrir esa afrenta al *gran cristiano*, repitió Abigail sin atenuar en nada lo imperativo, lo amenazador de su acento, ántes bien aumentándolo.

—¡Ira del infierno! exclamó demudado y letal Hassan-Agá: ¡Tú amas á ese hombre!...

—No, dijo Abigail: te amo á tí.

Y al decir estas palabras, era más terrible, más imperativo, más amenazador aun el acento de Abigail.

Parecia, además, como que protestaba del dicho de Hassan-Agá.

Como que le decia:

—Tú mientes; tú no debes contradecirme; tú no debes dudar de mí: yo soy tu señora.

Hassan-Agá la miró asombrado.

Se perdia en dudas.

No sabia á qué atenerse.

La fascinacion que le causaba Abigail, crecia de una manera inmensa.

Hassan-Agá se sentia esclavo.

Y viendo, á través de aquella especie de embriaguez del alma á Abigail, la encontraba de tal manera hermosa, de tal manera sobrenatural, que se sentia morir.

Pero si esto paralizaba, por decirlo así, su accion, no borraba sus celos, no amenguaba su cólera.

Abigail luchaba con una fiera.

Tenia miedo.

Sabia demasiado, que en uno de estos momentos de duda, de celos, de ira, de despecho, podia Hassan-Agá sobreponerse á todo.

Temblaba, no por sí misma, sino por Cervantes.

Un momento bastaba para que Cervantes pereciese.

Porque Abigail sabia bien que Miguel sufriria con una inmensa resignacion las cadenas, la mazmorra, la desnudez, el frio, el hambre, los trabajos rudos, las enfermedades provenientes de su miseria, el dolor de sus heridas recrudecidas por la humedad, la muerte misma, pero que en manera alguna sufriria el grosero, el insoportable insulto de que los esclavos de Hassan-Agá, pusieran sus manos sobre él.

Ya en alguna ocasion, amenazas simplemente de los esclavos que guardaban

el baño de los cautivos del dey, habian lanzado á Cervantes á riñas en que se habia hecho respetar de una manera decidida, y que le hubieran producido un severísimo castigo si Abigail no hubiera sido jefe de la casa del dey, y no hubiera tenido por consecuencia, bajo su mando el baño.

Abigail no dudaba de que sólo los preparativos del apaleamiento, producirian en Cervantes algo que podia llevar á terribles consecuencias.

Era, pues, necesario, evitar sobreviniese un conflicto.

—No sólo no recibirá el *gran cristiano,* dijo Abigail, los palos que has mandado se le dén, sino que se le sacará de su mazmorra: basta con que estén encerrados y con hierros algunos dias sus compañeros.

La voz de Abigail continuaba siendo profunda y enérgica, pero habia dejado de ser colérica y amenazadora.

Habia comprendido que Hassan-Agá vacilaba.

Que se sublevaba en vano contra la influencia que ella tenia sobre él.

—Tú estás loco, dijo: la sola idea de que yo puedo amar al *gran cristiano,* te enfurece y te hace capaz de todo. Tú te olvidas de que el *gran cristiano* es un tesoro.

Se animaron con la sórdida expresion de la avaricia los ojos de Hassan-Agá.

Pero se defendió aun.

—Los palos que sufra, dijo, no me quitarán ni uno sólo de los escudos de oro que me darán por su libertad.

—Nadie te dará nada por un cadáver

—No se le apaleará á muerte.

—Un solo ultraje causará en él una tal y tan terrible cólera, que, si no puede matar para vengar su afrenta, morirá.

—¿Y ese hombre ha de burlarse de mí?

—¿No crees bastante castigo la pérdida de la esperanza, en el momento en que creia tocar la libertad, y la terrible miseria en que continua?

—No, no es bastante, puesto que sus parientes no se apresuran á darme el precio de su libertad.

—Les parece exhorbitante: creen que, cuando pase algun tiempo, cuando tú creas que nada tendrás miéntras no aceptes el precio, tomes lo que por él te den.

—Yo no le daré ménos de mil doblones españoles, de aquellos del grande emperador que tomó á Túnez.

—Te los darán si eres prudente, déjalos que reconozcan que tú eres más tenaz que ellos.

Abigail habia ido dulcificando su acento, y á la par habia ido amenguando la cólera de Hassan-Agá.

Al fin, dijo:

—Hágase lo que tú quieras, sultana: el Señor único ha querido que mi espíritu esté en tus manos. Haz de ese hombre lo que quieras. Pero ¡ay de ti! ¡ay de él, si yo llego á tener el más leve indicio de que le amas!

Y salió sombrío y sañudo de la cámara.

Abigail temia que recayese en sus celos.

Pero confiaba en la terrible influencia que ejercia sobre Hassan-Agá.

— En todo caso, dijo, aun me queda el medio de exterminarle: pero Dios me castiga: Dios me hace sufrir por mi maldad, por mis culpas, esta terrible ansiedad: yo he enloquecido por mi amor, y por él me he arrojado á todo; hasta á los más horribles crímenes. Pero, ¡Dios mio!... ¿A caso es mia la culpa de la violencia de este amor que has puesto en mi alma?

Y Abigail salió en paso lento, pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, primero del retrete en que se encontraba, y luego del alcázar.

Iba tan abstraida, que no reparaba en los lugares por donde marchaba.

Al fin la detuvo una imposibilidad material.

Habia dado en un porton del recinto del alcázar, cerca de la playa.

Aquel porton pertenecia al baño de los cautivos del dey.

Por aquel porton salian los pobres cautivos, que ninguna esperanza daban de rescate, y á los que se hacia trabajar rudamente, en la construccion ó en el reparo de las averías, ó en el carenaje de las galeotas del dey.

Hasta aquel porton habia llegado maquinalmente Abigail.

Parecia como si la hubiese conducido una influencia magnética.

Abigail se recobró.

Reconoció el lugar en que se encontraba.

— Yo estoy loca, dijo: yo he perdido el conocimiento de lo que hago: yo he venido aquí sin saber cómo: yo tengo miedo: si no me hubiera arrastrado el corazon trayéndome aquí, como una mano poderosa que me conduce por medio de las tinieblas, yo, á ciencia cierta no hubiera venido: es demasiado pronto: Hassan-Agá está receloso: ha podido muy bien mandar que se sigan mis pasos, que se observe mi semblante, que se escuchen mis palabras; estamos rodeados de traidores: confiábamos en el *Dorador*, y el *Dorador* nos ha vendido: y yo no puedo castigar á ese infame: esto seria aumentar las sospechas del bárbaro Hassan-Agá: ¡pero esto es horrible, Dios mio!... ¡castígame, pero no para castigarme con la más dura pena que me podrias imponer, hagas que me estremezca de terror por él... extermíname entre los más crueles tormentos, pero que él se salve, Señor!

Y Abigail, creyendo que si era vigilada, cometia retirándose de allí una imprudencia mayor que la cometida por haber llegado en aquellos momentos, llamó al porton, que abrió inmediatamente un esclavo negro, y entró.

CAPÍTULO XIX.

Lo que era el cautiverio en Argel, y Cervantes en este cautiverio.

El baño tenia el aspecto más triste del mundo.

El sol, ya bastante alto, le dominaba casi por completo.

Los cautivos estaban metidos en sus celdas y atados.

Cuando volvieron al baño los fugitivos, presenciaron la crueldad con que se les maltrató, en tanto que se les ponian los pesados hierros para encerrarlos en las mazmorras.

Se habia apaleado cruelmente á aquellos desdichados.

Se les habia puesto á cada uno delante de la cara, á dos dedos de las narices, la miserable cabeza del desdichado Juan.

A muchos se les habia chafarrinado el rostro con la sangre pegajosa de la cerviz.

A uno de ellos que, desesperado, se habia dejado llevar de la cólera y habia colmado de denuestos, no pudiendo hacer otra cosa, á aquellos verdugos, un turco le habia dado una cuchillada en la cabeza, de la que habia caido sin vida.

Habia habido palos y coces y bofetadas, aun para los que no habian escapado.

Por un milagro, Cervantes no habia recibido ninguno de estos insultos.

No queria Dios sin duda que además de lo horrible de su miseria, se sintiese afrentado.

No importaba sin embargo.

Le dolian como propias las injurias que sufrian sus compañeros.

Callaba sin embargo.

Aparecia impasible.

No hizo resistencia alguna cuando fueron á ponerle los hierros.

Aun que le hubieran apaleado, abofeteado, acuchillado, hubiera sufrido del mismo modo.

Su grande alma estaba á la altura de la situacion.

Él, por sí solo, no hubiera sufrido la más leve injuria.

Pero él no se pertenecia.

Pertenecia á sus desventurados amigos.

Ninguno tenia la inteligencia, la elevacion y el valor que él.

Si él sucumbia, podian perder toda esperanza de salvacion.

Porque no habia que pensar ni remotamente, por ninguno de ellos, en el rescate.

Todos eran pobres.

Muchos de ellos ni aun tenian familia.

Los Padres de la Redencion de cautivos de la Trinidad y de la Merced, por más que en España predicaban, pidiendo limosna para los españoles cautivos en África, por más que recurrieran al rey y á los grandes, como aquella era una necesidad contínua, como las piraterías mal reprimidas de los argelinos aumentaban enormemente el número de los cristianos cautivos, no bastaban casi para nada las limosnas que los Padres de la Redencion recibian.

El rey tenia sobre sí demasiadas atenciones, y hasta tal punto, que se veia obligado á apoderarse de las galeras que, cargadas de dinero, venian de América para los particulares; y lo que era más extraño aun en el soberbio rey, á vender cartas de nobleza y títulos de Castilla á bajo precio, aun á los moriscos y á los judíos, que en gran número las compraban, porque de esta manera se libraban de malos tratamientos, y de una multitud de gabelas y de vejámenes que por ser judíos ó moriscos, y no por otra alguna razon, se les hacia sufrir.

Habia otra razon para que el prudente Felipe II no fuese pródigo en esto de dar dinero para la redencion de esclavos; una razon de alta política.

Este dinero era una especie de contribucion forzosa que España daba á los argelinos, que se hacian prendas de los españoles que cautivaban, y merced á estos dineros, aumentaban sus fuerzas marítimas, y se hacian más peligrosos.

Rescatar á todos los españoles cautivos en el momento en que hubieran sido cautivados, hubiera sido lo mismo que fomentar la piratería, pues entónces las expediciones de los berberiscos se hubieran hecho de una manera más ordenada, con más número de naves, y con más fuerzas.

Nosotros creemos que si Felipe II hubiera podido evitar se rescatase un solo cautivo por la gestion de su familia ó por la caridad pública, lo hubiera evitado, porque esto hubiera sido el medio más eficaz para cortar la piratería; porque, ¿para qué querian los berberiscos á los cautivos si nada habian de producirles?

Se nos dirá, que el corsario no se lanza á los mares sólo por secuestrar personas, sino tambien, y principalmente, para robar la mercancía.

Pero no se nos puede negar que el cristiano era una mercancía más, y más lucrativa, y que la mayor parte de los cautivos no se hacian en la mar, sino en los asaltos que se daban á las costas abandonadas é indefensas.

Por lo mismo, á más de la escasez de recursos, á causa de las inmensas atenciones que sobre el rey pesaban, se mostraba muy parco en esto de redenciones.

La gente se habia acostumbrado á oir hablar de cautivos, y la caridad se habia enfriado.

Muchas familias querian, mejor que tener consigo al pariente, guardar el dinero que el rescate del pariente le costara.

Los grandes estaban cansados de dar dineros, y los necesitaban, además, para levantar monumentos á su soberbia.

En la edad Media, la alta nobleza construia castillos, cercaba sus villas señoriales, erigia alguna abadía.

Pero desde el momento en que por la preponderancia del poder real, y por el cambio de los tiempos, los castillos señoriales fueron en parte desmantelados, y en parte, donde convenia, derruidos, los grandes, necesitados de enaltecer su nombre, y de acrecer la respetabilidad de su casa, se dieron á las fundaciones piadosas.

Cayó sobre España una lluvia, por decirlo así, de conventos, de iglesias, de oratorios, de capillas, de ermitas, de imágenes pegadas dentro de un nicho á una pared, y aun de cruces en medio de los caminos.

Se multiplicaron las religiones, las cofradías.

A todas estas fundaciones, de las cuales guardaban el patronato, pegaban los grandes su escudo tallado en piedra, y trasmitian á su fundacion sus privilegios.

España, en los siglos XVI y XVII, llegó á ser, por mitad, una nacion de clérigos, de beatas, de frailes, de monjas, de cofrades y de mendigos.

De la otra mitad, la gran parte eran estudiantes, golillas, escribanos y soldados.

Entraban en gran número, para lo que quedaba, los vagos, las mujerzuelas y los judíos, y para la agricultura y la industria sólo quedaba una parte exígua.

Sin contar con los que emigraban á América, descubierta en mal hora para España, á buscar una fortuna que no podian hacer en su patria.

Entre tantas fundaciones nocivas al desarrollo legítimo de la poblacion, al trabajo, á la industria, y aun á la moral, porque estas fundaciones amortizaban no sólo propiedades, sino tambien personas, se deslizaba rara vez la de algun hospicio, la de alguna hospedería para pobres transeuntes, la de alguna escuela para niños y niñas pobres.

Pero estas fundaciones, casas de beneficencia y escuelas, escaseaban.

Parecia como que los grandes huian de la miseria.

Por de contado, en un hospital, en un hospicio, en una escuela, no podian hacerse funciones religiosas en las cuales apareciera el patron como una especie de soberano, ni podian tener en ellas un panteon para los cadáveres de su familia, ni sufragios, ni misas por sí y por las almas de los difuntos de la familia.

Si se hubieran fundado tantos establecimientos de beneficencia como iglesias, conventos, capillas y oratorios se fundaron en el espacio de cien años, España hubiera sido el modelo de las naciones benéficas; se hubiera llegado á la estirpacion de la miseria, por medio del socialismo mejor y más ordenado del mundo.

Todo el mundo hubiera estado en su casa en casa de todos.

Bien es verdad que los conventos eran el refugio de todo el que, con un santo pretexto, queria vivir sin trabajar y poseer sin adquirir.

Pero á los cautivos en Argel, ú otra cualquier tierra de moros, que los partiera un rayo; (permítasenos esta expresion vulgar.)

¿Quién los habia mandado embarcar?

Y si habian sido cautivados en la costa, ¿por qué habian vivido en aquellos lugares peligrosos, á la márgen del agua?

Tenian razon.

Al que le sobreviene un daño, es porque quiere.

El que se acerca al fuego, se pone en riesgo de quemarse.

Por razon del casi olvido en que se dejaba á los pobres cautivos, por la escasez de recursos de las caritativas casas de la Trinidad y de la Merced, eran tan pocos los cautivos que se rescataban, que la mayor parte, perdidas las esperanzas de la libertad, renegaban de la ley de Cristo, para librarse de este modo de los insoportables tratamientos del cautiverio.

Además, cuando pasado mucho tiempo no se redimia á un cristiano, su amo acrecia para con él los tratamientos insoportables, creyendo que por este medio el maltratado se esforzaria más con su familia para que se le rescatara.

Por último, cuando el amo perdia la esperanza del rescate de un cautivo, para utilizarle, le ocupaba en trabajos tales y tan enormes, tan insuperables, que al poco tiempo el desventurado moria.

Sabíalo esto demasiadamente Cervantes, y lo más importante para él era, no ya el salvar los cuerpos de sus compañeros, sino salvar sus almas.

Él tenia la perfecta conciencia de sí mismo.

Una gran fuerza de voluntad.

Una gran fé en el porvenir.

Así, pues, aun que le hubieran injuriado, aun que le hubieran maltratado, aun que, sin la intervencion de Abigail, hubiera sido apaleado, Cervantes hubiera impuesto silencio á su dignidad, pensando en lo útil que podia ser en lo porvenir á sus compañeros.

¿Quién duda que si Cervantes hubiera querido escapar solo, hubiera encontrado muchas más facilidades que proponiéndose llevarse consigo un buen número de sus amigos?

Pero Cervantes, más que para sí, vivia para los demás, y más que por sí mismo, por los demás sufria.

Era, en fin, una de esas raras criaturas, que pasan por la vida sin que nadie comprenda la grandeza de su alma.

Un alma dulce y caritativa, como que era extraordinariamente impresionable y sensible, y que cuando buscaba el consuelo en el sueño de lo infinito, producia el canto maravilloso de los grandes poetas.

CAPÍTULO XX.

De la situacion en que respectivamente se encontraban Abigail y Cervantes.

Tan duros habian sido los sucesos de aquel dia, de tal manera habian sido maltratados por los feroces esclavos de Hassan-Agá los cautivos, aun los que no se habian fugado, que los que no estaban sumidos en las mazmorras, se habian recojido tristes y temerosos á sus celdillas.

Sólo se veian algunos de los esclavos negros de la guardia, tendidos acá y allá bajo los soportales del ancho patio, cuando entró Abigail.

Se levantaron para saludarla.

Se la tenia en un gran respeto.

Todos sabian hasta qué punto favorecia Hassan-Agá al noble mancebo que, á pesar de ser cautivo, habia llegado á ser mayordomo de la casa del dey, con el nombre de Agá-Wazir.

Todos sabian que aun que llevaba este nombre árabe, no habia renegado.

Que aun que estaba revestido con el cargo más alto y de más confianza de la casa del dey, no habia dejado de ser cautivo.

Nadie habia, ni aun remotamente, sospechado que Agá-Wazir fuese una mujer.

Solian, sí, decir:

—¡Dios bendiga á Alláh!... ¡y qué hermoso ha hecho á ese mancebo!... La mujer más hermosa envidiaria su hermosura.

Y se asombraban cuando con tanta belleza y tanta dulzura en la forma, le veian tan bravo y tan cruel.

¿Cómo podian creer mujer á una criatura que gozaba en el derramamiento de sangre y en la vista de los cadáveres despedazados?

El mismo Cervantes, en momentos lúcidos, se espantaba de que una mujer tan terrible hubiese podido hacerse amar de él, de la manera que la amaba.

Pero como Abigail era dulcísima, pura, abnegada, impecable para con Miguel, este volvia á caer en la fascinacion, y disculpaba á Abigail.

No era terrible de condicion, sino enérgica, llevada á todo por su amor.

No mostraba ferocidad, ni llegaba á los actos feroces por aficion á ellos, sino para dominar á aquellos bárbaros, para hacerse respetar y admirar de ellos, yendo más allá que ellos en la barbárie.

¿Y qué hay que el amor no disculpe, cuando encuentra pretextos plausibles?

Además de esto, las ferocidades de Abigail no se habian ejecutado nunca sino sobre séres terribles y malévolos.

La dureza de su condicion no se revelaba sino en situaciones dadas; en situaciones que contrariaban el amor que por Cervantes sentia, y que habia llegado á ser muy pronto un volcán.

Así es que Cervantes se veia obligado á perdonarle ferocidades, en las cuales, solo por él, por su amor habia dado.

Por Cervantes, aunque aun no se habia bautizado, podia decirse que habia abrazado el cristianismo.

Fuera de los casos en que los celos ó el temor por su amor la enfurecian, Abigail era una paloma.

Habia, además, un misterio que Cervantes no podia explicarse, que le enlazaba á Abigail.

Que le obligaba á amarla á pesar de todo.

Algo que atormentaba más que daba placer á Cervantes.

Algo que mantenia su alma ardiendo en un fuego voraz por Abigail.

Y á veces este algo misterioso que unia á Cervantes con Abigail, como si Abigail hubiera sido su destino, era un tormento y un remordimiento para Cervantes, ya lo hemos dicho.

Pero volvian la fascinacion y el amor.

A veces los celos roian el corazon de Cervantes.

Interpretaba el poder, la influencia que Abigail tenia sobre Hassan-Agá.

Acaso Abigail se sacrificaba por él.

Pero estos celos pasaban.

¿Cómo explicarse que Hassan-Agá, si conocia mujer á Abigail, la tuviese fuera de su harem, y la permitiese pasar largas horas entre los cautivos cristianos del baño?

¿Cómo que Hassan-Agá la entregase el gobierno de su baño de una manera tan absoluta?

Pero aquella noche, al ser presos en la cueva por Hassan-Agá, Cervantes habia visto más de lo que hubiera querido ver en los ojos del argelino, cuando Abigail le contenia para que no se entregase á violencias.

Nunca habia visto Cervantes juntos á Abigail y á Hassan-Agá, y no habia podido juzgar.

Pero en cuanto les vió juntos, juzgó.

No pudo ocultársele que Hassan-Agá sabia que Agá-Wazir era una mujer.

Que la amaba hasta el punto de domeñar por ella su sanguinaria fiereza.

¿Y cómo suponer que aquel bárbaro respetase fascinado, loco, la voluntad de Abigail?

Hasta entónces Cervantes habia creido que la influencia que Abigail ejercia sobre Hassan-Agá la debia á Noemí.

Sólo de los amores que éste sentia por ella, creyéndola hombre, habia hablado á Cervantes Abigail.

No habia creido prudente decirle que Hassan-Agá sabia que era mujer y la amaba hasta la locura.

Hasta el punto de que ella era la verdadera reina de aquel nido de piratas.

Cervantes no la hubiera creido.

Hubiera llegado á la certidumbre de que Abigail le sacrificaba sin contrariedad su dignidad.

Esto hubiera causado á Cervantes dolores crueles.

Los que sentia desde el momento en que en la cueva se habia apercibido de que Hassan-Agá estaba enamorado hasta el delirio de Abigail.

Ésta habia comprendido á Cervantes, cuando éste no la habia hablado despues de aquel suceso.

Por lo mismo, Abigail sufria un infierno.

Necesitaba una explicacion con Cervantes.

Por esto al salir de la Alcazaba se habia dirigido instintivamente, y demasiado pronto, al baño.

Pero ya estaba en él.

Una vez en él pidió al kaid de la guardia del baño las llaves de los subterráneos donde se encontraban las mazmorras.

El kaid, acompañado de dos esclavos que llevaban las herramientas con que se desarmaban los grilletes, la argolla y el cinturon de las cadenas, se fué al ángulo occidental del patio, donde habia una larga compuerta forrada de hierro, y cerrada por dos largos y fuertes cerrojos.

Corrió los fiadores de la cerradura, y luego los cerrojos.

Los esclavos levantaron la pesada compuerta.

Quedaron descubiertas unas estrechas, húmedas, pendientes y lóbregas escaleras.

Por ellas descendieron todos.

Uno de los esclavos llevaba un farol encendido.

CAPÍTULO XXI.

De como Abigail se atrevia á todo por su amor.

Al fin de las escaleras se extendia una mina estrecha, muy baja de bóveda, y de pavimento viscoso y resbaladizo por la humedad.

De trecho en trecho aquella mina tenia un ensanchamiento circular.

En el centro de este ensanchamiento habia uno como brocal de pozo de poca altura.

Cerrábase este brocal por una fuerte reja de hierro.

En la bóveda del ensanchamiento habia una abertura circular, cerrada por otra reja que recibia la luz del dia.

Estos brocales superiores estaban en el patio.

Por las dos rejas, pasando por el hueco de la mina, y descendiendo por un tubo semejante al de un pozo, se filtraba la luz, á quince piés de profundidad, en las lóbregas mazmorras, que venian á tener la extension del ensanchamiento de la mina.

Estas eran las mazmorras, cuya altura apénas si llegaba á seis piés.

En cada una de estas mazmorras se encerraban á veces diez, doce y hasta quince cautivos.

Se las llenaba, en fin, materialmente, hasta el punto que los desventurados no podian tenderse para reposar.

Se sentaban sobre las piernas, y se reclinaban los unos en los otros para abrigarse, porque en aquellas sepulturas de vivos, la humedad y el frio eran insoportables.

El alimento, es decir, un pan negrísimo de centeno y maíz, se les arrojaba desde lo alto.

El cántaro se hacia descender con una cuerda.

Así mismo, cargados ya de cadenas, se descendia á los cautivos.

Para sacarlos, se les arrojaba una cuerda, á la cual el cautivo se ataba difícilmente, impedido por las esposas que le sujetaban las manos.

Los guardianes no descendian jamás.

Subia de estos infiernos un olor fétido, agudo, insoportable.

A veces, á este olor se mezclaba el de la descomposicion del cadáver de algun desventurado que allá habia fallecido, y que por crueldad se tardaba en sacar.

Pero no se hacia sino con los cautivos que no daban esperanzas de ser rescatados, y que habian cometido por desesperacion algun acto de rebeldía.

En cuanto á los cautivos de quienes, como Cervantes, se esperaba un buen rescate, y por lo mismo se les atormentaba, se tenia algun más cuidado.

Se les encerraba solos en mazmorras ménos infectas, se les echaba paja en abundancia para que pudiese servirles de lecho, y una manta para que se abrigaran.

Los alimentos eran mejores.

En fin: se les sacaba una vez al dia, y se les tenia al aire libre, aun que cargados de cadenas.

Cuando salian, los desdichados se ponian al sol á dormir, aunque fuese en medio de un dia de los más sofocantes de la canícula.

Sentian el frio en los huesos.

Así tenian al doctor Antonio de Sosa, que no habia podido rescatarse, y que, sacerdote heróico, habia preferido el martirio á renegar de Jesucristo.

A tal grado de debilidad, de enfermedad, habia llegado aquel justo, que no

habia podido acompañar, como ya se ha dicho, á Cervantes y á sus compañeros en su intentada fuga.

En aquellos momentos, y desde hacia algunos dias, habian sacado al doctor Sosa de su mazmorra, para que no desfalleciese completamente.

Por resultado de la fuga de sus compañeros, el doctor Sosa y algunos otros cautivos á quienes se creia cómplices de los fugados, fueron apaleados y empozados de nuevo.

En el cuarto brocal, que representaba la cuarta mazmorra, se detuvieron Abigail, el kaid y los dos esclavos.

El kaid abrió la reja.

Cuando fué abierta, el mismo kaid dejó caer una cuerda, y dijo en arábigo aljamiado:

—¡Ah, tú! Miguel de Cervantes, gran cristiano... ¿duermes?

—No duermo, aun que bien quisiera, exclamó Cervantes con la voz serena y clara, pero triste y sombría.

Abigail se estremeció.

Comprendia que se revolvia un infierno en el alma de Cervantes.

—Pues átate esa cuerda, dijo el kaid, que vamos á sacarte á la luz.

—No puedo, dijo Cervantes, que me habeis puesto las esposas muy juntas.

A esta respuesta, uno de los esclavos negros, obedeciendo á una señal del kaid, aseguró á la reja un extremo de la cuerda, y descendió por ella con una gran agilidad, llegando en dos segundos al fondo de la mazmorra.

—¿Quién está arriba? dijo Cervantes, miéntras el negro le ataba un extremo de la cuerda por debajo de los brazos.

—Sidy-Agá-Wazir, respondió el esclavo, y Sidy-Aben-Abbas, el kaid.

Sintió Cervantes algo horrible.

Abigail iba á sacarle de la mazmorra, á librarle tal vez de los hierros.

¿Qué sacrificio de amor habia costado esto á Abigail?

Los celos y el despecho más horribles que podia sufrir una criatura, le royeron el alma.

Despues de haberle atado, el esclavo volvió á subir por la misma cuerda.

A seguida los dos esclavos tiraron.

Se oyó un crugimiento de cadenas.

Aquella ascension debia ser dolorosa para el desdichado, á causa del peso del hierro.

Al fin Cervantes salió.

—Guárdeos Dios, y Dios os lo pague si venís á hacerme algun bien, dijo cuando tomó tierra fuera de la mazmorra.

Habia envuelto en su saludo general á Abigail.

Ni aun la habia mirado.

Mejor dicho: ni aun la habia buscado.

Abigail estaba á alguna distancia, casi envuelta en la sombra de la mina.

— Vengo á sacarte al baño de órden del misericordioso Hassan-Agá, contestó Abigail, disimulando bajo la firmeza de la voz la agonía que sentia en el alma.

Veia que Cervantes estaba irritado, celoso.

— Quitadle los hierros, dijo Abigail.

Inmediatamente resonó el martillo sobre los grilletes.

Cinco minutos despues, Cervantes estaba libre de los hierros.

Uno de los esclavos se echó al hombro las cadenas.

Salieron al patio del baño.

Cervantes aparecia ágil.

Aun no habia tenido tiempo de entumecerse en la mazmorra.

Pero temblaba de frio, sin poder contener su temblor.

No estaba andrajoso.

Para la fuga, le habia procurado Abigail un traje á la española, que habia comprado casa de Onofre Exarque, el mercader valenciano que estaba establecido en Argel, del que ya hemos hablado, y al cual conoceremos largamente más adelante.

Constaba el traje de una ropilla de paño pardo, pero fino, de Segovia, con botones dorados, y su correspondiente golilla; de unos gregüescos del mismo paño; de calzas azules atacadas, y zapatos de cordoban.

La caperuza ó montera era de terciopelo leonado, y no faltaba la capa, porque aun cuando hacia todavía mucho calor, por las noches particularmente, y por la madrugada, es de todo punto necesario en África un abrigo.

Esta capa, que era fuerte, de paño veinticuatreno de Segovia, se le habia dejado á Cervantes para que le sirviera en vez de manta en la mazmorra.

Conservaba tambien la caperuza.

De modo, que podia salir decentemente del baño.

— Sígueme, le dijo Abigail, sin mostrar con él intimidad alguna, á causa del kaid y de los dos esclavos que estaban presentes.

— Obedezco, respondió Cervantes.

Y siguió á Abigail.

Aquella palabra única, de la seca y dura respuesta de Cervantes, se clavó como un puñal en las entrañas de Abigail.

— No puede darse mayor fortuna que la del *gran cristiano,* dijo el kaid Aben-Abbas, viéndolos alejarse.

— Yo creo que es hechicero, dijo uno de los esclavos.

— Hechicero debe de ser, observó el otro: si no lo fuera, por lo que ha hecho, el señor le hubiera descabezado.

Abigail salió con Cervantes del baño.

Ella tiró hácia la marina.

Cervantes la siguió.

CAPÍTULO XXII.

De como quien bien ama, fácilmente se contenta.

Ya hemos visto que Abigail se atrevia á todo por Cervantes.

Provocaba los celos y la ira de Hassan-Agá.

Pero eran más terribles para ella los celos y la ira de Cervantes.

Era necesario que Cervantes no pudiese desconfiar.

Que viviese con ella, contínuamente, de cerca.

Más aun, en una vida íntima.

Esperaba Abigail que siempre dominaria al enamorado africano.

En todo caso, estaba resuelta á exterminarle á la primera señal de peligro.

En algunos momentos, aquella misma mañana habia estado á punto de dar de puñaladas á Hassan-Agá.

Si esto hubiera tenido lugar, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias?

Ni aun habia pensado en ello Abigail.

Pero si se podia ganar tiempo, era preferible.

Podia prepararse todo de tal manera, que si un dia se hacia necesario dar al traste con Hassan-Agá, se pudiesen dominar las consecuencias.

Hacia un calor sofocable.

Abigail se dirigia á la misma orilla del agua, á ganar la sombra de un cárabo varado en la playa.

Junto á él habia una larga y gruesa estera y algunas barricas.

Abigail se sentó en la estera.

—Ven y siéntate á mi lado, Miguel, le dijo con voz dulce y enamorada.

—Aun no necesito la sombra, dijo Cervantes: aun tengo frio, y me viene bien estar de pié, porque aun me dura el entumecimiento.

Contestó Cervantes estas palabras con acento breve, y con un cierto desden agresivo.

—Tú desconfias de mí, Miguel, dijo Abigail, y eres injusto.

—Yo no queria hablar, dijo Cervantes, pero ya que tú me provocas, hablemos: ¿quién nos ha vendido á mí y á mis compañeros?

—¿Creerás acaso que os he vendido yo?

—¿Quién sabe? exclamó Cervantes.

—No habia yo creido que llegaras á tanto, dijo Abigail.

—Sí, exclamó Cervantes: tú no podias negarnos los medios para nuestra fuga: pero ni tú querias que yo me separase de tí, ni tú querias separarte de Argel.

—¿Qué dices, Miguel?

—Digo lo que siento, y lo que veo.

—Tú sientes y ves lo que no existe.

—El bárbaro dey argelino te ama: sabe, pues, que eres mujer.

—Ello es verdad, dijo Abigail, pronunciando lentamente y con un acento extraño sus palabras: Hassan-Agá sabe que soy mujer, y me ama.

—Así, pues, dijo Cervantes, ¿por qué te atreves á ponerte delante de mí? ¿por qué me dejas oir tus palabras? ¿por qué fijas en mí tus miradas?

—¡Porque te amo!... ¡porque eres mi vida y mi alma! exclamó con vehemencia Abigail.

—¿Dices lo mismo al bárbaro Hassan-Agá? preguntó con un despreciativo sarcasmo Miguel.

—Hassan-Agá es mi esclavo, contestó con altivez Abigail.

—¡Tu esclavo! y si tú eres la señora de Hassan-Agá, ¿cómo yo soy de Hassan-Agá cautivo?

—Yo puedo vencerlo todo en Hassan-Agá, ménos la avaricia: él espera recibir por tí un gran rescate.

—Si yo hubiese sabido hace algunos dias lo que sé ahora, dijo Cervantes, yo no me hubiera valido de tí para nada; yo no aceptara la libertad que de tu mano viniese; yo... no quiero nada de tí: por lo mismo, adios: voy á buscar á Hassan-Agá, y á pedirle que vuelva á encerrarme en la mazmorra: que me mate; estoy cansado de vivir; más aun: aborrezco la vida.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Miguel de mi alma!... exclamó Abigail, absorbiendo en una delirante y embriagadora mirada de amor á Cervantes: ¡cuánto me amas!

—Yo no sé lo que por tí siento, dijo Cervantes: yo no sé por qué no te echo las manos á la garganta y te ahogo, y te arrojo al mar, y tras tí me arrojo yo para perecer contigo.

—¡Ah, Miguel de mis entrañas! exclamó Abigail; ¡y qué venturosa soy!... ¡yo desfallezco de amor!...

—Siempre has sido tú solapada y traidora, dijo Cervantes; siempre has tenido un arte infernal para engañar á cuantos te oyen, para hacerles creer lo que tú quieres que crean.

—¡Ah! ¡tú estás mortalmente celoso! exclamó Abigail: si me despreciaras no tendrias celos, porque los celos provienen del amor, y no se ama lo que se desprecia.

—Sí, sí; tengo celos, y celos de muerte, exclamó Cervantes.

—¡Celos!... ¿y de quién? ¿de Hassan-Agá? ¿de ese lobo carnicero? ¿de esa bestia brava?

—Ese hombre es un rey.

—Un rey que vale ménos que un soldado del rey de España.

—¿Por qué obstinarte en engañarme? exclamó Cervantes: tú me amas, sí; tú

me amas, pero amas tambien el poder; tú fuerzas á Hassan-Agá, le dominas; pero mancillándote, ofendiéndome, siendo indigna de ser amada por ningun hombre honrado.

—Cada palabra tuya me hace más venturosa, Miguel, respondió Abigail: ¡ah! tú tendrás muy pronto la prueba de lo que yo soy para el dey; de lo que el dey es para mí: la tendrás, porque vamos á vivir juntos en la misma Alcazaba del dey: así Hassan-Agá estará más tranquilo, porque te tendrá á su lado, y no temerá que le rebeles á los cautivos de su baño. Además, que yo no puedo vivir separada de tí ni un solo momento: tú vivirás conmigo: entónces comprenderás que yo no amo á Hassan-Agá, que ni aun pretendo engañarle, y que si Hassan-Agá me ama, está sujeto á la mágia, á los hechizos de mi amor.

De una manera tan vehemente hablaba Abigail, con tal amor, con tal ternura, con tal decision por Cervantes; tan verdadero era su amor, tan resuelto á sacrificarse por él, que Cervantes no pudo ménos de reconocer que se habia dejado llevar demasiado léjos por sus celos.

Volvió su amor, y con él volvieron su consuelo y su esperanza.

Habia que esperarlo todo del predominio que sobre Hassan-Agá tenia Abigail.

No pudiendo esperarse que el bárbaro argelino soltara graciosamente á Cervantes y á Abigail, era necesario proporcionarse de una manera segura la fuga.

Hablando de su amor y de sus esperanzas, pasaron los dos amantes las grandes horas del calor, á la sombra del cárabo, refrescados por una leve brisa que del mar venia, y cuando el sol empezaba á descender, tomaron la vuelta de Argel.

Cuando llegaron á la Alcazaba, Abigail llevó secretamente á Cervantes á su aposento, le encerró en él, y se fué á ver á Hassan-Agá.

CAPÍTULO XXIII.

En que continuan las aventuras del cautiverio de Cervantes.

Encontróle terriblemente irritado.

Al denunciar el *Dorador* á Cervantes, le habia dicho que uno de los principales cómplices que Cervantes habia tenido para su evasion y la de los otros cautivos, lo habia sido el Rdo. P. Fray Jorge Olivar, comendador de Calatrava, de la Órden de la Merced, y redentor de cautivos en Argel, por la corona de Aragon.

Necesitaban poco la maldad y la avaricia de Hassan-Agá para excitarse.

Vió que, echando mano de fray Jorge Olivar, obtendria por él una suma enorme, y aquel dia tomó tales medidas, que no faltó de entre los cristianos que en Argel vivian, quien avisase al religioso Mercenario.

Dándose éste por perdido, se fué á ver aquel mismo dia al doctor don Antonio de Sosa, que, como se ha dicho, estaba preso y encadenado, y le llevó las vestiduras, los ornamentos y los vasos sagrados que para el servicio de la capilla católica de los Padres de la Redencion tenia, temeroso de que los moros se apoderasen de estos preciosos objetos y los profanasen.

Pero como Cervantes no habia denunciado á nadie, cargando valientemente sobre sí toda la responsabilidad de la fuga, Hassan-Agá no tuvo más fundamento que la denuncia del *Dorador*, y dejó en paz á fray Jorge Olivar.

Pero Abigail le encontró entregado á su furor.

—¿Qué has hecho del *gran cristiano estropeado?* la preguntó Hassan-Agá cuando la vió.

—Le he traido á tu casa, contestó con una audacia sin límites, y con una serenidad suprema Abigail.

—¡A mi casa!... exclamó Hassan-Agá.

—Sí, respondió Abigail; en ella te servirá á mi lado, y te será muy útil.

Sobrevino una nueva escena de celos entre Hassan-Agá y Abigail, y al fin ésta, como siempre, acabó por vencer á aquella bestia brava.

Cervantes fué admitido como siervo de la casa del dey.

Etre tanto el *Dorador*, temeroso que se le imputara la infame dilacion, se fué á ver al doctor don Antonio de Sosa, que continuaba cargado de cadenas y encerrado.

Procuró excusarse y ponerse á cubierto.

La disculpa era de todo punto imposible.

Nadie podia creer en ella.

Él habia guiado al dey hasta el jardin de Asán-Kadí.

En vano quiso sincerarse el *Dorador*.

Él habia sido el autor de todas las desgracias que habian sobrevenido.

Por él habia sido descabezado el pobre esclavo Juan, y Cervantes lo hubiera sido de igual modo, á no ser por la intercesion de Abigail, y por la avaricia de Hassan-Agá, que esperaba de él un crecido rescate.

Tan cruel, tan bárbaro era para con los cautivos Hassan-Agá, que estos se aterraban sólo de oir su nombre.

Horroriza la historia de los crímenes y de las atrocidades que escribió el padre Haedo.

Cervantes mismo, relatando los trabajos que en el baño de Hassan-Agá pasaban los cautivos, dijo:

«Aun que la hambre y desnudez pudieran fatigarnos á veces, y casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al cuyo, empalaba á éste, desorejaba á aquél, y esto por tan poca ocasion, y tan

sin ella, que los otros conocian que lo hacia no más que por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano.»

Si Cervantes habia escapado hasta entónces de sus crueldades, ya sabemos á qué lo debia.

Hizo más aun.

Vencido por Abigail, le admitió en el servicio interior de su casa, ó más bien como servidor de su *chaya* ó mayordomo Agá-Wazir, esto es, Abigail.

Durante algun tiempo, engañando á todo el mundo, vivieron en paz, y en lo que podia llamarse una felicidad relativa los dos amantes.

No sólo habia perdido el cruel Hassan-Agá la ojeriza que contra Cervantes tenia, sino que se habia agradado de él.

Pero Cervantes no podia resignarse á vivir en la esclavitud, y no dejaba de conspirar, ayudado por Abigail, para recobrar su libertad y la de ella.

En su cualidad de servidor de la casa del dey, Cervantes, como Abigail, andaba libre, y vestia bien, aun que á la morisca; que Hassan-Agá no hubiera consentido en su casa el aborrecido traje cristiano.

Cervantes, pues, estaba en relaciones con todos los españoles que vivian en Argel, libremente establecidos.

Por medio de ellos, halló arbitrio para despachar secretamente á un moro con cartas para el gobernador de Orán, que lo era entónces don Martin de Córdoba, y para otras personas que en Orán residian, rogándoles enviasen algunos espías ó personas de confianza, con quienes pudiesen huir él y otros tres caballeros españoles que estaban cautivos en el baño del dey.

El moro portador de estas cartas hizo felizmente su viaje hasta las inmediaciones del territorio de Orán.

Pero cerca ya Orán, algunos moros campesinos sospecharon de él, le prendieron, le cogieron las cartas que llevaba, y le llevaron preso á Argel, presentándolo á Hassan-Agá.

Vió éste las cartas.

En ellas la firma y letra de Cervantes.

Interrogó y amenazó al moro, pero éste tuvo la honradez y el valor de no hacer revelacion alguna para no comprometer á nadie.

Irritado Hassan-Agá, mandó empalar á aquel desdichado, que murió con la firmeza de un mártir.

Pocos dias ántes, Hassan-Agá habia hecho matar á palos en su presencia á tres pobres cautivos españoles, que habian escapado por tierra á Orán, y que habian sido cogidos en la fuga por los moros montaraces.

Una vez empalado el mensajero, Hassan-Agá mandó llamar á Cervantes.

Acudió éste.

Con él acudió Abigail.

—¿Has escrito tú estas cartas? le preguntó con acento irritado Hassan-Agá.

—No puedo negarlo, dijo con firmeza Cervantes.

—¿Y así me pagas los beneficios de que te colmo, perro cristiano? exclamó transportado de cólera Hassan-Agá.

—Yo te los agradezco, dijo Cervantes; pero amo más mi libertad y la de los mios.

—¿De qué personas te has valido para enviar estas cartas al gobernador de Orán?

—No lo sabreis por mí, dijo Cervantes.

—Vén, le dijo el dey.

Y llevándole á un ajimez, le mostró en una pequeña esplanada vecina al pobre moro mensajero empalado.

Aun no habia muerto.

Se agitaba en las últimas convulsiones de su horrorosa agonía.

—Dios tenga compasion de su alma, y tambien de la tuya, dey, exclamó horrorizado Cervantes.

—Tú vas á morir como él, exclamó frenético de furor Hassan-Agá.

—Cúmplase la voluntad del Señor, respondió tranquilamente Cervantes.

—¿Quiénes son esos tres caballeros cristianos, cautivos mios, de que tú hablas en esta carta?

—No lo diré.

Hassan-Agá, furioso, echó mano á su gumía.

Abigail, que presenciaba esta escena en silencio, y que estaba alerta, dió un paso hácia Hassan-Agá.

Hassan retiró la mano de la gumía.

Pero estaba traspuesto de cólera.

Llamó á sus esclavos.

—Dad dos mil palos delante de mí á este perro cristiano, exclamó.

Abigail asió entónces á Cervantes por la mano, y dijo á Hassan-Agá:

—No ha de sufrir el señor Miguel de Cervantes ese castigo, sin que yo le sufra con él.

Quedóse Hassan-Agá estático de furor, contemplando á Abigail.

Ésta le miraba serena é infiltraba en él la profunda mirada de sus grandes ojos negros.

—Idos, dijo Hassan-Agá á los esclavos.

Salieron estos, dejando de nuevo á solas al dey con Cervantes y Abigail.

—Si tu furor ha de cebarse en alguno, señor, dijo Abigail, cébese en mí sólo, porque sólo yo soy el culpable.

—¡Tú!...

—¡Sí; yo!...

—¿Que tú eres el único culpable?

—Sí; yo he tenido compasion del señor Miguel de Cervantes, y he querido procurarle la libertad: yo he sido quien ha buscado y pagado al moro portador de las cartas á quien has castigado á muerte.

—¡Tú mientes! exclamó Hassan-Agá en el colmo de su furor.

Y olvidándose en su furor de todo, añadió:

—Tú expones tu vida por salvarle, porque le amas.

—Y bien, sí, exclamó Abigail; ya que delante de él has pronunciado esa palabra; ya que delante de él has dejado conocer que yo no soy hombre, sino mujer, no quiero engañarte: este es el adorado esposo mio; el amor que me ha impedido caer en la infamia y en el adulterio: ahora, ya que has oido mi confesion, mátanos á los dos.

No podia darse más audacia que la de Abigail.

Y sin embargo, esta audacia los salvó.

Aquel bárbaro no pudo ménos de reconocer la grandeza de la situacion.

Se conmovió, y dijo:

—Valiente eres, ¡oh, tú, la más hermosa de las huríes!... noblemente cumples con tu amor y con tus deberes de esposa. Alláh se enojaria contra mí, si yo castigara con la muerte un tan grande amor y un tan grande sacrificio: pero no habeis de vivir juntos: ya que tú no me amas, no quiero sufrir el despecho de verle á tu lado, y en mi propia casa, ni he de dejarle libre, para que contra mí siga conspirando.

Y despues de estas palabras, llamó, acudieron algunos de los esclavos, y les mandó cargasen á Cervantes de cadenas y le encerrasen en una mazmorra.

Abigail rogó, pero sus ruegos fueron en vano.

Cervantes fué empozado.

Hassan-Agá conservó en su casa, como *chaya* ó mayordomo, á Abigail.

No podia librarse de la influencia que Abigail ejercia sobre él.

Pero la quitó toda intervencion en el baño de los cautivos.

Una ansiedad mortal acometió á Abigail.

No sabia lo que podia ser de Cervantes en el baño.

Hassan-Agá era, por la primera vez, inflexible con ella.

No la permitia ver á Cervantes, ni aun tener noticias de él.

Los guardianes del baño guardaban una absoluta reserva, por temor á las crueldades de su amo.

De dia en dia iba Abigail empalideciendo, enflaqueciendo.

Al fin la acometió la fiebre y cayó en el lecho.

Se desplomó la crueldad de Hassan-Agá.

Temió por la vida de Abigail.

Comprendió que no habia otra medicina que de la muerte pudiera salvarla, que llevar á su lado á Cervantes, y despues de seis dias de un durísimo encierro, Cervantes fué sacado de la mazmorra y conducido por el mismo Hassan-Agá hasta el lecho donde Abigail deliraba, devorada por la fiebre.

Hassan-Agá exigió juramento á Cervantes, por su Dios y por la vida de su esposa, de que no intentaria de nuevo la fuga.

Cervantes juró con los labios, obligado por la fuerza, y rogando á Dios no oyese aquel juramento que por fuerza habia pronunciado.

Asistida por Cervantes, Abigail fué recobrando lentamente la salud.

Urgia procurarse la libertad.

Era de temer que la influencia de Abigail sobre el ánimo del bárbaro se gastase.

Habia en Argel por aquel tiempo (setiembre de 1579) un renegado granadino, que se llamaba el licenciado Giron.

Al renegar, habia tomado el nombre de Abderraman.

Arrepentido de su apostasia, asediado por el remordimiento, dijo en confianza á algunos cristianos residentes en Argel, que estaba determinado á volver á su religion y á su patria.

Súpolo esto Cervantes, y se propuso aprovecharse de ello.

Se entendió con el licenciado Giron, se aseguró de su sinceridad por medio de noticias que le dieron acerca del modo de ser y del carácter del licenciado, por medio de algunos cautivos parientes de aquél, y ya seguro de que no trataba con un traidor, le exhortó y le animó á que pusiera en planta su salvadora resolucion de volver á la fé católica.

A más de que Cervantes hacia esto por deber, por caridad, contaba con lo útil que podia serle.

Puesto de acuerdo con el licenciado Giron, Cervantes trató con dos mercaderes valencianos residentes en Argel, llamados el uno Onofre Exarque, de quien ya hemos hablado, y el otro Baltasar de Torres, para que facilitasen al licenciado los dineros suficientes para comprar una fragata y armarla.

Aprontaron los dos mercaderes una suma de mil quinientas doblas, y con ellas, y á nombre de los mercaderes, una fragata de doce bancos, y la armó, y la preparó para hacerse á la mar.

Todo esto lo dirigia ocultamente Cervantes.

Habia éste prevenido secretamente á sesenta cautivos españoles, toda gente principal, estuvieran preparados para embarcarse al primer aviso.

Entre los que debian escapar de Argel, era uno el doctor Juan Blanco de Paz, religioso dominico, de Santistéban de Salamanca.

Resentido y envidioso de Cervantes, por la loa y la influencia que éste tenia entre sus compañeros, en el momento en que iba á verificarse la evasion lo reveló todo á Hassan-Agá.

Éste le agradeció su denuncia, y mandó que le diesen un cordero y media docena de conejos.

¡Ridículo precio de su infamia!...

Pero por esta vez Hassan-Agá, que no podia librarse de la influencia de Abigail, que comprendia que en vano querria volverse contra ella, ó lo que era lo mismo, contra Cervantes, disimuló, reduciéndose únicamente á guardar con una gran vigilancia dia y noche la marina, de modo que se hiciera de todo punto imposible el embarque de los fugitivos.

Esta vigilancia del dey, aun que el dey habia disimulado profundamente para con Cervantes y Abigail, demostró harto claramente á estos que alguno los habia vendido y que el dey conocia su proyecto de fuga.

Sospecháronlo igualmente el mercader Exarque y su compañero Torres.

Cervantes y Abigail, puestos en gran cuidado por la mucha disimulacion de Hassan-Agá, se habian escapado de la casa del dey y se habian refugiado casa de un alférez, antiguo compañero de Cervantes, que se llamaba Diego Castellano.

Receloso particularmente Onofre Exarque de perder la libertad, la hacienda y tal vez la vida, si prendian á Cervantes y le obligaban con tormentos á declarar quién le habia procurado los dineros para comprar la fragata, le propuso se embarcase para España en unos navíos que estaban para darse á la vela, y ya libre, porque él estaba dispuesto á pagar á Hassan-Agá lo que éste le pidiese por su rescate y el de Abigail.

—Yo no haré eso en todos los dias de mi vida, ni por cuanto hay en el mundo, contestó magnánimamente Cervantes, que no he de salvarme yo dejando en peligro á mis desdichados compañeros.

Y como insistiese Exarque por el miedo que tenia, díjole Cervantes:

—Estad tranquilo, señor Onofre Exarque, que aun que yo no os estuviera, como os lo estoy tan agradecido por lo mucho que habeis hecho por mí, yo no os venderia, ni á nadie, aun que me despedazaran con los más crueles tormentos; y decid esto mismo á mis compañeros para que estén tan tranquilos como vos debeis estarlo despues de lo que os he dicho, y que os confirmo con mi palabra de hidalgo y mi fé de cristiano.

Hassan-Agá se desesperaba, no tanto por la fuga de Cervantes, sino por la desaparicion de Abigail.

Mandó, pues, pregonar, que castigaria á muerte á aquel que tuviese oculto á Cervantes.

Recobrando á Cervantes, estaba seguro Hassan-Agá de recobrar á Abigail.

Temeroso Cervantes de comprometer á Diego Castellano, ó de que cualquiera otro de sus amigos fuese, si se trataba de una averiguacion, sujeto al tormento, resolvió presentarse con Abigail al dey.

Valióse para ello de un renegado murciano, llamado el arraez Morato-Maltrapillo, grande amigo de Hassan-Agá.

Gestionó el arraez Morato con el dey, y al fin se presentó á este último Cervantes.

Le seguia Abigail.

Espantóse ésta al ver la mirada de tigre que en ella fijó Hassan-Agá.

Éste les preguntó mañosamente, y mostrándose blando y humano, y aun cariñoso, acerca de sus cómplices.

Ni Cervantes ni Abigail respondieron.

Viendo que eran inútiles sus ruegos, pasó Hassan-Agá á las amenazas.

Como estas tampoco le aprovecharon, porque ambos persistieron en su negativa de revelar quiénes fuesen los que sus proyectos secundaran, Hassan-Agá hizo venir uno de sus verdugos, y le mandó atase los brazos á Cervantes y le echase un dogal al cuello como para ahorcarle.

Pero tanto Cervantes como Abigail se mantuvieron firmes, manifestando que ellos solos habian sido los que se habian procurado los medios para la fuga.

En fin; tan sagaz y tan acertado estuvo en sus respuestas Cervantes, que si no convenció á Hassan-Agá por lo ménos le hizo vacilar, y contentarse con desterrar al renegado Giron al reino de Fez.

Gran blandura en él, que por la más mínima cosa castigaba con horribles suplicios.

En cuanto á Cervantes, le mandó encerrar en la cárcel de los moros, donde, cargado de cadenas, estuvo cinco meses.

Aquella cárcel estaba en la misma Alcazaba.

En una torre de esta misma Alcazaba encerró á Abigail.

Pero Abigail no sufria cadenas.

El mismo Hassan-Agá cuidaba de ella en su prision.

Parecia irritado contra ella, pero Abigail comprendia que la pasion que inspiraba á Hassan-Agá era mortal, invencible.

CAPÍTULO XXIV.

En que se vé que el cautiverio de Cervantes se iba dulcificando, y se presentan en escena dos antiguos personajes.

Cuidaba Hassan-Agá por sí mismo de Abigail, no sólo porque no podia pasar sin verla todos los dias, y por largos espacios, sino tambien para que nadie descubriese su sexo.

Este secreto continuaba siéndolo para todos.

Aun para los amigos de Cervantes.

Aun para aquel mismo alférez Diego Castellano, que habia tenido ocultos en su casa á Cervantes y Abigail.

Así mismo, aun que de tiempo en tiempo, Hassan-Agá iba á visitar en su encierro á Cervantes.

Estaba este encierro muy léjos de ser una mazmorra.

Era un espacio bastante capaz, sobre la plataforma de una de las torres de la Alcazaba.

Por su ventana enrejada se veia la marina y la mar en toda su extension.

Tenia Cervantes un diván, aun que pobre y mezquino, en que reposar, mantas con que abrigarse, y sus cadenas no eran tantas ni tan pesadas como las que se ponian á los otros cautivos, y que tantas veces él habia soportado.

Era únicamente una larga y ligera, aun que fuerte cadena, que le permitia recorrer en toda su extension su encierro, que se aferraba por uno de sus extremos á una argolla fija en la pared, y por el otro á un grillete que Cervantes tenia en el pié derecho.

Esto no era nada, teniendo en cuenta el rigor, cuando no la crueldad, con que se trataba á los cautivos en Argel.

En cuanto al alimento, no era de todo punto miserable ni escaso.

Hassan-Agá sentia un cierto respeto supersticioso por Cervantes.

Influia en gran manera el amor que le tenia Abigail, y la grandeza y la abnegacion de este amor.

No influia ménos la admiracion que aquel bárbaro sentia por el valor heróico de Cervantes.

Añadíase á esto que, viendo su heróica tenacidad, y la grandeza que de él emanaba naturalmente, cada dia que pasaba le tenia en más estima como grande personaje, tal vez por un príncipe, y sus esperanzas de un pingüe rescate le contenian.

Tal concepto habia llegado á formar de Cervantes, que decia á todo el que queria oirle, que miéntras él tuviese bien asegurado á su cristiano estropeado, no temia nada por Argel ni por su propia persona.

Habia cometido la torpeza de decir esto mismo á Cervantes, lo que fué causa de que éste concibiese el más atrevido y grande pensamiento que darse puede, y que si lo lograra, pusiera su nombre sobre las estrellas.

Este pensamiento fué el de alzarse con Argel.

Llegaron por este tiempo á Argel dos cristianos, recientemente cautivados, que por Cervantes preguntaron.

Dijéronle al dey que aquellos cautivos á Cervantes conocian, y el dey los llamó.

Preguntóles sus nombres.

Aparecieron dos de nuestros antiguos conocidos.

Era el uno don César Estévan de Chouzan.

El otro Baltasar Carreño.

Los dos habian escapado de sus heridas, y por una sucesion de aventuras, sólo á ellos pertenecientes, y que nada importan, habian acabado por encontrarse.

Enemigos eran.

Pero puestos ambos fuera de la ley, imposibilitados de volver á España é iguales ambos en la pérdida de Abigail, de la cual no sabian qué habia sido, trocaron su antiguo ódio en amistad y alianza.

Don César habia hecho dinero su hacienda; pero en una y otra aventura, en la disipacion y el juego, estos dineros se habian reducido y amenazaban con acabarse.

Para don César, como ya sabemos, no era cosa nueva el bandidaje.

Ocurrióle, pues, para no dar en la pobreza, volver á la vida terrible.

Pero esta vez, consultándolo con Baltasar Carreño, se decidió á ser ladron de mar.

Esto es: corsario.

Baltasar, que habia sido un poco de cada cosa, sabia lo bastante para gobernar una galeota.

Pero esta galeota no podia ampararse en las costas de Italia.

Pasaron, pues, nuestros dos criminales á Orán, y allí se hicieron construir y armaron con cuatro cañones, una galeota de veinte bancos.

Tomaron el traje de los moros, para que con los piratas argelinos se les confundiese cuando con los piratas diesen, y con corsarios y galeotes á sueldo se hicieron á la mar para empezar sus piraterías.

Pero con tan mala fortuna, que al acercarse á las costas de Francia, dieron con dos galeones del capitan Arnaute-Mamí, que conociendo la moneda falsa, se fué sobre la galeota, la apresó, y se llevó á Argel, á su baño, á los dos amigos, y á todos los corsarios que la galeota tripulaban.

Una vez en Argel, preguntaron por Cervantes, y esto fué causa de que, sabiéndolo Arnaute-Mamí, lo dijese al dey, y éste mandase que aquellos dos cautivos le fuesen presentados.

Preguntóles quién Cervantes era, y cuál su familia y su riqueza, á lo que ellos contestaron que Cervantes era natural de Alcalá de Henares, cerca de Madrid, córte del rey de España; que era hidalgo de buen abolengo, pero pobre, y de tal manera, que su familia sufria una durísima miseria.

No se podia dudar de la verdad del dicho de los dos.

Habian sido presentados á Hassan-Agá al dia siguiente de haber sido cautivados.

No podian, pues, haberse puesto en connivencia con Cervantes, que estaba preso á su vez, ni con Abigail, tambien presa y guardada por el mismo Hassan-Agá.

Este sufrió una decepcion en sus esperanzas.

Si Cervantes no se habia rescatado, habia sido porque no habia podido.

Todo el esfuerzo que habia sido dado hacer á su familia, se habia invertido en rescatar á su hermano Rodrigo.

Cambió, pues, de proyectos Hassan-Agá, y empezó una nueva y durísima prueba para Cervantes.

Cuando fué á verle Hassan-Agá, despues de haber oido á don César Estéban de Chouzan y á Baltasar Carreño, le preguntó por sus parientes, por sus nombres y por su hacienda.

Cervantes le dijo exactamente lo mismo que él mismo habia dicho otras veces, y que acababan los otros de decir á Hassan-Agá.

Éste se convenció más y más de lo quimérico de sus esperanzas de un fuerte rescate.

—Y bien, dijo: tú no te rescatarás nunca: ¿para qué te quiero yo cuando sólo eres para mí un contínuo peligro?... pero si tú oyeras mis consejos, tú serias entre nosotros más grande que lo que hubieras podido ser nunca en tu tierra: el esclarecido y vencedor Emir de los creyentes, el Gran Sultan de Constantinopla ama mucho á los hombres esforzados; tú llegarias á ser muy pronto

Agá como yo, sólo con que te convirtieras al Dios Altísimo y único; el solo Dios verdadero.

Sintió no sabemos qué desabrimiento y dolor en las entrañas, y se le crisparon los nérvios, y se le despegó la carne de los huesos á Cervantes, al solo pensamiento de lo imposible; esto es: que él pudiera renegar de la fé de Jesucristo.

—Si yo fuera capaz de una tal vileza, dijo, de un tal horrendo pecado, de una tal abominacion; creeria que habia merecido todas mis desgracias, y aun las tendria por pequeñas, y á proponerme no vuelvas un tal horror, que con sólo proponérmelo, suponiéndome capaz de ello, me has hecho sufrir el tormento mayor que por tu voluntad he sufrido.

Irritóse terriblemente Hassan-Agá, y se salió, amenazando de muerte á Cervantes.

Y estas escenas se repetian.

Se irritaba Cervantes.

Irritábase no ménos Hassan-Agá.

Amenazaba de nuevo.

Pero ni se cumplian sus amenazas, ni se maltrataba á Cervantes.

Éste, entre tanto, meditaba en su proyecto de alzarse con Argel por el rey don Felipe II.

Al fin, un dia entró Hassan-Agá acompañado de su carcelero.

Cervantes se preparó.

Creyó que Hassan-Agá habia determinado hacerle sufrir un crudo tormento.

Pero con gran sorpresa oyó que Hassan-Agá mandaba al carcelero le quitase el grillete.

Acabada que fué esta operacion, Hassan-Agá le dijo:

—Sígueme.

Ya se sabe que la cárcel de los moros estaba en la misma Alcazaba.

Por galerías y escaleras, Hassan-Agá llevó á Cervantes á la parte que podia llamarse alcázar.

Entraron en una cámara.

Aquella cámara era la que habia servido de habitacion á Abigail.

Hassan-Agá se retiró desde la puerta.

Cervantes entró.

En aquel mismo punto, delirante de alegría y loca de amor, se arrojó en sus brazos Abigail.

Despues de la primera efusion, Cervantes vió que Abigail estaba demacrada, pálida, débil.

Que en sus ojos habia algo de espantosamente febril.

Entónces, y sólo entónces, comprendió Cervantes por qué le habia soltado Hassan-Agá.

Estaba fuera de duda que Hassan-Agá no habia querido que Abigail muriera.

CAPÍTULO XXV.

En que se vén los grandes pensamientos que bullian en el cerebro de Cervantes.

Así era verdad.

El dolor, la ansiedad por Cervantes, habian alterado de una manera gravísima la salud de Abigail.

Si no habia empezado aun la tísis, amenazaba.

Los médicos habian dicho á Hassan-Agá que Abigail moria de tristeza.

Hassan-Agá, pues, que conocia cuál era la causa de la tristeza de Abigail, se apresuró á hacerla cesar.

La anunció que iba á volverla á su gracia.

Al oficio de mayordomo de su casa.

Que volveria á vivir al lado de su esposo.

Esto fué para Abigail la vida.

Hassan-Agá habia acabado por contraer por ella una pasion, que sin que él pudiera explicársela, le avasallaba.

Una pasion que habia acabado por ser pura.

Una pasion que domesticaba á aquel bárbaro, y que le hacia ser humano, hasta el punto en que él podia serlo para Cervantes, para todo aquello por que Abigail se interesaba.

El mismo fenómeno se habia operado en Noemí.

Continuaba su amor por Abigail, á quien ella continuaba creyendo hombre.

Pero el amor de Noemí se habia purificado tambien.

Habia en el alma de Abigail perfumes deliciosos, que aquellos dos séres terribles sentian, en los cuales se embriagaban mejorando su condicion.

El amor es sublime, y tanto más y tanto mejor, cuanto es ménos impuro.

Abigail habia sacado el amor que por ella sentian Hassan-Agá y Noemí (que continuaba engañada creyendo hombre á Abigail) de la esfera de la impureza.

Se habia apoderado de su alma, de su voluntad, y eran para ella lo que ella queria que fuesen.

¡Gran maravilla del poder del espíritu!...

Abigail revivió.

Asió las manos al temido corsario, y se las besó, inundándolas de lágrimas

El infortunio habia doblegado tambien la altiva fiereza de Abigail.

Fuego corrió por las venas del bárbaro.

Asió á Abigail por la cintura, y la llegó á sí.

—¡Ah! ¡no!... exclamó Abigail: yo amo á mi esposo; yo moriria ántes que manchar su amor.

Hassan-Agá gimió, y huyó de Abigail.

Desde aquel dia vivieron juntos en el alcázar del dey de Argel, Cervantes y Abigail.

Pero cuidadosamente vigilados.

Especialmente Cervantes.

El dey seguia sintiendo un miedo terrible á su cristiano estropeado.

Un miedo que rayaba en la supersticion.

Creia que, miéntras viviera Cervantes, ni él ni Argel estaban seguros.

Y sin embargo, Cervantes vivia.

Sabia que se libertaba del peligro alejando á Cervantes.

No esperaba ya por él rescate alguno, y sin embargo de eso, no daba á Cervantes la libertad.

Y era que con Cervantes debia partir Abigail.

Si Abigail no partia, separada de Cervantes, partiria de una manera más terrible, porque moriria.

Con todas estas contrariedades y con todas estas ventajas se encontraba Cervantes.

Y su fé no se rendia.

Desde el momento en que habia concebido el proyecto de alzarse con Argel por Felipe II, su cautividad habia dejado de ser horrible para él.

Es más, se le habia hecho grata, porque su cautividad era el medio mejor para llegar á sus proyectos.

Si Cervantes hubiera concebido una idea descabellada, hubiera sido indigno de la gloria que corona su memoria.

Hubiera dado en una insensatez.

Pero no era así.

En Argel habia veinticinco mil cautivos.

Un ejército, en una palabra.

Pero era necesario organizar este ejército.

Entenderse con todos.

Hacer correr la palabra de una manera cauta.

Conspirar, en fin, y conspirar de una manera segura.

La más leve imprudencia, la más leve contrariedad, cuando no una traicion, podian producir una situacion terrible.

Cervantes, sin embargo, no se arredró por la magnitud de la empresa.

Y adviértase que en la situacion en que se encontraba, protegido por Onofre Exarque y por los Padres de la Redencion de cautivos, y prevaliéndose de la libertad en que le dejaba su amo Hassan-Agá, hubiera podido fugarse con Abigail de Argel, á pesar de la vigilancia á que estaba sujeto.

Pero habia concebido un gran pensamiento, y se obstinaba en realizarlo.

Exponia su vida.

Pero ¿qué importaba?

Si conseguia llevar á cabo su plan, habia hecho un gran servicio á Dios, á su patria y á su rey.

Habria emancipado así mismo millares de infelices que no tenian esperanzas de redencion, y que eran tratados como bestias por los argelinos.

El gran pensamiento de Cervantes, levantado por tan grandes propósitos, habia cambiado en ese sueño, esa embriaguez, esa locura, que se muestra en el fondo de los hechos de los grandes hombres; de aquellos á quienes la humanidad ha convenido en llamar héroes.

Cristóbal Colon soñó un nuevo mundo, y le encontró.

Hernan Cortés soñó la conquista de un grande imperio civilizado y fuerte, y con solos tres cientos hombres logró su proyecto.

Cervantes habia soñado más... mucho más.

Se habia propuesto, esclavo, hacerse un ejército de esclavos encadenados, y librar con ellos á Europa de aquel terrible nido de piratas que se llamaba Argel.

Era Espartaco soñando en la redencion de Roma por medio de esclavos.

La empresa, dadas las circunstancias en que Cervantes se encontraba, era grandiosa.

Acometer una empresa es casi vencerla.

El nombre de Espartaco vive en la historia, aun que él no consiguió llevar á cabo su gigantesca empresa.

Una de las mayores glorias de Cervantes es la de haber intentado la posesion de Argel, y la libertad del Mediterráneo, sin otros elementos que el de los míseros esclavos que con él gemian léjos de su patria y en la mayor de las miserias.

CAPÍTULO XXVI.

En que se habla de la gran barbería de Sidy-Jacub-el-Galaní, y del hagib Sidy-Morato el renegado.

Habia en Argel, cerca de la Alcazaba, en la parte que miraba al mar, y en una irregular plazuela en que se alzaba la pequeña y bella mezquita de los Beni-al-Samah, en un ángulo entrante que formaba otra plazuela más pequeña, y bajo un tupido emparrado, con sus celosías, y las doradas vacías colgadas sobre la puerta, una barbería; ya lo hemos dicho ántes de nombrarla.

Era el interior de la barbería, un si es no es melancólico, á causa de la luz,

por decirlo así, filtrada, que en ella entraba, y tenia no sabemos qué encanto poético.

Era cuadrilonga, de una altura bastante capaz, y con el techo de viguetas y bovedillas.

Las paredes eran blancas, y se procuraba mantener siempre su blancura nítida.

Las viguetas del techo estaban labradas y perfiladas de vivos colores, y en cuanto á las bovedillas, cuajadas de arabescos.

Corria al rededor de las paredes un poyo de piedra labrada, alzado del pavimento como pié y medio, y de dos y medio de ancho, cubierto por una alfombra de paño carmesí, con arabescos gruesos, bordados en amarillo y negro; y en cuanto al pavimento, de rojos ladrillos, descubierto en el verano, dejaba ver en el centro una fuente de mármol rebajada, que por medio de un arriate ó atargea tambien de mármol, desaguaba su surtidor en la calle, produciendo en ella un arroyo, que iba á morir en el aljibe ó sisterna que habia para las abluciones en la plazuela mayor contigua, frente á la puerta de la mezquita.

En el invierno se cubria el pavimento por una gruesa estera, y en los dias crudos, en el lugar de la fuente, aparecia un brasero de azophar, lleno de una brillante brasa.

En el poyo correspondiente al frente de la barbería, habia un cogin más largo y más alto que los otros, con la cubierta de grueso tegido de cáñamo y seda negra, con grandes arabescos verdes y rojos.

En este cogin se sentaba, como en un trono, el anciano dueño de la casa, que hacia ya veinte años que no afeitaba.

Cuando se le veia con su larga barba blanca, y con su venerable cabeza sobre el pecho, en un contínuo movimiento convulsivo, que se notaba así mismo en sus descarnadas manos, en las que siempre habia uno de los rosarios cortos ó camándulas sin decenas, de que usan los moros, se comprendia porqué no afeitaba ya Sidy–Jacub–el–Galaní, que así se llamaba el barbero.

Para servir la barbería habia cuatro jóvenes y hermosos mancebos, que tenian las manos más suaves del mundo para afeitar, pero que no eran así mismo suaves cuando aplicaban ventosas sobre un espacio de la cerviz, dejado rasuradamente con anterioridad por medio de los herrajes, ó cuando ponian vejigatorios ó sacaban muelas, ó hacian cualquiera de las rudas operaciones quirúrgicas que practicaban los moros en aquel tiempo, y que aun practican hoy.

La tienda de Sidy–Jacub–el–Galaní, no era solamente una barbería; era tambien una farmácia y un gabinete de medicina y cirugía.

Si no rasuraba ni hacia operacion alguna quirúrgica Sidy–Jacub, á causa de su perlesía, en cambio ejercitaba la medicina, y lo que podia llamarse entre los moros la farmácia, con un rarísimo acierto.

Era, además, astrólogo judiciario.

A cada lado del poyo, que podia llamarse el trono de este sabio y venerable anciano, habia dos pequeñas puertas, deliciosamente labradas y perfiladas de colores vivos, que generalmente estaban cerradas.

Por la de la derecha, en relacion con la entrada, se pasaba á los baños, que casa de baños, pero medicinales, era tambien la barbería.

Esta sala de baños era un regular espacio cuadrado, con bóveda de arista, en la cual habia agujeros, determinados por cañones en forma de estrella, vidriados de verde y de violado por las cuales entraba una luz suave.

A este cuadrado correspondian diez celdillas ó alhanias, en el fondo de cada una de las cuales habia, al nivel del suelo, una estrecha pila de mármol blanco, extremadamente límpia.

Estas alhanias se cerraban con cortinas.

Al fondo de este espacio, entre dos alacenas, habia una pequeña puerta revestida de azulejos (de azulejos era así mismo el pavimento) por la que se pasaba al laboratorio famacéutico, es decir: al lugar donde se filtraban los ingredientes medicamentosos y donde se cocian las yerbas aromáticas y salutíferas, con las cuales se componian los baños.

La otra puerta, situada á la derecha del asiento de Sidy-Jacub, conducia á un bello gabinete iluminado así mismo por arriba, por las perforaciones de la bóveda, donde ya el anciano, ya uno de sus mancebos, á quien el anciano habia trasmitido su ciencia, recibian á las damas argelinas, que, muy cubiertas con sus albornoces, iban á consultar la ciencia.

Murmurábase que, tras la ciencia, se ocultaba á veces algo que podia ser mucho más conmovedor, pero que no era tan respetable, y que con frecuencia una de las encubiertas que entraban, tenia unas terribles apariencias hombrunas á juzgar por su manera de andar y por otros indicios que no podian pasar desapercibidos para el que fuese medianamente observador.

Al fondo de este gabinete habia otra puertecilla, por donde se pasaba á las habitaciones interiores.

Las blancas paredes de la tienda, si bien no tenian adornos, no estaban desnudas.

En primer lugar habia todo al rededor, y alternando, magníficas doradas vacías, jaboneras blancas y relucientes como la plata, media docena de guitarras, otras tantas bandolinas, y otras tantas guzlas, aquí y allá, colgadas de largos lazos de seda, terminados por vistosas moñas, y unas cuantas espingardas, yataganes y gumías; todas con sus cordones y sus borlas de seda, y espantables sartas de dientes y muelas, que orlaban en grandes testones todo el ámbito.

Aquellos huesos representaban la antigüedad de la casa; porque indudablemente debian haber pasado muchos años para que allí se los hubiera ido dejando, hasta constituir un tan gran número, la humanidad doliente.

Se veian, así mismo, los horribles gatillos, que constituian los instrumentos de los sacamuelas de aquel tiempo, colgados de la pared.

Por la celosía pintada de verde de la puerta entraba la luz blandamente, como ya hemos dicho, y daba un no sé qué de poético á aquel bizarro conjunto.

No habia en Argel nada más alegre, nada más de moda, nada más concurrido que la barbería de Sidy-Jacub.

Desde que salia el sol, hora en que el establecimiento se abria, hasta que se

ponia, en cuyo punto indefectiblemente se cerraba, no cesaba de resonar la guitarra, á no ser cuando uno de los concurrentes contaba un cuento, ó referia una accion, ó se libraba alguna sabrosa cuestion.

A veces, ociosos los cuatro mancebos, adormilados á la hora de la siesta los concurrentes por el ópio que allí se mascaba y se fumaba en gran cantidad, los cuatro mancebos, el uno con una guitarra, el otro con una bandurria, el tercero con una bandolina, y el cuarto con una guzla, tocaban y cantaban al unísono, y las mozas de las casas inmediatas se arrimaban á las celosías para gozar de la regalada música.

Cervantes, para rasurarse unas veces, por ociosear otras, iba frecuentemente á la barbería, en las horas que le dejaba francas el servicio de su amo; y aun que Abigail no tenia necesidad alguna de rasurarse, concurria tambien, porque no podia vivir separada de Cervantes.

Concurrian allí tambien con suma frecuencia, el alférez Diego Castellano, Gabriel de Castañeda y Mateo de Santistéban, y otros muchos cautivos del cercano baño del dey, á quienes, por los buenos oficios de Cervantes y de Abigail, dejaba en cierta libertad y en cierta comodidad el feroz Hassan-Agá.

Algunas veces el anciano sacerdote Antonio de Sosa, aliviado de sus hierros y de su mazmorra porque no muriera, y para volverle luego á su cruel esclavitud, asistia, y gozaba aquel triste rayo de sol, que, por decirlo así, se dejaba caer sobre aquellos infelices.

Concurrian tambien los dos mercaderes valencianos, Onofre Exarque y Baltasar de Torres, y á más de ellos, se descolgaba con mucha frecuencia Pedro de Ribera, escribano y notario de todos los cristianos residentes en Argel, y que en Argel residia.

Con estos cristianos, cautivos los unos, libres los otros, entre los cuales solia contarse el padre fray Juan Gil, de la órden de la Santísima Trinidad, redentor de esclavos, residente en Argel por órden de Felipe II y de su Consejo, iban muchos de los moros más principales, no sólo por la conveniencia de estarse en la barbería algunas horas al dia, sino tambien atraidos por el buen trato, la buena manera y la ingeniosa é interesante conversacion de Cervantes, á quien todo el mundo tenia un verdadero afecto y simpatía.

Entre estos, y más asíduo que otros, iba un anciano venerable que de Constantinopla habia sido desterrado por recelos de Selim II, del que habia sido hagil ó ministro encargado de las cosas de la guerra.

Amargado Selim II por la derrota de Lepanto, desfogó su cólera en sus ministros, culpándoles á éste porque no habia cuidado de tener prontos los abastos para que sus escuadras hubieran podido hacerse á la mar ántes de que hubiesen podido abastecerse cumplidamente las escuadras de la *Liga;* al otro, porque no allegó los víveres que hubieran sido necesarios, y por fin, al hagib Morato, porque á pesar de los ministros y del mismo Sultan, no habia organizado bien las fuerzas de Turquía, ni habia dotado las naves de la artillería y de los hombres que hubieran sido necesarios, y que habian faltado para la victoria.

Acontecia, como siempre que tiene lugar una gran desgracia, que se busca á alguno para desfogar la fúria que la desgracia causa.

Milagro fué que Selim II no descabezase al hagib Morato, y se contentase con enviarle á Argel.

El hagib Morato era, como creemos haberlo dicho ya recientemente, un renegado murciano, que por un lance en que habia muerto á un hombre, huyó al moro, renegando para que no le cautivasen; y como era hombre mozo y muy arrojado, no sólo para vivir, sino para que no desconfiasen de él y le respetasen, se echó á piratear en una pequeña almadía, y con tan próspera fortuna, que al poco tiempo la almadía se cambiaba en fusta, y la fusta en galeota, llegando á ser uno de los más terribles corsarios del mediterráneo.

Le pusieron sus soldados por mote, y á causa de su mal génio, el arraez Maltrapillo, lo que, por ser el apodo español, demuestra que estos soldados que consigo llevaba en sus primeras piraterías Sidy-Morato, eran renegados españoles, y tal vez paisanos de su arraez.

Casóse y estableciose en Fez el hagib Morato, y dió el ejemplo de no tener más que una mujer, al uso cristiano.

Y fué, que se casó con aquella misma que habia sido la ocasion de su desgracia: esto es, de la siniestra riña con otro caballero de Murcia, que pretendia á doña Blanca de Salazar, que así se llamaba la amante primero, y despues la esposa en Africa, de Morato, y que era favorecido por el padre de ella.

La mayor hazaña que en su larga carrera de corsario hizo Pedro Morato, que así se llamaba este renegado, fué la de acercarse una noche á las costas de Valencia, y desembarcar en la oscuridad, y acompañado de diez hombres, tambien renegados murcianos, vestidos como él á la morisca, irse á la hacienda que cerca de Valencia tenia don Juan de Salazar, y robar de ella á su amada doña Blanca, que aunque le guardaba su amor, y por él moria, y que no le hubiera seguido, guardando la honra de su padre y la suya propia, y la fé de Dios; pero habíase desmayado al ver entrada su hacienda é incendiada, y así, desmayada, la sacó Pedro Morato, y montando á caballo, llevóla por caminos extraviados hasta la costa; y cuando en sí volvió doña Blanca, encontróse con que ya su honra no era suya, sino de su esposo; y esto de una parte, y su amor de otra, y además, el juramento que Pedro Morato la hizo de que ningun daño habian sufrido en su persona, ni su padre ni sus parientes, ni sus criadas y criados, fueron parte para que doña Blanca le perdonase y aun para que se alegrase de que Pedro Morato la hubiese salvado.

No se extrañó esto de que el arraez Morato Maltrapillo no tuviese más que una esposa, aunque la ley musulmana le permitia siete, y todas las concubinas que pudiera sustentar, porque habia muchos renegados que observaban la misma conducta, y aun muchos moros, que en esta parte se parecian á los renegados.

Tal fama habia adquirido con sus piraterías el arraez Maltrapillo, que el sultan le llamó.

Trasladóse á Constantinopla Sidy-Morato, y tantas mercedes le hizo, y de

tantas honras le colmó el Sultan, que se vió obligado á trasladar su domicilio á Fez, donde al poco tiempo Selim II le nombró su hagib para lo de la guerra.

Ya por este tiempo el arraez Maltrapillo era de edad madura, y doña Blanca frisaba en sus treinta y cinco, que muy jóven se habia casado.

Se hubiera podido decir, si los esposos no hubtesen sido muy prudentes, que no habian renegado de Jesucristo más que en las apariencias; porque en secreto, en el silencio de la noche, ambos, ante una cruz que sacaban de un secretísimo escondite, lloraban, y se afligian, temerosos de que Dios no les perdonara su apostasía, aun que aparente.

Algo hubiera podido sospecharse, al ver que el arraez Maltrapillo era muy humano con sus cautivos cristianos; que no los cargaba de cadenas, que los alimentaba bien y que les concedia el rescate por muy poco precio, y muchas veces bajo su palabra de que en llegando á su tierra le enviarian la pequeña suma en que habian convenido, lo que era lo mismo que darles la libertad de valde.

El arraez Maltrapillo, que tenia tan mal génio para sus enemigos y para sus galeotes, y tan humano era para sus cautivos, se habia enriquecido grandemente, no con los rescates que estos le habian producido, sino con los cargamentos de las naves apresadas por él, por el dinero que en estas mismas naves habia encontrado y por la venta de estas mismas naves.

No habian tenido los esposos más que una hija, y esta hija habia causado la gran desgracia, el gran castigo del renegado español.

La razon de que esta hija hubiera sido un castigo en el hagib Morato, la explicaremos más adelante.

Desterrado á Argel por el irritado Selim II, con su mujer, con su hija y con sus esclavos, el arraez Maltrapillo, hagib Sidy-Morato se retiró completamente de todos los negocios, permaneciendo inactivo en su casa, no obstante lo cual, se hizo grande amigo del bajá Hassan.

Desde el momento en que Cervantes conoció en la barbería de Sidy-Jacub á Sidy-Morato, se fijó instintivamente en éste.

No podia explicarse el por qué de lo que sentia cuando contemplaba el semblante, generalmente meditabundo y triste del arraez Maltrapillo, pero una voz secreta le decia que aquel renegado habia de tener gran participacion en la arriesgada empresa que meditaba de alzarse con Argel.

Maltrapillo le trataba con una gran deferencia, y habia en él, para con Cervantes, algo semejante á la conducta que pudiera haber tenido para con él uno que en otra ocasion le hubiera conocido y estimado, y del cual se hubiese olvidado.

Una tarde, en el momento en que el *muecin* ó sacristan de la inmediata mezquita, voceaba la oracion de *Al-magreb* (de la tarde, ó puesta del sol), hora en que se cerraba la barbería, al atravesar todos la plazuela de la mezquita, Maltrapillo dijo á Cervantes, en buen castellano y con voz baja:

—Señor Miguel, yo espero que esta tarde me honrareis viniendo á comer el alcuzcuz conmigo, pero fuerza será que vayais solo.

—No he de faltar á vuestro convite, señor Morato, dijo Miguel de Cervantes á Maltrapillo, de la misma manera que si hubieran estado en España.

—A mi casa os id, que allí os recibirán como si fuérais mi pariente, y allí esperadme: yo iré en cuanto rece mi oracion.

Y el hagib Morato se entró en la mezquita.

Comunicó Cervantes lo que le acontecia á Abigail, y ésta, contenta porque veia que aquella cita podia ser favorable para la empresa que tenia ya entre manos, le dejó ir, y se volvió sola á la Alcazaba.

La casa de Maltrapillo, levantada entre unos hermosos jardines que miraban á la marina, estaba casi inmediatamente detrás de la mezquita de los Beni-al-Samah.

Cervantes llegó muy pronto.

Llamó al gran porton de su arco, que inmediatamente se abrió, dejando ver un gran patio, á cuyo fondo se levantaba la fachada principal de la casa, ó más bien palacio del renegado.

Dijo quien era, y el esclavo que habia abierto le hizo tres profundas zalemas, le condujo á la casa, le hizo pasar por el vestíbulo, abrió una puertecita dorada que en él habia, y despues de un corredor tortuoso, Cervantes se encontró en un bellísimo patio de arcos de estuco labrado, sostenidos en columnas de alabastro.

Era profunda la soledad de aquel patio.

El sol poniente teñia de un bello color anaranjado, en su último rayo, la parte superior de un esbelto minarete que en un ángulo del patio se veia.

El esclavo llevó á una sala de aquel inmenso patio á Cervantes, le hizo otras tres zalemas, y allí le dejó solo.

CAPÍTULO XXVII.

En que se vé la aparicion que tuvo Cervantes en el palacio del arraez Maltrapillo.

Se sentia Cervantes consolado por una dulce melancolía.

Pareciale sentir algo dulce, algo amigo, algo más que amigo, cerca, muy cerca de él.

Su viva imaginacion le atormentaba sin embargo, aun que un secreto instinto le aseguraba de todo peligro, de toda contrariedad.

Sin embargo, su reflexion, su prudencia, decia á Cervantes que debia estar sobre aviso.

Tal vez el astuto Maltrapillo habia sospechado algo de aquella asídua reunion de cautivos cristianos en la barbería de Jacub.

Tal vez, gran amigo de Hassan-Agá, le habia anunciado sus sospechas, y Hassan-Agá, dominado siempre por aquel incurable amor que por Abigail sentia, le habia encargado de disuadirle.

En estas y otras imaginaciones, y sintiendo siempre un recóndito y dulcísimo consuelo cuya causa no podia explicarse, pasó Cervantes el tiempo que tardó en llegar el arraez Maltrapillo.

Era ya el crepúsculo.

Entró Sidy-Morato, precedido de un esclavo, que llevaba una lámpara de plata.

Todo representaba un gran lujo en la casa del hagib.

Lo delicioso de los perfumes se sentia por do quiera.

Claras fuentes refrescaban el espacio en aquella estacion, todavía calurosísima en África.

Tomó Sidy-Morato la lámpara de manos del esclavo, le despidió, y haciendo á Cervantes seña de que le siguiese, pasó un bellísimo arco de herradura, se entró por un corredor, sin decir una sola palabra, y llegando á una puerta pequeña, pero riquísima, de ébano, sándalo, granadillo, pórfido y nácar, con filetes y cordoncillos de oro, plata y cobre, la abrió con una llave dorada que sacó de debajo de su cafthan, abrió, y dijo con acento sombrío á Cervantes:

—Pasa, y sigue solo: tú eres el único hombre, á excepcion de mí, que ha pasado por esta puerta: Dios lo quiere.

Y sin esperar la respuesta de Cervantes, le empujó adentro, y cerró la puerta.

Cervantes se encontró solo en un pequeño patio.

Sus altas paredes estaban demasiado elevadas.

Pero en un vestíbulo con un pórtico de triples arcos calados, sostenidos por columnas, ardia una lámpara amortiguada, opaca.

Aquella lnz ténue producia un efecto bellísimo, poético, de todo punto fantástico.

Cervantes estaba lleno de confusiones.

La expresion sombría que habia visto en el semblante de Sidy-Morato habia sido muy poco á propósito para tranquilizarle.

Sin embargo, le habia dejado solo, en la parte más íntima, más inviolable de su casa.

Cervantes cruzó el patio.

Subió las tres gradas del vestíbulo, y al fondo de él abrió las cortinas de seda que cerraban un bello arco.

Se encontró en un corredor de gran extension y ricamente ornamentado, iluminado tambien por otra lámpara de luz ténue.

Al fondo del corredor habia otro arco, cubierto por cortinas como el anterior.

Se paró Cervantes.

A medida que adelantaba sentia más fuerte el perfume de las resinas oloro-

sas que se queman contínuamente en las casas ricas de África, en los apartamentos de las mujeres.

Encontróse Cervantes en un gabinete exágono de una riqueza extraordinaria, en cuyo centro murmuraba una fuente.

Frente á él se veia, con las celosías abiertas, un ajimez por el cual se descubria la mar, argentada por la primera luz de la luna, cuyo disco parecia medio hundido aun entre las aguas.

En el cercano puerto se veian balancearse los velámenes y los esbeltos palos de un sin número de galeotas corsarias.

Habia, además, dos puertas; la una á la derecha y la otra á la izquierda.

¿Por cuál debia tomar?

Por una corazonada Cervantes tomó por la puerta del lado de su corazon.

Parecia que algo le atraia á través de ella.

Y algo dulcísimo.

Pasó por aquella puerta.

Se encontró en una galería que daba sobre un jardin.

A través de sus arcos penetraba la luna, que batia sobre el labrado muro que Cervantes tenia á su izquierda.

Se veia desde aquella galería, y ya completamente al descubierto, primero un bello jardin, despues la playa y la concha del puerto, por último, la mar ancha.

Debemos decir que Cervantes iba vestido á la usanza mora; que aquel ámplio y sencillo traje armonizaba muy bien con la melancólica expresion de su semblante, y que por consecuencia, estaba en relacion con la bella arquitectura oriental que le rodeaba.

Aun no habia recorrido la mitad de la galería, cuando á su lado sintió el ruido de una llave en la cerradura de una puerta.

Luego apareció una sombra alta, esbelta, gentil, blanca.

Una sombra hechicera, que avanzó leve y rápida, sin producir el más leve ruido, y llegó hasta Cervantes.

CAPÍTULO XXVIII.

En que se conoce á la hermosísima dama que Cervantes se encontró en la casa del arraez Maltrapillo.

Pero el traje de esta beldad, que se habia detenido junto á Cervantes, y le habia asído las manos, no tenia nada de oriental.

Era más bien un traje español.

Una especie de túnica ó bata de verano de Cambray, ricamente bordada y adornada de encajes, bastante descotada, de mangas abullonadas, y cuya longitud no pasaba del codo y de luenga y ámplia falda.

Tenia los espesísimos cabellos peinados en largas trenzas que la caian sobre los hombros y sobre la espalda.

Flores en el lado izquierdo de la cabeza.

En la garganta, un collar de riquísimas perlas.

En los puños, brazaletes carmesís con perlas tambien.

En las manos, sortijas.

Aparecia como una vision celeste.

Su edad no pasaba de veintiseis años.

Sin embargo, tenia toda la frescura de una niña.

Era una hada.

Una hurí.

Una ilusion.

Cervantes estaba sobrecogido.

Ella le habia asido las manos.

Temblaban aquellas manos, suaves y mórbidas

Alternativamente estaban frias como las de un cadáver, y abrasaban como un hierro candente.

Los negros ojos de la hermosa devoraban á Miguel.

Le acariciaban.

Le inundaban de delicias.

Y á la par, aparecian tristes ó sombríos.

—¿Quién eres? exclamó Cervantes, procurando en vano reconocerla.

Y le parecia, sin embargo, que alguna vez la habia visto.

Es más, que habia anhelado por ella.

Que la habia amado.

—El tiempo pasa, dijo melancólicamente la hermosa, y las imágenes se borran.

Habia hablado en árabe.

Esto no importaba.

Cervantes habia acabado por dominar el árabe.

Le hablaba á la perfeccion.

—Yo no te recuerdo, por mucho que lo sienta, dijo Cervantes.

—Es verdad, dijo ella tristemente: tú no me has amado nunca.

Y guardó silencio.

Permaneció algun tiempo muda, contemplando con una profunda ansiedad á Cervantes.

Éste se irritaba contra sí mismo, porque no podia recordar dónde habia visto aquella beldad divina.

—Yo soy hija, dijo ella, del hagib Morato: sígueme, por tu alma: tengo que decirte algo que te será muy provechoso.

Y condujo de la mano á Cervantes á la cercana puerta que se veia en el extremo de la galería.

Entraron en un retrete bello, y lánguidamente alumbrado por una lámpara que pendia de la cúpula, encerrada en un globo de alabastro.

—Espera aquí, dijo la hermosa.

Y separándose de Cervantes, dejando tras sí un ambiente de ambrosía, salió.

Cervantes oyó á poco dos voces de mujer, que hablaban en voz baja y de una manera ininteligible.

Poco despues volvió la hermosa jóven.

—Ven, dijo á Cervantes.

Y le hizo pasar por otra pequeña galería á otro retrete, bello, fresco, perfumado.

Aquel espacio parecia hecho por el espíritu del aire.

Del pavimento de alabastro, brotaba una fuente.

Las paredes estaban labradas de tal manera, que parecian formadas de un fino y riquísimo damasco de oro y seda entretegidos.

La cúpula semejaba un firmamento.

Un ancho diván, á manera de lecho, aparecia al pié de la pared, frente al ajimez abierto, por el cual penetraban las brisas.

No habia más luz que la melancólica y bella de la luna que penetraba en aquel bellísimo retrete por las abiertas celosías del ajimez.

En grandes jarrones de porcelana, puestos en los ángulos, se veian grandes ramilletes de flores odoríficas que hacian inútiles con su fragancia los pebeteros.

Reinaba un profundo silencio, en medio del cual resonaba constante y dulce el gemido de la mar, que rompia blandamente en la ribera.

Todo convidaba allí á los sueños de la fantasía.

Todo á la delectacion de los sentidos.

Todo al amor.

Llevó la jóven mora á Cervantes junto al diván.

Le indicó que se sentase.

Luego se sentó ella á su lado.

Volvió á cogerle las manos.

Luego las llevó á sus labios.

Las besó de una manera leve, pero hechicera.

—Yo te amo, como ama la hermana al hermano, dijo.

- Yo, señora, dijo Cervantes, siento junto á tí algo de tal manera no sentido. que no sé cómo llamarlo: porque no es amor, y más que el amor me deleita, ni es amistad, que más que la amistad me interesa, ni es deseo, como no sea el de parecerte tal, que como amigo me tengas, y como cosa de tu alma.

—Yo me llamo Saruh-Yemal, dijo ella.

Hermoso nombre tienes, sultana, dijo Cervantes.

Saruh-Yemal, en árabe quiere decir *flor de la hermosura.*

—Me llamo tambien Miriam, dijo ella, que continuaba mirando de una manera anhelante y dolorosa á Cervantes.

—Más hermoso es ese tu otro nombre, dijo Cervantes.

Miriam quiere decir en árabe *María.*

—Sí, dijo ella; yo soy cristiana.

Y sacó de entre su hermoso seno una cruz de oro y diamantes, que pendia de una de las sartas del magnífico collar de perlas que traia en la garganta.

—¡Ah! exclamó Cervantes: yo te reverencio y te admiro.

—Yo te conozco desde hace mucho tiempo, dijo ella con un acento singular.

—Y si desde hace tanto tiempo me conoces, ¿cómo he sufrido yo sin saberlo hasta ahora, la desventura de no conocerte? dijo Cervantes.

—¿No has visto tú alguna vez, cuando te paseabas cerca del baño del dey, por la plaza, delante de la mezquita, que una mora, acompañada de otra mora más anciana, envueltas ambas en sus albornoces, y servidas por esclavos, y que de orar de la mezquita salian, se detenian un momento junto á tí y te miraban?

—Tan tristes son mis sucesos, dijo Cervantes, que siempre voy distraido pensando en ellos.

—Sí, dijo Miriam; yo lo conocia, y por lo mismo, sentia compasion por tu desgracia. Supe al fin, porque mi padre me lo dijo, que el dey Hassan te estimaba en gran manera, y que te llamaba el *cristiano estropeado.* Ya sabes tú que mi padre es un grande amigo del bajá.

—Sí que lo sé, y creo tambien que tu padre es gran parte para que Hassa-Agá me mire con misericordia.

—Es que tú, sin saberlo y sin pretenderlo, dominas, Miguel; es que cuando te se ha visto una vez, no te se olvida.

Cervantes volvió á sentir el rudo combate de un recuerdo vago con su memoria.

Estaba seguro de que conocia á aquella hermosa cristiana, y no podia sacar en claro, dónde ni cuándo la habia visto.

Ella le miraba, sin que Cervantes pudiera dudarlo, como una antigua conocida, y como una conocida que le habia amado.

—Sí, sí; no te se puede olvidar si una vez te se ha visto, dijo ella: no eres hermoso; y sin embargo, hay en ti algo que seduce más que todas las hermosuras: algo que te hace amar de las mujeres, y temer y respetar de los hombres, aun que estos hombres sean tus verdugos. Así es que Hassan-Agá, irritado contigo, en ti no se atreve á descargar su ira; así es que mi padre, fiero con todos, te ama. Pues que, ¿si mi padre no te amase, y si no me amase á mí sobre todas las cosas de este mundo, estarias aquí? Aquí no entra más que la luz y el aire; las esclavas que nos sirven y mi padre.

Y Miriam se arrobó de nuevo en la contemplacion de Cervantes.

Un nuevo amor germinaba, ó por mejor decir, rebrotaba en el corazon de éste.

Se sentia presa de un vértigo.

Sentia una inquietud mortal.

Tan apoderado estaba de él el amor de Abigail, que todo lo que contrariaba aquel amor se hacia doloroso para Cervantes.

Procuró dominar aquella situacion, en que una beldad incomparable, de improviso ante él apareciendo, y que en otro tiempo y en otro lugar creia haber conocido sin poderse explicar cómo ni cuándo, empezaba á enloquecerle.

—Y si eres cristiana, dijo Cervantes, por no decir lo que sentia, y mudando con un pretexto la conversacion, ¿cómo es que vas á orar en la mezquita?

—Yo entro en la mezquita con el signo de la Redencion pendiente de la garganta sobre mi pecho, en el que alienta la fé de Jesucristo: la mezquita es para mí la iglesia: en la mezquita se adora al Dios de Moisés, y el Dios de Moisés es el Dios de los cristianos.

A estas palabras sucedió el silencio de los dos.

La conversacion se les hacia difícil.

Miriam continuaba teniendo entre las suyas las manos de Cervantes.

—Mi padre te ha convidado á cenar con él, dijo despues de algunos instantes de silencio: pero no ha sido ese su objeto: es necesario que ántes de la cena te hable yo.

—Habla, sultana; yo te escucho, exclamó con vehemencia Cervantes.

—Tú eres imprudente, dijo Miriam: tú pretendes salvar á todos los cautivos cristianos que en Argel hay: tú crees que nadie recela, y sin embargo, eres constantemente acechado: ¿pues cuando mi padre ha ido con la frecuencia que ahora á la barbería de Jacub-el-Galaní, á donde tú todos los dias concurres con el hermoso wazir de la casa del dey, á quien tú llamas tu amo, cuando realmente ese hermoso wazir es tu esclava muriendo por tu amor?

—¡Oh! ¿qué dices?...

—Sí, yo conozco mucho mejor que á ti á la hermosísima judía Abigail.

—¿Sabe tu padre ese secreto?

—No.

—¡Ah! exclamó Cervantes.

—No; por mucha amistad y mucha confianza que tenga para mi padre el bajá, éste es muy prudente, y más que prudente, receloso, y no confia sus secretos á nadie; pues qué, ¿acaso no te conozco yo? ¿no velo por tí desde la sombra? ¿no te amo?

Miraba Cervantes con ansiedad á Miriam.

—Hassan-Agá ha querido hacerme su esposa, continuó ella.

Se estremeció al impulso de unos celos mortales Cervantes.

—Mi padre queria este matrimonio, porque Hassan-Agá es uno de los más queridos del Grande Emir de los creyentes, el sultan de Constantinopla, y mi padre esperaba que por mi casamiento con Hassan-Agá, el sultan le volveria á su gracia.

—¿Y tú, sultana de la hermosura, has dado alguna esperanza á Hassan-Agá? dijo con un involuntario acento de celos Cervantes.

—No; pero era necesario no irritarle, contestó Miriam, y he ido á su harem

cuando me ha convidado á tomar parte en una fiesta con sus esposas, con sus esclavas, con sus hijas.

—¡Ah! exclamó Cervantes: Dios quiera que no entres un dia en su harem para no volver á salir.

—No, dijo Miriam: yo soy cristiana: yo no puedo amar á un esposo que tenga muchas esposas; además, no he nacido yo para unirme á una bestia brava. Pero por haber asistido con otras muchas damas moras á algunas zambras en el harem de Hassan-Agá, he conocido á su *chaya* Agá-Wazir: desde el momento en que la ví, no pude ménos de reconocerla: era Abigail; una de las hijas naturales del señor duque de Atri: de ese buen señor, que tiene una historia más negra que una noche de tempestad.

—¡Ah! exclamó Cervantes, como si hubiera recibido un rayo de luz: ¡sois vos... vos... doña María Ponce de Leon.

—¡Gracias á Dios que me habeis reconocido, señor Miguel de Cervantes! dijo doña María: os perdí de vista en Madrid: volví á encontraros en Roma: os saqué de un atolladero, y volví á perderos de vista.

Doña María pronunció estas palabras en buen español.

—¡Oh, Dios mio!... ¡Dios mio!... exclamó Cervantes. ¿Qué quereis de mí, Señor?

—Dios os guarda para algo grande, señor Miguel de Cervantes, dijo doña María: de otro modo no tendria siempre á punto su Providencia para sacaros de las arriesgadas, y casi siempre insuperables aventuras, en que el valor de vuestro gran corazon os mete. Yo he contribuido tanto como Abigail á salvaros; y puesto que podeis llamaros esposo de mi hermana Abigail, y que yo os amo como una hermana, como si fuérais mi hermano amadme.

—¡Esto parece un sueño del infierno! dijo Cervantes.

—Esto no es más que una dolorosa verdad de la vida, dijo suspirando doña María.

—Pero si sois hija natural del duque de Atri, hermana del cardenal Aquaviva, no sois hija de Hagib-Morato.

—No.

—¿Y lo sabe él?

—Sí.

—¿Y sin embargo?...

—Sin embargo me ama como si fuese su hija: hasta mi madre, á la que amo tiernamente, se ha olvidado ya de la sombría historia, por resultado de la cual yo he venido al mundo.

—No os pido que me reveleis esa historia.

—Aun no es tiempo. Ahora, señor Miguel de Cervantes, oid: yo no he podido ménos de decir á mi padre que os conocí en Madrid y en Roma, y que os amé. No debeis sólo á Abigail el haber salido bien de todas vuestras rebeldías á Hassan-Agá; lo debeis tambien á la grande amistad que mi padre tiene con el dey, y á que yo imponia á mi padre el mandato de que dominase la cólera del

dey contra vos. No os digo esto porque me lo agradezcais; que si yo lo hacia, si yo lo hago, era porque tenia... porque tengo... porque tendré siempre en el corazon la necesidad de hacerlo. Ahora bien: mi padre lo sabe todo; conoce á todos aquellos con quienes estais en conjuracion contra Hassan-Agá: pero éste no sabe nada, porque mi padre, (yo le doy este nombre, de corazon, por costumbre, y por agradecimiento), no hará nunca nada que pueda enojarme, y yo no quiero que nada de lo que pensais lo conozca el dey.

—Pues yo no dejaré mi proyecto, aun que haya de costarme la vida, dijo Cervantes.

—No lo dejeis: yo os ayudaré: pero como era necesario deciros lo que acontece para que seais prudente, necesitaba yo hablaros, y por eso sólo sois venido á mi casa, traido por mi mismo padre.

—¿Y de qué pretexto os habeis valido para decidir á vuestro padre á que á su casa me traiga y me deje en ella á solas con vos?

—Le he dicho que en Madrid y en Roma nos conocimos; que nos amamos; que vos sois el elegido por mí, y que necesitaba veros y hablaros: mi padre no sabe negarme nada; por ahorrarme una sola lágrima seria capaz de incendiar el mundo. Hay, además, una cosa que nos protege: mi padre no ha apostatado verdaderamente, y teme que Dios le castigue: que todas las desgracias que le han sobrevenido, han sido á causa de su apostasía, y se resigna á la voluntad de Dios.

Ahora, señor Miguel de Cervantes, que ya lo sabeis todo, y que mi padre os ha convidado á cenar, venid y cenareis con mi padre, con mi madre y conmigo: despues os volvereis á la casa del dey, y mañana nos veremos de nuevo.

Poco despues, Cervantes entraba con doña María en una cámara donde estaba el hagib Morato, y con él una dama como de cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, pero todavía muy hermosa.

CAPÍTULO XXIX.

De como Cervantes pudo creerse entre cristianos.

Era esta dama de tal manera parecida á doña María, que se la hubiera tomado por su retrato.

No habia otra diferencia que alguna en la edad aparente, y muy poca en la frescura.

Más que otra cosa, parecian hermanas.

Doña Blanca de Salazar (ya sabemos que así se llamaba la esposa del hagib Morato), estaba vestida á la morisca, como no podia ménos de estarlo y sobrecargada de joyas, como todas las mujeres de los moros ricos.

Pero recibió á Cervantes ni más ni ménos que como le hubiera recibido una dama española.

Le dió la mano que Cervantes besó.

Le hizo sentar junto á ella en el diván y le miró con una profunda atencion, con una gran curiosidad.

Al cabo de algunos instantes, dijo:

—Veo que mi hija no se ha engañado en el retrato que me ha hecho de vos: en cuanto á mí, yo me alegro de conoceros.

—No me alegro yo ménos, dijo tambien en español Morato, aun que bien quisiera que no nos hubiéramos conocido aquí, y manchado yo por mi aparente apostasía.

—Desgracias nos han acontecido á todos, dijo doña Blanca, que de todos nuestros actos nos disculpan: en fin, y para no pensar en esto, que ya no tiene remedio, sabed, señor Miguel de Cervantes, que á pesar de las apariencias, en una casa de cristianos estais, y que esta casa es muy vuestra.

—Y yo, señora, respondió Miguel de Cervantes, cautivo ó no, soy y seré vuestro más humilde y respetuoso criado.

—Alzad el vuelo, señor Miguel de Cervantes, que más que criado mio os quiero yo, dijo sonriendo doña Blanca; y puesto que es ya tarde, y por haber pasado la hora de costumbre tendreis apetito, á cenar vamos, y de sobremesa, sin que nadie que pueda denunciarnos pueda oirnos, hablaremos á nuestro placer.

—Tanto más, dijo Morato, que yo le he convidado.

—No me quiteis el mérito del convite, que mio ha sido, padre mio, dijo doña María.

Y besó á Morato en la frente.

El renegado se estremeció.

Besó á doña María en la mejilla.

Luego, todos siguieron á doña Blanca.

Llevólos ésta á una cámara magnífica, aun que de poca extension, en medio de la cual habia una mesa redonda, de la altura de las de España, y servida completamente á la española.

Tal vez esto era porque Cervantes habia sido convidado.

Hacia ya años que Miguel no habia visto una cosa semejante, y se le entristeció el alma.

—Antes de que nos sentemos á la mesa, y porque comais con más gusto, dijo doña Blanca, venid conmigo, señor Miguel de Cervantes.

Y entrando con él en una cámara inmediata, oprimió el resorte de una puerta secreta, y tan disimulada, que nadie hubiera podido apercibirse de ella, y entraron en un pequeño oratorio.

En él habia tres altares.

Uno al fondo.

A cada uno de los lados otro.

En el del fondo habia un gran Crucifijo, casi de tamaño natural.

Delante de este Crucifijo ardia una lámpara.

En el altar de la derecha habia una imágen de la Vírgen de los Dolores, mostrando las siete espadas clavadas en el corazon.

En el de la izquierda un sombrío *Ecce-homo*.

—Hé aquí lo que os dice bastantemente, señor, dijo doña Blanca con acento melancólico y triste, que estais en una casa de cristianos, y que nuestra fé nos tiene constantemente en el peligro de ser martirizados; pero no importa: una vez descubiertos, sufriríamos con resignacion el martirio.

—Dios os sacará triunfantes por vuestra fé de todas vuestras desgracias, dijo Cervantes.

—Esta capilla está consagrada, dijo doña Blanca; y en una pequeña sacristía, á que conduce aquella puertecilla, hay ornamentos y vasos sagrados. Alguna vez que su cruel amo libra de sus hierros al virtuoso y santo sacerdote don Antonio de Sosa, y por la ciudad andar le deja, viene aquí, y celebra para nosotros, secretamente, el santo sacrificio de la misa. El dia que esto sucede, sentimos una felicidad inmensa.

Doña Isabel se arrodilló.

Cervantes se arrodilló tambien.

Ambos oraron durante algunos minutos.

Se alzaron en fin.

Algo conmovedor lucía en el semblante de doña Blanca.

Salieron.

Doña Blanca cerró la puerta secreta.

Volvieron á la cámara donde la mesa estaba servida.

—Ahora que no podeis dudar de que estais en casa de cristianos, aun que con todas las apariencias musulmanas, cenemos. Podemos hablar libremente. Todos los esclavos y esclavas están recogidos, y léjos, y quien nos vá á servir, es una cristiana como nosotros, y parienta nuestra.

Doña Blanca hizo sentar á Cervantes sobre cuatro ó cinco cogines que daban la altura de una silla.

A su derecha se sentó ella.

A su izquierda doña María.

Frente á él, Morato.

Doña Blanca llamó.

Apareció en el momento, vestida á la morisca, con su luenga túnica parda y una toca blanca en la cabeza, una señora, que tal podia llamársela por la distincion, y ya de edad provecta.

Era aquella doña Inés Gomez de Salazar, que habia ido á España, pasando por parienta de doña María, ó doña Magdalena, como queramos llamarla.

Llevaba en las manos una gran fuente de plata que puso sobre la mesa.

Estaba llena de alcuzcúz.

El alcuzcúz es una pasta hecha con flor de harina, manteca y miel de abejas, hecha granos más ó ménos grandes, cocidos despues con leche.

Es un plato exquisito cuando está bien hecho.

Una especie de arroz con leche español.

Doña Blanca llenó las copas de un admirable vino tinto de Baza.

Bebieron sin empacho alguno.

Como que cenaban á la usanza cristiana y nadie los veia.

Tras el alcuzcúz, que bien se hubiera podido dejar para postre, vinieron los *ántes*, (lo que despues se llamó *principios*, porque se servian, no despues, sino ántes de la olla podrida).

Estos *ántes*, consistian en carne, pescados y aves.

Luego salió á luz una magnífica empanada de olla podrida, á la que no faltaba nada; ni aun los chorizos y la albóndiga.

Despues salieron las ensaladas, las frutas secas, los quesos, las frutas frescas, las confituras.

Se sirvieron con los postres exquisitos vinos generosos de España, Italia y Francia.

No sólo habia cenado á la española Miguel de Cervantes, sino que tambien de una manera suculenta, como en una casa rica donde se sabian tratar bien.

Durante la cena hablaron libremente de las cosas de Argel, de los propósitos que podia tener España sobre el turco, y de las esperanzas de Morato de salir con bien de aquella tierra, en que todos ellos, aun los que no lo eran, podian considerarse como cautivos.

Doña Inés Gomez de Salazar, que los escuchaba, era persona de confianza, y echaba tambien su cuarto á espadas.

Era ya muy avanzada la noche.

Cuando se levantaron de la mesa, ambas señoras se despidieron de Cervantes para recogerse.

Éste quedó solo con Morato.

Le condujo á través de la enorme y rica casa, al mismo lugar en que le habia dejado anteriormente.

—Aquí os quedareis, le dijo: quien os ha de guiar por el camino que falta, no tardará en venir.

Y con el gesto profundo como la vez anterior, salió.

Cervantes se quedó solo é impaciente.

Esperaba á doña Magdalena.

En efecto, poco despues doña Magdalena llegó.

Pero venia en traje de hombre.

CAPÍTULO XXX.

En que se vé que doña Magdalena era uno de los jefes de una sociedad secreta.

—¿Qué es esto? dijo Cervantes, al ver con aquel traje á doña Magdalena.

—Esto es, amigo mio, dijo ella; que yo quiero demostraros que no os he ofrecido en vano ayuda: vamos á ir á un lugar, en el que os alegrareis de encontraros. Seguidme.

Cervantes se fué en seguimiento de doña Magdalena.

Ésta le sacó de la casa, abriendo y cerrando por sí misma las puertas.

Cuando estuvieron fuera, doña Magdalena dijo:

—Vamos á la Alcazaba.

Se pusieron en marcha.

—Vos debeis, dijo doña Magdalena, hacer que Hassan-Agá os vea ántes de que se recoja.

—Ya se habrá recogido, y Abigail me habrá disculpado.

—Es necesario que salgais con Abigail.

—¿Con Abigail?

—Sí; necesito hablarla.

—Será como vos lo quereis, hermosa mia.

—Andemos de prisa, que es ya tarde, y necesitamos llegar ántes de que se recojan, á la casa del arraez Arnaute-Mamí.

—¿Y para qué?

—Ya lo vereis: pero andemos de prisa.

Apretaron el paso.

Poco despues llegaron á la Alcazaba.

—Aqui os espero, dijo doña Magdalena; no tardeis en volver, y con Abigail.

—¿Y aquí os vais á quedar?

—Sí; ¿qué importa?

—Pudiérais tener un mal tropiezo.

—Id tranquilo: Argel me conoce.

—Los turcos vagan de noche, y cometen excesos; como que son los soldados del sultan, cada uno de los cuales se cree un bajá.

—Nada temais por mí, respondió doña Magdalena: aquí espero.

Cervantes no se atrevió á insistir.

Entró, pero cuidadoso.

Los alrededores de la Alcazaba no eran muy seguros.

Estaba rodeada, por la parte de la ciudad, de callejuelas estrechas y tortuosas, cruzadas acá y allá por arcos, que las hacian de todo punto sombrías.

Entre aquellas callejuelas habia una plazuela, conocida por la de Ain-al-nossur *(fuente de las Aguilas)*, y en ella, al lado de la fuente, que estaba en un ángulo, se alzaba un casaron de ladrillo y madera, que, á pesar de las ordenanzas de la ciudad, que mandaban que despues de la oracion de la noche, estuviesen cerradas todas las casas y apagadas todas las luces, continuaba franca, como si fuese de dia, para todo el que queria entrar y salir, que no tenia necesidad de otra cosa que de empujar la puerta, detrás de la cual, acurrucado en una especie de nicho ó agujero, habia un negro, cojo y jorobado, al que se daban algunos tarines, merced á los cuales se podia penetrar en el interior de aquella casa.

Una vez en su patio, que precedia á las habitaciones, se veian en el alto muro algunos ajimeces, por cuyas celosías se dejaba ver el leve resplandor de una luz.

Con mucha frecuencia estas luces iban y venian.

No era tampoco raro oir el sonido de una guzla, acompañando á una voz de mujer más ó ménos fresca, más ó ménos sonora, que cantaba canciones no muy edificantes.

Alguna vez era un hombre el que se oia cantar, á la manera de nuestros *cantaores* de Andalucía. No era raro que se oyese dentro estruendo de zambra, ni tampoco el que saliesen arremolinados dándose de puñaladas, algunos hombres revueltos con mujeres, que no lograban ponerlos en paz.

Aquella casa era la mancebía de Benadux.

Este Benadux era un viejo renegado judío, que con la hermosura de las pobres esclavas, que adquiria en la montaña por muy poca cosa, y con la usura y los latrocinios, se habia enriquecido.

El alcalde del barrio, (esta autoridad que tenemos nosotros, nos viene de los árabes), á pesar de que no debia consentirlas, consentia por dinero las contravenciones de la ley, que el renegado Benadux se permitia en su casa.

Además del dinero que recibia, se le obsequiaba cumplidamente cada vez que en la mancebía penetraba, que era muy amenudo.

A pesar de la proteccion del alcalde, Benadux, cogido algunas veces en graves faltas, ó por haber ofendido á alguno que era más poderoso para con el dey que el alcalde de barrio, habia sido multado y preso, y aun azotado, siendo llevado para este efecto en burro por todas las calles y plazas más públicas de la ciudad.

La costumbre, ó más bien la ley de los azotes nos vino de los moros, como otras tantas y tantas cosas que aun conservamos.

Toda la gente rica y licenciosa de Argel, y los turcos del dey, y los hombres de vida airada, eran concurrentes asíduos de la mancebía.

Allí se llegaba á toda clase de desórdenes, se jugaba, y aun (¡horror para el Korán!) se bebia vino y se comian manjares condimentados con tocino.

De modo que la ira de Dios, segun decia el *faki* de la mezquita inmediata,

cuando los *giumas* (viernes) explicaba desde el *mimbar* (púlpito) los preceptos de la ley á los creyentes, estaba perennemente suspendida sobre aquella casa maldita.

Esto no estorbaba el que este mismo virtuosísimo *faqui,* en cuanto cerraba la noche, se fuese, muy envuelto en su albornoz negro, (era de la antigua é ilustre familia casi sagrada de los Almoravides ó Servitanos), se metiese en la mancebía y en una de sus recónditas celdillas, donde bebia vino y comida tocino, como cualquiera otro creyente extraviado.

La extraña frase de: *Haz lo que yo te diga, y no mires lo que yo haga,* estaba tambien muy en boga entre los sacerdotes musulmanes.

Es una manera tan buena como cualquier otra de quedar bien con la moral.

Muchos cautivos cristianos, á los cuales sus amos dejaban con cierta libertad, acudian tambien á la mancebía, perdiendo sus almas, y con más frecuencia sus cuerpos, y preparándose, por toda clase de licencias, á la apostasía.

Concurrian tambien rufianes y ladrones, y allí se proyectaban la mayor parte de los robos que con gran frecuencia en la ciudad se hacian.

Por esto Cervantes, que conocia harto bien las costumbres de Argel, habia dejado con inquietud á doña Magdalena fuera de la Alcazaba, en una callejuela inmediata á la plaza de Ain-al-Nossur, y por consecuencia, de la mancebía de Benadux.

Doña Magdalena sabia tambien el lugar en que se encontraba.

Pero no tenia miedo.

No tenia por qué tenerlo.

Llevaba consigo un doble talisman.

Cuales eran estos dos talismanes, lo veremos muy pronto.

Apénas habia pasado la poterna de la Alcazaba Cervantes, cuando se oyó el agudo sonido de un silbato.

Aquel silbido que se habia extendido penetrante y poderoso en el silencio de la noche, le habia producido doña Magdalena, vuelta hácia el fondo de la callejuela que iba á desembocar en la plaza de Ain-al-Nossur.

Apénas habia resonado este silbido, cuando de entre la sombra salió una especie de fantasma alta y blanca.

Se acercó.

—¿Quién eres tú que llamas á los *hermanos del Tigre?* dijo aquel fantasma, con una voz gutural, ronca y destemplada.

—La eternidad es oscura, y en su fondo, invisible á los hombres, arde la ira de Dios, dijo doña Magdalena.

Estas palabras eran una seña.

Uno de los dos talismanes que doña Magdalena poseia.

—Dios te bendiga, enviado de Alláh, dijo el fantasma.

Esto era la contestacion de la seña.

Podia decirse que estaban frente á frente, capitan y soldado.

Algo más aun: señor y esclavo.

—Estad prontos, dijo doña Magdalena: y para que me obedezcas mejor, toca.

Y sacando de entre su faja una cajita plana de poco grueso y triangular, la puso en las manos del fantasma.

Éste sacó de debajo de su albornoz una linterna, la abrió y examinó la cajita.

La abrió.

Dentro habia una estrella de oro, formada por dos triángulos cruzados.

En cada una de las seis puntas habia un diamante triangular.

En el centro un rubí en forma de estrella.

El fantasma se doblegó, y dijo cerrando la linterna y entregando la cajita, que era su segundo talisman, á doña Magdalena:

—Poderoso señor, manda; tu siervo está ante tí.

—Véte con cincuenta *hermanos* á ocultarte junto á la casa del arraez Arnaute-Mamí.

—Iré, señor invencible.

—Deja entrar á los que llegaren, dijo doña Magdalena, pero apodérate de todo el que saliere y no te dejare oir la seña de la hermandad.

—Muy bien, poderoso señor.

—Véte.

El fantasma se fué.

Como acaba de verse, doña Magdalena estaba en contacto con una terrible sociedad secreta, ó más bien, era uno de los jefes de aquella sociedad.

En todas partes y en todos los tiempos ha habido y hay sociedades secretas.

Porque en todas partes y en todos los tiempos ha habido conspiraciones, y para llevarlas á cabo, secretas alianzas.

No pasó mucho tiempo desde que el *hermano del Tigre* se separó de doña Magdalena, hasta que sobrevinieron Cervantes y Abigail.

Ésta venia cuidadosa.

Como doña Magdalena no le habia encargado el secreto, y Cervantes no sabia mentir, habia contado á Abigail su visita á la casa del arraez Maltrapillo, lo que en ella le habia acontecido, y que doña Magdalena, en traje de hombre, los estaba esperando.

Abigail habia conocido en Roma á doña Magdalena en casa del cardenal Aquaviva; y como hermana suya.

Abigail y doña Magdalena se habian llevado muy bien, hasta el momento en que, en el palacio de Atri, la habia obligado, junto con Staglioni, á tomar el narcótico que la habia hecho pasar por muerta á los ojos de doña Magdalena.

Por lo demás, Abigail no habia tenido anteriormente ocasion de tener celos de doña Magdalena.

Ésta, viendo á Cervantes consagrado á su hermana Beatriz, habia devorado su amor.

Sin embargo, la presencia de doña Magdalena en Argel, como hija del hagib Morato, habia puesto muy en cuidado á Abigail.

Podia suceder muy bien que doña Magdalena se hubiese enamorado de Cervantes.

Abigail sabia muy bien cuánto era hermosa y tentadora doña Magdalena.

Sin embargo, astuta siempre, y siempre dueña de sí misma, cuando se acercó á doña Magdalena, tendióla las manos y la dijo:

—Dios os guarde, hermana mia: no creia yo ciertamente, que tendria la felicidad de encontraros en Argel.

—Pues aquí me teneis, gracias á la misericordia de Dios que nos favorece, porque yo puedo mucho, y haré mucho por vosotros.

—Muchas gracias, hermana mia, dijo Abigail: ahora, permitidme que os manifieste mi asombro: yo os creia hermana natural de monseñor de Aquaviva, y ahora, segun mi muy querido *esposo* me ha dicho, os encuentro hija del hagib Morato.

—Esas son historias, dijo doña Magdalena, que conocereis en mejor ocasion, hermana mia. Lo que importa mucho es que cuanto ántes vayamos á la casa del arraez Arnaute-Mamí, que esto conviene para la buena prosecucion de la empresa en que os habeis metido vuestro esposo y vos.

—¿Sabeis que nosotros estamos empeñados en una empresa? dijo con cuidado Abigail.

—Por fortuna para vosotros, porque sin mí, esta empresa os seria muy difícil, y tan peligrosa, que tal vez os llevaria á la muerte. Pero no perdamos tiempo; seguidme, y silencio.

Y se puso en marcha.

Cervantes y Abigail la siguieron.

Ambos iban profundamente preocupados.

Doña Magdalena tiró hácia la parte baja de la ciudad.

Un bulto que habia salido de la Alcazaba, sin ser notado de Cervantes ni de Abigail, les siguió.

Ya sabemos que estaban vigilados.

Doña Magdalena llegó, en la parte baja de la ciudad, á la plaza de los *Alfaraces* (caballeros), y llamó á una gran casa que en ella habia, cerrada por la parte de afuera por un alto muro almenado, y en el cual no habia más perforaciones que una puerta de herradura, y sobre ella un doble ajimez.

Aquella era la casa del arraez Arnaute-Mamí.

CAPÍTULO XXXI.

En que, á causa de doña Magdalena, se ponen muy en ansiedad Cervantes y Abigail.

Aquella casa era inmensa.

Por la parte posterior tenia un gran jardin, cuyos muros daban á la marina.

En este jardin estaba el baño en que Arnaute-Mamí encerraba sus cautivos que eran numerosos.

Doña Magdalena llegó decididamente á la puerta de la casa, y tiró de una cuerda, que pendia por la parte exterior.

Sonó inmediatamente una pequeña campana.

Poco despues se abrió la puerta y apareció un esclavo.

—¿Qué quereis? preguntó con un feroz gruñido.

—Vengo á ver á tu amo, con estos mis amigos, dijo doña Magdalena: yo soy de la casa del arraez Maltrapillo.

A este nombre, que conocian harto todos los argelinos, que sabian que el otro dey de Argel era el hagib Morato, la expresion grosera y amenazadora del esclavo desapareció para trocarse en la más profunda humildad.

—Pues vienes á mal tiempo, noble señor mio, dijo el esclavo, porque mi amo está en el baño de los cautivos, donde ha ido á mandar empalar á dos perros cristianos que nos traen á mal traer.

—¡Ah! pues llévanos, llévanos al momento, y de órden del dey, dijo doña Magdalena, al baño de tu señor.

El esclavo cerró la puerta.

Encendió un farol, y se puso en marcha, seguido de doña Magdalena, de Abigail y de Cervantes.

Atravesaron un patio y un cuerpo de edificio, que en su piso bajo se mostraba, no ménos rico que el palacio del hagib Morato, y salieron muy pronto á los jardines que estaban en la espalda de la casa, hácia la parte de la marina.

Allí el farol era inútil.

La luna bañaba de lleno con su dulce luz el bello jardin.

Más allá se veia la mar, argentada por aquella luz pálida.

Al fondo del jardin se veia un muro de poca altura.

Aquel era el baño.

Llegaron y entraron.

Era este baño muy semejante al del dey, aun que más pequeño.

Un patio de doble longitud que su anchura, con una galería de arcos de herradura, y en ella celdillas.

En el centro del patio, con algunos esclavos negros, estaba un moro de larga barba blanca, de fisonomía fria, aun que noble, y vestido con un ancho ropon talar, blanco, que le hacia majestuoso.

Dos de los esclavos, que estaban junto á sí, tenian antorchas en las manos, á pesar de que la noche era muy clara.

Otros dos esclavos estaban al uno y al otro lado del corsario moro, á guisa de guardas, con largos y corvos alfanjes desnudos en las manos.

Otros cuatro esclavos se ocupaban en asegurar en el suelo un terrible banquillo, semejante enteramente á otro que ya estaba asegurado.

Estos banquillos, que se alzaban de la tierra como una vara, y á los que se subia por tres gradas, tenian en el centro una horrible púa de hierro, como de seis pulgadas de diámetro en la base, acabada en punta, y como de una vara de altura.

Este era el patíbulo de la pala.

Ejecucion cruel, de las más horribles que ha podido inventar la ferocidad humana.

Sobre esta pala agudísima se sentaba el desgraciado que debia morir, y en ella se iba clavando por su propio peso, hasta que la aguda punta salia ensangrentada por la cabeza.

Para que esta operacion se hiciese bien, cuando el descenso del cuerpo sobre la pala se detenia en el cráneo, los esclavos verdugos ayudaban con todas sus fuerzas para que la punta saliese por la cabeza, y quedase el cadáver en la posicion que debia quedar.

Al rededor del baño, en la galería, estaban en dobles filas los numerosos esclavos de Arnaute-Mami, aterrados todos porque no sabian para quiénes se preparaban las terribles palas.

Cada cual de ellos podia temer ser uno de los sentenciados.

¿Quién sabia á qué se atrevia el furor de uno de aquellos sanguinarios corsarios de Argel?

Todos ellos enrodaban, empalaban, ahorcaban ó mataban á palos á los cautivos por el más leve motivo, y á veces, por el solo placer de matarlos.

—Afortunadamente hemos llegado á tiempo, dijo doña Magdalena, y los salvaremos.

Y sobre estas palabras, se dirigió á Arnaute-Mami, que era el anciano moro de la barba blanca y de la gran túnica, que presidia aquellos preparativos de suplicio.

—La eternidad es oscura, noble arraez, le dijo doña Magdalena, y la ira de Dios arde en su fondo, sin que puedan verla los hombres.

—Dios solo es Dios, y Dios sólo es creador, dijo Arnaute-Mami, volviéndose y mirando de una manera afable á doña Magdalena. ¿Y quién eres, jóven?

Conocia demasiado á doña Magdalena, y tanto, como que se habia enamorado de ella, y con ella habia querido casarse.

Pero en aquel traje la habia desconocido.

—Yo soy Saruh-Yemal, dijo de manera que nadie pudo oir estas palabras más que el almirante Arnaute-Mamí.

Púsose éste pálido, tembló de emocion, se le encandilaron los ojos, y la dijo:

—¿Y á qué vienes aquí tú, sultana, y en este traje, á buscar á tu esclavo?

—Vengo á buscar al *Tigre de los tigres*, dijo doña Magdalena con serena voz.

Esto significaba que Arnaute-Mamí era el jefe de aquella sociedad secreta de los *Hermanos del Tigre*.

—Ven conmigo si quieres, estrella de la mañana, dijo Arnaute-Mamí.

—No será sin que ántes mandes quitar esas palas: cuando yo vengo á tu casa, no ha de descender á ella la muerte.

—Sea como tú lo quieres, dijo Arnaute-Mamí: que vivan los traidores una noche más.

Y mandó que todos los cautivos se fueran á recoger en sus celdillas.

—Díles ántes de que se recojan, que no se vá á ejecutar á nadie, ni ahora ni mañana, ni de aquí en un mes, para que esos tristes puedan reposar tranquilos.

Arnaute-Mamí se plegó á este nuevo deseo de doña Magdalena.

Los cautivos supieron que de allí en un mes no tendria lugar en el baño de Arnaute Mamí crueldad alguna.

Quedó el baño abandonado, sin más personas que el arraez, doña Magdalena, Abigail, Cervantes y los esclavos que empezaban á desarmar los horribles patíbulos.

—Vamos á un lugar más digno de tí, rosa de Hiram, dijo el almirante, tomando con una exquisita galantería una mano á doña Magdalena.

La condujo.

Detrás se fueron Cervantes y Abigail.

Salieron del baño.

Atravesaron los jardines.

Los precedia con un farol el esclavo portero.

Entraron en el piso bajo.

Allí, en un retrete, del cual daba al jardin una bella arcada, por la que penetraba la luna y las brisas del mar que se veia á lo léjos, se detuvo el almirante.

Una lámpara de seda verde claro, pendiente de la cúpula, esparcia por el retrete su luz amortiguada, produciendo bellísimos efectos en las labores doradas sobre blanco del tapiz de los muros y del rico artesonado.

Como en todas las cámaras de verano de los palacios árabes, en el centro de aquella brotaba una clara fuente.

Al testero principal habia un ancho y magnífico diván flanqueado por dos pebeteros, y acá y allá, sobre pequeñas y bellas alfombrillas, se veian ricos cojines.

Llevó Arnaute-Mamí á doña Magdalena al diván y la hizo sentar en él.

Sentóse él en un cojin.

Hizo seña á Abigail y á Cervantes de que se sentaran.

Estos lo hicieron, á poca distancia del diván, quedando uno á un lado y otro á otro de Arnaute-Mamí.

El esclavo portero habia desaparecido.

El almirante llamó.

Inmediatamente se presentaron algunas hermosas esclavas.

—Traed, les dijo, leche, confites y frutas.

Desaparecieron las esclavas.

—Inútilmente has pedido eso, dijo doña Magdalena, pero te lo agradecemos: acabamos de cenar todos, y no traemos otro objeto, sino el de que nos sirvas en lo que tenemos que pedirte.

—¿Y qué tienes que pedirme, hada del amor? exclamó Arnaute-Mamí.

—Dos cautivos tuyos, dijo doña Magdalena.

—Llévate todos los de mi baño si así te placiere, dijo Arnaute-Mamí; todos ellos no valen lo que mi amigo el gran cristiano estropeado, que fué un tiempo cautivo de tu padre.

Y saludó á Cervantes.

—Tú eres un buen caballero; Emir-al-má, (almirante), dijo Cervantes, y yo te estoy muy agradecido de la buena voluntad que siempre me has mostrado.

—No ha sido todo lo que tú mereces, dijo Arnaute-Mamí, ni lo que merece ese hermoso mancebo que te acompaña.

Abigail saludó.

—Mucho debeis valer, cuando de tal manera os distingue y honra Hassan-Agá, mi señor, dijo Arnaute-Mamí; que ya sé yo que sois inquietos, y que no está muy tranquilo por vosotros el dey.

—Nosotros le servimos cuanto mejor podemos, dijo Abigail, y si recela de nosotros, será á causa de alguna lengua maldiciente.

—Ya más de una vez, dijo con un tono de severidad Arnaute-Mamí, el gran cristiano estropeado ha pretendido fugarse con otros cautivos: Hassan-Agá me dice á cada paso: Yo no sé cómo esto es; pero yo debia empalar á mi cristiano estropeado, y en vez de empalarle, cada dia le pongo más sobre mi cabeza.

—Hassan-Agá, dijo doña Magdalena, es un lobo.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Arnaute-Mamí, mirando de una manera vaga á doña Magdalena.

—Hassan-Agá, continuó ésta, cree que todos somos esclavos suyos.

—¡Ah! ¡ah! exclamó creciendo en vaguedad el almirante.

—Argel estaria mucho mejor gobernado si le gobernaras tú, dijo doña Magdalena.

—¡Silencio!... exclamó Arnaute-Mamí, que aparecia muy conmovido: no sabemos si alguno nos escucha.

En aquel momento entraron seis hermosas esclavas mulatas.

Dos de ellas traian una mesa redonda de poca altura, cubierta con un mantel

muy límpio, y en ella servidas jarras con leche y vino de naranja, confituras y frutas secas.

Dos de ellas traian guzlas, y las otras dos parecian por su traje y por sus adornos, *bayaderas,* esto es, bailarinas.

—Tomad, aunque no sea más que por cortesía, algo de mi refresco, dijo el almirante.

Y llenó cuatro copas de leche y otras cuatro de vino de naranja.

Todos tomaron.

Las esclavas de las guzlas se sentaron en el suelo, y tocaron y cantaron.

Las dos bailarinas se entregaron á un baile muy semejante al fandango.

Pero más pausado á veces; más precipitado otras.

Al fin, las otras dos que habian llevado la mesa, sin que nadie se lo mandara, y como arrastradas por un impulso irresistible, se entregaron tambien al baile.

Entónces este baile se animó de una manera extraordinaria.

Las cuatro giraban al rededor de la mesa, y se inclinaban hácia los convidados y hácia su señor, sonriendo de una manera voluptuosa, y agitando dulcemente los brazos, balanceando sus talles, dejando admirar la redondez de sus caderas.

Al fin aquel baile fué un vértigo.

De improviso, el almirante dió una palmada.

Cesaron las guzlas, cesó el canto, cesó la danza.

—Llevaos eso, dijo Arnaute-Mamí.

Las esclavas se llevaron la mesa y desaparecieron.

Arnaute-Mamí quedó solo con los convidados.

Estos habian tomado muy poco del agasajo, como por no desairar á Arnaute-Mamí.

En cambio éste lo habia hecho muy bien.

Se habia comido casi todo lo que ellos no habian tocado.

Habia cenado.

Se levantó, y salió por uno de los extremos de la sala.

Se oyó á poco el rechinar de un cerrojo.

Apareció de nuevo, atravesó la sala, y desapareció por el otro extremo.

Se oyó otro cerrojo que se corria.

El almirante se encerraba para no poder ser escuchado.

Apareció de nuevo, y fué á sentarse junto á doña Magdalena.

—La traicion nos cerca por todas partes, dijo Arnaute-Mamí, que parecia no tener ojos más que para doña Magdalena; el recelo ha llegado á tal punto, que Hassan-Agá nos corrompe nuestros mismos esclavos, para que le cuenten lo que pasa en nuestra casa. Ninguno puede saber cuánto tiempo tendrá la cabeza sobre los hombros.

—El sultan prepotente y vencedor, dijo doña Magdalena, oiria nuestras quejas si las enviáramos á sus oidos.

—¿Y por qué hemos de quejarnos? dijo el prudente Arnaute-Mamí, que sabia

bien, y por ello sentia una gran envidia, que el arraez Maltrapillo, padre, segun todo el mundo creia, de la hermosa Saruh-Yemal, era el grande amigo, el favorito de Hassan-Agá: ¿acaso el dey de Argel no sirve fielmente al sultan vencedor, que Dios prospere? ¿no es un rayo en la pelea? ¿no tiemblan por él aterradas las playas de los cristianos?

—Hassan-Agá es cruel sobre todas las crueldades, dijo doña Magdalena: ha llegado ya hasta la locura del exterminio: no puede pasar un solo dia sin matar á un hombre; mi padre, á pesar de que el dey le llama su grande amigo, ha llegado á sentir terror por él.

—¿Te envia tu padre? dijo con una mal contenida ansiedad Arnaute-Mamí.

—Ya sabes que lo que yo digo mi padre lo respeta, contestó doña Magdalena.

—Sí, ya sé que en tu casa no hay otra voluntad que la tuya, dijo Arnaute-Mamí: si así no fuera, hace ya algunos años, desde ántes del dia en que partiste, yo no sé para qué, á tierra de cristianos, serias mi esposa.

—No lo ha querido Dios, dijo doña Magdalena, puesto que aun que yo te respete y te reverencie no he sentido por ti el amor que era necesario que yo sintiese para ser tu esposa.

Suspiró profundamente Arnaute-Mamí, y miró con una mayor intensidad á doña Magdalena.

Cervantes se sentia incómodo.

Abigail celosa.

Veia que á Cervantes le sentaban muy mal las enamoradas galanterías que, sin rebozo alguno, prodigaba á Saruh-Yemal Arnaute-Mamí.

Observaba tambien que las miradas de doña Magdalena se volvian con demasiada frecuencia hácia Cervantes, impregnadas de un no sé qué de dulce y ardiente.

Abigail se iba convirtiendo en demonio, como siempre que se sentia contrariada en el alma, y sobre todo en su amor á Cervantes.

—Yo no creo que un arcángel como tú quiera armarme una trampa de lobo, dijo el almirante.

—Para perderte, Emir-al-má, exclamó doña Magdalena, no tendria yo necesidad de otra cosa que de pedir tu cabeza á mi padre: para dármela, se la pediria mi padre al dey, que no se la negaria.

—Es verdad, hurí del paraiso, exclamó Arnaute-Mamí: tú eres señora de la vida y de la muerte, para mí y para todos los que en este Argel vivimos, y aun más allá: debo creer, pues, en la sinceridad de tus palabras.

—Harás bien en creer en ellas, como yo he creido que podia confiarme á ti, contando con tu lealtad.

—Antes de perderte, si eso fuese posible, sultana, dijo Arnaute-Mamí, me dejaria yo atenacear y despedazar luego por cuatro potros.

—Nosotros somos poderosos, dijo doña Magdalena: nosotros somos los hermanos mayores de la cofradía, de la terrible *Hermandad del Tigre:* hace mucho

tiempo que tú conspiras contra el dey; pero no tienes bastante fuerza: tú deseas que el sultan ciña á tu cabeza la corona de Argel.

—¡Calla!... ¡calla!... exclamó el almirante, que nos puede oir el aire.

—No podemos rebelarnos contra él, dijo doña Magdalena, porque esto seria rebelarnos contra el Gran Señor á cuyo nombre reina en Argel: no podemos matarle, ni por el puñal ni por el veneno, porque el Gran Señor, que por su valor de leon le ama, nos pediria cuenta de su muerte: pero podemos quejarnos en justicia; podemos poner ante los ojos del sultan las crueldades y las tiranías de ese hombre, y más aun, sus latrocinios, que no son en provecho del sultan, sino en el suyo propio: y el sultan, que es justo y prudente, le llamará á Constantinopla, y teniendo que nombrar otro dey para que en su nombre gobierne á Argel, no hay duda alguna de que tú serás el elegido.

—¿Y por qué no tu padre? dijo afectando la mayor sinceridad el almirante.

—¿Tú ó mi padre, qué más dá? dijo doña Magdalena: ¿pues no eres tú mio? y siendo tú mio, ¿no eres de mi padre?

—Es verdad, dijo Arnaute-Mamí.

—Además, continuó doña Magdalena; mi padre tiene la ambicion satisfecha, y sabe bien que el que reina sufre más que goza: feliz se está en su casa, al lado de su mujer y de su hija: tú eres otra cosa; á tí te deslumbra el reinar.

—Por tí, porque he creido que viéndome dey, me amarias.

—Yo no quiero ser reina más que de un corazon, y ese corazon no es el tuyo, Arnaute-Mamí: en mi corazon, para tí, no hay más que amistad.

Sucedió un momento de silencio.

Arnaute-Mamí estaba muy excitado.

Cervantes no sabia á dónde queria ir á parar doña Magdalena.

Abigail se sentia á cada momento más y más celosa.

—Mucho debes confiar en el cristiano estropeado, y en su amigo Agá-Wazir, dijo al fin el almirante, cuando ante ellos hablas de cosas que pueden traer la muerte.

—Confio yo en ellos como en mí misma, dijo doña Magdalena.

—Pues si tú confias, ¿por qué no he de confiar yo? dijo Arnaute-Mamí.

—Dejemos esto por ahora, que ya, y no tardando, hablaremos largamente de ello, y vengamos á lo que principalmente me ha traido á tu casa.

—Te ha traido el Altísimo para contento mio, dijo el almirante.

—Nada sucede sin que el Altísimo lo quiera, dijo doña Magdalena; he venido á pedirte dos cautivos tuyos.

—Ya te he dicho, alegría de Dios, que puedes llevarte todos los cautivos de mi baño.

—Me basta con solos dos, que son cristianos y españoles.

—¿Cómo se llaman?

—Se llama el uno don César Estéban de Chouzan.

Cervantes se irguió, y á Abigail le dió un salto el corazon.

¿Para qué queria á don César doña Magdalena?

—¡Don César Estéban de Chouzan! exclamó de una manera profunda Arnaute-Mamí: me pides más de lo que yo creia: ¿y quién es el otro?

—Un amigo del primero: un español que se llama Baltasar Carreño.

—¡Otro infame! exclamó Arnaute-Mamí: ellos eran los que yo queria empalar esta noche.

Abigail se habia irritado más y más.

El asombro de Cervantes crecia.

—¿Y qué han hecho esos dos para que determinaras empalarlos, tú, que no eres tan cruel como el dey; tú, que no matas á un hombre si no tienes razon para ello?

—Los he sorprendido en el jardin de mi harem, donde les esperaba, para escapar con ellos, una de mis cautivas más hermosas, y habian ya escalado el muro del jardin del baño.

—¿Y es cristiana esa cautiva? dijo doña Magdalena.

—¡Y tan cristiana! como que es de Roma, cabeza de la cristiandad.

Se sobresaltó Cervantes.

Abigail sintió arder en su alma la ira, y un ódio de demonio.

—¿Y es hermosa esa cautiva? dijo doña Magdalena.

—Despues de tí, portento de belleza, yo no he visto otra mujer más hermosa que ella en el mundo: el mismo Papa me ha ofrecido por ella tesoros, y yo no he querido que se rescate.

Cervantes se acongojó más y más.

¿Qué otra que Paulina podia ser la romana por cuyo rescate ofreciera tesoros el Papa?

El corazon y la cabeza de Abigail eran un infierno.

Pensaba lo mismo que habia pensado Cervantes.

Doña Magdalena notaba la perturbacion de Cervantes y de Abigail.

—Quiero esa cautiva, dijo doña Magdalena: mi padre te pagará por ella y por los otros dos lo que estimes por ellos.

—Estimo únicamente el deseo que por ellos tienes, dijo Arnaute-Mamí: ¿qué puedes tú querer, arcángel, que yo no quiera darte?

—Pues bien: dame esos cautivos.

—En el momento, dijo levantándose el almirante.

—No, ahora no, dijo doña Magdalena: envíalos mañana á mi casa.

—Los enviaré.

—Ahora, mi buen amigo Arnaute-Mamí, dijo doña Magdalena levantándose, adios.

—Deja, sultana, que yo franquée la salida, y que vaya sirviéndote.

Y se levantó y los precedió.

Salió de la sala.

Abrió una puerta.

Poco despues, habiendo atravesado un patio extenso y el exterior, llegaron á la puerta de la casa.

Allí se despidieron.

—No olvides lo que te he dicho, dijo doña Magdalena á Arnaute-Mamí: mañana al amanecer espero á esos tres cautivos en mi casa.

—Los tendrás.

—Que vaya tu *chaya* con una buena bolsa para el dinero.

Llevará una rica bolsa con un presente para tí, dijo el almirante.

Salieron.

El almirante quedó en la puerta, hasta que los tres se perdieron por una oscura callejuela.

CAPÍTULO XXXII.

En que se cuenta la aventura que pasó por Abigail.

Apénas habian entrado en aquella callejuela, cuando cayeron sobre ellos en tropel un gran número de hombres.

Toda defensa era imposible.

Fueron cercados, dominados, sujetos.

Inmediatamente los separaron.

Abigail, conducida á una callejuela inmediata, fué metida en uno de esos palanquines cerrados que usan las moras ricas.

Sus raptores caminaban muy deprisa.

Ella no veia nada.

Sólo sentia, por el movimiento del palanquin, el rápido paso de los que la conducian

Las puertas de la ciudad no estaban cerradas aun.

Los raptores de Abigail se lanzaron al campo.

Eran doce.

Cuatro iban delante.

Detrás otros cuatro que conducian el palanquin.

A seguida los cuatro restantes.

Una vez fuera de la ciudad por la parte de Levante, los robadores de Abigail descendieron rápidamente el repecho que, en suave declive, llegaba hasta la marina, y en llegando á ella, siguieron á gran paso, á la lengua del agua.

De improviso, uno de los que iban á retaguardia se detuvo, se inclinó, se tendió, y pegó el oido á la tierra.

Silbó levemente.

Como hubiera podido silbar una culebra.

Entónces todos los otros hombres, y aun los que llevaban el palanquin, se detuvieron.

—Se nos sigue, dijo incorporándose el que habia escuchado con el oido pegado á la tierra: son dos hombres; seguid los del palanquin adelante; á tierra los otros siete, y prestos para apoderarse de los que vienen.

Los cuatro del palanquin siguieron.

Los restantes, obedientes á la voz del que les habia hablado, y que sin duda era un jefe, se echaron en tierra, aprovechándose de las desigualdades del terreno.

A pesar de que la luna era muy clara, no se les veia.

Sus alquiceles, aun que blancos, con una media tinta parda, se confundian con la arena.

Habia, además, matojos por todas partes, y peñas grises que brotaban, por decirlo así, entre la gruesa arena de la playa.

Muy pronto llegaron dos hombres, rebozados en alquiceles oscuros.

Marchaban á buen paso.

Seguian indudablemente á los raptores de Abigail.

Iban el uno detrás del otro, á una distancia como de diez pasos.

Llevaban al hombro largas espingardas.

Eran de agigantada estatura.

Se metieron, sin reparar en ellos, entre los ocho hombres que estaban tendidos en tierra.

De improviso, y obedeciendo á un fuerte y prolongado silbido, se levantaron y cayeron sobre los otros dos.

En vano quisieron estos oponer resistencia.

Ántes de que pudieran usar de las espingardas habian sido sujetos, atados y obligados á andar.

Los del palanquin se habian detenido á la vuelta de unas altas peñas.

Allí habian esperado.

Los dos prisioneros rugian como tigres cogidos por el leon.

Alguna vez se detenian, se rebelaban.

Las puntas de las espingardas de los otros les obligaban á avanzar.

Cuando llegaron con ellos á donde con el palanquin esperaban los otros, se detuvieron tambien.

Era un lugar áspero y pintoresco.

Entre unas rocas cubiertas de musgo marino, penetraba el mar en un barranco sinuoso, en el que de trecho en trecho habia encharcamientos que formaban pequeñas calas, en las que sólo podian entrar barcos muy chatos.

La brisa, que era muy fresca, rizaba la mar, que iba á romperse con un ruido sonoro en la entrada de este barranco.

Al pié de las rocas quedaba como una cinta de arena, por la que se podia adelantar.

A una órden de su jefe los del palanquin le levantaron y siguieron por el estrecho ribazo.

Los otros, con los dos prisioneros, siguieron tras ellos.

Dejaron atrás dos caletas á la izquierda y tres á la derecha.

Llegaron al fin á un ensanchamiento mayor, que formaba una pequeña ensenada

En ella aparecia un barco negro, largo y estrecho, de muy poca borda, con dos palos y dos grandes velas latinas.

Este barco estaba pegado á las rocas.

Como atracado á ellas.

Los del palanquin continuaron y entraron en el barco.

Los otros, con los dos prisioneros, los siguieron.

Abigail fué sacada del palanquin y metida en el tabuco de proa, que era poco mayor que el palanquin.

La puerta del tabuco, ó más bien la escotilla, se cerró inmediatamente.

Los dos prisioneros habian sido metidos bajo cubierta.

—A la palamenta, dijo entónces el hombre que parecia jefe de aquella gente.

Los galeotes, que dormian sobre los diez y seis bancos de la almadia, despertaron bajo el corbacho del capitan y se asieron á los remos.

Poco despues la almadia, rápidamente impulsada, salia del barranco y ganaba el mar.

Una vez allí los remos eran inútiles

La brisa era bastante para impulsar rápidamente al barco.

Los galeotes recogiero la palamenta.

La almadia costeó hácia el Levante y pronto se perdió tras los accidentes de la ribera.

CAPÍTULO XXXIII.

En que se vé el dédalo en que estaba metido Cervantes.

En cuanto á Cervantes, los que le conducian en peso, le llevaron dando vueltas por las solitarias callejuelas de la ciudad.

Al cabo de media hora se detuvieron con él cerca de la Alcazaba.

Allí le dejaron en tierra.

—Señor Miguel de Cervantes, le dijo uno que sin duda era renegado, porque hablaba el español como si hubiera sido su lengua nativa, y con un marcado

acento de castellano viejo: se os vá á desatar: no os dejeis llevar de vuestro valeroso aliento, porque nada conseguiríais; somos diez contra vos, y no teneis armas. Cuando nos hayamos alejado, encontrareis vuestro yatagan, vuestra gumia y vuestros pistoletes á la vuelta del cabo de la Torre Negra. La Alcazaba no se ha cerrado aun. Meteos en ella, y haced como si no supiérais nada de lo que ha acontecido. Esperad á que se os avise. Alentad. Estais en muy buenos términos.

El hombre que acababa de decir estas palabras á Cervantes era de elevada estatura.

Le envolvia un albornoz pardo, y con su capúz se cubria completamente el semblante.

Apénas acabó de hablar, cuando, así como los otros, volvió á Cervantes las espaldas, y todos dieron á correr.

Cervantes permaneció por algun tiempo inmóvil.

La aventura que por él acababa de pasar era de tal manera grave que no sabia qué pensar de ella.

La importancia de esta aventura dominaba á la cólera que le habia causado el verse acometido de improviso por un número de hombres á que no habia podido resistir, y tanto más, cuanto que le habian sujetado, cogiéndole de improviso, ántes de que hubiese podido echar mano á sus armas.

¿A quién habian obedecido aquellos hombres que le habian sujetado, y arrebatado y conducido en peso, y que habian acabado por llevarle á la misma puerta de la Alcazaba?

Al ser sorprendido Cervantes habia creido que aquellas gentes eran de Hassan-Agá.

Pero no podia continuar creyendo esto, cuando sus raptores le habian dejado libre á la puerta de la Alcazaba.

Además, se le habia hablado con respeto, y se le habia dicho que todo iba bien.

Dándole vueltas á su pensamiento, Cervantes creyó que aquella aventura habia sido cosa de doña Magdalena.

Tal vez doña Magdalena, enamorada de él y celosa de Abigail, habia querido librarse de ella.

Ó tal vez habia temido que Abigail pudiese vender el secreto, y se habia asegurado, apoderándose de ella, para lo cual se habia apoderado tambien, aunque momentáneamente, de Cervantes.

Éste sabia que habia una *Hermandad del Tigre*, de la cual doña Magdalena era uno de los *hermanos* mayores.

Cervantes estaba extraordinariamente cuidoso.

Sonó entónces el redoble de un atambor dentro de la Alcazaba.

Esta era una señal de que la Alcazaba iba á cerrarse.

No se podia detener Cervantes.

Se le habia avisado de que se entrase en la Alcazaba, é hiciese como si absolutamente no tuviese noticias de lo que habia acontecido.

Tal vez era prudente seguir este aviso.

Se fué á la vuelta del cabo de la Torre Negra, y allí, en un oscuro rincon, encontró su yatagan, su gumía y sus dos pistoletes.

Se ciñó sus armas, y entró en la Alcazaba á tiempo que el alcaide cerraba la puerta.

Nada habia que extrañar de que uno de los cautivos del dey, que pertenecia á su servidumbre inmediata, y que gozaba de su favor, volviese de afuera á la misma hora en que la puerta de la Alcazaba se cerraba.

Cervantes se fué á la habitacion que, con Abigail, cerca de las de Hassan-Agá tenia, y sintió no sabemos qué frio en el alma al encontrarse allí solo.

Amaba á Abigail.

No podia ménos de amarla.

Abigail lo habia sacrificado todo por él.

Habia llegado por él hasta el horror.

La duda de lo que podia haber sido de Abigail le torturaba de una manera dolorosísima.

No era de esperar que Abigail volviese.

No era posible creer que para soltarla, como á él le habian soltado, la hubieran arrebatado.

Además, la Alcazaba estaba ya cerrada.

Cervantes sentia una ansiedad infinita.

La empresa en que se habia aventurado era de una tal magnitud, que todo lo temia.

Tal vez habia fracasado aquella empresa.

Tal vez doña Magdalena, á la que habia vuelto á encontrar de una manera tan extraordinaria, se habia servido de ella.

Cervantes no comprendia á doña Magdalena.

Era, pues, Cervantes, todo confusiones.

No sabia á qué atenerse.

Qué hacer, ni qué dejar de hacer.

Y al par de todos estos cuidados, sentia un placer inaudito por haber encontrado á doña Magdalena.

En medio de la perturbacion de su espíritu, le acometia otra ansiedad.

Delante de él, doña Magdalena habia pedido á Arnaute-Mamí dos cautivos y una cautiva.

Los dos cautivos eran dos enemigos á muerte de Abigail.

Don César Estéban de Chouzan y Baltasar Carreño.

La cautiva era una hermosísima jóven romana, por cuyo rescate se habia interesado el mismo Papa.

¿Era Paulina, la jóven *Fornarina*?

¿Era Beatriz de Aquaviva?

De ninguna de las dos habia vuelto á saber Cervantes.

Sabia únicamente que el cardenal de Aquaviva habia muerto, como quien dice, en la flor de su juventud.

Es necesario convenir en que lo que le acontecia á Cervantes, era para volver loco á otro que no hubiese tenido la sangre fria y el gran valor que tenia él.

Pensó en si, para cubrir las apariencias, debia avisar ó no á Hassan-Agá, de que Abigail no estaba en la Alcazaba.

Consultando estaba esto consigo mismo, cuando llamaron muy quedo á la puerta.

Se levantó Cervantes del lecho donde se habia arrojado, fué á la puerta y la abrió.

Entró una ruin persona.

Un negro viejo y jorobado, vestido completamente de rojo.

Aquel negro servia en el harem de Hassan-Agá.

CAPÍTULO XXXIV.

En que Cervantes se vé en una situacion comprometida.

Se llamaba aquel jorobado Alí-Kabur, y por sobrenombre, á causa de su figura, el *Ximio.*

Entró y miró en torno suyo con aire misterioso.

El lecho de Abigail estaba intacto.

—¿Qué es del buen Sidy-Agá-Wazir? dijo el Ximio, fijando sus penetrantes y móviles ojillos en Cervantes.

—¿Quién te envia? le preguntó éste.

El Ximio dilató los largos y gruesos labios de una manera extraña.

—Tú eres hechicero, gran cristiano, dijo Alí-Kabur.

—Bien... ¿y qué?... contestó Cervantes.

—Haz que Sidy-Agá-Wazir duerma el sueño de los *siete durmientes*, á lo ménos por esta noche, como le duerme el invencible Hassan-Agá, nuestro señor.

—Explícate, dijo Cervantes.

El jorobado miró en torno suyo con recelo.

—Es necesario que nadie nos oiga, dijo.

—Nadie puede oirnos, respondió Cervantes.

—Pero Agá-Wazir...

—No hay que pasar cuidado alguno por él: Agá-Wazir está donde le retendrán largo tiempo.

—Sígueme entónces, dijo el Ximio.

—¿A dónde?

—No puedo decírtelo: pero eres muy afortunado.

—No te seguiré si no me dices á dónde he de ir.

—Yo creo que vas al paraíso.

—¿Me llama acaso la hermosa Fátimah?

—Tú lo has dicho.

—¿Pero es así, en efecto?

—Tú lo has dicho: sígueme.

Cervantes reflexionó.

—Te sigo, dijo al fin, colgándose el yatagan y metiendo en su faja la gumía.

Salió con el Ximio, cerró la puerta de su aposento y guardó la llave.

La parte de la Alcazaba que habitaba Hassan-Agá, y que propiamente podia llamarse el alcázar, estaba completamente desierta, oscura y silenciosa.

No habia más luz para poder andar con desembarazo, que la de la luna, que penetraba por algun ajimez, por alguna celosía, tal vez por alguna galería.

El Ximio llegó á una de estas galerías que daba sobre el jardin del harem.

Se desenrrolló de la cintura una cuerda anudada y la ató á una de las columnas.

—Yo no necesito de esto para subir y bajar, dijo, porque yo, en efecto, soy un Ximio: pero tú no podrias hacer otro tanto: tal vez ni aun por nada de este mundo podrias descender: si no puedes, te descolgaré yo.

—Sí puedo, dijo Cervantes.

Y para probar su dicho, se sentó en la balaustrada y asió la cuerda.

Luego se deslizó á lo largo de ella.

Llegó al jardin.

El jorobado, que se habia quedado en la galería, desató la cuerda, la dejó caer, y luego él se deslizó de la galería abajo, de la misma manera que hubiera podido deslizarse un mono.

Recogió la cuerda y se la enrolló otra vez á la cintura.

Se puso de nuevo en marcha.

Pero no tomó hácia las habitaciones del harem, sino que se dirigió al muro del jardin que comunicaba con el jardin del baño de los cautivos del dey.

El jardin estaba frondoso, con una vegetacion exhuberante.

Avanzaba por una senda, entre altos rosales cargados de rosas, que dejaban sentir un delicioso perfume, que se mezclaba con el olor marino que traia la brisa.

Al salir de aquel florido sendero, se encontró Cervantes en un pequeño espacio despejado, rodeado, á alguna distancia, de frondosos vallados.

En el centro de este espacio habia un gigantesco nogal.

Sentada á su pié, iluminada de lleno por la luna, habia una mujer, cuyas joyas, que eran muchas y ricas, lanzaban pálidos destellos.

Aquella mujer era Noemí.

Al ver á Cervantes se puso de pié.

Su alta estatura hacia que el desarrollo de sus formas no perjudicase á su belleza.

Era una magnífica Niove.

—¡Ah! ¡bendito sea Alláh, que me permite que al fin te vea!... dijo yendo á Cervantes y cogiéndole las manos.

—Si, pero si quieres hablar tranquilamente con el cristiano estropeado, dijo el Ximio, necesario será que los dos vengais conmigo al lugar que os tengo prevenido.

Cervantes vió venir otra nueva aventura, y gravísima.

Noemí fijaba en él una mirada profunda y candente.

Parecia como extraviada.

—¿Tienes confianza en este hombre? la preguntó Cervantes.

—Sí, contestó Noemí: él ama la libertad: quiere volver á ver á los hijos que dejó en su tierra.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡la libertad!... exclamó el Ximio: ¡qué hermosa es la libertad!... tú y el gran cristiano sereis libres tambien...

—Guíanos, dijo Noemí.

Alí-Kabur siguió el muro de los jardines, hácia el Levante.

Llegó á un estrechísimo postigo.

Se detuvo ante él.

—Yo he limado, dijo, los cerrojos y las cadenas de este postigo, y nada puede impedirnos ya la salida: esperad sin embargo; voy á sacar de donde le tengo escondido, el saco de cuero que tú me entregaste anoche, sultana.

Y se alejó.

Desapareció entre los arbustos.

—¿Es esto una fuga, Noemí? exclamó Cervantes.

—Sí, una fuga, y una fuga contigo, exclamó Noemí, que se mostraba muy agitada. Tengo miedo: ¡cuánto tarda el Ximio!

En aquel momento apareció éste.

Venia cargado con un saco de cuero que debia ser muy pesado, porque le agobiaba.

Esta aventura contrariaba todos los proyectos de Cervantes.

Habia saltado de repente delante de su paso.

Pero, ¿cómo abandonar á Noemí, que habia tomado ya una resolucion decisiva?

Por más que esta resolucion causase una gran extrañeza á Cervantes, por más que terriblemente le contrariase, no podia abandonar en una situacion tal á Noemí.

El Ximio, sin dejar su carga, abrió el postigo y salió.

—Seguidme, dijo, pronto estaremos en seguridad.

Y echó á andar á gran paso, como si absolutamente no hubiese sentido el gran peso que soportaba.

Bajaron por un estrecho y pendiente barranco hácia la marina.

Al llegar á la mitad de aquel barranco, el Ximio silbó.

De una de las quebraduras del barranco salió un beduino con un camello.

El animal se arrodilló como para recibir la carga.

El Ximio puso sobre su aparejo el saco.

Pendientes á uno y otro lado del aparejo, habia dos asientos.

—Subid, dijo el Ximio á Noemí y á Cervantes.

Ocuparon los dos asientos.

Entónces el camello se levantó.

El beduino dió al Ximio una de las dos espingardas que llevaba al hombro, asió el ronzal del camello, é inmediatamente se emprendió la marcha, siguiendo por la costa hácia el Levante.

Cervantes habia acabado por creerse presa de un sueño.

Eran demasiadas aventuras.

No veia á Noemí, que iba en el asiento de la derecha.

Pero la oia gemir y suspirar profundamente.

No se explicaba aquella situacion.

No sabia por qué se encontraba envuelto en ella.

El beduino marchaba con una gran velocidad, para no hacer tarda la marcha del camello.

Con no ménos velocidad iba tras ellos el Ximio.

Al fin el beduino se detuvo en la punta de una ensenada.

En aquella ensenada habia una galeota.

El Ximio lanzó un grito agudo.

De la galeota contestaron con otro grito semejante.

Lanzaron en seguida el esquife al agua.

Llegaron y atracaron.

Noemí y Cervantes entraron en el esquife.

Cervantes no sabia lo que pasaba por él.

Habia seguido á Noemí por nobleza.

¿Pero era aquello salir de su cautiverio ó entrar en otro mayor?

El Ximio puso en el esquife el pesado saco.

Dió algunas monedas al beduino.

Luego saltó al esquife.

El beduino saltó en su camello, y se alejó rápidamente hácia el Levante.

—Vogad, y cuanto ántes, á las costas de España, exclamó Noemí, impaciente y ansiosa.

Cervantes se aturdia más y más.

Sentia alegría de una parte.

Tristeza de otra.

Se acordaba de Abigail.

Se desesperaba.

Recordaba á doña Magdalena.

Y en medio de estos recuerdos, saltaban los de Paulina y Beatriz.

El esquife avanzaba raudo, impulsado por cuatro remeros.

Parecian griegos.

Al fin llegaron á la galeota.

Entraron á bordo.

Un jóven corsario salió al encuentro de los fugitivos, y les condujo al camarote de popa.

Poco despues la goleota zarpaba con rumbo á España.

CAPÍTULO XXXV

En que Cervantes cree logrados sus propósitos á causa de su amor.

Apénas estuvieron en el camarote donde el Ximio habia depositado su saco, cuando Noemí se arrojó llorando en los brazos de Cervantes.

—¡Ah! ¡yo te amo! exclamó: yo soy tuya: yo soy libre contigo.

Cervantes la separó blandamente de sí, y la hizo sentar en un diván que habia en el camarote, que estaba adornado de ricos tapices.

Se habia hecho todo lo posible para que en aquella galeota corsaria hubiese comodidades y aun lujo.

—Yo no te comprendo, Noemí, dijo Cervantes: pues qué, ¿no amabas tú á Hassan-Agá?

—Yo no he sentido por él nada que se pareciera al amor. dijo Noemí, hasta que me hechizaste tú.

—¡Yo! exclamó Cervantes.

—Sí, tú eres un poderoso hechicero: los ángeles buenos y los ángeles malos obedecen á tus conjuros.

Cervantes no sabia que Abigail, para aliviar su suerte, para arrancarle del baño y llevarle junto á sí, habia hecho creer á Noemí que él era hechicero.

Se asombraba Cervantes por lo tanto.

La preocupacion que le dominaba crecia.

Se encontraba libre, con una mujer hermosísima que huia con él, enamorada, y trayéndose consigo un tesoro, no sólo en las riquísimas joyas que con profusion la cubrian y que la hacian aparecer deslumbrante, heridas por la luz de la lámpara de nácar que pendia del techo del camarote, sino tambien con las riquezas que debia contener el saco de cuero que el Ximio habia dejado á los piés del diván.

Dios al fin se compadecia de él, y de Argel le sacaba.

Pero él no hubiera querido salir de aquella manera.

Hubiera querido que le acompañara Abigail, á quien tanto debia, y sus amigos.

Aun así, despues de haber contraido el pensamiento de apoderarse de Argel por España, le hubiera sido doloroso el verse libre con las más ventajosas y halagüeñas condiciones.

Además, pensaba en doña Magdalena, en Beatriz, en Paulina.

¡Cuántas emociones á un tiempo!

Y á pesar de esto, la aventura en que se encontraba le aturdia.

Sentia una especie de embriaguez.

Tenia junto á sí, conmovida, palpitante, ansiosa, una mujer de una hermosura especial, demasiado protuberante, pero fresca, enérgica, jóven, tentadora.

Le miraba con un amor infinito.

Le envolvia, digámoslo así, en su negra y luciente mirada.

Le acariciaba con ella: le devoraba.

Los ojos de Noemí, que eran naturalmente adormidos, como si el párpado superior, por su extension hubiese cedido á su propio peso, estaban sombreados por unas negrísimas, largas y espesas pestañas, y bajo aquella sombra, lucian con un fuego irresistible.

Tenian algo de bravío, de primitivo.

Así debieron ser los ojos de Eva, salvo el color.

Su alto seno agitado, se alzaba y se deprimia de tal manera, con tal violencia, que hacia chocar levemente, los unos contra los otros, los ricos y mal tapados collares de perlas y pedrerías y las cadenas de oro, y los amuletos que sobre él pesaban.

Se dilataban sus artérias.

En su tersa y serena frente aparecia hinchada una azulada vena.

El espíritu de la tentacion no podia haber encontrado una mujer más tentadora.

Acostumbrado Cervantes á Abigail, con la que habia vivido más de cuatro años, olvidado de Beatriz en gran manera, poco interesado por doña Magdalena, á que habia olvidado completamente, y creyendo perdida á la hermosísima Paulina, Noemí, que era para él una novedad, y á la que veia constantemente en el harem de Hassan-Agá, le habia llenado el ojo, y aun le habia hecho sentir una de esas pasiones sensuales, que los que no son muy expertos confunden con el amor.

Habia luchado con este sensualismo.

Luchaba aun.

Habia contenido la manifestacion de lo que sentia, por una multitud de gravísimas razones.

Primeramente la satisfaccion de aquella pasion era imposible.

Noemí tenia siempre gentes al rededor suyo, excepto en los momentos en que la visitaba el dey ó Abigail.

Noemí, además trataba á Cervantes, cuando lo veia, con superstición y aun con miedo.

Y era porque veia en él al hechicero, de cuyo poder le habia hablado con tanta ponderacion Abigail.

Esto hacia que Noemí fuese un tanto dura para Cervantes.

Pero acontecia que, aunque por distinta razon, Noemí pensaba tanto en Cervantes como Cervantes en ella.

Eran estos unos amores que se desarrollaban en el misterio, sin que los comprendiera bien ninguno de los dos.

—¡Bah!... decia para sí Cervantes: es que me encanto con esa hermosura que Dios la ha echado encima á manos llenas: pero esto pasará.

—¿Por qué pienso yo tanto en el cristiano estropeado? se preguntaba frecuentemente Noemí: es porque es hechichero y me dá miedo.

Pero Cervantes soñaba con Noemí y Noemí con Cervantes.

La verdad era que Abigail, como belleza, empalidecia más y más á los ojos de Cervantes, y que Noemí iba arrojando de sí la fascinacion de los candentes amores de Hassan-Agá, y no sufria ya tanto por la firmeza conque se negaba á la satisfaccion de sus amores Abigail, ó, como ella le creia entónces, el hermoso Agá-Wazir.

El sentimiento, infinitamente múltiple en sus causas, es asi mismo múltiple en sus efectos.

Los fenómenos del sentimiento son infinitos.

La actividad del sér humano, infinita en sus objetos.

Y luego, ¿qué es el amor?

Cervantes, estudiando en sí mismo la historia de tantos amores, que habian pasado los unos para dejar su lugar á los otros, y que muchas veces habian coexistido, como sucedia entónces, se habia hecho esta pregunta.

Su grande entendimiento le habia provisto de una multitud de definiciones, todas precisas, pero ninguna verdadera, puesto que siendo distintas todas parecian exactas.

Habia creido por fin que el amor era un encanto del alma; una excitacion de los sentidos, que tenia lugar tantas veces cuantas habia razon para ello.

Así es que no se habia asombrado de la pasion, toda sensual, que Noemí le habia inspirado.

Pero la habia sufrido en silencio.

Aquella pasion habia estado contenida por grandes contrariedades.

Casi por imposibles.

Aquellas contrariedades, aquellos imposibles, habian cedido de repente.

Noemí, enamorada, palpitante de amor, estaba en sus brazos.

Huia con él.

Podia decirse que ella le habia robado.

Aquella aventura habia caido de improviso sobre Cervantes, cuando ménos lo esperaba.

Contrariaba sus proyectos, y esto habia amargado á Cervantes, le habia desesperado.

Pero las almas enérgicas toman muy pronto su partido.

Se resignan con un valor heróico á la desgracia si no tiene remedio, y si le tiene, le encuentran en una ardiente esperanza.

Contribuia tambien á calmar la desesperacion de Cervantes el poderoso flúido que emanaba para él de Noemí, y la violenta, la creciente sensualidad que habia experimentado por ella.

La tenia suya, y se sentia como dominado por una pesadilla mortal.

Dios ha sido misericordioso para con el hombre.

Él ha querido que por el amor, ó por la asimilacion y la atraccion, el amor sea para el hombre y para la mujer un trasunto de una vida mejor, más dulce, más bella, más fácil, en que parece que la felicidad ha de ser eterna.

—No nos separaremos nunca, ¿no es verdad, amado mio? exclamó Noemí sonriendo y dejando ver en su sonrisa y en su mirada un cielo.

—¡No, nunca! exclamó Cervantes.

—¡Oh!... ¡y qué venturosos seremos! exclamó Noemí: mira, yo adoraré á tu Dios, para poder ser en tu tierra tu esposa: ¿cuándo llegaremos á tu tierra? ¿tardaremos mucho?

—Si continua este viento largo, dijo Cervantes, que por los balanceos y los crugimientos de las maderas de la galeota calculaba la velocidad de su marcha, mañana á la caida de la tarde habremos visto al sol dorando los picos más altos de las montañas de mi patria.

—¡Oh! yo sé que tú eres de los buenos de tu tierra: sólo que tus parientes han empobrecido, y de tal manera, que no han podido dar el crecido rescate que por tí pedia el avaro Hassan-Agá; ¿y qué importa? ¿Ves estas joyas que llevo sobre mí? pues mira, valen montones de oro. ¿Ves ese saco que tenemos á nuestros piés? está lleno de doblas de oro: pero, ¿qué son esas doblas, comparadas con el valor de las joyas que tambien el saco contiene? ¡Oh, amado mio! ¡amado mio!... yo he robado por ti á mi avaro señor. ¡Oh! Hassan-Agá era muy rico. Ahora es muy pobre. Yo se lo he arrebatado todo para tí y para mí. Si quieres ser dey de Argel, dinero tienes para armar cien bajeles, llenarlos con brava gente como aquella que venció al gran Turco en Lepanto, venir de improviso una noche, desembarcar con tu gente y acometer la ciudad.

—¡Ah! exclamó Cervantes, como si hubiese recibido un rayo de luz; tú eres mi ventura, Noemí, y la salvacion de miles y miles de desdichados: Dios lo quiere. Lo que su divina voluntad decreta, es siempre justo. ¡Yo te amo!

Y en aquellos momentos no mentia Cervantes.

Aquella criatura tan poderosamente hermosa, á pesar de su obesidad, y tal vez á causa de ella, representaba la satisfaccion de todas las aspiraciones de Cervantes en aquel momento.

No habia más que ver las joyas que sobre sí tenia Noemí, suponer que eran en mayor número é iguales en valor las que se contenian en el saco de cuero, y

este saco lleno, además, de doblas de oro, para saber que se contaba con muchos cientos de miles de ducados.

Cervantes abarcó en un momento un proyecto de éxito seguro.

Él no necesitaba de muchas naves ni de mucha gente para llevar á cabo un golpe de mano sobre Argel.

Seis fragatas armadas eran para él bastante.

En estas seis fragatas podia llevar hasta tres mil hombres, soldados viejos escogidos.

Conocia demasiado á Argel Cervantes.

Le habia mirado un dia y otro dia, no con ojos de soldado, sino con ojos de general práctico.

Sabia donde, llegando en las altas horas de una noche oscura á la costa de Argel, podia con seguridad desembarcar.

Una vez en tierra su gente, conocia los lugares seguros, por los cuales llegar sin ser sentido á la ciudad, y cómo y por dónde podia meterse con su gente en ella.

Una vez dentro, conocia perfectamente los puntos que debian ocuparse, y con cuánto número, para degollar á los argelinos que á las calles saliesen.

Sabia cómo podia apoderarse de la Alcazaba, y prender al dey y degollar su guardia.

La posesion de Argel era cuestion de un golpe rápido, y Cervantes tenia la seguridad de preparar este golpe de tal manera, que su resultado fuese la victoria.

Contaba, despues de ello, con veinticinco mil cautivos cristianos, la mayor parte de los cuales estaban en estado de tomar las armas y eran soldados viejos.

Con este ejército, y con las galeotas del bajá y de los arráezes de Argel, podia tenerse firme mucho tiempo contra los de Fez, que eran los primeros que podian acudir, y contra los ejércitos y la armada que enviase el sultan de Constantinopla.

Entre tanto, el rey don Felipe II podia enviar una flota y un ejército que le asegurase á Argel, y aquel nido de piratas habria dejado de infestar los mares de Levante.

Noemí se convirtió en una diosa para Cervantes.

Y la galeota seguia navegando largo.

No hay tempestad á la cual no suceda la calma.

Tras aquella tempestad de amor, de delicias y de esperanzas, la calma sobrevino.

Cervantes necesitaba saber por qué Noemi se habia lanzado á aquella temeraria aventura.

—Por mi amor, exclamó Noemi: por mi amor, que reconocí cuando me sentí engañada.

—¡Engañada!

—Si: engañada por esa traidora que ha sido tu amante ó tu esposa; que ha sido, sí; que ha sido, porque ahora no tienes más amante ni más esposa que yo.

Y Noemí, que estaba reclinada indolentemente en el diván, posada su mirada de fuego á través de sus párpados entreabiertos en Cervantes, sonrió como un ángel, por más que hubiera de aparecer un ángel algo rudo, de una belleza demasiada enérgica.

Cervantes enlanguideció bajo aquella candente mirada.

Le sonreia la esperanza.

Le halagaba como siempre el amor.

La realizacion de sus proyectos parecia entónces más segura que nunca.

Cervantes se sentia acariciado por un hermoso sueño, y en el fondo de su alma, en ardientes versos que de su alma fluian, y que sólo debia conocer Dios, entonaba á Dios un canto de gratitud.

Y la galeota seguia navegando á toda vela, impelida por la brisa, á cada momento más fresca.

—¡Oh!... ¡Llegaremos, llegaremos pronto, muy pronto! exclamó Cervantes.

Y continuó anegándose en sus sueños, y en la hermosura y en la mirada de Noemí.

—Oye, le dijo ésta: vas á saber por qué estoy á tu lado: vas á saber por qué he llegado á ser la esposa de tu alma: ¡ah! ¿por qué no conocí yo ántes, cuando te conocí, que el amor de mi alma, el amor que yo siempre habia ansiado, estaba en tí?

Luego, Noemí, con la voz opaca, dulce y ardiente, dijo:

CAPÍTULO XXXVI.

De como una vez más, Cervantes vió amenazados sus proyectos por la desgracia.

—Un dia me dijo Hassan-Agá: —«Voy á mostrarte un tesoro».

Yo creí que se trataba de oro, ó perlas, ó piedras preciosas.

Y el tesoro que me mostró eras tú.

—¿Y tú llamas á ese estropeado un tesoro? le dije.

—Sí, me respondió; miéntras yo tenga tan asegurado como ahora mi estropeado, puedo contar con mi vida y con Argel.

—Pues qué, ¿tanto puede ese pobre cautivo encadenado? repuse.

—Ese cautivo es un hechicero: llega contra mí á atrevimientos de valor maravillosos; me revuelve los cautivos, los hace escapar, le vende un traidor, le cojo, y mi saña quiere matarle; sin embargo, un poder superior le defiende; genios invisibles le rodean y le protegen, y á pesar de todo, él vive.

Yo te miré entónces con más atencion.

Estabas con otros cautivos en el patio interior de la Alcazaba.

Yo te veia tras una celosía.

Tanto te miré, que al fin encontré en tí algo que no se vé de improviso.

Una grande hermosura.

Una hermosura que yo no habia visto en ningun hombre, ni en ninguna mujer.

Una hermosura que no era la del semblante, ni la del cuerpo.

Una hermosura que no era de este mundo.

Una hermosura que me dió miedo.

Desde entónces no he cesado de pensar en tí.

Conocí entónces á Agá-Wazir, y encontré en él, ó en ella, la hermosura del semblante y del cuerpo.

Y además, una hermosura semejante á la tuya, que no era ni la del cuerpo ni la del semblante.

Yo no habia amado nunca.

Me he criado en el harem.

Allí no se sabe lo que es el amor.

Tenemos un esposo, un señor que nos somete á su voluntad.

Que es para nosotras duro y soez.

Les damos hijos.

Nuestros hijos son apartados de nosotras.

Vivimos con el alma triste.

Ansiamos un amor que no comprendemos, que no conocemos.

Abigail (que desde hace algunos dias sé que es mujer y conozco su nombre), tu amiga, tu esposa, tu hermana, que no puede ser para tí más que una de estas tres cosas, pues que contigo ha vivido largo tiempo en el mismo aposento, me hizo creer que era hombre.

La amé.

La sed del amor que tú me habias inspirado, sin que yo lo comprendiese, me engañó.

Creí que mi grande amor era Agá-Wazir.

Él me habló de tí, me dijo que eras hechicero, que tú harias que yo encontrase mi amor, no sé cómo, en un hombre que me era odioso: en Hassan-Agá.

Y en efecto: yo ví cambiar á Hassan-Agá.

Yo ví en él algo de esa hermosura irresistible que no es del cuerpo ni del semblante.

Volví á engañarme.

Viví algun tiempo feliz con mi engaño.

Pero con una felicidad inquieta.

Con una felicidad que me martirizaba, y que no se parecia en nada á la felicidad que gozo á tu lado.

Y yo no habia dejado de amar á la traidora Abigail.

Yo no habia dejado de pensar en tí.

Pero tú eras el hechicero que me causabas terror.

Pasó el tiempo.

Yo era cada dia más desventurada.

Mi sed de amor no se satisfacia.

Viniste tú, bajo el pretexto de servir á Agá-Wazir.

Yo te veia todos los dias.

Tu alma llenaba mi alma.

Pero yo no comprendia á mi alma.

Me daba miedo, amado mio.

Yo veia siempre en tí al hechicero.

Creia que si te mirada frente á frente, tus poderosos ojos me convertirian en ceniza.

Y se iba labrando en mí, sin que yo lo comprendiera, este amor que hace que mi alma arda en tu alma, y que al abrasarse en ella, experimente delicias incomprensibles.

Y así ha pasado mucho tiempo.

Hace seis dias vagaba yo por el jardin del harem.

Sufria, me fatigaba, me parecia que la muerte se revolvia dentro de mí.

Me senté entre una espesura de rosales.

A poco sentí que al otro lado de la espesura, cerca de mí, hablaban dos personas.

Las reconocí por la voz.

Era la una Hassan-Agá.

La otra Agá-Wazir.

Hassan-Agá gemia.

Suplicaba á Agá-Wazir.

Le llamaba su luz, su alma, su eternidad, su desesperacion, y la nombraba Abigail.

El secreto estaba descubierto.

Agá-Wazir era una mujer.

La amaba Hassan-Agá, y la amaba desesperado.

Tenia celos de tí.

Sus celos le irritaban.

Amenazaba.

Y Abigail se reia.

— Tú no puedes nada ni contra él ni contra mí, le decia.

Yo sufria horriblemente.

Mi pensamiento se volvia á tí.

Pero de una manera extraña.

Con amor, con un amor irresistible, y con miedo.

Despues de un largo espacio, durante el cual estuvieron hablando él de su amor, ella de lo imposible de aquel amor, se fueron.

No podian ni aun sospechar que yo los habia escuchado.

Yo permanecí allí, abismada en mis escondidos pensamientos, hasta que empezó á caer la noche.

Luego me volví á mi aposento.

En él encontré á Abigail.

La examiné atentamente.

Entónces me asombré de no haber conocido que era mujer.

Poco despues viniste tú.

Te contemplé tambien atentamente, y tambien me asombré, por lo que mi corazon me dijo, de no haber conocido que te amaba, que tú eras la única criatura que yo habia amado en el mundo.

Porque mira, hermano mio: las moras no tenemos ni padres, ni hermanos, ni esposo, ni hijos.

Somos esclavas, no más que esclavas.

Nacemos, crecemos y morimos en el harem.

No conocemos más que al esposo ó al señor, que nos cubre de brocados, de joyas, de perlas, para que les parezcamos más hermosas, y que parte sus groseras caricias entre todas nosotras.

Los esclavos del harem son generalmente horribles.

Séres degradados que no pueden inspirar amor.

Yo me resolví á todo.

Hassan-Agá siente por mí una pasion horrible, una pasion de fiera.

Yo le domino.

Disimulé, me encubrí, pero me puse desde el momento á la obra.

Reuní todas mis alhajas, que son riquísimas.

Robé cuanto pude á Hassan-Agá.

Reuní poco á poco todo ese tesoro que ahora es tuyo.

Pero me faltaba un hombre.

Entónces pensé en el Ximio.

Yo soy para Alí-Kabur una diosa.

Él se dejaria hacer pedazos por mí.

Le hablé sin temor.

Le dije que te amaba y que queria huir contigo.

Él lo ha hecho todo.

Él ha pagado al corsario griego en cuya galeota vamos.

Él ha tenido oculto ese saco que contiene nuestro tesoro.

Él te ha avisado.

Por él nos vemos libres.

Yo, amado mio, soy la mujer más venturosa de la tierra, y lo seré mucho más cuando te vea dey de Argel, cuando tengas encadenado en tu baño, como él te ha tenido á ti, al feroz Hassan-Agá.

Calló Noemí, y se reclinó en los brazos de Cervantes.

En aquel momento Cervantes se alzó cuidadoso.

Habia oido un largo, sonoro y potente zumbido, que parecia venir de lo más alto de la inmensidad.

Luego se oyó un sordo y lejano trueno.

La galeota se balanceó de una manera más violenta, y el crugimiento de las maderas se hizo más poderoso.

—¡La tempestad! dijo Cervantes. ¡Dios quiera que ella no nos arroje contra la costa de Argel!

CAPÍTULO XXXVII.

En que se vé, que cuando Cervantes se creia solo, se encontró acompañado de la muerte.

Dejando entregada á un terror inexplicable á Noemi, que todo lo temia, si la furia de la tempestad los arrojaba sobre la aun no distante costa de África, Cervantes subió sobre cubierta.

Encontró al arraez del barco en su puesto, y á la chusma amainando velas.

La mar era gruesísima.

El furioso Sudoeste lanzaba el barco hácia tierra.

El arraez procuraba correr un largo hácia Levante, de tal manera, que si la galeota, no pudiendo resistir á la tempestad, se fuera sobre la costa, no fuese esta costa la de Argel.

Cervantes, que por sus largos servicios á bordo de la flota española, habia adquirido buenos conocimientos en marina, aconsejaba al arraez.

Era éste un hombre como de treinta años.

Su belleza de todo punto perteneciente al griego antiguo, una belleza de Antinoo, era severa y bravía.

Pronunciaba sus órdenes con una vibrante energía, que se hacia oir á pesar de los bramidos de la tempestad.

Un furioso golpe de mar se llevó toda la palamenta de babor.

La galeota reviró por el estribor, y empezó á gobernar muy mal.

Sus crugimientos eran formidables.

Cervantes no pudo tener duda de que el buque era muy viejo.

Habia, pues, que temer, que si la tempestad duraba, como parecia debia durar por lo ménos ocho ó diez horas, el barco se descoseria, y haria agua en tal cantidad que inmediatamente se iria á pique.

—¿Qué os parece, capitan? dijo Cervantes al griego: ¿no seria prudente dejarnos llevar del tiempo? Vuestro barco se queja demasiado.

—Hace ya treinta años que el pobre nada en la mar, dijo tranquilamente el corsario.

—Hay que temer que se haga pedazos.

—Tal creo, contestó tranquilamente el griego.

Y continuó mandando la maniobra.

—Por lo que veo, dijo Cervantes, seguis mi consejo: tomamos la vuelta de tierra.

—No hay otro medio, señor mio, dijo el arraez: esta carraca se nos deshace.

Y no se notaba la menor señal de cuidado en el griego.

Parecia que le importaba muy poco lo que podria suceder.

Era un viejo tigre marino.

No hacia á la tempestad el honor de espantarse ante ella.

Cervantes no podia estar tranquilo.

Primero por Noemí.

Despues por aquel tesoro con el que habia esperado prevenir una expedicion, con la cual contaba para apoderarse de Argel.

Otra vez su siniestra fortuna destruia sus esperanzas.

El arraez griego era de muy pocas palabras.

Cervantes comprendió que sobre cubierta él era completamente inútil.

En tanto Noemí debia estar agonizando de terror.

Cervantes la encontró arrodillada, echada sobre el diván para que no la hicieran caer los violentos balanceos del barco.

—¿Qué haces, Noemí? preguntó Cervantes.

Ella levantó la cabeza dejando ver su hermoso semblante lívido de terror á Cervantes, y le dijo:

—Estoy orando á la Vírgen Madre de tu Dios, para que nos libre de la muerte.

En aquel momento sonó un crugido horroroso.

No parecia sino que la galeota se habia roto en astillas.

Al mismo tiempo asomó á la escotilla la cabeza del arraez corsario, que gritó:

—¡Presto... al esquife!... ¡la galeota se vá á pique!...

Noemí dió un grito y se desmayó.

Acudió á ella Cervantes.

Pero era tal el peso de Noemí, que hubo de decir al griego:

—Si hemos de salvarla, ayudadme, que yo no puedo con ella.

Entró el arraez.

Asió por la cintura á Noemí.

Al alzarla los semblantes de ambos se aproximaron.

Ardió algo terrible en los ojos del corsario.

Su severa boca sonrió de una manera extraña.

Luego alzó á Noemi con una gran facilidad.

Como si hubiera sido una niña.

Las fuerzas de aquel hombre debian ser hercúleas.

—Seguidme vos si quereis salvaros, dijo á Cervantes saliendo por la escotilla cargado con Noemí.

Cervantes los siguió.

Los galeotes tenian suspendido el esquife, y estaban prontos á dejarle ir á la mar.

El arraez puso en el fondo del esquife á Noemí.

Arriaron un tanto los galeotes.

El arraez saltó dentro del esquife y se puso al timon.

Saltó dentro Cervantes.

Los doce galeotes que tripulaban el barco, dejaron caer los cabos que sostenian el esquife.

Seis de ellos saltaron al esquife y tomaron los remos.

Una ola cogió entónces el esquife y le levantó.

En aquel momento los galeotes picaron los cabos, y con una presteza y una agilidad maravillosas saltaron dentro del esquife.

Pero en aquel mismo momento, un furioso golpe de mar arrebató á Cervantes que estaba de pié en la proa.

En el primer momento, Cervantes creyó que el esquife habia zozobrado.

Pero de improviso, y miéntras nadaba poderosamente, vió el esquife sobre la cresta de una ola.

Cuando descendió la ola le perdió de vista.

Nadó vigorosamente en su direccion, pero no le volvió á ver más.

En cambio á su izquierda, y no muy léjos, veia las altas bordas de la galeota, abandonada á la mar.

Las olas impulsaban en una misma direccion, y casi en una misma línea, al barco y á Cervantes.

Éste redobló sus esfuerzos.

Al fin pudo ponerse al costado del buque.

Pero esta aproximacion era muy peligrosa.

Un choque violento podia ser la muerte para Miguel.

¿Y cómo ganar el barco?

Cervantes no podia acercarse á él tanto, que se pudiese temer un choque.

La borda era muy alta.

El barco, por su mayor peso, era impulsado con más rapidez que Cervantes.

Éste redoblaba sus esfuerzos.

Procuraba ganar uno de los cabos que á la luz de los relámpagos habia visto pendientes del costado del barco.

Aquellos cabos eran los del esquife.

Y nadaba Cervantes; nadaba de una manera poderosisima, y tal, que muy pronto debian amenguársele las fuerzas.

Esto hubiera sido la muerte.

De improvisó una ola llevó á Cervantes muy cerca de la galeota.

Se sintió cogido.

Uno de los cabos que él habia procurado en vano coger le habia agarrado por la cintura.

Le habia descompuesto por el momento, impidiéndole nadar.

Se habia sentido sumergir.

Por instinto se agarró al cabo.

Se izó y al fin tocó á la borda.

Poco despues estaba sobre la cubierta.

El barco, rizadas las velas y arriados en banda los cabos, iba á palo seco.

Crugia de una manera terrible.

Parecia descosido, deshecho.

Sin embargo, iba bien sobre la mar.

Cervantes bajó á la bodega.

No habia absolutamente agua.

Subió á cubierta Cervantes, y entró en el abandonado camarote de popa.

Buscó el saco de cuero.

No le vió.

Los corsarios no se habian olvidado del saco.

Noemí, con sus joyas, con su oro, habia desaparecido.

A Cervantes le parecia que todo lo que por él habia pasado anteriormente aquella noche, no habia sido más que un hermoso sueño de amor y de esperanzas, que al fin se habia convertido en una horrible pesadilla.

Se encontraba solo en un barco abandonado, conducido á su vez por la tempestad.

El barco iba directamente sobre la costa.

Al embestir en ella, ó debia pasar Cervantes sin poder tomar tierra, ó se veria en la situacion de un cautivo escapado.

Seria para él una fortuna el encontrarse más cerca de Orán que de Argel.

En tierras de Orán podia considerarse en España, porque Orán era de los españoles.

Cervantes se desesperaba.

La engañadora fortuna le volvia las espaldas.

Habia soñado una vez más, y una vez más la realidad terrible le despertaba de su sueño.

¿Por qué el arraez griego habia abandonado la galeota?

¿Habia creido verdaderamente que la galeota hacia agua?

¿Ó era que tomando por pretexto la tempestad, se habia apoderado de Noemí y de su tesoro?

Pero ¿qué necesidad tenia de esto?

Se debia creer en la buena fé del corsario.

Si hubiera sido su intento apoderarse de Noemí y de las riquezas que consigo llevaba, en su poder las tenia.

Cervantes no podia defenderse de trece corsarios bravos como tigres.

Habia obrado sin duda de buena fé.

Pero Cervantes se encontraba en una de las situaciones más graves de su vida.

Poco á poco, los crugimientos del barco se fueron haciendo ménos poderosos.

El huracan cedia.

Progresivamente menguaba la furia de la tempestad.

El negro celaje se rompia.

Por entre los apiñados nubarrones que pasaban rápidamente sobre la cabeza de Cervantes como escuadrones de monstruosos gigantes fantásticos, se veia la luz de la luna.

Fué cediendo la tempestad.

Al fin la cerrazon se rompió completamente.

Las nubes, ántes negras, se habian convertido en blancas.

La luna declinaba al Occidente.

Pero faltaban aun por lo ménos tres horas de noche.

Por último cesó de todo punto el viento.

La mar permaneció algun tiempo agitada.

Luego sobrevino una calma completa.

La galeota quedó inmóvil.

El cielo estaba completamente despejado.

Aquello habia sido una racha pasajera, que no habia durado más que dos horas.

Allá á lo léjos se veian los montes, y al pié de ellos, iluminados por la luna, la Alcazaba y los muros de Argel.

Cervantes encontró en aquella situacion dificilísima, como la habia encontrado en otras no ménos difíciles, la gran fuerza de su valor y de su resignacion.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! exclamó.

Pero esta resignacion no podia hacer desaparecer su amargura.

Sus proyectos se habian deshecho una vez más.

Todas aquellas mujeres que, cual fantasmas mágicas, sonrientes las unas, terribles las otras, y todas bellas y enamoradas, habian pasado por su existencia, se agolpaban á sus recuerdos.

Tal vez por el pecado de sus amores con ellas, Dios negaba su proteccion á Cervantes, y le hacia concebir una candente esperanza para matársela despues.

Así lo temia Cervantes.

Parecia que Dios le hablaba para convertirle por medio del martirio.

Creia últimamente haber escapado de Argel.

Se suponia ya en su patria.

Veia el dia, le tocaba ya, en que vendria sobre Argel, con medios bastantes para apoderarse de él.

Una sola ráfaga del huracan habia arrebatado sus hermosas esperanzas.

Se encontraba solo en un buque inmóvil por la calma, á la vista de Argel.

Cuando amaneceria, aquel barco seria descubierto.

Irian á reconocerle.

Cervantes volveria á su cautiverio.

Tal vez encontraria en él la muerte.

Ni Abigail ni Noemí estaban en Argel para atenuar la furia del cruel Hassan-Agá.

La irritacion de éste debia ser terrible por la pérdida de las dos.

Cervantes midió con una profunda ojeada la distancia que habia de la galeota á la costa.

—¡Oh!... ¡está muy léjos... muy léjos!... exclamó: no podria llegar.

Cervantes se arrodilló y oró.

En aquel momento llegó á sus oidos un gemido profundo que parecia salir de debajo de cubierta.

Cervantes, pues, no estaba solo en el barco.

Tomó la lámpara que ardia aun en el camarote donde habia gozado algunos momentos de amor y de esperanza, de ilusiones y de sueños con Noemí, y bajó á la bodega.

—¿Dónde está el que ha gemido hace un momento? preguntó Cervantes.

—Venid, venid hácia aquí, dijo una voz moribunda que sonaba á la parte de proa.

CAPÍTULO XXXVIII.

En que Cervantes sabe cómo habia sido hombre al agua.

Cuando llegó Cervantes á la parte más estrecha de la bodega, tropezó con un cuerpo humano.

Le alumbró.

Reconoció á Alí-Kabur *el Ximio.*

En su semblante aparecia la expresion de una dolorosa agonía.

Se oprimia con la mano derecha el pecho, como procurando que la vida no se le escapase por una herida que debia tener en él.

El lugar sobre que yacía, estaba empapado en sangre.

—¡Ah! exclamó: ¡me han asesinado esos perros corsarios!

—¿Conque es verdad? exclamó Cervantes: ¿conque ese arraez griego nos hacia traicion?...

—¡En mal hora fié yo en su amistad!... dijo el jorobado: él me debia mucho: yo le encontraba muy buenos compradores para los esclavos: él ganaba conmigo lo que sin mí no hubiera ganado: Joseph Mayno es un miserable.

Cervantes se sentia poseido por una gran conmiseracion, y dominado por una gran ansiedad.

—¿Y qué puedo hacer yo por tí? exclamó dolorosamente excitado por su caridad.

—Nada, nada, exclamó con un acento espantable el Ximio: yo muero: el puñal de Mayno no hiere en vano: aprovechemos el tiempo, porque la vida se me vá: oye... oye tú, Estropeado:

Mayno no pudo ver á Noemí sin enamorarse de ella.

Yo ví la mirada hambrienta con que devoró su hermosura cuando ella entró en el barco.

Mayno es un lobo.

Ví tambien que temblaba de codicia cuando vió las joyas que brillaban sobre Noemí, y el pesado saco con que yo vine cargado.

Me arrepentí de haberme valido de él; pero ya era tarde.

Nada se hubiera conseguido una vez dentro del barco, sino que tú y yo hubiéramos sido sacrificados, sin lograr salvar de su esclavitud á Noemí.

Yo me resolví.

Me propuse dar de puñaladas á la primera ocasion á Mayno, y ayudado por tí, que eres valiente como un leon, hacerme obedecer de los galeotes.

Yo vigilaba á Mayno.

Sobrevino la tempestad.

La oscuridad se hizo profunda.

Yo estaba acurrucado al pié del palo de trinquete, entre el cabestrante y un gran rollo de cuerdas.

De improviso sentí dos hombres que hablaban junto á mí.

Eran Mayno y su piloto.

—Ha llegado la hora, dijo Mayno: esto es una rachada que pasará muy pronto: he hecho creer al cristiano fugitivo que la galeota es muy vieja, y que no podrá resistir á la furia del mar: que preparen el esquife: cuando estemos en él arrojaremos al mar al cristiano, de tal manera que parezca que el mar le ha arrebatado.

—Una vez el esquife al agua, dijo el piloto, no podremos ganar otra vez la galeota, la mar es muy gruesa: ¿por qué perder este buen barco?

—Con el tesoro que ellos han traido, dijo Mayno, hay para comprar cien galeotas como la *Serpiente*.

—¿Y acaso no los tienes en tu poder? dijo el piloto: se mata al cristiano y al jorobado, y tomaremos con ella y con su tesoro la vuelta á Constantinopla.

—No, no; yo la amo, dijo Mayno.

—¿La amas, y apénas la has visto? exclamó el piloto.

—Desde que la he visto, muero, respondió Mayno: ella le ama, y le ama tanto, que por él ha robado á su esposo el dey de Argel: si matáramos al cristiano, ella me aborreceria, no me perdonaria jamás: por el contrario, si cree que el mar le ha arrebatado acabará por olvidarle: no se ama á los muertos. Ella no puede volver á Argel: yo la llevaré á mi casa de Constantinopla; allí, entre los

verdes viñedos, bajo aquel cielo azul y diáfano, ansiará el amor: yo la serviré, yo me consagraré á ella: ella me amará; ella, la mujer más hermosa que mis ojos han visto; ella, la mujer que con un amor más dulce y más ardiente ha abrasado mi alma.

— Será lo que tú quieras, arraez, dijo el piloto.

— Pues bien, que todo se prepare para lanzar el esquife: no hay peligro alguno: esto no es más que ruido: que no se olvide el saco: en cuanto al jorobado, una puñalada.

No era posible aguardar á más.

Yo me lancé del lugar en que estaba.

Me arrojé sobre Mayno y le descargué sobre el pecho una puñalada.

Pero mi gumia resbaló sobre una coracina que el infame llevaba oculta bajo su jaqueton.

Me sentí asido.

Luego sentí dos puñaladas en el pecho.

Me arrastraron sobre la cubierta y me arrojaron á la bodega por la escotilla.

Yo grité.

Pero mi voz se habia enronquecido, y la dominaba el estruendo de la mar y del huracan.

Me arrastré, llegué hasta aquí.

Hace una hora que agonizo.

¡Yo muero!...

La voz del Ximio se iba apagando.

— Si alguna vez vuelves á encontrar sobre tu camino á Joseph Mayno, véngate, venga á Noemí, véngame á mí; mátale.

Estas fueron las últimas palabras inteligibles que dijo el Ximio.

Su voz se habia enronquecido de una manera terrible.

El estertor hervia en su pecho.

Al fin aquel estertor cesó.

Cervantes no tenia ante sí más que un cadáver.

Se arrodilló y oró por su alma.

Luego subió de nuevo sobre cubierta, y arrojó al mar y enredondo una mirada desesperada.

Cervantes buscaba un barco.

Lanzó un grito de alegría.

De la parte de Levante vió venir hácia la galeota, y no ya á mucha distancia, una nave que avanzaba al remo sobre aquella mar tan tranquila que parecia un cristal en el cual se reflejaba el cielo, sin que una sola ondulacion rompiera su transparencia.

Cervantes alentó la esperanza de que aquella nave no fuese argelina.

Era de gran porte.

De dobles bandas.

En cada banda llevaba, á lo que juzgó Cervantes, por lo ménos treinta remos.

Era lo que podia llamarse una galera, y una galera de rey.

Las galeotas de Argel, armadas á la ligera, eran sumamente pequeñas.

De diez y seis bancos por banda á lo más.

Podia ser muy bien que el barco que se acercaba fuese un galeon cristiano armado en guerra.

Y aquel barco seguia avanzando.

Cervantes, subido en la popa de la galeota, hacia señas con los brazos.

Y avanzaba la nave.

Parecia como si sus galeotas hubieran forzado los remos.

Al llegar á una distancia conveniente, echó su esquife al agua.

Bogó rápidamente el esquife.

Llegó.

Entónces vió Cervantes con desesperacion que los que venian en el esquife eran moros argelinos.

Un momento despues el esquife abordó á la galeota y entraron á bordo algunos de sus tripulantes.

Uno de ellos se arrojó á los brazos de Cervantes.

Éste lanzó un grito de alegría.

En quien le abrazaba habia reconocido á doña Magdalena, ó Saruh-Yemal, como mejor queramos.

CAPÍTULO XXXIX.

En que se ponen en conocimiento del lector algunos antecedentes

—¡Ah! ¡gracias á Dios que no has perecido! exclamó doña Magdalena.

Y miraba con una expresion infinita á Cervantes.

En sus ojos brillaba el amor de los amores.

Cervantes estaba aturdido, á pesar de todo su valor, á pesar de aquella su fortaleza de espíritu que nunca le habia faltado, ni aun en las situaciones más terribles.

Eran demasiadas aventuras.

Demasiadas contrariedades.

Parecia que un destino fatal le perseguia.

Todos sus proyectos, cuando iban llegando á punto de realizarse, fracasaban.

Luego una Providencia, tan insistente como su mala fortuna, le sacaba á

salvo del terrible peligro en que el mal suceso de sus proyectos le habia puesto.

—Abandonemos, abandonemos cuanto ántes este barco maldito en que has estado á punto de perecer, dijo doña Magdalena.

Cervantes se dejó conducir.

Bajaron al esquife.

Se trasladaron á la galera.

Al verla de cerca, Cervantes reconoció en ella á la capitana de Argel, con sus seis grandes bombardas en crugía, y dobles bandas de remos y su alto alcázar de popa.

Sobre este alcázar flotaba un estandarte triangular rojo, en medio del cual se veia bordado en oro un tigre rampante.

Los galeotes estaban en sus bancos.

Los marineros sobre cubierta.

En crugía se veian formados como hasta cuarenta negros, magníficamente armados, que llevaban sobre sus túnicas aquel mismo tigre de oro.

Aquella soberbia capitana era la que mandaba el almirante Arnaute-Mamí, cuando las galeotas de Argel se hacian á la mar para piratear ó para unirse á la flota del gran turco, en sus empresas contra las costas de Europa.

Pero Arnaute-Mamí no estaba allí.

Ni aun sabia siquiera que su galera *Tigre* habia dejado hacia algunas horas su fondeadero.

Doña Magdalena, ó Saruh-Yemal, estaba admirable de hermosura y de gallardía con el traje que llevaba.

Un caftan de damasco azul, ceñido por una faja de Pérsia, por la cual asomaban las empuñaduras de oro y pedrería de dos gumías; un corvo y ancho yatagan riquísimo, pendiente de un tahalí negro con bordaduras y borlas de oro; un manto rojo orlado de oro, con gran capuz; en la cabeza un capacete de plata, bajo el cual caia en bucles el tesoro de su negra y rizada cabellera, y unas botas altas de marroquí amarillo.

La chusma y los soldados la miraban con el mismo respeto con que hubieran mirado á Arnaute-Mamí ó al mismo Hassan-Agá, que, en las grandes empresas, montaba la capitana de Argel.

¿Cómo era que en los momentos en que se encontraban, doña Magdalena comandaba aquella magnífica galera?

Vamos á decirlo á nuestros lectores.

Dejamos á doña Magdalena en el momento en que los *Hermanos del Tigre* se apoderaron de Abigail y de Cervantes.

Seguimos á Abigail hasta el punto en que se hizo á la mar la galeota á que fué conducida.

Luego seguimos á Cervantes en sus diversas aventuras de aquella noche.

En el momento en que fueron arrebatados Abigail y Cervantes, cada cual por su lado, por los *Hermanos del Tigre* que tenia prevenidos doña Magdalena, ésta volvió á entrar en la casa de Arnaute-Mamí.

—Loado sea Dios que permite que yo vuelva á verte esta noche, luz de los cielos, dijo el enamorado almirante; ¿qué quieres de tu esclavo?

—Quiero que me dés al punto esos dos cautivos españoles que querias empalar, y la cautiva por la cual contra ellos te irritaste.

—Tu voluntad es mi voluntad, dijo Arnaute-Mamí.

Y mandó á su mayordomo trajese al punto los dos cautivos y la cautiva.

—Quiero aun más, dijo doña Magdalena.

—Yo te concederé todo lo que me pidas, hada del amor, respondió Arnaute-Mamí.

—Dame una órden escrita para que me obedezca el arraez que en tu ausencia comanda la capitana de Argel.

—¿Qué intentas? la preguntó un tanto cuidadoso Arnaute-Mamí.

—¿No hemos determinado echar fuera de Argel á Hassan-Agá? dijo doña Magdalena; ¿no hemos convenido en hacer de manera que el gran Sultan te dé el bajalato de Argel?

Brillaron de ambicion y de soberbia los ojos del almirante.

—Todo lo que tú hicieres estará bien hecho, dijo Arnaute-Mamí.

Y escribió la órden que doña Magdalena le pedia, y se la entregó.

A este tiempo llegó el mayordomo de Arnaute-Mamí, trayendo consigo los dos cautivos y la cautiva.

Sabemos que ellos dos eran don César Estéban de Chouzan y Baltasar Carreño.

Venian cubiertos de andrajos, y cargados de cadenas.

Baltasar Carreño dejaba ver una expresion de lobo irritado.

En cuanto á don César, aparecia sombrío y fatídico.

Ella, que aparecia tambien miserable y exiguamente vestida, con una mala túnica de lana blanca, y los pequeños piés perdidos en unas babuchas viejas, era la hermosísima Paulina Bartolini.

Nada más conmovedor que la pobre jóven.

Estaba demacrada, pálida, pero siempre hermosa.

Una tristeza profunda en que se revelaba la contínua agonía del corazon, transfiguraba su dulce belleza y la hacia casi divina.

La crúeldad de su amo, no habia llegado hasta cargarla de cadenas ni hasta maltratarla.

Pero la desesperacion y la desgracia habian postrado á la desventurada jóven.

Tenia los ojos fijos en el suelo.

Baltasar Carreño y don César la miraban de una manera candente y feroz.

Doña Magdalena se volvió al mayordomo de Arnaute-Mamí, y le dijo:

—Toma esta órden para el arraez de la galera *Tigre*, vete al momento al puerto: llévate contigo esos dos, y que los encierren en la bodega; que la galera esté dispuesta á recibirme, segun la órden del almirante.

El mayordomo hizo á los dos cautivos una seña imperativa de que le siguiesen.

Ellos lanzaron una extraña y ávida mirada á Paulina, y siguieron al mayordomo.

—Hermana, dijo entónces doña Magdalena acercándose á Paulina y tomándola las pequeñas y descarnadas manos: en cuanto está en mi poder, tu esclavitud han cesado; ¡ojalá pudiera darte la paz y la ventura de tu alma!

Doña Magdalena habia pronunciado estas palabras en italiano correcto.

Paulina levantó la hermosa cabeza.

Tenia los bellos ojos llenos de lágrimas.

—Me habeis llamado hermana, dijo; me habeis hablado en el dulce lenguaje de la patria; me estrechais cariñosamente las manos: ¿quién sois vos?

Y Paulina miraba fijamente á doña Magdalena.

—¿Qué, ya no me conoce la hermosa *Fornarina?* dijo doña Magdalena.

Paulina desasió su mano derecha de la izquierda de doña Magdalena, y se limpió con ella las lágrimas que le impedian ver.

Entónces la reconoció.

—¡Ah! exclamó con alegría: ¿sois vos? ¡la señora Magdalena de Aquaviva!

—Si, yo soy, exclamó doña Magdalena, y es para mí una felicidad el haberos encontrado y poder serviros en algo: desde ahora no sois ya cautiva.

—¡Ah! ¡gracias, señora! ¡Cuán buena sois! exclamó Paulina.

Y se echó á llorar.

Arnaute-Mamí presenciaba esta escena en silencio, y sin entender una sola palabra de lo que hablaban las dos jóvenes, y en lo íntimo de su alma bendecia á Dios, que habia criado dos criaturas tan hermosas, y se dolia de no haber podido hacerse amar de ninguna de las dos.

—Mi buen amigo Arnaute-Mamí, dijo doña Magdalena: yo te doy las gracias con toda mi alma por lo propicio que has estado para satisfacer mis deseos: yo te recompensaré largamente estos favores que me has dispensado: ahora, adios: yo me voy con mi buena hermana á mi casa.

—Id en paz, dijo Arnaute-Mamí, y que una legion de arcángeles os acompañe y os libre de todo mal.

Doña Magdalena se asió del brazo de Paulina, y ambas salieron.

Fuera las esperaba un buen número de individuos de la *Hermandad del Tigre,* que hasta la casa de doña Magdalena las escoltaron.

—Quedaos solo diez, dijo doña Magdalena al entrar en su casa: idos los demás, y estad, como siempre, prontos.

Entraron con ellas los diez.

Ellos se quedaron en el patio.

Doña Magdalena condujo á sus habitaciones á Paulina.

Llamó á sus esclavas.

Las mandó vistiesen con algunas de sus mejores ropas á Paulina.

Ella se hizo vestir como la hemos visto.

Miéntras las vestian, doña Magdalena sostenia una conversacion en italiano con Paulina.

Podian hablar libremente.

Las esclavas no comprendian el italiano.

—¿Cómo es esto, mi querida Paulina? exclamó doña Magdalena: yo no podia figurarme que pudiéseis estar cautiva en Argel.

—Al cautiverio me han traido unos desdichados amores, contestó Paulina.

—¿Amores?

—Sí; unos amores que son mi destino y que me matarán.

—¿Y desde cuándo estais cautiva?

—Desde Lepanto.

—¿Desde Lepanto?

—Sí; yo iba á bordo de la galera *Águila Imperial;* iba en ella como soldado, como paje de armas de mi padre: nuestra galera fué abordada y entrada por la capitana de Argel: mi padre fué muerto de un arcabuzazo en crugía: yo cautivada: la capitana de Argel huyó cuando empezó á declararse la victoria por los de la *Liga*, y se volvió á Argel: en el reparto de los esclavos, yo cupe en suerte al cruel Arnaute-Mamí, que porque he resistido á sus amores, me ha hecho sentir toda clase de sufrimientos, ménos el de encadenarme y encerrarme en las mazmorras, ¡oh! ¡y cuánto he sufrido, señora! y saber que él tambien estaba cautivo, y no poder decirle: —«¡Yo estoy aquí tambien, cautiva como tú, y por tu causa: yo te amo y te amaré siempre!»

—¿Y quién es ese hombre? dijo con un tanto de turbacion doña Magdalena.

—Vos le conoceis, porque le conocia demasiado vuestra hermana la señora Beatriz de Aquaviva.

—¿Miguel de Cervantes acaso? dijo doña Magdalena haciendo un poderoso esfuerzo para dominar su emocion.

—Sí, Miguel de Cervantes, exclamó Paulina.

Y á sus hermosos ojos asomaron las lágrimas.

—¿Y él os amaba? preguntó doña Magdalena logrando que la voz no la vendiese.

—A lo ménos me lo mentia, dijo Paulina: por él dejé á Roma: para seguirle, arrastré conmigo á mi padre. Fui á esperarle á Mesina. En Mesina, él tuvo por otra mujer una trágica aventura. Yo me indigné: huí de Mesina. Pero desesperada me dije: él combatirá contra el turco; yo combatiré tambien en los mismos lugares en que él combata: estos desventurados amores mios han causado la muerte de mi padre, mi ruina, mi cautividad, de la que no hubiera salido á no haberme librado vos de ella tan generosamente. Pero yo no quiero apartarme de vuestro lado: yo no tengo á donde ir: yo estoy sola en el mundo.

—¿Y Miguel de Cervantes? exclamó profundamente doña Magdalena.

—Miguel de Cervantes debe de haberme olvidado por otros amores. Los hombres pueden tener muchos amores, señora: yo lo sé esto, bien á costa mia: en cambio yo soy de esas desventuradas mujeres que no pueden sentir más que un amor.

—Vos vereis á Miguel de Cervantes, amiga mia: yo os lo aseguro.

Habia una indudable grandeza, una gran generosidad en la entonacion que dió doña Magdalena á estas palabras.

—¡Oh! ¡cuán buena, cuán generosa sois, señora mia! exclamó Paulina.

Y se arrojó sollozando en los brazos de doña Magdalena.

—Ahora quedaos con Dios, dijo ésta despues de haberla estrechado en sus brazos y besado en la frente: mis esclavas cuidarán de vos: yo voy ahora á donde mi deber me llama.

Y despues de haber encargado á sus esclavas cuidasen y sirviesen á Paulina, salió, y con su escolta de los diez moros, *Hermanos del Tigre*, se trasladó al puerto.

En él la esperaba ya el mayordomo de Arnaute-Mamí.

CAPÍTULO XL.

En que contirúa el asunto de los anteriores.

En cuanto llegó doña Magdalena, el mayordomo de Arnaute-Mamí lanzó un grito agudo.

Inmediatamente avanzó un esquife, y atravesó el rudo embarcadero hecho de caballones rellenos de piedras.

Doña Magdalena despidió al mayordomo, y entró en el esquife con sus diez hombres.

Inmediatamente el esquife bogó hácia la capitana que estaba ya en franquía en la embocadura del puerto.

Una vez á bordo doña Magdalena, tomó posesion del alcázar de popa, y dijo al arraez:

—Navegad hácia Levante siguiendo la costa, y dad caza á un cárabo que habrá salido hace poco del *Barranco de los ahogados*.

—Muy bien, mi noble señora, dijo el arraez que habia recibido de Arnaute-Mami la órden de obedecer ciegamente á la hermosa Saruh-Yemal.

Hinchadas las enormes velas por la fresca brisa, la capitana navegaba con una gran celeridad.

Al fin, despues de una hora y media de curso, avistó un cárabo que navegaba tambien á toda vela con rumbo al Levante.

El arraez hizo que los galeotes se pusieran á la preventiva para forzar la marcha de la galera.

Cuando se pusieron á la voz, el arraez tomó la bocina y dijo por órden de doña Magdalena:

—Si es la galeota *Liebre* poneos al páiro y esperad á la *Tigre*.

—La *Liebre* somos, y á vuestro encuentro vamos, contestó otra voz desde la galeota.

En efecto: la *Liebre* maniobró.

Poco despues la capitana y la galeota se abordaron.

El arraez de la galeota entró en la galera.

En el alcázar de popa, hizo tres profundas zalemas á doña Magdalena, y esperó á que ésta le hablase.

—¿Qué es de esa mujer? preguntó doña Magdalena.

—Irritada y terrible al principio, contestó el arraez, está ahora sombría y taciturna.

—Vas á encargarte de otros dos cautivos.

—Muy bien, mi noble señora.

—Los encerrarás en la galeota, en el mismo lugar en que esa mujer está encerrada.

—Cumpliré tus órdenes, excelente señora.

—Oigas lo que oigas, aun que sean gritos de socorro ó de agonía, no acudirás.

—Así lo haré, señora.

—Podrá suceder que muera el uno de ellos, ó los dos, ó los tres: en ese caso, al muerto le arrojas al mar; al herido le curas; al que sobreviva, y de igual manera si ninguno muere, los dejas en la costa de Egipto, junto á Alejandría, y tú vuelves á Argel.

—Muy bien, señora.

—Véte; el arraez te dará esos dos cautivos; cuando los encierres con esa mujer, quítales los hierros.

—Muy bien, esclarecida señora.

El arraez de la galeota salió.

Doña Magdalena mandó al arraez de la galera entregar al otro los dos cautivos.

Esto fué hecho al momento.

Desde el gran balcon del alcázar de popa de la *Tigre,* doña Magdalena vió el esquife de la *Liebre,* en el cual iban don César Estéban de Chouzan y Baltasar Carreño.

Entraron á bordo de la *Liebre.*

Poco despues ésta continuó la navegacion, con rumbo al Levante.

La *Tigre* viró en redondo y tomó la vuelta de Argel.

De improviso cayó sobre el mar el huracan.

El arraez mandó rizar velas y amainar entenas, se quedó á palo seco y se dejó ir con la mar.

Presentóse inmediatamente á doña Magdalena el arraez y la dijo:

—Nada temas, señora; no corres el menor peligro: esto no es más que una racha que pasará muy pronto.

En efecto, como sabemos, aquella pequeña, aun que ruda tempestad, cesó.

Sobrevino la calma.

Siendo inútiles las velas, la galeota bogó.

Y bogaba rápidamente por ser dobles las bandas, en que iban al remo doscientos galeotes.

Reclinada estaba en el diván y sumida en sus ensueños y en sus ardientes pensamientos de amor doña Magdalena, cuando llamaron á la puerta de la cámara.

Doña Magdalena mandó entrar al que llamaba y se le presentó el arraez.

—Señora, dijo, por delante de nosotros pasa en este momento, forzando remos, un cárabo griego orzando, ¿qué hacemos?

—Apresadle, dijo involuntariamente doña Magdalena: esta aventura nos distraerá.

Y salió de la cámara con el arraez.

—Yo te aconsejo, señora, dijo el arraez, te pongas bajo cubierta: el cárabo lleva artillería, y estos corsarios griegos son temerarios.

—¿Y qué importa? dijo doña Magdalena; esto me distraerá.

Y atravesando la cubierta subió á la crugía.

El arraez mandó disparar una de las bombardas.

El primer tiro debia ser de aviso.

Retumbó el disparo seco y poderoso, é inmediatamente el cárabo se puso en facha.

Sonó, partiendo de él, un tiro de esmeril.

Estas eran las pequeñas piezas de artillería que armaban el cárabo.

La pelota pasó sobre la crugía de la galera, pero sin tocar ni á hombre ni á járcia.

Cuatro de las enormes bombardas de la *Tigre* respondieron.

Instantáneamente se vieron caer con las járcias y las velas los dos palos del cárabo, que dejó oir además un crugimiento poderoso, y empezó á virar en redondo.

Dos de las pelotas de la galera habian dado en su casco, más abajo de la línea de flotacion.

El cárabo, pues, estaba á pique.

Muy pronto debia sumergirse.

Arrojó su esquife al agua.

La galera arrojó el suyo que fué tripulado por doce beduinos, y guarnecido con cincuenta hombres.

Cargó sobre el esquife del cárabo, que iba huyendo.

Pero muy pronto fué alcanzado por el de la *Tigre*, que, como llevaba más remos, bogaba con mucha más velocidad.

Cuando se acercaron vieron que en el esquife no iban más que cuatro remeros, una mujer en la cual, á la luz de la luna brillaban ricas joyas, y un hombre con traje griego al timon.

Este hombre, que era el arraez Joseph-Mayno, rugia como un leon acorralado, y blandia un ancho sable con el cual heria furioso á los náufragos del cárabo que se habian echado á nado y procuraban salvarse en el esquife.

Cuando el de la *Tigre* estaba á punto de embestirle, el griego, desesperado, el

griego, que habia contraido una pasion inconcebible por lo rápida y por lo violenta á causa de Noemí, se arrojó sobre ella y la hirió de una manera profundísima y terrible, con un golpe de punta de su sable en el costado izquierdo.

Noemí lanzó un grito de horror y cayó en el fondo del esquife.

Al mismo tiempo una descarga de espingardas de los corsarios que guarnecian el esquife de la *Tigre*, agarró á Joseph-Mayno que cayó al mar por el costado opuesto de su esquife.

En aquel momento le abordaba el de la *Tigre*.

Sus remeros fueron pasados á cuchillo.

Se levantó del fondo del esquife, y bañada en sangre, á Noemí, y se la trasladó al otro esquife.

—¡La sultana Noemí! exclamó con asombro el arraez de la *Tigre*.

Y arrancándola la toca, cogió como pudo la sangre á Noemí, que se habia desmayado.

Bogaban hácia la galera, trayendo remolcado al otro esquife, en el cual no quedaban más que cuatro cadáveres.

Los náufragos que al esquife de la *Tigre* se acercaban á nado, eran heridos sin piedad en la cabeza á golpes de culata de espingarda, y aturdidos ó muertos, desaparecian bajo el mar.

El cárabo se iba rápidamente á pique.

Muy pronto se sumergió.

Sólo quedaban como muestra de él, Noemí, mortalmente herida, y el esquife, que de órden de doña Magdalena fué sumergido.

Noemí habia sido llevada al alcázar de proa.

Vivia aun.

Pero se comprendia que no debia tardar en sobrevenir la muerte.

Continuaba desmayada.

De improviso gimió.

Abrió los ojos, y rodeó en torno suyo una mirada espantada y dolorosa.

—¡Y él!... ¡y él!... exclamó.

—¿Y quién es él? preguntó con ansiedad doña Magdalena.

—¡Él... él!... ¡Miguel de Cervantes!

—¿Qué dices tú de Miguel de Cervantes? exclamó doña Magdalena.

—Se ha quedado abandonado á la tempestad en el otro cárabo.

—¿En el otro cárabo?

—Sí: todos se salieron del otro cárabo llevándome á mí, dijo Noemí haciendo un esfuerzo; tomaron el esquife: cuando pasó la tempestad encontraron otro cárabo que los esperaba.

Indudablemente Joseph-Mayno, segun el insuficiente relato de Noemí, habia premeditado una traicion.

Tenia á alguna distancia, mandado por uno de los suyos, otro cárabo que debia hacer la farsa de acometer á aquel en que iba y apresarle.

Cervantes debia ser muerto en el combate.

Pero Joseph-Mayno habia preferido aprovechar la tempestad.

Noemí pudo decir muy pocas palabras.

Un vómito de sangre la ahogó.

—Arrojadla al mar dentro de un saco, y con un gran peso, para que no suba á flote el cadáver y no le arroje el mar sobre la arena, dijo doña Magdalena.

—¿Y esas joyas, señora? se atrevió á decir el arraez.

—Con ella se sumerjan, dijo doña Magdalena.

Y para que nadie pudiese llevarse una sola de las joyas de Noemí, presenció la operacion de encerrar en un saco el miserable cadáver, y cargarle con un gran peso de la arena que servia de lastre á la galera.

Entre tanto ésta navegaba al remo, buscando el otro cárabo abandonado, donde Noemí habia creido estaba Cervantes.

El cadáver de Noemí fué arrojado al mar.

La galeota continuaba adelantando con velocidad.

El arraez y doña Magdalena iban en crugía, devorando el ancho mar alumbrado por la luna.

Al fin vieron en medio de un largo y brillante destello de la luna, sobre el mar, un marcadísimo punto negro é inmóvil.

Era sin duda un barco abandonado.

Tal vez el mismo cárabo que se buscaba.

Se forzaron los remos.

Media hora despues, doña Magdalena estaba entre los brazos de Cervantes.

CAPÍTULO XLI.

En que se vé que no siempre vence la hermosura, y se hacen algunas explicaciones.

El arraez de la galeota que de órden de doña Magdalena habia apresado á Abigail y se habia encargado de ella, la habia encerrado en el camarote de popa.

Abigail le habia llamado.

El arraez acudió.

—¿Por qué me has encerrado? le dijo.

—No puedo contestarte, señora, respondió respetuosamente el arraez.

—¿Señora? exclamó sorprendida Abigail: ¿por qué me llamas señora?

—Porque sé que sois una dama.

—¿Te lo ha dicho la persona que ha hecho se me arrebatase de Argel y se me encerrase en este barco?

—Sí, señora.

—¿Y no puedes decirme quién esa persona sea?

—De ninguna manera, porque no quiero perder la cabeza.

—Mucho ha confiado en tu lealtad esa persona, dijo Abigail, mirando de una manera satánica, y dejando ver su tentadora hermosura en todo su esplendor al arraez.

Éste se estremeció.

—¿Te han dado la órden de que me mates? le preguntó con la voz serena Abigail.

—En cuanto á eso, puedes estar tranquila; no se me ha dado tal órden, señora.

—¿Y si te la dieran más tarde la cumplirias? preguntó Abigail dejando ver un irresistible y tentador relámpago de sus negros ojos al arraez.

—Dios no quiera que me den esa órden, sultana, exclamó mucho más conmovido el arraez.

Era un hombre como de treinta años, blanco mate, á la manera que son blancos los africanos, con grandes y hermosos ojos negros y de semblante regular y bello, con una grave seriedad.

De la barba no tenia más que el bigote.

Lo demás estaba cuidadosamente afeitado.

La garganta sobre todo que se destacaba sobre el descote de un jaiquete tunecino, era hermosísima.

Llevaba un traje rico, y sobre la cabeza una voluminosa toca con una garzota, y en ella una media luna.

Era indudablemente turco por su traje, por la manera de llevarle, por la divisa de la media luna, y su expresion revelaba una civilizacion mucho más culta que la de los argelinos.

Pertenecia á la *hermandad del Tigre*, como todos los de que se habia valido aquella noche doña Magdalena.

Estaba, pues, sujeto por un juramento terrible, y no hay gentes en el mundo que más respeten la santidad del juramento que los musulmanes.

Como que son creyentes fanáticos y se estremecen de espanto al solo pensamiento de la ira de Dios.

Se llamaba Hixen y era arraez de las galeras del Sultan de Constantinopla, al servicio inmediato del dey de Argel Hassan-Agá.

Se le habia puesto en un duro trance al confiarle el peligroso depósito de Abigail.

Ésta se consideraba perdida.

No sabia á qué atribuir su rapto.

Pero una vez en peligro, estaba pronta á valerse de todas sus satánicas seducciones para librarse de él.

Su combate contra Aben-Hixen habia empezado.

Los primeros golpes le habian descompuesto.

Abigail continuó abrasándole con sus miradas, enloqueciéndole con sus sonrisas.

Al fin Aben-Hixen tuvo miedo.

Comprendió la intencion de Abigail y se salió del camarote, cerrando su escotilla.

—¡Ah! exclamó: esta hurí puede enloquecerme y perderme.

Abigail llamó de nuevo.

El arraez hizo oidos de mercader.

Habia temblado bajo la mirada de Abigail.

Habia sentido el poderoso embate de la tentacion.

La tentacion duraba, pero no se agravaba con el contacto de aquella mirada terrible.

Aben-Hixen tenia la fortaleza de contenerse.

De no ir á ponerse de nuevo bajo los fuegos, por decirlo así, de Abigail.

Sobrevinieron los golpes dados con furia á la escotilla.

Aben-Hixen continuó en su sordera.

Siguieron los dicterios, las amenazas.

Y continuó la impasibilidad del arraez.

Al fin llegó la *Tigre*, y trasbordó á la galeota á don César Estéban de Chouzan, y á Baltasar Carreño, que como sabemos fueron encerrados con Abigail.

Aben-Hixen habia recibido la órden de desembarcar á los tres cautivos en la costa cerca de Alejandría, y de dejarlos libres.

Esto cambiaba la situacion.

Una vez libre Abigail, él podia obrar tambien libremente respecto á ella.

Despues de dada esta órden, podia considerarse como libres á los tres cautivos.

Sólo faltaba llegar al lugar indeterminado de desembarque, en que se habia mandado á Hixen los soltase.

Entónces el jóven y hermoso arraez dió de nuevo lugar á sus ilusiones respecto á Abigail.

Pero no sabia el arraez qué casta de pájaros eran los dos hombres que habia encerrado por órden de Saruh-Yemal con Abigail.

Antes de continuar tenemos que hacer algunas explicaciones respecto á Baltasar Carreño y á don César Estéban de Chouzan.

Sabemos que, de enemigos, desde el punto de haber estado á pique de ser ahorcado por don César con Abigail, Carreño, (muerte de que los libró el bueno de Lope de Rueda), habian acabado por llegar á ser, si no amigos, sócios, aquellos dos miserables.

Asociados los encontramos en Roma.

Baltasar Carreño habia sido gravemente herido, como hemos dicho, en el mismo dormitorio de monseñor Aquaviva.

Se le trasladó á casa del panadero Bartolini.

Éste le ocultó.

Cuando salió de Roma con su hija, le dejó recomendado á uno de sus amigos.

En la casa de éste curó Baltasar Carreño.

Le atraia Abigail.

La buscó en Roma y no la encontró.

Abigail debia estar donde estuviera Cervantes.

Cervantes estaba en Mesina.

A Mesina, pues, se fué Baltasar Carreño.

Encontró allí á don César.

Sobrevino el crímen de la hostería del *Ancora de Oro*.

Lo demás lo sabemos ya.

Los dos infames lograron escapar.

Sabemos tambien como vinieron á ser cautivos de Arnaute-Mamí.

Dos palabras para que nada quede indeterminado respecto á don César.

Cervantes le habia herido gravemente.

Habia sido arrojado á una noria por Bartolini.

Nuestros lectores pudieron creer que respecto á don César todo terminó allí.

Pero es preciso tener en cuenta que generalmente los infames tienen siete vidas como los gatos; ó más bien, que la Providencia los hace fuertes tal vez para tener en ellos instrumentos de castigo.

Don César, al caer en la noria, habia sido contenido muy cerca de su boca por uno de los cangilones.

Habia cedido un tanto la rueda bajo el peso del cuerpo.

Pero por acaso, los piés de don César, aun que inertes, se habian apoyado en un hueco del tubo de la noria.

Cuando al dia siguiente el labrador de aquellas tierras puso la noria en movimiento subió el cuerpo de don César.

El labrador le recogió.

Vivia aun.

Dió cuenta á la justicia de la poblacion inmediata, y don César fué recogido, asistido, curado.

Poco despues se encontró con Baltasar Carreño en Mesina.

Hemos dicho cuanto hasta ahora teníamos que decir acerca de don César y de Baltasar Carreño.

Vengamos, pues, al momento en que ambos fueron encerrados con Abigail.

CAPÍTULO XLII.

De como Satanás seguia protegiendo á Abigail.

El camarote estaba iluminado por un farol redondo colgado del techo.

La luz era opaca y turbia; pero lo bastante para determinar los objetos.

El camarote tenia cuando más tres metros de largo, poco ménos de la anchura de la galeota, y dos de ancho.

En el fondo de él habia un largo diván.

En el extremo derecho del diván habia un moro acurrucado, cubierta la cabeza con la capucha de su albornoz.

Don César y Baltasar Carreño no podian ni remotamente figurarse que aquel que les parecia un moro, y que al parecer estaba cautivo como ellos, fuese Abigail.

Ésta los habia reconocido en el momento en que habian entrado.

Habia tenido tiempo, ántes de que ellos pudiesen reconocerla, de cubrirse la cabeza con el capúz del albornoz.

De replegarse en el ángulo del diván.

—Está visto que la suerte nos vuelve verdaderamente las espaldas, dijo ferozmente Baltasar, y yo creo, don César, que esto consiste en que vos teneis muy mala estrella, y esta estrella funesta me alcanza á mi, por estar puesto en contacto con vos, á causa de esa maldita.

—Pues yo creo, Baltasar, dijo don César, que esa maldita, como vos decís, nos tiene hechizados, amparada por el diablo, que por lo ménos debe ser su compadre, y que miéntras ella viva, iremos de miseria en miseria.

—Lo mismo he llegado yo á creer, dijo dulcificando su acento Baltasar. Yo tengo mis motivos para creer que es bruja y que Satanás la ayuda.

—La hemos tenido muchas veces al alcance de nuestra mano, dijo don César, y siempre se nos ha escapado.

—Pues una de dos, don César, dijo Baltasar volviendo á lo sombrío de su acento: ó vuestra estrella influye en la mia, ó la mia en la vuestra, ó la de esa miserable influye sobre las de los dos.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Digo que debíamos venir al fin á lo que al fin hemos de llegar, á quedarnos uno de los dos solo: entónces el que sobreviva verá si la suerte le es más propicia, porque se haya roto un hechizo.

—Vos estais loco, Carreño, dijo don César, y hareis muy mal en avivar el ódio que os he tenido siempre.

—Pues contad con que el ódio que yo os tengo, no es menor que el qué vos podais tenerme, por grande que sea: yo creo que vuestra mala estrella me agarra, y estoy resuelto á destruiros.

—Pues lo propio me acontece, dijo don César.

—Pues entónces, ¿á qué esperais? exclamó Baltasar Carreño demudándose y haciendo un marcado movimiento hostil.

—Estaos quedo, dijo don César con voz cavernosa y siniestra, que este no es el lugar.

—¿Y sabemos si cuando de aquí salgamos nos separarán? dijo Baltasar.

—Estoy seguro de que siempre hemos de encontrarnos, dijo don César.

—Esto es, hablando claro, que vos nada valeis sino cuando teneis una espada en la mano: que no tenemos armas, que me considerais más fuerte que vos, y más fiero, y me teneis miedo.

—¡Mentís vos, con toda vuestra villana lengua! exclamó don César.

Apénas habia dicho don César estas palabras, cuando Baltasar se arrojó á él, procurando asirle por la garganta.

Pero don César le rechazó de una manera vigorosa, demostrándole que en cuanto á las fuerzas que le habia atribuido inferiores á las suyas, se habia engañado, y por contestacion á su acometida, le dió un tan terrible puñetazo en el rostro, que cogiéndole el ojo izquierdo y parte de la sien, le hizo caer para atrás y darse un tan terrible golpe contra la escotilla en la cabeza, que cayó y no se movió.

—¡Al fin!... dijo don César: este hombre me pesaba sobre el corazon.

A pesar de que el golpe habia retemblado en la cubierta, Aben-Hixen no se movió del pié del palo de mesana donde estaba sentado.

Abigail, que estremecida de espanto, pero no enervada, habia escuchado la conversacion de sus dos terribles enemigos, con la mano puesta en un puñal que tenia oculto debajo de la faja, y que no le habian quitado, vió que don César se inclinaba para reconocer á Carreño.

—¡Ah, infame!... exclamó don César: ¿aun vives?

Y le echó las manos á la garganta para estrangularle.

Abigail se incorporó.

Don César no podia verla.

Estaba de espaldas á ella, echado como un tigre sobre Baltasar Carreño.

Tenia puesta una rodilla sobre su pecho, y otra sobre su estómago.

Estas dos brutales presiones hubieran bastado para acabar con Baltasar Carreño.

Además de esto, don César, irritado y terrible, le apretaba con ambas manos la garganta.

Se cebaba en él.

Abigail acabó por ponerse completamente de pié sin causar el más leve ruido.

Tenia desnudo en la mano un largo y agudo puñal.

Se inclinaba lentamente sobre don César.

De improviso éste se inclinó, y quedó de rodillas sobre Carreño.

—¡Ah! ¡por fin! dijo: de esta no escaparás, á no ser que el diablo te resucite.

A seguida lanzó un rugido.

Abigail le habia descargado una terrible puñalada en el costado derecho.

La terrible arma habia penetrado hasta el pomo.

Se volvió espantoso.

Pero la sangre brotaba como un raudal de su herida.

—¡Abigail! exclamó.

Y cayó de espaldas.

La parte superior de su cuerpo habia quedado sobre el cadáver de Carreño.

—Sí, sí, yo soy, exclamó Abigail inclinándose sobre él y dejándole ver su espantosa mirada: yo, yo que debo todas mis desgracias á vosotros dos, miserables: tú has matado á Carreño y yo te he matado á tí.

—¡Tú!... ¡Tú!... exclamó expirante don César: ¡Abigail!... ¡por piedad!... ¡yo muero!... ¡ántes de que muera... un beso... un solo beso tuyo!...

—¡Ah, maldito!... exclamó Abigail: ¡toma!...

Y salió de su boca un beso terrible.

—¡Gracias!... exclamó don César con la voz ya apénas perceptible. ¡Gracias!... ¡Yo muero amándote!...

Y se agitó en una convulsion horrible.

Algunos momentos despues quedó inmóvil.

Era cadáver como Baltasar Carreño.

—¡Ah! exclamó Abigail: ¡el infierno me protege todavía!... ¡Sí, todavía espero vengarme!...

Luego se fué á la escotilla, llamó á ella con una fuerza desesperada con el pomo de su puñal, y gritó:

—Abre, arraez: aquí hay dos cadáveres.

Estas palabras eran demasiado graves para que no las tomara en consideracion Aben-Hixen.

Además, sus disposiciones habian cambiado mucho respecto á Abigail.

Podia considerarla como una mujer libre.

No se le habia prohibido la enamorase.

Ningun juramento le impedia ya el protegerla.

Llegó á la escotilla, la abrió y entró.

—Eso me estorba, le dijo Abigail, que tenia aun su puñal ensangrentado en la mano: haz que los arrojen al mar, y sácame de aquí: el olor de la sangre me causa vahidos.

Aben-Hixen miró con asombro á Abigail.

—¡Tú!... exclamó.

—Sí, yo: esos infames habian conocido que yo era una mujer.

Creció de una manera inconmensurable el enamoramiento de Aben-Hixen por Abigail.

—Verdaderamente eres una mujer fuerte, dijo.

—Dios me ayuda, dijo Abigail; Dios, Dios que dió á David la victoria sobre Goliat. Sólo Dios es vencedor.

—Alabanza á su nombre, dijo Aben-Hixen.

—Él abatirá á todos mis enemigos, porque él es justo, dijo Abigail. Pero, ¿no has oido que no quiero permanecer aquí, y mucho ménos estando aquí estos dos cadáveres?

Aben-Hixen se inclinó sobre los dos cuerpos y los removió.

No pudo tener duda de que eran cadáveres.

—Sal en buen hora de aquí, dijo Aben-Hixen: elije en el barco el lugar que más te convenga. Eres libre.

—A tu lado es mi lugar, arraez, dijo Abigail

—¡Ah, señora! exclamó demudándose Aben-Hixen. ¡Dios bendiga el momento en que he oido esta consoladora palabra en tus labios!... ¡Yo moria de amor!...

Aben-Hixen tocó su silbato.

Abigail envainó su puñal.

Al sonido del silbato del arraez, acudieron algunos de los soldados negros que en la galeota iban.

—Sacad sobre cubierta esos dos cadáveres, dijo Aben-Hixen.

Luego salió sobre cubierta llevando de la mano á Abigail.

La mano de ésta estaba mojada de sangre.

—Esta sangre, que hace que nuestras manos se peguen, mi hermoso amigo, exclamó Abigail con una voz dulcísima, nos une.

Aben-Hixen sintió que un fuego insoportable le abrasaba las entrañas.

Era ya para él una inmensa desgracia que no comprendia, el encargo que le habia dado Saruh-Yemal.

Poco despues de haber salido sobre cubierta Abigail y Aben-Hixen, subieron á ella los suyos los cadáveres de Carreño y don César.

Aben-Hixen mandó se les pusiese una cuerda al cuello, que los abarcase á ambos.

Que se atase á un extremo de esta cuerda un pequeño cañon de hierro inútil, que en la sentina servia de lastre.

Una vez hecha esta operacion, los cadáveres de aquellos dos infames, cuyos rostros se juntaban, á causa de la cuerda que oprimia sus cuellos, fueron lanzados al mar.

—¡Oh! ¡sí, sí!... dijo Abigail: Dios me protege; así debian morir, y así debian quedar unidos hasta la eternidad.

Luego se volvió á Hixen.

La luna iluminaba de lleno el semblante de Abigail.

Habia desaparecido de él toda la saña, toda la crueldad.

No era el semblante de un demonio, sino el de un ángel.

Aben-Hixen acabó de enloquecer.

—¡Oh!... ¡qué hermoso eres, y cuánto te amo!... exclamó Abigail.

Y llevándole de la mano, subió con él á la crugía.

Se sentaron en la cureña de un cañon.

Navegaban ya en alta mar.

Una fresca brisa impulsaba la galeota, hinchando sus grandes velas latinas.

El balance era dulce.

Todo brindaba al amor.

La mar gemia con un són melancólico.

Llevaban el rumbo al Levante.

Aben-Hixen no vivia más que para Abigail.

No veia nada más que ella.

De improviso, el vigía que velaba sobre la popa, gritó:

—Vela al Poniente.

Se alzó de una manera violenta Aben-Hixen, y lanzó hácia el Poniente una mirada investigadora.

En efecto: aparecia ya de una manera distinta un gran barco, completamente emblanquecido por la luz de la luna.

—¡A las armas! exclamó bravamente el arraez: preparémonos, mis leones. Tenemos á la vista una fragata de los cruzados de Malta que nos dá caza.

—¡Los cruzados de Malta! exclamó Abigail.

Y á duras penas si pudo contener la alegría.

Aben-Hixen la asió de una mano y la llevó bajo cubierta.

—Nada temas, señora mia, la dijo: esa fragata no es tan ligera como mi galeota, y la llevamos mucha ventaja; está tranquila.

Y acomodándola en una especie de camarote, subió y cerró la escotilla.

—¡A la palamenta, y á todo trapo! dijo Aben-Hixen: los de artillería á las bombardas: ¡por el Dios único y vencedor, que los de Malta han de ver una vez más lo difícil que es apresar á un barco de rey de Argel!...

La gente de la galeota se puso en órden de combate.

La comitiva azotaba á los cautivos que iban al remo, para que redoblasen sus esfuerzos.

Todas las velas recibian el fresco viento.

La galeota volaba.

Pero la fragata de Malta tenia muchos más trapos, muchos más remos, la favorecia igualmente el viento, y no volaba: era una exhalacion.

Ganaba visiblemente distancia.

Aben-Hixen, de pié en la popa, observaba.

Conoció, al fin, que no podia escapar.

Entónces gritó desnudando su alfanje:

—¡En facha!

Luego se oyó su silbato que transmitia de una manera agudísima sus órdenes.

La galeota viro en redondo.

Presentó la proa á la galera de Malta.

Aben-Hixen habia pasado de la popa á la crugía.

La galeota soltó el primer cañonazo.

Pero aun estaba fuera de tiro la fragata.

La bala rebotó sobre las aguas.

Brilló un resplandor monstruoso en la fragata.

Se difundió una nube de blanco humo.

Una enorme bala vino á dar en la mitad del árbol principal, que cayó con estruendo sobre la crugía y sobre la cubierta, matando tres de los negros que servian las bombardas.

Indudablemente la artillería de la fragata era infinitamente más gruesa que la de la galeota, y por lo tanto, de un alcance infinitamente mayor.

Contestó la galeota soltando dos tiros á la vez.

Tampoco estos tiros alcanzaron á la fragata.

La galeota gobernaba muy mal.

Habia recibido dos balazos en la proa y hacia agua.

Todos los esfuerzos de los galeotes eran inútiles para contener aquellas dos terribles vias.

Otro cañonazo de la fragata tronchó el palo de mesana.

Al caer con la entena sobre la banda de babor, la rompió.

El barco reviró terriblemente por aquel costado.

Al mismo tiempo la proa se hundia, haciendo de todo punto inútiles los disparos de las bombardas, que por su inclinacion hubieran enviado sus proyectiles al mar, y á muy corta distancia.

Y la terrible fragata seguia entrando á vela y remo.

Parecia como que comprendia que la galeota se iba rápidamente á pique.

— ¡ El esquife al mar !... gritó desesperado Aben-Hixen.

Y bajó rápidamente al camarote donde habia dejado á Abigail.

La sacó de él.

La llevó sobre cubierta.

El esquife estaba ya prevenido.

A él saltaron Aben-Hixen, Abigail, seis remeros, y todos los que cupieron.

La galeota se hundia con una celeridad espantosa.

Su proa estaba ya bajo el mar

Los desdichados galeotes que estaban sujetos á los bancos por grilletes, ahullaban, que no gritaban, y agitaban los remos de una manera desesperada, como pretendiendo sostener por medio de ellos á la galeota para que no se sumergiera.

Habia ya tanta gente en el esquife, que si hubieran saltado algunos más de los que se agolpaban á la destruida banda, hubiera zozobrado.

Los remeros se apartaron y bogaron con energía.

Algunos de los de la galeota se arrojaron al mar, para ganar á nado el esquife.

Otros, desesperados, sobre el esquife dispararon sus espingardas para que el esquife no se separase más.

De resultas de estos disparos, Hixen, herido en la cara, dió un salto y cayó en la mar.

Cuatro remeros cayeron tambien.

A todo esto, la fragata de Malta estaba encima.

Dos largos esquifes suyos se acercaron y llegaron á tiempo de recoger á los náufragos, que estaban inertes.

Pero no hubo medio de salvar á los cautivos de la palamenta.

La galeota se hundió con ellos en el mar.

Los dos esquifes de la fragata tomaron á todos los que de la galeota habian podido escapar, y los condujeron á la fragata.

Los hicieron descender á la bodega.

Cuando llegó su vez á Abigail, ésta dijo á un jóven y gentil caballero que parecia el capitan del barco en cuestion:

—Si me habeis salvado, señor, no me trateis como á los enemigos de nuestra Santa Religion: yo soy una cristiana hasta ahora cautiva del dey de Argel, aun que en este traje me veis.

—No ha de decirse que el marqués de Malatesta ha tratado con rigor á una cautiva cristiana tal como vos. Venid conmigo, señora.

Y la llevó á su magnífica cámara, en el alcázar de popa.

Entre tanto, la fragata, que habia recogido sus esquifes y el de la galeota, continuaba su caceria contra los corsarios berberiscos.

—Venis ensangrentada, señora, exclamó con un gran cuidado el jóven marqués de Malatesta: ¿estais por desgracia herida?

—No señor, exclamó Abigail sonriendo de una manera extraña, en que habia mucho de dulce, gracioso y femenil, y á la par mucho de viril, de fuerte y de fiero: es que he matado.

Y sacando de entre la faja su puñal, le mostró al marqués.

—¡Ah, señora, exclamó éste, sois admirable!

—Cuando vos combatiais por Dios, llegó tambien para mí la hora de combatir: yo debia ayudar en la parte que me fuese posible á mis salvadores.

—Yo doy gracias á Dios, dijo el marqués, tanto porque he cazado y destruido una de las terribles aves de rapiña de ese terrible nido que se llama Argel, como tambien porque he salvado á una dama tal como vos.

—Muchas gracias, señor marqués, dijo Abigail, sonriendo con una gracia tal, con una tal mágia, con una tal distincion, que el marqués se sintió hombre al agua.

—Yo haré de modo, dijo, que cuanto ántes volvais al seno de vuestra familia, señora.

—Yo no tengo familia, dijo Abigail: yo estoy sola en el mundo.

—¡Ah! exclamó el marqués.

Y se quedó profundamente pensativo.

—Si, dijo Abigail; sola en el mundo, libre de todos mis enemigos, y confiada más que nunca en la proteccion de Dios.

—¿Vos habeis tenido enemigos? exclamó el marqués como si no hubiese podido comprender que una mujer tal y tan hermosa, y que parecia tener una tan grande alma, hubiese tenido enemigos.

—¡Sí... y enemigos crueles!... respondió Abigail; pero Dios me ha defendido completamente de ellos.

—¡Completamente! dijo de una manera abstraida el marqués.

—Yo acompañé á mi esposo, de quien no quise separarme, en la batalla de Lepanto, dijo Abigail: él murió en aquella gran jornada, y yo fuí cautivada por la capitana de Argel.

—¿Y quién fué vuestro señor?

—Primero Aluch-Alí.

—El más noble y el más grande de los bárbaros que por el gran Turco han gobernado á Argel: hay que hacer justicia á su valor.

—Teneis razon, señor marqués, dijo Abigail: el bajá Aluch-Alí, fué para mí muy generoso: me llevó á su harem, y en él me trató, no como su cautiva, sino como su hija: despues ya sabeis; Aluch-Alí-bajá cayó en desgracia del sultan, y fué llamado á Constantinopla; mejor dicho: fué conducido á Constantinopla; pero sus bienes fueron embargados, y vendidos en pública plaza sus esclavos y sus cautivos, y gracias á que el sultan tuvo compasion para su familia, y no la vendió como se temia.

—El sultan no podia perdonar á Aluch-Alí, el haber sido el primero que con sus galeras huyó en Lepanto: y no huyó de cobarde, sino como capitan prudente, y para que no se perdiesen las naves de Argel.

—Dicen que Aluch-Alí ha vuelto á la gracia del sultan.

—Y esto era justo; y ha debido volver al bajalato de Argel: era más justo y ménos rapaz que ese miserable Hassan-Agá. Nunca se han tratado en Argel á los cautivos cristianos como Hassan-Agá los trata, ni ninguno nos ha dado tanto que hacer como este malvado. Pero volvamos á vos, señora.

—Yo fuí vendida en almoneda, como los otros cautivos de Aluch-Alí, y me compró Hassan-Agá.

—¿Y no se enamoró de vos, señora? dijo con un gran interés el marqués de Malatesta. Perdonadme si os hago esta pregunta.

—Yo os lo agradezco, contestó de una manera hechicera Abigail.

—Y yo estimo mucho vuestro agradecimiento, dijo ya con más intimidad el marqués.

—Yo habia resuelto, señor, dijo Abigail tomando una dulce seriedad, arrostrar el martirio ántes que faltar al juramento que hice á mi amado difunto cuando expiraba en mis brazos: —«Yo no seré esposa de nadie, sino de Dios, le dije; morid tranquilo por vuestro amor.»

El marqués dejó ver una marcada contrariedad.

—Y yo, señor, continuó Abigail, he permanecido fiel á ese juramento; me ha

protegido Dios, haciendo que la misma violencia del amor que sentia por mí, tuviese sujeto á mi voluntad al feroz Hassan-Agá, y estoy resuelta á cumplir lo que á mi esposo juré.

—Perdonad, señora, dijo el jóven y bello marqués de Malatesta, que se habia puesto triste; si dominada como estais aun por el terrible suceso en que acabais de encontraros, os he hecho hablar más de lo conveniente: en mí teneis un decidido defensor, un amigo leal; y puesto que decís que no teneis familia, que estais sola en el mundo, yo os ofrezco la amistad y la casa de mi buena madre que reside en Nápoles, de donde todos somos, y donde tienen fundamento mi título y mi mayorazgo, que os ofrezco.

—Gracias, señor marqués, dijo lánguidamente Abigail: teneis razon: me he conmovido demasiado: necesito descansar.

Y como si se la hubiese escapado el alma por los ojos á despecho suyo, envolvió al marqués en una mirada candente y al mismo tiempo purísima.

El marqués palideció, y de una manera involuntaria tambien, la asió una mano y se la besó.

Aquella mano estaba ensangrentada.

Abigail retiró vivamente la mano.

—Perdonad, dijo el marqués: ha sido un beso de hermano.

—Sí; pero la mano me habeis abrasado, marqués.

—¡Oh! ¡señora! exclamó el jóven, no sabiendo cómo explicarse aquellas traidoras palabras de Abigail.

—Cesemos, cesemos, dijo ésta, como pesarosa de lo que habia dicho: yo estoy perturbada... me arde la cabeza... necesito reposo. Haced que me lleven á donde pueda reposar.

—Esta es vuestra cámara, señora, respondió galantemente el marqués. Siento mucho no poder serviros en cierto modo, y que no haya aquí mujer que os sirva. Por lo demás, voy á mandar se os dé alimento.

—No, no tengo absolutamente apetito; pero bebería un poco de vino.

Llamó el marqués.

Se presentó un paje de cámara.

El marqués le dió algunas órdenes.

El paje salió.

—Recobraos, señora, dijo el marqués, que yo os juro por mi honor y por la encomienda de Malta, de que estoy investido, que en mí teneis un hermano.

—Yo soy muy feliz por esto, contestó Abigail.

Entraron en aquel momento cuatro pajes con cuatro grandes bandejas de plata, en que habia botellas, copas y conservas.

La fragata iba tan segura, que su leve balanceo permitia que las bandejas fuesen puestas sobre la mesa que en el centro de la cámara habia, sin que cayesen las botellas.

Los pajes salieron á una seña del comendador.

—Os ofrezco vinos de Italia, de España y de Grecia.

—Beberé Chipre, dijo Abigail.

El marqués llenó dos copas.

—¡Brindemos! dijo Abigail.

—¡Brindemos! dijo poderosamente sobrexcitado el comendador.

Se chocaron las copas.

—Por que nuestro conocimiento sea para la gran ventura de los dos, dijo ella.

—Por que me ameis, y pidais absolucion al Papa del juramento para ser mia.

—¡Oh marqués!... dijo ella: lo acepto como deseo vuestro, pero como deseo mío, jamás.

Y bebió.

Bebió el marqués.

La ofreció conservas.

—No, no; no deseo nada más, dijo Abigail.

El marqués llamó.

Acudieron de nuevo los pajes.

Retiraron el servicio.

—Ahora bien, señora, dijo el marqués; yo os dejo en libertad para que reposeis: que Dios os conceda un buen sueño.

—Yo os deseo lo mismo.

—¡Oh! mi sueño ha de ser feliz, encantador y triste á la vez, contestó el marqués.

Y salió cerrando la puerta de la cámara.

Abigail quedó inmóvil.

Como anegada en hondos pensamientos.

—¿Qué debo hacer? dijo.

Y por su semblante pasó una expresion extraña.

—Y bien, añadió: este hombre es el enamorado más sincero de todos cuantos he tenido, y puede servirme de mucho: con la muerte de esos dos infames, puede que haya dejado de pesar sobre mí el mal destino que con tal y tan tenaz crueldad me ha perseguido hasta hoy.

Se lavó la sangre.

Lavó luego su puñal, y le puso bajo las almohadas del buen lecho que en la cámara habia.

Se desnudó.

Se recogió.

Estaba verdaderamente enferma.

La devoraba la fiebre.

La dolia fuertemente la cabeza.

Sin embargo, poco despues de haberse recogido, y como si sus nérvios demasiado excitados hubiesen necesitado rehacerse, se durmió.

Apénas dormida, Cervantes, su empeño, su alma, su vida, llenó su sueño.

CAPÍTULO XLIII.

En que se vé hasta que punto era buena Saruh-Yemal.

Podemos ocuparnos desembarazadamente ya de Cervantes.

Saruh-Yemal ó doña Magdalena, se habia encerrado con él en la cámara del alcázar de la capitana de Argel.

Le tenia asidas las manos y le contemplaba arrobada.

Como una madre que acaba de encontrar á su hijo, al que creia perdido y tal vez muerto.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido, Miguel! dijo Saruh-Yemal. Pero ¿cómo, cómo has podido tú verte en el mar, y sujeto á tales aventuras?

Cervantes le contó cómo Noemí le habia llamado, cómo se habia fugado con él del harem del bajá, y lo demás, en fin, que ya conocen nuestros lectores.

Miéntras duraba esta relacion, la *Tigre* navegaba hácia el puerto, y terminaba Cervantes su relato, cabalmente en el momento en que la galera llegaba á su fondeadero.

La inmovilidad primero de la galera, y despues el rechinar de las cadenas del ancla, advirtieron á Cervantes y Saruh-Yemal de que habian llegado al puerto.

—Nuestras aventuras han concluido por ahora, dijo Saruh-Yemal. Nada dirán los de la *Tigre*, porque todos, hasta los forzados, son *hermanos de la grande hermandad del Tigre*, que yo aprovecharé, y que rendirán á Argel en pocos meses, para que tú puedas entregárselo al rey tu señor, para que se avergüence, ó tal vez se alegre, de no haber tenido ni aun siquiera una ayuda de costa para el rescate de un tal vasallo como tú, que le habrá dado un reino. Ahora vámonos. Más tarde continuaremos nuestra conversacion. Nos veremos con frecuencia. Entre tanto, te he libertado de obstáculos. Noemí y Abigail eran dos grandes inconvenientes para tí.

—¿Y qué ha sido de Abigail? dijo sin ser poderoso á ocultar su cuidado Cervantes.

—Esa mujer te tenia hechizado, dijo Saruh-Yemal, y ella ha sido en gran parte la causa de tus desgracias. Olvídate de ella. Tú te olvidarás porque yo he deshecho el encanto. Tú eres demasiado bueno, y tu bondad es tu mayor enemigo. Dejemos el hablar esto para más adelante. Es necesario que vuelvas sin ser notado á tu aposento de la Alcazaba. Está amaneciendo: la puerta de la Alcazaba se

abrirá dentro de poco. Cuando vuelvas pasado algun tiempo, creerán que has salido ántes, y que no han reparado en tí al salir. Entre tanto, ven á mi casa.

Saruh-Yemal salió de la cámara.

Cervantes la siguió.

Echaron el esquife al agua.

Entraron en la ciudad ántes de que amaneciese.

El esquife se volvió á la *Tigre*.

Una vez en su casa con Cervantes, Saruh-Yemal llevó á Cervantes á la puerta de una cámara.

—Entra, le dijo: yo voy á ver si mi padre duerme aun.

Cervantes adelantó preocupado, sin saber qué pensar de lo que aquella noche Saruh-Yemal habia hecho.

La cámara era pequeña, y muy bella, muy rica.

Una lámpara de preciosa labor de oro, y de pequeñas láminas de nácar que transparentaban dulcemente su luz, pendia de la cúpula.

Al frente de la puerta habia un diván-lecho.

Por el momento, abstraido en sus gravísimos, en sus dolorosos pensamientos, Cervantes no pudo reparar en que, en aquel diván, bajo una magnífica cubierta de cachemira dormia una mujer.

Pero al fin reparó en ello.

No pudo ménos de extrañarle el que Saruh-Yemal, que con tanto amor le habia tratado, que con tan enamorados ojos le habia mirado, que á tanto se habia arrojado por él, que habia exterminado ó hecho desaparecer á Noemí y Abigail, al volver con él á su casa despues de tan varias y terribles aventuras le introdujese en un retrete donde una mujer dormia.

¿Se habria equivocado Saruh-Yemal?

Seria aquel el dormitorio de una de sus esclavas más inmediatas, de las que podian llamarse sus doncellas?

No era de presumir esto, atendida la gran riqueza, la preciosidad de aquel pequeño aposento, cuyas paredes estaban revestidas de un admirable brocado de oro, plata y seda.

La mirada intensa de Cervantes estaba fija en la mujer que dormia en el diván.

Tenia él rostro vuelto á la pared.

Cervantes no veia otra cosa que una magnífica cabellera rubia, esparcida como hebras de oro sobre la cubierta del lecho y sobre los almohadones.

Se sobresaltó Cervantes.

Se acercó más.

Aquella mujer, cuyo sueño sin duda era inquieto, se volvió.

Quedaron descubiertos por este movimiento, bajo la luz de la lámpara que los iluminaba de lleno, el semblante, la garganta y gran parte del hombro izquierdo de la dormida.

Estas partes eran de una blancura nítida, nacarada.

Pero manifestaba una gran demacracion.

Apesar de esto, se revelaba en ellos una gran belleza.

Por el momento, Cervantes, que fijaba en aquella criatura una mirada intensa, no vió nada en ella que le recordase una persona conocida.

Pero de improviso dió un grito y cayó de rodillas delante del diván.

Habia reconocido á Paulina Bartolini.

Se le paró el corazon.

Se le nublaron los ojos.

Sintió algo terrible, como si hubiera llegado su última hora.

Su sangre habia atacado á su cabeza.

Creció el vértigo, y su cabeza cayó sobre la de Paulina.

Ésta despertó á consecuencia del choque.

Vió junto á ella un hombre inmóvil, en una posicion extraña, y lanzó un grito de terror.

Se alzó.

Al alzarse rechazó á Cervantes.

Éste quedó de costado, con la cabeza sobre los almohadones.

Paulina vió su perfil.

Tembló, se cubrió de sudor frio, y lanzó un grito sobrenatural, más agudo que el primero.

Pero grito de alegría.

De una alegría inefable, en la que se exhaló toda su alma enamorada.

—¡Ah! ¡Miguel! ¡mi Miguel!... exclamó.

Y se lanzó sobre él.

Unió su semblante al suyo.

Le besó hambrienta, transfigurada.

Cubrió su semblante de lágrimas.

Y como si aquellas lágrimas hubieran abrasado el semblante de Miguel, éste volvió en sí.

Sintió los besos y los gemidos de placer de Paulina.

Gemidos histéricos, terribles.

Miguel se recobró.

Separó de sí á Paulina, y la miró.

Enloquecieron la una por la otra aquellas dos criaturas.

—¡Eres tú!... ¡tú! exclamaron ambos á la vez.

Y no dijeron más.

Sus bocas se unieron en un largo, en un inenarrable beso.

Para Cervantes y para Paulina no habia en aquellos momentos más mundo, más sér, más nada que ellos mismos.

Al fin, esta naturalísima expresion del sentimiento se calmó.

Se separaron el uno del otro.

Volvieron á mirarse.

Sonreian como sólo se sonrie por la felicidad del amor.

Eran en aquellos momentos dos bienaventurados.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! dijo al fin Paulina: si no nos has unido para que se acaben nuestras desventuras, más valiera que no nos hubiéramos vuelto á ver más.

—¡Ah! ¡no! ¡no, Paulina de mi alma!... dijo Cervantes: ¡Dios no puede ser tan cruel que, tras tantas desgracias, nos una para volvernos á separar!

—¡Ah! ¡yo soy libre!... exclamó Paulina: libre, gracias á un ángel: á la señora Magdalena de Aquaviva.

—¡Bendígala Dios! ¡y qué buena es!... exclamó Cervantes.

—¿Y tú, eres libre tambien, Miguel? exclamó Paulina.

—Sí, y no, respondió Cervantes; yo podria ser libre... por Saruh-Yemal.

—¿Y quién es Saruh-Yemal? exclamó con acento celoso Paulina.

—Saruh-Yemal, respondió Cervantes, es la misma persona que doña Magdalena de Aquaviva.

—Sí; vuestra amiga, vuestra hermana, dijo entrando en aquel momento Saruh-Yemal: pero ya es hora, Miguel: ya amanece: es necesario que vuelvas á la Alcazaba.

—¿Cautivo aun? exclamó tristemente Paulina.

—Pero no lo será mucho tiempo: vamos, Miguel, ven: tú, Paulina, reposa tranquila: no tardará en volver.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Paulina: Adios, Miguel, adios, y hasta cuanto ántes.

—Adios, Paulina mia, exclamó Cervantes: yo volveré, porque no podré vivir sin verte, despues de haberte encontrado.

Saruh-Yemal le sacó del retrete.

—¿Te acuerdas ahora de Abigail? le preguntó Saruh-Yemal.

—¡Ah, hermana mia! exclamó Cervantes: no sé lo que por mí pasa; pero ahora lo comprendo: Abigail era Satanás: tú y Paulina sois dos ángeles.

—Bien sabia yo que habia de destruir el hechizo; ¡y cuánto siento no haber sabido ántes que Paulina era cautiva de Arnaute-Mamí!

—¡Cautiva de Arnaute-Mamí!... exclamó con acento sombrío Cervantes: ¡conque la cautiva por quien el Papa ofreciera tesoros!..

—Era ella, Miguel; pero puedes estar tranquilo: el amor que tu Paulina te tiene, es tan puro como el albor de la mañana que empieza en este momento. Vete, vete. Vuélvete á la Alcazaba; que nada pueda sospechar de tí Hassan-Agá. Muy pronto no será para nosotros ese hombre terrible, ni un peligro, ni un obstáculo siquiera.

Cervantes abrazó á Saruh-Yemal.

La besó en la frente.

Pero con la pureza de un hermano.

Salió.

Empezaba á amanecer.

Cervantes adelantaba distraido.

Sin direccion determinada.

De improviso, oyó una campana que tocaba á misa.

Era la del templo cristiano.

Estaba á su puerta.

Cervantes entró para dar gracias á Dios por lo que le protegia, y rogarle continuase protegiéndole.

Cuando llegó á la Alcazaba, aparecia el sol en el horizónte.

Entró.

Los guardas no repararon en él.

CAPÍTULO XLIV.

En que se vé la gran influencia que tenia Cervantes sobre su amo Hassan-Agá.

A juzgar por las apariencias, nadie habia entrado en el aposento.

El lecho de Abigail permanecia intacto.

A pesar de todo, Cervantes sintió un dolor agudo á la vista de aquel lecho abandonado, que ella no volveria á ocupar.

Las violencias no dejan nunca de producir su resultado.

No se olvida de repente.

No se puede prescindir de sufrir por un amor perdido, aun cuando se haya cobrado otro amor más grande, más intenso, más dulce, más puro.

Abigail, comparada con Paulina, era como si se hubiera comparado un hermosisimo demonio con un arcángel de luz.

Sin embargo, Cervantes en aquella situacion se encontraba entre el ángel y el demonio.

El ángel ejercia más influencia sobre él.

Pero el demonio le parecia un ángel.

Sufria porque habia visto la enfermedad, y una enfermedad grave, en la demacracion de Paulina, en lo febril de sus ojos.

Y sufria tambien, porque no sabia lo que habia sido de Abigail.

Pero estos contradictorios sentimientos, que por otra parte eran muy naturales, no perjudicaban á Paulina.

Ésta atraia á Cervantes de una manera irresistible.

Habia renacido en su alma, con toda la intensidad, el amor que le habia tenido, aun viviendo Beatriz.

Apesar de su preocupacion, Cervantes no olvidó las prudencia.

Deshizo el lecho de Abigail.

Marcó en él la impresion de su cuerpo.

Cuando esto estuvo hecho, se levantó y salió de su aposento.

Debia ir á inspeccionar la casa del dey.

A ver si todo marchaba en órden.

Él, como ayudante ó criado del mayordomo ó *chaya*, debia cuidar de que todas las faenas domésticas se hiciesen á tiempo.

Aguzaba el oido para ver si se hablaba de alguna novedad.

Pero nadie decia nada que á novedad pudiera tomarse.

Indudablemente Hassan-Agá no se habia apercibido aun, ni se habian apercibido en el harem, de la fuga de Noemí.

Verdad era que Noemí se levantaba dos horas más tarde.

Que hasta que ella llamaba, nadie entraba en su habitacion.

Cervantes sentia una ansiedad mortal.

Pero gracias á su gran fuerza de voluntad, la dominaba.

Pasaron bien dos horas sin que sobreviniese novedad alguna.

Al cabo de ellas, le dijeron que el dey preguntaba por su *chaya*.

Esto es: por Abigail.

Cervantes dijo que cuando él se levantó, Sidy-Agá-Wazir se habia levantado ya, y habia salido; que él habia ido al templo cristiano, y que al volver no habia encontrado á Agá-Wazir.

Hassan-Agá llamó á Cervantes.

Éste se presentó á él preparado á todo.

El dey estaba irritado.

Temblaba de una manera poderosa.

Sus ojos centelleaban.

Su boca aparecia orlada de una leve espuma sanguinolenta.

Se contenia á duras penas.

Algo semejante al hambre y á la sed de exterminio le devoraba.

Una fiera suelta no hubiera podido parecer más terrible que él.

—¿Sabes tú, dijo á Cervantes, qué es lo que ha podido ser de Noemí y de Abigail?

Cervantes aparecia completamente sereno.

Como si nada hubiera sabido.

—Cuando yo he dejado el lecho esta mañana al amanecer, respondió, Abigail habia ya dejado el suyo. Fuí al templo de los cristianos: oí en él misa... cuando volví no encontré á Abigail: no he vuelto á verla, y á la verdad estoy muy inquieto: temo que la haya sucedido una desgracia. ¿Sabes tú lo que ha sido de ella, señor?

En efecto, Cervantes estaba triste, contrariado, dolorido, por más que Saruh-Yemal le protegia de una manera poderosa, por más que sus proyectos adelantasen por muy buen camino, por más que hubiese encontrado á su Paulina, por más que al encontrarla hubiera renacido en su alma todo el amor que la habia tenido.

Abigail era para él otro amor.

Misterios insondables del corazon.

O más bien; desconocimiento de los fenómenos que pueden agitarle.

Si una causa debe producir siempre los mismos efectos, claro es que pudiendo haber en muchas mujeres causas para el amor, puede amarse á más de una mujer.

Esto sin embargo, es contrario á las necesidades del alma, que respecto al amor, ama el exclusivismo.

Determina una injusticia del hombre respecto á la mujer.

Porque si el hombre, señor, porque es fuerte puede alentar, y alienta, y satisface á un tiempo varios amores, no debia culpar á la mujer porque se dejara llevar de las mismas influencias.

Sin embargo, el hombre ha creado porque necesitaba amar, porque desde los primitivos tiempos conoció, sintió y amó, la familia; ha creado, decimos los lazos indisolubles que unen al hombre y á la mujer, y sin los cuales no podria haber familia propiamente dicha.

Por eso el hombre ha hecho la ley del matrimonio, garantizando con ella la legitimidad de la familia.

Y por eso, aun creyendo que el hombre no ha podido ni debido legislar nada que fuera contrario á las leyes incontrastables de la naturaleza, se desprende que la mujer, para ser pura y digna, no puede ni debe tener más que un amor.

Y esto sucede generalmente, ó se cree que sucede.

Que la mujer no siente más que un amor.

¿Y por qué esto?

Y sobre todo: ¿qué es el amor?

Tantas definiciones le convienen, que puede decirse que no se ha encontrado todavia la definicion precisa del amor.

El hecho palpable que todo el mundo siente en sí, es que se pueden sentir al mismo tiempo muchos amores; ser feliz por el uno, desgraciado por el otro; gozar y sufrir á un tiempo; consolar una desgracia con una ventura, un dolor con un placer, y de este modo, partiendo el alma y aun el cuerpo en múltiples y contradictorias sensaciones, dificultar la facilidad de la vida, perturbar la conciencia, ser esclavos de algo que es superior á nuestra razon, á nuestra manera de apreciar filosóficamente las cosas, y sufrir una enfermedad miserable que nos gaste á un tiempo el cuerpo y el alma, poniéndonos en ocasiones difíciles y casi insuperables, ó por mejor decir, insuperables de todo punto.

Cervantes experimentaba en sí este fenómeno de la multiplicidad del amor, y con mayor fuerza que otros, cuanto más delicada, cuanto más sensible que la de los otros era su percepcion, ó lo que es lo mismo, su sensibilidad.

Cervantes conocia prácticamente la verdad de que la materia descomponible y perecedera no podia tener actividad sin el espíritu, y que el espíritu, aprisionado en la materia, impulsado por ella, no podia librarse de las condiciones morbosas de la materia.

De aqui la lucha de la materia con el espíritu: lucha necesaria, que reconoce por causa el principio de la atraccion y de la repulsion.

Pero no escribimos filosofía pura, ni si la escribiéramos, consignaríamos lo que anteriormente hemos apuntado, de la manera que lo hemos hecho.

El caso era que Cervantes alentaba en su alma con más ó ménos fuerza, y con mayores ó menores proporciones del espíritu y de la materia, todos los amores que habia sentido, todos más ó ménos envueltos en inconvenientes; todos más ó ménos afectados por la desgracia.

Y aunque no desconocia los móviles que en el corazon de cada una de aquellas mujeres habia tenido el amor que por él habian sentido, como todas le habian amado de una manera candente y exclusiva, á todas se conocia obligado, por todas se sentia amado, aun por Noemí, y como tenia el alma exhuberante, y á más de esto, buena y agradecida, todos estos amores tenian en su corazon un culto mayor ó menor, una mayor ó menor influencia, una mayor ó menor importancia.

Como que eran grandes partes de un todo que para Cervantes era amor.

Las contrariedades de la vida, los accidentes, las contingencias, habian hecho de cada uno de aquellos amores una historia dolorosa, que más ó ménos afectaba al sentimiento de Cervantes.

La vida es un conjunto de contradicciones, y estas contradicciones, que á veces llegan hasta lo terrible, son las que determinan la desgracia de los séres.

Cervantes se sentia desesperado.

Las contradicciones del sentimiento se habian hecho para él terribles desde muy temprano.

Podia decirse, que desde que tenia uso de razon, Cervantes no se habia encontrado jamás en una situacion despejada, desembarazada, en armonía con sus aspiraciones.

No habia conseguido nada de lo que habia ansiado, sino en cortos intervalos.

Siempre la contrariedad habia venido á determinar para él la desgracia.

En la ocasion en que nos encontramos, Cervantes sufria de una manera imponderable.

Habia encontrado el más grande amor que jamás habia sentido.

Paulina Bartolini.

Pero la habia encontrado cautiva, triste, dominada de una enfermedad mortal, demacrada, pálida.

Habia encontrado en ella un gran dolor, y al mismo tiempo una grande esperanza.

Otra mujer riquísima, hermosa hasta lo ideal.

Saruh-Yemal ó doña Magdalena, conociendo la historia de los amores de Paulina y de Cervantes, al encontrar á Paulina desventurada, desesperada, acechada por la muerte, habia tenido la grande, la inexplicable caridad de sacrificar el amor que á Cervantes tenia, por salvar á aquella pobre criatura que

estaba sola en el mundo, y en la situacion más triste en que puede encontrarse un sér humano.

Esto hacia que Cervantes estimase más y más á Saruh-Yemal, y que fuese para él un dolor el no poder unificar en un solo amor á Saruh-Yemal y á Paulina.

Pero no habia medio posible.

Cervantes tenia el alma recta y fuerte.

Fuerte y recta tenia el alma Saruh-Yemal.

No podian dejar de amarse, porque el amor, así como el odio, así como la amistad, no dependen de la voluntad.

Los hace la necesidad.

Puede decirse que son fatales.

Pero la razon es un contrapeso de la fatalidad, ó más bien, una parte de la fatalidad que se opone por necesidad, en union si no de la materia, del espíritu, ó lo que es lo mismo, de la conciencia, á otro sentimiento fatal, que nos impulsa á lo que no es prudente, ni justo, ni digno.

No se sostiene una grande lucha sin grandes contrariedades.

Sin grandes esfuerzos.

Sin grandes cansancios.

Hay momentos en que nos creemos llegados á nuestro desquiciamiento.

En estos momentos terribles, en que nos vemos próximos á dejarnos arrastrar por la fatalidad sin luchar con ella, sólo la fé puede acorrernos, sostenernos, renovar nuestras fuerzas.

El hombre de lo positivo, el que no vé en los séres más que materia organizada ó combinada de esta ó de la otra manera, sujeto á leyes inmutables ó incontrastables, cuando nada espera ya, cuando se siente doblegado por el cansancio, cuando todo lo cree terminado para él, ó intenta el crímen para salir de la extrema ó terrible situacion en que se encuentra, ó sucumbe bajo el peso de su excéptico materialismo.

Pero el que tiene fé, el que reconoce una Providencia superior á todo, un Dios Omnipotente, todo bondad, todo misericordia, todo justicia, se resigna á la desgracia, encuentra fuerzas en su fé para soportar el martirio, y espera en la providencia de Dios.

Esto era lo que por Cervantes pasaba en aquellos momentos: amenazado por la cólera del bárbaro Hassan-Agá, perdida Abigail, perdida Noemí, encontrada Paulina, colocada Saruh-Yemal en una situacion moral que contrariaba terriblemente sus nobles, sus honrados sentimientos, Cervantes se encontraba en uno de esos períodos de la vida, en los cuales parece habernos colocado un espíritu maléfico, enemigo y poderoso.

Cervantes se resignó á todo.

Aun experimentó un principio de desgano de la vida.

Sin embargo, encontraba todavia un poderoso auxilio en la fé.

Hassan-Agá estaba convertido en un demonio.

—¿Y cómo es, dijo á Cervantes, que tú, que eres hechicero, no has adivinado, no has previsto esto?

—Yo, señor, dijo Cervantes, no soy más que un hombre como otro cualquiera: lo que tú llamas hechicerías, no existe: no hay más, no existe más que aquello que Dios quiere que exista.

—Tú tienes un poder incontrastable, exclamó con voz rugiente el bárbaro: yo te aborrezco desde que te conocí, y sin embargo, me has dominado, me has enternecido: te me has aparecido terrible en mis sueños, he querido exterminarte y no he podido: te he visto amado por una mujer, por la que yo hubiera dado mi vida y mi alma, y te he dejado gozar del amor de esa mujer, en mi propia casa, ante mis ojos. ¿Y cómo ha podido ser esto, si tú no estuvieras dotado de un poder infernal, si no fueras hechicero?...

—Te he dicho, señor, que no hay más poder que el de Dios, dijo Cervantes.

—¿Y crees tú que yo, sin ser Dios, no tengo tambien poder?

—Tú tienes todo el poder que Dios quiere que tengas.

—Pues Dios quiere entónces, que yo tenga poder para cargarte de hierros, para sepultarte en una mazmorra, para atormentarte, para gozarme en tu lenta agonía.

—Eso sucederá si Dios quiere que sea, y yo me resignaré á ello, dijo Cervantes: pero tú, aun que terrible, eres justo, señor; sabes que yo soy inocente, y tú no mancharás tu conciencia haciendo sufrir á un inocente penas que no merece.

—Sí, dijo Hassan-Agá; tú no estás culpado por la fuga de Abigail y de Noemí; si tú hubieras tenido parte en ella, con ellas hubieras huido: no; tú estás inocente de todo esto, y tan ofendido por la fuga de Abigail, que es tu esposa, como yo por la fuga de mi esposa Noemí. Ellas se han valido del miserable jorobado Alí-Kabur, que tampoco parece; pero tú serás culpado contra mí en gran manera, si por medio de tu ciencia no descubres el paradero de los fugitivos, si no los atraes, si no me los entregas; yo sé que tienes poder para ello: si me niegas la ayuda de tu poder, me haces traicion, y mereces por tu traicion que yo sea para tí inexorable.

—Yo no tengo más poder que otro mortal cualquiera, respondió Cervantes.

—Ven conmigo, dijo Hassan-Agá.

Y asió violentamente de una mano á Cervantes.

Éste creyó llegado un momento de prueba.

Hassan-Agá se metió con Cervantes en el harem.

Habia en él un departamento separado, donde no penetraba más hombre que el dey.

Aquel departamento era el que ocupaban sus hijas.

Sólo las servian esclavas.

Cuando salian alguna vez de aquel departamento y bajaban á la ciudad para alguna solemnidad, las hijas del dey iban completamente envueltas en largos velos.

El bajá llegó á la puerta de aquel departamento, que estaba en lo más retirado del harem.

Llamó.

A poco se abrió la puerta y apareció una vieja esclava que se inclinó profundamente.

—¿Dónde está Sayda-Darahimaráh? preguntó el dey.

—En el baño, excelente y poderoso señor, contestó la esclava.

—Llámala: que vaya al cenador del jardin.

La esclava desapareció.

El dey llevó á Cervantes al jardin particular de aquel departamento.

Se entró con él bajo una sombrosa galería formada por una bóveda de tupidos laureles.

Las verdes paredes de esta galería estaban formadas por hiedra y madreselva, y tapizadas, por decirlo así, de jazmines, de rosales trepadores, y de la tambien trepadora flor de la pasion.

Una fuente que brotaba en el centro de una manera abundante, refrescaba aquel espacio.

Acá y allá, piedras en forma de almohadas, estaban destinadas á servir de asiento.

Sentóse en una de ellas Hassan-Agá.

—Siéntate, dijo á Cervantes.

Éste se sentó sobre el césped, junto á su señor.

Éste parecia haberse calmado un tanto.

Miró profundamente á Cervantes y le dijo:

—Voy á darte la libertad: ó más bien, vas á dejar de ser cautivo; pero te quedarás en Argel, bajo juramento que me prestarás por tu Dios.

—Yo te obedeceré en todo aquello que pueda y me fuere lícito hacer, dijo Cervantes.

—Voy á recibirte en mi familia.

—Yo te lo agradezco, señor, dijo Cervantes, pero no sé si esto es posible.

—Posible es, y lo es tanto, que tú te tendrás por el más feliz de los hombres.

—La felicidad no se ha hecho para mí, dijo Cervantes tristemente.

Le miró de una manera profunda y recelosa el dey.

—Pues entónces, dijo, ¿de qué sirve ser hechicero?

—Te juro por mi Dios, dijo Cervantes, que yo no tengo más poder que otro hombre cualquiera.

—Y entónces, ¿por qué yo, á pesar de que una y otra vez te has vuelto contra mí, no te he hecho morir entre tormentos?

—Porque no lo ha querido Dios.

—Si Dios te protege de tal manera, ¿por qué no eres tú creyente del Dios Altísimo y Único?

—Porque yo creo en Dios uno y trino.

—¡Uno y tres! ¿cómo puede ser uno tres, y tres uno?

—Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¿Y cómo el padre puede ser hijo de su hijo, y el hijo padre de su padre, y ser ambos un espíritu, que además es espíritu sin serlo?

—Por un misterio.

—Ese misterio es una hechicería, porque sólo por las hechicerías se puede llegar á realizar lo imposible: tu Dios es Satanás, que para vosotros se llama Dios, y os engaña.

—Tú no puedes blasfemar de mi Dios, y Dios tuyo, porque tú no le conoces, dijo Cervantes: tú estás envuelto en las tinieblas del error.

—No nos extraviemos, dijo Hassan-Agá: ¿sabes tú que no sólo esas dos infames han herido la una mi confianza y mi amistad, y la otra mi amor y mi honra, sino que tambien me han robado mi tesoro, me han dejado pobre?

—Eso es que Dios castiga tus pecados, señor, dijo Cervantes, siempre valiente hasta la temeridad.

—¡Descúbreme dónde están esas malditas, dijo Hassan-Agá, para vengarte y vengarme, y sobre todo, para que yo pueda recobrar mis tesoros! escucha: yo te daré la tercera parte de esos tesoros, como dote de Darahimaráh. ¿Sabes tú quien es Darahimaráh? La doncella más hermosa en la cual recrea su luz el sol: Darahimaráh es la mayor de mis hijas: doce años tenia Noemí, la primera de mis esposas, cuando dió á la vida á Darahimaráh, que no tiene más que catorce. Dime donde están Noemí y Abigail, vuélveme mis tesoros, y tú serás mi hermano, y la hermosa de las hermosas, la hurí de las huríes, Darahimaráh, la de los ojos de fuego, será tu mujer.

—Yo no puedo someterme á tu voluntad, dijo Cervantes un tanto conmovido á pesar suyo, porque se le presentaba otra nueva tentacion, que no sabia hasta qué punto era poderosa; yo no tengo el poder que tú me supones.

Sonó entónces á alguna distancia un canto cadencioso y grave, pero que no por esto dejaba de ser gracioso y alegre.

La voz que le producia era fresca, argentina, sonora, y extraordinariamente jóven.

Aquel canto se fué aproximando.

—Es ella, dijo Hassan-Agá: no ha llegado todavía á toda la hermosura de su madre: pero es aun muy jóven: con el tiempo engordará.

En aquel momento apareció en uno de los extremos de la galería, y se detuvo sorprendida al ver que Hassan-Agá no estaba solo, una jóven, á la que podia llamarse una divinidad humana, que podia muy bien creerse por su esbeltez y por su gentileza, por un no sé qué de mágico, de sobrenatural, una divinidad celeste descendida á la tierra.

Se detuvo un momento irresoluta.

El dey la hizo seña de que se acercara.

Ella acudió ligera como una pluma, meciéndose más bien que andando, llegó, y besó en la frente á su padre.

Luego miró con una curiosidad grave, y muy atentamente á Cervantes.

CAPÍTULO XLVI.

De cómo puede usarse en vez de la tortura la tentacion del amor.

Cervantes vió que no se habia engañado al temer que se le presentase una tentacion poderosa.

No podia serlo mayor Darahimaráh.

Alta, esbelta, morena, con un moreno encendido sonrosado, que producia el efecto de una blancura nítida; con unos irresistibles, lucientes, hermosos, candorosos, ardientes, apasionados ojos negros; con cabellos negros y ondeados, lucientes, suaves, como que acababa de salir del baño; con la nariz deliciosamente perfilada; la boca fresca, graciosa, pura; el semblante oval, la garganta ancha y mórvida, redondos los hombros, alto el seno, los brazos admirables, el talle cimbrador, y dejando ver bajo la túnica de lino blanco las formas más tentadoras del mundo.

Y todo esto con una gran juventud, con una gran frescura, con una gran lozanía.

Su primera mirada á Cervantes fué de extrañeza y curiosidad.

Muy pronto apareció en sus ojos la reflexion.

Poco despues el respeto.

Al fin bajó la mirada, y se puso encendida como una rosa de Alejandría.

Continuó por algun tiempo con los ojos bajos.

Los alzó al fin, y como involuntariamente.

Una mirada de fuego fué á abrasar los ojos de Cervantes.

—Niégame ahora que eres hechicero, dijo Hassan-Agá: tú, apénas visto por ella, has hallado gracia en los ojos de Darahimaráh; ella, que podia haber sido en varias ocasiones la esposa de grandes y hermosos príncipes: ella, que los ha despreciado á todos.

Darahimaráh habia vuelto á inclinar la mirada, y se habia puesto mucho más encendida.

Cervantes balbuceó algunas palabras.

La tentacion le habia envuelto.

Darahimaráh le habia hecho sentir la mágia de sus candentes miradas.

No era esto que le habia inspirado amor.

Pero le habia conmovido de una manera profunda.

—Yo la tengo ya por tu esposa, y á tú por su esposo, dijo Hassan-Agá: tú no eres ya mi cautivo, sino mi hijo. Hé aquí el esposo que yo te concedo, hija mia.

Y Hassan-Agá, en cuyo rostro apareció una expresion incomprensible, se levantó.

Se levantó tambien Cervantes.

—¡Quédate! yo te lo mando, dijo Hassan-Agá.

—Mira, señor, lo que haces, exclamó Cervantes, miéntras Darahimaráh, con la mirada baja, con el semblante encendido, escuchaba confusa: mira que te engañas: mira que me estás poniendo en la ocasion más cruel en que pudieras haberme puesto: mira que cuando yo no pueda satisfacerte, tu cólera se volverá contra mí y contra tu propia hija.

—Tú no saldrás de aquí, dijo Hassan-Agá, hasta que yo haya encontrado lo que he perdido.

Y se alejó.

Cervantes le siguió.

Darahimaráh permaneció transida de asombro, en el lugar donde se encontraba.

Hassan-Agá llegó á un pequeño postigo del jardin, que estaba á los piés de un alto muro almenado, desoyendo las desesperadas palabras de Cervantes.

Al llegar junto al postigo, salvó su umbral de un salto, y le cerró ántes de que pudiera entrar por él Cervantes.

—¡Oh! exclamó éste: Dios me prueba: y esta prueba es la más terrible á que me he visto sujeto.

Llamó al postigo, pero nadie le contestó.

Se sentó en su umbral.

Desde él se veia, á través de un arco de verdura, parte del interior de la bóveda de laureles.

En medio de ella, de pié é inmóvil, y mirando á Cervantes, estaba Darahimaráh.

Una fuerza incontrastable impulsaba hácia la hermosísima doncella á Miguel.

Se representaba, sin embargo, su situacion.

Abigail perdida.

Noemi muerta.

Paulina enferma tal vez de muerte.

Saruh-Yemal enormemente generosa.

Sus proyectos de apoderarse de Argel para su rey don Felipe el II.

Darahimaráh era una hermosísima criatura que se atravesaba á su paso.

El cruel Hassan-Agá le habia desposado con ella á su manera.

No se podia determinar cuál era el móvil más poderoso que habia impulsado

á tomar aquella determinacion extraña al sombrío, al terrible, al formidable Hassan-Agá.

Si recobrar á Noemí, y vengar en ella su honor ultrajado.

Si volver á tener junto á sí á Abigail.

Si recuperar sus tesoros.

Acaso eran las tres cosas á la vez.

Creia, sin que nadie pudiese convencerle de otra cosa, que Cervantes estaba dotado de un poder sobrenatural.

Le creia inocente de la fuga de Noemí y de Abigail.

Las aventuras de aquella noche habian quedado envueltas en un profundo secreto.

Algunos de los que en ellas habian tomado parte habian muerto.

Otros habian desaparecido.

La tripulacion de la *Tigre,* capitana de Argel, bajo el mando del almirante Arnaute-Mamí, pertenecia, como éste, á la *Hermandad del Tigre.*

Saruh-Yemal, uno de los miembros más importantes, el más importante tal vez, de aquella *hermandad,* podia estar segura de que nadie venderia su secreto.

Así es que nada sabia Hassan-Agá, nada podia saber: y como no podia comprender que sabiendo la fuga de las dos, Cervantes no hubiese huido con ellas, le creia inocente.

Buscaba el poder que le suponia, y creia que Cervantes se lo negaba.

Para ponerle de su parte, para hacerle su amigo, estimulado no sólo por el interés, sino por la vanidad, por la ambicion, por la sensualidad, y tal vez por el amor, habia recurrido á un medio de todo punto extraño.

A Darahimaráh.

Cervantes se encontraba envuelto en otra gravísima aventura.

Darahimaráh permaneció algun tiempo inmóvil.

Su mirada se fijaba con una insistencia extraña en Cervantes.

Se pintaba en aquella mirada la emocion, la influencia de una novedad desconocida, la vacilacion, el deseo, la lucha.

Al fin Darahimaráh hizo un movimiento como de despecho, dejó ver una expresion de contrariedad y de altivez, se volvió y se alejó.

Cervantes permaneció inmóvil, resistiendo la poderosa atraccion de Darahimaráh.

Ésta se detuvo de nuevo.

Se volvió.

Una mirada poderosa, candente, irritada, partió de sus ojos.

Cervantes se levantó.

Darahimaráh retrocedió, avanzando algunos pasos hácia Cervantes.

Éste se aproximaba á ella lentamente.

Estaban solos en el extenso y frondoso jardin, que estaba rodeado por un alto muro almenado.

No á muy larga distancia se oia el sonoro gemido del mar rompiendo en la arena.

El sol subia, y crecia el calor, todavía fuerte en aquella estacion en Africa.

Al fin, avanzando ambos, se encontraron en la entrada de la sombrosa galería.

CAPÍTULO XLVII.

En que se vé la dificilísima situacion en que se encontraba Cervantes.

Se quedaron inmóviles, á poca distancia el uno del otro.

Entónces fué cuando Cervantes pudo juzgar hasta qué punto llegaba la espléndida, la exhuberante, la juvenil belleza de Darahimaráh.

Cervantes habia cumplido ya sus treinta años.

No era hermoso, ya lo sabemos.

Pero habia en sus ojos, en el alma que através de su mirada manifestaba, algo que, observado por una persona á quien Cervantes fuese simpático, representaba una gran belleza ideal.

Tan aturdida estaba Darahimaráh á la vista de Cervantes como Cervantes á la vista de Darahimaráh.

Ella aspiraba en él una grande hermosura.

Esa hermosura que se siente y que no se explica.

Él veia en ella el trasunto de un ángel.

No la comparaba, porque no estaba en situacion de reflexionar.

Se sentia perturbado.

Su tendencia irresistible á la sensualidad, determinaba en él en aquellos momentos una embriaguez del espíritu, que no le permitia acordarse de nada.

Si hubiera estado en aptitud de reflexionar, de comparar, de discurrir, hubiera visto que ni Darahimaráh era más hermosa que cada una de las otras que habian sido sus amores, ó su deseo, y que ninguna de las otras podia decirse fuese más hermosa que Darahimaráh.

De parte de ésta estaba la ventaja de lo nuevo, de lo desconocido; el interés de una aventura tan de improviso y de tan extraña manera sobrevenida.

Por algun tiempo permanecieron contemplándose en silencio.

En el semblante de Miguel se revelaba una gran contrariedad al par de un gran interés.

En el de ella una especie de placer dulcísimo.

—Tú debes ser un gran príncipe, dijo Darahimaráh, cuando mi padre te me ha dado por esposo.

—Yo era un cautivo de un solo señor, dijo Cervantes sin poder contenerse: ahora soy cautivo de dos.

—Tú no puedes ser cautivo, dijo con altivez y como hablando en nombre de Cervantes la hermosa doncella; tú has nacido para ser señor.

Y se enrojecieron sus mejillas, sonrió lánguidamente, y en sus ojos apareció una mirada, en que se reflejó la expresion de un placer recóndito y purísimo.

Aquel placer debia ser para ella un dulce dolor, si se nos permite la frase, á juzgar por la lánguida y súbita tristeza que en su mirada, en su semblante apareció.

El resto de reflexion que en Cervantes quedaba, hacia que sintiese miedo.

Comprendia que se usaba para con él, del medio más cruel de que podia usarse.

Se acercaba á sus labios la copa del placer; más: de cuantas delicias puede ambicionar y aun soñar el deseo.

La soledad, la lánguida sombra de aquella verde gruta, el murmullo de la fuente, la fuerte fragancia de las flores, la brisa que por entre las enramadas pasaba agitándolas y produciendo en ellas un dulce rumor, las emanaciones del sér de Darahimaráh, hacian de aquel jardin un eden, á pesar de las tristísimas condiciones en que se encontraba colocado para Cervantes.

Y ella, ella sentia una languidez que no podia explicarse.

Un afan que la deleitaba en vez de mortificarla.

Una ansiedad que no podia comprender.

Un exceso de vida que nunca habia experimentado.

Una felicidad misteriosa cuya existencia habia ignorado.

Sentia tantos impulsos de llorar como de reir.

Para ella aquel apartado rincon del harem se habia transformado.

Se habia llenado de armonías, de luz, de frescura, de encantos.

Tenia siempre á su lado á aquel sér para el cual se habia estremecido de una alegría íntima su alma.

Vivir por él y para él, no sabia ella de qué manera, pero sí de una manera que debia producir la felicidad.

Esto era demasiado para su alma vírgen, ya desde hacia mucho tiempo misteriosamente predispuesta al amor.

—Ni tú eres cautivo de mi padre, ni lo eres mio, dijo al cabo; si fueras cautivo de mi padre, éste no te me daria por esposo, y no puedes ser cautivo mio, porque eres mi señor.

Darahimaráh, criada léjos del mundo, apartada de ese precepto que obliga á la mujer á encubrir sus afectos: no conociendo el pudor, porque no conocia ni podia conocer lo vergonzoso, hablaba libremente, con toda la sinceridad de su alma, y ella era la que entraba á velas llenas en el espacio del amor.

Ella no sabia lo que era ser esposa de un hombre, como no fuese vivir siempre á su lado y obedecer ciegamente su voluntad.

Esto era lo único que la habian dicho las viejas guardianas de la parte del harem destinado á las hijas del dey, que eran muchas.

Como que provenian de muchas mujeres.

Pasaban de sesenta.

No se contaban los varones, que, por otra parte, no estaban allí.

Entre estas sesenta habia más de treinta mulatas más ó ménos oscuras, por decirlo así.

Darahimaráh era lo que podia llamarse propiamente una criolla.

La sangre pura de color estaba apartada de ella por lo ménos cuatro generaciones.

Pero acusaba su fuego.

Por lo mismo que era criolla era más hermosa.

Veníala lo de criolla por su padre.

Noemí era de pura raza caucasiana.

Diez y seis años ántes la habia comprado muy cara Hassan-Agá, que entónces era kaid de cien caballos por el gran turco y residia en Constantinopla.

Darahimaráh, como lo dijo su padre, habia sido su primera hija en absoluto.

Noemí habia sido su primera esposa.

Darahimaráh tenia más de los catorce años y no llegaba á los quince.

Su padre la usaba como medio para cazar á su madre fugitiva, creyendo que Cervantes tenia un gran poder sobrenatural.

Darahimaráh lo ignoraba.

Pero Cervantes lo sabia, y esto hacia que le causase horror el feroz Hassan-Agá.

Darahimaráh con su inocencia, con su confusion, era más poderosa de lo que hubiera querido Cervantes.

Acabó por aparecer completamente alegre y confiada: ¿y de qué habia de desconfiar?

—Ven, ven conmigo, esposo y señor mio, le dijo: sígueme á mi aposento: quiero agasajarte: yo te daré dátiles dulcísimos, leche ordeñada por mis propias manos, y aromático vino de naranja: crece el calor; el viento se duerme, el jardin se hace insoportable: ven, ven; sígueme.

Y asió de la mano á Cervantes, que se dejó conducir.

Le llevó á un extremo del extenso jardin, y entró en un establo.

En él habia algunas hermosas vacas.

Darahimaráh tomó una pequeña vasija de barro cocido vidriada, que la dió la que podia llamarse guardiana de las vacas, y que tenia todas las trazas de campesina.

—Darají, la dijo Darahimaráh, este que ves, es mi esposo; me lo ha dado mi padre.

Daraji sonrió.

—Ya nos lo ha mandado á decir el señor, contestó Daraji, miéntras Darahimaráh se inclinaba para ordeñar una de las vacas: y por lo mismo, tú no habitarás ya entre tus hermanas, Sáyda-Darahimaráh.

—Me importa poco, dijo haciendo un gracioso mohin de indiferencia Darahimaráh, porque habitaré con mi señor.

—Sí, dijo Daraji, en la otra parte del harem; esa es la órden que acaba de dar á Sáyda-Háxima delante de mí tu padre.

Sáyda-Háxima era la de más edad de las guardianas ó ayas de las hijas del dey, y por esto su jefe.

—Mira, Daraji, dijo Darahimaráh; coge los dátiles más maduros y más hermosos y tráelos.

Daraji se fué mirando de soslayo y de una manera por demás extraña á Cervantes.

Daraji tenia á lo más veintiseis años, era hermosa, aunque ruda, y esclava de Hassan-Agá, del cual habia sido mucho tiempo concubina.

Tres hijas suyas y de Hassan-Agá se criaban entre las demás

Daraji habia obtenido la gracia de vivir junto á sus hijas, y para entretenerse, cuidaba de las vacas.

Pero habia otras esclavas para las operaciones más groseras.

Daraji mandó á una de éstas fuese á coger los dátiles.

Entre tanto sobrevino Sáyda-Háxima.

Era una mujer respetable por su aspecto.

Pero tambien esclava.

No puede comprenderse entre los moros un doméstico que no sea esclavo.

Hay, sin embargo, entre estos esclavos, categorías, y aun pudiera decirse que esclavos de esclavos.

Sáyda-Háxima venia á ser sólo esclava en el nombre.

Ella cuidaba y educaba á las hijas de Hassan-Agá.

En la casa de éste se vivia, como han visto nuestros lectores, con una cierta rusticidad.

De una manera marcadamente primitiva.

Se sentian todavía allí las costumbres del árabe nómada.

Sólo habia lujo, y un lujo *sui géneris*, en las habitaciones y en los trajes de las esposas y de las concubinas del dey.

Pero un lujo extraño, rudo y mezquino.

Esto bastaba para las necesidades de aquellos terribles corsarios.

—Bien venido seas, señor, dijo Háxima á Cervantes: y por feliz debes darte de que el esclarecido y poderoso bajá de los creyentes en Argel, te haya dado la más hermosa y la más querida de sus hijas. Secreto es este casamiento á lo que parece, y tan secreto, como que yo no puedo comprender cómo se ha hecho así, que de las ceremonias de la religion se ha olvidado el señor. Pero su voluntad es una ley, y tanto más cuando se trata de una hija suya.

Háxima ignoraba que Cervantes fuese cristiano.

Si lo hubiera sabido se hubiera escandalizado.

Hubiera creido que Hassan-Agá estaba dominado por Satanás.

Todo comercio entre un cristiano y una mora, ó vice-versa, está calificado como delito capital por el Korán.

Para realizar el casamiento solemne de Cervantes con Darahimaráh, hubiera sido de todo punto imprescindible que Cervantes hubiera renegado.

Por esto Háxima consideraba como extraño y secreto este casamiento, que se quedaba oculto entre el misterio del harem.

Darahimaráh habia acabado de ordeñar la leche.

La esclava enviada por Daraji, habia llegado con una cesta de magníficos dátiles dorados y transparentes.

Háxima guió á aquellos extraños esposos.

Los condujo á un aposento situado, como ya hemos dicho, á un extremo del harem.

Aquel aposento se componia únicamente de dos habitaciones, unidas entre sí por una galería.

Las dos habitaciones ocupaban cada una todo el espacio de una torre.

La galería estaba en un lienzo de muralla que enlazaba las dos torres.

Aquellas cámaras y aquella galería estaban en la parte más alta del edificio.

En la galería habia una estrecha escalera, por la cual á las plataformas de las torres se subia.

Para descender á los pisos inferiores, habia otra escalera, que tambien en la galería empezaba.

En la parte superior de esta escalera habia una fuerte puerta de hierro.

Apénas hubieron entrado en la cámara de la torre de la derecha Darahimaráh y Cervantes, cuando Háxima les dijo:

—El excelente y poderoso Hassan-Agá ha querido que aquí vivais ocultos con vuestro amor: todos los dias se os traerá dos veces todo lo que necesiteis, todo lo que querais. Lo que por el momento os puede ser necesario está ya prevenido.

Despues de estas palabras. y de haber dejado las esclavas los dátiles y la leche en la cámara, Háxima salió con las esclavas.

Se cerró la puerta de hierro.

Cervantes ni aun se tomó la pena de preguntar á Háxima.

Era harto claro lo que sucedia.

Se le ponia en prision.

Pero de la manera más extraña del mundo.

Se le daba por mazmorra una bella habitacion, alhajada con cierto lujo.

A aquella habitacion estaba unido un dormitorio muy bello, ó más bien la cámara de Darahimaráh, puesto que en ella habia cuantos objetos necesita para su tocado una mujer.

Las cadenas con que le aprisionaban no eran de pesado hierro, sino los frescos brazos de una hermosísima criatura.

Desde las torres se veia parte de la ciudad y la marina.

La luz era alegre.

La perspectiva pintoresca.

En la cámara de la torre de la derecha habia además del ancho diván y de los almohadones, una mesa muy baja.

Estaba servida.

Humeaba en ella, en una fuente de ese precioso vidriado árabe, que hoy tanto se estima, un excelente alcuzcúz acabado de hacer.

Más allá, en otra fuente, dos gallinas cocidas.

Habia, además, dos jarros del mismo vidriado.

El uno contenia agua.

El otro vino de naranja.

En cestillas de mimbre se veian frutas frescas de la estacion, y los dátiles que habia mandado coger Darahimaráh.

La especie de tartera en que la jóven habia ordeñado la leche, estaba allí tambien, al lado de un gran pan candeal.

Se notaba la ausencia de cubiertos.

Sólo habia un cuchillo.

Cervantes no acertaba á explicarse lo que le acontecia.

Era aquella una bien rara manera de obligarle á que usara del poder de hechicero que Hassan-Agá le suponia, á fin de que hiciese volver á Noemi y á Abigail, con el tesoro que la primera se habia llevado.

Hassan-Agá no sabia, no podia saber que aquel tesoro se lo habia tragado la mar, y á más, el cadáver de Noemi, y que Abigail navegaba en aquellos momentos la costa de Nápoles.

Cervantes se encontraba tan preso y tan asegurado como si hubiese estado en el oscuro fondo de una mazmorra húmeda y fétida, y cargado de cadenas, desnudo y hambriento.

Fué al ajimez de la cámara, y midió con la vista la altura.

Esta era enorme.

El muro perfectamente liso, hacia imposible toda fuga.

Además, en un adarve que al pié de las torres habia, se paseaba un guarda.

Era indudable que no retirarian de noche aquel guarda.

Más bien le añadirian otro ú otros.

La fuga era imposible.

Cervantes sentia una ansiedad mortal.

Pensaba en Paulina, enferma y desventurada, que debia esperarle anhelante.

Pensaba en Saruh-Yemal, que le habia dado una nueva prueba de amor.

Que era su esperanza en el proyecto que con tal audacia habia determinado poner en práctica.

Esperaba sin embargo.

Saruh-Yemal le habia hecho comprender que, estando en ella Hassan-Agá, el proyecto de apoderarse de la ciudad era muy aventurado.

Que por lo mismo, era necesario hacer de modo que el sultan llamase al dey á Constantinopla.

Habia ya una conspiracion contra Hassan-Agá, y en provecho de Arnaute-Mamí.

Aquella conspiracion se proseguia en silencio por una que hoy se llamaria sociedad secreta, y que á la manera de entónces se llamaba hermandad.

Esta hermandad proseguia en su conspiracion.

Hassan-Agá seria llamado á Constantinopla.

Hasta entónces podian suceder muchas cosas.

Su ingenio podia inspirar á Cervantes un medio para arrojar del poder á Hassan-Agá.

Pero entre tanto Paulina, que parecia haber revivido al encontrarle, no volviéndole á ver, no sabiendo de él, podia muy bien agravarse.

Podia llegar á hacerse incurable su enfermedad.

¿Comprenderia Saruh-Yemal, que lo que le impedia volver, era el haber sido preso por Hassan-Agá?

Esto, dadas las circunstancias, no podia dejar de pensarlo Saruh-Yemal.

¿Tendria medios para saber dónde y cómo estaba preso?

El hagib Morato, su padre, gozaba de la completa confianza de Hassan-Agá.

Le engañaba hasta el punto de que éste le creyese un grande y lealísimo amigo suyo.

Indudablemente Saruh-Yemal, valiéndose de su padre, podia averiguar la verdad de lo que sucedia.

Podia tranquilizar á Paulina.

Podia, además, influir para que Hassan-Agá le sacase de aquella que, en otra situacion, hubiera sido una prision deliciosísima.

Y á vueltas de estos pensamientos, punzaba poderoso á Cervantes el recuerdo de Abigail en primer lugar; luego el de Noemí.

La una muerta.

La otra perdida.

Muerta tal vez.

Aquella noche habia sido terrible para Cervantes.

El dia que la habia sucedido no habia podido traer más extrañezas ni más amenazas á la par.

¿Estaba loco Hassan-Agá?

Motivos bastantes eran para suponerlo sus extravagancias, y sobre todo, el entregar su hija predilecta á un cristiano, con un proyecto que no era posible adivinar.

A medida que se aventuraba más y más en deducciones, la ansiedad de Cervantes crecia.

Pero la disimulaba.

No queria entristecer á aquella hermosa compañera que tan feliz, tan satisfecha se mostraba á su lado.

Además, y sin que sus cuidados pudieran evitarlo, y á pesar de todo, Cervantes sentia no sabemos qué felicidad misteriosa al lado de Darahimaráh.

Involuntariamente los ojos se le iban hácia ella, y más la miraba, y más perfecciones en ella descubria, así físicas como morales.

Darahimaráh, á juzgar por su candorosa expresion, por un destello casi divino que resplandecia en sus ojos, debia tener un alma de ángel.

Parecia nacida para amar y para hacerse amar sin pretenderlo.

Cervantes luchaba ya con una especie de embriaguez voluptuosa.

Pero Darahimaráh era pura de cuerpo y de alma.

Para ella parecia el colmo de la felicidad el estar junto á Cervantes.

Cervantes se habia propuesto respetar la inocencia de Darahimaráh.

¿Por qué añadir un amor desventurado á aquellos sus tristísimos pasados amores, en los que habia caido por un exceso de impresionabilidad?

Si bien habia debido inefables dulzuras, inapreciables consuelos á aquellos amores, les habia debido tambien grandes amarguras.

Tenia por ellos, si no enlutada, ensombrecida el alma.

Si no remordimiento, pesar.

El libro de la vida le habia mostrado terribles páginas en el capítulo del amor.

Por consecuencia, habia cobrado miedo al amor.

Se habia, pues, propuesto dejar dormir en su inocencia, al alma de niña de la hermosísima Darahimaráh.

Era esta una prueba casi insuperable, que Cervantes afrontaba con un gran valor.

CAPÍTULO XLVIII.

De como Cervantes fué por un momento sacerdote, y de la aparicion que tuvo en el momento en que lo era.

Pasaron uno, dos, tres dias.

Cervantes habia tomado su partido.

No debia considerar á Darahimaráh sino como una criatura á la que el torbellino de sus sucesos habia arrojado á su lado.

Las desgracias habian enseñado á Cervantes una verdad.

Que casi siempre la satisfaccion de un apetito al que se opone la razon y la

conveniencia, y por consecuencia la justicia, trae por sus consecuencias sobre la conciencia un tormento, comparado con el cual es muy pequeño el placer que ha producido: el remordimiento.

Como la inocencia de Darahimaráh le ayudaba, Cervantes se mantenia rígidamente dentro de los límites del deber.

Pero esto no era sin grandes combates con la tentacion.

Combates heróicos, que se hacian tanto más terribles cuanto más resistencia se les oponia.

Cervantes tenia el corazon desgarrado y necesitaba de consuelo.

¿Y qué mayor consuelo que el amor, que la posesion de una doncella hermosísima, dotada de cuantos encantos naturales de cuerpo y de alma ha dado Dios á la mujer, y á más de esto, enamorada?

Su candor la hacia mucho más tentadora, mucho más terrible.

No se separaba de la inmediacion de Cervantes.

Le hablaba con la voz conmovida.

Le sonreia lánguidamente.

Se lo comia, por decirlo así, con los ojos.

Le hablaba con el lenguaje expansivo del alma, sin comprender el lenguaje que expontáneamente producia.

El amor en ella aparecia enriquecido con todos los atractivos de la naturaleza.

Era Eva á la sombra del árbol de la vida, abandonada entre los brazos de Adan.

El precepto sonaba en la altura.

Pero por el tronco del árbol se iba deslizando la serpiente.

A veces Cervantes cegaba y estaba á punto de olvidarse de todo.

De aceptar aquella nueva situacion.

Pero se contenia por deber, y aun por caridad.

Además, que no podia adivinar cuál habia sido el objeto de Hassan-Agá al unirle con su hija.

No queria dificultar más la situacion.

Sufria un martirio de un género nuevo.

No sabia absolutamente nada de lo que acontecia fuera de su encierro.

Dos veces al dia, Sáyda-Háxima, acompañada de algunos esclavos, iba á servirlos.

Cervantes preguntaba á Háxima por Hassan-Agá.

Háxima no sabia nada sino que Hassan-Agá se dejaba ver muy poco.

Que cuando se le veia, tenia el rostro muy hosco, muy fruncido, y de muy pocos amigos.

Que habia empalado, ahorcado y hecho dar de palos hasta reventarlos á más de una docena de desdichados.

Que habia mandado prender y encarcelar y cargar de hierros, á algunos de los moros más principales.

Pero estos moros no eran ni el hagib Morato ni Arnaute-Mamí.

Cervantes deducia de esto que Hassan-Agá no sabia nada de la conspiracion armada contra él.

Que martirizando á algunos pobres cautivos, se habia dejado llevar de su despecho, y prendiendo á algunos moros nobles y ricos, habia oido á sus recelos.

Hassan-Agá habia enloquecido, esto no podia dudarse, por la pérdida de Noemí, de Abigail, y sobre todo de su tesoro.

No sabia, pues, nada que se aproximase á la verdad.

No desconfiaba de Cervantes.

Esto era evidente.

Le creia tan desesperado por la pérdida de Abigail, como él por la de Noemí y de su tesoro.

Para contrarestrar el amor de Abigail en Cervantes, se habia valido de Darahimaráh.

No habia considerado que era su hija.

Necesitaba del poder sobrenatural que á Cervantes atribuia, y para esto, que la hermosa Darahimaráh le fascinase.

Cervantes tenia la seguridad de todo esto que hemos dicho.

Comprendió, además, que Hassan-Agá, llegando hasta un límite extraño, no se habia engañado cuando, para que le enloqueciera, le habia puesto al lado de Darahimaráh.

Se aumentaban los encantos de ésta contra la firmeza de Cervantes, á medida que pasaba el tiempo.

Cada dia una nueva resistencia.

Cada dia un aumento de hermosura y de amor.

Y era que Cervantes iba sintiendo insoportable aquel bello tormento.

Era que, como si el amor hubiera sido para Darahimaráh un maestro, se hacia más y más incitante.

Eva acrecia en hermosura.

La serpiente descendia.

El ángel acrecia en la mujer para Cervantes.

Éste no habia conocido nunca á una mujer de tan bella naturaleza como Darahimaráh, ni más dulce, ni más pura, ni más candorosa, ni más sencilla, ni más transfigurada en el amor que ella, ni más feliz con su amor.

Cervantes vacilaba, luchaba, se desesperaba.

Apesar de sus otros amores, de sus dolores, el fuego sacro de la vida se iba apoderando de él.

Le dilataba el corazon.

Llenaba de sueños su cabeza.

La fiebre, y una fiebre inefable, se apoderaba de él.

Y resistia sin embargo.

Para resistir mejor, se propuso convertir al cristianismo á Darahimaráh.

Qué, ¿no habia hecho cristiana á Abigail?

De noche, sentados en un diván, en el cenador de la torre de la derecha, del

que podia llamarse aposento de Cervantes, éste, ante la triple inmensidad del espacio, de la mar y del silencio, hablaba á Darahimaráh de Jesucristo, de su sublime religion de caridad, de amor, de fraternidad.

Esto defendia tambien á Cervantes de la tentacion.

Darahimaráh le escuchaba arrobada.

—Si tú amas á Jesús, le dijo una noche, cuando ya habia pasado una semana de encierro, ¿cómo no he de amarle yo? Si tú crees á Jesús Dios, y á la Santa Vírgen María Madre de Dios, ¿cómo no lo he de creer yo tambien, si yo amo todo lo que tú amas, si yo creo en todo lo que tú crees?

Y perdia sus rosados dedos en la cabellera que Cervantes se dejaba crecer, para demostrar valientemente por este medio, que á pesar de su traje musulman, era cristiano.

A veces Darahimaráh, en el candoroso y puro descuido de su inocencia, jugaba con la barba de Miguel.

Miguel gemia, se estremecia, se espantaba, y para defenderse, continuaba en la predicacion del Evangelio.

Procuraba hacer comprender á Darahimaráh que no debia amar á Dios por ningun amor de la tierra, sino por amor del mismo Dios.

Darahimaráh le escuchaba con los hermosos ojos dilatados, lucientes, palpitante, inquieta, conmovida por un sentimiento que no comprendia, y arrojando de su mirada un fuego irresistible.

La poética predicacion de Cervantes se iba infiltrando en su alma.

Una noche llamó Cervantes, como no podia ménos de hacerlo, esposa de Jesucristo á su Iglesia.

—¿Y no tiene Jesucristo más esposa que su Iglesia? preguntó sencillamente Darahimaráh.

—Jesús no reconoce muchas esposas; no reconoce más que una: por lo mismo, los cristianos no pueden tener más que una esposa.

—¡No más que una esposa! exclamó Darahimaráh.

Y se quedó profundamente pensativa.

No comprendia bien.

Ella sabia que los musulmanes podian tener muchas esposas.

No lo encontraba esto justo desde que amaba.

Comprendia por sí misma que ella no podria sufrir que Cervantes amase á otra mujer como á ella la amaba.

Que se apartase de su lado para ir al lado de otra mujer.

—Entónces, dijo, ¿la esposa de un cristiano no se aparta nunca de él?

—No, nunca: el sacramento los une con lazos indisolubles que sólo puede romper la muerte.

—¿No puede repudiar un cristiano á su esposa y separarla de sí?

—No, sino por causa de adulterio.

—¿Y qué es adulterio? preguntó Darahimaráh.

Cervantes se estremeció.

—Es adulterio el amor de la mujer casada á otro que no es su esposo.

—¿Y cómo puede una mujer que ama á su esposo amar á otro?

—Porque no ama á su esposo.

—¿Y puede unirse una mujer á un hombre sin amarle, ni amar á otro si á él le ama, ni de su esposo separarse, cuando su esposo es su vida y su alma y la luz de sus ojos?

Una mirada infinita, indescribible, poderosa, inmensa, irresistible, se exhaló por los ojos de Darahimaráh.

Dios, por medio de aquella mirada, habia pronunciado su prepotente, su necesario *fiat*.

Cervantes se sintió atraido.

Abrazó á Darahimaráh y la besó en la boca.

Pero inmediatamente se alzó aterrado.

Se rehizo.

Darahimaráh habia lanzado un grito de dolor y de felicidad, y habia perdido inmediatamente el conocimiento.

La primera y más pura manifestacion del amor, la habia abrasado la sangre y el alma.

—¡Oh, esposo!... ¡esposo mio!... exclamó cuando se recobró: ¡tú eres un ángel!... ¡yo te amo con toda mi vida!...

Cervantes dijo:

—El amor viene del cielo.

Y se sentó de nuevo, y se quedó en silencio, dominándose conmovido.

Darahimaráh se acercó á él.

Le rodeó un brazo al cuello, y acercando á él su semblante, le contempló demudada, pálida, anhelante, palpitante, transfigurada.

—¿Crees en mi Dios? la preguntó Cervantes.

—Si, si, dijo Darahimaráh: tu Dios es muy bueno, puesto que ha hecho á la mujer, no esclava, sino compañera y hermana del hombre.

—¿Le amas por su amor, Darahimaráh?

—Sí, por su amor, respondió ella.

—¿Crees tú en el Dios Padre, en el Dios Hijo, en el Dios Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios?

—¡Sí creo! exclamó con una fé infinita y poderosa Darahimaráh.

—¿No crees en él por amor á mí?

—No; por amor á Dios, que es la caridad y el amor.

—¿Quieres ser cristiana?

—Sí.

—¿Quieres llevar el nombre de la Santa Vírgen María?

—¡Oh, sí! ¡con toda mi alma!

—¿Sabes que si tu padre sabe que te has convertido al verdadero Dios, te martizará?

—¡Moriré por mi Dios!

Cervantes reconocia que por la voz de Darahimaráh, le hablaba un espíritu poderoso.

Un espíritu inmenso.

Veia un milagro.

La conviccion, el amor de Dios, la fé, envueltas en una preciosa inocencia, lucian, relampagueaban en la mirada de Darahimaráh.

Y al mismo tiempo, el amor de la vidá, el amor humano, el amor de la esposa al esposo, fluia palpitante en la mirada, en el sér entero de la hermosa jóven.

Cervantes sentia, como no podia ménos de sentirlo, que su palabra habia fructificado, ayudada por el amor más puro de los amores, en Darahimaráh, y que la gracia del Señor habia descendido á ella.

Cervantes la habia enseñado el Catecismo, y se lo habia explicado.

Darahimaráh lo sabia perfectamente.

Cervantes se levantó, llenó de agua la aljofaina, y poniéndola sobre un almohadon, dijo:

—Ven acá, Darahimaráh.

La jóven se levantó del diván que estaba en el mirador.

Se acercó á Cervantes.

—Arrodíllate, le dijo éste.

Darahimaráh se arrodilló.

—Eleva tu espíritu al Señor, exclamó Cervantes con la voz conmovida y el alma dilatada.

—¡Oh! dijo Darahimaráh con un acento que pareció sobrenatural á Cervantes: yo siento en mi espíritu el espíritu del Señor.

—Reza el *Credo*, en testimonio de tu fé y de tu amor á Dios.

Darahimaráh rezó el *Credo* en voz alta, y con acento que hacia más conmovedor aquel acto de fé.

Apénas si sabia algunas palabras castellanas que la habia enseñado Cervantes.

Cuando hubo terminado de rezar el *Credo* Darahimaráh, Cervantes la dijo:

—Reza la *Confesion general.*

Darahimaráh la rezó.

—¿Reconoces, la dijo Cervantes, que la religion de Mahoma es una religion falsa, inspirada por Satanás?

—Sí; lo reconozco: no hay más Dios que la Santísima Trinidad, uno y tres, tres y uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¿Quieres recibir el agua del bautismo?

—Sí.

—¿Quieres tomar al cristianarte el nombre de la Santísima Vírgen, Madre de Dios encarnado por obra y gracia del Espíritu Santo.

—Sí, sí, yo quiero llamarme María.

—Inclina tu cabeza, dijo Cervantes.

Darahimaráh inclinó su hermosa cabeza sobre la aljofaina.

Entónces Cervantes elevó los ojos al cielo y el espíritu á Dios.





—Señor: yo cristiano y siervo tuyo; yo en tierra de infieles, te pido gracia para hacer cristiana á esta criatura.

—Señor, dijo; yo, cristiano, yo, siervo tuyo, yo, que en tu fé he nacido y en tu fé moriré; yo, en tierra de infieles, sin libertad para buscar uno de tus consagrados, te pido tu gracia para hacer cristiana á esta criatura.

Luego rezó fervorosamente, y completamente apartada su alma de todo pensamiento impuro, tomó agua en el hueco de la mano, y la echó sobre la cabeza de Darahimaráh, exclamando con toda su fé:

—María, yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Amen! dijo una voz conmovida, y que sonaba á lágrimas detrás de Cervantes.

Éste se volvió, y vió ante sí á Saruh-Yemal.

CAPÍTULO XLIX.

De como de una manera inesperada se vió libre Cervantes, y se llevó consigo á Darahimaráh.

—¡Ah!... ¡tú!... exclamó Cervantes al ver de improviso junto á sí á doña Magdalena.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Darahimaráh, alzándose violentamente.

—Yo soy hermana de tu hermano, y hermana tuya, dijo Saruh-Yemal.

—¡Ah! ¡su hermana!... exclamó Darahimaráh palideciendo: es que yo no quiero que tenga otra hermana que yo.

—Todos los cristianos somos hermanos, y tú acabas de cristianarte, dijo dulcemente Saruh-Yemal.

—Yo le amo, dijo con vehemencia Darahimaráh.

—Y él te ama tambien, dijo Saruh-Yemal: yo le amo de otra manera: nunca le he amado de otro modo.

—Es mi esposo, dijo Darahimaráh.

—¿Y por qué no? exclamó con un acento sombrío y profundamente conmovido Saruh-Yemal: ¿qué hay que lo estorbe?

Se le heló la sangre á Cervantes.

Beatriz habia muerto ó desaparecido.

Abigail habia desaparecido ó tal vez muerto.

Noemi, muerta, no podia aun que hubiese vivido, ofrecerle sino un amor impuro.

Los amores de aquella remota duquesa de Puente de Alba, habian sido un relámpago que habia pasado por la tormentosa existencia de Cervantes.

Con doña Magdalena no habia tenido verdaderamente amores, que á nada los obligasen, ni á ella ni á él.

Quedaba Paulina.

¿Por qué Saruh-Yemal habia pronunciado aquellas siniestras palabras que parecian indicarle que era completamente libre, que no tenia con ninguna mujer empeño que le impidiese por ante su conciencia unirse con Darahimaráh?

¿Habia tal vez muerto Paulina?

Él la habia encontrado muy enferma.

El largo mes que habia transcurrido sin que de él tuviese noticia alguna, podia haber agravado su terrible enfermedad.

Podia haber producido su muerte.

Darahimaráh que, dentro de su sencillez y de su inocencia era muy inteligente, miraba con una terrible ansiedad la visible y poderosa emocion que se pintaba en el semblante de Cervantes.

Saruh-Yemal, más serena que ellos dos, dominaba la situacion.

—No podemos detenernos ni un solo momento, dijo; os va á los dos la vida. Los momentos son preciosos.

—¡La vida! exclamó con una vehemencia fuera de toda comparacion Darahimaráh: ¡su vida está en peligro, y tú vienes á salvarle!... ¡oh!... ¡bendita seas tú!... ¡Guia, guia cuánto ántes... nosotros te seguimos!...

Saruh-Yemal salió de la cámara y entró en la galería seguida de Cervantes y de Darahimaráh.

En la parte media de la galería se acercó á una de las colunas.

En ella habia sujeta una escala.

—Por ahí hemos de bajar, dijo Saruh-Yemal: necesario será que tú sostengas á tu esposa, Miguel.

¡A tu esposa!...

Estas palabras acabaron de ennegrecer el alma de Cervantes.

—No, dijo Darahimaráh; yo soy fuerte y ágil: yo descenderé sola.

—Sígueme entónces: yo te sostendré si es necesario, dijo Saruh-Yemal: la escala es bastante fuerte para resistir el peso de los tres.

Y subiendo sobre la balaustrada, ganó la escala y se deslizó por ella.

La siguió Darahimaráh.

Luego á ésta, Cervantes.

Tardaron poco en llegar al adarve que corria á los piés del muro.

Al llegar al adarve, Darahimaráh tropezó con un cuerpo.

Aquel cuerpo estaba tendido é inmóvil.

Más allá habia otros dos cuerpos inmóviles tambien.

La luna lucia en algo brillante que rodeaba á estos cuerpos.

Era sangre.

Aquellos eran los cadáveres de tres guardas.

—¡Silencio! dijo en voz baja Saruh-Yemal: aun estamos en peligro.

Luego silbó de una manera ténue.

Inmediatamente cayó de lo alto la escala por la que habian descendido.

Sin duda habia arriba, en la galería, alguna persona con la cual Saruh-Yemal se habia puesto en inteligencia.

Apénas habia caido sobre el adarve la escala, cuando de entre la sombra del muro salieron cuatro hombres.

Recogieron la escala.

Luego se dejaron ir del adarve abajo, valiéndose de las asperezas del muro del adarve, que era de poca altura, y que daba sobre el jardin del harem.

Antes de descender, habian asegurado la escala en un almenar.

Descendieron por ella al jardin Saruh-Yemal, Darahimaráh y Cervantes.

Cuando hubieron adelantado por entre las espesuras, Saruh-Yemal dijo:

—Podemos darnos por seguros: aquí no hay nadie; aquí no quedan guardas: ganemos el postigo del muro exterior: le tenemos franco.

Cuando llegaron á aquel postigo, Cervantes le reconoció.

Era el mismo por donde un mes ántes habia escapado con Noemi.

Los cuatro esclavos negros estaban junto al postigo.

Le abrieron.

Salieron.

Estaban en la vertiente, sobre la marina, y cerca del barranco que ya conocemos.

Cuando llegaron al barranco, encontraron allí otros dos esclavos, que guardaban ocho fuertes caballos.

—No perdamos un momento, dijo Saruh-Yemal: el tiempo urge: monta á caballo, Miguel, y toma en tus brazos á tu esposa.

Montó á caballo Cervantes, y Saruh-Yemal ayudó á subir al cojin que habia en la parte anterior del aparejo, á Darahimaráh.

Saruh-Yemal montó á caballo.

Montaron los seis esclavos.

Saruh-Yemal tomó la delantera, como guiando, y puso su caballo al galope.

Saruh-Yemal puso á poco, su caballo al escape.

Al escape pusieron los otros á los suyos.

Iban hácia el Levante, dejando cada vez más á la izquierda el mar.

Al fin Saruh-Yemal se metió por un terreno pedregoso.

El mar se perdió de vista.

Sólo quedaron colinas cubiertas de nopales, entre los cuales se levantaban, como ramilletes, grupos de palmeras.

Iban superando una suave pendiente.

Esta se fué haciendo más áspera, y fué preciso poner los caballos al paso.

La accidentacion del terreno se hacia más bravía.

A veces, al surmontar la ladera de un cerro, volvia á verse la mar á lo léjos.

Pero al descender inmediatamente, volvian á perderla de vista.

Llegaron al fin á un estrecho valle que se extendia en declive entre tres cerros.

En lo más alto del valle habia una gran torre escueta y solitaria.

Al acercarse á aquella torre, una voz robusta y bravía les mandó detenerse.

—¡Es el *Tigre!* dijo Saruh-Yemal, y siguió.

Antes de llegar á la puerta de la torre encontraron un escuadroncillo de hombres á caballo, armados de largas lanzas.

Estos hombres agitaron sus lanzas como en saludo de honor, al pasar delante de ellos con sus amigos y sus esclavos, Saruh-Yemal.

Echaron pié á tierra á la puerta de la torre, donde esperaba un hombre atlético y torvo con una lámpara encendida en la mano.

Este hombre les llevó por un vestíbulo á unas escaleras, y por ellas los condujo á una extensa cámara preparada sin lujo, pero sí con comodidad.

CAPÍTULO L.

De como hay momentos en que no puede dejar de revelarse el amor.

—Nada temais ya, dijo Saruh-Yemal; reposad: os habeis fatigado, particularmente tú, mi querida hermana: voy á mandar que nos traigan un refresco.

Y llamó.

Apareció una esclava.

Saruh-Yemal habló con ella en voz baja.

La esclava salió.

Darahimaráh se habia arrojado verdaderamente cansada en un diván.

Estaba, además, poderosamente sobrescitada.

Tenia miedo.

Conocia la ferocidad y el poder de su padre.

En cuanto á Cervantes estaba aturdido.

Pero dominaba su aturdimiento con su admirable fuerza de voluntad.

Estaba otra vez en una de sus grandes aventuras amorosas.

Por otra parte sentia el espanto por la duda de lo que habia sido de Paulina.

Llegó la esclava.

Traia en una fuente de plata tres grandes copas del mismo metal.

Saruh-Yemal tomó una de las copas y la presentó á Darahimaráh.

—Bebe por tu vida, la dijo: esto te confortará.

Darahimaráh, que estaba sedienta, bebió con ánsia.

Bebieron á su vez Cervantes y Saruh-Yemal.

Era una bebida compuesta de higo chumbo, de granada y de limon.

Esta bebida, por el higo chumbo, tenia algo del vino.

Era muy refrigerante.

—¡Ah! dijo Cervantes: yo estoy ansioso por que me expliques la situacion en que nos encontramos.

—Espera, dijo Saruh-Yemal, que observaba con una gran atencion á Darahimaráh.

Ésta aparecia como acometida por una especie de sopor.

Aquel sopor se fué condensando hasta que al fin Darahimaráh cayó de costado sobre el diván.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó Cervantes.

—Esto es evitarla que sufra: es un arcángel; te ama con toda su alma: si te separases de ella, sufriria de una manera mortal, temeria perderte, y es de todo punto necesario que te separes de ella: yo la he dado un soporífero muy dulce hecho con ópio; dormirá plácidamente hasta el amanecer, y al amanecer te encontrarás á su lado.

Saruh-Yemal acomodó en una postura cómoda sobre el diván á Darahimaráh.

Luego llamó.

Acudieron dos doncellas.

Saruh-Yemal las mandó cuidasen de Darahimaráh.

—Ven conmigo, dijo á Cervantes.

Éste la siguió.

Saruh-Yemal bajó con Cervantes á la puerta de la torre.

Allí permanecia el escuadroncillo armado.

Dos esclavos tenian de la mano dos caballos.

Montó en el uno Saruh-Yemal.

En el otro Cervantes.

Partieron.

El escuadroncillo los siguió.

Tomó Saruh-Yemal el camino de Argel, ó más bien la direccion, porque en la tierra de Argel no habia caminos.

Cuando más, se encontraban sendas en los trayectos más concurridos, formados por los piés de los viandantes y de los camellos y demás bestias de carga.

Pero no volvian por los mismos sitios por donde habian ido.

El terreno era más áspero.

Desde ninguna de las colinas que superaban, se veia el mar.

Ni aun se oia su quejido.

A juzgar por las estrellas, era ya cerca de la media noche.

El terreno que atravesaban, además de ser muy accidentado, era completamente desierto.

A veces atravesaban un palmar.

A veces una espesura de grandes castaños silvestres.

Allá á lo léjos, entre el silencio, solia oirse el rugido de un leon.

Cuatro de los de la escolta iban delante.

Despues Saruh-Yemal y Cervantes.

Luego, como hasta cuarenta hombres, armados de lanzas y espingardas.

Todos eran mulatos.

Todos atléticos.

Los caballos que montaban eran de pequeña alzada.

Pero ardientes, fuertes y ligeros.

De improviso, y al atravesar un espeso robledar, uno de los de la escolta gritó:

—¡Guarda el leon!

Y preparó su espingarda.

En aquel mismo punto, un enorme leon rojo, á lo que podia juzgarse á la luz de la luna, cayó sobre la grupa del caballo que montaba Cervantes.

El animal cayó, y Cervantes con él.

Saruh-Yemal lanzó un grito de espanto.

Un grito tal como no podia lanzarle más que una madre que viera en un horrible peligro á su hijo, ó una mujer que viese en un peligro igual á un hombre á quien amase como una madre puede amar al hijo de sus entrañas.

Cervantes, cuyo valor no se desmentia jamás, á pesar de la terrible situacion en que se encontraba, arrollado por el leon, al alcance de su garra, con la muerte al ojo, y una muerte terrible, no sólo oyó el grito de Saruh-Yemal, sino que le apreció en todo lo que valia.

Se sintió amado hasta el delirio.

Y al mismo tiempo que esto pensaba, y que por esto se conmovia, atendiendo á su defensa, habia echado mano á su gumía.

Sentia sobre sí el poderoso y sordo rugido del leon, incitado por el hambre sobre su presa.

La situacion era terrible.

Los mulatos de la escolta no podian disparar, por temor de herir á Cervantes.

Habian saltado muchos de ellos de sus caballos, para buscar un flanco por donde herir al leon, sin que la vida de Cervantes corriese peligro.

Pero ántes que todos, habia saltado de su caballo Saruh-Yemal.

Cervantes, cogido por una pierna debajo del caballo, no podia herir al leon, porque no alcanzaba á él.

El caballo se debatia.

Este era otro peligro para Cervantes.

Todo esto: dar la voz de alerta uno de los mulatos, caer el leon sobre el caballo, lanzar su horrible grito Saruh-Yemal, saltar del caballo al suelo, y desmontar del mismo modo algunos de los de la escolta, habia sido cosa únicamente de algunos segundos.

El amor es uno de los sentimientos que más alientan el espíritu, y que á mayores empeños y mayores peligros le lanzan.

Saruh-Yemal, aterrada por Cervantes, y por su terror levantada á un valor

sobrehumano, llegó armada de un pistolete, mucho ántes que los de la escolta al leon.

Éste la sintió.

Abandonó el caballo, y se volvió rampante y formidable sobre Saruh-Yemal.

Tampoco podian disparar entónces los mulatos.

Saruh-Yemal estaba, respecto á ellos, en la misma línea que el leon.

Es decir: en la trayectoria de sus disparos.

Corrieron.

Pero de improviso el leon rugió de una manera horrible, y dió un salto formidable.

Al mismo tiempo habia retumbado una detonacion.

Saruh-Yemal habia disparado cuando ya el leon caia sobre ella.

La bala habia herido á la fiera por debajo de la cabeza, entre las dos mandíbulas.

Habia caido.

Su rugido se habia hecho sordo, y disminuia su estruendo rápidamente.

Cervantes se habia desembarazado del caballo.

Éste se habia puesto de pié.

Acudió Cervantes á Saruh-Yemal.

La encontró inmóvil.

Como petrificada.

Como dominada por una terrible atonía.

El espanto, y un espanto horrible, se pintaba en su semblante.

Sus hermosos ojos aparecian inmóviles y con una marcada expresion de insensatez.

Era evidente que no se habia lanzado al leon ni le habia muerto sino á impulsos de su terror por Cervantes, y dominando un pavor cruel, que al fin producia su efecto.

Saruh-Yemal vaciló y cayó sin sentido entre los brazos de Cervantes, que llegó á tiempo de cogerla en ellos.

La llevó junto á un arroyo que corria á poca distancia, cogió agua en el hueco de la mano y la roció el semblante.

Muchos de los mulatos los rodeaban cuidadosos.

Se conocia harto claro en el cuidado, en la ansiedad de aquellos semi-salvajes que Saruh-Yemal se habia hecho amar de ellos.

Otros habian acudido al leon y le desollaban.

Otros, en fin, examinaban la doble herida que el leon habia causado en las ancas del caballo, y se la curaban como podian.

Al fin Saruh-Yemal abrió los ojos.

Poco despues reconoció á Cervantes.

Le miró con una ansiedad infinita.

Le conoció luego, y exclamó:

—¡Ah, Miguel! ¡Miguel de mi alma! ¡cuánto he sufrido!...

Cervantes la estrechó entre sus brazos, y la dijo:

—Repórtate: yo estoy completamente salvo: ni aun siquiera me ha lastimado la caida; que tan espesa es aquí la grama, que ha quitado toda la violencia al golpe.

—¡Ah! pues yo me siento mal, muy mal... exclamó Saruh-Yemal; yo creo que voy á morir. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡si yo te habia creido muerto!

No podia darse una más vehemente, más apasionada declaracion de amor.

Como no podia darse tampoco una hermosura más conmovedora que la de Saruh-Yemal en aquellos momentos.

Cervantes se sentia transportado.

Su cerebro hervia.

No sabia darse cuenta de lo que pasaba en su alma.

Aquella era una alternativa terrible de sentimientos.

Lo bastante para volverse loco.

Los acontecimientos terribles se sucedian con una rapidez vertiginosa.

—Pero aquí no podemos permanecer, dijo Saruh-Yemal. Argel nos llama: ha llegado el momento, y aun que supiera que habia de morir, yo seguiria mi camino.

Y haciendo un poderoso esfuerzo, se afirmó sobre sus piés, pero abandonada todavía en los brazos de Cervantes.

—Sí, dijo Cervantes; necesario será que vayamos á donde te se pueda asistir, amada mia.

—¡Ah! no me llames tu amada, dijo Saruh-Yemal: eso es mentira: tú no me puedes amar; tú no me has amado nunca.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Cervantes. ¿Y quién sabe lo que es el amor?

—Partamos, partamos de aquí, dijo Saruh-Yemal: estamos tardando ya: un solo momento perdido puede sernos funesto. Mira, ya me tengo mejor: recobro mis fuerzas: ¡oh, sí, sí!... ya pasó: sólo me queda un gran cansancio, pero pasará tambien: y yo no podria ir sola en mi caballo: iré en él contigo.

Cervantes, estremecido de no sabemos qué emocion, pidió el caballo de Saruh, Yemal, que acercó uno de los mulatos.

En cuanto al de Cervantes, los que habian acudido á él, le habian restañado la sangre con ceniza que habian hecho quemando maleza.

El caballo aparecia fuerte y fiero, y como con ánsia de vengarse del daño que se le habia hecho.

Su ojo vivo, feroz y ardiente centelleaba.

Heria el césped con el casco, y resoplaba de una manera brava.

El leon habia sido desollado.

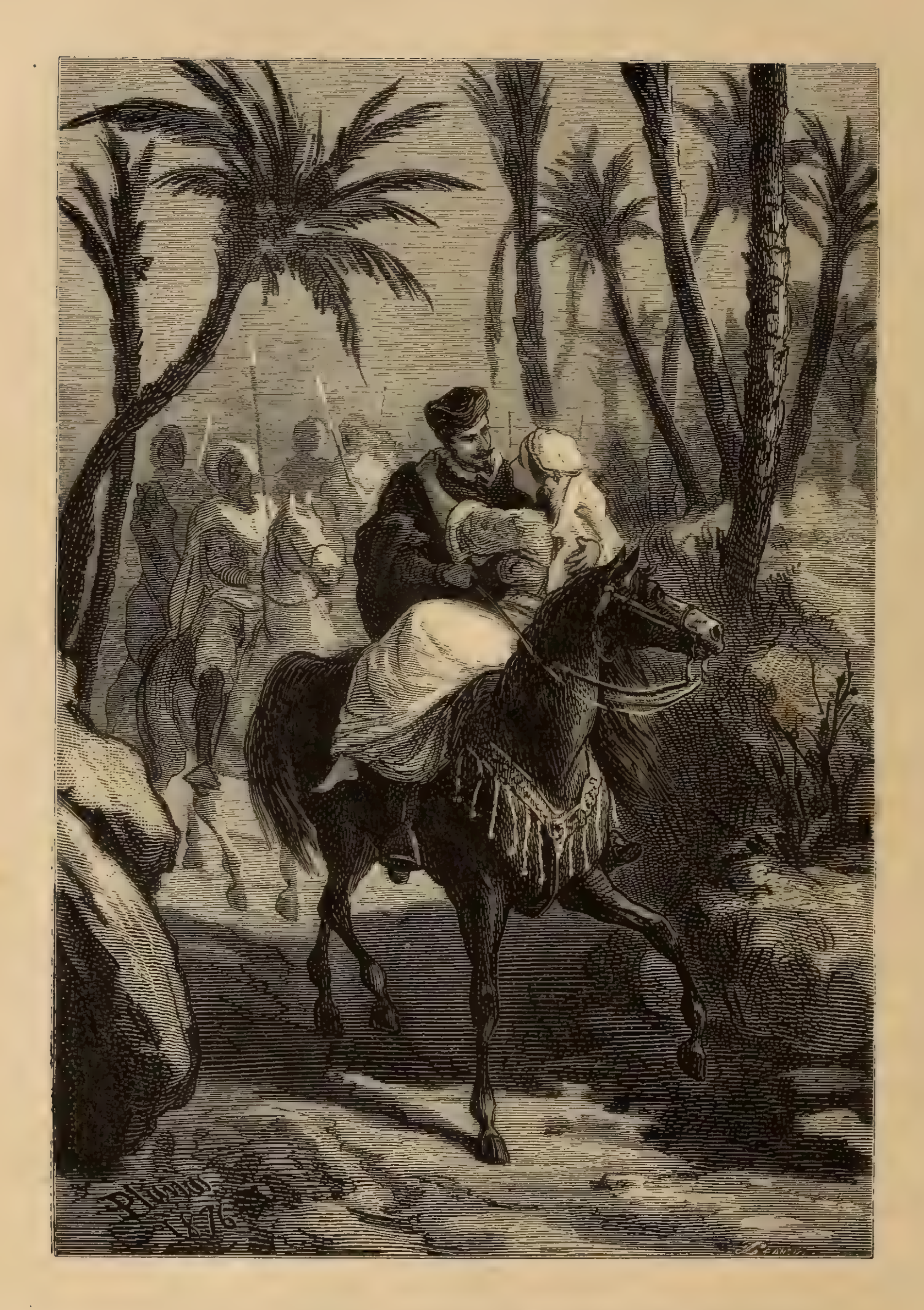
Montó á caballo Cervantes, y tomó delante de sí á Saruh-Yemal.

Montaron los mulatos, y uno de ellos cogió de la brida al corcel de Cervantes.

Se emprendió de nuevo la marcha.

El leon desollado, quedó en el lugar de aquel terrible accidente, sobre un charco de negra sangre.





—¡Oh! ¡y cómo te late el corazon, Miguel! exclamó Sansul-Gemal.

CAPÍTULO LI.

En que Cervantes cree conocer al fin el amor.

Saruh-Yemal iba fuertemente asida á la cintura de Cervantes.

Reclinaba sobre su hombro la cabeza.

Si Cervantes hubiera podido verla el rostro, que llevaba inclinado, hubiera encontrado en él el trasunto de la más inefable dicha.

Una manifestacion, un reflejo de una felicidad inmensa.

—¡Oh! ¡y cómo te late el corazon, Miguel! exclamó Saruh-Yemal.

Y apénas dichas estas palabras, gimió, pretendió separarse, pero no pudo, y rompió á llorar de una manera dulce y silenciosa.

Al par que lloraba, sonreia.

Alzó la cabeza y miró á Cervantes.

A la luz de la luna, y á través de las lágrimas, Cervantes vió en los ojos de Saruh-Yemal algo que jamás habia visto: la madre, la hermana, la hija, la amante, la esposa... todo junto: toda el alma de una mujer apasionada y pura.

—¡Oh, Dios mio!... ¡Dios mio!... exclamó Cervantes: ¡y por cuán incomprensibles rodeos llevas á los hombres!

—¿Por qué dices eso, Miguel? le preguntó con una inefable ternura Saruh-Yemal.

—Porque despues de tantos y tan dolorosos rodeos de la vida, me encuentro en el mismo lugar en que empecé.

—No te comprendo, Miguel: ó más bien, aun que te comprendo, quiero que tú me expliques lo que has dicho.

—¿Te acuerdas?...

—Si; de la noche que en Madrid, escapando asustada de la riña en que se metió mi pobre hermano Julio, tú acudiste y me serviste.

—Yo entónces no habia amado aun, dijo Cervantes.

—¿No?... ¿Pues no conocias ya á Abigail?

—Aun no, dijo Cervantes; tú te entraste en mi corazon, mi doña Magdalena.

—Si, si, llámame Magdalena y no Saruh-Yemal, dijo ella: quiero que me llames por mi nombre cristiano: por el que llevaba cuando te conocí.

—Saruh-Yemal es un hermoso nombre.

—¡Oh, sí! un nombre jactancioso: *Sol de hermosura;* los moros no saben poner á las mujeres más que nombres pomposos, exajerados: Magdalena, Magdalena es más sencillo.

—Me parece que te sientes mucho mejor, hermosa mia.

—¡Ah! ¡sí, sí!... He sentido en mí una nueva vida, cuando he sentido los violentos latidos de tu corazon.

—Yo tambien he sentido los del tuyo, dijo Cervantes, y creí que moria de felicidad.

—Cuidado, Miguel; cuidado no te engañes.

—¿Te engañas tú?

—¡Ah! yo no: yo te amo desde que te conocí: ¡oh! ¡y cuánto he sufrido!... Tú me habias visto un momento: viste despues á Beatriz, que era violenta, que concibió por tí una de esas pasiones ardientes, que son tan terribles en las mujeres que, como ella, no saben dominar sus impulsos, que tienen el alma y el cuerpo vírgenes, y en el corazon la sed del amor. Tú llegaste á ser, apénas la conociste, y de una manera extraña, su esposo.

Yo lo sabia.

Yo te habia seguido.

Habia sentido por tí, algo que hácia tí me arrastraba; lo ví, lo ví todo; y cuando tu amor era ya imposible para mí, te amé más... Conociste luego á Abigail; residiste en Roma... Despues conociste á Paulina...

—¡Oh!... ¡Paulina!... exclamó Cervantes.

—Otra mujer tan terrible como Abigail y como Beatriz; como ellas manchada por el crímen; como ellas castigada por Dios: y no cuento á la duquesa de Puente de Alba, violenta tambien cuanto en la apariencia dulce, enamorada con un amor satánico, castigada tambien por Dios... ni cuento tampoco á Noemí, porque á Noemí no la has amado, ó creido amarla.

—¡Ah! ¡tú estás revelándome los misterios de mi alma! exclamó Cervantes.

—Amar, es amar como he amado yo: amar en la soledad, léjos del hombre amado: contarle perdido, verle en los brazos de otra, resignarse á la desgracia del corazon, y amar... amar cada dia más; más y más á cada amargura: esperar, sí, porque siempre se espera: pero esperar con la amargura del desaliento; como pudiera decirse, esperar sin esperanza: estarse muriendo siempre, y no morirse nunca: resignarse y sufrir, y pensar con alegría, con deseo en la muerte... ¡esto es amar!

Cervantes estrechó dulcemente contra su corazon á Saruh-Yemal.

—Pero Dios premia á los mártires y les dá la gloria, dijo Saruh-Yemal, estremeciéndose bajo la presion del brazo de Cervantes: Dios ha visto la pureza de mi amor, y mi resignacion á la desgracia á que mi amor me arrastraba: Dios no ha visto ninguna mancha, ningun crímen en mi frente, y Dios me premia: Dios te me dá.

—¡Ah! ¡yo tiemblo! exclamó Cervantes: si Dios me diese un amor como el tuyo, me daria la paz de mi alma, y yo no he nacido para ser feliz.

Yo tengo en mi sér la necesidad del amor.

Mi alma le busca en todo.

He creido encontrar el amor en una y otra mujer; he soñado, he delirado, y siempre mi sueño se ha desvanecido en lo terrible; siempre mi delirio ha encontrado una realidad espantosa.

—Tú has ido de ansiedad en ansiedad, de amor en amor, inmenso, vehemente é insaciable; acuérdate: acabamos de dejar aletargada á una mujer que te ama: tu vida está rodeada de dificultades: ¿tengo yo acaso derecho á desgarrar el corazon de esa pobre mártir, de Darahimaráh, que te ama con toda su alma, que por tu amor ha abierto los ojos á la luz, y se ha convertido á Dios?

—¡Ah! ¡mi destino cruel! exclamó Cervantes: siempre las contrariedades, y las contrariedades terribles en mi camino. Yo no la amo; yo he podido sentir el encanto de su hermosura, pero mi alma no se llena con su amor: en cambio, con el tuyo siento mi alma consolada, engrandecida.

—Mi amor no pasa de ser amor, dijo con un acento tiernísimo y puro Saruh-Yemal: amor del alma: Beatriz y Noemí han muerto: Abigail era un demonio que se habia apoderado de tí, y yo de tí le he separado; no la volverás á ver más: Paulina no puede ser tu esposa.

—¿Ha muerto tambien? exclamó con una viva ansiedad Cervantes.

—No.

—¿Acaso por un accidente de la vida, se ha unido á otro?

—No.

—¿Ha tenido la desgracia de sufrir la tiranía de su amo?

—No; pero Paulina tenia remordimientos: se acordaba amenudo de los *Implacables* y de los *Apuñaladores;* habia vivido del oro del crímen, y tiene siempre un peso sobre la conciencia, y para aplacar las iras del cielo, se ha votado al Señor. Cuando vuelva á Roma, que yo la volveré, entrará en un convento.

—Entónces, dijo Cervantes, ¿por qué me has hecho volverla á ver?

—Me lo habia suplicado: ella queria volver á verte, despedirse de tí. Ahora bien: Hassán-Agá te encerró con su hija Darahimaráh, con María: yo no habia podido prever esto.

Te eché de ménos.

Tardabas demasiado en volver.

Envié á mi padre á la Alcazaba.

Ya sabes que el que me llama, y aun me cree su hija por su amor, aun que bien sabe que no lo soy, engaña á Hassan-Agá, que le cree un grande amigo suyo.

Mi padre exploró sagazmente á Hassán-Agá, y éste le dijo:

—Soy el más desventurado de los hombres: amo á Noemí, y Noemí ha huido robándome: amo á otra mujer misteriosa, y ha huido tambien.

Mi padre comprendia que la mujer misteriosa era Abigail.

—Los ha acompañado un miserable: el Xímio, el jorobado: los he buscado en vano: nadie sabe lo que ha sido de ellos.

Mi padre podia haber dicho lo que de ellos sabia, pero se guardó muy bien de hacerlo.

—Pero yo los encontraré, añadió Hassán-Agá.

—¿Y cómo los encontrarás? le preguntó mi padre, aun que procurando ocultar el cuidado de su pregunta.

—Mi *cristiano estropeado,* respondió Hassán-Agá, ya sabes, Miguel de Cervantes, es hechicero: él puede con sus artificios hacerles que vuelvan con mi tesoro.

Él se ha negado á usar en favor mio de su ciencia, pero tú no sabes... el *cristiano estropeado* es mio.

—Ya sabes, le dijo mi padre, que Miguel de Cervantes es muy firme de voluntad.

—¿Crees tú que mienten las estrellas? preguntó Hassán-Agá á mi padre.

—¿Cómo han de mentir, respondió mi padre, si las estrellas son los misteriosos signos de fuego con que Dios ha escrito su voluntad en el firmamento?

—Pues bien; cuando nació Darahimaráh, hace más de catorce años, en Constantinopla, en la fiesta de las Buenas-Hadas, pareció como que una estrella muy leve, pero muy luciente, bajaba del cielo para caer sobre su cabeza y perderse en ella.

Yo consulté á los astrólogos.

Ellos levantaron figura á Darahimaráh.

Evocaron los muertos.

Llamaron á los espíritus.

Hicieron, en fin, por cuantos medios tenian en su ciencia, el horóscopo de Darahimaráh.

—«Ella vivirá para el amor, y por el amor será salva.

»Ella no amará hasta que un grande encantador enemigo de su padre, y contra el cual su padre nada puede, la conozca.

»Cuando la conocerá el encantador, se encantará en ella, y á ella pasará todo el poder del encantador; y por este poder el padre de Darahimaráh será salvo, y llegará á cuantas venturas y á cuantas grandezas aspire.»

Ahora bien, añadió Hassan-Agá: ¿quién es mi grande enemigo, contra el cual nada puedo, porque cuando mi brazo se levanta para castigarle, mi brazo se desarma?

El *cristiano estropeado.*

¿Y no es el *cristiano estropeado* un sabio encantador, un grande hechicero?

Yo le he hecho conocer á Darahimaráh, y cuando se han visto, el alma de los dos se ha unido.

El amor los ha enlazado.

Lo que estaba escrito se ha cumplido ya en parte, y acabará de cumplirse: mi hija tendrá todo el poder del *cristiano estropeado*, y por el poder de mi hija, que me ama, yo recobraré á Noemí, á Abigail, mi tesoro, y seré cuanto deseo ser.

Continuó mi padre haciendo hablar á Hassan-Agá, y al fin supo que tú estabas encerrado y preso con Darahimaráh en una parte del harem.

Un mes largo se ha invertido en procurarte la fuga.

Ha sido necesario corromper á algunos de los servidores del harem, y matar á otros: pero al fin te has visto libre.

—Gracias á tí, amor mio.

—Tu hermana; yo no quiero remordimientos sobre mi conciencia: Darahimaráh es un arcángel, por tí se ha convertido; te ama, la debes tal vez la vida.

—No; la vida te la debo á tí.

—Yo no seré tu esposa miéntras viva Darahimaráh ó miéntras te ame. Yo no quiero ser feliz á costa de las lágrimas de una criatura tan pura y tan buena como Darahimaráh: si ella se viera abandonada por tí, moriria; su sombra me espantaria. No: yo te amaré siempre como te he amado desde que te conocí: pero como hasta ahora; desde léjos. No porfiemos más: ten en cuenta que no sucederá otra cosa, sino lo que Dios quiera que suceda.

—¡Ah, mi acerbo destino! exclamó Cervantes.

—¿Acerbo llamas á un destino que arroja en tus brazos á una y otra mujer hermosa, pura y enamorada? exclamó con un acento singular Saruh-Yemal.

—La impureza no es el amor, dijo Cervantes: yo no he conocido todavía el amor, tal como yo lo comprendo.

—¿El amor del alma?

—Sí, el amor del alma: el amor por una mujer, despues de Dios, amada sobre todas las cosas: adornada de todas las perfecciones, de todos los encantos; siempre anhelada y nunca lograda: la más hermosa á mis ojos, de todas las mujeres: mi continuo pensamiento, mi única esperanza: mi vida, mi corazon.

—Pues bien, dijo Saruh-Yemal, si Dios lo quiere, tú tendrás esa alma tuya en mi alma. Dejemos hacer á Dios: yo te amo del mismo modo: merezcamos, siendo buenos, que Dios nos premie, dándonos la felicidad.

Revolvian en aquel momento la garganta de un monte.

Desde allí se veia, pálidamente iluminado por la luna, á Argel, y más allá, el mar.

CAPÍTULO LII.

En que se habla de una insurreccion contra Hassan-Agá.

Descendieron en paso lento, aprovechando las sinuosidades del terreno, para no ser vistos por los guardas de la ciudad.

A medida que se acercaban, percibian un rumor sordo que de la ciudad salia.

Aquel rumor aumentaba.

Muy pronto se oyeron vagos y perdidos algunos disparos de arma de fuego dentro de la ciudad.

—Refrena el caballo y deténle, dijo Saruh-Yemal á Cervantes.

Éste obedeció.

Su caballo quedó inmóvil.

Los otros se detuvieron tambien.

—Hemos llegado tarde, dijo Saruh-Yemal; el tumulto ha empezado ántes de lo que yo creia. El ruido del combate crece. Seria una imprudencia penetrar en la ciudad. No sabemos dónde están los nuestros, y podríamos vernos envueltos por los enemigos. Retrocedamos. Vamos á embreñarnos en Ain-el-Hijara (fuente de las piedras); allí recibiremos noticias.

Apénas habia dicho estas palabras Saruh-Yemal, cuando se oyeron, proviniendo de la marina, tiros de artillería.

—La *Tigre* combate, dijo Saruh-Yemal, y esto puede ser tanto una señal favorable como adversa. No nos detengamos, Miguel. Rodea tu caballo. Toma ese escarpado sendero que está á la derecha, entre esas dos peñas verdinegras.

Cervantes rodeó su caballo.

Avanzó.

Los de la escolta le siguieron.

Entraron por la estrecha y lóbrega garganta.

La luna iluminaba solamente lo alto del borde del áspero desfiladero.

A veces la penumbra era absoluta.

Los fuertes caballos trepaban rápidamente.

Aquella garganta era muy tortuosa y de difícil acceso.

Llegaron al fin á una cumbre erizada de altas peñas.

De una de ellas descendia un grueso chorro de agua.

La luna iluminaba de lleno aquel extraño paisaje.

Una de las rocas mayores estaba ahuecada por una cueva.

La entrada de esta cueva estaba cerrada por un muro rojizo.

En este muro habia una bella puerta de arco de herradura, fabricada con ladrillo agramillado.

Sobre esta puerta habia un emparrado.

Estaban en Ain-el-Hijara, á dos millas de Argel, junto al *morabhito* ó hermita Ben-Almoztamir-Billáh.

Hacia ya algun tiempo que se habia perdido con la distancia el estruendo del combate que en la ciudad se libraba.

Un silencio profundo, turbado sólo por el rumor monótono del raudal de la fuente, dominaba en aquellos bravíos lugares, sobre cuyo tupido césped de color ceniciento, parecia no haberse puesto jamás planta humana.

Acá y allá, sobre las piedras, en las hendiduras, se levantaban nopales y pitas.

Dos palmeras gigantescas se alzaban junto al acueducto, descollando sobre la peña, en la cual, natural ó artificialmente, el *morabhito* estaba socavado.

Tal silencio se sentia en su interior, que no podia dudarse de que, ó el *morabhito* estaba abandonado ó dormian los que le habitaban.

—Desmontemos, dijo Saruh-Yemal.

Deslizóse al suelo Cervantes y desmontó.

Saruh-Yemal se tenia firme.

La perturbacion que por algun tiempo la habia combatido, habia cesado completamente.

Cervantes no se resentia tampoco de su caida.

Se sentia fuerte.

Saruh-Yemal con su túnica blanca, esbelta, vaporosa, destacándose sobre el fondo gris de las rocas, tenia mucho de fantástico en la apariencia.

La luna descendia.

Acá y allá, cerca, léjos, por todas partes, se veia una cadena de cumbres y de valles, que se iban deprimiendo hasta terminar en el mar.

Aquel espectáculo era á un tiempo bello, grandioso é imponente.

Una cumbre inmediata impedia que desde aquel lugar se viese Argel.

Llegó á la puerta del *morabhito* Saruh-Yemal y llamó.

Nadie respondió.

Ni al segundo ni al tercer llamamiento respondieron tampoco.

—Sydi-Mahomet, dijo Saruh-Yemal, está sin duda en la ciudad. Él volverá si no muere en la refriega, y ántes que él, vendrá indudablemente algun otro. Cuando se vea que en la ciudad no estoy, me buscarán aquí.

—Pero, en fin, ¿qué sucede? dijo Cervantes.

—Sucede, respondió sonriendo Saruh-Yemal, que yo trabajo para ti; que yo quiero que tú puedas decir á tu rey: —«Yo, que no te he merecido, aun que te he servido bien, que me rescates, te doy el lugar en que he estado cautivo, y del

cual, sólo con renegar, habria podido hacerme rey; pero yo no puedo renegar de Dios, ni por mi propia honra puedo dejar de ser leal á mi rey.»

—¿Es decir, que en estos momentos mis hermanos pelean en Argel?

—Sí.

—¡Y yo no estoy con ellos!

—Hemos llegado tarde: yo no esperaba la sublevacion sino poco ántes del amanecer.

—¿Y tú lo has preparado todo?

—Todo, sí, todo; durante el mes que has estado encerrado con Darahimaráh.

—¿Y quién te ha ayudado en tu empresa? preguntó con un grande interés Cervantes.

—Arnaute-Mamí, que anhela ocupar el bajalato de Argel; sus esclavos, sus cautivos, debian sublevarse, asaltar las casas de otros moros, donde hay cautivos cristianos, libertarlos y darles armas.

—Pero los turcos y los beduinos que sirven á Hassan-Agá...

—Son muy pocos: entre todos no pasan de dos mil, y son más de veinte mil los cautivos cristianos. Arnaute-Mamí dispone tambien de mucha gente montaraz, que ha entrado hoy en Argel: la victoria es casi segura.

—¡Silencio! dijo Cervantes.

—¿Qué? preguntó Saruh-Yemal.

—Me parece sentir las pisadas de un caballo.

—Alguno que viene á buscarme.

Cervantes y Saruh-Yemal se dirigieron al lugar de donde provenia el ruido.

Poco despues llegó un jinete.

Venia sudoroso.

Su caballo hijadeaba.

—Dios te guarde, señora, dijo el jinete: tu padre me envia para decirte que no vuelvas por ahora á la ciudad.

—¿Qué dices? Pues qué, ¿nos ha sido la suerte contraria? exclamó con sobresalto Saruh-Yemal.

—Por el momento se ha perdido todo, respondió el jinete.

—¡Se nos ha hecho traicion! dijo Saruh-Yemal.

—No, afortunadamente, respondió el jinete: el dey no puede creer sino que todo ha sido obra de los cautivos cristianos: se ha obrado con una gran prudencia.

—¿Pero cómo ha sucedido?

—Nos han acusado los tres guardas muertos que quedaron en la Alcazaba.

—¡Ah! ¡debíamos haber pensado en ello!

—Esto era irremediable, mi noble señora. Tanto hubiera dado que en vez de encontrar muertos á los guardas cuando fueron á remudarlos, hubieran encontrado que habian desaparecido.

—Es verdad.

—Dieron cuenta inmediatamente de ello á Hassan-Agá.

—Que iria al momento á buscar á su hija y al *cristiano estropeado.*

—Así fué; y como no los encontrase, en aquel momento, furioso como un leon atarazado por los perros, hizo despertar á la guardia, y salió de la Alcazaba para buscar á los fugitivos. En aquel punto se encontró con los cautivos de Arnaute-Mami, que se habian escapado del baño, y muchos de los cuales llevaban armas, é iban á libertar á los otros cautivos. Eran pocos los que encontró el dey; apénas si llegaban á doscientos, y mal armados, porque alguno habia que no llevaba otra arma que un palo.

Ya sabes cómo se ha prevenido esta conspiracion.

Los cautivos cristianos no saben quien les favorece.

Quien ha introducido sigilosamente armas en sus baños.

Se les habia puesto á los unos en comunicacion con los otros.

Pero no sonaba el nombre de un solo moro.

A Hassan-Agá le ha sido muy fácil vencer á aquellos desdichados, y á todos los ha pasado á degüello.

Despues ha asegurado los baños en que habia esclavos.

Se ha vuelto á la Alcazaba.

Yo esperaba, como se me habia mandado, fuera de los muros.

Abd-el-Kadir se ha descolgado por los muros y ha venido á avisarme.

Me ha dicho que tú debias estar aquí, y he venido.

—¿Y dices que ningun moro ha estado en el lance?

—Ninguno.

—¿De modo que Hassan-Agá no puede sospechar de mi padre, ni de Arnaute-Mami?

—No, señora: pero importa que por esta noche te ocultes, y que no vuelvas á la ciudad sino cuando te se avise.

—Señora, exclamó uno de los mulatos que llegó á la carrera; yo, que estaba de escucha allá, en lo alto de la rambla, he visto muchos jinetes que por la rambla suben.

—¡Mi suerte cruel! exclamó Cervantes: siempre que creo tenerla asida, se me vá de entre las manos.

—¡Pronto, á caballo! exclamó Saruh-Yemal; á caballo y entre las breñas: quédate tú aquí oculto, Saphar, añadió dirigiéndose al que acababa de llevar la noticia de la aproximacion de gente armada.

—Estad tranquilos, dijo junto á ellos una voz venerable: los que se acercan son amigos.

Saruh-Yemal y Cervantes se volvieron, y vieron junto á sí á un anciano de larga barba blanca, vestido con una túnica parda.

Era Sydi-Mohamet, morabhito ó ermitaño de la mezquita Ben-Almoztamir-Billáh.

—¿Habeis estado en la ciudad, padre mio? dijo Saruh-Yemal.

—Sí, y traigo buenas noticias: de otro modo, ¿cómo hubiera podido salir de la ciudad con gente armada y estando las puertas cerradas? Yo sabia que no

habiendo tú llegado á la ciudad, debia encontrarte aquí. Tu padre me ha enviado para que te tranquilice.

—Y entónces tú, ¿por qué me has dicho que todo estaba perdido? dijo severamente Saruh-Yemal dirigiéndose al moro que habia llegado ántes que Sydi-Mohamet.

—Yo te he dicho, señora, lo que me habia contado Abd-el-Kadir, respondió el moro.

—Juzef tiene razon, dijo Sydi-Mohamet: Hassan-Agá, señora, en los primeros momentos se cebó cruelmente en los vencidos, y se fué á la Alcazaba: pero no era sólo del baño de Arnaute-Mami del que habian salido cristianos armados; infinito número se habian reunido en la plaza de El-Fondak, y deseando vengar la desgracia de sus compañeros, se fueron á la Alcazaba y la tienen cercada. Hassan-Agá se verá precisado á rendirse.

—¡A Argel! exclamó entónces Cervantes, y Dios vaya con nosotros.

—Sí; á Argel á animar á nuestros amigos, dijo Saruh-Yemal.

—¿Y por qué no esperar aquí en seguridad? dijo el prudente Sydi-Mohamet: en mi mezquita hay una mina, por la cual podeis saliros.

—¡Ah! ¡una mina!... exclamó Saruh-Yemal: tambien en la Alcazaba hay una mina que sale al campo, y es necesario tomar la entrada de esa mina, á fin de que no pueda salvarse Hassan-Agá.

—Esa salida está guardada por beduinos que nos son fieles, dijo Sydi-Mohamet.

—No importa, replicó Saruh-Yemal: vamos á registrarla: á caballo, á caballo, Miguel.

Miguel montó.

Saruh-Yemal saltó sobre el caballo.

—Tú lo quieres, exclamó Sydi-Mohamet, sea: estoy pronto á seguirte: ayudemos todos á vencer á esa fiera sedienta de sangre humana, que nos devora.

—Guia tú, Juzef, dijo Saruh-Yemal: ¡á la rambla de los Tamarindos!

Juzef montó á caballo y partió, llevando consigo al morabhito Sydi-Mohamet, que habia saltado á la grupa de su caballo.

Rompió para adelante.

Cervantes, llevando en sus brazos á Saruh-Yemal, le siguió.

Siguió detrás la escolta.

Juzef empezó á descender hácia el Levante.

A Poniente quedaba Argel.

Iban en paso rápido.

Tan rápido como se lo permitia la pendiente y las asperezas del terreno.

Llegaron al fin á la planicie de una gran colina.

Juzef puso su caballo al galope.

Todos hicieron lo mismo.

Llegó al valle Juzef, torció á diestra mano, y á poco que adelantó se encontró con un muro de gente armada.

Estaban en la rambla de los Tamarindos.

Los que allí aguardaban ya, pasaban de mil hombres.

Eran todos beduinos montaraces.

CAPÍTULO LIII.

De cómo una vez más se volvia contra Cervantes su enemiga suerte.

Apénas hubieron llegado, cuando de entre los beduinos salió un jinete á quien envolvia un ancho ropon rojo.

Reconoció á Saruh-Yemal, á Cervantes, á Sydi-Mohamet y á Juzef, y les dijo:

—Ninguna señal hay de que el infame Hassan-Agá haya procurado salvarse por la mina: nosotros hemos llegado tan á tiempo, que no puede creerse haya escapado ántes de llegar nosotros. Hemos forzado la salida de la mina, y algunos de nuestros más bravos xeques han penetrado en ella y han vuelto, diciendo que en la mina no habia novedad alguna. Así, pues, yo he mandado que doscientos hombres penetren por la mina en la Alcazaba y arrastren aquí á Hassan-Agá.

—¿Y cuánto tiempo hace que han penetrado? preguntó Cervantes.

—Há más de una hora, contestó el xeque del ropon rojo.

—¿Y por qué no haber penetrado todos?

—Porque he creido prudente que nos quedemos aquí en emboscada: el oficio de los que han entrado es apoderarse de Hassan-Agá.

En este momento, por la entrada de una cueva que estaba inmediata, sonó un ruido confuso.

—Atencion, gritó el xeque rojo á los beduinos: gente viene por la mina.

Los beduinos se prepararon.

A poco salió de la cueva otro xeque, tambien vestido de rojo, y tras él continuaron saliendo muchos hombres.

—Hassan-Agá, dijo el xeque que acababa de llegar, no está en la Alcazaba; los que la cercaban se han retirado. Algo muy extraño sucede en Argel.

—Aquí ha debido haber, como siempre, alguna infame traicion, exclamó Cervantes. Nuestro lugar está en Argel, amigos mios.

—¿Y por dónde hemos de entrar en Argel? exclamó Saruh-Yemal.

—¿Por dónde? respondió Cervantes: ¿no dá esta mina á la Alcazaba? ¿no han entrado en ella algunos de los que aquí están? Pues vamos todos á la Alcazaba: ocupémosla: una vez en nuestro poder la Alcazaba, Argel es nuestro.

—¡Es ya tarde! dijo otro xeque, envuelto tambien en un ropon rojo, que acababa de aparecer por la entrada de la cueva.

—¡Tarde! exclamó Saruh-Yemal.

—Sí, respondió el recien llegado: yo he salido el último de la Alcazaba, en la que no habia quedado un solo soldado. Hassan-Agá ha salido contra los que le cercaban, ha caido sobre ellos como un tigre hambriento; los ha dispersado, y á la Alcazaba se ha vuelto: si penetrásemos por la mina, nada conseguiríamos: por el otro camino sólo pueden pasar de frente dos hombres y es muy fácil la defensa.

—¡A Argel! ¡á Argel! exclamó Cervantes.

Pero apénas habia dicho estas palabras, cuando por la boca de la cueva que daba entrada á la mina, salió un turbion de turcos y beduinos.

Al mismo tiempo, por la parte de abajo de la rambla, á campo abierto, sonó alarido de añafiles.

—¡Sálvate! exclamó Cervantes echando pié á tierra, y dejando sobre el caballo á Saruh-Yemal.

—¡No! dijo ésta: yo quiero vencer ó morir contigo.

Pero no pudo decir más.

Se habia trabado un combate terrible.

Una oleada de hombres los habia separado.

Cervantes la buscó en vano.

El tumulto habia arreciado.

Saruh-Yemal habia desaparecido.

Cervantes se encontraba rodeado, no sabia si de amigos ó de enemigos.

Era un turbion de hombres que combatian al arma blanca.

Cervantes no sabia quienes eran los suyos ni quienes los contrarios.

Heria á diestro y á siniestro.

No veia un solo rostro conocido.

—¡Ah! ¡mi *cristiano estropeado!* dijo de improviso una voz junto á él.

En aquella voz reconoció Cervantes á Hassan-Agá.

Le vió.

Venia letal, terrible.

Blandia un ancho y corvo yatagan, ensangrentado hasta la empuñadura.

—¡No le mateis, no le mateis! gritó: ¡cogedle vivo! en teniéndole yo seguro nada temo.

Cervantes se revolvia como un leon.

Heria, destrozaba.

Pero eran tantos los que caian sobre él, que al fin le cogieron por detrás, le sujetaron y le desarmaron.

El combate duró todavía algun tiempo.

Al fin todo cesó.

Al grande, al terrible estruendo, sucedió un silencio de muerte...

Cervantes, maniatado, era conducido detrás del caballo de Hassan-Agá.



Cervantes, maniatado, era conducido detrás del caballo de Hasan-bajá.



CAPÍTULO LIV.

De como Hassan-Agá era impotente contra Cervantes.

Amanecia cuando entraron en Argel.

Cervantes se horrorizó.

Sobre la puerta de la muralla habia un gran número de cabezas que todavía destilaban sangre, puestas entre las almenas y sobre ellas.

Cuando entraron, acá y allá se veian cadáveres, que por lo mutilados daban claro á entender que eran cautivos cristianos.

En los muros de la Alcazaba, sobre su poterna, habia tambien otra horrible orla de cabezas cristianas, á juzgar por sus cabellos y la manera de su corte.

Dentro de la Alcazaba habia tambien algunos cadáveres, y rastros de sangre por todas partes.

Hassan-Agá se encerró con Cervantes.

El bárbaro aparecia formidable.

Se notaba, sin embargo, que no se atrevia á mirar frente á frente á Cervantes.

Que le tenia miedo.

—Yo debia empalarte, despedazarte, quemar tus restos, y aventar tus cenizas para vivir tranquilo, dijo Hassan-Agá.

—Haz lo que quieras, dijo Cervantes: tú responderás á Dios de tus hechos.

—¡Dios! ¡Dios! ¿por qué tomas tú á Dios en los labios? ¿tú, que eres el espiritu de la maldad? exclamó ardiendo en ira Hassan-Agá.

—Yo no soy malvado, porque pretendo libertarme y libertar á los mios, exclamó Cervantes.

—Yo te he colmado de beneficios.

—Harto sé que tengo mucho que agradecerte, señor, y te lo agradezco, dijo Cervantes.

—¡Que me lo agradeces!... Por tí he amado en vano á una mujer que era la señora de mi alma.

—Tú no debiste pensar en esa mujer, porque esa mujer amaba á otro.

—Te amaba á tí.

—Dios puso el amor por mí en su corazon.

—Yo tenia una esposa á la que amaba.

— Yo no te he quitado el amor de tu esposa.

—Tú la has hechizado, y la has hecho desaparecer como á Abigail.

—Te juro, señor, que no sé lo que de ellas sea, replicó Cervantes.

Y al jurar esto no mentia.

—Yo te he dado mi hija, á cambio de Abigail, á cambio de Noemí, á cambio de mi tesoro, á cambio de la felicidad que esperaba si mi hija te amaba, y si tú amabas á mi hija.

—Tu hija y yo somos hermanos.

—¡Hermanos!

—Sí, hermanos.

—¿No más que hermanos?

—Dios no quiere que sea de otra manera.

—¿Y qué ha sido de mi hija?

—No lo sé.

—¿Ignoras que yo puedo atormentarte, hacerte padecer terriblemente hasta que me digas la verdad?

—Puedes hacer lo que quieras, señor.

La firmeza de Cervantes no se desmentia.

Por el contrario: iba en aumento.

—¿Quiénes han sido los traidores que han levantado contra mí el motin de esta noche?

—Yo soy el solo culpable, dijo con una entereza temeraria Cervantes: yo he sabido entenderme con ellos, darles armas, sacarles de su postracion para que te acometiesen, y destruyéndote, destruyesen el horror y la maldad del mayor tirano que Dios ha consentido para castigo de los hombres.

—No has conseguido otra cosa, contestó ardiendo en ira Hassan-Agá, sino que centenares de esos que llamas tus hermanos, hayan ido á habitar entre la eterna sombra.

—Han muerto peleando por su libertad, por su Dios, por su patria y por su rey.

Cervantes se mantenia inflexible.

En vez de disculparse, de defenderse de las iras de Hassan-Agá, las provocaba.

Hassan se paseaba de un extremo á otro de la cámara, y volvia á su paseo, como un tigre enjaulado.

—Vas á morir como todavía no ha muerto un hombre; de una manera tan cruel, que cause espanto á cuantos conozcan tu muerte, si no me vuelves mi esposa, mi tesoro, mi hija.

—Yo te las volveria si pudiera, señor, dijo Cervantes.

—¿Han muerto?

—No lo sé.

—Tú lo sabes todo.

—Yo soy un miserable mortal: el conocimiento de todas las cosas es sólo de Dios.

—Y de Satanás, con el cual tienes hecho pacto, dijo Hassan-Agá.

—¡Dios me libre de que Satanás tenga nada mio! exclamó Cervantes con un verdadero horror.

—¿No te he dado mi hija?

—Sí, señor.

—¿No he confiado en tí?

—Sí, señor.

—¿Y entónces, por qué, por qué me pagas de esta manera?

—Yo no puedo hacer otra cosa: tú eres enemigo de mi Dios, de mi rey y de mi patria: tú eres cruel sobre todas las crueldades con los pobres cautivos cristianos que están en tu poder: tú eres una bestia brava, que no puedes apagar tu sed sino con sangre y lágrimas.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Hassan-Agá: ¡tú morirás!... ¡tú morirás!... yo no sé de qué muerte: yo necesito buscar una muerte nunca vista ni oida. ¡Ah! ¿y no tiemblas, maldito? ¿y me miras tan tranquilo como si nada tuvieras que temer de mí?

—Nada temo, replicó Cervantes.

—Sí, es verdad: nada temes: sabes que yo no puedo nada contra tí: que me tienes hechizado: ¡ah! mi odio, mi furor, mi justa cólera por lo que por tí he perdido, me ponen en el corazon la necesidad de despedazarte, y no me resuelvo, no me atrevo, no puedo: me parece que si toco un solo pelo de tu barba, va á caer sobre mí la maldicion de Dios.

— Pues qué, ¿crees tú que no estás maldito? ¿crees que un mónstruo como tú no está ya sentenciado sobre la tierra?

—Yo sirvo á Dios exterminando á sus enemigos, los perros *rumies* (cristianos), gritó Hassan-Agá: y tanto más á Dios sirvo, cuanto más cruel soy para con ellos.

—¡Renegado! exclamó con acento amenazador y terrible Cervantes: ¿hasta tal punto has llegado á olvidarte del Dios del Sinaí, del Calvario?

Tembló Hassan-Agá, y fijó sus ojos con espanto en los de Cervantes.

—¡Ah! no me mires así, exclamó palideciendo densamente: ¡ah! ¡no! ¡no! me parece que veo en tus ojos la cólera de Dios: oye, Miguel, añadió cayendo de rodillas: vuélveme á mi Noemi, vuélveme mi hija, vuélveme mi tesoro, y yo te pondré sobre mi cabeza: yo me volveré al Dios de quien apostaté en otro tiempo, yo seré...

—Tú eres ya lo que has de ser: un réprobo, para el cual no hay redencion posible: tú eres ya un esclavo sin rescate de Satanás.

—Pues bien, exclamó Hassan-Agá alzándose irritado, y pasando de la humilde súplica, al furor de la amenaza: si de Satanás soy, como de Satanás haré: ¡Ola! ¡á mí!...

Y yéndose á una puerta la abrió violentamente.

Acudieron algunos esclavos.

—Arrojad en tierra á ese maldito, dijo Hassan en el colmo de su furor, y descabezadle delante de mí.

Cervantes no se inmutó.

Ni aun dió un solo paso para huir de aquellos sicarios que se arrojaban sobre él.

Sólo por el movimiento de sus labios se conocia que rezaba.

Los esclavos le asieron.

En el momento en que iban á derribarle, Hassan-Agá, que estaba pálido como un cadáver, gritó:

—¡No... no!... ¡dejadle!... ¡dejadle!...

Los esclavos retrocedieron.

—¡Salid! les dijo Hassan-Agá.

Salieron.

—¡No puedo!... ¡no puedo! exclamó con voz cavernosa.

Y volvió á su paseo de fiera.

A su paseo circular de un punto á otro de la cámara.

De improviso miró á Cervantes, demudado y sombrío.

Se detuvo.

Adelantó hácia Cervantes.

Echó mano á su yatagan.

Cervantes permaneció inmóvil.

Hassan-Agá rugió.

Desnudó á medias su yatagan.

Volvió á envainarlo.

Lanzó un alarido de rabia reconcentrada y huyó.

Cervantes permaneció inmóvil, aun que se habia quedado solo y con la puerta de la cámara franca.

Estaba aturdido.

No sabia lo que pasaba por él.

Se le representaban las sangrientas cabezas de aquellos sus desdichados compañeros de cautiverio.

Una vez más habia estado á punto de tocar el logro de sus esperanzas, de sus proyectos, de sus peligros, y una vez más la acerba, la cruel fortuna se mofaba de él y le desesperaba.

Tras tantos dolores, nuevos dolores.

¿Qué habia sido de la inocente, de la purísima, de la dulce, de la inmaculada Darahimaráh?

Su padre no sabia de ella.

¿Qué habia sido de Magdalena, de aquel amor sobrenatural, encontrado en medio de la desesperacion del alma, como una esperanza, como una promesa, como un consuelo de los cielos?

¿Habia perecido en el combate?

¿Habia sido presa?

Cruzaba tambien por la mente y por el corazon de Miguel, Paulina.

No podia soportar ya el peso de tanta desgracia; lo horrible de tanta amargura.

Y allá tambien, en el fondo de su alma, se revolvian sus padres, sus hermanos, de los que hacia un larguisimo tiempo no sabia, y por cuya suerte sufria.

Y luego su patria.

Por último su dignidad y su libertad.

Pareciale que el infierno se complacia en atormentarle, y que Dios, por ponerlo á prueba, dejaba hacer en su daño al infierno.

Se mantenia firme.

Pero como se mantiene un hombre fuerte y terrible sobre los piés llagados: soportando el horrible dolor de las llagas.

Asi, ensimismado, abismado, pasó un largo espacio inmóvil, en el mismo lugar en que se encontraba cuando huyó Hassan-Agá.

Al fin dominó su abstraccion.

Se dirigió á la puerta de la cámara en paso lento.

Salió.

Bajó maquinalmente por unas estrechas escaleras.

Avanzó por una galería.

En ella habia algunos guardas que no le impidieron el paso.

Por el contrario; le saludaron con respeto, como si perteneciese aun á lo que podia llamarse la alta servidumbre de Hassan-Agá.

Antes de llegar al fin de la galería, se tropezó con alguno que acababa de entrar en ella y que iba como él tan distraido.

—¡Ah, que eres tú, *estropeado!* le dijo.

Cervantes reconoció al hagib-Morato.

Al supuesto padre de Saruh-Yemal.

CAPÍTULO LV.

En que Cervantes se encuentra más perdido que nunca en sus mismos deseos.

Sígueme, le dijo el arraez Maltrapillo, que ya sabemos se llamaba asi por apodo en Argel al hagib-Morato.

Cervantes le siguió maquinalmente.

Salieron de la Alcazaba.

Ni Cervantes ni Morato hablaron una sola palabra dentro de ella por prudencia.

Descendieron á la ciudad.

Por todas partes se veian horribles señales del combate de la noche anterior. Charcos y rastro de sangre.

Acá y allá algun cadáver.

No se habian dado prisa para hacer desaparecer tales restos.

Muchachos, viejos, ociosos, rodeaban estos despojos humanos, y hacian comentarios á su manera.

Los cadáveres eran mutilados de mil maneras repugnantes.

Como que eran de cristianos cautivos que se habian revuelto contra Argel.

Al rededor de las cisternas, las muchachas que á ellas acudian á llenar sus cántaros, hablaban en corrillos.

La ciudad estaba en conmocion.

En las barberías, especialmente en la de Sidy-Jacub-el-Galani, habia una gran conmocion.

Se mentia sin temor de Dios.

Pasaron por delante de ella Cervantes y Morato, camino de la casa de este último.

Los llamaron algunos que los vieron.

Pero ellos se excusaron y siguieron su camino.

Llegaron al fin á la casa de Morato.

Entraron.

Cuando penetraron en su interior, en el primer patio, una mujer desalada vino á arrojarse en los brazos de Cervantes.

Era Saruh-Yemal.

Cervantes lanzó un grito de alegría.

Por primera vez, despues de muchas horas, se le espació el corazon.

Saruh-Yemal estaba en salvo.

Le abrazó y le besó en la frente, sin empacho alguno, delante de su padre.

Luego dijo á éste:

—Y bien, padre mio; yo no esperaba que hicieses un tan buen viaje á la Alcazaba.

—Pues no, no hay que fiar mucho, dijo Maltrapillo: mi amigo Hassan está loco, y se debe temer todo de él.

—¿Y cómo es que habiéndote cogido en la refriega Hassan-Agá te suelta? dijo Saruh-Yemal, que avanzaba para el interior de la casa, llevando asidos con la una mano á Cervantes y con la otra á su padre.

—La Santa Providencia de Dios, exclamó Cervantes.

—Sí; la Providencia de Dios; de ese buen Dios á quien tanto hemos ofendido, exclamó Maltrapillo.

—Dios nos persuade á un tiempo con su ira y con su misericordia, dijo Cervantes.

—Esperaba yo en sus habitaciones á mi amigo Hassan, dijo Morato, anhelando averiguar si habia sospechado ó no de nosotros, cuando se me presentó demudado y trémulo.

—«Soy el último y el más miserable de los cobardes, me dijo: no me atrevo á él.

—¿A quién? le pregunté.

—«A mi maldito *cristiano estropeado.*

—¿Pues en qué ha podido disgustarte tu buen servidor? le dije, haciéndome de nuevas; más que tu servidor, tu hijo, puesto que con tu hermosa Darahimaráh le has casado: ¿aun no quiere convertirse al verdadero Dios?

—«Ese hechicero ha sido el que ha encendido la rebelion que ha estado á punto de arrebatarme á Argel con la vida, me contestó con la voz trémula de furor.

Yo me tranquilicé.

No sospechaba de nosotros.

Permaneció algun tiempo irritado y mudo, y luego me dijo:

—«Vé: le encontrarás allá arriba, en la cámara de las columnas: llévatele: procura convencerle: usa del ruego y de las amenazas: que me vuelva mi esposa; que me vuelva mi hija; que me vuelva mi tesoro, y yo le perdonaré; pero de no, toda mi ira será contra él: yo venceré este encanto que me impide despedazarle: pero que no intente escapar, porque le seguiré los pasos, y cuando escapar pretenda, será muerto, y no estaré yo allí para impedirlo.

—Todo esto terminará muy pronto, dijo Saruh-Yemal: miéntras tú estabas en la Alcazaba, padre mio, ha llegado un correo de Constantinopla, con una carta del hagib Juzef-ben-Ayesa.

—¿Una carta del hagib Juzef-ben-Ayesa? exclamó Maltrapillo con alegría.

—Sí, padre mio, dijo Saruh-Yemal, y voy á mostrártela.

Entraban en aquel momento en una de las cámaras del apartamento de Saruh-Yemal.

Ésta abrió un cofrecillo qne estaba sobre un diván y sacó de él un pliego de grandes dimensiones, que tenia un sello enorme en cera verde, y en él un gran escudo con la media luna por divisa.

Si Maltrapillo hubiera estado delante de moros al recibir aquel pliego, se lo habria puesto sobre la cabeza, inclinándose profundamente, luego sobre el pecho, y por último lo habria besado.

Pero no hizo nada de esto.

Abrió el pliego que cubria la carta, y leyó lo siguiente:

«La alabanza á Dios y todo acatamiento y adoracion á su nombre.—Buenos y leales creyentes de esa invicta y valerosa ciudad de Argel, y singularmente tú, hagib-Morato, salud y bendicion de Dios. Comunícoos para vuestro consuelo y esperanza, estas palabras, que despues de haberle yo entregado vuestra carta de quejas del bajá Hassan, se ha dignado pronunciar el Sultan altísimo, emir de los creyentes, vicario de Dios, el excelso, el invencible, el magnífico, (Dios sea con él para el bien de los que siguen el camino de la verdad): Dí á mis buenos y bravos hijos de Argel, que sus cuidados son mis cuidados, sus querellas mis querellas, y que no he de dejar yo vencida mi justicia, ni he de tardar en satisfacerla: que muy pronto llamaré yo á ese Hassan, que les envié, no para que los devorase y en ellos cebase sus crueldades, sino para que los gobernase en

justicia, y los mantuviese en el preciosísimo é inapreciable temor de Dios, y en la justa sumision y respeto á mi persona: y ¡ ay de Hassan, si no puede descargarse de los cargos que contra él mis bravos creyentes de Argel han pronunciado! —Y esto os digo, porque el Sultan mi amo me manda decíroslo....»

—Sí, dijo Saruh-Yemal; hasta aquí lo que interesa: luego vienen muchos cumplimientos, y aun te se pregunta si está muy crecida tu preciosa Saruh-Yemal, y si volverás con ella alguna vez á Constantinopla.

—Jóven debe ser aun, y hermoso era el hagib Juzef-ben-Ayesa, dijo Maltrapillo.

—Pues quédese allá con su no vejez y con su hermosura y sus tesoros y su privanza con el Sultan el hagib, dijo Saruh-Yemal; que yo me estoy muy bien, y con toda la alegría y la ventura de mi corazon, donde me estoy.

Y despues de estas palabras miró tiernamente á Cervantes.

—Necesario será dar cuenta de esta favorable carta á nuestros amigos que su nombre pusieron en la de quejas que se envió al sultan.

—Cuantos ménos esta carta conozcan, dijo Saruh-Yemal, ménos traiciones tendremos que temer, que no puede fiarse de nadie, segun los hombres cambian de un dia para otro. Dejemos venir la carta imperatoria que llame á Hassan á Constantinopla, y entónces veremos de quién es Argel.

—Sea como tú quieras, hija mia, dijo Maltrapillo, que tú eres prudente, y nunca me ha acontecido mal por seguir tus consejos.

Y despues de esto se fué, guardándose la carta.

Era indudable que en la casa de Maltrapillo no habia otra voz que la de Saruh-Yemal.

—¡Oh, amor mio! exclamó ésta en cuanto se quedaron solos; ¡y cuánto he sufrido por el temor de lo que habia sido de tí!...

—¡Oh! á mí se me partia tambien el corazon, porque ignoraba cuál habia sido tu suerte.

—La Providencia, mi adorado Miguel: cuando el tropel que salió de la cueva embistió con vosotros y nos separó, mi caballo recibió una herida en el cuello: se enfureció, mordió el freno, partió, y sin que yo pudiese contenerle, que yo no queria separarme de tí, aun que á tu lado me encontrase la muerte, me sacó de la pelea, corrió... corrió... y al fin cayó delante de la *torre de los Ahogados.*

—¡Ah! ¡Darahimaráh!... exclamó Cervantes.

—Sí; Darahimaráh dormia aun cuando yo entré en la torre; y en vez de desvanecer su letargo, le forcé.

—¡Ah!...

—Sí; necesitaba sacarla de allí, donde no estaba segura; Hassan-Agá podia hacer una excursion en los alrededores de la ciudad y encontrarla: hice preparar un carro, al que se engancharon dos asnos: un carro de labrador. Darahimaráh fué puesta en él, encubierta por algunos sacos de heno, y yo, con traje de mora campesina y cubierta con mi jaike, me hice acompañar por dos de los mios vestidos de labradores; á los demás les mandé que se alejaran; la torre quedó con

los esclavos de siempre, que son muy leales. Al amanecer llegamos á la ciudad á punto que abrian la puerta de Al-Kibla; entramos: los guardas nada sospecharon, y Darahimaráh está cerca de tí.

—¡Ah! yo temia por su vida, pero no deseo volverla á ver.

—¡Te ama!

—Olvidará su amor.

—¿Quién sabe?... ¿Y Paulina?...

—¡Oh! ¡Paulina!... ¡Paulina!... exclamó Cervantes.

—A las dos las verás: tu reposo, tu conciencia decidirá: yo me resigno á ser tu hermana, y no más que tu hermana.

—¡Oh! ¡qué vida la mia!... exclamó Cervantes.

—Una vida de fuego; pero díme qué fué de ti en el combate.

Cervantes contó minuciosamente á Saruh-Yemal lo que por él habia pasado.

—En efecto, dijo ésta, que le habia escuchado con un grande interés; entre Hassan-Agá y tú existe algo misterioso: algo que no se comprende bien, pero que de él te defiende: no hay que fiar, sin embargo, demasiadamente en ello, por aquello de *ayúdate para que Dios te ayude.*

—¡Ah! exclamo Cervantes: ¡haber estado tan próximos á apoderarnos de Argel, y habérsenos ido de entre las manos!...

—No sucede sino lo que Dios quiere, Miguel, dijo Saruh-Yemal; por eso yo me he resignado siempre á la voluntad de Dios, y no he alentado empeños temerarios.

—Tú eres un ángel, Magdalena.

—Yo soy una pobre desventurada, que busco mi ventura en la resignacion.

Y habia una melancólica y encantadora dulzura en estas palabras de Saruh-Yemal.

Se agolpaba á la mente de Cervantes un mundo de encontrados afectos.

Su alma generosa se contristaba.

Él no habia podido hacer feliz á ninguna de las mujeres que le habian amado, encantadas por la belleza, por la grandeza de su genio.

Ninguna de aquellas mujeres le habia llevado á la felicidad que él habia soñado por el amor.

Si algun momento de fascinacion habia gozado, este momento habia pasado, dejándole algo semejante á un remordimiento.

Habia sufrido cuanto puede sufrir un hombre por el amor.

Todo aquello en que él habia puesto la mano, habia caido en una desgracia mayor ó menor, como si él hubiese estado sujeto á una maldicion de Dios.

Las musas le habian consolado frecuentemente.

Pero el consuelo que las musas producen es bien triste.

Su alma se habia formado en la adversidad, y para él sólo, y para Dios, que vé en el pensamiento de las criaturas, habia cantado su voz dulcísimos cantos de dolor, de amor ó de esperanza.

Cantos que se habian perdido en el espacio.

Que la pluma no habia fijado en el papel para que los conservase.

Una vida constantemente risueña y constantemente terrible.

Una ansiedad jamás calmada, un deseo jamás satisfecho, una aspiracion eterna jamás realizada, un valor sin empleo, la impotencia cruel luchando siempre entre raudales de amargura.

Esta era la situacion de Cervantes, y más grave en aquellos momentos.

Se veia vencido, sujeto, amenazado de una muerte oscura.

Amado por una mujer superior, de todo punto excepcional.

Amado tambien por otras dos mujeres, que junto á él estaban en desgracia.

La una, pura é inocente como un ángel que todavía reside en su cielo.

La otra, desesperada, enferma, con la conciencia turbada por el remordimiento, renunciando á su amor, que era tal vez su vida, y buscando en Dios un consuelo, ó por lo ménos el perdon ántes de morir.

Y Beatriz muerta.

Y muerta recientemente Noemí.

Y perdida Abigail.

Dios ha dado á su criatura un alma inmensa, infinita, pero se la ha dado para que sea su prueba, su purificacion por el dolor.

Y á medida que más le apretaba la desgracia, á medida que más contrarios le avenian los sucesos, más y más se fortalecia el alma de Cervantes; más y más se sentia templada para la lucha.

Y más y más le sonreia la traidora esperanza.

Y más y más su corazon se abria para ella.

Y ¿quién sabe? Tal vez Dios dá á sus criaturas lo que debe darlas para que sean más desgraciadas.

¿Quién sabe si para Cervantes hubiera sido la mayor de las desgracias el ser afortunado en todo?

Pues qué, ¿hay nada que sea más terrible que la suerte?...

La lucha es la vida de las almas fuertes.

Cuanto más terrible mejor.

Cervantes veia ante sí, en Saruh-Yemal, un alma semejante á la suya.

Ardiente, impresionable, fuerte, ansiosa de sensaciones, y de todo punto resignada al dolor.

Era, además, la mujer de más valía que habia conocido.

Una simpatía incontrastable los unia.

Nada de sensual empañaba aquel amor inmenso.

Y esta pureza hacia más resplandeciente la hermosura de Saruh-Yemal.

No era tan completamente pura la pasion que Cervantes por Saruh-Yemal sentia.

Se abrasaba de amor por ella, como no se habia abrasado por ninguna.

Si se contenia, era por una cierta mágia misteriosa, que partiendo de Saruh-Yemal, influia en él.

Saruh-Yemal le miraba arrobada.

Como una madre mira á su hijo...

De improviso llegó hasta ellos un hondo gemido que partia de una habitacion inmediata.

—¡Ah! me habia olvidado, exclamó Saruh-Yemal: ven conmigo.

CAPÍTULO LVI.

De cómo los negocios de Cervantes en Argel iban acabando en parte.

Saruh-Yemal, llevando á Cervantes de la mano, atravesó dos habitaciones.

Entró en una en que todavía era de noche.

Las maderas del ajimez estaban cerradas.

Una lámpara alumbraba la cámara.

—Espera, dijo Saruh-Yemal á Cervantes.

Y se acercó á un diván que en el retrete habia.

En aquel diván estaba una mujer.

Aquella mujer era Paulina.

Tenia el rostro vuelto á la pared.

No dormia, porque al sentir á Saruh-Yemal se volvió.

Vió á Cervantes y gimió.

Saruh-Yemal los dejó solos.

—Acércate, dijo Paulina á Miguel.

Cervantes se acercó con el corazon oprimido.

Un no sé qué terrible se revolvió en su mente.

Una faz de su vida se le presentaba de una manera terrible.

Habia soñado con Paulina, y el despertar del sueño era horrendo.

Se habia creido en los pasados tiempos de sus amores con ella; que al fin habia encontrado definitivamente la felicidad, y aquella mentida felicidad habia sido envuelta en horrores.

¡Cuántas y cuántas cosas habian tenido lugar desde el dia en que Cervantes habia dejado de ver á Paulina!

¡Cuánta dolorosa experiencia habia caido, amarga é insoportable, sobre su alma!

¡Cuánto desprecio le habia inspirado la vanidad ajena, y aun su propia vanidad!...

¡Cuántos sufrimientos, cuántas esperanzas, cuántas decepciones!...

¡Qué conocimiento tan triste, tan desesperante de la impotencia propia, de lo

inútil de los esfuerzos, y cuánta confianza á la par en una Providencia severa, que no resplandece sino en las ocasiones extremas!

Todo esto se presentaba á la imaginacion de Cervantes, á la vista de la pálida, de la demacrada, de la casi expirante Paulina.

En ella resplandecia la Providencia de Dios.

Ella habia sido criminal.

Ella habia delinquido, ayudado y acompañado á su padre, que no habia sido otra cosa que un bandido.

Ella, pura del alma y del cuerpo para el amor, cuando conoció á Cervantes y amó, se habia convertido por el amor.

Pero se habia convertido para su desgracia.

Para su castigo.

Lo que ha sido ya no puede dejar de haber sido, y Paulina tenia el recuerdo de negros crímenes en el oscuro fondo de su conciencia.

El amor habia llegado para castigarla.

Todas las desgracias que por su amor habia experimentado, que habian afectado su alma, y que tan horriblemente la habian hecho sufrir, las habia atribuido á sus crímenes.

A un durísimo castigo de Dios.

Cuando se vió cautiva, Paulina se creyó condenada.

Reconoció más que nunca la justicia de Dios, y sujeta á la bárbara voluntad ajena, temerosa siempre de las violencias más brutales, sola, martirizada, sin esperanza alguna, recordó con más fuerza sus víctimas.

Pues qué, ¿no habia ella guardado á los secuestrados por la terrible hermandad de los *Apuñaladores*, á aquellas pobres criaturas á las que se atormentaba, á los que se entregaba á los horribles sufrimientos del hambre, de la sed, del frio, á fin de que escribiesen cuanto ántes, desesperados, á sus parientes, para que estos aprontasen un crecido rescate?

¿No habian muerto muchos de aquellos desventurados bajo el poder de Bartolini, ayudado por Paulina?

¿Más de una vez no habia ayudado Paulina á su padre á sepultar un miserable cadáver en el profundo sótano de la panadería?

¿No habia Paulina más de una vez administrado un veneno á infelices sentenciados por los *Implacables*, y aprehendidos y conducidos por los *Apuñaladores* á la casa de Bartolini?

¿No habia servido más de una vez de cebo su hermosura, para llevar á un hombre á un lazo y hacerle perecer en él?

¿No habia ella renegado de Dios, para servir á la *Protesta*?

¿No habia tenido el corazon duro sobre todas las durezas?

¿Se habia ablandado por algo, sino cuando, demasiado tarde, se ablandó para el amor?

Si este amor habia sido desventurado, á castigo del cielo lo tenia Paulina.

A castigo del cielo su orfandad y su miseria.

A horrendo castigo del cielo su cautiverio.

Su amor habia crecido por la desesperacion.

Su amor se habia convertido para ella en su todo.

Habia empezado á contraer la terrible enfermedad que la habia amenazado.

Entónces, y aterrada por su alma, completando la obra de la conversion, que habia empezado el amor, la desgraciada se votó á Dios.

Y entónces encontró de nuevo á Cervantes.

A Cervantes, que se habia estremecido al verla.

A Cervantes, en quien habia encontrado aquel hechicero amor, al que debia algunos momentos de una felicidad inefable.

Este fué el mayor momento de prueba para Paulina.

Encontraba á Cervantes, y le encontraba enamorado, en el momento en que no podia ser suya, sino haciendo una ofensa á Dios y perdiendo toda esperanza á su misericordia.

Paulina tuvo miedo, no sólo por sí misma, sino tambien por Cervantes.

Temia que su maldicion pasara á Cervantes, y se aterró.

Era de todo punto necesario el sacrificio.

Una sola duda y todo se perdia.

Porque una sola duda la arrojaria de nuevo á los brazos de Cervantes.

Así es que Paulina se armó de un valor heróico, que no ménos que del heroismo necesitaba para renunciar á Cervantes; tanto más penoso para ella, cuanto que se le hacia más imposible.

Le tendió la mano.

Cervantes asió temblando aquella pequeña mano, ántes tan mórbida, entónces tan flaca.

—Miguel, le dijo ella: llegas junto á mí, junto á mí te veo yo, para que tenga lugar nuestra eterna despedida.

—¡Nuestra eterna despedida!... exclamó Cervantes.

—Sí, dijo Paulina; la generosa Saruh-Yemal me ha rescatado: debo partir de un momento á otro para Roma, y allí entraré en un convento: debo cumplir un voto que yo he hecho á la Santa Madonna, y que he querido sea irrevocable.

—¡Oh, Dios mio!... ¡Dios mio!... exclamó Miguel.

Y no se le ocurrió otra cosa más que decir.

Pero tenia el corazon despedazado.

Veia cuánta desesperacion habia en Paulina.

A su vista volvia con toda su intensidad el amor que la habia tenido.

Pero entre los dos estaba Dios.

Miguel no habia perdido el temor de Dios.

Este temor le comedia.

—Adios por la última vez, Miguel, dijo Paulina. Todo lo que hablásemos seria inútil: no serviria más que para aumentar nuestro dolor: Dios lo ha querido, y debemos someternos resignadamente á su voluntad. Yo no te olvidaré nunca: no me olvides tú.

A Miguel se le oprimió el corazon de una manera tal, que sin poder reprimirse rompió á llorar.

—¡Véte, véte! exclamó Paulina, que se sentia vacilar en su fé.

Cervantes se arrodilló junto al lecho.

Estaba anonadado.

—¡Saruh-Yemal, hermana mia!... exclamó Paulina: ¡sálvale y sálvame!...

Saruh-Yemal entró.

Asió de una mano á Cervantes y le alzó.

—¡Adios, Paulina!... ¡Adios!... exclamó Cervantes: ¡Él quiera tener piedad de tí, y piedad de mí!...

Saruh-Yemal sacó fuera á Cervantes.

Le apartó del aposento de Paulina.

—Ella se salva, le dijo, y tú te salvas tambien.

—¡Oh! ¡esto es la desgracia de las desgracias! dijo Cervantes. ¡Conmigo vá la ira de Dios!...

—Ella partirá mañana para Italia en una galera genovesa que está en el puerto. Dentro de poco tiempo Jesús la contará entre sus esposas. La religion la consolará, la volverá la paz del alma. Dios ha sido misericordioso para con ella, puesto que la ha dejado lugar para arrepentirse.

En este momento entró apresurado en la estancia Morato.

—¡Pronto, hija mia, pronto!... exclamó: ¡sálvate!... Llévate contigo á Paulina y á Darahimaráh: entra en la galera genovesa. Hassan-Agá sabe que está aquí su hija y viene á buscarla ardiendo de coraje... No se puede perder un instante.

—¿Y Cervantes? exclamó Saruh-Yemal.

—Yo estoy seguro, dijo Morato, de que Cervantes no querrá partir.

—No, exclamó Cervantes: yo he de llevar adelante mis propósitos, ó he de morir en Argel.

—¡La fortuna nos vuelve las espaldas! exclamó desesperada Saruh-Yemal. Síguenos. Yo te amo. Yo moriré sin tí.

—Antes que á tí amo yo á mi patria y á mi Dios, exclamó Cervantes.

—El señor Miguel de Cervantes, dijo Maltrapillo, no corre aquí peligro alguno: Hassan-Agá le reverencia y le teme de tal manera, que cree que si él matase á su *cristiano estropeado*, sufriria en castigo toda la cólera de Dios.

Entró en aquel momento un esclavo.

—El dey se acerca á la casa, exclamó, y trae consigo todos sus turcos.

—¡Sálvate!... exclamó Cervantes: ¡sálvate con ellas, Saruh-Yemal, yo te lo ruego!... y si no basta, yo te lo mando.

Llegó un nuevo aviso de que Hassan-Agá se encontraba ya cerca.

Entónces Saruh-Yemal, desesperada, salió.

Se llevó á Paulina y á Darahimaráh por un postigo del jardin, hácia la marina.

Llevaba una gran cantidad de dinero y alhajas.

Se acogió á la galera genovesa, que estaba muy bien armada y tripulada.

En el momento la galera zarpó y se hizo á la mar.

CAPÍTULO LVII.

En que se pintan al vivo las últimas crueldades de Hassan-Agá en Argel.

Uno de los servidores del hagib-Morato, le habia hecho traicion por el cebo de la recompensa que esperaba, y lo habia revelado todo á Hassan-Agá.

Éste habia comprendido al fin, que aquel hagib-Morato, su grande amigo, le habia hecho traicion, y se habia entregado á los mayores excesos de furor.

Como Morato tenia muchos amigos entre las gentes más allegadas á Hassan-Agá, uno de ellos se apresuró á avisarle.

Pero no pudo avisarle de otra cosa sino de que el dey sabia que su hija Darahimaráh estaba en su casa.

Esto era lo único que habia entendido el amigo de Morato, que se habia apresurado á avisarle.

Así fué que Morato no se creyó en peligro.

Tenia grandes pruebas de la amistad y de la confianza de Hassan-Agá.

Todo se reducia á negar la delacion.

El cuerpo de delito se habia quitado de en medio.

Esto es: Darahimaráh.

Saruh-Yemal estaba tambien en salvo.

Debemos advertir que con ella se habia ido su madre.

Morato se habia quedado solo en la casa, y estaba convencido de que desarmaria la cólera de Hassan-Agá.

Además de esto, la carta que se habia recibido aquel mismo dia de Constantinopla, alentaba á Morato.

Era indudable que de un dia á otro el Sultan llamaria á Hassan-Agá.

Cuando le llamase, el proyecto de Cervantes, en que le ayudaba Morato, podia llevarse fácilmente á cabo.

No seria difícil en manera alguna alzarse con Argel por Felipe II.

El rey debia recompensar pródigamente, de una manera magnífica, no sólo á Cervantes, sino tambien á Morato que le habia ayudado.

Como sabemos, Morato estaba ansioso de salir de entre los moros.

Pero no habia querido volver á su patria con la nota de renegado, sin hacer algo por lo cual aquella nota se le perdonara.

Si hubiera conocido la verdad de la situacion, Morato hubiera escapado con su familia sin dejar á Cervantes.

Esto hubiera sido lo más acertado.

Hassan-Agá entró al fin en la casa, y en el mismo punto el arraez Maltrapillo se convenció de que habia sido imprudente, confiando en la influencia que creia tener sobre Hassan-Agá.

Apénas le vió el dey, cuando gritó, desnudando, transido de ira, su corvo y ancho alfanje:

—¡Ah! ¡traidor amigo.... y cuán en mal hora para ti vas á ver como yo premio las deslealtades!

Y si Cervantes no se interpone, de un fendiente, raja de alto á bajo á Morato.

Al ver ante si á Cervantes, que le miraba sereno, impávido, y aun podríamos decir que amenazador, el bajá tembló como tiembla un perro de presa contenido á la vista de la rés, y exclamó:

—¡Tú!... ¡siempre tú... hechicero!.. ¡tú... el causante de todas mis desgracias!... y sin embargo, yo no te puedo exterminar...

Aprovechando la intervencion de Cervantes, Maltrapillo habia huido aterrado.

Habia comprendido bastantemente que habia perdido toda la influencia sobre Hassan-Agá, y que no podia esperar misericordia.

Procuró ganar el jardin para salir por el postigo á la marina, y ampararse de la misma galera en que debia estar ya su familia con Paulina y Darahimaráh.

Pero la casa habia sido completamente cercada, y Morato fué preso y atado ántes de llegar al jardin.

Registráronle y le encontraron la carta que el hagib habia recibido del Sultan, que ya conocemos, y que al momento fué entregada á Hassan-Agá.

Hassan-Agá no sabia leer.

Era un corsario, y no más que un corsario.

Como corsario, y por su valor de fiera en la batalla de Lepanto, habia llegado al favor del Sultan, que de arraez de galeota le habia elevado á bajá ó dey de Argel.

—Júrame por tu Dios, dijo á Cervantes, que permanecia junto á él, que tú no mentirás ni me leerás una cosa por otra.

—Te lo juro, exclamó Cervantes, cubriéndose de sudor frio, porque habia reconocido la carta.

El conocimiento de esta carta por Hassan-Agá, era el malogro de sus proyectos.

Hassan-Agá conoceria la situacion, y podria recurrir al Sultan, disculparse y aun sincerarse.

A más de esto, podia darse por muerto al hagib-Morato.

Y era padre de Saruh-Yemal.

Habia vuelto al cristianismo.

Habia hecho mucho bien por los cristianos cautivos, especialmente por Cervantes.

—Yo no leeré, contestó con fuerza Cervantes.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero leer esa carta; y cuando yo no quiero hacer una cosa, no la hago.

—¿Entónces, tú sabes lo que esta carta contiene?...

—Sí.

—Dímelo pues.

—No quiero.

—Me lo dirá otro.

—No habré sido yo.

—¿Esta carta, pues, debe ser una traicion contra mí?

—No quiero responder.

—Eso es responder afirmando.

—Cuando yo no digo sí, no afirmo.

Y aprovechando un momento de descuido del bajá, Cervantes le arrebató la carta, se la metió en la boca, la mascó y la tragó.

Era esta una nueva temeridad de Cervantes.

Pero Hassan-Agá no podia saber ya que estaba amenazado por el Sultan.

Tal vez tambien se habia salvado la vida á Maltrapillo.

Cervantes no habia medido el peligro.

Habia hecho lo que debia hacer.

—¡Ah!... ¡ah!... exclamó Hassan-Agá, cuyos ojos estaban extraviados como los de un loco: tú te atreves á todo contra mí: tú debes estar seguro de tu poder contra mí, cuando á tanto llegas: pero no importa, no: Morato habrá leido esta carta, y él se acordará de ella: él me dirá lo que la carta dice, yo te lo aseguro; él me lo dirá: en cuanto á tí, no fíes mucho en tus artes satánicas; no, no te fíes: puede acontecer que yo tenga un momento de valor, y me libre de tus maleficios matándote.

Cervantes contestó con un silencio de altivo desprecio al bajá.

—¡Lleváoslo... lleváoslo!... dijo éste á sus turcos: cargadle de cadenas: encerradle en una mazmorra.

Cervantes fué conducido.

—Llevad al arraez Maltrapillo al baño de los cautivos, dijo el bajá.

Y salió.

Pero dejando en la casa de Morato un *katib* ó escribano, para que se incautase de todo lo que en la casa habia.

Hassan-Agá se trasladó al baño de los cautivos.

Mandó poner en él una *pala*.

Poco ántes Cervantes habia sido empozado en la misma mazmorra en que habia estado otras veces.

A poco de haber llegado al baño Hassan-Agá, estaba ya preparada la *pala*.

No tardó mucho en llegar el arraez Maltrapillo, fuertemente atado por los brazos y rodeado de turcos.

Cuando vió la *pala* se aterró.

Supuso que Hassan-Agá conocia ya el contenido de la carta que se le habia arrebatado, y que no podia esperar misericordia de él.

Se le llevaba allí para empalarle.

Tras el terror natural á la muerte, y á una muerte de tal manera horrible, sobrevino una reaccion en el arraez Maltrapillo.

Se le vinieron de improviso á la memoria, claras, como si acabasen de tener lugar, todas las aventuras de su vida; su apostasía, sus crímenes, sus crueldades, y aceptó con una resignacion que Dios debia tener en cuenta aquel martirio.

Se resignó á él.

—¿Sabes que he mandado descabezar á tu grande amigo el *cristiano estropeado?* le dijo para aumentar su terror.

—No lo creo, dijo Maltrapillo, porque tú no has perdido todavía el temor de Dios, y hubieras descabezado á un justo.

—¿Justo llamas al más cruel, al más encarnizado enemigo con que ha podido castigarme Dios?

—Él vuelve por sí y por sus hermanos.

—Yo le he colmado de beneficios: yo le he dado mi hija.

—Él te está muy agradecido; pero no puede ménos de ser enemigo tuyo y de volverse contra tí, porque eres cruel y enemigo de su Dios y de los suyos.

—Tú eres un *rumy* tan perro como él, dijo Hassan-Agá; pero no te ha de valer la confianza que aun debes tener en que de mi justa cólera te defiendan sus hechicerías: sus hechizos han cesado desde el momento en que ha muerto.

—Te digo que no creo en su muerte.

—¡Que no crees! exclamó en el colmo del furor Hassan-Agá: tú creerás.

Y se volvió al *kaid* de los turcos, y le dijo algunas palabras en voz baja.

El *kaid* se alejó.

Se dirigió, seguido de algunos turcos, á la compuerta que en una de las galerías del baño cubria las escaleras por donde se bajaba á las mazmorras.

Desaparecieron por aquellas escaleras el *kaid* y los turcos.

Se le heló la sangre á Morato.

¿Habia dado el bajá la órden á aquel sicario de decapitar á Cervantes?

Hassan-Agá se puso á pasear por el patio.

Morato quedó atado y rodeado de turcos junto á la terrible *pala.*

Pasaron algunos minutos.

Los cautivos habian sido metidos en sus celdas, y miraban ansiosos á través de las puertas.

Ya hemos dicho que las mazmorras tenian una especie de claraboya que correspondia á la galería.

Por una de aquellas claraboyas salieron de improviso gritos horribles é inarticulados.

Esto duró algunos segundos.

A este horror sucedió un silencio más horroroso todavía.

No tardaron en aparecer de nuevo por la compuerta el *kaid* y los turcos.

Acercóse el *kaid* á Hassan-Agá.

Traia en la mano, sujeta por los cabellos, una cabeza humana horrorosamente ensangrentada y mutilada.

No podia juzgarse del color de su barba ni de sus cabellos.

Estaban completamente teñidos en sangre.

En cuanto al semblante, aparecia mutilado.

—Tu ferocidad es mayor que la del tigre más carnicero, dijo Morato: has sacrificado inútilmente á un desdichado: pero no me engañas: esa no es la cabeza del *cristiano estropeado;* él tiene la frente más alta y más ancha: y además, vamos á tener una prueba.

Y de improviso, Morato gritó con todas sus fuerzas:

—¡Miguel de Cervantes!... ¡respóndeme!...

Instantáneamente se oyó una voz poderosa que, saliendo por una de las claraboyas, dejó oir estas palabras:

—¡Valor, Morato!... ¡que no sepa lo que la carta decia el bajá!...

—No temas, hermano, gritó Maltrapillo.

Hassan-Agá no pudo entender estas palabras.

Ambos habian hablado en castellano.

Maltrapillo lanzó una insolente carcajada al bajá.

—¡Un brasero!... ¡un brasero encendido!... exclamó el bajá trémulo de furor: poned eso en la punta de la *pala.*

El *kaid* puso la miserable cabeza en la punta de la *pala.*

Algunos de los turcos se habian alejado.

Habian desaparecido.

El dey volvió á su paseo.

Pasó más de media hora.

Los pobres cautivos estaban estremecidos de espanto.

Habian visto una crueldad más de Hassan-Agá.

Esperaban otra.

Temia cada uno por sí mismo.

En cuanto á Maltrapillo, se habia afirmado en su resolucion de arrostrar el martirio.

Debia á todo trance hacer que Hassan-Agá ignorase el contenido de la carta del sultan.

Morato adivinaba.

Cuando Cervantes le habia prevenido que no dejase conocer al dey el contenido de la carta del sultan, era evidente que Cervantes se habia apoderado de la carta y la habia destruido.

Era necesario que Hassan-Agá no desconfiase.

Que le cogiese por sorpresa la órden del sultan.

¿Qué importaba que él muriera?

Su familia estaba en salvo.

Llevaban consigo oro bastante para ser ricos en Europa.

Él, con el martirio, adquiria el perdon de las culpas y la purificacion del alma.

Trajeron al fin los turcos un gran brasero lleno de carbon encendido.

Le pusieron, por órden de Hassan-Agá, delante de la picota.

—Desnudad al arraez Morato, dijo el bajá á los turcos.

Morato sintió una agonía de terror inexplicable.

Vaciló un momento, pero se afirmó á seguida más y más en su propósito de arrostrar el martirio.

Los turcos le desataron y le desnudaron.

—Díme lo que contenia la carta que te encontraron encima, le dijo el dey.

—No lo sé, contestó Morato.

—¿Que no lo sabes?

—No: no la habia leido aun.

—¿De quién la recibiste?

—No lo sé: no estaba yo en mi casa cuando la llevaron.

—Todavía tengo alguna misericordia para tí, Maltrapillo, dijo el bajá con la voz concentrada y letal: todavía me habla algo en tu favor la buena amistad que te tenia porque te creia amigo y leal. Respóndeme en verdad, y tal vez te perdone: tal vez te vuelva á mi gracia.

—Nada tengo que decirte, ni nada quiero decirte: adivina si puedes lo que contenia la carta.

Hassan-Agá, furioso, echó mano á su alfanje.

Morato se encomendó á Dios.

—No, no: seria poco, dijo Hassan retirando la mano de su alfanje: y luego, moriria: yo quiero que sufra: echadle en tierra.

Los turcos derribaron á Maltrapillo.

—¡Señor!... ¡Señor!... exclamó éste: ¡ten misericordia de mí!...

—¿A qué Dios ruegas? exclamó Hassan-Agá.

—¡Al Dios de los cristianos, que es mi Dios!... exclamó el renegado.

—Pues que el Dios de los cristianos te salve, exclamó Hassan-Agá ya en el delirio de la cólera: arrimadle al brasero: poned sobre él sus piés... no más que sus piés.

—¡No!... ¡no!... gritó Morato en un movimiento natural de conservacion, de horror al dolor.

—¡Esperad!... dijo Hassan-Agá.

Los turcos que habian levantado horizontalmente á Maltrapillo y le acercaban al brasero, se detuvieron.

—¿Hablarás? le preguntó Hassan-Agá.

—¡No!... ¡no!... ¡todos los tormentos del infierno sufriré ántes!... dijo Morato.

—¡Al brasero!... ¡al brasero!... gritó Hassan-Agá: pero no pongais sus dos piés: poned uno solo.

Morato se debatia desesperado.

Pero estaba bien sujeto por aquellos feroces sayones, que obedecian á sangre fria las terribles órdenes de su bajá.

Morato lanzó un alarido horrible, que llevó el espanto, la conmiseracion y el terror á todos los que le oyeron.

Su pié derecho, hasta la garganta, habia sido puesto sobre las brasas.

La carne chirriaba y humeaba.

Morato se encogia, luchaba, demostrando unas fuerzas terribles, y arrojaba alaridos espantosos.

Los turcos le sujetaban y mantenian su pié sobre el brasero.

Al fin los gritos cesaron.

Cesaron los sacudimientos de la víctima.

La intensidad del dolor le habia quitado el sentido.

—¿Ha muerto? exclamó con afan Hassan-Agá.

—No, no, invencible, excelentísimo señor, respondió el kaid; es que se ha traspuesto de cobarde.

Y aquel tigre sonreia y dejaba ver su blanca dentadura.

—¡Quitadle! ¡hacedle volver en sí!...

Quitaron del brasero el pié de Morato.

Aquel pié aparecia carbonizado.

Tendieron en tierra á Morato, que permaneció inmóvil.

Como muerto.

Tan agudo habia sido el dolor que habia experimentado.

Dos turcos fueron á la cisterna y trajeron un cubo de agua.

Rociaron con ella el semblante de Morato.

En aquel momento el bajá vió á un cautivo de aspecto venerable, con la barba larga y crecida, que se acercaba en paso tardo y vacilante.

Era un anciano.

Se apoyaba en un báculo.

—¿Quién eres tú? le preguntó ferozmente Hassan-Agá.

Yo soy un sacerdote cristiano, cautivo tuyo, señor, respondió humildemente el preguntado.

—¿Y qué quieres?

—Vengo á auxiliar á un hermano mio que veo en trance de muerte, contestó dulcemente el sacerdote.

Hassan-Agá no contestó.

Pero con una rapidez terrible, desnudó su alfanje, y dió un tan formidable tajo en el cuello del infeliz sacerdote, que su cabeza, cortada á cercen, rodó por tierra.

El miserable cuerpo decapitado permaneció en pié durante algunos segundos, dió dos ó tres pasos, y cayó al fin de espaldas.

Oyóse en redondo, saliendo de todas las celdillas á un tiempo, un ahogado gemido de horror.

—¡Mirad no sea que os descabece á todos! gritó furioso é irritado Hassan-Agá.

Sucedió un silencio lúgubre.

Desaparecieron de las puertas de las celdillas todos los que á ellas estaban asomados.

Morato empezaba á volver en sí.

Recobró al fin el conocimiento por completo.

Entónces quiso ponerse de pié.

Pero vaciló y cayó.

Sin embargo, pretendió huir arrastrándose.

Su rostro aparecia horrible de espanto y de dolor.

Su desencajamiento era horrible.

Los turcos le cogieron.

Entónces, Morato, desesperado, aumentadas sus fuerzas por el dolor, se engargoló, se agarró al kaid y le mordió en la garganta, de tal manera, que el kaid lanzó un bramido de dolor.

Hassan-Agá lanzó una siniestra carcajada.

—¡Ah! dijo: ¿tú eres el que decia que el otro se habia desmayado por cobarde?... ¿Y tú eres *kaid* de mis guardias?

Y diciendo esto, tiró un corte en la cabeza del kaid, que cayó muerto, sin poder exhalar un solo gemido.

El tigre estaba furioso, y se abrevaba en sangre.

Los otros turcos vieron impasibles la desgracia de su *kaid*.

—Maltrapillo, dijo Hassan-Agá, si no hablas, te abrasaré el otro pié; si á pesar de esto sigues callando, te quemaré un brazo, y luego el otro: tú hablarás.

Maltrapillo, que estaba engarabitado en los brazos de los turcos, miró de una manera estólida á Hassan-Agá.

No habia ya en su semblante expresion alguna.

La idiotez aparecia en su mirada.

Ni aun parecia que sentia el dolor de su pié abrasado.

Hassan-Agá no pudo dudar.

—¡Loco!... exclamó: ¡loco!... ¡loco!...

En efecto: el exceso del dolor y del terror habia enloquecido á Maltrapillo.

—Pero esto puede ser pasajero, exclamó Hassan-Agá: sí, prosiguió; el miedo... el dolor... que se lo lleven... que lo curen... que lo asistan... él hablará... sí, él hablará...

Y Hassan-Agá parecia poco ménos loco que el desdichado Maltrapillo.

Los turcos se lo llevaron.

Hassan-Agá salió del baño.

Los cadáveres del anciano sacerdote y del kaid quedaron en medio del patio, junto á la *pala*, en la que aparecia otra cabeza sangrienta.

CAPÍTULO LVIII.

En que se vé la apuradísima situacion en que se encontró Cervantes.

De tal manera curaron al pobre hagib-Morato los médicos del bajá, que de resultas de la amputacion que le hicieron, murió á los tres dias de haber sido martirizado.

Murió sin recobrar la razon.

Cervantes se habia quedado sin amigos que pudieran valerle en Argel.

Se le trataba en su mazmorra con más dureza que se le habia tratado nunca.

Todos los dias el bajá mandaba le llevasen á su presencia.

Empleaba los ruegos, las amenazas, cuanto le era posible emplear fuera de los tormentos, á los cuales, por el temor supersticioso que Cervantes le inspiraba no se atrevia, y no lograba que Cervantes le manifestase el contenido de la carta que se habia comido, y que por un secreto instinto, le tenia en una especie de agonía, de inquietud.

Despues de cada una de estas luchas, Cervantes era trasladado á su mazmorra, y tratado con un rigor creciente.

Apénas se le alimentaba.

Se le habia puesto en la más profunda, en la más húmeda, en la más infecta de las mazmorras.

Se habian elegido las cadenas más pesadas.

Sus heridas se habian recrudecido, y sufria por ellas hasta lo insoportable.

Y sin embargo, insistia en sus propósitos.

No sabia cómo podria llevarlos á cabo.

Pero no perdia la esperanza.

Hassan-Agá habia mandado á Arnaute-Mamí, saliese á dar caza á la galera genovesa en que se habia salvado la familia de Maltrapillo, y con ella Saruh-Yemal, Paulina y Darahimaráh.

Pero Arnaute-Mamí que, como sabemos era enemigo encubierto de Hassan-Agá, y esperaba sucederle en el bajalato de Argel, anduvo reh´acio, y cuando salió á la mar con la *Tigre* y algunas otras galeotas de menor porte, ya la nave genovesa estaba fuera de alcance.

Hassan-Agá hubo de contentarse con apoderarse de los bienes de Maltrapillo, á quien, sea dicho de paso, se dió la miserable sepultura de un muladar fuera de Argel, en el cual los cuervos se encargaron de él.

Aun no habian pasado ocho dias desde los terribles sucesos que acabamos de referir, cuando llegó á Argel un *hagib* del sultan, con una carta imperatoria, en que se mandaba á Hassan-Agá, que dejanto el bajalato de Argel al almirante Arnaute-Mamí, miéntras el sultan enviase el bajá definitivo, diese inmediatamente la vuelta á Constantinopla, donde debia dar cuenta de su gobierno al sultan.

A punto estuvo de rebelarse el iracundo y formidable Hassan.

Pero Arnaute-Mamí, que habia recibido una órden del sultan, por la que le encargaba interinamente del bajalato de Argel, tomó prudentes medidas, y ántes de que Hassan pudiese organizar una resistencia, le intimó el cumplimiento de las órdenes del poderoso Emir de los creyentes.

Forzoso le fué á Hassan obedecer.

Pidió un plazo de cuatro dias, que le concedió Arnaute-Mamí, y en estos cuatro dias vendió sus haciendas por lo que le quisieron dar, y á bajo precio en el mercado sus cautivos.

Pero continuaba pidiendo un precio exhorbitante por Cervantes.

Parecia que le ligaba con Cervantes un destino funesto.

El Rdo. P. Fray Juan Gil, de la Redencion de cautivos, habia intentado rescatar á Cervantes.

Pero no tenia bastantes fondos para ello.

Onofre Exarque y Baltasar de Torres, como ya nada tenian que temer, porque Hassan-Agá habia sido depuesto, se hacian los rehácios; y Arnaute-Mamí, que era avaro, se hacia el sordo á las súplicas de los Padres de la Redencion.

Por otra parte, conocia los proyectos de Cervantes, sabia cuánto eran su valor y su ingenio, y tenia miedo de que en Argel se quedara.

La situacion de Cervantes era desesperada.

Si habia dificultades para rescatar á los cautivos de Argel, los que pasaban á Constantinopla perdian toda esperanza, y como sus amos sabian que no podian esperar de ellos rescate, los empleaban en los trabajos más rudos, hasta que los mataban miserablemente de fatiga y de hambre.

Habia que temer que el sultan, á causa de los excesos que Hassan-Agá habia cometido durante su gobierno en Argel, y las graves quejas que contra él á Constantinopla habian ido, le sentenciase á prision perpétua, y le confiscase los bienes, como en efecto, así aconteció; y en su consecuencia, Cervantes pasaria á ser, no ya cautivo, sino esclavo del sultan.

En vano habia sufrido Cervantes la afrenta de haber estado expuesto cuatro dias como una bestia en el mercado.

Nadie se habia atrevido á dar el precio que Hassan pedia por él.

Llegó al fin el dia de la partida de Hassan.

Cervantes, con algunos pocos cautivos que Hassan se habia reservado, fué embarcado.

La galeota estaba ya á punto de levar anclas.

Saruh-Yemal habia dado en un descuido que la hacia parecer criminal,

dejando en una situacion tan difícil á Morato, á quien, aun que no fuera su padre, como á padre amaba.

Pero habian tardado cuatro dias en llegar á Civitavecchia.

La mar les habia sido un tanto contraria.

Tardó luego en salir otra nave para Argel, otros cuatro dias.

Saruh-Yemal interesó cuanto pudo al capitan de esta nave, que era un siciliano, y le dió cartas para Cervantes y para Morato.

Pero tuvieron muy mal tiempo en la travesía, y no arribaron á Argel sino cuatro dias despues del embarque de Hassan para Constantinopla.

CAPÍTULO LIX.

De como al fin se vió libre Cervantes.

El reverendo padre Fray Juan Gil no pudo demorar ya más una resolucion definitiva.

Sabia bien lo que Cervantes valia.

Hasta qué punto era necesario rescatarle.

Requirió, buscó, rogó, llegó hasta hacer presente á Exarque y á Baltasar de Torres, que estaba resuelto á rescatar á Cervantes, y que si ellos no le anticipaban, bajo el crédito de su palabra, los dineros que le faltaban para completar la suma del rescate que el tenaz Hassan por Cervantes pedia, le obligarian á que empeñase parte de los vasos sagrados de la iglesia que los cristianos tenian en Argel, y que estaba á cargo de los Padres de la Redencion de Cautivos de las Órdenes de la Santísima Trinidad y de la Merced.

Y á todo esto, estaba ya embarcado Cervantes.

Los religiosos de la Trinidad que en la nave estaban, mandaban noticias apremiantes.

La galeota en que Cervantes estaba, preparábase ya para levar anclas.

A este último mensaje, la caridad del Padre Fray Juan Gil llegó á toda su elocuencia.

Los dos mercaderes valencianos aflojaron la bolsa.

El Padre Gil partió á la carrera hácia la marina.

Cuando llegó, la galeota, tendidas las velas, se hacia ya á la mar.

El padre Gil no se detuvo.

Aprestó inmediatamente un esquife tripulado por un número doble de remeros

del que necesitaba, á fin de poder alcanzar á la galeota, ó por lo ménos de ponerse al habla con ella.

Era conmovedor el ver aquellos venerables religiosos de pié en el esquife, que volaba impulsado por diez y seis remos, yendo en busca de un cautivo que se les iba á perder en las oscuridades de la esclavitud en Constantinopla, y ver con qué afan, con qué caridad agitaban sus blancos pañuelos, á fin de que la galeota se detuviese.

Vieron, al fin, los de la galeota aquel esquife que les seguia y las señas que en él se hacian, y se avisó á Hassan.

Creyó éste que tenia lugar alguna novedad importante, y como iba muy mal su grado á Constantinopla, y grandemente temeroso de su perdicion, alentando una vaga esperanza, mandó que la galeota virase en redondo para acercarse al esquife, desde el cual les hacian las señales.

Cuando estuvieron cerca y vió los religiosos en el esquife, desmayó, porque conoció que á lo que los religiosos iban, era á rescatar á Cervantes, ó tal vez por él á importunarle.

—Y bien, dijo; si traen el dinero que yo queria por él, que se lo lleven; y aun yo no sé si debiera dárselo de balde, que puede ser muy bien, que apartando yo de mí á ese hechicero, aparte con él mi mala fortuna.

Llegaron á encontrarse, púsose la galeota al pairo y subieron á bordo los religiosos.

—Por el *cristiano estropeado* venimos, bajá Hassan, le dijo sonriendo el padre.

—Pues ya sabeis lo que por él yo quiero, contestó Hassan; si lo traeis, lleváoslo; si no, habeis hecho mal en incomodarme en mi viaje; que yo no he de dar al *cristiano estropeado* que tanto me cuesta, á cuenta de súplicas y exhortaciones.

—Aquí en esta bolsa tienes, dijo el Padre Fray Juan Gil, los quinientos escudos de oro, en oro, que por tu cautivo Miguel de Cervantes pides; así, pues, la bolsa toma, cuenta el dinero y entréganos á nuestro hermano.

—Hablad de eso con mi *chaya*, dijo Hassan, que no quiero hablar más del *cristiano estropeado*, ni aun verle.

Y se entró en su camarote.

Apareció á poco su mayordomo.

Tomó la bolsa.

Se sentó en el suelo.

Vació la bolsa sobre una punta de su alquicel.

Contó el dinero.

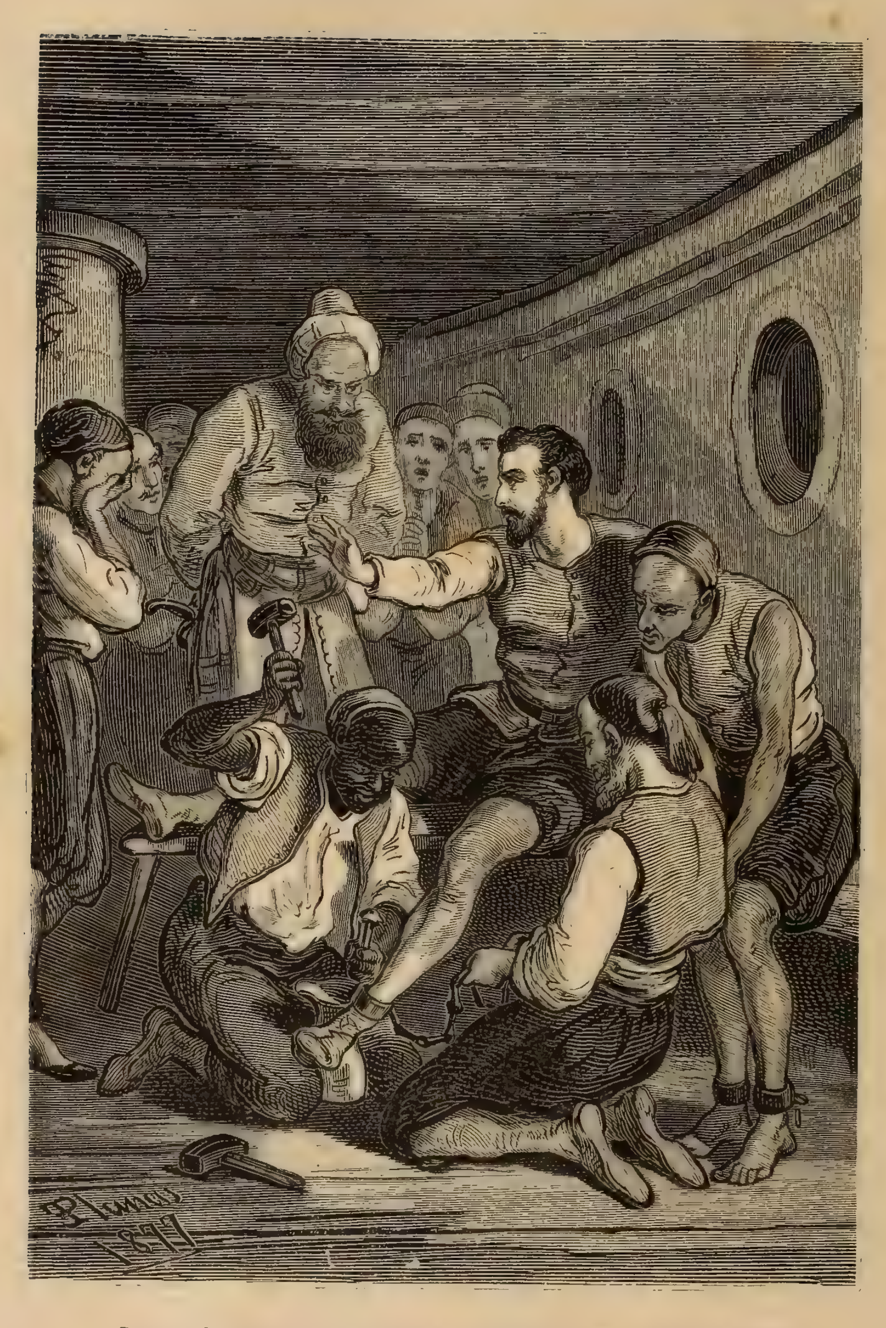
Examinó prolijamente las monedas.

Luego se levantó, y sin decir ni una palabra, bajó á la bodega acompañado de dos galeotes, el uno de los cuales llevaba un martillo.

El otro galeote llevaba un pequeño yunque y un corta-frio.

Estas herramientas debian servir para desencadenar á Cervantes.





— Rescatado estás por los Padres de la Redencion, le dijo *el chaya*.

Resplandecian de alegría los semblantes de los religiosos.

Podia ya darse por rescatado á Cervantes.

Cervantes, entre tanto, estaba animando á sus compañeros, en un lóbrego rincon de la bodega.

Experimentaba una amargura tal, como jamás la habia experimentado.

Y sin embargo, su heróica resignacion, su ciega fé en Dios, venian á fortalecerle hasta tal punto, que encontraba valor para consolar á sus compañeros.

Cuando vió bajar al *chaya* de Hassan y á los galeotes que le acompañaban llevando las herramientas, dijo:

—A desencadenar á alguno de nosotros vienen; que si á remachar los pernos viniesen porque no les creyesen bien seguros, no traerian corta-frio.

Sintió no sabemos qué cuidado Cervantes.

¿Para qué desencadenar á uno ó más de los cautivos, cuando la galeota iba navegando?

¿Se trataba tal vez de ponerles al remo, de hacerles sufrir todas las penalidades y todas las afrentas que se hacian sufrir á los galeotes?

Su última desgracia hubiera sido la de caer bajo el corbacho, y ser azotado como una bestia.

—Por tí vengo, *Estropeado*, dijo el *chaya*.

—Pues yo te digo que, como el quitarme los hierros sea para ponerme al banco, ántes me dejaré matar; que Dios no me habrá de pedir cuenta de mi vida.

— Rescatado estás por los Padres de la Redencion, le dijo el *chaya*.

Lo que pasó por Cervantes es inexplicable.

Los otros míseros cautivos nada dijeron.

La envidia, y la envidia más natural del mundo, les royó el corazon.

Muy contrariamente Cervantes, sintió en su corazon toda la amargura que aquellos desdichados sentian en los suyos.

Él hubiera querido rescatarles á todos.

Le desencadenaron en un breve espacio.

Cervantes abrazó uno á uno á sus compañeros, con el corazon oprimido.

Aquellos desdichados lloraban.

Cuando se separó de ellos, uno le dijo:

—¡Dichoso vos, que vais á ver de nuevo el sol de la patria!... ¡No os olvideis de nosotros, desdichados, de quienes sabe Dios lo que será!

Cervantes no supo qué contestar.

Subió á la cubierta.

Los Padres de la Santísima Trinidad, se apoderaron de él, se lo llevaron como robado al esquife, y emprendieron sin demora su vuelta al puerto.

Les parecia que todavía se lo iban á quitar.

Cuando estuvieron en tierra, se les espació el corazon.

Se llevaron al templo á Cervantes, á dar gracias á Dios por su libertad.

Apénas salieron del templo, cuando los llamó Arnaute-Mami.

—No os doy más que dos dias, les dijo, para que el *Estropeado* salga de Argel. Yo sé cuán peligroso es entre nosotros. Si tarda en irse más de dos dias, le tendré preso hasta que se vaya.

No fué necesario que Arnaute-Mami tomase esta medida extrema.

Al dia siguiente, Cervantes, socorrido por los Padres de la Redencion, partió de Argel.

CAPÍTULO LX.

Que sirve de remate á esta cuarta parte.

Saruh-Yemal esperaba ansiosa.

Pero su comisionado habia llegado demasiado tarde á Argel.

Cervantes habia partido ya.

Las naves que llegaban al puerto de Argel á comerciar, y que estaban provistas de una especie de seguro del dey, sin el cual no hubieran podido acercarse á Argel sin un gran peligro, seguro que les costaba harto caro, cuando partian, no decian por precaucion, para dónde hacian rumbo.

De tal manera reservaban esto, para evitar que en alta mar algun pirata despreciador del seguro del dey las apresara, que ni aun el mismo Cervantes, al embarcarse, sabia á qué puerto de Europa arribaria la galera que le conducia, ni lo sabian tampoco los Padres de la Redencion.

El patron del barco se habia reducido á jurar solemnemente que, mediante Dios, pondria á Cervantes en salvamento en cualquier puerto de cristianos.

Cuando volvió el genovés á Civitavecchia, Saruh-Yemal supo con una gran alegría que Cervantes habia sido rescatado, pero tambien con el sentimiento de no haber sido ella quien le rescatase.

No tuvieron entónces, ni ella ni su madre, el sentimiento de saber la muerte de Morato, ni los horrorosos tormentos que le habia hecho sufrir Hassan.

Para que no extrañasen que no llevaba carta ni noticia suya, el caritativo patron dijo que Morato no se encontraba en Argel, y que le habian dicho que habia partido con Cervantes.

Esto aumentó la alegría de doña Magdalena y de doña Blanca.

Al fin se habia salido de aquel maldito Argel.

Cervantes era libre.

Morato volveria al seno de la Iglesia Católica.

Eran ricos, muy ricos.

Podian vivir felices en España, á donde sin duda se habia trasladado Cervantes.

Pero esta alegría estaba nublada para doña Magdalena y doña Blanca, por el tristísimo estado en que se encontraba Paulina.

Su enfermedad se habia agravado.

Se habia manifestado al fin de una manera terrible la tísis, y hacia progresos espantosos.

Darahimaráh estaba tambien peligrosamente afectada.

Su melancolía se hacia amenazadora.

No se quejaba.

Pero su sufrimiento salia á su semblante.

Era horrible.

Ella y Paulina estaban siempre juntas.

Habian simpatizado de una manera extraordinaria aquellas dos desdichadas.

No se habian hecho confianza alguna acerca de Cervantes.

Pero ambas conocian el amor que la otra de ellas por Cervantes sentia.

Paulina habia tomado sobre sí una nueva tarea.

La de acabar de instruir en la religion católica á Darahimaráh.

Por instinto, por razon, por necesidad, Paulina volvia su espíritu atribulado al Señor.

Necesitaba su alma de grandes consuelos.

Y sólo Dios puede consolar á los tristes.

Pero hay situaciones en que nada templa el frio del alma.

Situaciones en que se cree que todo se ha acabado para nosotros.

Situaciones en las cuales todo aparece sombrío y terrible á nuestros ojos.

Aun la sonrosada y riente faz de un niño.

Paulina se sentia morir.

Se la representaban todas las terribles imágenes de su vida, como un sueño de maldicion.

Los recuerdos que hubieran podido ser para ella dulces, esto es, los de su amor con Cervantes, eran terriblemente apenadores.

Aquellos recuerdos estaban envueltos en desgracias, en sangre.

La hija del terrible bandido sufria las consecuencias de las culpas de su padre y las de las suyas propias.

El dolor la habia convertido.

Se habia resignado á la ejecucion de la justicia del Señor, y esta resignacion la daba un encanto y una elocuencia irresistibles.

Esta elocuencia se infiltraba en el alma jóven y pura aun de Darahimaráh.

Se habia ido operando en ésta un gran cambio.

La poética y dulce palabra de Paulina, habia ido acercando á Darahimaráh á Dios.

Todo lo que al cielo se acercaba la jóven, como una muralla la separaba de la tierra.

Ella no habia sentido en el alma, gracias á la prudencia, á la experiencia, ó al temor de Cervantes de nó causar otra nueva víctima, otra cosa que un amor puro, inocente, ideal, vago y misterioso.

Y como el amor de Dios es lo más puro, lo más ideal, lo más misterioso que darse puede, se habia ido infiltrando de tal manera en el alma de Darahimaráh, que al fin el amor que por Cervantes habia sentido habia desaparecido de todo punto.

Nada tenia que hacer doña Magdalena en Civitavecchia.

Ansiaba ir en busca de Cervantes, á quien estaba segura de encontrar en Madrid.

Cervantes debia de haber ido á Madrid á solicitar una recompensa de sus servicios militares, y de lo que en Argel habia hecho, aunque sus proyectos heróicos no habian llegado al objeto que él deseaba.

Doña Magdalena conocia demasiado á Cervantes.

Sabia que tenia un grande afan de llegar á una situacion digna de sus grandes merecimientos.

Le habia oido decir muchas veces:

—Será muy provechoso para mí, el que su majestad un dia me oiga.

Para que su majestad le oyese, Cervantes debia de haber ido á Madrid.

Además, cerca, muy cerca de Madrid, en Alcalá y en Esquívias, tenia Cervantes sus parientes.

Por esto sólo no podia dudarse de que allí se encontraria á Cervantes; ó si por su génio inquieto y emprendedor no se le encontraba, porque hubiese ido á seguir las aventuras de su vida, allí debia encontrarse su rastro.

Doña Magdalena ardia, y á cada momento con más intensidad, en el amor de Cervantes.

A pesar de su bondad, y aun podriamos decir de su virtud, sentia involuntariamente un recóndito placer al ver que los amores de Cervantes por Paulina y por Darahimaráh se iban haciendo imposibles.

Paulina se moria. Darahimaráh se hacia á cada momento más contemplativa.

Su piedad se sublimaba.

En ninguna parte se encontraba mejor que en el templo, al que iba con mucha frecuencia, sirviendo de apoyo á la doliente Paulina.

Cuando doña Magdalena se apercibia de este gozo íntimo é irremediable de su alma, por ver desembarazado de obstáculos su amor á Cervantes, se contristaba, se reprendia, temia que Dios la castigase por aquella fruicion involuntaria, y procuraba no caer de nuevo en ella.

Pero su alma rebelde volvia á aquel encanto dulcísimo.

Se abrasaba doña Magdalena en el deseo de ir á buscar á Cervantes.

Pero la retenian en Italia dos razones poderosas.

Primeramente, la falta de noticias del que habia pasado por su padre.

Despues el estado de la salud de Paulina, con la cual no podia hacerse un viaje, ya fuese por mar ó por tierra, sin grande peligro para ella.

Habia, además, llegado el invierno, y se habia presentado cruel.

Era necesario esperar..

Pero esto no impedia el que doña Magdalena buscase noticias, tanto de Cervantes como de su padre.

Algunos que por ella habian sido enviados á Argel, no la habian traido noticia alguna.

Sin duda al saber lo horrible de la muerte de Morato, no se habian atrevido á amargar con tan triste nueva el corazon de su hija y de su esposa.

En cuanto á dos que á España y á Madrid habian ido, habian averiguado únicamente que, en efecto, Cervantes habia estado algunos dias en Madrid, y otros pocos en Alcalá; pero que habiendo encontrado muertos á sus padres, huérfanas á sus hermanas Andrea y Luisa, y hallándose sirviendo en el ejército de Flandes como alférez su hermano Rodrigo, y empeñada la poca hacienda de la familia, habia vendido los pobres restos de ella, y se habia ido con sus hermanas, sin decir á dónde.

Era, pues, urgente para doña Magdalena, el ir por sí misma en busca de Cervantes.

Pero la detenian siempre el cuidado por su padre y por su familia.

Un dia que salian de la iglesia, oyó junto á sí hablar en castellano.

Volvió la cabeza hácia donde la voz habia resonado, y vió un grupo de caballeros que á la puerta de la iglesia estaban á ver salir las damas; que esta irreverente costumbre la han tenido siempre los españoles, más que los de otra nacion alguna.

Oyó el nombre de Cervantes en boca de uno de aquellos caballeros.

Se acercó á uno de los pajes que las acompañaban llevando los almohadones y las sillas de tijera, y le dijo:

—Cuando hayamos pasado, llégate á aquel caballero de los cabellos entrecanos, y pídele que te siga de parte de una dama.

El paje entregó á otro su cojin y su silla, y se quedó atrás, y cuando doña Magdalena, su madre, Paulina y Darahimaráh hubieron desaparecido en la vuelta de la calle, se acercó al caballero y le dió el mensaje de doña Magdalena.

—¿Sois vos paje de una de las cuatro señoras que acaban de pasar? le dijo el hidalgo.

—Y muy servidor de vuesamerced, dijo el paje, que esperaba un buen regalo.

—¿Y cuál de las señoras os ha dado el recado para mí? dijo el caballero, al cual se le hacia ya la boca agua. ¿La morena acaso?

—Sí, sí, señor; la morena, contestó el paje.

—Pues ya os sigo, dijo el caballero.

Y despidiéndose de sus amigos, al paje siguió.

Recorrieron gran parte de la ciudad, y allá en uno de los términos de ella, junto á la marina, entraron en una muy bella casa que doña Magdalena habia tomado y alhajado con mucho gusto y riqueza.

Llevó el paje al ya enamorado hidalgo á uno de los estrados, en donde le dejó diciéndole que iba á avisar á su señora.

A poco apareció doña Magdalena, hermosa como una ilusion.

Nuestro hombre se levantó, y todo rendimiento, saludó á doña Magdalena, y quiso tomarla una mano para besársela.

Pero doña Magdalena la retiró diciéndole:

—No hay para qué, que aun que por cumplimiento puede pasar, y por sencilla cortesanía, yo soy de tierra donde tales cortesías no se usan, y no tengo la costumbre. Sentaos si os place, señor mio.

El hidalgo se sintió más que medianamente contrariado, porque la aventura no tenia trazas de ser amorosa, y más cuando doña Magdalena, cortés, sí, pero séria, le dijo:

—Vos habreis extrañado el que se os llame de parte de una dama: pero cuando yo os diga, señor, por qué os he llamado, cesará vuestra extrañeza, y asimismo las imaginaciones que tal vez han podido asaltaros: al venir yo de la iglesia, os he oido el nombre de un pariente mio, á quien en gran manera estimo, y cuyo paradero ignoro; digo que os oí el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra...

—¡Gran persona! dijo el caballero, sonriendo cortesmente, haciendo de tripas corazon y de la necesidad virtud; y si como es muy posible le amais, señora, comprendo bastantemente que de ningun otro podais aficionaros.

—Ya os he dicho que es mi pariente: vine á Civitavecchia para acercarme á Argel y rescatarle: pero cuando envié mi emisario, me encontré con que ya estaba rescatado, y con que no se sabia á dónde se habia ido. He buscado inútilmente noticias suyas, y como os he oido nombrarle, para que de él, si las teneis, me deis noticias, os he llamado: ahora os ruego me perdoneis el que me haya tomado esta licencia que tal vez os molesta.

—Moléstame mucho más, señora, el no poder daros las noticias que deseais. Yo, para serviros, me llamo don Gabriel de Mendoza: tengo mi solar en Asturias, y como veis llevo el hábito de Santiago. Cautivo he estado en Argel más de dos años en el baño de Hassan-Agá, y en él conocí al señor Miguel de Cervantes, de quien he admirado la bondad, el valor y el ingenio, y la mucha caridad que con sus compañeros tenia, librando á muchos de ellos de las crueldades de Hassan-Agá, y procurando varias veces libertarse y libertarnos á todos con él: y cuando vos pasábais, contaba yo á mis amigos una terrible crueldad de Hassan-Agá, de la cual estuvo á pique de ser víctima Cervantes.

—¿Y cómo fué eso? preguntó maquinalmente doña Magdalena.

—Habia en Argel un moro muy rico, dijo el hidalgo, que se llamaba el hagib-Morato, y por otro nombre el arraez Maltrapillo. Yo no sé por qué Hassan-Agá llevó preso al baño á este Maltrapillo, y cuando allí le tuvo, junto á una *pala* que habia mandado preparar, le preguntó acerca de una carta, de cuya procedencia y contenido estaban, por lo visto, enterados Maltrapillo y Cervantes: preguntado éste por Hassan-Agá, nada quiso revelar, por lo que el dey mandó le encerrasen

en una hedionda mazmorra; recurriendo luego á Maltrapillo, que por no hacer aclaracion alguna sufrió la muerte más cruel del mundo, siendo, como he dicho, un milagro el que no matase tambien á Cervantes.

Doña Magdalena, que se habia puesto pálida como una muerta al saber que Hassan-Agá habia llevado preso á Morato á su baño, al oir que allí le habia dado muerte cruel, lanzó un grito terrible y se desmayó.

Llamó el caballero apresuradamente al ver aquel accidente; acudieron y socorrieron á doña Magdalena.

El caballero, para que no pensasen mal de él, y atribuyesen á algun mal hecho suyo el desmayo de doña Magdalena, contó á doña Blanca lo que habia sucedido, y cuando doña Blanca oyó que á su marido habia dado cruelísima muerte en su baño Hassan-Agá, lanzó otro grito espantable, y cayó desmayada junto á su hija, que estaba ya en los brazos de Paulina y de Darahimaráh, y que aun no habia vuelto en sí.

Asombrado el caballero al ver que por su causa se habian desmayado aquellas dos señoras, demostró de tal manera su confusion, que Paulina no pudo ménos de decirle que aquel de cuya cruda muerte habia hablado, no era otro que el esposo de la una de las damas desmayadas y el padre de la otra; con lo cual recibió tal sobresalto y sintió tal sorpresa el buen hidalgo, que escapó espantado, harto diferentemente de como habia pensado salir.

Volvieron al fin en sí las desmayadas, y todo fueron lágrimas y sollozos, y desesperarse la una y la otra, que la noticia no era para ménos, y acusábanse ambas de la muerte de Morato, al que habian dejado en grandes compromisos, por lo que se veia, en Argel.

Dieron ambas en el lecho, y en él estuvieron algunos dias, y no de poco cuidado.

Y alentando doña Magdalena una esperanza de que tal vez se hubiese engañado quien le habia dado aquella funestísima noticia, envió un fiel emisario á Argel, con cartas para Arnaute-Mamí, en que le suplicaba le diese noticias de su padre, y si era cierto que habia perecido á manos del cruel Hassan-Agá, y que si así era se lo dijese, que ellas habian ya recibido la funesta noticia y recibido el golpe.

Arnaute-Mamí contestó doliéndose mucho de lo que habia sucedido, protestando de que él no habia podido evitarlo, y confirmando la tristísima nueva.

A esta carta acompañaba un espléndido regalo, y la proposicion á la hermosa Saruh-Yemal, de que volviera á Argel, y se consolaria encontrando en él un esposo, en cambio del padre que habia perdido.

Doña Magdalena contestó al enamorado bajá, dándole las gracias por la veracidad con que la habia contestado, y devolviéndole su presente «porque, decia, presente para novia es, y ni yo puedo aceptar la felicidad de ser tu esposa, ni á Argel puedo volver, donde por todas partes se me representaria la sombra ensangrentada de mi padre.»

No sabemos si tuvo gran pena por esta contestacion el enamorado Arnaute-Mamí.

Lo que sí sabemos, es que esta fué la última vez que tuvieron noticias el uno del otro.

Argel no debia sentir más la planta de la encantadora Saruh-Yemal.

Ésta y su madre se restablecieron al fin, que no hay dolor, por agudo que sea, que si no mata, no se calme, y se pensó por la madre y por la hija ir en busca de Cervantes, que era lo último que les quedaba en el mundo.

Estaban libres para ello.

Paulina, que comprendia harto claro, por más que doña Magdalena pretendiera disimularlo, que ésta amaba con toda su alma á Cervantes, y que si no iba á buscarle era por no exponerla á la peligrosa fatiga de un viaje, y por no dejarla en el grave estado en que se encontraba, la manifestó un dia que no sólo estaba decidida á cumplir el voto que á Dios habia hecho de ser su esposa, sino que ya la tardaba el hacerlo, y que por lo tanto queria entrar en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

Con tal empeño lo pidió Paulina, que hubo de convenir en ello doña Magdalena, y además, en que Darahimaráh en el mismo convento entrase, y con Paulina tomase el velo.

Un mes despues se cumplió la voluntad de las dos jóvenes, infortunada la una, y dichosa la otra porque tan pronto habia cambiado su amor terrenal en amor divino.

Dotólas espléndidamente doña Magdalena, asistió á la solemne ceremonia, que con gran pompa tuvo lugar, de la toma del velo de las dos desposadas de Jesucristo, y quince dias despues partia con su madre, ambas de rigoroso luto, para Barcelona, á la que llegaron con tiempo propicio; y apénas descansaron, en un coche, y con suficiente escolta que las defendiera de los bandoleros que abundaban por los caminos, se pusieron en viaje para Madrid, donde esperaban tener noticias de Miguel de Cervantes.

En cuanto á Paulina y Darahimaráh, para concluir de una vez acerca de ellas, diremos que Paulina murió un año despues, edificando con su piedad á las monjas, y que Darahimaráh, con el nombre de María del Rosario de la Santísima Vírgen, vivió muchos años feliz en la clausura, y murió al cabo de una larga vida de piedad y de práctica de las más severas virtudes, en olor de santidad.

Cervantes no tuvo noticias de ellas.

Nunca por ellas preguntó, aun cuando le encontró doña Magdalena.

El torbellino, cada vez más revuelto, de los sucesos de su azarosa vida, arrastraba á Cervantes.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

LIBRO QUINTO.

ESQUÍVIAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que doña Magdalena despierta de un hermoso sueño.

Llegaron con buen viaje á Madrid doña Blanca y su hija.

Las acompañaba como hasta entónces, y ya de edad madura, aquella doña Inés Gomez de Salazar, que habia acompañado con el nombre de tia á doña Magdalena, cuando ésta conoció á Cervantes en Madrid.

Le tenian cariño al *Meson de la viuda de Paredes*, y á él se fueron

Encontraron á la viuda oronda y fresca, que no parecia sino que por ella no habia pasado el tiempo.

La servidumbre era completamente nueva; que en los mesones, los mozos, y particularmente las mozas, suelen durar muy poco.

Se aposentaron en el mismo cuarto en que durante tan poco tiempo habian estado aposentadas algunos años ántes.

Doña Magdalena llamó á la Mari-Gomez, la posadera, y la dijo:

—Vengo á pediros noticias que estoy segura podreis darme.

—Pregunte vuesa merced, señora mia, dijo la Mari-Gomez, que era muy cumplida, que yo la responderé lo que supiere.

—¿Hace mucho tiempo que no veis al señor Miguel de Cervantes Saavedra? la preguntó doña Magdalena poniéndose levemente encendida.

Guiñó ligeramente, aun que con cierta malicia, un ojo la Mari-Gomez, sonrió y dijo:

—Bien hará año y medio: y en verdad que dia de mayor alegría no he tenido ni le tendré en todos los dias de mi vida; que yo creia que no habia de volver á ver al buen hidalgo.

—¿Y por qué?

—Porque de Argel creiamos que no habria quien le rescatara, á causa de su gran desventura.

—¿Y quién os dijo que el señor Miguel de Cervantes estuviera cautivo en Argel? preguntó con un gran interés doña Magdalena.

—¿Quién habia de ser sino su propio hermano, el señor Rodrigo de Cervantes? ¡y si viéseis qué bien parece con sus preseas de alférez de los tercios viejos de Flandes! Está para enamorar á cualquiera, aun que ya no es niño; como que es mayor, de dos años lo ménos, que su hermano.

—¿Y dónde está el señor Rodrigo de Cervantes? preguntó con un creciente interés doña Magdalena.

—Abandonó la corte, en la cual no le permitia estar más su pobreza, aun que yo le tenia por muy poca costa: no paraba el pobre, yendo y viniendo á las secretarías de Estado, rogando siempre se le ayudase con algun dinero para el rescate de su hermano, y sin sacar en limpio más que buenas palabras. Murieron uno tras otro sus padres, y hubo de irse á Alcalá, al cuidado de sus hermanas; pero habian quedado tan pobres, que el buen alférez, no sin dejarlas para ellas solas lo poco que de su hacienda les habia quedado, volvió á Madrid; solicitó ir á Flandes á una compañía de infantería, y allá se fué, y no le he vuelto á ver: pero tengo confianza en que no he de morirme sin verle volver, hecho todo un maestre de campo, ó por lo ménos capitan, que bien lo merece el mozo. ¡Vaya por Dios... y qué dos hermanos!... En lo alentados, no hay diferencia entre ellos: pero háyla sí, y grande, en la fortuna y en el ingenio; que el señor Rodrigo poco tiempo estuvo cautivo, y si sirvió bien al rey, alférez es, y está en buenos términos de acrecentarse, y su hermano, en Argel se estuvo pudriendo años y años, y cuando volvió, ni siquiera á sargento le subieron, y de soldado quedóse. y gracias si le han dado algun socorro.

—Herencia es del ingenio la desventura, dijo suspirando doña Magdalena; que tales son los hombres de ingenio, que consigo llevan siempre, y sin que de ella puedan librarse, y como prenda inseparable, la pobreza y los sueños que nunca se realizan, y que los hacen tan ricos de corazon, que en otra riqueza no piensan.

—¡Lástima de señor Miguel de Cervantes! dijo la posadera: por aquí andaba que parecia que le faltaba algo; y no así como se quiera, sino un pedazo de su alma.

Sobresaltóse doña Magdalena.

¿Seria ella aquel pedazo de alma que faltaba á Cervantes?

—Siempre fué el señor Miguel de Cervantes enamoradizo, dijo con la voz turbada, y por donde quiera que vá, las aventuras amorosas le salen de debajo de los piés.

—Pues mirad que sus amores no los tenia en Madrid; que un dia en que vino á buscarle una dueña con una carta, y yo le dije: —«Vamos, señor Miguel, que ya se vén señales de lo que os trae triste,» me respondió:

—»Lo que á mí me entristece, muy léjos está de aquí, señora Mari-Gomez, y sabe Dios si perdido.»

Y no dijo más, y se fué con la dueña.

—¿Y no pudísteis averiguar quién fuese la dueña?

—Vino otras varias veces; y como viniese un dia en que no estaba aquí el señor Miguel de Cervantes, esperóle, y yo la agasaje y la di de refescar y preguntela: y como las dueñas para vomitar necesitan poco, díjome que ella era dueña de la señora duquesa de Puente de Alba, que mandaba llamar de tiempo en tiempo al señor de Cervantes, para asuntos que debian ser de importancia, pero que no eran ciertamente negocios de amor.

—¿Y qué habia de decir la dueña, si era leal á su señora y queria guardar su decoro? dijo con viveza doña Magdalena, y demostrando harto claro el interés que por Cervantes sentia.

—Yo no sé lo que podria haber en esto: lo que sé es, que el señor Miguel de Cervantes no se detuvo en Madrid sino el tiempo suficiente para convencerse de que, á pesar de la informacion que se hizo en Argel, y que decia claro cuánto habia sufrido y cuánto habia hecho por los cautivos españoles que allí estaban, no le quedaba nada más que gastar las suelas de sus zapatos en las losas de palacio, y la paciencia en las ante-cámaras: pagóme un dia su cuenta, y díjome que se iba á Alcalá con sus hermanas á arreglar su hacienda, y no le he vuelto á ver más; pero el mejor dia aparecerá por esas puertas, porque él á la fuerza tiene que venir aquí á pretender.

—¿Y hacia mucho tiempo que no le llamaba la duquesa de Puente de Alba, cuando se marchó á Alcalá?

—La dueña vino el dia ántes.

No preguntó más doña Magdalena.

Habia encontrado, por el relato de la posadera, á persona que podia darle mejores informes de Cervantes.

Aquel mismo dia, doña Magdalena, acompañada de su madre y de su inseparable doña Inés Gomez de Salazar, se fué á la casa de doña María de los Dolores Perez de Cañizares, duquesa de Puente de Alba, que vivia en el solar de su marido, aquel á quien, como vimos al principio de esta historia, mató en duelo Rodrigo Cervantes.

Al oir el nombre de doña Magdalena Ponce de Leon, que la anunció un paje, la duquesa salió corriendo al recibimiento, donde habia quedado esperando doña Magdalena y su madre, con la fingida tia doña Inés.

—¡Ah! ¿tú aquí? exclamó la duquesa, arrojándose en los brazos de doña Magdalena y cubriéndola de besos.

—Sí, yo aquí, mi muy querida amiga, exclamó doña Magdalena, correspondiendo, aun que no muy de buen grado, á las afectuosas demostraciones de doña María.

Estaba celosa de ella.

No se olvidaba de aquella lejana tarde en que, postrada y doliente la duquesa,

en un lecho de la quinta ó palacio de campo de la Nunciatura, Cervantes habia tenido con ella una apasionada conversacion de amor.

Pasadas las caricias, separadas la una de la otra ambas amigas, la duquesa dijo:

—Ya veo á tu buena aya, la que por tu tia pasa; pero, ¿quién es esta otra señora tan hermosa?

—Mi madre, respondió doña Magdalena.

En efecto: doña Blanca parecia jóven aun, y como era muy blanca y muy rubia, y estaba aun de gran luto por su marido, parecia muy bien..

Siguiéronse cariñosos saludos entre la duquesa y doña Blanca.

Luego la duquesa las llamó á su estrado particular.

En él habia una jóven, casi una niña, aun que muy desarrollada, y dotada de una hermosura prodigiosa.

—Ven, ven acá, hija mia, dijo la duquesa: esta señora que aquí ves (y la mostró doña Magdalena) es mi grande amiga, casi mi hermana, doña Magdalena Ponce de Leon, de la que tanto te he hablado yo siempre, y de la que tanto has oido hablar al señor Miguel de Cervantes nuestro amigo.

—¿Esta hija tuya, es *aquella?* dijo con intencion doña Magdalena, abrazando á la niña y besándola.

—Sí, respondió la duquesa; mi hija única.

—¡Y cómo pasa el tiempo! dijo doña Magdalena sentándose en un almohadoncillo y reteniendo junto á sí á la niña: ¡nos hacen viejos!... ¡oh! ¡y es hermosísima!...

—Gracias, señora, dijo modestamente la jóven: no se puede hablar de hermosura donde estais vos.

—¡Oh, sí!... dijo la duquesa: tú, doña Magdalena, rejuveneces; no parece sino que los años corren para tí, no para envejecerte, sino para hacerte más jóven.

—Hareis al fin, la madre y la hija, que me avergüence; dejemos esta conversacion: ahora dejemos á mi madre y á mi tia con tu hija, y ven conmigo: tengo que hacerte algunas preguntas.

La duquesa comprendió que aquella conversacion aparte á que la llevaba doña Magdalena, no era ni por su madre ni por doña Inés, sino por la jóven doña Dolores, que así se llamaba la hija de la duquesa.

Los celos de doña Magdalena habian pasado de la madre á la hija.

Habia reparado en que la jóven se habia puesto vivamente encendida al oir el nombre de Cervantes.

Doña Magdalena, que al parecer conocia la casa, se llevó á la duquesa á un retrete contiguo al estrado de confianza.

Sentóse allí con la duquesa en un canapé, y la dijo:

—Necesito hacerte algunas preguntas.

—Sí; á propósito de Miguel de Cervantes, contestó tristemente la duquesa.

—¿Le ha sucedido alguna desgracia? exclamó doña Magdalena, que no podia

comprender de otra manera el melancólico y triste acento de la duquesa cuando de Cervantes se hablaba.

—No, ¿pero para qué quieres más desgracia que las que sobre sí tiene? Desatendido, mancillado, despreciados sus servicios... es su fortuna negra y dura: yo he hecho que todos mis parientes, todos mis amigos le recomienden, y por él insistan, y nada se ha conseguido sino promesas: al fin el pobre se fué á Alcalá, recogió á sus hermanas, y se fué con ellas á Esquivias á ponerlas al arrimo de unos parientes que allí tienen.

—¿Está en Esquívias? exclamó doña Magdalena: ¿y dónde está Esquívias?

—Esquívias es un pueblo á poca distancia de Madrid.

—¿Y por qué no ha vuelto de Esquívias?

—Está cansado del mundo, desesperado: allí, á lo ménos, está apartado de los disgustos que á cada momento sufre en la corte el que pretende: además, su hermana Andrea se ha casado.

—Pues tanto mejor para dejar al arrimo de la hermana casada á la hermana doncella, y venir á Madrid, donde tiene en tí una buena amiga, á seguir sus pretensiones.

—Es que... dijo la duquesa.

Y se detuvo dominada por una gran irresolucion.

—¿Qué?... ¡acaba!... exclamó doña Magdalena que respiraba apénas: ¿se ha casado él tambien?

—Sí, dijo haciendo un violento esfuerzo la duquesa: se ha casado... se ha visto obligado á casarse.

Doña Magdalena se acongojó, y tuvo que hacer violentos esfuerzos para dominar su congoja.

—Las malas noticias deben darse de una vez, dijo dulcemente la duquesa: ya sabia yo que le amabas.

Doña Magdalena habia roto á llorar.

Habia sentido un dolor tal, como si la hubiesen desgarrado el corazon.

La duquesa estaba tambien profundamente conmovida.

—No siempre las cosas suceden, dijo, como convienen para la dicha de las criaturas: él estaba desesperado: él tenia sobre sí una familia: el marido de Andrea es un hidalgo pobre... y doña Catalina de Palacios Salazar...

—¿Se llama así su esposa? dijo entre las lágrimas doña Magdalena.

—Sí; es una buena señora, no ya jóven ni muy bella, pero excelentísima; una santa: es parienta, aun que lejana, de los Cervantes; tiene alguna hacienda, y en el tiempo en que estuvieron solas Andrea y Luisa, cautivo Miguel, Rodrigo en Flandes, y los pobres padres en la eternidad, oficios de madre hizo doña Catalina por las dos huérfanas: Miguel es agradecido, está, aun que jóven aun, cansado de la vida, desengañado del mundo: conoció que si doña Catalina no era hermosa, tenia el alma hermosísima; conoció que ella de él se habia enamorado, que sufria, y se casó.

—No hablemos, no hablemos más de esto, dijo doña Magdalena enjugándose

las lágrimas: no estaba escrito: ¿y por qué he de afligirme yo?... si él me hubiese amado como yo creia que me amaba, no se hubiera casado con ninguna otra mujer; hubiera muerto ántes: esto ha sido un sueño; pero, ¿cómo olvidar los hermosos sueños para que no nos atormenten?

—Hay que conformarse con la voluntad de Dios, exclamó la duquesa.

—Sí, y yo estoy acostumbrada al sufrimiento: salgamos, salgamos, hermana mia, y perdóname: habia tenido celos de tí... celos de tu hija.

—¡Oh! el amor es muy receloso; pero serénate ántes de salir.

—Sí... sí... ya estoy serena, dijo doña Magdalena: no temas: ni mi madre ni mi buena aya podrán conocer lo que he sufrido.

Y salió con la duquesa al estrado.

Estuvieron de visita con la duquesa todo lo que quedaba de tarde, y luego volvieron á su posada.

CAPÍTULO II.

En que se contiene una obra de Cervantes que no conoce el público.

Cervantes habia llegado seis meses ántes á Madrid para solicitar un empleo que creia, y con razon, tener merecido.

Para llegar á lo que solicitaba, habíase procurado Cervantes las informaciones siguientes:

Informacion de Miguel de Cervantes, de lo que ha servido á S. M., y de lo que ha hecho estando captivo en Argel; y por la certificacion que aquí presenta del duque de Sesa, de cómo cuando le captivaron se le perdieron otras muchas informaciones, fées y recados que tenia de haber servido á S. M.

Señor: = Miguel de Cervantes dice que ha servido á V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años á esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y en el año siguiente fué á Navarino, y despues á la de Túnez y á la Goleta, y viniendo á esta corte con cartas del señor don Juan y del duque de Sesa, para que V. M. le hiciese merced, fué captivo en la galera del *Sol*, él y un hermano suyo, que tambien ha servido á V. M. en las mismas jornadas, y fueron llevados á Argel, donde gastaron el patrimonio que tenian en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres, y las dotes de dos hermanas doncellas que tienen, las cuales quedaron pobres por

rescatar á sus hermanos, y despues de rescatados, fueron á servir á V. M. en el reino de Portugal, y á las terceras, con el marqués de Santa-Cruz; y agora, al presente, están sirviendo y sirven á V. M., el uno dellos en Flandes, de alférez, y el Miguel de Cervantes fué el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagan, y fué á Orán por órden de V. M., y despues ha estado asistiendo en Sevilla, en negocios de la Armada, por órden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced de un oficio en las Indias, de los tres ó cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la contaduría del nuevo reino de Granada, ó la gobernacion de la provincia de Soconusco, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de La-Paz, que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, la recibirá, porque es hombre hábil, y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M., y en él acabar su vida, como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced. — Busque por acá en qué se le haga merced. = En Madrid á seis de Junio de mil é quinientos noventa. = El doctor Nuñez Morquecho.»

A la vuelta del memorial, dice: «Miguel de Cervantes Saavedra. A veinte y uno de mayo de mil é quinientos noventa. =Al Presidente del Consejo de Indias.»

El de Sesa: = «Por haberme pedido por parte y en nombre de Miguel de Cervantes, que para que á S. M. le conste de la manera que le ha servido, le conviene que yo le dé fé dello: por la presente certifico y declaro, que há que le conozco de algunos años á esta parte en servicio de S. M.; y por informacion que dello tengo, sé y me consta que se halló en la batalla y rota de la armada del turco, en la cual, peleando como buen soldado, perdió una mano, y despues le vi servir en las demás jornadas que hubo en Levante, hasta tanto, por hallarse estropeado en servicio de S. M., pidió licencia al señor don Juan, para venirse en Spaña á pedir se le hiciese merced, y yo entónces le dí cartas de recomendacion para S. M. y ministros; y habiéndose embarcado en la galera *Sol*, fué preso de turcos y llevado á Argel, donde al presente está esclavo, habiendo peleado ántes que le captivasen, muy bien, y cumplido con lo que debia, y de manera que ansí, por haber sido captivado en servicio de S. M., como por haber perdido una mano en el dicho servicio, meresce que S. M. le haga toda merced y ayuda para su rescate: y porque las fées, cartas y recados que traia de sus servicios, los perdió todos el dia que le hicieron esclavo, porque conste dello, dí la presente, firmada de mi mano, y sellada con el sello de mis armas, y refrendada del secretario infrascrito. =Dada en Madrid á veinte y cinco de Julio de mil é quinientos setenta y ocho. = El duque y conde. = Ojo á la glosa que vá abajo, de lo que se le ha dado en merced. = Por mandado de Su Excelencia. = Bernardino de Leon. = S. M., á suplicacion de doña Leonor Cortinas y en consideracion de lo en esta certificacion contenido, hizo merced de dar licencia para que del reino de Valencia se pudieran llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías no prohibidas, con que el beneficio de la dicha licencia sirviera para el rescate de Miguel de

Cervantes, en esta fé contenido, y así se dió el despacho á las partes, fecha en Madrid á diez y siete de enero de mil é quinientos ochenta. =Tiene una rúbrica.= Esta merced de esta cédula, no está aun despachada ni vendida, porque no dan por ella sino sesenta ducados. = Fé de bien servido á Miguel de................ = Está sellada con el sello de S. E.»

La informacion de servicios ante un alcalde.=«Mil é quinientos setenta y ocho. = En Madrid á veinte y nueve de mayo de mil é quinientos noventa. = Tiene una rúbrica. = Se presentó.

»En la villa de Madrid, á diez y siete dias del mes de marzo de mil é quinientos é setenta é ocho años, ante el ilustre Sr. Lic. Ximenez Ortíz, del Concejo de S. M., alcalde de la casa y córte, é por ante mí, Francisco de Jepes, scribano de S. M., é de provincia en esta córte, paresció presente Rodrigo de Cervantes, é presentó un pedimento ó interrogatorio de preguntas, que he tomado, lo cual es como sigue:

»Ilustre Sr. = Rodrigo de Cervantes, estante en esta córte, digo que á Miguel de Cervantes, mi hijo, que al presente está cativo en Argel, y á mí como su padre, conviene averiguar y probar como el dicho Miguel de Cervantes, mi hijo, ha servido á S. M., de diez años á esta parte, hasta que habrá dos años que le cativaron en la galera del *Sol,* en que venia Carrillo de Quesada, y sirvió en todas las ocasiones que por aquel tiempo se ofrecieron en Italia, y en la Goleta y Túnez, y en la batalla naval, en la cual salió herido de dos arcabuzazos, y estropeada la mano izquierda, de la cual no se puede servir, en la cual se portó como muy buen soldado, sirviendo á S. M... A Vmd. pido é suplico mande describir la dicha informacion de lo susodicho, y rescebida me la mande dar, signada en pública forma, en manera que haga fé, para la pretension ante quien y con derecho deba é pido justicia, é para ello, etc. = Rodrigo Cervantes.

»E visto por el dicho Sr. alcalde, mandó se tomen é resciban al tenor del dicho pedimento, los testigos que el dicho Rodrigo de Cervantes presentase, y lo que dijeren y depusieren se le mande dar signado en pública forma, en manera que haga fé, para el efeto que lo pide, y lo firmó en su nombre, etc.=Nava é Sosa, scribanos de provincia.=Francisco de Jepes.

»Por estas preguntas pido sean examinados los testigos que son ó fueren presentados por preto de Rodrigo de Cervantes, estante en esta corte, sobre la informacion que ha pedido sobre el rescate de Miguel de Cervantes su hijo.

»1.ª Primeramente sean preguntados si conoscen al dicho Rodrigo de Cervantes, y á Miguel de Cervantes su hijo, cativo.

»2.ª Si saben, etc., que el dicho Miguel de Cervantes, cativo, es hijo legítimo del dicho Rodrigo de Cervantes, y de doña Leonor de Cortinas, su mujer legítima, habido y procreado de legítimo matrimonio y por tal ha sido criado y alimentado y educado, y es habido y tenido, y comunmente respetado, entre todas las personas que los conoscen y de ellos han tenido y tienen noticia, é ansí es público y notorio.

»3.ª Si saben, etc., que el dicho Miguel de Cervantes es de edad de treinta años, poco más ó ménos, y de diez años á esta parte ha servido como muy buen soldado á S. M. el rey D. Felipe nuestro señor, en las guerras que ha tenido en Italia y la Goleta y Túnez, y en la batalla naval que el Sr. D. Juan de Austria tuvo con el armada del turco, á donde salió herido con dos arcabuzazos en el pecho, y otro en la mano izquierda, que quedó estropeado de ella: digan lo que saben.

»4.ª Si saben, etc., que cuando en la dicha se reconosció el armada del turco, estaba el dicho Miguel de Cervantes con calentura, y unos amigos suyos le dijeron que pues estaba tan malo, que se metiese debajo de la cubierta de la galera, pues no estaba sano para pelear, y el dicho Miguel de Cervantes respondió que no hacia lo que debia metiéndose bajo cubierta, sino que mejor era morir como buen soldado, en servicio de Dios é del Rey, y ansi peleó como valiente soldado en el lugar del esquife, como su capitan le mandó, y despues de la batalla, sabido por el Sr. D. Juan de Austria cuán bien se habia portado, le acrescentó cuatro ducados más de su paga.

»5.ª Si saben, etc., que podrá haber dos años, que viniendo de Italia á España, en la goleta del *Sol*, en que venia Carrillo de Quesada, cativaron turcos de Argel al dicho Miguel de Cervantes, adonde al presente está cativo.

»6.ª Si saben, etc., que el dicho Rodrigo de Cervantes es hombre hijo-dalgo y muy pobre, que no tiene bienes ninguno, porque por haber rescatado á otro hijo, que ansí mesmo le cativaron la mesma hora que á dicho su hermano, quedó sin bienes algunos.»

Los cuatro testigos presentados para informacion, están contestes en las preguntas del interrogatorio, por haber presenciado ú oido respectivamente lo que contienen: mediante lo cual, y en obsequio de la brevedad sólo se hace aquí mencion de los nombres y clases, y de lo más notable que cada uno expuso ó añadió.

«1.º Mateo de Santistéban, natural de Tudela de Navarra, y alférez de la compañía que nuevamente se habia contratado y conferido al capitan Alonso de Cárlos. Fué camarada de Cervantes en Italia, en la del capitan Diego de Urbina: vió la accion heróica de Cervantes en la batalla de Lepanto; cuando le hirieron el pecho y le mancaron: oyó, que cuando su capitan, el mismo Santistéban y otros muchos amigos de Cervantes le dijeron al ir á entrar en la accion, que se estuviese quedo abajo en la cámara de la galera pues que estaba enfermo y con calentura, respondió: *qué dirian del, é que no hacia lo que debia, é que más queria morir peleando por Dios é por su Rey, que no meterse en la cubierta, é ganar la salud.*»

»Le vió pelear como valiente soldado en el lugar del esquife, á donde con otros soldados le destinó el capitan, por estar Santistéban en la propia galera, nombrada *la Marquesa*, que era de Juan Andrés Doria, situada en el morro de tierra. Volvió á verle en Nápoles, en el año 1575, cuando estaba para venir á España

en la galera *Sol*, con Carrillo de Quesada: y conoció tambien á Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, en los parajes que á él.

»2.° Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Selaya, cerca de Villacarriedo, en las montañas de Santander, y alférez: presenció el denuedo con que se distinguió Cervantes en la batalla de Lepanto, peleando en el lugar del esquife con doce soldados que le entregó el capitan, haciendo ver que cuando le aconsejaban se retirase abajo, pues estaba enfermo, respondió muy enojado: —«Señores, en todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á S. M. y se me han presentado, he servido muy bien como buen soldado, y ansí agora no haré ménos, aunque esté enfermo é con calentura: más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme la cubierta,» é quiso que el capitan le pusiera en la parte y lugar que fuese más peligrosa; y entónces el capitan le entregó el lugar del esquife con doce soldados. Supo que en premio de lo que se distinguió, le concedió don Juan de Austria cuatro ó seis escudos de ventaja. Le vió tiempo despues cautivo en Argel, porque ya entónces lo estaba tambien Castañeda: leyó las cartas que llevaba Cervantes de don Juan de Austria, en que le recomendaba á S. M. para que le diese una compañía de las que se formasen para Italia, por ser hombre de méritos y servicios: cuyas cartas hicieron que el capitan que le cautivó le tuviese en mucho para el rescate.

»3.° Antonio Godinez de Monsalvo, natural de Madrid, y sargento de la compañía de don Juan de La-Cárcel. Conoció y trató á Cervantes el año 1573 en la jornada de Túnez. Estando Godinez cautivo en Argel el año de 1575 vió que Dali-Mamí, capitan de la mar, y otro capitan de galera, trajeron cautivo á Miguel y á Rodrigo de Cervantes, hermanos; que este se rescató en 1577, y aquel quedaba allí en 78, esclavo de Cenagá (Hassan-Agá) dey de Argel.

»4.° Don Baltasar del Salto y de Castilla, residente en Madrid, á quien cautivaron los turcos de la Goleta, el año de 1574, y le llevaron á Argel. Conoció aquí á Miguel de Cervantes, y le vió manco de la mano izquierda. Supo de él y de otras personas de crédito todo lo que refiere el interrogatorio. Cuando este testigo salió de allí rescatado en 1577, dejó á Cervantes cautivo en poder de un turco llamado Arnaute-Mamí, capitan de aquella capital, quien le tenia en grande estima, á causa de ciertas cartas que le halló de don Juan de Austria y del duque de Sesa, en que lo recomendaban á S. M. para que le hiciese merced de una compañía, como persona que lo merecia muy bien.»

En seguida de esta informacion, está repetida en el original la nota que hay al fin de la certificacion del duque de Sesa, referente á la gracia concedida á solicitud de la madre de Cervantes.

INFORMACION HECHA EN ARGEL.

«En la ciudad de Argel, que es tierra de moros en la Berbería, á diez dias del mes de octubre, año de mil é quinientos é ochenta años, ante el ilustre y M.

R. Sr. Frai Juan Gil, Redentor de España de la corona de Castilla por S. M. paresció presente Miguel de Cervantes esclavo que ha sido, que agora está franco y rescatado, y presentó el escripto de pedimento siguiente, con cierto interrogatorio de preguntas, lo cual, una en pos de otra, es como sigue, etc.

»Ilustre y M. R. Sr. =Miguel de Cervantes, natural de la villa de Alcalá de Henares, en Castilla, y al presente estante en este Argel, rescatado para ir en libertad, dice: que estando él agora de camino para España, desea y le importa hacer una informacion con testigos, ansí de su cativerio, vida y costumbres, como de otras cosas tocantes á su persona, para presentarla si fuere menester, en Concejo de S. M. y requerir le haga merced: y por que en este Argel no hay parte alguna cristiana que tenga administracion de justicia entre los cristianos, y haciendo V. P. como hace en este Argel la redencion de cativos por órden y mandado de S. M., representa, por tanto, su persona, y por el mismo respecto tambien de su Santidad el Sumo Pontífice, cuyas veces tienen como delegados apostólicos los redentores religiosos de la Órden de la Santísima Trinidad: por tanto, porque la dicha informacion tenga vigor y autoridad, suplica á V. P. sea servido interponer en ella su autoridad, y mandar á Pedro de Rivera, escribano y notario apostólico, el cual por mandado de S. M. há este oficio en esta tierra de Argel há muchos años entre los cristianos, tome los testigos que el dicho Miguel de Cervantes presentará sobre estos articulos, que con este tambien presenta, y rescebirá merced.=Miguel de Cervantes.

«Que tome Pedro de Rivera, escribano, los testimonios que presentare el dicho Miguel de Cervantes, sobre los articulos que presenta Fr. Juan Gil, redentor de cautivos.

»Yo, Pedro de Rivera, notario apostólico entre los cristianos en este Argel, doy fé é testimonio, como á los diez de octubre de mil é quinientos y ochenta años, Miguel de Cervantes, natural de la villa de Alcalá de Henares, ques en Castilla, estante en este Argel, al presente rescatado para ir en libertad, presenta al M. R. Sr. P. Fr. Juan Gil, redentor de los cautivos de España por mandado de S. M., questaba en este mismo Argel, el memorial abajo escripto, firmado de su mano, con los articulos que adelante siguen, y esto en presencia de mí; y dello doy fé y testimonio en Argel, á diez del mes de octubre de este año de mil é quinientos y ochenta. = Pedro de Rivera, notario Apostólico.

»Por estos articulos sean preguntados los testigos que Miguel de Cervantes presentare, acerca de las cosas que ha hecho para conseguir su libertad y la de otros muchos caballeros miéntras estuvo cautivo en Argel, por las cuales pretende que S. M. le haga merced.

1.° Lo primero, si conoscen á dicho Miguel de Cervantes, y cuánto há que le conoscen, y si es deudo ó pariente suyo, digan, etc.

2.° Item: si saben, ó han oido decir, como há cinco años que el dicho Miguel

de Cervantes está cautivo en este Argel, y que se perdió en la galera del *Sol*, el año de mil é quinientos y setenta y cinco, la cual galera iba de Nápoles á España con otras personas principales que allí se perdieron, caballeros, capitanes y soldados; digan, etc.

3.° Item: que digan si saben, ó han oido decir, que llegado cativo en este Argel, su amo Dalimamí, arraez renegado griego, le tuvo en lugar de caballero principal, y como á tal le tenia encerrado y cargado de grillos y cadenas, y que no onstante todo esto, deseando hacer bien y dar libertad á algunos cristianos, buscó un moro que á él y á ellos llevase por tierra á Orán, y habiendo caminado con el dicho moro alguna jornada, los dejó, y ansí les fué forzoso volverse á Argel, donde el dicho Miguel de Cervantes fué muy maltratado de su patron, y de allí en adelante, tenido con más cadenas, y más grande encerramiento, etc.

4.° Item: si saben ó han oido decir que en el año de quinientos y setenta y siete, habiéndole sus debdos enviado dineros para su rescate, y no pudiendo acordarse con su patron, porque le tenia por hombre de mucha calidad, deseando servir á Dios y á S. M., y tambien á muchos cristianos y principales caballeros, letrados y sacerdotes que al presente se hallaban cativos en este Argel, dió órden á un hermano suyo que se llamaba Rodrigo de Cervantes, que de este Argel fué rescatado el mes de agosto del mesmo año, de los mesmos dineros dichos del dicho Miguel de Cervantes de su rescate, pusiese en órden y enviase de la playa de Valencia y de Mallorca y de Ibiza, una fragata armada para llevar en España los dichos cristianos, y para mejor efectuar esto, se valió del fuero de don Antonio de Toledo y de Francisco de Valencia, caballero del hábito de San Juan, que entónces estaban en este Argel cativos, los cuales le dieron cartas para los visoreyes de Valencia y Mallorca y Ibiza, encargándoles y suplicándoles favoreciesen el negocio; digan, etc.

5.° Item: si saben, ó han oido decir, que esperando la dicha fragata, dió órden como catorce cativos cristianos de los principales que entónces habia en Argel cativos, se escondiesen en una cueva, la cual habia él de ántes procurado fuera de la cibdad, donde algunos de los dichos cristianos estuvieron escondidos en ella seis meses, y otros ménos, y allí les proveyó, y procuró proveer, y que otras personas proveyesen de lo necesario, teniendo el dicho Miguel de Cervantes el cuidado cotidiano de enviarles toda la provision, en lo cual corria grandísimo peligro de la vida, y de ser enganchado y empalado y quemado vivo, hasta que ocho dias ántes del término en que la fragata habia de venir; el dicho Miguel de Cervantes se fué á encerrar en la cueva con los demás; digan, etc.

6.° Item: si saben, ó han oido decir que en efecto, la dicha fragata vino, conforme á la órden quel dicho Miguel de Cervantes habia dado, y en el tiempo que habia señalado, y habiendo llegado una noche al mismo puesto, por faltar el ánimo á los marineros y no querer saltar en tierra á dar aviso á los que estaban escondidos, no se efectuó la huida; digan, etc.

7.° Item: si saben, ó han oido decir, que estando así de esta manera todos escondidos en la cueva, todavía con la esperanza de la fragata, un mal cristiano

que se llamaba el *Dorador*, natural de Melilla, y que sabia del negocio, se fué al dey que entónces era de Argel, que se llamaba Azan, y le dijo que se queria volver moro por complacerle, le descubrió los que estaban en la cueva, diciéndole que dicho Miguel de Cervantes era el autor de toda aquella huida, y el que la habia urdido, por lo cual el dicho dey, el último de Setiembre del dicho año, envió muchos turcos y moros armados á caballo y en pié á prender á el dicho Miguel de Cervantes, y á sus compañeros; digan, etc.

8.° Item: si saben, ó han oido decir, como llegados turcos y moros á la cueva, y entrando por fuerza en ella, viéndose dicho Miguel de Cervantes que eran descubiertos, dijo á sus compañeros que todos le echasen á él la culpa, prometiéndoles de condenarse él solo, con deseo que tenia de salvarles á todos, y así, en tanto que los moros los maniataban, el dicho Miguel de Cervantes dijo en voz alta, que todos los turcos y moros le oyeron: «ninguno de estos cautivos que aquí están, tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor dél, y el que los ha inducido á que se huyesen:» en lo cual manifiestamente se puso á peligro de muerte, porque el dey Azan era tan cruel que por solo huirse un cristiano, ó porque alguno le ocultase ó favoreciese en la huida, mandaba ahorcar á un hombre, é por lo mesmo, cortarle las orejas y las narices, y ansí los dichos turcos, avisando luego con un hombre á caballo de todo lo que pasaba al dey, y de lo que el dicho Miguel de Cervantes decia que era el autor de aquella empresa y huida, mandó el dey que á él sólo trajesen, como le trajeron, maniatado y á pié, haciéndole por el camino los moros y turcos muchas injurias y afrentas; digan, etc.

9.° Item: que digan si saben, ó han oido decir, como presentado ansí maniatado ante el dey, con amenazas de muerte y tormentos, queriendo saber dél cómo pasaba aquel negocio, él, con mucha constancia, le dijo que él era el autor de todo aquel negocio, y que suplicaba á Su Alteza, si habia de castigar algunos, fuese á él sólo, pues él sólo tenia la culpa de todo; y por muchas preguntas que le hizo, nunca quiso nombrar ni culpar ningun cristiano, en lo cual consiguió librar á muchos de la muerte, que le habian dado favor y ayuda, y á otros de agudísimos trabajos, á quienes el dey echaba la culpa, y particularmente fué causa como el M. R. P. Fr. Jorge de Olivar, que entónces estaba en Argel, Redentor de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, el dey no le hiciese mal, como deseaba, persuadido que él habia dado causa y ayudado á este negocio; digan, etc.

10.° Item: si saben, ó han oido decir, que despues, habiéndole el dey mandado meter en su baño, cargado de cadenas y hierros, con intencion todavía de castigarle, al cabo de cinco meses, el mismo Miguel de Cervantes, con el mesmo zelo del servicio de Dios, é del de S. M., y de hacer bien á cristianos, estando ansí encerrado, envió un moro á Orán secretamente con cartas al señor marqués D. Martin Córdoba, general de Orán y de sus fuerzas, é á otras personas principales, sus amigos y conocidos de Orán, para que le enviasen alguna espía ó espías y personas de fiar que con el dicho moro viniesen á Argel, y le llevase á

él y á otros tres caballeros principales, que el dey en su baño tenia; digan, etc.

11.° Item: si saben, ó han oido decir, que el dicho moro, llevando las dichas cartas á Orán, fué tomado de otros moros á la entrada de Orán, y sospechando dél mal, por las cartas que le hallaron, le prendieron y le trajeron á este Argel á Hazan-bajá, el cual, vistas las cartas, y viendo la firma y nombre del dicho Miguel de Cervantes, al moro mandó empalar, el cual murió con mucha constancia, sin manifestar cosa alguna, y al dicho Miguel de Cervantes mandó dar dos mil palos; digan, etc.

12.° Item: si saben, ó han oido decir, como despues, en el año de mil é quinientos y setenta y nueve, en el mes de Setiembre, estando en este Argel un renegado de nacion español, y que él decia que su padre era de Osuna, y él ser natural de Granada, y siendo cristiano se llamaba el licenciado Giron, el cual se vino á hacer moro á esta tierra de Argel, y en moro se llamaba Abdaharramen, entendiendo el dicho Miguel de Cervantes que el dicho renegado mostraba arrepentimiento de lo que habia hecho en hacerse moro, y deseo de volver á España, por muchas veces le exhortó y animó á que se volviera á la fé de Nuestro Señor Jesucristo, y para esto hizo con Onofre Exarque, mercader de Valencia, que entónces se hallaba en este Argel, diese dinero, como más de mil é trescientas doblas, para que se comprase una fragata armada, persuadiéndole que ninguna otra cosa podia hacer más honra, ni al servicio de Dios y de S. M. más acepta, lo cual ansí se hizo, y el dicho renegado compró la dicha fragata de doce bancos, y la puso á punto, gobernándose en todo por el consejo y órden del dicho Miguel de Cervantes; digan, etc.

13.° Item: si saben, ó han oido decir, que el dicho Miguel de Cervantes, deseando servir á Dios y á S. M., y hacer bien á cristianos como es de su condicion, muy secretamente dió parte de este negocio á muchos caballeros, letrados, sacerdotes y cristianos que en este Argel estaban cautivos, y otros de los más principales, que estuvieran á punto é se apercibiesen para cierto dia, con intencion de hacerlos embarcar á todos, y llevar en tierra de cristianos, que seria hasta número de sesenta cristianos, y toda gente la más florida de Argel; digan, etc.

14.° Item: si saben, ó han oido decir, que estando todo este negocio á punto, y en tan buenos términos que sin falta sucediese como estaba ordenado el negocio, fué descubierto y manifiesto al dey Azan, que era de este Argel, y segun es fama pública y notoria, se lo envió á decir por Cayban, renegado florentin, y despues en persona se lo confirmó el doctor Juan Blanco de Paz, natural de la villa de Montemolin, junto á Llerena, que dicen haber sido fraile, profeso de la Orden de Santo Domingo en Santistéban de Salamanca, por lo cual el dicho Miguel de Cervantes quedó en muy gran peligro de la vida, y dende entónces quedó mal y en gran enemistad con el dicho doctor Juan Blanco, por ser cosa cierta que él era descubridor y ponia á riesgo tantos cristianos y tan principales; digan, etc.

15.° Item: si saben, ó han oido decir, que divulgándose y sabiéndose que

el dey Azan tenia noticia deste negocio, y que disimulaba por coger á los cristianos en el hecho, cortados todos de miedo, por ser cruelísimo contra cristianos, Onofre Exarque, que le habia dado el dinero para la dicha fragata, y era participante de todo, temiendo que el dey, que de todo estaba informado, no hiciese con tormentos que el dicho Miguel de Cervantes, como más culpado de todos, manifestase todos los que eran en el negocio, y el dicho Onofre Exarque perdiese la hacienda, la libertad y tal vez la vida, cometió, rogó y persuadió al mismo Miguel de Cervantes se fuese á España en unos navíos que estaban para partir, y que él pagaria su rescate, á el cual, el dicho Miguel de Cervantes respondió animándole, que tuviese cierto que ningunos tormentos, ni la muerte misma seria bastante para que él condenase á ninguno, sino á él mesmo, y lo mesmo dijo á todos los que del negocio sabian, animándoles que no tuviesen miedo, porque él tomaria sobre sí todo el peso de aquel negocio, aunque tenia cierto de morir por ello; y al cabo de poco tiempo, el dey mandó con público pregon buscar al dicho Miguel de Cervantes, que se habia escondido hasta ver el movimiento que el dey hacia, so pena de la vida á quien le tuviese escondido; digan, etc.

16.° Item: si saben, ó han oido decir, que en conformidad desto, viendo el dicho Miguel de Cervantes el cruel bando que contra quien le tuviese escondido se habia echado, por respeto que no viniese mal á un cristiano que le tenia escondido, y temiendo tambien que si él no parecia, el dey buscaria á otro á quien atormentar é de quien saber la verdad del caso, luego, de su propia voluntad, se fué á presentar ante el dey, é que amenazándole el dicho dey con muchos tormentos, que le descubriese la verdad de aquel caso, y qué gente llevaba consigo, y mandóle por más atemorizarle poner un cordel á la garganta y atar las manos atrás, como que le querian ahorcar, el dicho Miguel de Cervantes nunca quiso nombrar ni condenar á alguno, diciendo siempre al dey y con mucha constancia, quél fuera el autor y otros cuatro caballeros que se habian ido en libertad, los cuales habian de ir con él, y que si más gente habia de llevar, que ninguno lo sabia ni habia de saber hasta el mismo dia: por lo cual el dicho dey se indignó mucho contra él, viendo cuán diferente respondia de lo que le estaba informado por dicho doctor Juan Blanco, y ansí le mandó meter en la cárcel de los moros, que estaba en su mesmo palacio, y mandó con mucho rigor lo tuviesen á buen recaudo, en la cual cárcel le tuvo cinco meses con cadenas y grillos, donde pasó mucho trabajo, con intencion de llevarle á Constantinopla, donde si allá le llevaran, no podia tener más libertad, ni la tuviera, si no fuera quel R. Sr. P. Fr. Juan Gil, Redentor de los cautivos de España por S. M., movido de compasion de ver en los peligros en que estaba el dicho Miguel de Cervantes, y de los muchos trabajos que habia pasado, con muchos ruegos é importunaciones, y con dar quinientos escudos de oro en oro al dicho dey, le dió libertad el mismo dia y punto que el dicho dey Azan alzaba velas para volverse en Constantinopla; digan, etc.

17.° Item: si saben, ó han oido decir, quel dicho Miguel de Cervantes, que ha estado en este Argel cativo cinco años, vivió siempre como católico y fiel

cristiano, confesándose y comulgándose en los tiempos que los cristianos usan y acostumbran, y que algunas veces que se ofrecia tratar con algunos moros y renegados, siempre defendia la fé católica. posponiendo todo peligro de la vida y animaba algunos que no renegasen viéndolos tibios en la fé, repartiendo con los pobres lo poco que tenia, ayudándoles en sus necesidades, ansí con buenos consejos, como en las obras buenas que podia; digan, etc.

18.° Item: si saben, ó han oido decir, que en todo el tiempo que el dicho Miguel de Cervantes ha estado en este Argel cativo, siempre y de continuo ha tratado, comunicado y conversado con los más principales hombres cristianos, ansí sacerdotes, letrados, caballeros y otros criados de S. M. con mucha familiaridad, los cuales se holgaban de tenerle por amigo, tratar y conversar con él: y particularmente si es verdad que los M. RR. PP. Redentores que aquí han venido, como el M. R. Fr. Jorge Olivar, Redentor de la Corona de Aragon, y el M. R. P. Fr. Juan Gil, Redentor de la Corona de Castilla, le han tratado, comunicado, conversado con él, teniéndole á su mesa, y conservándole en su estrecha amitad; digan, etc.

19.° Item: si saben, ó han oido decir, que en todo el tiempo que dicho Miguel de Cervantes ha estado aquí cativo, no se ha visto en él ningun vicio, notable ó á escándalo de su persona, sino que siempre ha dado en palabras y obras muestras de persona muy virtuosa, viviendo siempre como católico y fiel cristiano, y por tal y de todos ha sido habido, tenido y comunmente respetado; digan, etc.

20.° Item: si saben, ó han oido decir, quel dicho doctor Juan Blanco de Paz arriba dicho, siendo como era su enemigo, la cual enemistad se causó por el dicho Juan Blanco haber manifestado al dicho dey Azan lo de la fragata que arriba se dijo, y porque el dicho Miguel de Cervantes se quejaba de razon, que él habia quitado la libertad á él y á toda la flor de los cristianos cativos en Argel, como era pública voz y fama y cosa muy sabida, el dicho doctor Juan Blanco, viéndose aborrecido de todos, corrido y afrentado, y ciego en la pasion, amenazaba al dicho Miguel de Cervantes, diciendo que habia de tomar informacion contra él, para hacerle perder el crédito y toda la pretension que tenia de que S. M. le habia de hacer merced por lo que habia hecho *é intentado de hacer* en este Argel.

21.° Item: si saben que en conformidad desto, y para efectuar este su dañado deseo, en el mes de Junio pasado desde dicho año de mil é quinientos y ochenta, se nombró y publicó que era comisario del Santo Oficio, y por otra parte decia que S. M. le habia enviado una cédula y comision para que usase del tal poder de comisario inquisidor, é siendo requerido de algunas personas principales, cativos en este Argel, y principalmente del Sr. P. Fr. Juan Gil, á quien requirió le diese obediencia como comisario general, y á los PP. Redentores que entónces aquí estaban, que mostrase los dichos poderes si los tenia, le dijo que no los tenia ni los mostró.

22.° Item: si saben, ó han oido decir, que para efetuar su mala intencion, pensando que con esto quitaba el crédito al dicho Miguel de Cervantes, el dicho

Juan Blanco de Paz se puso á tomar algunas informaciones como comisario del Santo Oficio, segun decia que era el susodicho, y particularmente contra algunos contra quienes tenia odio y enemistad, especialmente contra el dicho Miguel de Cervantes, inquiriendo en sus vidas y estados: dígase, etc.

23.° Ítem: si saben ó han oido decir, que por que el dicho Miguel de Cervantes no publicase en España la traicion que el dicho doctor Juan Blanco de Paz habia hecho, procuró tomar, como se ha dicho, contra él, informaciones, por ponerle miedo, y para esto andaba cobrando á algunos cristianos, prometiéndoles dinero y otros favores, porque depusiesen contra el dicho Miguel de Cervantes y contra otros, cuyos dichos tomó y escribió: dígase, etc.

24.° Item: si saben ó han oido decir, que el dicho doctor Juan Blanco, en todo el tiempo que ha sido cativo en Argel, que eran tres años y medio, ha sido hombre revoltoso, enemistado con todos, que nunca dijo misa en todo este tiempo, ni le han visto rezar horas canónicas, ni confesar, ni visitar ó consolar enfermos cristianos, como lo acostumbran hacer otros sacerdotes cristianos; ántes siendo reprendido del mal ejemplo que daba de dos religiosos en el baño del dey, donde el susodicho habitaba, á el uno de ellos dió un bofeton, y á el otro de coces, por dónde dió grande escándalo y le tuvieron en mala reputacion: dígase lo que saben. = Miguel de Cervantes.»

Declararon contestes á todas las preguntas, y ampliándolas en favor de Cervantes: Alonso Aragonés, natural de Córdoba; Diego Castellano, alférez, natural de Toledo; Rodrigo de Chaves, natural de Badajoz, ya rescatado; Hernando de Vega, Maestredaxa, vecino de Cádiz; Juan de Valcázar, natural de Málaga; Domingo Lopino, capitan, natural de Cerdeña; Fernando de Vega, natural de Toledo; Cristóbal de Villalba, natural de Balbuena; don Diego de Benavides, natural de Baza; el alférez Luis de Pedrosa, natural de Oviedo, y Fr. Feliciano Henriquez, natural de Jepes, religioso carmelita; en todos, once testigos de mayor escepcion.

A seguida se halla la siguiente providencia:

«Yo, Fr. Juan Gil, de la Orden de la Santísima Trinidad, y Redentor de los captivos de España, estante en este Argel por mandado de S. M. y su Real Consejo, por esta, firmada de mi nombre, doy fé y verdadero testimonio á todos los que leyeren ó vieren ó les fuesen presentados estos testigos ó testimonios arriba escritos, sacados del propio original fiel y verdaderamente, y firmados al cabo y aprobados por Pedro de Rivera, escribano y notario entre cristianos en este Argel: primeramente que yo conozco á todos los testigos que en esta informacion han hecho la deposicion, y dado los testimonios, firmados de sus nombres, los cuales son de los principales y más calificados cristianos que hay en este Argel, personas de honra y de verdad en todo lo que han dicho y jurado. Item más, doy tambien fé y testimonio que Pedro de Rivera, estante en este Argel, es ordinario escribano entre todos los cristianos, ansi mercaderes como otros libres y captivos, y há muchos años que usa dicho oficio de escribano público y notario apostólico,

y á sus actos y escripturas, aquí y en tierra de cristianos, se dá entera fé, y se tienen por firmes y valederos, y ansí la misma fé se debe dar á este traslado y copia de testimonio que él sacó, ó mandó sacar del propio original, y que van autenticados y firmados de su firma y señal de público escribano, que es la que está arriba; y que el propio original que yo mismo he visto y leido, que conforme en todo á este traslado y copia queda en poder del mismo Pedro de Rivera, escribano. Item: de la misma manera doy fé y testimonio, que desde el tiempo que estoy en este Argel haciendo la redencion por mandado de S. M., que son seis meses, he tratado y conversado y comunicado particular y familiarmente al dicho Miguel de Cervantes, en cuyo favor se hizo esta informacion, y le conozco por muy honrado; que ha servido muchos años á S. M., y particularmente en este su captiverio *ha hecho cosas por donde meresce que S. M. le haga mucha merced,* como más largamente consta por los testigos arriba expresados y or..... *(faltan á la hoja como cuatro dedos en el testimonio)*..... y verdad que no dirian mentira, y si tal en las obras y costumbres no fuese, ni fuera por tal tenido y reputado por todos, yo no le admitiera en mi conversacion y familiaridad, y porque todo lo arriba dicho pasa ansí y de verdad, firmo de mi mano en Argel, á veinte y dos de octubre de mil é quinientos ochenta, y va sellado del sello que se usa en las cosas de la Redencion. = Fr. Juan Gil, Redentor de captivos.»

(✠ Lugar del sello).

El desventurado doctor don Antonio de Sosa, libró tambien testimonio de esta manera:

«Yo, el doctor don Antonio de Sosa, captivo al presente en este Argel, doy fé y testimonio verdadero á todos los que leeren ó vieren esta cédula y rellacion, firmada de mi nombre, como yo he visto y leido estos artículos arriba escritos, que Miguel de Cervantes presentó al M. R. Sr. P. Fr. Juan Gil, Redentor de los cautivos por S. M.; y pues por causa de mi contínuo y estrecho encerramiento en que mi patron me tiene en cadenas, no he podido dar mi testimonio y deposicion sobre cada uno de ellos, diré aquí lo que en mi conciencia entiendo y sé de ellos, de esta manera:

(Sigue una confirmacion, artículo por artículo, del interrogatorio presentado por Cervantes.)»

Tal es este documento, que hemos copiado porque está escrito de el mismo Cervantes, y porque es una historia verdadera de su cautividad en Argel.

CAPÍTULO III.

Del buen encuentro que tuvo en el meson de Pinto Miguel de Cervantes.

A pesar de esta informacion en que resaltaba de una manera indudable todo lo que digno de meritoria mencion habia hecho Cervantes durante su cautividad en Argel, se le trajo de acá para allá en las antecámaras de la secretaría de Indias, de la de Estado, de la de Hacienda.

Para aquellos empleados, Cervantes no era más que un pretendiente como otro cualquiera.

Se cansó; se aburrió; se fué á Esquívias.

Allí habia llevado á sus hermanas.

Las habia puesto á la sombra de unas viejas parientas.

Las pobres no podian pensar ya más que en el trabajo de sus manos, sino era que su hermano hacia fortuna.

Y estaba visto y confirmado, que para hacer fortuna no habia nacido Cervantes.

Esquívias es un lugar del reino de Toledo, á seis leguas de esta capital.

Un dia Cervantes se fué á la posada donde el ordinario de Esquívias paraba, y se entendió con él.

Por algunos reales convino el ordinario en llevarle á Esquívias, caballero en un macho, y sobre dos tercios de bacalao.

Al dia siguiente, muy por la mañana, á las tres y media, (era el mes de Agosto), Cervantes se personó en la posada, almorzó frugalmente, y como acabado el almuerzo la récua estuviese ya dispuesta, montó en el macho que le señaló el arriero, que era un mulejo gallego, (no el arriero, sino la caballería), y se emprendió la marcha.

Arrearon bien, y á las ocho, cuando ya el sol se iba haciendo insoportable, pararon en Pinto, en una posada que habia junto al camino, frente al castillo que ya por aquel tiempo tenia la honra de haber servido de prision á la princesa de Évoli, duquesa de Pastrana, querida que habia sido del terrible rey don Felipe II, y de su secretario Antonio Perez, todo á un tiempo.

Cervantes miró tristemente al torreon que guarda la citada historia, y dijo para sí:

—¡Qué hay que esperar de reyes que tales escándalos dán ante Dios y ante el mundo!... Podrido anda todo, y nadie puede mejorar de fortuna, que en la podredumbre no dé, y en ella se enfangue hasta por debajo de la barba.

Y atajóse Cervantes, porque sintió una zambra que muy cerca resonaba, y era la del liviano de otra récua que, viniendo de la parte de Toledo á la misma posada se dirigia.

Echóse abajo de su mulejo Cervantes, tomó su espada de sobre los tercios, ciñósela y fuése á meter por el portalon del meson, al cual estaban tres cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo, uno, al parecer, por sus bayetas y sombrero, licenciado, y dos estudiantes de estos de la Tuna, que por el verano iban recorriendo los pueblos y ganándose la vida, no sólo para entónces, sino para asistir á las áulas durante el invierno.

Cervantes que, sumido en sus cavilaciones no se habia fijado en la récua que venia, no pudo ver que en ella y en un gran pollino, con un quitasol para defenderse de sus rayos, que ya se dejaban sentir más de lo que hubiera sido de desear, venia una dama como de veinticuatro á veintiseis años, y no hermosa, porque no habia en sus facciones esa regularidad y esa armonía que producen la hermosura, pero sí muy buena moza, morena y con los colores muy vivos y muy límpidos, que no parecia sino que las rosas se hubiesen puesto á contribucion para colorarlas.

Era, además, de muy buenas carnes, y al parecer de buena estatura, lo que se vió mejor cuando bajó de la borrica, y que era asímismo gallarda.

Habian acudido presurosos los dos estudiantes á quien llegará el primero, para ayudarla á bajar, y al que primero llegó, díjole la dama con un no sé qué de desgano que olia un tanto á desprecio:

—¡Quite allá, que ya tengo yo quien me sirva sin necesidad de valerme de los de la tuna, que de ellos, aun para tomar el agua bendita, me guarde Dios.

Volvióse Cervantes al oir estas palabras, que fueron pronunciadas con voz sonora, y hallóse con la dama que hemos dicho, que ya estaba en tierra, y á la que á bajar de su borrica habia ayudado uno como rodrigon ó escudero, que para servirla llevaba.

Detrás, en otra borrica, pero sin quitasol, que de tal la servia un gran sombrero de palma, venia una moza jóven, de nariz arremangada, de ojos vivos y de boca risueña, con el traje de las campesinas de la tierra, que criada era sin duda de la dama.

Entráronse por el meson, dama, escudero y moza, y állá se fueron con la posadera que habia acudido.

—Valiente pedazo de gracia que se nos ha entrado por las puertas, dijo el desairado estudiante á uno de los cuadrilleros: ¿conocéisla vos?

—Sí que la conozco, dijo el cuadrillero; como que soy de su pueblo, y ya habreis visto que cuando entró la saludé.

—Vílo, dijo el bachiller, y por eso de ella os he pedido y os pido noticias.

—Pues dígoos yo, exclamó el cuadrillero con algun amostazamiento, que con esa señora adelantareis tanto como si os ocupárais en enseñar latin á la borrica en que ha venido; y déjeme en paz el señor bachiller; y si más noticias quiere, búsquelas en quien de mejor grado que yo quiera y pueda dárselas.

Callóse el estudiante, porque el cuadrillero tenia trazas de mal sufrido, y entróse para dentro, resuelto á valerse de las mozas de la posada para tomar lenguas de la dama.

Entre tanto, el licenciado que á la puerta del meson estaba, y que al pasar la dama la habia saludado muy cortesmente, siendo de ella no ménos cortesmente respondido, al ver á Cervantes, para él se fué, acortando la distancia y con los brazos abiertos.

—¿Qué, vos sois, señor Miguel de Cervantes?... ¿cómo es esto?... ¿En qué punto habeis dejado en la corte vuestras pretensiones?

—En punto menguado, señor licenciado Astudillo, dijo Cervantes, que con la corte merecimientos no valen, sino que por merecedor os tengan, aun que no merezcais otra cosa que un trato de cuerda por bellaco: ¿y qué es esto?... ¿á Madrid os vais?...

—Tengo allá, en las *Mil y quinientas,* un pleito que viene ya desde mi *visaguelo*, y que tiene trazas de durar para dar que hacer á los viznietos de mi sobrina, si no muere doncella y sin descendencia.

—Pues paciencia os mando, señor licenciado, dijo Cervantes, que asunto de *Mil y quinientas* no puede ménos de durar mil y quinientos años; y así vereis vos finiquitado vuestro negocio, cuando yo vea premiados, aun que mezquinamente, mis merecimientos.

Habíanse metido para adentro Cervantes, el licenciado, el otro estudiante y los cuadrilleros, cuando hé aquí que á la puerta llega un buen mozo, al parecer caballero y rico, jinete en un cuártago, con arcabuz á la espalda, gran castoreño con cresta, walona á lo bravo, espadon de más de la marca y botas de gamuza, que en llegando echó pié á tierra, y llamó con voz estentórea y matona para que le tomasen el jaco, á lo cual acudió el posadero.

Y á este tiempo, los arrieros de las dos récuas, con ellas se habian entrado en el gran patio ó corral del meson, y descargaban las bestias para llevarlas á la cuadra; que en la posada se habia determinado pasar las grandes horas del calor, que en el reino de Toledo no se pueden resistir por Agosto.

Habíase entrado el del cuártago en el meson, sin dignarse apénas llevar la mano al ala de su castoreño para saludar á los que allí estaban, y con un «Dios os guarde» dicho al desgaire, y como quien le tira al viento, allá al patio se fué, y luego se metió por las cuadras, y en su revuelta perdióse.

—Pues dígoos que el mozo es desenfadado y de bríos, dijo el otro estudiante, que el primero por el patio andaba husmeando en qué aposento se metia la dama.

—En mal negocio se empeña, dijo el licenciado Astudillo, y por mis órdenes que no le arriendo la ganancia: de Toledo ha venido siguiendo á doña Catalina, y luego de Esquivias; pero en Madrid tiene doña Catalina valedores, con los cuales han de valerle poco sus fieros y sus atractivos á don Gaspar.

—Pues si á algun atrevimiento aquí se propasa, dijo el cuadrillero que con el otro bachiller habia hablado, ya veremos quién es el que lleva el gato al agua; que donde asiste la Santa Hermandad no han de sufrirse desafueros ni picardías.

Oyóse entónces una aguda voz de mujer, que venia del patio y como de los corredores de los aposentos, que gritó:

—¡Aquí de la justicia de Dios y del rey, que á mi señora se atreven!...

Y casi al mismo tiempo sonaron voces de otras mujeres, y un ruido de batahola que no habia más que pedir.

Acudieron todos al patio, y vieron que por las escaleras de los corredores caian revueltos y trabados dos hombres, á los cuales acudian el mozo de paja y cebada y algunos arrieros para detenerlos y ponerles en paz, porque venian dándose de mojicones, y tales, que el más mínimo parecia bastante, no para deshacerle á un cristiano la cara, sino para falsear á un yelmo de Milán.

Eran los trabados, el jinete del cuártago y el bachiller que tras la dama se habia ido.

Como éste viese que el primero por las escaleras se habia subido, tras él subióse, y poco despues que él llegó á la puerta de un aposento, á la cual estaban la dama, su rodrigon y la moza con la posadera; y en cuanto el del cuártago junto á la dama estuvo, asióla de un brazo, diciéndola que ya no habia de escapársele, y que allí mismo habia de comprometerse á ser su mujer, por lo cual la criada gritó, y gritó la posadera y otra moza de la posada; y el bachiller, que era récio y avispado y atrevido, metiendo su cuarto, no á espadas, que no la tenia, sino á brazos, asió la siniestra mano del del cuártago, desasiéndola del brazo de la dama; por cuya accion el del cuártago dió una bofetada al estudiante, y por cuya bofetada el ofendido se engargoló á su ofensor como un gato garduño, y como al borde del primer peldaño de la escalera estuvieran, por ella bajaron entrelazados, y sin poderse valer, rodando y dándose de puñadas que daba grima el verlo; y con tal violencia dieron el golpe al llegar á lo bajo, que no fué menester separarlos, que ambos quedaron inmóviles y perdido el conocimiento, de la fuerza de la caida.

Sosegáronse las voces, que el peligro ya habia pasado.

Metidose habia á toda prisa en su aposento la dama con sus criados.

El licenciado acudia por ver si los caidos de tal manera se habian malparado, que necesitasen los auxilios espirituales.

Los cuadrilleros declaraban presos á los dos derrengados.

El otro bachiller juraba que habia de hacer y deshacer si alguna desventura sobrevenia á su amigo.

Los arrieros se habian vuelto á sus récuas.

El mozo de paja y cebada habia ido á buscar vinagre para hacer volver en sí á los privados.

El mesonero juraba y perjuraba que él no tenia la culpa de nada, y que si allí sobrevenia una muerte, no habia para qué embargarle el meson y perderle, y Cervantes lo miraba todo esto extrañado, como una aventura en que nada le iba ni le venia.

En esto, salió del aposento donde la dama con los suyos se habia entrado la posadera, y asomándose á la balaustrada del corredor, dijo:

—¿No hay por ahí por ventura, alguno que de curar sepa?... que esta señora se me ha desmayado, y se me muere.

A estas palabras soltó un mucho más redondo juramento el posadero, diciendo que algun demonio se habia ahorcado aquel dia, y el licenciado Astudillo y Cervantes allá partieron las escaleras arriba, y en el cuarto de la dama se metieron, y si no les siguió el otro bachiller, fué porque le interesaba más que ninguna otra cosa su desmayado compañero, que de una descalabradura que se habia hecho en la frente, soltaba sangre en abundancia.

Hallaron el licenciado Astudillo y Cervantes á la dama puesta sobre un lecho, desmayada, y asistida por su criada, por la de la posada, y por la posadera, y al rodrigon dando vueltas desatinado por el aposentillo, lacrimoso, y sin saber qué hacerse.

Habíasele quedado descubierto un pié y la entrada de la pierna á la desmayada, y Cervantes notó que el pié era pequeño, carnoso y de muy preciosa hechura, y la pierna perfilada de tal manera, que hacia la boca agua.

Y como tambien lo reparase el buen licenciado Astudillo, acudió á aquella involuntaria licencia, tirando de la falda, y cubriendo el pié pulcramente, con que cesó aquella deshonestidad, que tal no podia llamarse, porque prevenia de un irremediable accidente.

A este tiempo, la dama dió un gran suspiro; señal clara de que volvia en sí; se movió, se llevó las manos al corazon, y se incorporó, mirando en torno suyo con espanto.

Entónces vió á Cervantes.

Y verle, y borrarse de sus ojos el espanto y pintarse en ellos el asombro, y cambiarse la amarillez de sus mejillas en un vivísimo color sonrosado, fué todo en un punto; y de tal manera, que cautivado se sintió Cervantes, y por más que hizo no pudo apartar sus ojos de los de la dama, que de hito en hito le miraba, y á cada momento con más asombro.

Acabóse de incorporar la dama, y dijo:

—Nada fué, sino que cuando á ese malvado de don Gaspar ví, temíme una desventura, y de miedo me traspuse; y no creais que motivos haya dado yo para la persecucion de este hombre perverso, que yo siempre le he despreciado: pero témole porque capaz de todo le creo, y tan soberbio y malo, que de él no hay género de soberbia y crueldad que yo no tema, y que temer no deba, que lo que él quiere, es alcanzar de mí por miedo lo que por mi libre voluntad no ha alcanzado. Y tanto esto es así, que por do quiera me persigue, como lo saben todos mis criados, por lo que yo me voy á la corte, donde personas tengo que me valgan, y á raya á don Gaspar pongan, y si es necesario, á galeras le echen.

—Echaréle yo á donde más no os violente ni espante, señora mia, dijo Miguel: y vuesamerced esté tranquila, que estando yo á su lado, nadie se ha de atrever á vuesamerced, más que á respetarla y servirla, como es justo y debido.

Miró más profundamente la dama á Cervantes, y más que anteriormente encendida se puso, y quiso hablar y no pudo: pero como los ojos en ocasiones

hablan mucho más que la lengua, más claro y expresivo con ellos le dijo algo que fué turbacion para Cervantes y miedo.

Porque tan desventurado habia sido en amores, que miedo le daba ya el amor de las mujeres, y parecíale claro que aquella, que honesta parecia y principal, y no versada aun en las lides de amor, enamorada le miraba, y sin conocer aun que amor fuese aquello que en sí sentia, y que la volvia hácia aquel hombre.

—Pues si ya no conociendo á esta señora, dijo el licenciado Astudillo, tan cortés, y tan bien nacido, y tan bien criado, y tan galante os habeis mostrado con ella, ¿qué será cuando yo os diga que vuestras hermanas, señor Miguel de Cervantes, tan amigas son de doña Catalina de Salazar, como que en su casa viven en Esquívias?

—¿Qué, el señor Miguel de Cervantes sois vos?

—¿Qué, vos sois mi señora doña Catalina de Salazar?

Exclamaron á un tiempo ella y él.

Ya á este tiempo doña Catalina se habia echado de la cama al suelo, y se habia sentado en un viejo sillon que allí cerca habia, y continuaba mirando á Cervantes ya con mucho más interés y aficion.

—Tanto me huelgo de conoceros, señor Miguel de Cervantes, dijo, como que, por lo que he oido de los sucesos de vuestra vida á vuestras hermanas y hermano, en gran manera tenia deseos de conoceros, y tales, que ya este deseo en mí se habia hecho necesidad y grande: y dígoos que, si por ventura, como presumo, á Esquívias vais para ver á vuestras hermanas, que yo á Madrid no me llego, y con vos á Esquívias me vuelvo, porque con vuestro amparo, nada temo de mi grande y mortal enemigo: que habiendo vos vencido tantas grandes empresas, no hay que decir que no habeis de vencer, porque á vos no habrá de atreverse, á quien sólo es valiente y despropasado con damas que ninguna defensa pueden tener en sí mismas, más que la firme resolucion de morir ántes que dejarse deshonrar ó casarse con quien aborrecen.

—Pues á Esquívias voy, señora mia, dijo Cervantes, y á gran ventura tengo el haberos encontrado, y el que vos en tal manera me estimeis, que bajo mi amparo os pongais: ¿y cómo no he de amparar yo y defenderla con el alma y con la vida, á la que tan generoso y noble amparo á mis hermanas concede?

—Quédese esto aquí, dijo el licenciado, que mi señora doña Catalina tiene necesidad de reponerse de su disgusto, y vámonos allá abajo, donde tal vez suceda algo qué pida nuestra presencia.

Y con esto, y con despedirse cortés y amigablemente ella de él, y él de ella, saliéronse del aposento, dejando á doña Catalina confusa, yendo no ménos confuso Cervantes, y en gran manera pensativo el licenciado.

En el patio ya no habia nada.

Sólo una poca de sangre entre las piedras, al pié de la escalera.

Los arrieros acomodaban sus récuas.

El mesonero repasaba la cocina.

Los cuadrilleros estaban cada uno á la puerta de unos aposentos que á la cocina daban.

Las mozas cubrian la mesa para servir el almuerzo.

El otro bachiller no parecia.

Estaba sin duda junto á su compañero.

Habia renacido completamente la calma.

No parecia sinó que nada habia sucedido.

En el meson estaban muy acostumbrados á estas pasajeras tormentas, y aun á otras mucho mayores.

—Almorzaremos, dijo el licenciado, y despues tendremos tiempo de hablar de estas ocurrencias: luego yo me iré con la tardecica y entraré en Madrid á la media noche, y vos llegareis ántes del siguiente dia á Esquívias, donde hallareis á vuestras buenas hermanas que os esperan con ánsia: tiempo tendremos en todo el dia para hablar de lo que acontece.

Y como fuesen acudiendo los arrieros, y una gran fuente de guisado de liebre humease en la mesa, á ella se acercaron el licenciado y Cervantes.

Bendijo el licenciado la mesa, y se empezó el almuerzo.

CAPÍTULO IV.

Lo que se puede meditar durante una siesta en que no se duerme.

Los dos cuadrilleros á la mesa tambien se sentaron, convidados por los arrieros, que querian estar bien con aquellos ministros de justicia camineros, que venian á ser el orígen de lo que despues fueron los migueletes, y por último la guardia civil.

Pero no perdian de vista los dos aposentos.

En el uno estaba encerrado con su compañero que de él cuidaba, el bachiller que habia contendido con don Gaspar, y que habia sacado en la frente una chifarrada.

En el otro, don Gaspar, que se encontraba magullado de todo el cuerpo, no tanto por los muchos y feroces mojicones que le habia dado el estudiante, como por el gran tumbo y golpe que habia sufrido por las escaleras.

Los cuadrilleros los habian hecho presos á *entrambos á tres.*

A los contendientes, porque se habian contendido.

Al otro bachiller, porque al ver á su compañero malparado, se habia atrevido

á decir palabras licenciosas, insolentes y mal sonantes, y reprendido, habia dado en desacato contra la autoridad de los cuadrilleros.

De resultas de esto, ambos funcionarios habian arremetido á él, le habian atado y encerrado, dándole como por via de apremio, unos cuantos pescozones y puntapiés, que le habian hecho apreciar el peso de la autoridad de los de la Santa Hermandad de Toledo.

Pero, en fin, se habia restablecido la calma.

Todos comian con muy buen apetito.

Licenciado, cuadrilleros y arrieros.

Sólo Cervantes se sentia desganado.

Tenia algo que le ocupaba el alma.

Doña Catalina.

Una nueva aventura de amor.

No era ella hermosa, y sin embargo Cervantes encontraba en ella algo que no habia encontrado en ninguna otra mujer.

Este algo era un misterio para Cervantes.

Le desconocia.

No sabia explicárselo.

Le atraía doña Catalina.

Pero de una manera tranquila.

Como no le habia atraido ninguna otra mujer.

Estaba, pues, hondamente pensativo.

Andaba de tiempo en tiempo la bota al rededor.

Arrieros y cuadrilleros tiraban de largo.

El licenciado no lo hacia mal.

Sólo que no bebia en la bota, sino en un jarro vidriado de verde.

Otro jarro se habia puesto junto á Cervantes.

No habia bebido.

Habia comido, y aun así, distraido, un trozo de liebre.

Al guiso de liebre habia sucedido un mediano barreño de arroz, y no de gallo, sino de gallos enteros.

El licenciado se portó bien.

Cervantes apénas si tomó algunas cucharadas de arroz.

Su jarro permaneció intacto.

Pero cuando apareció un mediano barreño lleno de ensalada, Cervantes arremetió á ella.

Necesitaba refrescar algo que le abrasaba las entrañas.

Al fin terminó el almuerzo.

Hizo el licenciado el ofertorio, y todos dejaron la mesa, yendo á echarse cada cual donde mejor le pareció.

—Pues, señor mio, dijo el licenciado Astudillo á Cervantes, tan sabroso ha estado el almuerzo, y de tal manera con su saborcito á picante, que yo he engullido, y tanto, que miéntras esto no haga asiento y reposo, en vano

quisiera hablar dos docenas de palabras seguidas. Pidamos al huésped un aposento y á él recojámonos, y cuando dormido hubiéremos dos ó tres horas, lugar nos quedará para que yo os dé noticias de doña Catalina, que á lo que parece, bien las habeis menester.

—Sea como vos quereis, señor licenciado, y puesto que el hablar os daña, no solteis más palabra y pidamos un aposento y á él vámonos, que yo tambien, y más de lo que creeis, necesito reposo.

Pidieron el aposento, diéronselo y de los mejores, al lado del que ocupaba con sus criados doña Catalina, y apénas se habia echado el licenciado en la cama, cuando sus ronquidos demostraron claro que se encontraba con los justos.

En cuanto á Cervantes, ni estaba cansado ni repleto, ni aun que lo estuviera durmiera, que sus imaginaciones le desvelaran.

Parecia que, como para afligirle, y en aquel mismo punto, representábansele todas las imájenes de su vida aventurera, tales y tan al vivo, como si hubieran ido pasando por él á un tiempo y en aquel instante, todos los sucesos de su vida.

Veníanle en turbion, al corazon y á la mente, todas las mujeres que habia amado, que habia gozado y que habia perdido, alguna de ellas de una manera desastrada; y preguntábase qué era lo que podia ser para él, despues de tantos dolorosos desengaños de amor, aquella doña Catalina que acababa de encontrar.

Cervantes no daba en la resolucion de sus dudas.

Y se sentia atraido, aun que de una manera nueva, por doña Catalina.

Ella estaba allí, tabique de por medio.

Tal vez ella estaba combatida por imaginaciones semejantes á las que le combatian á él.

De tiempo en tiempo pareciale escuchar vagamente un profundo suspiro, que parecia sonar en el aposento inmediato, y á él se le iba otro no menor suspiro que en el próximo aposento debia escucharse.

Reinaba en el meson un profundo silencio.

Habian llegado las horas del calor.

En el aposento en que Cervantes se encontraba le hacia insoportable.

Aquello era un horno.

Sin embargo, el licenciado dormia plácidamente.

Cervantes meditaba.

Sus solicitudes habian sido de todo punto inútiles.

No se tenian en nada sus servicios, sus sufrimientos.

Habia perdido una mano.

Se resentia de sus heridas del pecho.

Habia sufrido cuanto puede sufrir una criatura en la cautividad.

Habia pretendido alzarse con Argel por el rey.

Él habia traido acerca de esto una informacion secreta.

No hubiera podido hacerse ésta públicamente, ante escribano, por medio de testigos.

Hubiera sido comprometerse Cervantes, y comprometer á todos los cristianos que en Argel estaban cautivos ó libres, incluso el Rdo. Fray Juan Gil.

Constaban bastantemente todos estos grandes méritos de Cervantes.

Sin embargo los secretarios del rey no los estimaban gran cosa.

Abundaban los soldados estropeados, y en cuanto á lo de Argel no les parecia que aquello habia sido gran cosa, cuando no se habia logrado el proyecto.

Pasaba, además, ya bastantemente por poeta Cervantes, y los poetas no consiguen gran cosa cuando se dirigen á las gentes sérias.

Esto es: á las gentes de la política, de la administracion, de la golilla y de la toga.

Para estos sesudos señores, para estos hombres importantísimos, que tienen sobre sí el grave peso de la gobernacion del Estado, un poeta, un novelista, un filósofo, no es otra cosa que un pobre diablo que pierde su tiempo, y al que se hace mucho favor si sólo se le califica de loco.

Las musas se están muy bien en el Parnaso haciendo espejo para prenderse, de la fuente Castália.

Los porteros de las secretarías no las conocen.

Cuando asoman por sus dominios las echan á palos.

Sus memoriales jamás llegan á los ministros.

La musa que puede cantar otra cosa, es una musa privilegiada.

Hemos debido decir *era, no es,* porque la verdad es que hoy se recibe á las musas en todas partes, y se las honra y se las dá de comer y aun de vestir, y se las emplea y aun se las confieren concesiones enormes.

Esto aun que sean musas chirles.

Los poetas de otro tiempo, hijos genuinos de Apolo, que han dejado tras sí un rastro de luz, no podian decir otro tanto.

Pasaban la de los cuclillos, se hartaban de miseria, y apesar de esto cantaban y reian, ó arrojaban á la admiracion de la humanidad tesoros de inspiracion, de belleza, de grandeza.

Sintetizaban su tiempo, y le arrojaban vivo y palpitante al porvenir.

¿Tendria razon aquel que dijo (Ventura de la Vega), que la musa diez, la lugarteniente de Apolo, la hermana mayor, la más importante del Parnaso, era el Hambre?

Asi lo parece cuando se admiran las concepciones de Cervantes, de Camoens, del Tasso, del Ariosto y de tantos y tantos otros, que nacieron, crecieron, vivieron, cantaron y murieron pobres, y ocupándose para vivir en harto menguados y prosáicos oficios.

A un órden de reflexiones muy semejantes á las que acabamos de hacer, se entregaba Cervantes en aquella siesta silenciosa.

Sentia el duro aguijon de la necesidad.

Sus huérfanas hermanas se veian obligadas á vivir de su trabajo, bajo la insuficiente proteccion de algunos parientes, en Esquívias.

Él, con tanto como habia hecho, como habia sufrido, como habia trabajado,

con toda la inmensa riqueza de su imaginacion, apénas si tenia algunos maravedises.

No habia encontrado otro recurso que el de los empleos, y habia encontrado cerrada la puerta.

La musa *diez* le mostraba su amarillento semblante, su hopalanda súcia y desgarrada, sus piés no calzados con el coturno, sino con la chinela raida de las brujas.

Se dejaba ver, en fin, con toda su deformidad.

Era necesario tomar un partido.

Tenia á su cargo algo de todo punto sagrado.

Sus pobres hermanas.

Él, solo en el mundo, sin más necesidades que las suyas propias, no se hubiera inquietado en manera alguna.

Hubiera vuelto bajo su bandera, y hubiera envejecido en ella, hasta que, de todo punto estropeados sus huesos en servicio del rey, hubiera dado en un hospital, si no era que ántes el acero enemigo le despenaba.

Esto habia hecho el pobre Rodrigo, que con su mezquino sueldo de alférez, apénas si de tiempo en tiempo podia enviar media docena de ducados á sus hermanas.

Cervantes no era ni aun siquiera alférez.

Su paga de soldado apénas si bastaba para él, á pesar de los cuatro ducados de ventaja al mes, que por los dos arcabuzazos que habia recibido en el pecho, y por la mano que habia perdido en Lepanto, le habia concedido el excelentísimo don Juan de Austria.

Pensando estaba el desesperado Cervantes en irse á Flandes, echándose de nuevo al hombro el arcabuz ó la pica, y enviar aquellos sus cuatro ducados de ventaja al mes á su Luisa y á su Andrea, con lo cual, porque entónces el dinero tenia mucho más valor que ahora, podian pasarlo, mal que bien, al arrimo de sus parientes de Esquivias.

Pero eso es sólo el pan, el alimento de la criatura; pero esto no es bastante: se necesita, además, sobre todo tratándose de una mujer, algo que la proteja, que la garantice.

Miguel no podia abandonar aquella tierna, doliente y conmovedora parte de su familia al cuidado de parientes lejanos, egoistas é indiferentes.

Cervantes debia considerarse, muertos sus padres, como un padre de familia.

Necesitaba establecerse por el bien de sus hermanas.

Dedicarse á una vida séria.

Relegar las musas, y no comerciar con ellas sino por entretenimiento.

¡Las ingratas musas, que sólo le habian producido hasta entónces fatales ilusiones!

Era necesario que buscase una mujer honrada, hidalga, porque no se estaba en el caso de bastardear la límpia sangre de los Cervantes, casándose con una

mujer de bajo ralea, ó que fuese záfia y descarada, aun que fuese rica, ó con cualquiera hembra de poco más ó ménos.

A más de lo honrada y de lo hidalga, era necesario que tuviese tambien alguna cuantía; porque ya en los tiempos de Cervantes, y creemos que en todos los tiempos ha sido lo mismo, aquello de: *contigo pan y cebolla,* estaba considerado como una insigne tontería.

A todo esto habia que añadir un poco de belleza y un mucho de amor.

Porque casarse por la hacienda con mujer fea y brusca, de la cual el amor huye espantado, más que casarse es hacer pacto con el diablo y vender el alma por un plato de lentejas.

Cuando pensaba en esto Cervantes, se le avivaba más y más la impresion extraña y desconocida que en él habia causado doña Catalina de Salazar, tan inopinadamente encontrada en el meson de Pinto, y reconocida por su aventura con el obstinado don Gaspar.

Doña Catalina era algo parienta suya.

Pero hasta aquel dia no la habia conocido Cervantes, porque cuando años pasados, cuando aun era estudiante, habia ido alguna vez con su padre á Esquívias, doña Catalina, que entónces era muy niña, habia estado con sus padres en Toledo ó en Madrid.

Cervantes contaba ya por este tiempo treinta y cuatro años.

Doña Catalina veinticinco á lo más.

Habia, pues, entre ellos una buena proporcion de edades.

Doña Catalina no era rica, pero tenia lo bastante para vivir decentemente en Esquívias.

La idea de hacer una vida verdaderamente séria, de casarse, de administrar el exíguo caudal de doña Catalina, de cuidar de cerca de sus hermanas, de procurar ayudarlas, bullia en la imaginacion de Cervantes.

No le enamoraba doña Catalina, pero le atraia con no sabemos qué desconocida dulzura.

Cervantes estaba enriquecido por un gran caudal de experiencia, y reconocia que para el matrimonio no es necesario un amor abrasador, ideal, sostenido siempre por su misma intensidad, fascinador, soñado, que viene á ser una especie de locura.

Comprendia que para el matrimonio era preferible la amistad, esa especie de amistad más tierna que la que une al hombre con el hombre.

Despues vienen los hijos, la familia.

El amor de los amores, cuyo fuego no abrasa, y que está fuera de toda impureza que le mancille.

Cervantes no sentia por doña Catalina, ya lo hemos dicho, más que una atraccion suave.

En cambio doña Catalina se habia mostrado como sorprendida, como fascinada á la vista de Cervantes.

En ella existia, ó por lo ménos empezaba, el amor en todo su esplendor.

Continuaba oyendo Cervantes de tiempo en tiempo, y en medio del profundo silencio que envolvia á la posada, aquel misterioso suspiro que salia del aposento inmediato.

Así pasaron las horas.

Llegó la tarde.

El licenciado Astudillo, que se habia llevado en un sueño, de un tiron, todas aquellas horas, roncando á veces, suspirando otras, dió un gran ronquido, se volvió en redondo, y luego soltó un descomunal bostezo, despues de lo cual se incorporó, se restregó los ojos y dijo á Cervantes. :

—¿Dormís, amigo?

—Bien pudiera ser, dijo Cervantes alzándose de sobre el lecho y sentándose en el borde, y bien me viniera el descanso; que pensando en mis negocios no dormí: no he logrado ni aun adormilarme.

—¿Quereisme decir qué hora es, señor Miguel?

Cerrada estaba la ventana; pero daba el sol en ella, y por las rendijas se filtraban algunos rayos que hacian que, apesar de la media penumbra que al aposento llevaban, se viese de claro en claro.

Sacó Cervantes de su faltriquera, un viejo reloj de cobre dorado, que para poder acudir á tiempo á las audiencias habia comprado por cinco reales en el Rastro, y que iba tan mal, que bien llevaria quince ó veinte minutos de diferencia, y dijo:

—Pues ya son las cuatro de la tarde ó las cuatro y cuarto cuando más.

Cervantes sabia bien del pié que cojeaba el reloj.

—Pues lindamente que se me han escapado las horas del rezo, dijo el licenciado; pero Dios me perdone: además de que yo le pagaré cumplidamente la deuda.

Y bostezando de nuevo con una fuerza tal, que hizo retemblar los mezquinos tabiques del aposento, se levantó y dijo á Cervantes:

—Bajemos y que nos den algo de refrescar, que si vos teneis la boca reseca y amarga como yo, no os vendrá mal.

Aconteciale lo de la boca al licenciado, por lo bien que habia almorzado y bebido.

Acontecíale muy contrariamente á Cervantes.

No tenia sed, y más bien sentia debilidad, que necesidad de refresco.

Sin embargo, habiendo bajado con el beneficiado, bebió como él un vaso de agua de limon.

La posada estaba tranquila.

Los cuadrilleros continuaban guardando las puertas de los aposentos en que estaban respectivamente encerrados don Gaspar y los dos estudiantes de la tuna.

Los arrieros habian dormido la siesta, y se entretenian con los naipes, jugando el vino que bebian.

—¿Cuándo continuaremos la jornada? peguntó el licenciado á los arrieros, esto es, á los que iban á Madrid.

—A la tardecita, señor cura, respodió el mayoral; que aun que parece que no, desde ahora hasta las seis el sol pica que rábia.

—Lo mismo digo yo, dijo el ordinario, con el cual iba Cervantes; á la tardecita seguiremos el camino, y mañana por la madrugada llegaremos con la fresca á Esquívias.

—¿Y á qué hora comeremos? dijo el licenciado, que era insaciable.

—Para las seis cuento yo con que esté á punto, y como Dios manda, la olla podrida, dijo la posadera.

—Pues bien: tenemos dos horas, señor Miguel, dijo el licenciado, para solazarnos en esa arboledita que no léjos del meson se encuentra.

Y con esto salió del meson el beneficiado, y tras él Cervantes, y hácia la arboleda que estaba próxima se fueron.

CAPÍTULO V.

De la conversacion que tuvieron Miguel de Cervantes y el licenciado Astudillo, y de cómo los cuadrilleros de la Santa Hermandad no eran tan honrados como debian.

Metiéronse por la arboleda, que era de frondosos y gentiles árboles, que sobre un suelo cubierto de fresca grama se alzaban, y donde detenidos por las verdes hojas, los rayos del sol no penetraban.

Sentáronse en un montecillo de tierra, al pié de un grande álamo; y el licenciado Astudillo, sacando una tabaquera, y de ella un polvo, presentó la tabaquera á Cervantes.

—No lo gasto, dijo éste: cosas son estas, que con otras cosas nocivas, aun que sabrosas como las especias, nos han venido de las Indias: y harto tenemos para reblandecernos los sesos cada cual con nuestros cuidados, para que no sea necesario que los reblandezcamos con el polvo del tabaco: quédese esto para los moros y para aquel á quien bien le parezca, que yo no quiero estornudar ni lagrimear á rio, como si para otra cosa no hubiera nacido.

—No porfio, dijo el licenciado, aun que el uso moderado del polvo de tabaco empiezan á mandarlo los médicos, porque la cabeza descarga de partes extrañas que la entorpecen.

—De consejos de médicos no me hableis, dijo Cervantes, porque ellos, con tal de recetar cosas nuevas, serán capaces de matar á medio mundo; y yo digo, que bien podemos vivir, como nuestros abuelos vivian, sin el tabaco, y en cuanto

á las especias, digome como el otro que dijo, y que fué, si no me engaño, el rey católico: buena especia es el ajo.

—A ese respecto, dijo el licenciado, bien nos andaríamos en cueros, ó cuando más, vestidos de rudas y mal curtidas pieles, comiendo la carne cruda y sangrienta, dejando perderse el trigo que en los campos crece, y sin pensar en hacer con él panes *et sic de cœteris;* pero á fé que bien nos vá con el buen queso condimentado, la buena carne cocida y con el pan candeal y con los generosos vinos: y que mal no nos vienen las ricas camisas de Holanda, y el paño veinticuatreno de Segovia y el vellorin de Utrech y la raja de Florencia: y que más hermosa está sin duda ahora una mujer bella, con brocados, brazaletes, puntas de Flandes y ricas pedrerías, que la más hermosa mujer salvaje, ó la de los pasados tiempos del Génesis.

—Yo no me opongo, dijo Cervantes, á que los buenos y provechosos inventos se aprovechen: mas digo y sostengo, respetando siempre el sagrado ministerio y la sabiduría de vuesamerced, que á los inventos malos y perniciosos, no debe dárseles el *exeat,* sin reflexion ni experiencia: que cosas se han inventado y se usan, que seria mucho mejor no se hubieran descubierto nunca: y dos de ellas son el hierro y el dinero, que si para muchas cosas útiles y aun necesarias sirven, otras mil desventajas traen consigo, y mejor anduviera el mundo si el hierro y el dinero no se conocieran.

—Vivir habríamos de la madre tierra, y cada cual en su terreno, dijo el cura.

—Y así viviríamos mejor y con más simplicidad, y más en paz y más en gracia de Dios, comiendo el pan de la libertad que con nuestras propias manos sembráramos y amasáramos, alimentándonos de la carne y de la leche de los ganados que criáramos y guardáramos, é hilando y tejiendo su lana para abrigarnos: por todo lo cual el mundo seria una eterna y pastoril Arcadia, y no habria guerras, ni ambiciones, ni intrigas; y la hermosa seria hermosa porque Dios así la hiciera, y no por afeites ni galas; y el fuerte por su propia fuerza, y no por la del dinero, recogido tal vez con lágrimas y miserias de otros.

—Sobre todo se puede argumentar, dijo el licenciado, y salir con su razon adelante: pero, pues Dios ha querido y hecho que vengamos á donde estamos, no hay que dudar de que el mundo está como estar debe, y como no podia ménos de estar, porque si nada puede suceder sin que Dios quiera que suceda, y Dios, por ser la suma bondad y la perfeccion suma, no puede querer que sea sino lo que debe ser, claro está que todo es bueno, y que el mal no está más que en el instinto rebelde del hombre, tentado acaso, y precipitado por Satanás, que busca lo que buscar no debe, y por tener lo que quiere, dá en los malos y aborrecibles hechos: que no es la culpa del dinero ni de quien le inventó, sino de quien únicamente llevado por la avaricia, y tal vez por la soberbia, el dinero busca, sin reparar en los medios, para sobreponerse á otros y dar en la tiranía y en la soberbia: por lo cual dijo Jesucristo, que era más fácil que un camello pasase por el ojo de una aguja, que el que se salvase un rico.

—No seré yo quien ponga en duda tan santas verdades, dijo Cervantes; pero

lo cierto es, que yo aborrezco el dinero: por un poco más ó ménos de oro que bastase al rescate que por mí queria mi avariento patron, he sufrido lo que no hay encarecimiento que á pintarlo baste; y acaso más de uno y más de cien desdichados murieron empalados y de otras mil muertes cruentas bajo la saña de los bárbaros: y bien podeis ser honrado y noble, y aprovechado para cualquier cosa; que sin dinero nadie os estimará, y en nada os tendrán, ni se apreciará vuestra honra, porque hasta para parecer honrado es necesario el oro.

—¿Y en dónde dejais la propia conciencia, señor Miguel de Cervantes, y la estimacion de los pocos que no han menester para juzgar al hombre saber su cuantía, sino sus cualidades?

—Ese es el único consuelo que el bueno tiene; la paz de su conciencia, la fé y la esperanza en la justicia de Dios, y la estimacion de los pocos, pero verdaderos amigos: no embargante lo cual, la pobreza es tal, que ya en sí misma es el principio de todo lo malo; que la tentacion por todas partes acomete al pobre, y el desprecio con que suele mirársele, mantiénele irritado y enemigo de todo; y si se pueden resistir con resignacion y humildad las miserias y la impotencia propia, es muy doloroso, y casi desesperado... ¿y qué digo casi?... es atormentador como todas las penas del infierno juntas, el ver sumidos en nuestra pobreza, y sufriendo todas sus consecuencias, á queridas prendas del alma, á las que con toda nuestra virtud remediar no podemos: dígoos, en fin, señor beneficiado, que una cosa es decir moros vengan, y otra verlos venir; y que bien se lidian los toros desde la barrera.

—Todo eso es cierto, dijo el cura; pero tambien es verdad que Dios mejora las horas, y que donde ménos se piensa salta la liebre, y que miéntras se vive á toda esperanza se tiene abierto el pecho: que tal vez el que en los cuernos de la luna se cree, y libre del diluvio, de improviso en el abismo cae; y el que en el abismo estaba á los altos cuernos de la luna sube, cuándo y cómo ménos lo esperaba: y dígoos yo en verdad, porque me parece que la causa de vuestros amargos juicios entiendo, que algun estribo, y no malo, que si no es de oro de plata se le puede llamar, y límpio y puro, la parte del rio transparenta, y á poco que hagais, cabalgando os encontrareis en muy distinta fortuna.

—Tal es la negra fortuna mia, que por agua iria al mar, y secárase, dijo tristemente Cervantes.

—Fuente límpida y fresca teneis ante vos, dijo el cura, en que bien podreis hartar la sed de vuesta desgracia, señor Miguel de Cervantes.

—¿Decíslo por doña Catalina de Salazar? preguntó con voz desmayada Cervantes.

—En verdad, repuso el licenciado, que por esa señora lo digo, que ó mucho me engaño, ó como os miró, cuando en sí volvia de su desmayo, harto claro mostró que el vendado Dios habíala hecho blanco de una de sus dulces saetas; y ó he perdido yo de golpe toda mi experiencia, ó paréceme que poco tendreis que hacer para que lo que en ella es aficion, en grande amor se sublime, y por dichosa á lo sumo se tenga en que vos la tengais por esposa.

—¿Y qué he de ofrecerla yo? dijo Cervantes: ¿mi mano manca, y mi bolsa vacía, y mi mala fortuna?

—Razon vuestra desgrácia es ya por sí sola para que ella mucho mejor os quiera; que habeis de saber, señor Miguel de Cervantes, que doña Catalina es la virtud misma, y si á la medida de la virtud tuviera la hermosura, prodigio seria y milagro de la omnipotencia de Dios, que no mujer.

—En empeños se encuentra doña Catalina, dijo Cervantes, que prueban que no ha llegado á los dias que tiene sin conocer el amor; y si no, recordemos lo que pasó esta mañana; que no se desmayara ella si alguna historia, aun que secreta, no tuviera con ese hombre por quien se desmayó.

—Más pronto que de amor, dijo el licenciado, se desmayan las mujeres de miedo, y harto claro podeis conocer que no se ama á aquel á quien se teme.

—Tan extraña es en sentimientos la mujer, y tan diferente del hombre, que nada se puede sacar en límpio de ellas por las apariencias, de donde, sin duda alguna, viene lo que de ellas vulgarmente se dice, es á saber: que quien más las mira ménos las vé... y que, en fin, no hay mujer con la cual no se vaya á oscuras, sin saber si, por el camino por donde nos lleva, vamos á nuestra perdicion ó á nuestra gloria.

—Pues habeis de saber, que tanta razon tiene don Gaspar de Valenzuela para seguir á doña Catalina, como podriais tenerla vos, que hoy por la vez primera la habeis visto: voluntariedad é injusticia seria, y no pasa de ser injusticia y voluntariedad la que á don Gaspar en seguimiento de doña Catalina pone: que ella nunca le dió alas ni aun sueños de esperanzas, no embargante lo cual, él ha jurado que ella ha de ser su esposa, ó ha de hacer tanto, que de ella se apodere, y por no verse deshonrada con él se case: y ahí teneis por qué, y porque ya la ha tendido alguna emboscada en la que ha estado á punto de caer, doña Catalina, viendo que don Gaspar tiene mucho poder en Toledo, porque es uno de los caballeros más ricos de la ciudad, y mucho más poder en Esquívias, como que casi la mitad del terreno de Esquívias es suyo, á Madrid determinó irse, donde está la corte, donde hay más justicia que en ninguna otra parte, y donde ella tiene buenos valedores, y por qué al verse asida en este meson, y cuando le creia léjos, por don Gaspar, se desmayó, creyendo que don Gaspar traia gente bastante para apoderarse de ella, y por haberse apoderado, obligarla por su honra á que con él se casara.

—Pues digoos yo, dijo Cervantes, que dando conmigo, al dar en esta ocasion con doña Catalina, ha dado el tal caballero con la horma de su zapato, y que ha de acordarse del dia en que por su desventura me conoció. Y vámonos para la posada, que quiero yo ver cómo ante mí se muestra ese bravonel, que á tales atrevimientos con las honradas damas llega.

—Dejad que las cosas se vengan rodadas, señor Miguel de Cervantes, dijo el cura, que ellas vendrán si son de Dios, y no llameis desventuras, que tal vez sean inútiles y perjudiciales: que por ahora cuidado no hay, y no hay para qué os pongais en ocasion de perderos, ya porque tengais desgracia en un lance, ó

ya porque estando en él venturoso, os veais obligado á andar á salto de mata huyendo de la justicia. Con vos, es decir, en vuestra compañía, estoy seguro que se volverá á Esquívias doña Catalina, y con el trato vendrán los tratos, y no me parece que he de tardar mucho en echaros las bendiciones. Y cuando casada la vea don Gaspar, conformaráse y buscará á otra, ó colgaráse de un pino: por lo que os digo que á verlas venir esteis, y dejemos hacer á Dios, que Dios siempre sabe lo que hace.

En estas amigables contestaciones estaban, cuando por el camino, que á través de una abertura de la arboleda se veia, vióse pasar á rienda suelta un jinete que, ó era don Gaspar de Valenzuela, ó el diablo en su figura.

Alzóse Cervantes, y al camino se lanzó con tanta priesa, que alcanzó á ver á don Gaspar que allá se perdia entre una nube de polvo, no hácia Madrid, sino hácia Toledo.

Pero iba ya tan léjos, que aun que Cervantes le llamara á voces, no le oyera, por lo cual no le llamó, sino que volviéndose al cura que tras él se habia ido, le dijo:

—Malas sospechas me pone en la idea la fuga, que tal puede llamarse, de ese hombre en direccion á Toledo, y quién sabe si á Esquívias, y huélgome de ello, que tal vez Dios quiere que yo sea el que á doña Catalina liberte de su crudo enemigo; y hácia el meson vámonos á ver lo que allí ha sucedido, y por qué los cuadrilleros han soltado al que con un tal aparato de justicia habian preso.

—En otro tiempo, dijo el licenciado siguiendo á Cervantes, que habia tomado la vuelta del meson, los cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo cumplian con su obligacion, tanto, que no habia oro que los ablandase, ni amenaza ni poder que en temor les pusiese; pero los tiempos están de tal manera cambiados, que ahora los cuadrilleros, más prenden mirando á lo que les darán los que prenden porque los suelten, que á servir á la justicia; y esto es lo que sin duda ha acontecido, que don Gaspar no sale nunca de su casa sin llevar los bolsillos llenos de oro.

Entraron poco despues en el meson, y se encontraron con que los cuadrilleros, dejando en libertad á los que por la pendencia pasada prendieron, habian dejado el meson, siguiendo el camino hácia Madrid.

CAPÍTULO VI.

En que se relatan algunos antecedentes.

Los estudiantes no habian podido salir del meson.

El uno de ellos, como ya se ha dicho, habia sufrido una grave descalabradura.

Esta descalabradura le habia producido fiebre.

Estaban, pues, detenidos: el uno por su herida, el otro por amistad á su compañero.

Los cuadrilleros habian preso á don Gaspar y á los dos bachilleres.

Como que habian dado escándalo.

Se habian golpeado.

Habia corrido sangre...

Pero don Gaspar era muy rico.

Llevaba siempre los bolsillos llenos de oro.

Está demostrado que, salvas rarísimas escepciones, la justicia se declara impotente ante el oro.

Por lo ménos transige.

Don Gaspar sobornó á los cuadrilleros.

No queriendo estos, ó no creyendo conveniente retener á don Gaspar, no creyeron justo retener á los estudiantes.

Levantaron, pues, de sobre ellos, la vara de la justicia.

Despues de esto, los cuadrilleros se despidieron cortesmente de todo el mundo y se fueron.

Eran prudentes.

Preveian que podian ensarzarse de nuevo, no sólo los estudiantes y don Gaspar, sino tambien alguna otra persona, y por no verse obligados á intervenir huian el bulto.

Así andaba la justicia; así anda y andará.

Perniquebrada y estropeada.

Don Gaspar habia sufrido una grave costalada.

Pero tenia carne de perro.

Aun que dolorido, no quedó imposibilitado.

Apénas se fueron los cuadrilleros, cuando don Gaspar se presentó en la cocina del meson.

Dormian todos la siesta.

Solamente la posadera y las mozas andaban de acá para allá, ocupadas en preparar la comida.

Don Gaspar se fué á la posadera.

Era una hembra de muy buenos bigotes.

De veinticuatro á veintiseis años cuando más.

Don Gaspar era todo un buen mozo, que á los treinta no llegaba.

Un tanto de mirada hosca.

Otro tanto carifruncido.

Pero esto le daba ese cierto aire de prepotencia y de matonería que tanto gusta á las hembras de pelo en pecho.

Y la posadera lo era hasta tal punto, que un mechon de pelo negro y sedoso, que nacia entre su seno, era uno de sus mayores encantos.

Fuése para ella don Gaspar y la dijo:

—Por vuestra vida que podeis hacerme mucho bien, hermosa.

—¿Pues para qué nos ha echado Dios al mundo, dijo la posadera, sino para hacer todo el bien que podamos?

Y al mismo tiempo, y entre una deliciosa sonrisa, dejó ver á don Gaspar la dentadura más blanca y más bella, y las encías más sonrosadas y más frescas del mundo.

—Echaos hácia donde podamos hablar sin que nadie nos escuche, dijo don Gaspar, que cosas tengo que deciros que no os pesarán.

Sonrió de nuevo la posadera de un modo más expresivo aun, y dejó ver un relámpago de ojos á don Gaspar.

—Pues salíos del meson, señor mio, dijo, y tirad hácia la alamedilla, que allí iré yo á encontraros.

Don Gaspar no se lo hizo decir dos veces.

Se salió del meson y se fué á la alamedilla.

Pasados algunos minutos, á la alamedilla fuése tambien la posadera.

Allí la esperaba don Gaspar.

—Mucho valeis, buena hembra, la dijo éste; en mucho os estimo, y ya tendreis ocasion de conocerme cuando yo vaya y venga de Madrid á Toledo, y de Toledo á Madrid: y sin eso, hacienda larga tengo yo, cuya administracion puedo dar á vuestro marido, que más cuenta le tendrá esto que la posada, con tal de que vos me administreis el alma, que desde el punto en que os ví me quitásteis.

—¡Pues miren el señor caballero, dijo trastornada ya más de un tanto la posadera, y qué corto de genio es su merced! pues yo os digo que mi marido administrará, y yo administraré, y todos administraremos, y muy á nuestro gusto todo.

—Pues vayan allá estos seis doblones para que os compreis unos corales, que deben sentaros muy bien.

—No me van mal, dijo la posadera.

Y se dejó abrazar por don Gaspar.

La verdad era que la moza le habia llenado á don Gaspar el ojo, no embargante el empeño que sentia por doña Catalina.

—Yo creo que sois mi amiga, dijo don Gaspar.

—¡Ya lo creo!... ¡hasta las entretelas, señor!... contestó la posadera amartelándose más y más.

—Pues sin que tomeis á mal lo que voy á deciros, oid lo que quiero.

—Yo no puedo tomar á mal, señor mio, dijo la posadera, nada que me digais; que ya se yo que vuesamerced no puede decirme nada que me parezca mal.

—Habeis de saber, dijo don Gaspar, que yo tengo un antiguo empeño por esa dama que está con sus criados en vuestra casa.

Frunció un tanto el bello y moreno semblante la posadera.

—No hay por qué os altereis, hermosa, dijo don Gaspar; que lo que yo os he prometido, en pié está, y cumpliráse en todas sus partes. Y digoos más: que tal sois vos, que amores con otra más que vos no quiero, y tales han de ser para vos mis amores, que vos os deis por contenta y bien pagada con ellos, por muy grandes que sean los que con el tiempo y el trato para mí tengais. Ya os he dicho que empeño es y venganza, que no otra cosa, lo que yo por esa dama siento, y espero que vos me ayudareis á que yo mi empeño satisfaga, y á mi venganza llegue.

—Mejor quisiera que para otra cosa me buscárais, dijo la posadera; pero en fin, ya os he dicho que os serviré, y yo cumplo lo que prometo, y mucho más cuando lo prometo con más voluntad: vos direis.

—Pues mirad de echarme fuera al rodrigon que con esa dama viene, y eso sin que ella, ni la dueña ni la doncella que la acompañan se aperciban.

—Lo haré, aun que no de la mejor voluntad del mundo, dijo la posadera.

—Pues no tardeis, que hay que apresurar el tiempo, y para acá echadme al rodrigon.

Fuése la posadera no muy contenta, y don Gaspar en la alameda quedóse paseando y esperando.

No tardó ménos de un cuarto de hora en aparecer, arrastrando un si es no es los zapatos, que ya era crecido en años, el señor Ginés Carrancio, que este nombre tenia el rodrigon.

Acercóse sonriendo como hubiera podido sonreirse una lechuza, suponiendo en una lechuza una sonrisa, y demostrando que ya de lueños tiempos se entendian don Gaspar y él.

—Pues la hora ha llegado, Carrancio, dijo don Gaspar, de que mis deseos se cumplan, y en mis manos dé tu señora, y se vea obligada á casarse conmigo para restaurar su honra: ¿supongo que tú habrás hecho con los arrieros lo que te encargué?

—Díles el dinero que vos para ellos me disteis en Toledo, señor, y ellos dicen que escaparán al primer arcabuzazo, y nos dejarán solos, permitiéndoos apoderaros de la señora; pero hay una dificultad.

—¿Y qué dificultad puede ser esa? dijo don Gaspar.

—Que la señora se ha encontrado en la posada con un medio pariente suyo que vá á Esquívias, y la señora ha determinado no seguir hasta Madrid, sino irse á Esquívias con su pariente.

Nublósele fieramente el semblante á don Gaspar.

—¿Y qué pariente es ese?

—El hermano de doña Andrea y doña Luisa.

—¡Miguel de Cervantes!... ¡el cautivo!...

—Sí señor, el cautivo: pero, ¿no sabíais vos que le habian rescatado?

—Súpelo, pero me importaba muy poco de él, y olvidélo.

—Pues me parece, señor, que doña Catalina, que hacia muchos... muchos años, que desde cuando era un rapaz no habia visto al señor Miguel de Cervantes, se ha prendado de él: y no son ilusiones; que si no monja, por lo ménos se iba á meter á beata, y por lo visto...

—¿Y decís que á Esquívias se volverá vuestra señora con ese su pariente?

—Así á lo ménos lo ha dicho á doña Gúdula.

Doña Gúdula era la dueña de doña Catalina.

—¡Que se vuelve á Esquívias!... repitió más y más fruncido don Gaspar.

—Sí, señor, á Esquívias se vuelve, insistió Carrancio; y á mí me parece que tan de récio se le ha entrado en el alma su pariente á mi señora, que no será mucho que pronto tengamos boda, porque él la ha mirado tambien con muy buenos ojos.

—¡No he de ser yo quien esas bodas vea, dijo don Gaspar, aun que el evitar el verlas haya de costarme caro!... Idos, Carrancio, que ya sé yo lo que tengo que hacer.

Fuése Carrancio en paso lento, entre si arrastro ó no arrastro los piés, y cuando hubo pasado un cuarto de hora, que don Gaspar gastó en pasear reflexionando entre la alameda, al fin se fué á la posada.

Habló largo rato aparte con la posadera.

Entre tanto, de la posada salieron el licenciado Astudillo y Cervantes, y á la alameda se fueron.

Don Gaspar apartóse de la posadera, pagó al posadero su gasto, hizo le sacasen el caballo de la cuadra, montó en él, echóse al camino, y emprendió al galope la direccion á Toledo.

Entónces fué cuando Cervantes le vió.

CAPÍTULO VII.

De la negra aventura que sobrevino á nuestros viandantes.

Era ya la tardecita, y en su aposento estaba Cervantes con el licenciado Astudillo, cuando llamaron recatada y respetuosamente á la puerta del aposento.

Acababan de comer entónces el licenciado y Cervantes, que habian pedido que en el aposento la comida se les sirviera.

En el suyo, con sus criados, habia comido tambien doña Catalina.

La otra turbamulta en la cocina habia comido.

El licenciado lo habia hecho tan bien como en el almuerzo.

El único placer que se permitia el buen señor era el del plato.

Placer peligroso que produce las indigestiones y aun las congestiones.

Pero el licenciado era un búitre.

Jamás habia sentido la más pequeña incomodidad de estómago.

Al oir el discreto llamamiento, Cervantes fué á la puerta y la abrió.

Apareció la mezquina figura del rodrigon Carrancio.

—Dice mi señora, dijo con voz meliflua y aflautada, que espera que el señor Miguel de Cervantes tenga la dignacion de pasar á su aposento.

Ajustóse Cervantes la pretina que tenia algo suelta, arreglóse el traje, y trás el rodrigon se fué, encontrándose á poco delante de doña Catalina, que le miró tímida y un tanto encendida y confusa.

Le pareció entónces á Cervantes muy hermosa doña Catalina.

Y era que el amor le salia al semblante.

El amor es siempre hermoso.

Además, aun que doña Catalina no fuese hermosa, era muy agraciada.

La favorecia, además, la indudable expresion de bondad y de inteligencia y de corazon que aparecia en su semblante.

—Puesto que á Esquivias vais, señor pariente mio, dijo á Cervantes, he determinado ampararme de vuestra compañia, y á Esquivias volverme con vos: que estando vos en Esquivias, no hay por qué yo tenga que temer nada, que buena fama teneis de valiente y discreto.

—Yo os serviré, mi señora y parienta, dijo con un no fingido ni amagado rendimiento Cervantes, en todo aquello que pudiere y con toda mi alma.

—Yo os lo agradezco, y como ya la marcha se apareja, no os digo más; que tiempo y largo tendremos de hablar por el camino.

—Déjoos, pues, mi señora, para que á la partida os prepareis, y de aquí á luego, y que entre tanto, Dios os guarde.

Salióse Cervantes, volvióse á su aposento, y á poco se oyeron las voces de los arrieros que andaban por el corral cargando las mulas.

Despidióse el licenciado Astudillo, que á Madrid se iba á su asunto de las *Mil y quinientas,* de doña Catalina, pagó el rodrigon de ésta al arriero que á Madrid se iba: se cambiaron los aparejos de bestias del un arriero á bestias del otro que á Esquívias debia llevarles y se emprendió la marcha.

Era ya algun tiempo despues de puesto el sol.

Se acercaba la noche y venia fresca.

El viaje pometia ser cómodo.

Debia llegarse á Esquívias aquella misma noche, ántes del mediar, por muy despacio que se fuese.

Habia que pasar, una media legua ántes de llegar á Esquívias, por un arroyo muy poblado de robles.

Aquel lugar era muy mal afamado.

Se cometian en él robos y muertes con mucha frecuencia.

Hasta poco ántes de aquel lugar, doña Catalina y Cervantes habian ido platicando sabrosamente.

Pero Cervantes que conocia el terreno, poco ántes de llegar al arroyo se apartó de doña Catalina, y llamó al capataz de los arrieros que iba en un macho.

Otros ocho arrieros á pié, porque la récua era muy grande, le acompañaban.

—Amigo, dijo Cervantes al capataz, me parece que vamos á tener lance en el arroyo.

—Pues digoos yo, señor hidalgo, que al que á buscarnos las narices salga, no le ha de correr muy buena cuenta; que nueve somos, y arcabuces traemos y cuchillos cachicuernos: arcabuz y espada traeis vos; soldado viejo sois, y á mi parecer no de los peores; y allá veremos lo que se llevan los que vinieren.

—Tal vez gente dura y más en número que nosotros, dijo Cervantes, nos espera en el arroyo; y así os digo yo que no será malo que con dos de los arrieros yo me adelante y reconozca el terreno para desembarazarlo si es necesario; y dígolo por la dama que con nosotros viene, y á la que es necesario excusar un susto.

—¡Eh, vosotros, Geromo, Serápio!... dijo el capataz; coged los arcabuces, encended las mechas, y con este hidalgo adelantaos, que puede haber mala gente en el arroyo.

Acudieron preparando los arcabuces los dos arrieros.

Cervantes habia preparado el suyo.

—Id descuidado con ellos, señor hidalgo, dijo el capataz, que tambien son soldados viejos.

Adelantaron.

Cérvantes en su mula.

Los arrieros á pié.

El uno de ellos iba delante haciendo punta.

Lucia la luna muy clara.

Pero ya cerca se veia una gran masa oscura.

Era la arboleda del arroyo.

Al ir á entrar en la arboleda el arriero que hacia punta, sonaron algunos arcabuzazos.

Algunas balas, ó pelotas, como entónces se decia, pasaron silbando junto á los arrieros y Cervantes.

Éste, los dos arrieros, y poco despues el capataz con los otros siete, tomaron los flancos del camino y adelantaron hácia la arboleda.

Llevaban los arcabuces preparados.

Pero no disparaban.

No veian persona á quien disparar.

Las pelotas que habian salido de entre los árboles no habian herido, por fortuna, á nadie.

Ningun otro disparo habia sonado.

Sin duda los que estaban emboscados, esperaban á que los que habian de pasar se metiesen por entre la espesura.

Pero el capataz era prudente.

No lo era ménos Cervantes.

De improviso, é inmediatamente despues de los disparos, cuando Cervantes y los arrieros se habian hecho á los lados del camino, la mulilla en que iba doña Catalina, rozada en la cabeza por una bala, partió á la carrera, y no tuvo que desbocarse porque no llevaba freno.

Pero el resultado fué igual.

Escapó de una manera loca.

Pasó por entre los arrieros y Cervantes, rápida como una exhalacion, llevando consigo á doña Catalina que se agarraba á las jamugas y gritaba aterrada.

Instantáneamente desapareció.

La tragó la oscuridad de la arboleda.

Cervantes salió de detrás de un montecillo, donde habia tomado posicion, y se lanzó en la espesura.

Ni un solo disparo sobrevino.

Los arrieros permanecieron inmóviles.

Se les hacia duro y aun temeroso meterse entre aquella oscura enramada.

No sabian cuántos eran los hombres que en ella podian estar emboscados.

Parecióle al capataz prudente esperar allí, en un ventorrillo inmediato, á que fuera de dia.

Cervantes habia desaparecido.

Ningun nuevo disparo, como hemos dicho, se habia oido.

El capataz, sin embargo, no se atrevió á meterse por entre la arboleda.

Retrocedió con los arrieros á donde la récua se habia detenido.

La dueña y las doncellas de doña Catalina, lloraban y gritaban por su ama.

El señor Ginés Carrancio rezaba apresuradamente y en voz alta.

Con esto pretendia cubrir su traicion.

El capataz hizo retroceder la récua.

En vano las desconsoladas dueña y doncella le instaban para que fuesen á socorrer á su señora.

Ginés Carrancio continuaba rezando.

Se dirigieron á buen paso á un ventorrillo que estaba como á medio cuarto de legua de allí.

En él encontraron á los mismos dos cuadrilleros que por la mañana habian estado en el meson de Pinto.

Les dieron parte de lo que habia acontecido, y de cómo el señor Miguel de Cervantes y la señora doña Catalina de Salazar se habian perdido, y no se sabia lo que habia sido de ellos.

Los cuadrilleros cogieron sus arcabuces y partieron á la carrera.

CAPÍTULO VIII.

De lo malparado que salió don Gaspar de una aventura con Cervantes.

Metiéronse bravamente los cuadrilleros (hagámosles la justicia de confesarlo), entre la espesura.

La registraron, y nada hallaron.

Si allí habia habido bandidos, se habian ido.

Tampoco encontraron á Cervantes ni á doña Catalina.

Siguieron por el camino, avizorando, escuchando.

El silencio era profundisimo.

Todo, á alguna distancia, se veia vago y confuso á la luz de la luna.

Era esta bastante clara.

Gracias á ella, descubrieron sobre el terreno blando que bordeaba el arroyo que durante algun espacio continuaba paralelo al camino, huellas de caballería y de hombre.

Las primeras eran de diferentes tamaños.

Parecian las unas de caballeria menor.

De caballeria mayor las otras.

Las huellas de hombre eran de un tamaño regular, y como causadas por botas ó zapatos.

Eran profundas.

Como ahondadas por la fuerza de la carrera.

Los cuadrilleros estaban ya sobre un rastro.

Las personas que habian desaparecido habian pasado sin duda por allí.

Siguieron por la márgen derecha del arroyo que á poca distancia se apartaba del camino, y se metia por las tierras de labor.

Las huellas continuaban de la misma manera, ahondadas.

Pero al fin, y como á tres tiros de arcabuz del camino, las huellas salian del borde del arroyo y se perdian en un barbecho, donde era muy difícil seguirlas.

Las más perceptibles eran las de caballo.

Las de caballería menor se confundian, y sólo volvian á aparecer de largo en largo trecho y de una manera muy dudosa.

En cuanto á las huellas de hombre, se habian perdido completamente.

Siguieron los cuadrilleros.

Escuchaban con toda su alma en los oidos.

Pero nada percibian.

Sus ojos se cansaban sobre la tierra buscando las huellas.

Su marcha era necesariamente lenta.

Se veian obligados á detenerse á cada paso para ratificar el rastro.

Iban desanimándose.

Considerando infructuosas sus averiguaciones.

Sin embargo continuaban.

De improviso oyeron algo vago.

Algo que se parecia á inarticulados gritos de dolor.

Forzaron el paso.

Corrieron.

Ya no tenian necesidad de consultar las huellas.

Los guiaba mucho mejor el sonido.

A medida que adelantaban, oian aquellos gritos de una manera más perceptible.

Eran gritos de hombre.

Gritos desesperados.

De improviso vieron pasar por un ribazo, un grupo como de dos personas.

Estas personas marchaban muy de prisa.

Dominaron el ribazo y desaparecieron por el otro lado.

Parecia como que una de aquellas dos personas llevaba en brazos á la otra.

Los cuadrilleros avanzaron.

Fueron hácia donde sonaban las voces.

En cuanto á los bultos, habian desaparecido completamente.

Seguian los gemidos.

Y á cada momento más profundos.

Llegaron los cuadrilleros á una hondonada.

En ella, lo primero con que tropezaron fué con un caballo muerto.

Pero debajo del caballo habia un hombre vivo.

Los cuadrilleros se acercaron á él.

Le desembarazaron del caballo.

Entónces vieron que aquel hombre era don Gaspar.

—¡Ah... que sois vos!... exclamó el uno de los cuadrilleros.

—Sí, yo soy, dijo don Gaspar, y yo os ruego me lleveis cuanto ántes á donde me curen, que yo os recompensaré.

—¿Estais herido? dijo el otro cuadrillero.

—No; pero me he estropeado grandemente á la caida.

—¿Cómo ha sido ello? preguntó el primer cuadrillero.

—¿Y qué os importa cómo ello haya sido? contestó irritado don Gaspar: si os di una razonable cantidad por que me soltárais del meson de Pinto, os daré otra no menor porque no me pregunteis nada, y porque me lleveis á donde puedan curarme.

—Os llevaremos á Castillejos, que está cerca, dijo el primero de los cuadrilleros; pero es gran lástima que haya muerto vuestro caballo; en él os llevaríamos más de prisa.

—Buscad, dijo don Gaspar, que por ahí debe de haber una mulilla.

Salió el que llamaremos el segundo de los cuadrilleros, de la hondonada.

En efecto: á la luz de la luna vió á poca distancia, y echada entre la yerba, una caballería menor.

Tenia jamugas.

Era la mulilla en que habia ido doña Catalina.

Recogióla el cuadrillero.

La llevó á la hondonada.

Don Gaspar se apoyaba en el primer cuadrillero.

Se quejaba siempre.

Se comprendia que habia recibido un terrible golpe.

—Quitad, dijo, la silla y el freno á mi caballo, que son muy ricos, y seria lástima que se perdiesen.

—¿Y cómo los llevaremos? dijo el primer cuadrillero.

—Los llevaremos á costillas un rato uno y otro rato otro, dijo el segundo cuadrillero.

Y miéntras el otro quitaba el jaez al caballo, acomodaba á don Gaspar en las jamugas.

Al fin el segundo cuadrillero se echó á la espalda la silla del caballo, y dando al otro el arcabuz que le embarazaba le dijo:

—Vamos andando, y á Castillejos.

Emprendieron la marcha.

Al cabo de una hora llegaban á Castillejos y llamaban á la puerta de la posada que estaba en la calle Real.

A poco, don Gaspar estaba acomodado en un lecho, y el médico y el cirujano del pueblo (este último era el barbero), se encargaron de él.

Don Gaspar habia despedido ya á los cuadrilleros, dándoles una respetable cantidad y ofreciéndoles otra mucho mayor si encontraban y prendian á Miguel de Cervantes Saavedra.

Don Gaspar decia que Cervantes le habia acometido, que habia matado de un arcabuzazo á su caballo, y que se habia llevado á doña Catalina de Salazar.

Los cuadrilleros dijeron que harian cuanto podrian para prender á Cervantes, y se fueron resueltos á ganar aquel dinero que don Gaspar les habia prometido.

El médico habia puesto muy mala cara.

Decia que el estado en que don Gaspar se encontraba era muy grave.

Estaba contuso del brazo y de la pierna derechos.

El barbero preparaba briznas.

Preventivamente se habia sangrado á don Gaspar.

Además de esto se le habian puesto en las espaldas dos docenas de sanguijuelas.

Don Gaspar juraba y perjuraba, y decia que se habia de vengar de quien en tal estado le habia puesto.

CAPÍTULO IX.

En que se dice cómo llegó Cervantes á encontrarse solo con doña Catalina.

Veamos cómo habia sido la aventura que habia tenido lugar entre don Gaspar y doña Catalina, primero, y despues la que habia sobrevenido entre Cervantes, doña Catalina y don Gaspar.

Sabemos que por consecuencia de la descarga que de entre los árboles habia salido, una bala habia rozado la cabeza de la mulilla que montaba doña Catalina.

Furioso el animal por el dolor, habia escapado.

Se habia ido sobre el mismo lugar de donde habia partido el disparo.

Don Gaspar, con algunos hombres que habia tomado á sueldo, lo peor de cada casa, gente dura que cuando no estaba presa la andaban buscando, y que habia preparado para apoderarse de doña Catalina en el camino de Toledo á Madrid, y sabiendo que doña Catalina iba á Toledo ó á Esquivias, se habia emboscado en el camino de este pueblo.

Cuando vió que doña Catalina sola, llevada por su mula espantada, entre la

espesura se metia, siguió tras ella apretando las espuelas á su caballo, y mandando á su gente abandonase la espesura donde ya era inútil su presencia.

Aquella especie de bandidos se alejaron para ir á colocarse en otro lugar, convenido de antemano, en el camino de Esquívias.

Don Gaspar seguia las huellas de doña Catalina, ó más bien de su mulilla.

Esta no corria, volaba.

Era pequeña, pero muy ligera y muy fuerte.

El peso de doña Catalina, aun que no era liviano, no amenguaba la velocidad de su carrera.

Doña Catalina se agarraba fuertemente á las jamugas.

Afortunadamente, como todas las lugareñas, aun que fuera una dama, estaba acostumbrada á hacer sus viajes, no ya sólo á Toledo y á Madrid, sino á sus haciendas inmediatas á Esquívias, sobre borricas, y esto desde muy niña.

Era, pues, bastante buena jinete.

Se tenia bien.

Su terror no era por la carrera de la mulilla, sino porque esto la sacaba de junto á las gentes que la protegian, metiéndola entre las de don Gaspar.

Doña Catalina no tenia duda de que aquellos que habian disparado contra los arrieros, eran gentes buscadas y emboscadas por don Gaspar.

De manera, que se conceptuó perdida.

En poder de don Gaspar.

Este era su terror.

Y como si el terror de su jinete se hubiera comunicado á la mulilla, corria como una exhalacion.

Aun que el caballo de don Gaspar era grande y fuerte y corredor, no podia ganar ni la más leve ventaja á la mulilla.

Esta habia tomado por la márgen del arroyo.

Habia seguido las ondulaciones del terreno.

No habia corrido en línea recta.

Habia descrito más de un círculo, más de un zig-zag.

Como que no habia quien la dirigiese.

Don Gaspar habia seguido constantemente la carrera de la mulilla.

Así es que, aun que habian corrido mucho, no se habian alejado aun á una tercera parte de la distancia á que hubieran llegado si hubieran corrido en línea recta.

De modo que Cervantes, que como sabemos habia partido á la carrera, metiéndose valientemente por aquella peligrosa espesura sin temor alguno á lo que en ella hubiera podido sobrevenirle, cuando salió de ella, notó en la márgen del arroyo las mismas huellas de las caballerías que habian encontrado los cuadrilleros, y las siguió á cuanto podia correr.

No se detenia más que muy de tiempo en tiempo para ratificar el rastro.

Al fin vió aparecer por una pequeña altura la mulilla de doña Catalina.

Estaba á una gran distancia.

Apénas si podia esperarse llegase á ella un tiro de arcabuz.

Sin embargo, preparó su arcabuz Cervantes.

Detrás de doña Catalina debia ir necesariamente don Gaspar.

En efecto: apareció éste.

La mulilla, sin duda ya harto fatigada, habia amenguado su carrera.

Habia acabado por detenerse.

Cervantes estaba á pié firme.

Con el arcabuz preparado.

Esperaba á que apareciese don Gaspar.

Al fin apareció éste.

Doña Catalina, en el momento en que la mulilla se habia detenido, se habia echado al suelo y se habia alejado, amparada por una quebradura del terreno.

Apareció don Gaspar cabalmente por la parte superior del altozano.

Entónces Cervantes se tiró el arcabuz á la cara y disparó.

Habia hecho esto con sumo trabajo, porque la manquedad de su mano izquierda le impedia manejar el arcabuz libremente.

Sin embargo, en el momento en que partió el tiro, Cervantes vió que el caballo de don Gaspar daba un bote, y que poco despues caia, desapareciendo por el otro lado del altozano.

Cervantes habia disparado sobre el caballo teniéndole de frente.

Le habia herido entre los brazales.

El caballo habia caido en la hondonada en donde le hemos encontrado, deteniendo sujeto bajo si, por la parte derecha, y por la violencia del golpe, á su jinete.

Doña Catalina, que no habia podido separarse mucho, habia visto caer á don Gaspar.

Habia oido el rugido de rabia y la tremenda blasfemia que don Gaspar habia lanzado al caer y al sentirse cogido por el caballo, y de tal manera quebrantado por la caida, que no podia valerse.

Doña Catalina era muy enérgica.

Al ver de todo punto imposibilitado á don Gaspar, hácia él se fué.

—¡Ah, malvado! exclamó: ¿conque sois vos el que pretende robarme á viva fuerza y llevarme con vos, y herirme en mi honra, para obligarme de este modo á que con vos me case? Pues ya veis que hay un Dios justiciero que ampara á los que en Él creen y en Él confian: y ¡vive Dios! que si no os mato con vuestras propias armas, rendido como os veo á mis piés por la voluntad de Dios, es porque mejor que vos tengo el alma, y porque no quiero manchar con vuestra sangre el dia en que me veo libre de vos, por la voluntad de Dios, y tal vez por la mediacion de un hombre á quien amo, y de quien espero ser, y ántes de mucho, la feliz esposa.

—No lo vean mis ojos, exclamó don Gaspar, haciendo desesperados, aun que inútiles esfuerzos para desembarazarse.

Y al mismo tiempo tendia la mano hácia las pistolas.

Pero habia caido de tal modo, estaba en tal posicion, que á las pistolas no alcanzaba.

En esto, Cervantes, que habia forzado su carrera, llegó.

Vió á doña Catalina de pié delante del grupo que formaban don Gaspar y su caballo.

El animal se agitaba en sus últimas convulsiones.

—Dejad á ese bellaco, señora mia, y seguidme: no perdamos el tiempo, dijo Cervantes, y vámonos; no sea que sobrevengan los bandoleros de quienes se ha servido este infame.

Y asiendo á doña Catalina de la mano, se alejó con ella.

CAPÍTULO X.

De como fueron los preliminares del casamiento de Cervantes.

—Seguid, seguid de prisa, señora mia, dijo Cervantes, á fin de que lleguemos lo más pronto posible á donde entre buenas y honradas gentes, podamos estar seguros de los bandidos de quienes ese hombre se ha valido, que deben estar por estos alrededores, y que son muchos, porque muchos fueron los tiros que salieron de entre la arboleda.

—¡Ay de mí, señor mio! dijo doña Catalina, que yo bien quisiera volar, pero son tales las cosas que me han sucedido, es tal el miedo que he pasado, y tal la alegría de verme á vuestro lado y por vos salvada, que desmayada me siento y apénas si puedo dar un paso.

Y en efecto: doña Catalina vacilaba.

—Pues saquemos fuerzas de flaqueza, señora, dijo Cervantes, ó habré de llevaros en mis brazos; que tal es mi temor de que de nuevo os veais en peligro, que por él espero lleguen á tanto mis fuerzas, que en mis brazos os salven.

No sabemos si en verdad se le amenguaron á doña Catalina las fuerzas, ó si por deseo de verse en los brazos de Cervantes lo hizo; porque la verdad es que se detuvo, y con un gran sobresalto y no poca pena dijo:

—Pues mirad cómo ha de ser, señor mio, que no puedo más, y de tal manera estoy, que si vos no me sostuviérais, ya hubiera dado con mi cuerpo en tierra.

No buscaba Cervantes las aventuras.

Pero cuando estas le salian al paso, fuera como fuera, las aceptaba y las seguia.

Aquella aventura halagaba su esperanza.

Ya hemos dicho cuál era la situacion extrema en que Cervantes se encontraba.

Desatendido, humillado, pobre, con dos hermanas pobres tambien, que tenia á su cargo.

Sabemos que se habia decidido á casar con doña Catalina.

No se habia enamorado de ella como de otras.

Pero experimentó por ella un sentimiento dulcísimo que en nada se parecia á ninguno de los sentimientos que él habia causado, á ninguno de los candentes y terribles amores que hasta entónces habia tenido.

Reposaba su alma de una manera triste, pero consoladora, en doña Catalina.

Parecíale que en ella iba á encontrar la paz y el reposo de su alma.

Habia ya en Cervantes, para doña Catalina, una especie de culto que le era de todo punto desconocido...

Doña Catalina se desplomaba más y más asida, ó más bien, colgada del brazo de Cervantes.

—Está visto que no puedo dar un paso, dijo al fin: yo desfallezco.

Y en efecto: doña Catalina desfallecia de amor.

Se sentia la mujer más venturosa de la tierra.

¿Cómo dudar, siendo tan noble como Cervantes lo era, que por consecuencia de aquella aventura, á causa de la cual con ella estaba á solas Cervantes, aun que no fuese más que por que su honra no padeciese, se casase con ella?

La impulsaba, además, el corazon.

Rodeó su brazo derecho y como para sostenerse al cuello de Cervantes.

Ya sabemos que Cervantes tenia una debilidad.

La de no tenerse firme, á poco que las circunstancias le favoreciesen, al lado de una mujer.

Le acometia una especie de vértigo, del cual no podia defenderse.

El semblante de doña Catalina habia quedado muy cerca del suyo.

Le iluminaba completamente la luna.

Aquella luz dulce y pálida favorecia extraordinariamente á doña Catalina.

Estaba conmovida, anhelante.

Miraba con ánsia á Cervantes.

Sus ojos, que eran bastantemente bellos, estaban saturados de no sabemos qué expresion irresistible.

Aparecian luminosos.

Fluia de ellos una candente dulzura.

Lucia en ellos un alma inocente, enamorada, purísima.

Cervantes sintió el vértigo.

O más bien: no le sintió; el vértigo se apoderó de él.

Su boca, de una manera involuntaria, se unió á la entreabierta boca de doña Catalina.

Ésta no contestó al hambriento beso de Cervantes.

Lanzó un gemido de dolor y de felicidad.

Habia sentido como si un raudal de fuego hubiese penetrado por su boca, y se hubiese difundido por sus entrañas.

Fué aquel para ella un momento supremo.

Despues de aquel gemido de dolor, de felicidad, de amor, se desmayó.

Cervantes la sostuvo en sus brazos.

La miró con una expresion indefinida.

Se sintió unido ya de una manera irremediable con doña Catalina.

No habia podido contener aquel beso, que le habia colocado en una situacion decisiva con ella.

Estaba verdaderamente en peligro.

No se sabia si podian sobrevenir las gentes de don Gaspar.

Era necesario llegar cuanto ántes al lugar donde habian quedado los arrieros.

Con ellos Cervantes no temia nada.

Levantó en sus brazos á doña Catalina.

Hizo un esfuerzo, y se puso en marcha de una manera trabajosa con aquella preciosa carga.

Doña Catalina tenia para él la hermosura del amor.

La mayor de las hermosuras.

Conocia, además, por el estrecho contacto en que con ella se encontraba, que la que debia ser su esposa tenia unas soberbias formas.

El espíritu de la sensualidad se apoderaba de él.

Pero Cervantes era demasiado delicado para no respetar á una dama, de quien indudablemente la Providencia le hacia esposo.

La honra de doña Catalina era ya su honra propia.

Su dignidad, su propia dignidad.

Continuó su difícil y lenta marcha á través de los campos.

Surmontó una colina.

Entónces fué cuando le vieron los cuadrilleros.

Pero al pié de aquella colina ya no pudo continuar Cervantes.

Le agobiaba el peso de doña Catalina.

Se detuvo.

Probó á ver si doña Catalina podia hacer pié.

Era el suyo un medio desmayo.

Doña Catalina se mostraba á cada momento ménos pesada.

Pudo tenerse ya de pié.

Al fin volvió completamente en sí.

—¡Ah! ¡gracias á Dios, señora!... dijo Cervantes: al fin podremos ir más de prisa.

—¿Falta mucho para llegar á donde están los arrieros? dijo doña Catalina con la voz desmayada y conmovida.

—Avivando un poco el paso, dijo Cervantes, podemos llegar en media hora.

—Avivémosle pues, dijo doña Catalina.

Y asida al brazo de Cervantes emprendieron de nuevo la marcha.

Doña Catalina callaba.

Cervantes no se atrevia á hablar.

De allí á poco sintió que doña Catalina lloraba silenciosamente.

—¿Por qué llorais, señora? la preguntó Cervantes con acento dulce.

—Lloro, y no sé porqué lloro, dijo doña Catalina.

—¿Os pesa de encontraros á solas conmigo?

—No.

—Es que, como debeis suponer, dijo Cervantes, para satisfacer al mundo y evitar maledicencias contra vuestra honra, habremos de ser, y cuanto más ántes mejor, marido y mujer.

—¿Es que acaso os pesa á vos de eso? dijo doña Catalina; si es así no os aflijais, que si el casaros conmigo hubiera de ser para vos una desdicha, yo, que no quiero que seais desdichado, me meteria en un convento, donde no oiria las maldiciones del mundo.

—¿Desdichado yo porque fueseis mi mujer? exclamó Cervantes: ¿y quién os ha dicho eso, ni cómo puede ser eso? por muy afortunado me tendré siendo vuestro esposo.

—Pues por vuestra esposa tenedme, exclamó doña Catalina.

Y su llanto, llanto de felicidad, se hizo más abundante.

Cervantes sintió á un tiempo alegría y tristeza.

La combatida nave de su fortuna encontraba al fin, despues de la tempestad deshecha, un puerto en que ponerse al abrigo.

Tras de tantas y tan terribles aventuras, iba á gozar al fin de la paz de la familia.

Podia mirar por sus hermanas.

Colocarlas.

Al mismo tiempo encontraria más medios para seguir sus pretensiones en la corte.

Su vida entraba en una nueva faz.

Pero perdia su libertad, su independencia.

Esto le entristecia.

Sin embargo, esta tristeza era dulce.

La desgracia habia dominado ya bastantemente á Cervantes.

Sabia ya harto bien, por experiencia, que una cosa son los sueños de la imaginacion, las preocupaciones del corazon, y otra cosa la realidad.

—Tengo ánsia por llegar á Esquívias, dijo doña Catalina.

—Y yo tambien, señora mia, dijo Cervantes.

—Vuestras buenas hermanas, que ya son hermanas mias, dijo doña Catalina, se alegrarán mucho: de seguro que ellas, que estarán durmiendo tranquilamente á estas horas, ni aun en sueños podrán creer que vos y yo nos encontramos solos en el campo.

Y doña Catalina dejó oir una leve y alegre carcajada á Cervantes.

Estaba verdaderamente contenta.

Tenia por segura la felicidad de su amor.

Cervantes se apercibió de que doña Catalina tenia el acento jovial y dulce.

La habia encontrado y la encontraba, además, discreta.

No le habia dicho ni una sola palabra acerca de don Gaspar, á pesar de que éste habia sido la causa ocasional de la situacion á que habian llegado.

Respecto al beso, parecia como si aquel beso no hubiera existido.

Siguieron andando cuanto de prisa podian.

Hablaron ya de su familia: de Andrea, de Luisa.

No se habia vuelto á hablar del proyectado, del convenido casamiento.

No parecia sino que Cervantes y doña Catalina estaban ya casados.

Descubrieron, en fin, la arboleda del arroyo.

Un poco más allá, á la izquierda, estaba el ventorrillo donde se habian acogido los arrieros.

Siguieron á buen paso.

Rodearon para no dar en la arboleda.

Allí podia haber peligro.

Al fin llegaron al ventorrillo.

—¡Gracias á Dios! exclamó entrando doña Catalina: ya puede venir cuando quiera con sus salteadores ese villano don Gaspar.

CAPÍTULO XI.

En que se continúa la materia del anterior.

En el ventorrillo hubo una grande alegría.

Todos estaban cuidadosos por doña Catalina y por Cervantes.

Los criados de doña Catalina, que estaban llorosos y desesperados, se arrojaron á su señora y la preguntaron.

Ella les refirió lo que habia acontecido, y cómo don Gaspar se habia quedado allí sujeto por su caballo muerto.

Al amanecer se emprendió de nuevo la marcha.

A las ocho de la mañana llegaron á Esquívias.

A poco de estar en Esquívias, todo el mundo en el pueblo sabia lo que habia acontecido.

Los criados son los peores enemigos que pueden tenerse.

Los de doña Catalina contaron la aventura.

Se supo que doña Catalina habia estado perdida más de cuatro horas.

Que al fin habia parecido con el señor Miguel de Cervantes.

Que se miraban y se hablaban de una amorosísima manera.

Y como aquellos tiempos eran, hasta en los lugares como Esquívias, tan licenciosos ó más que ahora, se dió por supuesto que el señor Miguel de Cervantes tenia ya la obligacion de casarse con su parienta, aun que lejana, doña Catalina Palacios de Salazar.

De no, la honra de ésta quedaria tan mal parada, que nadie se atreveria á dar por ella ni cuatro maravedís.

Andrea y Luisa estuvieron á punto de morir de ventura cuando vieron á su hermano.

Su alegría llegó al colmo, cuando más adelante, aquel mismo dia, doña Catalina, poniéndose muy colorada, las dijo que: «como ella, por aquella mala aventura de que la habia librado Cervantes, habia estado sola con él un largo espacio, y con él sola habia ido al ventorrillo, donde esperaban sus criados con los arrieros; y como la gente era de su natural maldiciente y mal pensada, el señor Miguel de Cervantes, cumpliendo como muy honrado hidalgo que era, y cumpliendo ella como doncella cuidadosa de su fama, y no siendo á ella indiferente Cervantes, ni ella á él indiferente, habian determinado casarse, y esto cuanto más ántes, para que las hablillas del vulgo cesaran.»

Harto conoció Andrea Cervantes, que era mayor que Miguel, que pasaba de cuarenta años, y que ya se encontraba viuda de su primer marido, que aunque nada parecia entrañar la lógica de doña Catalina, estaba esta enamorada hasta lo más profundo de las entrañas de su hermano Miguel; y que si éste no estaba enamorado como un mancebo de la que debia ser su esposa, por lo ménos la estimaba tanto, que podia creerse muy bien que seria muy feliz casándose con ella.

Así, en verdad, lo creia tambien Cervantes.

Estaba cansado de la vida, desesperanzado, y contaba con la paz y la tranquilidad del hogar para pasar los dias que Dios le concediese de vida.

En ausencia del licenciado Astudillo que, como ya se ha dicho, se habia ido á Madrid, y que era cura propio del lugar de Esquívias, el beneficiado recibió el encargo de llenar las formalidades que eran necesarias para el matrimonio, que, sin otra dilacion, se fijó para de allí á quince dias, cuyo término se necesitaba para sacar los papeles, y para que corriesen las amonestaciones, con arreglo á lo prevenido en el Santo Concilio de Trento, y ambos novios se ocuparon de las galas que habian de llevar aquel gran dia.

Estaba tal Cervantes de pobre, que para poder comprar un traje conveniente y una golilla rizada aquel dia, hubo de acudir á los pequeños ahorros del trabajo de sus hermanas.

La familia se habia quedado absolutamente sin hacienda.

Todo se habia gastado, incluso el dote de Andrea y de Luisa, que habian servido para completar el rescate de su hermano Rodrigo.

Se habian vendido las últimas tierrecillas del patrimonio de la familia, y las dos pobres hermanas estiraban aquel caudalejo, ayudándole con el precio de las labores que hacian, en las cuales eran muy primorosas, y que llevaba á vender á Madrid el ordinario del pueblo.

En fin: á duras penas se pudo reunir lo bastante para que Cervantes pudiese presentarse en las bodas, como convenia á su clase y respetos, y para que hiciese á la novia un regalo de boda, que en sí era pequeño, pero que en el pueblo pareció espléndido.

Verdad es que á todo esto habia ayudado bajo mano doña Catalina, que, mediando escenas llenas de interés, habia sabido obligar á las dos hermanas á que tomasen dineros, é hiciesen creer á Cervantes que aquellos dineros los tenian ellas; que de otro modo, imposible hubiera sido juntar una cantidad bastante, ni aun siquiera para cubrir las apariencias.

Esto era una nueva muestra del amor que por Cervantes sentia doña Catalina, y de la delicadeza de su alma.

Las dos hermanas guardaron el secreto á la que debia ser su cuñada, y Cervantes no supo que el modesto regalo que hacia á su novia, y que habia sido bastante para asombrar al pueblo, se lo habia hecho ella á si misma.

En los preparativos se habian invertido, no ya quince dias, sino hasta un mes largo.

El licenciado Astudillo habia vuelto de Madrid, no muy contento del estado en que habia dejado su negocio de las *Mil y quinientas*.

Habia sabido con un verdadero entusiasmo, que muy pronto debia dar la bendicion nupcial al señor Miguel de Cervantes Saavedra, y á su feligresa la señora doña Catalina Palacios de Salazar.

Habia hecho que un hermano suyo, rico ganadero de las inmediaciones, le enviase doce corderos, y con seis pavos y doce gallinas que el dicho licenciado eligió de su propio corral, manifestó á doña Catalina y á Cervantes su mucha amistad, y la satisfaccion con que veia su casamiento.

Raro párroco, que en vez de enviar á los desposados el recibo de la monta de los derechos de pié de altar por sus desposorios, les enviaba un regalo para aumentar el banquete de las bodas.

Habia momentos en que Cervantes se sentia como temeroso del estado que iba á tomar, no porque temiese nada de la honradez y buenas costumbres de la que iba á ser su esposa, y de las que estaba seguro daria siempre un alto ejemplo, sino porque le espantaba unir á su mala fortuna una nueva familia.

Solia decir el bueno de Cervantes, al ver cuán aviesas se le mostraban siempre las aventuras de su vida, que sobre él debia haber caido alguna maldicion de Dios, provocada por alguno de sus ascendientes.

No comprendia él de otra manera el que en todo le persiguiese de tal modo y con tal saña la desgracia, y temia, lo repetimos, dar orígen con su casamiento á nuevas y mayores desventuras.

Puede un hombre de ánimo fuerte sobrellevar las desgracias que sobre él

solo caigan ; pero cuando estas desgracias pueden caer sobre su familia, sobre sus hijos, le espantan.

Doña Catalina no era rica.

Sólo tenia lo que entónces se llamaba, y se llama aun, un pasar decente.

La sobraba con lo que tenia para vivir con comodidad, y aun con lujo en el pueblo, y para ser llamada rica, y ser por lo tanto envidiada; pero temia Cervantes, viendo la robusta y fresca complexion de doña Catalina, y el profundo amor que por él sentia, que la prole que sobreviniese fuese más larga que la de Jacob.

Previendo un tal caso, teniendo además dos hermanas, viuda la una, doncella la otra, á quienes mantener, y á quienes dotar, para que la una pudiera volver á casarse, y meterse monja como era su voluntad la otra, era necesario trabajar desde el momento en que se celebrase el casamiento.

En aquellos tiempos, la literatura no daba para vivir, (bien es verdad que hoy no está mucho más medrada) y por lo tanto, Cervantes, aun que habia hecho ya muchos versos, algunos excelentes, y alguna que otra novela, ní aun habia pensado en que podia ganar dineros escribiendo.

Si escribia, era para algun certámen, ó para entretener sus ócios, ó para consolarse con las musas.

Pero sabia él sobradamente, que las señoras musas son ingratas para con sus amantes, y que sólo les dan sueños, y el coral de los labios de las mujeres, y el oro de sus cabellos, y el nácar de su garganta, y las esmeraldas de los prados, y el zaphir de los cielos, y los diamantes de los arroyos, y otras cosas y otros tesoros del mismo género, con los cuales el poeta

cuando le cumpliere mercar vitualla,
volverá á su casa con muy mal recado.

No tenia Cervantes otra ventaja, casándose con doña Catalina, que poder volver más desahogado á sus pretensiones en Madrid, dejando á sus hermanas en Esquívias bajo el amparo de doña Catalina.

Y no podia decirse que Cervantes se casaba sólo por el interés de sus hermanas, con una dama lugareña, que tenia algunos haberes, ni que por sí mismo por estos haberes se casaba; que tenia Cervantes el alma delicada y noble, y el interés no podia determinar sus actos.

Era la principal razon de su casamiento con doña Catalina, un impulso del corazon, que él no se explicaba bien, y que sin embargo era amor.

Y un amor dulce, profundo, tranquilo, que rápidamente se habia apoderado de su alma sin perturbarla.

Si doña Catalina no tenia la belleza del semblante, tenia la gran belleza de su alma pura, dulce y apasionada, que al semblante la salia, y que para Cervantes producia el efecto de una gran hermosura.

Hermosura moral, y que moralmente habia cautivado á Cervantes.

CAPÍTULO XII.

De como miéntras el honrado duerme, el infame que le acecha, vela.

Entretanto se habia curado en Castillejos don Gaspar.

Los cuadrilleros, que no habian podido ni querido hacer á las manos á doña Catalina ni á Cervantes, no habian parecido, yéndose por otros senderos con la *música*, llevándose el dinero que, porque hiciesen una picardía, el rabiosamente enamorado don Gaspar les habia dado.

De Toledo habian venido más de cuatro y más de seis médicos á cuidar á don Gaspar.

Los primeros dias se temió por su vida.

Se creyó que estaba poco ménos que reventado.

En cuanto al brazo derecho, fué necesario componérselo.

De tal manera se le habia dislocado.

Don Gaspar, que era muy violento y terrible, habia jurado no parar, cuando se restableciese, hasta tomar venganza de aquel, que matándole el caballo le habia puesto en un tal miserable estado, y se habia llevado á la señora de sus pensamientos.

Cuando de esto se acordaba don Gaspar, los mayores y más rabiosos, celos que han podido desesperar y enfurecer al hombre, le daban cruda guerra: que él no podia suponer otra cosa sino que el favorecido por aquella para él negra aventura, habia cogido el fruto que él habia querido coger en vano.

Él no sabia quién ese hombre fuese.

Pero le aborrecia de muerte.

Los cuadrilleros habian faltado á su promesa.

Pero era fácil dar con aquel hombre, para don Gaspar horrible, siguiendo el rastro de doña Catalina.

Ésta no podia estar más que en tres lugares: en el de Esquivias, lugar de su naturaleza y su residencia habitual, en cuyas inmediaciones estaba su hacienda, ó en Toledo ó en Madrid, en cuyas ciudad y villa tenia parientes.

Don Gaspar, á quien retenia en el lecho su mal estado, disparó tres de los más fieles de sus criados, uno á cada uno de los puntos sobredichos, para que buscasen á doña Catalina.

Esquivias era el punto más próximo á Castillejos de los tres, y de Esquivias fué de donde primero vinieron noticias.

Allí estaba doña Catalina.

Se decia que se iba á casar con un tal de Cervantes Saavedra, hidalgo pobre, natural de Alcalá, que era algo pariente de doña Catalina.

Se decia que doña Catalina estaba enamorada de él hasta las entrañas.

Se añadia (y aquí entraba la maledicencia lugareña), que doña Catalina no podia haberse enamorado de tal manera y en tan poco tiempo, sin que para ello hubiese habido grandes razones.

Se suponia que estas razones eran el haber andado perdida toda una noche por el campo con el señor Miguel de Cervantes.

Como ven nuestros lectores, el vulgo maldiciente, obligaba á aquel casamiento por la honra de doña Catalina.

Si Cervantes hubiese sido casado, ó no se hubiese querido casar con ella, no sabemos cómo habria quedado la honra de aquella buena señora.

El vulgo está dispuesto siempre á aceptar todo lo malo que se dice, ó que se sospecha de todo el desdichado que cae bajo la estúpida jurisdiccion vulgar.

Sin embargo, hay todavía gentes, y en gran número, que dan una grande importancia á la opinion pública.

Esto, á pesar del progreso y de los estudios filosóficos.

Así anda todavía ello.

Nadie tiene más honra que la que le quieren dar...

Tanto se desesperó don Gaspar, que no quiso esperar á levantarse del lecho para someter á una posicion infame á Cervantes y á doña Catalina.

Le decian los satélites que enviaba á Esquivias, que doña Catalina y Cervantes, si bien no vivian juntos, era lo mismo que si viviesen en la misma casa, ó poco ménos.

El señor Miguel de Cervantes vivia junto al Barranquillo con sus hermanas.

Se levantaba á las seis de la mañana.

Poco despues, con sus hermanas salia.

Con ellas se iba casa de doña Catalina.

Poco despues salian los cuatro para ir á misa.

Despues de la misa, volvian á la casa de doña Catalina, donde almorzaban en el huerto, bajo un emparrado.

Despues, las dos hermanas de Cervantes se iban á su casa.

Él se quedaba haciendo compañía á doña Catalina hasta la hora de comer, en que á su casa se iba.

A las cuatro, despues de haber dormido la siesta, el señor Miguel de Cervantes á casa de doña Catalina se volvia, y pasaba con su amada las horas que quedaban de calor bajo el frondoso emparrado, hasta la tardecita, hora en que iban las dos hermanas de Cervantes, y los cuatro se salian á dar un paseo á las huertas, donde generalmente, en una que junto al pueblo tenia doña Catalina, merendaban.

Ya entrada la noche, se venian en buena compaña al pueblo.

Rezaban juntos el rosario, casa de doña Catalina, y á las nueve se iba Cervantes con sus hermanas á su casa.

Cenaba y volvia.

Doña Catalina salia á una reja, y se estaba en ella hablando con Cervantes hasta la media noche, hora en que el mancebo se volvia á su casa.

Tenia para esto que atravesar el pueblo de parte á parte.

Que pasar, al pié de la torre de la iglesia, por unas callejuelas lóbregas.

Se estaba, entre tanto, preparando el casamiento.

Don Gaspar se propuso que este casamiento no se efectuase.

Esperó, sin embargo, para poner en práctica el infame plan que habia meditado.

Al fin, y cuando sólo faltaban cuatro dias para el casamiento, don Gaspar, que aun no habia dejado el lecho, llamó á su mayordomo y le dijo:

—Esta noche, á la media noche, en las callejuelas que rodean la torre de la iglesia.

—Muy bien, señor, dijo el mayordomo.

Y no hizo una sola pregunta.

Sabia ya lo que tenia que hacer.

Al empezar la noche, tomó despacio el camino de Esquívias, acompañado de cuatro hombres.

Tenian tiempo sobrado para llegar.

Llegaron, en efecto, á las once de la noche.

El mayordomo dejó á los cuatro hombres que le acompañaban fuera del pueblo, y se metió en él.

Se fué á observar desde léjos la casa de doña Catalina, y vió que Miguel de Cervantes estaba, como de costumbre, pegado á la reja.

Entónces se volvió al puesto donde habia dejado á los cuatro hombres, y con ellos se fué á ponerse al pié de la torre de la iglesia.

CAPÍTULO XIII.

En que Beatriz cuenta su extraña y triste historia á Cervantes.

Se retiraba aquella noche ya contentísimo Cervantes, y comprendiendo al fin que estaba enamorado de doña Catalina, tanto como de la más hermosa de las mujeres con quienes habia tenido amores.

La ternura candorosa de doña Catalina tenia para él encantos desconocidos.

Habia acabado por reconocerla hermosa, muy hermosa.

Por contraer por ella la embriaguez del deseo.

Eran los primeros amores tranquilos que gozaba Cervantes.

Los envolvia todavía la pureza.

Tenian el prestigio de lo legítimo.

El encanto de la promesa de la familia habia de ser sancionado con las costumbres, con las creencias y con las leyes.

Seguia, pues, Cervantes, soñando despierto, su camino de todas las noches.

A entrar iba por la estrecha callejuela que, cortada por otras se retorcia al pié de la torre de la iglesia, formando al pié de ella una estrecha plazuela que servia de cementerio, ó que más bien era ese conmovedor cementerio que en muchos pueblos está á la sombra de la iglesia, cuando de improviso se abalanzó á él un bulto que le asió, aun que dulcemente.

Recobrado apénas de su sorpresa natural Cervantes, vió que el bulto que de tal manera se le habia echado encima era una mujer.

—No paseis, señor, le dijo aquella mujer; no paseis por donde acostumbrais á pasar todas las noches: ¡os van á matar!...

—Dios os lo pague, dijo Cervantes; pero yo no he de dejar de pasar por miedo.

—Es que son cinco, señor, y por muy valiente que seais, todos juntos darán fin de vos.

—Si Dios me ayuda, dijo Cervantes, que ardia ya en cólera, aun que sean ciento no me matarán: yo necesito saber quién es el que á traicion me acecha y por qué causa.

—¿Quién es? repuso la mujer que continuaba agarrada á Cervantes; yo os lo diré: y cuando sepais quien es, tal vez comprendereis por qué ha enviado gentes para que os maten: y no vayais, señor; mirad que traen pedreñales.

Reflexionó Cervantes, comprendió que el valor está muy léjos de ser la temeridad, y dijo á la mujer:

—No iré; pero puesto que vos lo sabeis, espero de vos me hagais la merced de decirme quién es el malnacido infame que así, y tan acompañado, se ha puesto en acecho para matarme.

—Venid conmigo, señor, que yo os lo contaré todo, dijo la mujer.

—¿Y por qué ir á ninguna parte? dijo Cervantes, que atendia á que la voz de la mujer era fresca y juvenil; y creyó que se le presentaba una aventura, y que para llevarle á ella aquella mujer, que tal vez era hermosa, se valia de un pretexto.

—Porque si ven que tardais, pueden salir á buscaros, señor, dijo la mujer: son muy mala gente.

—¿Me conoceis vos?

—Sí: vos sois el señor Miguel de Cervantes Saavedra.

—¿Y yo os conozco?

—No lo sé, pero creo que no, porque nunca me habeis hablado.

—¿Y de qué me conoceis vos?

—Todo el mundo os conoce en el pueblo, y además, me habeis dado dos veces limosna junto á la pila del agua bendita: Dios os lo pague.

—¿Sois, pues, una mendiga?

—Sí: mendiga y huérfana y desamparada, porque así lo ha querido Dios, dijo la mujer.

Y se echó á llorar.

—Consolaos, que Dios no olvida á los que sufren si son buenos, y aun á los malos que se arrepienten los protege: ¿Y á donde vais á llevarme?

—A mi casa.

—¿Está muy léjos?

—Fuera del pueblo: pero no os detengais, señor.

Cervantes, vivamente preocupado por aquella aventura, siguió á la mujer.

Salieron del pueblo.

La mujer siguió por un sendero al lado de un arroyo, que producia con su corriente un pequeño ruido sonoro y alegre.

Como á trescientos pasos de la salida del pueblo, la mujer se detuvo junto al ángulo de un cercado.

Adherido á aquel ángulo habia un casuco miserable.

La mujer abrió con llave la puerta.

—Entrad, señor, dijo, y perdonad si no enciendo luz; no la tengo.

Cervantes á cada momento más preocupado, entró.

—Sentaos, señor, aquí en este poyo que me sirve de cama, dijo la mujer: no tengo muebles.

Cervantes tentó, encontró un poyo y se sentó.

La mujer cerró la puerta.

Se quedaron completamente á oscuras.

—No penseis mal de mí, señor, dijo la jóven, cuya voz resonaba á una cierta

distancia, que yo soy una doncella honrada, y si no supiera que vos vais á casaros con doña Catalina, y que de ella estais enamorado, y que sois hidalgo y buen cristiano, no os hubiera traido á mi casa, ni encerrádome con vos hubiera.

Parecióle mucho más fresca y más pura la voz de la jóven á Cervantes.

A causa de la oscuridad de la noche, Cervantes, cuando habia estado al aire libre con ella, no habia podido juzgar de si era hermosa ni cuál fuese su edad.

Por la voz no vino en conocimiento de otra cosa sino de que era muy jóven y muy desgraciada.

Su voz sonaba á lágrimas.

Por su manera de hablar y por su buen modo, parecia muy bien criada.

La aventura iba creciendo en interés para Cervantes.

—Yo me llamo Beatriz, señor, dijo la jóven.

Se sobresaltó Cervantes.

Se le vino violentamente á la memoria, y de una manera candente, Beatriz de Aquaviva.

Aun le pareció que en el acento de la jóven habia algo de acento de la hermana del cardenal.

De aquella con quien habia vivido como esposo.

De aquella que léjos de él habia perecido.

—Mi padre, continuó la jóven, se llamaba don Lope de la Espina, y era un rico caballero: murió, el triste, en la batalla de Lepanto.

Se estremeció Cervantes.

Recordó.

Habia conocido á don Lope de la Espina.

Fué uno de los doce soldados que le dió, para que los mandase en el lugar del esquife de la galera *Marquesa,* su capitan Diego de Urbina.

Poco ántes de ser herido Cervantes, habia visto caer al mar, herido de un arcabuzazo en la frente, á don Lope de la Espina.

Habia ido á la jornada de Levante, como habian ido otros caballeros, á servir á Dios y al rey contra el turco, y habia encontrado la muerte en aquella empresa.

Para no avivar el dolor de la pobre huérfana, nada la dijo.

Sintió por ella Cervantes un afecto muy semejante al paternal.

Aquella desdichada era hija de un camarada que habia muerto delante de él.

Tal vez su sangre se habia mezclado con la suya.

—Quedó mi madre rica, pero sin arrimo ni defensa de nadie, y yo muy niña, como que apénas si contaba seis años.

Pasó el tiempo, siempre triste mi madre, triste y enferma.

Llegué yo á cumplir mis quince años.

Estaba tan crecida como ahora.

Decian que era hermosa.

Y aun que no lo fuese, como era rica, muchos nobles y principales caballeros me solicitaron por mujer.

¡Ay! ¡ojalá me hubiese casado, que entónces viviria mi madre y no me veria yo tan triste y tan desesperada como me veo!

Los sollozos interrumpieron á la jóven.

—Confiad en Dios, hija mia, dijo Cervantes, y despues en mí, que haré por vos todo lo que pudiere.

—Dios os lo pague, señor, dijo Beatriz, y siguiendo con mi cuento, sabed que yo no quise casarme con ninguno de los que me pretendian, porque estaba enamorada.

El hombre de quien yo estaba enamorada, era don Gaspar de Valenzuela; el mismo que por los celos que de vos tiene, á causa de doña Catalina de Salazar, os tiende asechanzas.

Hace dos años no conocia yo á don Gaspar.

Vivia tranquila y feliz con el amor de mi pobre madre.

No creia que hubiese otro amor sobre la tierra.

Estábamos en vísperas en la catedral.

La capilla de la Santísima Vírgen del Sagrario, donde nos encontrábamos, estaba oscura.

Caia la tarde.

Una lámpara ardia en un altar inmediato.

Por acaso volví yo la vista hácia aquel altar, y al punto sentí algo que hasta entónces no habia sentido.

Me acometió una congoja.

Se me nublaron los ojos.

Me latió el corazon como si hubiera querido saltárseme del pecho.

Me sobrecogí, señor.

Creí que habia llegado mi último momento.

Lo que habia causado todo esto en mí, era la mirada de un hombre.

Aquel hombre estaba al lado del altar.

La luz de la lámpara caia de lleno sobre su semblante.

Aquel semblante, por lo que he comprendido despues, me enamoró en el momento en que le ví.

Era el semblante de don Gaspar.

Él comprendió la turbacion que en mí habia causado.

Cuando salimos le encontré junto á la pila del agua bendita.

Al darme agua, que yo tomé turbada, me cogió las puntas de los dedos y me los apretó.

Creció mi turbacion.

Creció aquel amor violento que por don Gaspar habia sentido.

Cuando volvimos á casa, mi madre conoció mi tristeza.

Me preguntó.

Yo la dije que me sentia enferma.

Y no mentia.

Me recogí á mi cuarto.

Necesitaba estar sola.

Yo tenia el alma llena de algo que era consolador y dulce.

Me parecia que tenia más vida.

Sufria, pero de una manera deliciosa.

No hubiera cambiado por nada del mundo aquel sufrimiento.

Mi recuerdo estaba lleno con el caballero que habia visto en la catedral.

Otras noches, apénas me acostaba me dormia.

Pero entónces, por más que me sentia fatigada, por más que deseaba dormirme el sueño huia de mí.

Como á la media noche oí el puntear de una vihuela.

Poco despues, una dulce voz cantó una cancion de amores.

Me vestí apresuradamente y salí al mirador.

No podia ser el que me daba música sino aquel caballero que tan perturbada me tenia.

Sintióme el músico en el mirador.

Me habló.

Era él, en efecto.

Me pidió que bajase á la reja á hablar con él.

Yo resistí.

Sin embargo permanecí en el mirador hablando con don Gaspar, hasta que empezó á clarear el dia.

Pasaron tres noches ántes de que yo consintiese en bajar á la reja.

Bajé al fin, pero acompañada por mi doncella que me guardaba el secreto de mi amor.

Yo platicaba con mi enamorado.

Yo le decia continuamente, que si no me pedia por esposa á mi madre, no podian continuar nuestros amores.

Don Gaspar se escusaba alegando pretextos que no me satisfacian.

Nos enojábamos y pasábamos algun tiempo sin vernos.

Pero el amor me obligaba y volvia á bajar á la reja.

Mi amor se habia convertido en pasion.

Pero esta pasion que me devoraba las entrañas no vencia mi dignidad.

Don Gaspar no puede jactarse del más leve favor mio.

Ni aun siquiera de que yo le confesara mi amor.

Él se quejaba creyendo que yo era una de esas mujeres que sólo atienden á un hombre que las enamora, por el interés de casarse con él.

Yo tenia bastante fuerza de voluntad para mostrarme con él fria y reservada.

Él ardia de amor por mí.

Pero con un amor bastardo.

Yo acabé por tener la seguridad de que interesaba los sentidos de don Gaspar, pero no su alma.

Esto me irritó y me empeñó.

Así, pues, yo no podia escuchar las solicitudes de los que me querian para esposa.

Yo no podia amar á ninguno.

Amaba con toda mi alma á don Gaspar.

Estos amores, ó más bien este pleito de amor, pasaba en secreto.

No le conocia nadie más que la fiel doncella que me acompañaba siempre que con don Gaspar hablaba, y que, aun que yo no los necesitaba para tenerme firme, me daba muy buenos consejos.

Recibimos por entónces, y por medio de la justicia, la nueva de la muerte en Nueva España, de un pariente, al cual no conociamos, y del cual resultábamos herederas.

Éramos ricas.

Pero, ¿qué era nuestra riqueza comparada con la que nos dejaba aquel pariente indiano, del cual nosotras no habíamos tenido noticia hasta que habia muerto?

Mi madre aceptó la herencia.

De improviso se presentó otro pariente con mejor derecho, segun él decia.

Y así debia de ser, puesto que rápidamente nos ganó el pleito.

Y no fué esto sólo; sino que por haber sacado pruebas y papeles, resultó que mi padre habia heredado indebidamente, y que todo lo que teníamos pertenecia ó habia pertenecido de derecho á aquel nuestro pariente que en Nueva España habia muerto.

Por consecuencia, el heredero de aquél tenia derecho á los bienes que indebidamente habia heredado mi padre.

Fuímos despojadas, lanzadas, hasta de la misma casa en que yo habia nacido.

Durante algun tiempo nos mantuvimos con las alhajas que habíamos podido salvar del embargo.

Despues, por la caridad de algunos amigos.

No se puede comprender el horror de la caida hasta que se llega al fondo del abismo y se vé que no se puede salir de él, á no ser valiéndose de medios infames.

Y ántes que llegar á estos medios es preferible la muerte.

La última y mayor desgracia que puede acontecernos, es morir.

No importa cuál sea la agonía.

Dios nos dá fuerzas para soportarlo todo, hasta que, no pudiendo resistir más, nuestro corazon se rompe y morimos.

Yo sentia nuestra miseria, mucho más que por mí misma, por mi madre.

Yo habia cortado de todo punto mis amores con don Gaspar.

Como que el despiadado heredero del indiano, el que nos habia disputado la herencia, el que nos habia quitado hasta lo que habíamos heredado de mi padre, era él.

Todo hubiera podido arreglarse conque este hombre se hubiera casado conmigo.

Pero él no queria perder la libertad.

El habia creido que por la miseria me obligaria á ser yo su barragana, su amor infame.

¿Y por qué amo yo todavía á ese hombre, Señor?

¿Se puede explicar esto?

—Dios sólo sabe lo que pasa en el corazon de sus criaturas, dijo Cervantes.

—Yo me indigno contra mí misma, dijo Beatriz, y apesar de esto mi amor crece, y crece...

Pero continúo mi cuento, señor.

Murió de pena y de miseria mi madre.

Yo la acompañé hasta el punto en que la sepultaron.

Despues me salí de Toledo.

Nada tenia en él.

Ni pan ni casa.

Era una mísera mendiga.

Por nada del mundo habria yo mendigado en Toledo.

Salí de esta ciudad no sé por qué puerta.

Tomé por no sé qué camino.

En un cortijo, compadecidos de mí, me dieron un pedazo de pan, otro de queso y dos cuartos.

Seguí.

Yo caminaba de prisa.

Habia dentro de mí una desesperacion que me impulsaba con una fuerza incontrastable.

Yo era delicada.

Yo nunca habia caminado.

Sin embargo, por la tarde, y aun muy de dia, llegué cerca de Esquivias; cerca de esta casa.

Aun no sentia cansancio.

Y esto que ni aun habia comido.

Yo conservaba el queso y el pan tales como me los habian dado.

Sentí pisadas de caballos detrás de mí.

Sin saber por qué, volví la cabeza.

Vi con sobresalto á don Gaspar, que sobre un poderoso caballo, y acompañado de algunos criados, se encaminaba, al parecer, á Esquívias.

Al verme don Gaspar, lanzó un grito de alegría.

Nadie habia en el camino.

Aun que yo hubiera gritado pidiendo socorro, nadie hubiera oido mis gritos.

—Al fin, doña Beatriz, me dijo don Gaspar, os encuentro en un lugar en que puedo apoderarme de vos y haceros dichosa á despecho vuestro.

Y echó pié á tierra y hácia mí se vino, resuelto á apoderarse de mí y á llevarme consigo.

Yo me aterré.

No tenia quien me valiese.

Me arrojé al suelo desesperada.

Resuelta á dejarme matar ántes que á ser arrebatada por don Gaspar.

Pero de improviso, de entre unas malezas que en derredor de la vieja cruz habia en el camino, salió una mujer.

Una vieja harapienta.

No he visto jamás nada tan horrible.

Llegó á mí, me asió de una mano, me alzó y me dijo:

—No tiembles, niña, que estando tú al lado de la tia Cotrina, nadie se ha de atrever á tí.

Y la tia Cotrina miraba de una manera encarnizada á don Gaspar y á sus criados.

Dios me enviaba un demonio para que me salvase.

Yo no he visto nunca nada tan horrible como aquella mujer.

Fluía de sus ojos algo que aterraba.

Lo cierto es, que ni don Gaspar ni sus criados se atrevieron á dar un solo paso hácia mí.

—Idos, exclamó la tia Cotrina, ó llamo á una legion de mis hermanos para que os extermine.

Don Gaspar y sus criados que habian echado pié á tierra, volvieron á montar precipitadamente, y se alejaron á todo el correr de los caballos hácia Esquivias.

Yo me habia desmayado: de terror, por la amenaza de don Gaspar; de horror, por la vista de la tia Cotrina.

Cuando volví en mí, me encontré aquí mismo, sobre un monton de paja infecta.

No habia más.

Si fuera de dia os espantaria la miseria, la desnudez de este lugar.

La tia Cotrina me miraba con una ternura infinita.

Entónces me pareció vieja y fea, pero no horrible.

Habia en ella algo que consolaba.

Una piedad profunda.

—«Los desventurados, me dijo, somos los hijos predilectos de Dios. El, en su infinita misericordia, nos prueba para darnos el galardon eterno, si le hemos merecido, por la constancia y por la virtud con que hayamos sufrido el martirio de la vida.»

En una palabra, señor; en vez de un demonio, yo ví en la tia Cotrina un ángel.

No podeis figuraros hasta qué punto me sentí consolada.

Comprendí que ya no estaba sola en el mundo.

Me inspiraba yo no sé qué confianza la tia Cotrina.

—«Yo he pecado mucho, me dijo, pero jamás he hecho mal á nadie; todo el mal que yo he hecho, me lo he causado á mí misma. Yo he sido hermosa y rica. Yo he gozado de los placeres y de la vanidad. Dios me ha llamado á sí. Yo estoy aquí, en esta zahurda, apurando mi penitencia: todos me creen saludadora: á mí vienen los estropeados y los enfermos á que los cure. Dios oye mis oraciones, y á

muchos de los que me buscan les dá la salud. Los que no son salvos, es porque están en pecado mortal y no se arrepienten. Dios por esto no quiere que sean salvos. Yo no recibo nada por las curas que hago. Si las vendiera perderia mi virtud; esta virtud misteriosa que Dios me ha dado: yo conjuro los espíritus, y los siento que en derredor de mí zumban. Los espíritus, porque Dios lo quiere, obedecen mi voluntad; pero yo no les mando hacer más que lo que es justo.

Yo no entendia bien á la tia Cotrina.

Me parecia que estaba hablando con una loca.

La idea de las brujas se me vino á la memoria.

Y sin embargo no me espanté.

La tia Cotrina continuaba pareciéndome un ángel feo y viejo...

—«Tú vivirás conmigo si quieres, me dijo; pero tendrás que partir la dureza de mi vida: yo tengo hecho un voto á Dios, y este voto, á la dura penitencia en que vivo me obliga: tú no puedes vivir á mi lado sino viviendo como yo vivo: la limosna es mi sustento: mi lecho esta paja: mi albergue este mísero recinto: lo que me sobra de mi frugal alimento, lo doy cada dia á otros más pobres que yo.»

—¿Y por qué me habeis espantado cuando os he visto la primera vez? exclamé.

—Porque entónces estaba indignada, me respondió, y aparecia en mis ojos la cólera del Señor; la cólera terrible que aterra y mata.

En una palabra, señor mio: yo me quedé al lado de la tia Cotrina, viviendo con ella, partiendo con ella su dura penitencia; yo que no tenia aun por qué aplacar al Señor.

Yo la habia contado mi historia.

—Nada tienes que esperar de ese hombre, hija mia, me dijo: ese hombre es un libertino sin corazon: un hombre perverso, dejado de la mano de Dios, y si Dios al corazon no le toca, él acabará de mala muerte: anda enamorado ciego de una buena señora que á veces vive aquí, donde tiene la hacienda, á veces en Toledo, á veces en Madrid: quiere casarse con ella; pero ella, aun que es muy rico, y muy buen mozo, y muy noble y muy principal, le desprecia: él la acecha y la persigue como te ha acechado y te ha perseguido á tí; y ella, del solo nombre de don Gaspar se espanta: doña Catalina de Salazar, que así se llama esta señora, te está vengando, porque así Dios lo quiere, de don Gaspar.

En resolucion, yo viví un año con la tia Cotrina.

Ella me enseñó sus salutaciones y sus preces, y á evocar á los ángeles buenos y á los malos.

Pero la verdad es que yo nunca he sentido junto á mí los espíritus, ni á pesar de todas mis salutaciones y de todos mis rezos, he podido curar á nadie.

Ella, sin embargo, y por un misterio que yo no he podido explicarme, curaba á mucha gente.

Al que no curaba, le creia en pecado mortal.

Yo creo que estaba loca.

Pero las curaciones que hacia me asombraban.

Daba vista á muchos ciegos, habla á muchos mudos, agilidad á muchos estropeados.

En el pueblo la tenian y la tienen por santa.

Si pasais de dia por el cementerio, vereis que sobre su sepultura, que está en un rincon, al pié de la torre de la iglesia, hay siempre flores.

Estas flores las ponen los que tienen fé en la santidad de la tia Cotrina, y van á su sepultura á pedirla por sus desgracias ó por sus dolencias.

Cuando la tia Cotrina murió, en el momento de su agonía me dijo:

—«Hija mia: te dejo dos herencias: mis salutaciones, y este agujero, en el cual has vivido conmigo un año: sé siempre buena y temerosa de Dios: continúa en esta penitencia, y puede ser que Dios se apiade de tí y te dé lo que deseas.»

Despues de estas palabras, y al poco espacio, murió.

Yo la cerré los ojos.

Fuí á avisar al alcalde.

Vinieron con gran pompa, como ántes habian venido á darla el Viático.

Llevaron el ataud cuatro doncellas de las más hermosas del pueblo.

Se la hizo un gran funeral y se la enterró al pié de la torre de la iglesia.

Desde entónces yo vivo de la limosna que me dan, y como la tia Cotrina, doy todos los dias lo que me ha sobrado del dia anterior, á otro más pobre que yo; que en los pueblos, y aun en las ciudades, hay mucha miseria, y los pobres de vergüenza se mueren de hambre en un rincon.

Todas las noches, al mediar, voy á rezar una hora por el alma de la tia Cotrina, sobre su sepultura.

A esto se debe el que yo haya podido oir lo que me ha bastado para ponerme en vuestro camino y avisaros á tiempo de que al pié de la torre de la iglesia os esperaban cinco hombres para mataros.

La noche es muy oscura.

Por eso, cuando llegaron esos infames, no pudieron ver que yo estaba acurrucada sobre la tumba de la tia Cotrina.

Oí todo lo que hablaban.

Yo os conocia como conozco á doña Catalina de Salazar; como conozco á vuestras hermanas.

Oí que el mayordomo de don Gaspar, á quien conozco tambien demasiado, decia á los hombres que le acompañaban, lo que habian de hacer para dar fin de vos.

Yo me arrastré, me escurrí sin ser sentida: os esperé; os avisé...

—Ahora, señor, ved lo que haceis, porque el enemigo que teneis es tan infame, que no cesará hasta perderos.

—Yo os agradezco con toda mi alma vuéstra buena voluntad, señora, y os digo que todos los peligros y todas las asechanzas del mundo, no valdrán para que yo deje de casarme con la mujer á quien amo. Y en cuanto á vos, yo os digo que, ó he de poder muy poco, ó con el hombre á quien amais os he de casar.

—Óigaos Dios, dijo suspirando Beatriz: que á pesar de su crueldad, cada dia más le amo, y más por él muero.

—¿Y por qué no esperar, dijo Cervantes, que conociendo él vuestra constancia y vuestra virtud, al fin venga á amaros, no con una pasion impura, sino con toda la virtud de su alma, y por vos sea perdonado y salvo? Dios sabe los caminos de sus criaturas, y vuestra virtud y vuestro martirio; y el valor con que lo sufrís en vuestros pocos años, hará que el Señor, en su eterna justicia, de vos se apiade y os recompense. Y puesto que vos, señora, para mí habeis sido tan buena, dejad que yo para vos sea un tal amigo como si fuera vuestro hermano, y que á vos me ofrezca en todo lo que pueda y valga.

—De nadie más que de Dios necesito, dijo Beatriz; no embargante lo cual yo os agradezco en el alma vuestro buen deseo: y ahora, señor, que ya estais informado de lo que debeis saber para que os guardeis, dejadme que vaya á ver si vuestro camino se encuentra franco y sin peligro.

—Dejad, señora, que conocer el peligro y saber donde está, ya es mucho para no temerle: y dejadme á mí, que tengo la seguridad, estando avisado, de que no he de caer á manos de traidores.

—Pues no habeis de salir, dijo Beatriz, sin que al ménos yo os acompañe, y delante de vos vaya.

Y se fué á la puerta y la abrió.

En el momento de abrir la puerta, Cervantes la oyó gritar:

—¡Eh... buena gente! ¿á dónde vais?...

—A donde no os importa, contestó una voz bronca.

—Sabed que el camino no está muy seguro, dijo Beatriz: id con cuidado.

Aquel á quien Beatriz se habia dirigido no contestó.

Hasta Cervantes llegaba el ruido de los pasos de algunos hombres que iban por el camino.

Al fin aquel ruido se perdió en el silencio.

—Ellos son, dijo Beatriz; yo les he preguntado por conocerlos: el que me ha respondido es el mayordomo de don Gaspar: van camino de Toledo; podeis volveros sin cuidado á vuestra casa, señor Miguel de Cervantes: pero ved lo que haceis mañana á la noche que volverán; bien es verdad que para mañana á la noche ya habré yo avisado al alcalde.

—Por hermano vuestro tenedme, y porque no quiero retardar más la acostumbrada hora de vuestro reposo, á Dios os quedad, y hasta la vista, que será mañana.

—Id con Dios, señor Miguel de Cervantes, y que Él os guarde.

Cervantes salió conmovido y preocupado.

La historia de Beatriz le habia interesado sobre manera.

Habia formado el propósito de casarla con aquel miserable don Gaspar.

No sabia de qué medios habia de valerse, pero tenia una gran fé de que en aquella nueva empresa le habia de ayudar Dios.

Se entró en el pueblo.

Pasó por la sombría encrucijada, al pié de la torre de la iglesia.

No habia nadie.

Al fin llegó, sin encontrar una sola persona, á su casa.

CAPÍTULO XIV.

De como á causa de unos celos, Cervantes se vió en la necesidad de meterse en aventuras.

Cervantes durmió muy mal aquella noche.

Una multitud de imágenes fantásticas, sombrías unas, risueñas otras, poblaron su insómnio.

Ántes de la salida del sol, se aliñó, y con sus hermanas se fué á casa de su doña Catalina, para ir, como de costumbre, á misa.

Apénas vió á doña Catalina la preguntó por Beatriz.

—¿Y de qué la conoceis vos? le preguntó no sin algun dejo de celos doña Catalina; ayer nada me dijisteis de ella.

—Encontréla anoche cuando á mi casa me volvia, dijo Cervantes.

—Muy tarde era para encontraros.

—Estaba rezando en la puerta de la iglesia, dijo Cervantes que no quiso decir la verdad á doña Catalina: extrañé el ver una mujer sola y á tal hora, y creyendo que sólo por una gran desgracia á la puerta de la iglesia podia estar á aquellas horas rezando, acerquéme por si en algo podia servirla.

—Muy caritativo sois, dijo doña Catalina.

—Me duelen las desgracias ajenas, respondió Cervantes.

—Habreis visto que Beatriz es muy hermosa, y que apénas cuenta diez y ocho años.

—Jóven la reputé por lo fresco de su voz, dijo Cervantes; pero verla no pude, porque hacia muy oscuro.

—¿Y qué os dijo?

—Que era una penitente, y que se llamaba Beatriz: la dí limosna, y pasé.

—Pues si no pudisteis verla porque hacia oscuro, ahora que hace muy claro, la vereis en la puerta de la iglesia, donde se pone á pedir limosna: si no estuviera tan flaca por sus penitencias pareceria más hermosa.

En doña Catalina habia, indudablemente, una sombra de celos.

¿Y qué mujer que ame como doña Catalina amaba, no escucha con disgusto la pregunta que el hombre de su amor la hace acerca de una mujer hermosa?

Aquella mañana doña Catalina no estuvo tan comunicativa ni tan contenta como otras.

Salieron.

A la iglesia se encaminaron.

A medida que á la iglesia se acercaban, doña Catalina se mostraba más inquieta.

Cuando llegaron á la puerta de la iglesia, aparecia densamente pálida.

—Ved ahí á Beatriz, dijo.

Beatriz estaba de pié junto á la cancela.

Cervantes miró con interés.

Beatriz era una jóven alta, esbelta, muy hermosa, pero muy demacrada.

En su puro semblante aparecia el sello de un gran sufrimiento.

Estaba inmóvil, apoyada en la cancela.

Al ver á Cervantes se irguió.

Fué á la fuente del agua bendita.

Dió agua primero á doña Catalina.

Ésta la dió dos maravedís.

Una llamarada febril iluminó el semblante de Beatriz.

Habia notado no sabemos qué animosidad en la mirada de doña Catalina.

Sin duda Cervantes la habia contado lo que habia sucedido la noche anterior, y doña Catalina tenia celos de ella.

Antes de tomar los dos maravedís. dió agua á las hermanas de Cervantes, y á Cervantes mismo.

—¡Pues aunque yo no fuera más que vuestra criada! dijo doña Catalina, que habia tenido los dos maravedís en la mano.

—Perdonad, señora, dijo Beatriz: pero ante todo es servir á los que nos hacen bien.

Y tomando los dos maravedís, añadió:

—Que Dios os lo pague, mi buena señora.

Luego fué á ponerse otra vez en la cancela.

Doña Catalina oyó muy mal la misa.

Mejor dicho: no la oyó ni aun la vió.

Ardia de celos.

Habia visto que la mirada de Cervantes se habia encarnizado en la melancólica hermosura de Beatriz.

Los celos son bastantes para cambiar á una mujer de ángel en demonio.

Doña Catalina, al salir de la iglesia, arrojó una mirada de odio á Beatriz.

Ésta contestó á aquella mirada enemiga con una expresion de gratitud, y una lánguida mirada en la que habia mucho de amor.

En cuanto á Cervantes, le bajó la cabeza, y le dejó ver una sonrisa de confianza.

Y en verdad, en verdad, doña Catalina no andaba muy descaminada en tener celos.

Cervantes, bastante predispuesto por la aventura de la noche anterior, al ver por la mañana en la iglesia á Beatriz, la habia mirado, sin ser poderoso á contenerse, y como sin notarlo, con un cierto encarnizamiento.

Doña Catalina, que sentia el durísimo aguijon de los celos por la primera vez de su vida, se habia puesto para con Cervantes irascible y de todo punto agresiva.

Hemos dicho que los tres hermanos almorzaban en casa de doña Catalina.

Como que estando tan próximo el dia del casamiento, se consideraban ya como de la familia.

Apénas si almorzó doña Catalina, y acabado el almuerzo, se retiró á su aposento con el pretexto de que la dolia la cabeza.

Y no era ciertamente pretexto.

Si no la dolia la cabeza, la dolia el corazon.

Cervantes se fué con sus hermanas á su casa, y harto satisfecho, porque en los celos que no habia podido disimular doña Catalina, le habia mostrado cuánto le amaba.

Pero conocia tambien Cervantes, que Beatriz habia causado en él demasiada impresion.

Acostumbrado desde hacia algun tiempo á pasar las horas que mediaban desde el almuerzo á la comida, al lado de la sencilla y dulce doña Catalina que, inocente para el amor, se lo comia con los ojos, Cervantes no se encontró bien en su casa.

Le parecia que sus humildes paredes se estrechaban y le sofocaban.

Que el techo se le venia encima.

Se lanzó á la calle, con la intencion de dar una vuelta por el pueblo.

Pero hacia mucho calor.

Además, en los pueblos, en los dias de trabajo, no hay un alma por la calle.

Parecen desiertos.

De una manera impremeditaba Cervantes se salió del pueblo.

Cualquiera hubiera creido que iba á buscar sombra y frescura en los frondosas huertas que rodeaban al pueblo.

Pero Cervantes no sabia á donde iba.

De improviso le detuvo un canto dulce, lánguido, triste.

Se oia al mismo tiempo el zapatear la ropa de una mujer que lavaba.

A esto se unia el sonoro y monótono ruido de la corriente del arroyo.

Más allá, partiendo de una cercana enramada, resonaba el gorjeo de un ruiseñor.

De los encharcados caballones de las huertas, partia el ronco canto de la rana.

Acá y allá, á lo léjos, se oia en el campo el chirrido de la cigarra.

Y el calor crecia.

Empezaba á hacerse pesado.

Eran ya más de las diez de la mañana.

Cervantes volvió la cabeza hácia el lugar de donde venia el dulce canto de la mujer.

Vió á Beatriz lavando.

Ésta le habia visto mucho ántes que él á ella.

Cesó de cantar y se alzó.

Llegó hasta Cervantes y le besó la mano.

Aquel beso purísimo, en su intencion y en su manera, inquietó no obstante, á Cervantes.

—A fé, á fé, dijo, que yo no me habia dado cuenta de que venia por aquí, hija mia.

—Dios lo ha hecho, respondió Beatriz, para que yo pueda deciros cuán agradecida os estoy.

—¡Agradecida!... ¿y de qué? exclamó con extrañeza Cervantes: yo soy quien debe estaros agradecido, puesto que anoche me librásteis de una muerte segura.

—Por lo mismo, dijo Beatriz; cuando hacemos una buena accion, nos parece que nuestra alma está más cerca de Dios: hacia mucho tiempo que yo no dormia tan dulcemente como he dormido anoche: mi sueño me ha dejado ver dulces imágenes: durante él han cesado todas mis penas: he sido completamente feliz; aun me queda el consuelo de ese hermoso sueño: me siento con el alma llena de esperanza: ¡oh! ¡sí! creedme: todos seremos felices, aun que hayamos de pasar por algunas pruebas.

—Dios sujeta á cada paso á terribles pruebas á las criaturas, dijo Cervantes.

Y miró involuntariamente de tal manera á Beatriz, que ésta bajó los ojos y se la encendió el semblante de un súbito rubor.

—Pero la experiencia y el convencimiento de nuestro deber, añadió inmediatamente Cervantes, nos hacen superar la prueba: es necesario no escuchar demasiado á los sueños de la fantasía.

Beatriz levantó su purísimo semblante y sonrió.

—Sois bueno, y no se os puede conocer sin estimaros, dijo.

En aquel momento ahogó un grito.

—¡Ah! dijo: ¿por qué habeis venido por aquí?

—¿Por qué decís eso? exclamó Cervantes.

—Acabo de ver el semblante de doña Gúdula, la dueña de doña Catalina, entre las ramas de esos naranjos.

Cervantes volvió la cabeza.

Ya no se veia nada.

—Ha desaparecido en cuanto nos ha visto, dijo Beatriz.

—¿Y eso qué importa?

—Las apariencias, exclamó Beatriz: doña Catalina os ama, y los celos son muy malos consejeros y aumentan las cosas más sencillas hasta hacerlas espantables. Hé aquí que la prueba empieza, señor Miguel de Cervantes.

—Doña Catalina hará muy mal en tener celos de vos ni de mí, dijo Cervantes.

—Si los celos fuesen prudentes, y diesen lugar á la reflexion, tendríais razon,

señor; pero los celos son ya, en cuanto aparecen, un principio de locura. Idos, y Dios quiera que el haber pasado vos por aquí, señor mio, no nos ponga más á prueba que lo que yo creo.

Y Beatriz se volvió al arroyo, y se puso de nuevo á lavar.

Cervantes reflexionó algunos momentos.

—Adios, Beatriz, dijo, adios; yo no tardaré en volver, y sin causar celos á nadie.

—Id con Dios, señor Miguel de Cervantes, y que Él os aguarde, dijo Beatriz.

Cervantes se volvió por el mismo camino que habia llevado.

Pero iba tan distraido, que al llegar á cierto punto, en vez de tomar hácia su casa, tomó hácia la casa de doña Catalina.

No se apercibió de su equivocacion hasta que se encontró cerca de la casa de ésta.

Llegó á ella.

Se encontró en el zaguan con la dueña, doña Gúdula, que tenia el semblante más avinagrado del mundo.

Parecia como que hacia causa comun con doña Catalina.

Y nada tenia esto de extraño.

La habia criado.

Las cosas de doña Catalina la afectaban como las suyas propias, y aun mucho más.

—Yo no sé á qué venís aquí, dijo con la acritud, la acometividad y la insolencia inherentes á todas las viudas rancias que no han podido encontrar una segunda víctima, cuando teneis tales y tan buenos entretenimientos: ¿os vais á echar á saludador, señor Miguel de Cervantes?

—Vos estais dejada de la mano de Dios, doña Gúdula, exclamó sobresaltado Cervantes, y es extraño que tengais tan mal genio, y seais tan aviesa, porque con el buen parecer, ¿qué digo? con la hermosura que aun conservais y con vuestra frescura, aun podria haber quien de vos se enamorase y os sacase de servidumbre.

Cervantes apelaba á la adulacion que tanto influye en todos, y especialmente en la mujer, para captarse la voluntad de la vieja dueña.

Se desarrugó el semblante de ésta, ó por mejor decir apareció ménos arrugado.

—Pues mirad, señor Miguel de Cervantes, dijo aquella especie de bruja: yo he soñado que me he de volver á casar, y con un mozo como un pino de oro.

—Pues los sueños, dijo Cervantes, son casi siempre proféticos, y si los entendiéramos, nos iria mucho mejor.

—¿Habeis hablado algo de mí con la saludadora? dijo doña Gúdula.

—¿Y quién es la saludadora? preguntó Cervantes.

—¿Por qué os haceis de nuevas, dijo doña Gúdula sonriendo maliciosamente, si la conoceis más de lo que quisiera cierta persona?

—Pues no os entiendo, doña Gúdula.

—¿Con quién hablábais no ha mucho, cerca del arroyo? dijo la dueña.



— Id con Dios, señor Miguel de Cervantes, y que Él os guarde, dijo Beatriz.



—¡Ah! la pobre Beatriz... exclamó Cervantes.

—Sí, pero la pobre Beatriz es muy hermosa, y luego es hechicera y atrae á las personas. Como ella quiera que la quieran, no hay más remedio que quererla, y como ella quiera ser querida. Ella me ha visto, y debe de habéroslo dicho, cuando enseguida os habeis venido aquí.

—Pues mirad, he venido sin saber cómo: pero ya sé cómo ha sido: mi corazon ha encaminado mis piés.

—Pues mirad que aquí están airados contra vos, y de tal manera, que puede ser que os pese.

—Será sin razon ni justicia esa ira.

—Y decidme: ¿por qué estabais hablando no ha mucho, y mano á mano, con la saludadora?

—Vuestra ama se fué despues del almuerzo, pretextando que la dolia la cabeza: yo hube de irme á mi casa; me aburria, y me salí á dar una vuelta por el pueblo.

—¡Y con el calor que hace!

—Por lo mismo, buscaba la frondosidad de las huertas.

—¡Ah!... ¡ya!... ¡sí!... ¡y la frescura del arroyo! ¡y por cierto que es un arroyo muy florido y muy cristalino!...

—No os deis en las malicias, doña Gúdula: dejad eso para las viejas que ya están desesperadas.

—¡Ay!... ¡y quién fuera vieja!... exclamó doña Gúdula; que yo pienso que en la vejez no ha de dar tanta guerra el alma.

—Vos sí que con vuestras cosas me estais dando guerra, doña Gúdula.

—¿De veras? exclamó equivocándose y amartelándose la vieja, que se creia aun grandemente en estado de merecer.

—Capaz habreis sido de decir á doña Catalina que yo estaba enamorando á Beatriz.

—Yo he dicho lo que he visto: que vos estabais hablando á solas con la saludadora, y que la teníais asida una mano, dijo rehaciéndose doña Gúdula, y estirándose.

—Pues habeis hecho muy mal, doña Gúdula, repuso despechado Cervantes.

—Yo no hago mal, saltó la dueña, en servir bien á aquella en cuya casa he comido el pan toda mi vida: la señora me mandó que os siguiese, y viese á dónde ibais, y yo os he seguido: ¿qué culpa tengo yo de que vos, á pesar de que sois ya un hombre hecho y derecho, hagais cosas que no podrian perdonarse en un barbilindo? ¿O es que á vos os gustan todas, señor Miguel de Cervantes?

—¡Maldita sea la primera dueña que Dios ha echado al mundo!... exclamó sofocado Cervantes: pero, no, no; Dios no ha hecho á las dueñas: las ha hecho el diablo.

—¡Pues dígoos yo que por desvergonzado y mal nacido os ha de pesar!... dijo doña Gúdula rompiendo al fin por todo al verse tratada de tan cáustica manera por Cervantes.

Y tras esto, dió una rabotada, y con la segunda puerta del zaguan, en las narices dió á Cervantes.

Cervantes, no teniendo otra cosa mejor que hacer, se sentó en un poyo que habia en el mismo zaguan.

Allí, á lo ménos, estaba á la vista de lo que podia pasar en casa de doña Catalina.

Le retenia, además, el corazon.

Aquel primer contratiempo de su amor le habia impresionado con mucha más fuerza que todas las contrariedades que habia experimentado en sus otros amores.

Podia decirse que aquellos otros amores, sólo existian en el fondo de su alma como tristes recuerdos.

Doña Catalina tenia sobre él una influencia poderosa, mucho mayor que la de ninguna de las otras.

Estando en estas imaginaciones, sintió dentro, en el patio de la casa, las pisadas de un caballo.

Se abrió al fin la puerta, y sacando un jamelgo de la brida, apareció Roque, uno de los mozos de doña Catalina.

—¡Ah! ¡que estais vos aquí, señor Miguel de Cervantes! le dijo con el acento un tanto fisgon.

Sintióse contrariado Cervantes de que aquel criado le viese enzaguanado en aquella casa que casi podia considerarla como suya, puesto que, corridas las amonestaciones y hechas todas las formalidades y compradas las galas, sólo faltaban cuatro dias, hasta el domingo, para que se efectuasen las bodas, y contestó:

—He llegado con calor y cansancio; me ha dado yo no sé qué mareo, y me he sentado un instante para alentar.

Despues de haber salido del paso como habia podido, añadió:

—¿Y tú?... ¿á dónde vas?

—¿Yo?... exclamó un tanto aturdido Roque: yo voy...

Y se detuvo.

—Anda; vuela con Dios, dijo Cervantes, que no quiso trabar una cuestion con Roque, allí, en la misma puerta de la casa.

—Pues que Dios guarde á vuesamerced, dijo:

Y sacó el caballo á la calle, dejando la puerta de en medio abierta, ó por olvido ó por respeto á Cervantes; montó y se alejó al galope.

Cervantes salió tambien á la calle.

Roque iba ya por un extremo de ella.

—¡Ah! exclamó Cervantes: tú vas á algo que yo necesito saber qué es.

Y partió á la carrera.

Se metió algunas casas más abajo, en la de un labrador de quien se habia hecho grande amigo.

Le pidió caballo y espuelas, que le fueron dados al momento.

Cervantes, sin saber á donde iba, puso su caballo al galope, salió del pueblo, ganó el camino de Toledo, picó al caballo, y le puso al escape.

CAPÍTULO XV.

De cómo Cervantes, para tener unas noticias que le hacian falta, conquistó el corazon de una moza de posada.

Pero por mucho que picó al caballo Cervantes, no pudo alcanzar á Roque.

O se habia salido del camino real tomando otro de atraviesa, ó habia picado más que él.

A riesgo de rebentar el caballo, Cervantes seguia espoleándole.

Sin saber por qué, tenia la seguridad de que era para él muy importante conocer el mensaje que Roque llevaba.

¿Para quién podia ser aquel mensaje?

Cervantes no podia dar en ello.

Arreciaba el calor, y en el estado de sobreexcitacion en que se encontraba se le hacia insoportable.

Por el camino no habia encontrado á nadie.

El caballo era fuerte, y estaba acostumbrado á la fatiga.

Pero Cervantes temia que no pudiera resistir una tan larga carrera.

Al fin, allá á lo largo del camino, á mucha distancia, en medio de un risueño valle, terminado por un pintoresco horizonte, descubrió la torre de la iglesia de Castillejos.

No se veia una sola persona en todo lo que se descubria de camino, ni á caballo ni á pié.

Llegó al fin al pueblo Cervantes.

En donde mejor pueden saberse en un pueblo las noticias del dia, es en la posada.

Con este motivo se fué á ella en derechura Cervantes.

Necesitaba, además, dar cuanto ántes descanso al caballo y una empajada.

El mozo no parecia.

Las mozas dijeron desenfadadamente á Cervantes que podia servirse por si mismo.

Cervantes se metió en las cuadras.

Estaban desiertas.

Sólo allá en un extremo se veia un cuártago viejo.

Acercóse á él Cervantes.

Le encontró jadeando y arrojando el sudor á chorros.

Se conocia claro que acababa de hacer una larga carrera.

Estaba aun ensillado.

No se le habia servido pienso.

Su jinete sin duda estaba muy deprisa.

Además, Cervantes habia reconocido el caballo.

Era el que Roque habia sacado de la casa de doña Catalina.

Luego Roque estaba en la posada, ó por lo ménos en el pueblo.

Cervantes ató al cerco que se veia encima de un pesebre su caballo, y sin desensillarle se salió á la cocina.

Tenia tanta prisa como la que habia podido tener Roque.

Se acercó á una moza que por allí andaba cuidando de la comida.

Era la muchacha cari-redonda, colorada, con los ojos negros y vivos, y una gran mata de pelo negro y ondulado.

Era una buena hembra, y además, muy jóven, y que parecia tener vergüenza, cosa extraña en las Maritornes ó Marivuelvas.

Cervantes la sonrió, y la dijo:

— Me parece que voy á tener yo muy buena posada.

— Por el dinero baila el perro, señor hidalgo, contestó la muchacha.

— ¿Y vos, por qué bailais? la dijo Cervantes.

— Yo no bailo, contestó ésta poniéndose séria.

— Si es porque no sabeis, yo os enseñaré.

— No me hace falta.

— ¿Qué sabeis vos lo que os hace falta, ó lo que falta no os hace? Dejaos querer.

La muchacha miró profundamente á Cervantes, y no debió de parecerle éste mal, porque sonrió.

Buen principio.

— Hé aquí un ducado para que os compreis un collarin de corales para la garganta, que es muy hermosa y os sentará muy bien.

— Muchas gracias, caballero, dijo ella: pero si lo hiciéseis con alguna intencion, guardadlo, que yo soy una muchacha honrada.

— Pues mejor, dijo Cervantes; así no mentireis.

— ¡Líbreme Dios de mentir, que es gran pecado!

— Decidme cúyo es el caballo que he encontrado en la cuadra.

— De un paleto que acaba de llegar, y que dice que es de Esquívias, respondió la moza.

— ¿Y dónde está ese paleto?

— Ha preguntado por un caballero que há más de un mes se trajeron una noche mal parado, y aun sigue en la posada curándose, y allá se ha ido á verle.

— ¿Y cómo se llama ese caballero?

—Yo no sé más, sino que se llama don Gaspar, porque así le nombran los criados que aquí tiene para cuidarlo, y que es de Toledo, y muy principal y muy rico.

—¿Y cómo está ese caballero?

—Ya vá bien, y á la tardecita sale apoyado en sus criados, á dar una vuelta por el pueblo.

—¿Quién viene á verle aquí?

—Nadie.

—Recordad bien,

—Nadie... como no sea...

La moza se detuvo.

Parecia como que no queria dejar de contestar á Cervantes, y al mismo tiempo como que temia decirle lo que sabia.

Pero Cervantes la miraba con ojos incitantes, provocadores.

La muchacha se ponia colorada y se aturdia.

—No temais en hablar, la dijo Cervantes; que si lo que podeis sin duda decirme es grave, yo soy muy discreto y muy callado.

Estaban completamente solos.

En aquel momento apareció en el portalon de la posada un hombre.

Aquel hombre era alto, ceñudo, como de veinticinco años, moreno, con ojos grandes, negros, sérios y centellantes, y más de un tanto fieros, con negra barba poblada, y vestia á lo maton.

Un coleto de ante, abierto, sujeto sólo por dos presillas, dejando ver una camisa muy blanca y muy limpia, cuyo gran cuello caia rebatido sobre los hombros y la espalda; unos gregüescos pardos, botas altas de gamuza; á la cintura una charpa de pistoletes, y pendiente de ella un gran espadon, y una daga de ganchos; gran sombrerote castoreño apuntado, y anchas espuelas vaqueras.

Olia á salteador aquel cristiano, desde una legua.

Con un—«Dios os guarde.»—pronunciado entre dientes, cumplió aquel hombre con su saludo, y se subió por las escaleras sin reparar en Cervantes.

Le tomó por un pasajero cualquiera.

Cervantes estaba de espaldas al portalon cuando él entró.

—Pues ya sé yo quién es el hombre que viene á visitar á don Gaspar, dijo Cervantes, y del cual vos no queriais hablarme.

—¿Y á qué os habia yo de hablar de él, dijo la moza, si ese hombre es el más malo que Dios ha echado al mundo?

—Es que para convertir malhechores, dijo Cervantes, no hay otro como yo. ¿Y cómo se llama ese tal?

—Anton el *Zurdo,* dijo la muchacha, pronunciando con trabajo aquel nombre; pero no digais que yo os lo he dicho, si no quereis que me suceda una desgracia.

—Pues haced cuenta que no hemos hablado nada... y vamos á hablar de otra cosa: ¿sabeis que sois la más garrida doncella que yo he visto en todos los dias de mi vida?

—Vaya, dejadme en paz, señor hidalgo, dijo la muchacha, que vos no os habeis de casar conmigo: y siendo esto así, yo no he de escucharos devaneos; que de buenos padres vengo, y mi honra guardo.

No embargante esta declaracion, Cervantes la abrazó, aun que bien pudo ella evitarlo, y en sus brazos se sintió, no sabemos si turbada, que encendida estaba como una amapola, y Cervantes pudo á su placer darla un beso en la garganta, que la tenia muy bella.

La muchacha hizo un violento esfuerzo, se desasió, y dijo entre vergonzosa y turbada:

—Pues no se dirá que estos señores de la corte son cortos de genio: ¡Ea!... haceos allá, que vos habeis conseguido lo que no ha conseguido nadie en el mundo, pero ha sido contra mi voluntad.

—¿Y no os vendríais vos conmigo á la corte? preguntó Cervantes.

—Segun y cómo.

—Seríais mi ama de gobierno.

—Eso seria lo que quisiera mi madre.

La muchacha aparecia más encendida y más turbada.

—¿Cómo es que estais sola? la dijo Cervantes.

—El amo ha ido á ver unos parientes, dijo la muchacha; el ama á visitar una su amiga que se halla enferma, y el mozo de paja y cebada, como yo no le hago cara, en cuanto los amos no están, de la posada se vá á ver una gitanilla que vive á la vuelta.

—¿De modo que, dijo Cervantes, nadie me ha visto entrar en la posada?

—Nadie.

—Pues voy á salir de ella: tomad, por el gasto.

Y dió á la muchacha otros dos ducados.

—Pero vos no habeis hecho gasto, señor.

—Sí; he hecho gasto de corazon y de palabras.

Y tomó la barbilla á la moza.

Ésta se encendió más y más, y miró de una manera angustiosa y deliciosa á la par á Cervantes.

Guardó los otros dos ducados.

—Voy á sacar mi caballo, dijo éste.

—Haced lo que mejor os plazca, señor... perdonadme: ¿cómo os llamais?

—Miguel de Cervantes Saavedra; y decidme: ¿hay otra posada en el pueblo?

—No, señor; pero á un tiro de arcabuz de él, yendo por la calle Honda, sobre un caminejo, hay una venta.

—¿Y podeis vos ir á esa venta.

—Sí, señor; pero ahora no.

—¿Cuándo?

—Por la tarde; á la siesta.

—Pues por la tarde, á la siesta, allí os espero.

—¿Y para qué?

—Tengo que hablaros.

—Iré, señor caballero.

—Pues hasta entónces; y en cuanto á lo de ahora, como si no me hubieseis visto.

—Descuidad, que callaré como una muerta.

Cervantes se fué á la cuadra, y sacó de ella su caballo.

—Que no os olvideis de que á la siesta os espero, dijo Cervantes al salir, á la moza.

—Descuidad, señor, dijo ella, que no se me olvidará.

Cervantes salió, dobló por la primera esquina, preguntó á uno, que por acaso se encontró, dónde estaba la calle Honda, díjosele que en ella se encontraba, y por ella siguiendo salió al campo, y á poca distancia vió una venta, que era sin duda la de que le habia hablado la moza de la posada.

CAPÍTULO XVI.

De cómo una nueva aventura le salió al encuentro á Cervantes.

En el nuevo meson ó venta, encontró Cervantes una especie de caverna.

El que parecia dueño, y el mozo de paja y cebada que salió inmediatamente á tener el caballo, tenian las más perfectas trazas de malhechores que podian darse.

—Tened ese caballo, y dadle un buen pienso, dijo Cervantes tirando las riendas al mozo.

Éste se llevó el caballo.

—Vos, si gustais, dijo Cervantes al ventero, dadme un aposento.

—De cuatro que la venta tiene, elegid el que mejor querais, señor hidalgo, dijo el ventero, que miraba de una manera profunda y recelosa á Cervantes.

—¿Y cómo teneis todos vuestros aposentos desocupados, dijo Cervantes, si desde aquí estoy viendo en la cuadra más de seis caballos?

—Es que esos van de pasada, contestó brevemente el ventero.

—Así debe ser, dijo Cervantes, como si no le importara gran cosa aquella circunstancia.

Pero para él era indudable que aquellos caballos pertenecian á Anton el *Zurdo* y á su gente.

Ellos eran, sin duda, los que la noche anterior, acompañando al mayordomo de don Gaspar, le habian esperado para matarle al pié de la torre de la iglesia de Esquívias.

Era necesario que él observase á aquellos hombres.

Cervantes era audaz, y con mucha frecuencia su audacia llegaba hasta la temeridad.

—¿Y no comeis vos nada? preguntó el ventero.

—Por ahora no: he almorzado en el camino: pero despues del medio dia tomaré una fritada de huevos y torreznos.

—Muy bien, señor hidalgo: ¿y se podrá saber cómo os llamais?

—Yo me llamo don Bernabé de Estúñiga, vecino de Madrid, que voy de paso á Toledo por asuntos propios; si os importa saber quién yo soy, y á dónde voy, ya lo sabeis.

—Se descuelgan de tiempo en tiempo por aquí los de la Santa Hermandad, dijo el ventero, y estos tales son muy preguntones, y multan y prenden, y aun pegan por cualquier cosa. Si os he ofendido preguntándoos el nombre, perdonad.

—A mí no me ofende nadie por querer saber quién soy, dijo Cervantes, que nada temo ni debo.

—Y á fé, á fé, que teneis un muy hidalgo apellido: yo creo que os he conocido otra vez; á lo ménos, he oido vuestro nombre. ¿Vos sois alférez?

—Fuí: pero ya soy capitan.

—Pues en la batalla naval érais alférez en la galera la *Loba*.

—¿Conocísteis vos esa galera?

—Y bien de cerca: como que en ella estuve sirviendo más de dos años, sin que de ella pudiese apartarme.

—¿Galeote fuísteis?

—Y á mucha honra; que no fué por muerte hecha á traicion, dijo el posadero; que en riña fué, y leal y por justa causa; como que me habian deshonrado una hermana doncella, en quien yo tenia puestos los ojos; y cuando veais á mi sobrina, que pronto saldrá, que ha ido yo no sé á qué allá dentro, vereis la propia imágen de mi hermana. Fué el alcalde de este mismo pueblo, hombre rico y vicioso, que en cuanto una muchacha empezaba á hacerse moza, la solicitaba, y la requebraba y la engañaba; y á mi hermana la engañó persuadiéndola de que se casaria con ella, y aun me engañó á mí mismo, y luego todo se quedó en promesas, y mi hermana deshonrada y en cinta: y como cuando nació mi sobrina yo le dije que por lo ménos era necesario la reconociese por hija suya, y diese dote á la madre para que pudiese casarse con otro, como él era alcalde, viendo que yo le amenazaba quiso meterme en la cárcel, á lo que contesté tirando de una espada que bajo la capa llevaba, y él tiró de la suya, y nos agriamos, y de esto provino el que yo le metiese por los pechos una estocada tal, que luego cayó sin vida.

Prendiéronme, pero mi hermana, que era muy hermosa, sacó por empeño al padre guardian de Capuchinos, que tenia mucha mano en la corte, y así fué que

en vez de ahorcarme, se contentaron con echarme cuatro años á *gurapas*, y estando en ellas, vino la jornada primera de Levante, y luego la segunda, y en ella la batalla naval. Y como los galeotes de la *Loba* lo hicimos muy bien, pues como si los turcos no hubiesen disparado más que grajea, bogábamos limpio y á compás, despues de la batalla, el excelentísimo don Juan de Austria mandó que á todos los del remo de la *Loba* les quitasen los grilletes y les dejasen irse por el mundo, por donde mejor quisiesen, á ganarse honradamente la vida: y yo me vine al pueblo, y me encontré con que mi hermana habia muerto, y con que mi sobrina Cecilia se criaba al calor del padre Velez, guardian de los capuchinos, que en cuanto llegué me dijo que me casase, para que mi sobrina tuviese padre y madre, y yo dije que sí, y el padre Velez me casó muy caritativamente con una hija suya (de confesion), beata, que era la mejor moza que en el pueblo habia, y muy buena mujer, y muy cristiana, que ya la vereis, que ha ido á que el zapatero la remiende los zapatos; y para que yo pudiese acudir á mis obligaciones, el padre Velez me dió esta venta, que es del convento de Capuchinos, ó más bien mia, porque desde que estoy en ella, yo no he pagado ni un solo maravedí, y cuando ha sido menester que hagan obra, los buenos padres la han hecho, y todo por la buena opinion en que á mi mujer tienen, aun que su padre espiritual, el padre Velez, se murió (y en olor de santidad), hará como cuatro años: y ahora mi sobrina está muy bien quista con el padre provincial, que se ha venido á vivir á este convento, y nos vá muy bien... muy bien... muy queridos, y prosperando.

—¿Qué estais ahí diciendo, tio? exclamó una mocetona, aun que muy jóven, apareciendo por una puerta de la cocina: ¡y qué bien se conoce que esta mañana le habeis apretado la mano al aguardiente!

—Cállate tú, Cecilia, dijo el ventero, que este señor es una persona muy principal; y tanto, como que era alférez en mi primera *esposa*... ya sabes... la *Loba*, allá en la batalla naval.

—¡Válganos Dios, dijo la moza con descaro, con la batalla naval!... que si por cada vez que la nombrais nos cayera un ducado en el arca, ya me habria yo unido, por rica, con el Preste Juan de las Indias. Pero esto no reza con vos, caballero, añadió la moza volviéndose á Cervantes y sonriéndole, y mostrándole la dentadura más hermosa del mundo; y si algo hay en que podamos serviros, hablad; que vuestra boca sea medida.

—Sí; anda y lleva á su merced al cuarto del rincon... que es el mejor, señor capitan.

—¿Capitan sois? dijo la moza poniéndose en marcha.

—Sí, pardiez, dijo Cervantes: de los tercios viejos de Italia, y he venido á España, y á Toledo voy, para asuntos de familia.

—Pues me alegro de que en Castillejos hayais descansado, señor capitan; que por aquello de que hay ángeles que confrontan, vuestro ángel ha confrontado con el mio. ¿Y cómo os llamais, si os place?

—Don Bernabé de Estúñiga, mi alma.

—De Dios era, no embargante que de vos sea tambien, señor mio, dijo la muchacha, ya en los corredores, y abriendo en el extremo de uno de ellos una puerta.

Notaba Cervantes que, á pesar de que la muchacha parecia lo más descarada y aun lo más raida del mundo á primera vista, habia en ella un indudable fondo de inocencia.

Entraron en el aposento, que era destartalado y á teja vana, y sin más que un camastro, una silla y una mesa; pero para venta no habia más que pedir.

Sentóse en la cama, sin ceremonia, la muchacha, y dijo á Cervantes:

—¿Sabeis que me alegro de que hayais venido?

—¿Y por qué, mi vida? dijo Cervantes sentándose en la misma cama, y rodeándola con el brazo derecho la cintura.

—Estaos quedo, dijo Cecilia, desenlazándose del brazo de Cervantes, pero sin acritud; que no todas las doncellas que parecen vanas lo son, ni me tengo yo tan en poco que no sepa que valgo mucho: además, que aun que niña, los ojos bien abiertos tengo; como que en una venta me he criado, y toda mi vida con frailes me he tratado, y capuchinos, que es cuanto hay que decir: y despues, que ni vos pensais en mí, sino como en un fácil entretenimiento, ni yo pienso en vos; que ántes de que vos hayais pensado en venir, ya tenia yo en qué pensar, y tanto, que el pensar en ello me tiene sin vida: y si esto os digo, es porque desde que os ví os diputé por hombre bueno y honrado y de buen corazon, que hareis todo aquello que vos pudiéreis, por una pobre doncella que está á punto de perderse ó desesperarse, ó matarse por sus desdichas: y no hablemos aquí más de esto, que mi tio es muy mal hombre, y mucho más cuando, como ahora, está cargado de aguardiente; y lo que vais á hacer, si en algo quereis favorecer á una desventurada, es saliros, como dentro de una media hora, de la venta, y por el lindero de los árboles seguid, hasta que de entre los mismos árboles yo os llame; y adios os quedad, y hasta luego.

La muchacha se habia puesto séria, y se habia conmovido hasta tal punto, que la asomaban las lágrimas á los ojos.

Fuése, y Cervantes se quedó harto preocupado y pensativo.

Era indudable que, por donde quiera que iba, llovian sobre él las aventuras.

CAPÍTULO XVII.

En que Cervantes es actor, en parte, de una aventura extraordinariamente trájica.

Cuando Cervantes calculó que habia pasado la media hora, (cálculo que resultó de la consulta que hizo á su viejo reloj de laton, que habia comprado por cinco reales en el Rastro de Madrid), se salió del cuarto y luego de la venta.

El ventero roncaba sobre una cabezada en la cocina.

El mozo de paja y cebada rascaba una vihuela.

Apénas Cervantes salió de la venta, encontró el lindero de árboles de que le habia hablado Cecilia.

Siguió por él.

A medida que se avanzaba, el lindero se espesaba, hasta que al fin llegaba á ser un tupido bosque.

De improviso Cervantes oyó un fuerte siseo.

Se volvió, y vió entre los árboles á Cecilia.

Era el medio dia, y hacia un calor sofocante.

Pero allí, entre los árboles, corria un cristalino arroyo que hacia delicioso aquel paraje.

—Seguidme si os place, señor caballero, dijo Cecilia, y yo os llevaré donde podais oirme sin peligro ninguno, ni para vos ni para mí.

Avispóse Cervantes al oir lo del peligro, y se afirmó más y más en que la venta á que le habia enviado la moza de la posada, era una caverna de bandidos.

Tomó Cecilia por un sendero entre los árboles, en paso rápido, y siguiéndola Cervantes, llegaron á un lugar del bosque en que habia una cabaña abandonada, de esas que construyen los cazadores de oficio ó los guardas campestres.

En vuestro poder me entrego, señor, dijo Cecilia, segura de vuestra hidalguía. y de que por mucho que os plazca esta que llaman mi belleza, que nunca Dios me la diera si habia de hacerme tan desgraciada, vos querreis mejor que yo como á padre y protector os mire, que como á mal hombre que en las desdichas de una pobre mujer se plazca; y vos podeis decir muy bien que ántes de ponerme sin rodeos con vos en lugar donde nadie pudiera valerme, pude pensarlo: pero habeis de saber que es tal mi desventura, que creyendo que vos podreis sacarme de ella, á todo me he arrojado, como el que ahogándose, á la primera tabla que encuentra se agarra.

— Podeis tener por seguro, hija mia, respondió Cervantes, de que yo no he de ofenderos, ni delante de mí os ofenderá ninguno, y decidme lo que decirme tengais, que ya os escucho.

— No me habia yo engañado, díjo Cecilia, cuando os creí un buen caballero y un buen cristiano. Dios os lo pague, señor, y sabed que estoy resuelta á no volver más á mi casa, y á seguiros á donde vayais, y á serviros de rodillas, y con todo el agradecimiento de mi alma.

— ¿Tal os aprieta la desventura, dijo Cervantes, y tal miedo teneis á vuestra casa que no quereis volver á ella?

Aun no habia acabado Cervantes de decir estas palabras, cuando muy cerca sonó un tiro; y una bala, ó pelota, como entónces se decia, vino á dar en uno de los maderos de la cabaña, muy poco por encima de la cabeza de Cecilia.

Suceder esto y lanzarse fuera de la cabaña Cervantes, con la espada desnuda, y encontrarse delante de aquel bravonel salteador que habia entrado en la posada de Castillejos miéntras él estaba hablando con la moza, fué cosa de un momento; y de tal manera, que ántes de que el bandido pudiese echar mano á otro pistolete, se encontró con la espada de Cervantes puesta al pecho.

A seguida, Cervantes dió un tajo y un revés con una rapidez inconcebible en la cabeza, á Anton el *Zurdo*, que él era, y que cayó por tierra sin poderse valer.

Aquella accion era necesaria.

El bandido estaba provisto de armas de fuego, y le miraba con semblante amenazador.

Al verle caer, Cecilia cayó sobre él como una tigre.

Sacó de entre sus sayas un puñal, y le dió de puñaladas.

Y á cada puñalada le decia:

— ¡Toma, toma, ladron! ¡estabá de Dios!

Cervantes estaba espantado.

Cuando contuvo el brazo de la furiosa Cecilia, era ya inútil.

Anton el *Zurdo* habia entregado el alma al diablo.

— No os importe nada de lo que habeis visto, señor don Bernabé, dijo Cecilia; este malvado ha muerto como debia morir.

Cervantes continuaba mudo de asombro.

De aquel lance podian provenir consecuencias terribles.

Cecilia asió por los piés el cadáver, y le metió dentro de la cabaña.

Luego recogió entre la maleza ramaje seco, y gran parte de esa borra que crian los árboles, y que arde como la yesca.

— ¡Ah!... me olvidaba, dijo de improviso; es necesario ver lo que éste lleva encima.

Y le quitó la charpa.

Debajo apareció un cinto.

Aquel cinto estaba lleno de escudos de oro.

— ¡Ah!... exclamó Cecilia: mi dote.

Y quitándose un pañuelo de seda que llevaba enrollado á la cintura, echó en él aquel dinero, que representaba una fuerte cantidad.

Siguió su registro.

Encontró una cartera llena de papeles.

—Tomad eso vos, dijo Cecilia: yo no sé leer, y eso puede servir de algo.

Cervantes guardó la cartera.

Nada más tenia sobre sí el cadáver.

Cecilia, con la ancha daga que en la charpa aparecia, cavó un hoyo largo y estrecho fuera de la cabaña, á alguna distancia, entre los árboles, en la arena de un arroyo que por allí pasaba.

Aquella especie de zanja quedó llena de agua.

Entónces Cecilia apiló el ramaje seco que habia cortado de la maleza dentro de la cabaña, puso sobre él la borra, y tomando uno de los pistoletes del muerto, hizo fuego sobre la borra, que ardió.

Sopló Cecilia.

Se levantó llama.

Prendió en la leña.

Entónces Cecilia sacó fuera las armas, es decir, la espada, el pedreñal, los pistoletes, y los puso en la zanja.

Echó encima la arena.

Luego, con las manos, hizo un cauce, de tal manera, que deteniéndose el curso del arroyo, corrió sobre las armas enterradas.

Esta operacion la habia servido para lavarse las manos en las que habia sangre.

Cortó luego más leña y la arrojó dentro de la cabaña, al fuego que ya ardia en ella.

Siguió arrojando leña y más leña, hasta que la llama de la hoguera creció, y llegó al techo de la cabaña, que era muy bajo, y prendió en él.

A los cinco minutos, la cabaña, dentro de la cual estaba el cadáver, ardia completamente.

El fuego empezaba á propagarse por las malezas inmediatas.

—Vámonos de aquí, dijo Cecilia: Anton el *Zurdo* se ha perdido: nadie nos ha visto: volvámonos á la venta, vos por un lado y yo por otro.

Y tras estas palabras, Cecilia tomó por un sendero del bosque, y se perdió muy pronto de vista á Cervantes.

Éste se quedó dominado por lo que podia ocurrir del incendio que devoraba aquella cabaña, dentro de la cual quedaba el cadáver del bandido.

Aquel bandido era el mismo sin duda que la noche ántes habia acompañado al mayordomo de don Gaspar, con tres asesinos más para matarle.

Por esta razon Beatriz habia buscado á Cervantes.

A causa de Beatriz, doña Catalina se habia encelado.

Toda aquella situacion se enlazaba.

¿Quién sabia lo que podia sobrevenir aun?

El fuego se habia comunicado al bosque.

Cervantes salió de él.

Dió un rodeo por el campo y se volvió á la venta.

Nadie pudo ni aun sospechar por su semblante, que acababa de ser uno de los personajes de un gravísimo acontecimiento.

Cecilia cantaba en la cocina de la venta, tan tranquila como si nada hubiera acontecido.

Más bien que triste y preocupada, se mostraba alegre y satisfecha.

Su tia, que era una buena moza, á la que veia por primera vez Cervantes, hacia labor á la puerta de un aposento por el que pasaba algun aire.

La siesta era en extremo calurosa.

El ventero continuaba roncando sobre su cabezada.

El mozo de paja y cebada rascaba á más y mejor la vihuela.

Cervantes se fué á su cuarto y se echó en el lecho.

Esperaba á la moza del meson de Castillejos.

Era indudable que la muchacha se habia aficionado de él, y que no faltaria á la cita.

Las fuertes impresiones por que habia pasado, la ansiedad que sentia, el calor que apretaba, el silencio profundo, turbado sólo por el monótono rascar de la guitarra del mozo de paja y cebada, el cansancio de su espíritu, unido al que le habia causado una violenta carrera de más de una legua, todo esto fué parte para que Cervantes se adormilase.

Despertólo de improviso una mano que le movió suavemente.

Se despertó y vió ante sí á Cecilia.

Detrás de ella estaba la moza del meson de Castillejos.

Cervantes se levantó.

—¡Silencio!... dijo Cecilia: nadie nos ha sentido llegar á vuestro cuarto: bajad, pagad vuestra cuenta, cobrad vuestro caballo y partid hácia Toledo por el camino real: id despacio, que nosotras os alcanzaremos.

Y tras estas palabras, Cecilia salió llevándose á la otra muchacha.

Cervantes se ciñó la espada, se arregló, bajó y pidió su caballo y la costa.

Cecilia no estaba en la cocina.

La tia seguia en su labor.

El ventero continuaba durmiendo.

Además, habia allí cuatro hombres de muy mala facha, que hablaban en la puerta de la venta.

Eran sin duda la gente, ó parte de la gente del capitan Anton el *Zurdo*.

Hablaban del acontecimiento del momento.

Del incendio del bosque.

—Deben haber sido sin duda los gitanos que andan por estos alrededores, dijo uno de los bandidos: en cualquier parte hacen su rancho: el tiempo está muy seco, tan seco, que hasta el aire, si se enciende una pajuela, arde.

—Mejor, dijo otro: con eso los que tengan que esperar de noche, no pasarán frio.

—Pues á mí me parece, dijo un tercero, que el fuego no debe haber sido por casualidad: alguna de las suyas han hecho esos malditos gitanos, y para taparlo, le han pegado fuego á la arboleda.

—¿Y sabeis que tarda nostramo? dijo otro.

Nostramo era Anton el *Zurdo*.

—Es verdad: nos dijo que estuviéramos aquí á las tres, y él no acostumbra á tardar tanto.

—Él vendrá, si es de ley.

Na sabian aquellos pícaros que su amo, como ellos le llamaban delante de las gentes, no podia volver.

Que su cadáver ardia entre aquel incendio, que habian acudido á cortar todos los vecinos de Castillejos.

Miéntras los bandidos se entretenian en esta conversacion, lanzaban miradas recelosas á Cervantes, que no pasaban para éste desapercibidas.

Sin duda le conocian.

Sus siniestras miradas lo demostraban.

Sacó el mozo de paja y cebada el caballo, pagó Cervantes la cuenta, que montó á dos reales y algunos maravedises, y sacó el caballo á fuera.

Montó, y con un —«Dios os guarde, amigos,»—y con un —«Buen viaje»—que le respondieron los otros, se alejó, tomando á poco el camino real de Toledo.

A su izquierda quedaba ardiendo, envuelta en humo, convertida en una gigantesca hoguera, la alameda.

A la espalda se quedaba Castillejos.

Al frente, y ya próximos, se veian en el horizonte, con un bello color azul cobalto puro, los montes de Toledo.

El camino estaba completamente solitario.

Pero allá á lo léjos, hácia los montes, se veia una lijera nubecilla de polvo, y en medio de ella un punto negro.

Cervantes picó hácia aquella nubecilla.

CAPÍTULO XVIII.

De las buenas noticias que dió á Cervantes la moza del meson de Castillejos.

Cervantes picó á su rocin.

Le lanzó al galope.

Supuso que aquella nubecilla de polvo que se veia á lo léjos, la causaban Cecilia y la moza del meson de Castillejos.

Cuando hubo adelantado algo más, vió que no se habia engañado.

Eran las dos jóvenes que cabalgaban en un asno.

Llegó á ellas y las saludó.

—Picad, y pasad de largo, dijo Cecilia: no conviene que nos encuentre álguien que nos conozca, y nos vea juntos: decidnos á qué posada podremos ir á buscaros en Toledo.

—En la posada de la Sangre: ¿sabeis vos á ella?

—Ya lo creo, dijo Cecilia; es la que se encuentra cuando se sube por la cuesta del puente de Alcántara.

—Eso es.

—Pues hasta luego, señor mio, dijo Cecilia: á la tardecita habremos llegado: el asno es fuerte, y con este trotecillo que lleva llegará hasta Toledo.

Cervantes picó y pasó de largo.

A puesta de sol entraba en la posada de la *Sangre.*

Tomó dos aposentos contiguos.

El uno para sí, el otro para las dos doncellas.

Mandó, además, preparar comida para los tres.

Luego se puso á la puerta de la posada, sentado en un banco que allí habia.

El posadero, curioso como todos los de su oficio, quiso entablar conversacion con él.

Pero Cervantes cortó la conversacion con medias palabras.

Entraba y salia, ocupada en los quehaceres de la casa, una jóven, que á no ser por su traje, y por las faenas á que se entregaba, y que decian harto claro que era criada, se la hubiera tomado por una dama disfrazada.

Cervantes fijó su atencion en esta sirvienta, que era muy hermosa y muy modesta.

La posadera la trataba como á hija, y los huéspedes, con más respeto del que al parecer se debia á la criada de un meson.

—Tan bien criada es esa jóven, dijo Cervantes al posadero, que nadie criada la creeria, y mucho ménos criada de meson.

—Puede ser que con el tiempo sea tal cosa, dijo el posadero, que á muchas cause envidia: en fin; con el tiempo viene el tiento; y habeis de saber, señor hidalgo, que no como criada, sino como hija la tenemos mi mujer y yo, y así es que todos la respetan, y por sus buenos modos y la buena educacion que la hemos dado, y lo hermosa que es, nadie la conoce en Toledo sino con el nombre de la *Ilustre Fregona.*

—Mal pega con lo *fregona* lo *ilustre,* dijo Cervantes: pero, en fin, en cuanto á lo honesta, lo recatada y lo hermosa, bien se la puede llamar ilustrísima.

Del conocimiento de esta jóven, y de la conversacion que tuvo con el posadero, debió de sacar Cervantes el cuento de aquella su novela de las *Ejemplares*, que *La Ilustre Fregona* se llamaba.

Llegaba la noche, y en la conversacion sobre aquella fregona ilustre estaban aun el posadero y Cervantes, cuando por lo bajo de la cuesta asomaron en su asno las dos divinidades de meson que Cervantes esperaba.

Subia ágil el asno, y desembarazado, como si nada hubiese andado, y muy pronto llegó á la puerta de la posada.

Salió á recibir á las mozas Cervantes, ayudólas á bajar, aun que ellas no lo necesitaban, llevaron á la cuadra el asno, y las dos doncellas, cada cual con un envoltorio en que su pequeño equipaje traian, subieron al aposento de Cervantes, donde éste pidió les subieran la cena.

Era ésta buena.

Consistia en un guiso de liebre, cuya cabeza daba testimonio de que no era gato; otro de anguila, y una buena olla podrida, regado todo con un buen vinillo blanco de Yepes, y para postres, melon y uvas y queso.

Cecilia aparecia contenta.

—Yo ya he hecho, dijo al entrar en el aposento con Cervantes, lo que tenia que hacer: me he vengado: para mí se ha acabado todo en el mundo, y mañana me amparo del corregidor de Toledo y le pido que me meta en un convento de monjas: dote tengo que no pueden quitármelo mis tios, y ya que no he podido ser mujer del hombre á quien yo amaba, porque me lo mató por celos el infame Anton el *Zurdo,* á quien Dios condene, seré esposa de Dios.

No habia ya más que preguntar.

Lo más brevemente posible Cecilia habia contado su historia á Cervantes.

El terrible final de aquella historia, estaba en el incendiado bosque de Castillejos.

—Pues yo no he de meterme monja, dijo Francisca, que así se llamaba la moza del meson de Castillejos; que buen amo me ha salido, y sirviéndole he de estar hasta que me salga un buen nóvio y con él me case: y ahora, señor mio, tomad, para que veais que el primer dia en que empiezo á serviros os sirvo bien.

Y dió á Cervantes una carta.

Aquella carta estaba escrita en letra muy gorda, desigual, é indudablemente era de mujer.

Cuando Cervantes vió la letra de la carta se aterró, porque reconoció la escritura de su doña Catalina.

La carta que heló la sangre á Cervantes, decia así:

»Señor don Gaspar: tanto habeis porfiado solicitándome, y tanto me habeis obligado con vuestros amores, que al fin á ellos me rindo: nada os importe que yo esté amonestada para casarme con un tal de Cervantes Saavedra; que esas amonestaciones no son valederas, ni obligaciones tengo yo con *ese* que me fuercen con él á casarme: por nulas tendránse las amonestaciones; y si como espero, vos quereis tomarme por esposa, venid á hablarme esta noche á las doce por la reja, y antes de un mes vuestra seré y vos mio. — Guárdeos Dios. — Doña Catalina.»

Conoció entónces más que nunca Cervantes cuánto le amaba su doña Catalina, y en vez de sofocarse se le alegró toda el alma y se aplicó á la cena, que acababa de ser servida, con el mejor apetito del mundo.

Aquellos celos no eran sino un error de doña Catalina y un exceso de amor.

La equivocacion debia deshacerse aquella misma noche, para lo cual Cervantes debia ponerse en camino hácia Esquívias.

No tenia más que tres horas de tiempo, porque entre cenar y ponerse en camino, llegarian muy bien las nueve de la noche, y habia seis leguas desde Toledo á Esquívias.

Pero el camino era bueno, la noche clara, el jaco muy fuerte, y podia muy bien, entre trote y galope, hacer dos leguas por hora.

Cervantes era hombre duro, y no le detenia la fatiga.

—¿Dónde habeis cogido esta carta, Francisca? la preguntó Cervantes.

—¿Dónde he de haberla cogido, dijo Francisca, sino en el aposento de don Gaspar? sobre la mesa la habian dejado, y yo bonitamente la tomé y la guardé para entregárosla, que bueno es que sepais lo que esa carta reza.

—¿Y cómo habeis podido saber vos que á mí me interesaba esta carta? dijo Cervantes.

—¿No me dijísteis vos en el meson que os llamábais el señor Miguel de Cervantes Saavedra?

—Cierto que sí.

—Pues bien: habiendo yo entrado en el cuarto de don Gaspar, oí que Roque, el de Esquívias, os nombraba.

¿Por qué nombrarán, me dije yo, á ese señor Miguel de Cervantes?

Y como yo os conocia ya y os estimaba, y me habia obligado á serviros, y por mi amo os tenia, me puse en acecho.

Entónces sospeché, por lo que dijeron, que el señor Ginés Carrancio, mayordomo de la señora Catalina de Salazar, la de Esquívias, servia á don Gaspar engañando á su señora, y que ésta, por celos que de vos tenia, habia escrito la carta que llevaba tal vez Roque para don Gaspar.

Pues con esa carta, dije para mí, me quedo yo, y se la llevo al señor Miguel de Cervantes, mi nuevo amo, á la venta en que me está esperando.

Fuí á la venta, y se lo conté todo á Cecilia, que es mi amiga.

—«Cállate por ahora, me dijo Cecilia, que lo que más importa es que nos vayamos con el señor Miguel de Cervantes á Toledo, y cuando lleguemos allá, le darás la carta y le dirás lo que has oido.»

Y esa es la historia, señor mio, y no tengo más que deciros sinó que os he servido bien, y como os sirvo ahora os serviré siempre, y así Dios os dé todas las venturas que yo para mí deseo.

Acabó de cenar de prisa Cervantes.

Dejó encargadas y recomendadas las dos doncellas al posadero y á su mujer, que eran muy buenos posaderos, no embargante su oficio.

Pidió su caballo.

Diéronselo y partió.

Echóse al camino y corrió tanto, que llegó á Esquivias media hora ántes de la media noche.

Pasó por la calle donde vivia doña Catalina.

Nadie habia en ella; señal clara de que aun no habia llegado don Gaspar.

Fuése entónces Cervantes á la casa de Beatriz, y la encontró á la puerta, á tiempo que salia de ella, para irse, como de costumbre, á orar en el cementerio, sobre la tumba de su madre adoptiva.

CAPÍTULO XIX.

En que se vé cómo pueden desvanecerse en un solo momento los celos.

Metió Cervantes su caballo en la casa de Beatriz.

Luego ella y él se encaminaron á la casa de doña Catalina.

Por el camino, Cervantes la fué contando lo que habia acontecido, sin recatarla la muerte de Anton el *Zurdo*.

—Pues con haber ayudado al castigo de ese malhechor, que era el espanto de la comarca, dijo Beatriz, habeis servido á Dios y al rey, y á los hombres, porque era el asesino más terrible que darse puede: pero no lo digais á nadie; guardad el secreto; que estos infames tienen amigos que les conservan una tiernísima amistad, y podríais ser sacrificado por una aleve venganza.

Habian llegado entre tanto á la casa de doña Catalina.

Delante de ella habia unos viejos y oscuros soportales.

Aun que la noche era entreclara, en el fondo de aquellos soportales nada se veia.

Debia ser muy cerca de media noche á juzgar por las estrellas, reló de Dios que nunca adelanta ni atrasa.

La calle estaba desierta.

La casa de doña Catalina completamente oscura.

Cervantes ardia en impaciencia.

Al fin se oyeron, poco despues de haberse puesto en espera Beatriz y Cervantes, pasos de algunas cabalgaduras, allá por lo último de la calle.

Aparecieron al fin cuatro hombres á caballo.

Cervantes reconoció por el bulto, en el que iba delante, á Roque.

Iba detrás otro jinete que parecia que no muy bien á caballo se tenia.

No pudo reconocerle Cervantes.

Pero Beatriz le dijo con voz desfallecida que aquel hombre era don Gaspar.

Seguian detrás otros dos jinetes de muy mala traza.

Eran sin duda bandidos de la compañía del difunto Anton el *Zurdo*.

Echaron pié á tierra á la puerta de la casa de doña Catalina, aquellos cuatro hombres.

Roque llamó á la puerta dando tres fuertes aldabazos, que resonaron fatídicos en el silencio de la noche.

Poco despues se abrió la puerta.

—Esperadme aquí, señor don Gaspar, dijo Roque.

Y se entró, llevándose su caballo.

La puerta volvió á cerrarse.

Don Gaspar quedó inmóvil junto á ella, teniendo su caballo de la mano.

Los dos bandidos, teniendo tambien de la mano los suyos, estaban á alguna distancia inmóviles y silenciosos.

Pasaron algunos minutos.

Al fin se abrió la puerta y salió Roque.

La calle era estrecha.

Podia oirse muy bien desde el soportal, lo que hablasen Roque y don Gaspar.

—Pues señor mio, dijo Roque con acento casi alegre, tenemos una contrariedad.

—¿Y cuál? dijo con la voz alterada don Gaspar.

—Que me parece que no hay nada de lo dicho, y que habeis hecho el viaje en balde.

—Ya me lo temia yo, dijo don Gaspar: muy de improviso habia cambiado en amor su tenaz desden contra mí tu señora, para que yo no dudase de la verdad de una tan grande ventura.

—Pues mi señora me ha encargado que os diga que está tan enferma, que no la es posible bajar á la reja; y que como vos debeis conocer que sin mengua de su recato no puede recibiros á esta hora en su casa, será bien que esto se deje para otro dia.

—¿Y está verdaderamente enferma vuestra señora? dijo don Gaspar.

—Parece como sobresaltada, pero en cuanto á enferma, no creo que lo esté de tal manera, que la sea imposible bajar á la reja: y no es esto lo peor, sino que me ha pedido os suplique me deis la carta que os escribió.

—Todo esto se reduce, dijo don Gaspar, viendo que Roque habia dejado la puerta abierta, á que yo os meta mano, os sujete, y luego en su casa me meta y me lleve á doña Catalina.

Y diciendo esto, pasó entre Roque y la puerta, y silbó como silban los bandidos.

A este silbido, los dos que atrás estaban, cargaron, dejando los caballos, sobre Roque.

Pero éste, que era hombre de armas tomar, y diestro y bravo, cuando vió las infames pretensiones de don Gaspar, tiró de la espada, y dióle un terrible tajo en la cabeza, y tan de improviso, que don Gaspar no pudo valerse, y dió con su cuerpo sobre el umbral de la puerta.

A este tiempo los dos bandidos habian cargado, espada en mano, sobre Roque.

Cervantes, con la espada desnuda, se lanzó del soportal, y al lado de Roque se puso, emprendiéndola los dos con los asesinos.

Beatriz, que á pesar de las maldades de don Gaspar, le amaba con una pasion delirante, por uno de esos fenómenos del sentimiento que ninguna razon explica, al ver que don Gaspar caia y que no se levantaba ni se movia, se arrojó sobre él lanzando gritos desesperados.

Entre tanto, Cervantes y Roque se llevaban por delante, á estocadas, á los dos malhechores, que no pudiéndose valer contra ellos, viendo que se los comian á estocadas, cobraron miedo, y dieron á correr, dejándose en la calle los caballos.

Volvieron Cervantes y Roque á la puerta de la casa, y se encontraron á Beatriz dando alaridos de dolor sobre el inmóvil don Gaspar.

No estaba Beatriz sola.

Allí estaba toda trémula, toda asombrada, con su dueña y su doncella y un mozo, doña Catalina.

El mozo tenia una lámpara encendida en la mano.

Doña Catalina habia oido gritos desesperados de mujer, como de mujer amante que vé en peligro de muerte al hombre de su amor.

Habia oido á seguida ruido de espadas.

La imaginacion la habia fingido que tal vez Cervantes y Beatriz habian ido (ella no sabia explicarse por qué ni cómo) á la puerta de su casa, á tiempo que habia llegado don Gaspar: que habia habido un lance, que Cervantes habia sido herido ó muerto, y que á causa de esto, Beatriz gritaba desesperada.

Entónces se sintió morir doña Catalina.

Conoció cuánto á Cervantes amaba, y llamando á sus criados, acudió.

Al ver que el que estaba por tierra era don Gaspar, y que Cervantes aparecia ante ella vivo, fuerte, ardiente, espada en mano, doña Catalina lanzó un grito de espanto, y cayó sin sentido en los brazos de su doncella.

CAPÍTULO XX.

De como tomó precauciones Cervantes y de cómo fué el fin necesario de un pícaro.

Aquel fué un momento solemne.

Cervantes, cuya sangre fria era mayor cuanto mayor era la gravedad de la situacion en que se encontraba, mandó á los criados de doña Catalina condujeran á su cuarto á su desmayada señora.

Luego, él y Roque, alumbrándoles el mozo, alzaron del suelo á don Gaspar y le llevaron á una sala del piso bajo, á la misma donde estaba la reja por la cual doña Catalina habia hablado tantas veces con Cervantes, y por la que hubiera podido hablar con don Gaspar, y le pusieron en un canapé, ocupándose desde luego en cogerle Cervantes la sangre.

Beatriz, anhelante y medio muerta, los habia seguido.

El criado habia salido y habia recogido los caballos de don Gaspar y de los dos bandidos.

Habia cerrado la puerta.

Por fortuna, la sangre perdida por don Gaspar habia caido dentro del zaguan.

El ruido de la riña habia sido pasajero.

Si los vecinos la habian oido, era seguro que por no verse fatigados por la justicia, no dirian una sola palabra.

No quedaba más peligro que el de la vida de don Gaspar, que habia recibido en la cabeza un tajo formidable.

No hacía falta cirujano.

Cervantes, durante su esclavitud en Argel, habia aprendido, por necesidad, mucho de cirugía, y aun de medicina.

Consoló á Beatriz, manifestándola que el estado de don Gaspar estaba muy léjos de ser desesperado.

Pero Beatriz no se consolaba.

Cervantes se convenció de lo que son las mujeres, cuando aman como amaba Beatriz, en la situacion en que se encontraba.

Ella creia que aborrecia á don Gaspar, y al verle en peligro de muerte, se desesperaba y lloraba, y decia que ella moriria si moria él.

A doña Catalina que, vuelta de su desmayo habia acudido, se la acabaron de curar los celos.

No podia dudar de que, entre Cervantes y Beatriz, no habia ni habia habido, ni aun una sombra de amor.

Se arrepintió, pues, de sus indiscretos celos, cuando vió la desdicha á que estos habian dado lugar.

—¡Y que haya yo escrito una carta á ese hombre llamándole!... dijo ella, la inocente, que no sabia mentir, á Cervantes: ¡y todo porque me creí desamada por vos, y pospuesta á otra!...

—No os dé cuidado esa carta, señora mia, dijo Cervantes sacándola de su bolsillo, con la cartera del bandido, en que habia algunas cartas de éste á don Gaspar. en que se hablaba de asesinar á Cervantes; que esta carta escrita por el fuego de los celos, por el fuego vá á ser destruida.

Y sacando de la cartera aquella carta, y mostrándola á doña Catalina, que se puso encendida hasta en lo blanco de los ojos, la quemó.

Luego guardó la cartera.

Reservaba, para hâcer buen uso de ellas, las cartas de don Gaspar á Anton el *Zurdo*, en que se contenian proyectos de asesinar á Cervantes.

Volvióse al fin Cervantes á Roque, le llevó á parte, y le dijo:

—Vos vais á escribir y á firmar un papel, y de lo contrario, sois hombre muerto.

—Yo escribiré y firmaré cuantos papeles querais, dijo Roque, á quien Cervantes aterraba, y que además se tenia por hombre perdido.

Llevóselo á otro aposento Cervantes, y le hizo escribir y firmar lo siguiente:

«Confieso que yo soy el que ha herido á don Gaspar de Valenzuela, y si muere, á nadie más que á mí puede culparse de su muerte. Confieso otro si, que yo, en union de Ginés Carrancio, mayordomo de doña Catalina de Salazar, he andado en tratos con el salteador Anton el *Zurdo*, para asesinar al señor Miguel de Cervantes Saavedra.»

Guardó Cervantes este papel cuando le hubo firmado Roque, y dijo á éste:

—Idos vos y Ginés con los dos caballos de esos malhechores, entregádselos, y con los tales malhechores quedaos. Es la mejor compañía en que podeis estar. Idos, y que yo más no os vea.

Roque salió aturdido en busca de Ginés, que viéndose descubierto y en peligro, dióse por satisfecho de salir del paso á tan poca costa.

Partieron; y para acabar de una vez con ellos, diremos que, ni Cervantes ni doña Catalina volvieron á verles ya más.

Algunos meses despues, la Santa Hermandad cogió á Roque en flagrante delito de robo y asesinato en despoblado, y le ahorcó allí mismo, del brazo de una higuera.

Esto quiere decir que Roque habia nacido predestinado, y que su destino, como no podia ménos de ser, se habia cumplido.

De Ginés Carrancio no se volvió á tener ninguna noticia más.

Ahora volvamos á nuestra historia.

CAPÍTULO XXI.

De cómo fué el casamiento de Cervantes y el de Beatriz.

Ya garantido Cervantes con el escrito de Roque, se hizo una farsa.

Se dió parte al alcalde de que don Gaspar habia sido herido en la calle, á la puerta de la casa de doña Catalina, por unos malhechores, y que en la casa de doña Catalina se le habia recibido por caridad para curarle.

Acudió la justicia, dió su declaracion don Gaspar, y todo quedó cubierto, y no se molestó á doña Catalina, porque, ¿cómo habia de perseguirla la justicia por haber llevado á cabo una obra de caridad?

Esto no era posible.

Cervantes no habia sonado para nada en el lance.

Los criados, aleccionados por él, habian estado contestes.

No resultaba otra cosa sino que, don Gaspar, herido en la calle, habia pedido socorro casa de doña Catalina, y se le habia dado.

Beatriz no se separaba del lado de don Gaspar.

Le cuidaba con la solicitud de una madre, con el amor de una esposa.

Doña Catalina habia admitido en su corazon á aquella pobre jóven, por la cual habia sentido unos tan rabiosos celos.

Pero aquellos celos habian sido providenciales.

Habian aproximado á don Gaspar y á Beatriz.

Don Gaspar, delante de la muerte (¿qué hombre herido gravemente en la cabeza no teme morir?) habia sentido un voraz remordimiento.

Él era la causa de la inmensa desgracia de Beatriz.

Al verla junto á sí, tan tierna, tan solícita, tan dolorida, tan enamorada, habia creido que la mano de Dios le habia puesto en aquel trance, y al lado de Beatriz le habia llevado para que se arrepintiese y subsanase en algun tanto las desgracias que la habia causado.

Cervantes estaba seguro de que la vida de don Gaspar no corria peligro.

Así es que no se retardó como se hubiera retardado en caso extremo, y por caridad cristiana, el dia de las bodas.

Hubiera sido terrible entregarse á la felicidad, teniendo en la casa un miserable moribundo.

Pero el cirujano y el médico del pueblo, eran dos ignorantes, y daban por muerto á don Gaspar.

Esto convenia muchísimo á Cervantes por interés de la pobre Beatriz, y á ella misma la mantenia en el error.

Esta sagaz conducta de Cervantes dió un resultado necesario.

El que Cervantes esperaba.

El dia ántes del prefijado para el casamiento de Cervantes con doña Catalina, don Gaspar se sintió muy mal.

Se aterró.

Llamó á Cervantes y pidió le dejasen solo con él.

Cuando solos se quedaron le dijo:

—Yo he sido un mal hombre y Dios me castiga: Dios me ha traido á morir junto á mi víctima: Dios ha hecho tambien que me valga de vos, para pedir perdon á doña Catalina de todo el mal que he intentado hacerla, y de los cuidados y temores en que la he puesto; pero yo creo que Dios me perdonará si hago lo último que yo puedo hacer; esto es: casarme *in articulo mortis* con doña Beatriz, y dejarla en herencia todos mis bienes, que en gran parte son suyos.

—Mejor quisiera yo, dijo Cervantes, que, no por remordimiento, ostigado por vuestra conciencia y temeroso de Dios, os casárais con ella por un amor de que indudablemente es merecedora, y en tal manera, que no hubiérais podido hallar una mujer más hermosa y más casta, y más discreta y más dama, y que más os amase que ella: pero tal es la condicion humana, que buscando siempre la felicidad el hombre, donde para él está no la vé, y vá á buscarla donde toda felicidad y ventura para él son imposibles.

—Yo os digo que os engañais, dijo don Gaspar: que yo os afirmo y os juro, no por mi honor, en el cual no podeis creer, sino por mi alma, que muy pronto vá á presentarse ante Dios, que desde que la he visto al lado de mi lecho ansiosa por mí como si hubiese yo sido su alma, llorando, afligiéndose, pasando las noches de claro en claro sin reposar ni vivir, tal amor por ella he sentido, que he conocido claro que yo hasta ahora no he amado, y me ha parecido ver en ella un ángel que Dios me ha enviado para convertirme de mis grandes culpas; y os digo más: si yo sanara, que no lo espero, y ella á ser mi esposa se negara, mataríame desesperado.

—Pues ¡sús! y con ella á casarse, dijo Cervantes que no deseaba otra cosa.

—No ha de ser sin que ella vea lo que yo ántes hago por ella: y para que esto pueda ser, haced, señor Miguel de Cervantes, que cuanto ántes venga el escribano.

Apresuróse Cervantes á aprovechar estas buenas disposiciciones de don Gaspar.

Llamóse al escribano.

Don Gaspar otorgó testamento, instituyendo su universal heredera á Beatriz.

Que delante de ella se hiciera este testamento, lo exigió don Gaspar.

Ella protestó en vano, que no queria los bienes de don Gaspar si don Gaspar moria, porque ella moriria tambien.

Se hizo, sin embargo, el testamento.

Despues de esto, cuando ya podia llamarse rica Beatriz por muerte de don Gaspar, ó por ser su esposa si no moria, se fijó para el mismo dia del casamiento de Cervantes y de doña Catalina, el de don Gaspar y Beatriz.

Se preparó todo.

Se acercaba ya el dia.

Cervantes se sentia feliz.

Los momentos que faltaban para su union con doña Catalina, le parecian siglos.

No podia olvidarse, á pesar de su felicidad, Cervantes, que el giro que habian tomado los sucesos, se debia en gran parte á las dos buenas muchachas, Cecilia y Francisca, que se habian quedado esperándole allá en Toledo, en la posada de la Sangre.

Envió por ellas, y con dineros para pagar la costa que hubiesen hecho, á un mozo de doña Catalina.

Éste las trajo como unas princesas en dos machos con jamugas, y con sendos quitasoles para que el sol no las molestase.

El mozo que por ellas habia ido era un garrido garzon.

Un manchego vivo y decidor como un andaluz, que rascaba la guitarra como un ángel y cantaba como un jilguero.

Vió á Cecilia, y en cuanto la vió, de ella enamoróse.

Y enamorarse y enamorar á Cecilia fué una misma cosa.

Empezaba á parecer á Cecilia que, si habia querido al otro, y al otro Anton el *Zurdo* le habia asesinado por celos, no era este un tan grave motivo para que ella no pudiese pasar sin meterse monja, por ser fiel á su memoria.

En una palabra: como los muertos son muertos y los vivos vivos, el vivo cogió sin saberlo al muerto por los piés, y empezó á sacarle del corazon de Cecilia.

Tanto tiró y tiró el manchego, tan galante estuvo á su manera durante el camino, que cuando llegaron á Esquívias, ya la mitad del cuerpo del difunto por lo ménos, estaba fuera del corazon de Cecilia.

En cuanto á Francisca, tanto la habia dicho Antoñuelo, que así este manchegüito se llamaba, de un cierto primo suyo que se llamaba Periquete, que por conocer á Periquete llegó rabiando á Esquívias Francisca.

Todo se arreglaba á las mil maravillas.

Sólo habia dos personas que sufrian.

Don Gaspar, que creia iba á morir, y á más del amor natural á la vida, sentia la desesperacion de no poder gozar á la que por fin amaba con toda su alma; y Beatriz que se creia ya viuda sin haber llegado á ser mas que de nombre casada.

Cervantes no quiso que este dolor continuase.

No tenia él autoridad ninguna para hacer creer á los desesperados amantes, ántes tan enemigos, que don Gaspar tenia una larga vida para gozar de sus amores.

Pero mandó llamar un célebre médico judío que habia en Toledo, que tenia

una merecidísima fama universal, y cuyos fallos eran considerados como oráculos.

Llegó el médico, y la ventura sonrió tambien para don Gaspar y para Beatriz.

El médico aseguró que ántes de quince dias don Gaspar estaria de tal manera, como si jamás le hubiesen herido.

Pero Cervantes hizo que esta declaracion del médico quedase secreta.

Bastaba con que Beatriz y don Gaspar supieran que la muerte no habia de romper su felicidad.

Por lo demás, era necesario que todos continuasen creyendo que don Gaspar estaba en un gran peligro, á fin de que se hiciese necesario el casamiento *in articulo mortis*, para abreviar las dilaciones, y hacer que aquel casamiento se efectúase en el mismo dia que el de Cervantes y doña Catalina.

Llegó al fin aquel dia tan anhelado.

Aquel dia que debia hacer entrar en una situacion mucho más normal la vida de Cervantes.

Se habia dicho que don Gaspar empeoraba.

En efecto: las apariencias no eran de otra cosa.

La excitacion en que don Gaspar se encontraba, combatido por sus remordimientos, excitado por el amor de Beatriz, anhelante porque creia que en aquel amor le llevaba Dios la enmienda de su vida desastrada, y el principio del perdon de sus culpas, le tenian en una situacion tal, que á veces parecia que deliraba.

Esto daba pretexto para decir que su vida estaba en peligro.

Esta declaracion hizo que el casamiento *in articulo mortis* fuese concedido.

Llegó aquel domingo.

El aparato de las bodas estaba muy léjos de ser el de aquellas de Camacho que de una manera tan sabrosa, tan entretenida y tan interesante, introdujo nuestro ingenio en su gran libro *Don Quijote*.

Pero sin aquella ostentacion, sin aquella riqueza, las bodas de doña Catalina y del señor Miguel de Cervantes Saavedra, acompañadas de las de Beatriz y don Gaspar, dejaron memoria en el pueblo de Esquívias.

El casamiento fué simultáneo.

Habida licencia del ordinario, se hizo capilla de la sala á que correspondia la alcoba en la cual estaba el herido.

En la sala se levantó un altar que desde el borde de la alcoba se veia.

Se dijo la misa.

En el momento prevenido, el cura desposó á Miguel de Cervantes y á doña Catalina.

Inmediatamente despues á Beatriz y á don Gaspar.

La sala estaba llena de parientes, de amigos y de lo más principal del pueblo.

A la puerta se veian gran número de pobres que recibian un pan y dos reales, para comer aquel dia en nombre de los desposados.

En la taberna se daba vino de balde á los pobres.

Estos gastos eran sufragados en mancomun, por doña Catalina y doña Beatriz, que como sabemos, habia sido instituida por don Gaspar su heredera universal.

Rebosaba en el pueblo la alegría.

Resonaban por doquiera las vihuelas y los caramillos, y los mozos y las mozas engalanados, iban de acá para allá cantando y bailando.

Las campanas de la parroquia, porque así lo habia querido el buen licenciado Astudillo, esto es, el cura, que habia vuelto ya, no sabemos si bien ó mal despachado de su asunto de las *Mil y quinientas*, repicaban á badajo perdido.

Acabado el doble casamiento, las nóvias, ó mejor dicho las recien casadas, dieron por su propia mano á seis doncellas honestas, un dote de á trescientos ducados, con la condicion de que habian de casarse de allí á un mes.

Esto no era una dificultad.

Todas ellas tenian nóvio.

Aun que no le hubieran tenido, los trescientos ducados de su dote, y á más las galas para ellas y el marido, y el ajuar que se obligaban á darlas Beatriz y doña Catalina, se los hubieran procurado, á escoger, en el pueblo, y á diez leguas á la redonda para el dia siguiente.

Nos parece inútil decir que dos de las doncellas agraciadas lo eran Cecilia y Francisca.

Esto era justo.

Como que en gran parte se las debia la felicidad de aquellos casamientos.

Sin ellas, Dios sabe si los sucesos hubieran acabado en tragedia.

Como hacia mucho calor, las mesas para la boda se habian preparado en el extenso huerto de la casa de doña Catalina, bajo las frondosas enramadas.

Concluidos los desposorios, las nóvias y el uno de los nóvios, que podia estar de pié, esto es, Cervantes, salieron al balcon ó mirador para que los viese la multitud que los aclamaba.

Ellas estaban deslumbrantes de galas, de sedas, de alhajas.

Beatriz, que habia arrojado su miserable traje, aparecia hermosísima.

Representaba lo que era en verdad: una gran dama.

—¡Miren la saludadora!... ¡la hechicera!... decian algunos mirones: ¡mirad y qué milagro ha hecho!...

Verdaderamente la comparacion de Beatriz, lo que poco ántes habia parecido y lo que parecia entónces, tenia algo que conducia á la creencia en un milagro ó en una hechicería.

Permanecieron algun tiempo en el mirador las dos damas y Cervantes.

Se arrojaron á la multitud algunos puñados de plata menuda.

Beatriz hubiera podido arrojar mucho más, porque el mayordomo de don Gaspar habia venido el dia ántes de Toledo, con un macho cargado de dinero.

Pero Beatriz no queria hacer más que lo que podia hacer doña Catalina, que, á decir verdad, para aquellas bodas, para su lucimiento, habia echado la casa por la ventana, haciendo un sacrificio.

Como que se casaba con un hombre muy pobre, que tenia dos hermanas tan pobres como él.

A Andrea y á Luisa habia sido necesario engalanarlas, así como á Cervantes para que no desdijesen.

Cervantes, aun que altivo, habia aceptado, porque aquel era un don del amor de las entrañas de doña Catalina.

Pero la verdad es que en la fortuna de ésta, aquellas bodas habian hecho una mella respetable.

Quitáronse del balcon las dos desposadas y el desposado, y al huerto se bajaron, donde estaban las mesas para el festin, acompañados de los padrinos y las madrinas, de los parientes, de los criados y de los amigos.

Al cura, esto es, al excelente licenciado Astudillo, se le habia dejado en la larga mesa, el lugar de la presidencia.

A la derecha tenia á doña Catalina.

A la izquierda á Beatriz.

La negra sotana y el bonete del eclesiástico contrastaba con las abigarradas galas, con las joyas de las dos desposadas, que relumbraban, y que eran más lucientes aun por su hermosura.

Los maldicientes, que siempre los hay, y en todas partes, por más que sean favorecidos, murmuraban al ver que á la mesa asistia sin el marido, que al lecho estaba, la hermosa Beatriz, la hechicera, como decian.

—¿Creerá esa, (decia á la boticaria la mujer del albéitar, cuyas dos hembras estaban irritadísimas porque ni sus gargantillas, ni sus arracadas, ni sus corpiños ni sus sayas podian, ni aun remotamente, ponerse en competencia con las galas de las desposadas), que porque á su lado tiene un sillon vacío en que parece debia estar su marido, cumple con Dios y con los hombres? ¡y el otro pobre está allá, comido por la calentura, muriéndose á chorros!

No parecia sino que Beatriz las oia, porque miraba á las mujeres, en el pensamiento de todas las cuales, y por la misma causa, bullia la misma idea que en el de la mujer del albéitar, y sonreia triunfante.

De improviso apareció apoyado en dos personas don Gaspar.

Andaba con algun desembarazo, y parecia que no necesitaba en gran manera el apoyo que se le prestaba.

Traia un bello traje de terciopelo azul, recamado de oro, con cuchilladas de raso blanco, y en la vendada cabeza llevaba una toquilla de raso blanco y oro, con plumas blancas de cisne.

Aparecia galan y hermoso, aun que muy pálido.

—¡Milagro!... ¡Milagro!... dijeron todos.

—¡Sí, sí, señores, milagro! dijo don Gaspar llegando al sillon vacío que junto á su esposa estaba y sentándose en él: yo agonizaba; pero en el momento en que el señor licenciado, á quien Dios bendiga, me echó las bendiciones, uniéndome de por vida con este ángel, pareció que la vida, que poco ántes parecia como que se me escapaba, á mí se venia, y que mi herida se cerraba de todo punto: y

probé á levantarme y halléme ágil, y díjome entónces un sabio médico que junto á mi estaba, y díjolo á mis padrinos, que sin peligro podia levantarme, y vestirme, y asistir á la boda: y así lo hice, y aquí me teneis, señores; y aun que yo no coma ni beba, al lado de mi ángel estaréme gozando de la vista de su hermosura, y á más, de vuestra honrada y noble compañía.

—¡Milagro!... ¡Milagro!... repitieron todos.

—¡La gracia de Dios, señores!... exclamó el licenciado Astudillo.

Y bendiciendo la mesa, empezó alegremente la comida.

Duró esta hasta la caida de la tarde.

Los músicos habian tañido durante ella.

Algunos juglares que habian sido llevados de Toledo, habian amenizado la fiesta con sus gracias, sus truhanerías, sus juegos y sus canciones picantes.

Empezó luego el baile, que duró hasta muy cerca de la media noche.

A aquella hora se retiraron los nóvios.

Los padrinos llevaron á las nóvias á las habitaciones conyugales.

Despues se fueron los convidados, quedando citados al dia siguiente para las tornabodas.

Estas fueron mucho más alegres.

Así fué el casamiento de Cervantes, al que se unió el de Beatriz con don Gaspar.

Un mes despues se celebró el de las doncellas que habian sido dotadas.

En aquellas bodas, que tambien fueron ruidosísimas y alegres, don Gaspar pudo comer, beber y bailar como otro cualquiera.

Concluidas aquellas bodas, don Gaspar se llevó á su mujer á Toledo, y Cervantes, con la suya y con sus hermanas, se quedó en Esquivias, pensando ya lo que haria para atender á la manutencion de su familia, sin tocar á los escasos bienes de su mujer.

FIN DE LA QUINTA PARTE.

LIBRO SEXTO.

El alcalde de Argamasilla.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que ántes de entrar de lleno en el asunto de esta sexta parte, se hacen algunas aclaraciones necesarias.

Habia un lugar en la Mancha, de cuyo nombre Cervantes no queria acordarse, segun aparece por el comienzo de la incomparable *Historia del Ingenioso hidalgo don Quijote.*

Este lugar era Argamasilla.

¿Por qué de Argamasilla no queria acordarse Cervantes?

Hé ahí lo que, escuchando al espíritu que nos inspira para escribir este libro, vamos á decir á nuestros lectores.

Pero para esto necesitamos tomar el hilo que hemos dejado cortado al principio de la parte anterior, para seguir á nuestro héroe á Esquivias.

Vamos á epilogar una parte de la vida de Cervantes.

Nuestros lectores nos dispensarán.

Si hubiéramos de seguir punto por punto los sucesos y las aventuras de la vida de nuestro héroe, necesitaríamos dar á su historia unas dimensiones descomunales.

Basta con que nos detengamos en los puntos más importantes.

De todos los amores que Cervantes habia tenido, hasta la fecha en que marcha nuestro relato, sólo dos habian sobrevivido.

Abigail, que aun no sabemos por dónde anda, y Magdalena Morato, á la que hemos visto en Madrid, buscando enamorada á Cervantes.

Esto nos ha llevado á contar con todos sus accidentes, las aventuras del casamiento de nuestro héroe.

Magdalena supo al fin, que hacia dos años Cervantes se habia casado con una

señora de lugar, rica en él, porque en los lugares, con cual rentecilla se es rico, no hermosa, sino cuando más pasadera y agradable, y mujer como debe serlo toda mujer casada, más de su casa que de las demás.

Magdalena, que trágicamente perdido su padre, ó el que tal era por su amor del alma, el hagib Morato, salvadas todas sus riquezas, habia esperado unirse con Cervantes, sintió el alma helada de desventura, transida de desesperacion, cuando del casamiento de Cervantes tuvo noticias.

Pasó algun tiempo.

Doña Blanca de Salazar, su madre, bajó al sepulcro, llevando en su alma el terrible recuerdo de la muerte de su esposo, el arraez Maltrapillo.

Tambien habia muerto en Madrid la supuesta tia de Magdalena, doña Inés Gomez de Salazar.

Entónces, desesperada, tomó una de esas determinaciones trascendentales, que producen resultados gravísimos.

Magdalena se sintió moralmente muerta.

Se habia quedado completamente sola en el mundo.

Lo único que la habia quedado, la esperanza de su amor, se habia deshecho.

Los cadáveres necesitan una tumba.

Una criatura en la cual han muerto todas las ilusiones y se han roto todas las esperanzas, es un cadáver viviente.

Para este cadáver hay una tumba, una fosa comun: el cláustro.

Magdalena era generosa y noble, y aun que en ella no pudiera admirarse una virtud absoluta, que al fin era hija de Eva, y como tal propensa al pecado, podia decirse que estaba libre de dar en los crímenes á que la exajeracion de su carácter habia llevado á Abigail.

Abigail, poseedora de las riquezas, de las inmensas riquezas de que Magdalena era poseedora, no se hubiera detenido ciertamente en reparos de conciencia.

Hubiera matado.

Hubiera hecho viudo á Cervantes.

Hubiera apurado todos los medios de fascinarle.

Pero no habia que pensar en que Magdalena diera en el crímen.

No habia que pensar tampoco en que Magdalena, casado Cervantes, por grande que fuese el amor que por Cervantes sentia, se resignase á ser su querida

Magdalena encontraba cerrados todos los caminos por donde podia llegar á la ventura de su corazon.

Se volvió, pues, á Dios, el último, el único consuelo de los afligidos, de los desamparados, de los que todo lo han perdido sobre la tierra.

Los moribundos hacen testamento.

Magdalena, decidida á encerrarse en el cláustro, llamó á un notario.

Se reservó una pequeña cantidad para su dote de religiosa, y una mezquina rentecilla para subvenir en la clausura á las necesidades de una modestísima manutencion.

Lo demás lo distribuyó entre los hospitales, las congregaciones piadosas y los establecimientos benéficos.

Para desposarse con Dios se hizo pobre.

Una vez pobre, apadrinada por la jóven y hermosa duquesa de Puente de Alba, entró en el convento de la Concepcion Jerónima, y tomó el velo de novicia.

En vano la duquesa habia pretendido disuadirla.

Magdalena, huérfana, completamente huérfana, dolorida en todas las fibras de su corazon, necesitaba el consuelo de la religion.

Pero Magdalena, como veremos más adelante, no debia ser monja.

Dejemos correr los sucesos y volvámonos á Cervantes, que estaba en Esquívias con su doña Catalina, enamorado y feliz, resignándose á la monótona vida de lugar, haciendo versos y escribiendo prosa, (versos y prosa perdidos en su mayor parte, porque una gran parte, y acaso la mejor de lo que los poetas escriben, se traspapela, y acaba por perderse sin ver la luz pública; que una de las condiciones del genio es el descuido; vegetando, fastidiándose, que su amor no bastaba para curarle completamente del fastidio, y cuidando de su hermana Luisa.

Andrea se habia casado por segunda vez.

Rodrigo continuaba en Flandes.

Aburrióse al fin Cervantes de Esquívias, y no pasando mucho tiempo: á los seis meses de su casamiento.

Veia, además, que los bienes de su mujer, si bien eran bastantes para vivir con alguna holgura en Esquívias, no eran suficientes para vivir en la corte, á la cual su genio, su carácter inquieto, su ánsia de fama, y su tenacidad porque se premiasen en alguna manera sus servicios, le llamaban.

Fuése al fin á Madrid Cervantes, á seguir en sus abandonadas pretensiones, y esto fué funesto y de grande trascendencia, porque para mantenerse Cervantes en la corte y ayudar de una manera algo eficaz sus pretenciones, fué necesario vender y amenguar la hacienda de doña Catalina, que no tenia otra voluntad que la de su marido.

Cervantes tenia, como vulgarmente se dice, el corazon muy alegre.

Su grande ingenio lo encontraba todo bueno.

Era jóven aun, y alentaba grandes esperanzas para el porvenir.

Así los hombres de genio y de corazon se pasan la vida esperando, y esperando llegan á la vejez, y esperando aun, mueren pobres y desatendidos en un hospital, y tal vez devorados por la miseria.

Cervantes era uno de esos grandes mártires, que de tiempo en tiempo Dios arroja al mundo, para que sean una parte imperecedera de la gloria de una nacion, á los que sus contemporáneos, exasperados por la superioridad que en ellos conocen, despedazan de cuantas maneras puede despedazarse á una criatura, y que los que vienen tras ellos, algunas generaciones despues, honran, enaltecen y dan muestra del enorgullecimiento nacional que por ellos sienten.

Si á Cervantes, viviendo, se le hubiese dado un pequeño tanto por ciento de

los beneficios que se han obtenido con la contínua publicacion de sus obras; lo que se ha gastado en la estátua que, aun que mezquina, se le ha erigido, y en las honras que se le han hecho, el pobre Cervantes hubiera sido muy rico.

Pero los contemporáneos de los hombres de genio, son con ellos injustos, agresivos, y en un gran número, infames.

Sienten la rábia de la envidia en el corazon, cuando al medirse con ellos se ven pequeños, y la malevolencia y la calumnia acometen aquella altura, y no perdonan esfuerzo para deprimirla é infamarla.

No hay acometida, por villana que sea, de que no se les haga blanco.

No pudiendo negar su gran valía, que la estimacion del público sostiene, se inventan groseras mentiras; se les supone una horrible vida privada; se hace de ellos un sér que en nada se les parece ni puede parecérseles, y se les carga con el villano y grosero desprecio de estúpidos que creen todo lo que oyen, y que se escandalizan de buena fé, creyendo apestado y contagioso al que, en realidad, no sólo no puede contagiar, sino que ni aun ser contagiado.

En una composicion relativa á Cervantes, refiriéndose á los hombres de genio, á los que nosotros nos atrevemos á llamar los elegidos y los consagrados por Dios, con una inteligencia superior á la de la generalidad, dijimos, y creemos haber dicho una verdad:

De su tumba brota al pié,
su fama, que al Orbe asombra:
pero es la gloria una sombra
que mata á aquel que la vé.
Sombra que inspira el delirio;
que lleva á la desventura,
que conduce á la locura,
y al hospital, y al martirio.

En otra composicion dijimos:

El encono, la perfidia,
la calumnia, el ruin ultraje,
son el mísero homenaje
que rinde al genio la envidia.

A lo cual, oyéndonoslo recitar un dia un amigo nuestro, ilustre por su saber y por la belleza de su fecunda oratoria, nos dijo:

—Sí; pero es un homenaje demasiado doloroso para el que lo recibe.

Desde el momento en que Cervantes empezó á concurrir á las Academias madrileñas, para distraer los sinsabores que le causaban sus pretensiones siempre desatendidas, la envidia empezó á aguzar contra él su diente amarillo.

Aun no tenia un renombre público.

Aun no habia vendido su musa.

Aun no la habia pedido pan.

Aun no la habia prostituido á la necesidad.

Irritaba todos aquellos ingenios hueros, que en vano se hacian zancos, elogiándose los unos á los otros para alzar la cabeza sobre la multitud, la innegable superioridad de Cervantes, su crítica levantada é independiente, la generosa indignacion con que flagelaba las falsas reputaciones.

Se empezó por aislarle, por reducirle á la soledad, por disimular mal el disgusto con que se le veia aparecer en las Academias y en los lugares donde se reunian las gentes del ingenio y del arte.

Verdad es que los hombres de verdadera valía; los que con Cervantes coincidian en sentimientos y en ideas; los que en lo de envidiados se veian iguales á él, si no en el genio y el talento, eran de buena fé sus amigos, y le consolaban de la rabiosa acometida de los otros pigmeos, gusarapos del lodo que contra él se volvian irritados.

Se le acusaba por estos de irascible, de que se trataba con gentecilla, y de que concurria á todo género de lugares, cuando Cervantes no hacia otra cosa que dar pasto á la necesidad de espansion de su alma, y demostrar únicamente, como siempre lo hizo el genio, que no conocia otra nobleza que la del entendimiento y la de la virtud: y allá se iba atrevido donde aventuras encontraba, ya fuera el lugar alto ó bajo; pero siendo en todas partes, en todas ocasiones, el hombre honrado, digno y altivo, el grande hombre, en fin, incapaz, por una parte, de una bajeza, como de otra, del sufrimiento de una injuria.

Esta constante acometida de los envidiosos cebándose contra Cervantes, fué agriando su carácter.

El sentimiento de las injusticias de que era víctima, levantó grandemente su altivez.

Al verse acometido sin causa justa ni razon alguna por todo el mundo, contra todo el mundo se puso.

Sintió hambre de ser.

De aplastar con una posicion positiva á sus villanos adversarios.

El soldado de Lepanto, el héroe de Argel, el que sentia en su cerebro el sagrado fuego del genio, anhelaba una posicion que le permitiese vivir con desahogo, con tranquilidad bastante, para que su musa, no combatida por los prosáicos y abrumadores cuidados de la vida, pudiera contenta entonar su poderoso canto, su canto mágico, asombrando con su inefable dulzura y su sabiduría innata á las gentes, y produciéndole una gloria bajo la cual muriese sofocada la envidia.

Apretó, pues, en sus pretensiones.

Pero la maledicencia habia llevado su nombre injuriado á todas partes, á todas las regiones.

Se le tenia por un hombre de grande discurso, de gran ingenio, de gran valía, pero tambien por un hombre aturdido, acometedor, desordenado, y poco cuidadoso de su decoro.

Se creia á la calumnia.

Se le tenia por una especie de pícaro ilustre.

Los secretarios de Estado, de suyo prosáicos, y de suyo hinchados, encontraban muy récio investir con una autoridad cualquiera á un hombre tal como aquel tal de Cervantes, soldado que habia traido de la guerra, cautivo que habia recogido en el baño de Argel todo género de truhanerías y de vicios, y al que, si era necesario encomiar en lo tocante al entendimiento, era necesario rechazar ante la dignidad.

Cervantes, que aun no se apercibia bien de la múltiple saña, de las múltiples bajezas, de las múltiples infamias de que era víctima, continuaba obstinado en sus pretensiones de una compañía, (¿y quién mejor que el desventurado merecia una banda y un baston de capitan?) de un oficio de proveedor en el ejército ó de un corregimiento en Indias.

Los secretarios de Estado le oian con un respeto, hijo de la respetabilidad que naturalmente por su solo aspecto inspiraba Cervantes; pero tambien con una gran reserva, por los falsos antecedentes que de él tenian: no le desahuciaban, pero daban largas á sus pretensiones.

Y entretanto, para que Cervantes pudiese continuar sus pretensiones en Madrid, se vendia una y otra tierrecilla del dote de la buena doña Catalina, y Cervantes se obstinaba, porque para él, las alegrías del corazon para lo porvenir, y los sueños y los delirios no amenguaban.

La firmeza imponderable de su maravillosa voluntad, hacia que todo le pareciese fácil y hacedero.

Pero pasaba el tiempo.

La fortuna de Cervantes, esto es, la de su mujer, se reducia.

Era necesario bajar en las pretensiones, á fin de obtener algo.

Solicitó Cervantes se le concediera comision para cobrar lo que se adeudase en alguna ó algunas provincias del reino, y al fin, despues de muchos trabajos y de muchas dificultades vencidas, se le concedió lo que pedia, esto es, un humilde cargo de agente de Antonio de Guevara, proveedor general de las galeras y armadas del rey, como consta por el principio de la escritura que ponemos á continuacion:

«En la ciudad de Sevilla, á 12 dias del mes de junio de 1688 años, en presencia de mí, Pedro Gomez escribano de S. M., y de las provisiones de sus galeras y armadas, de que es proveedor generel Antonio de Guevara, del su Consejo, y testigos, pareció presente el licenciado Juan de Nava y Cabeza de Vaca, á la colacion de la Magdalena en el dormitorio de San Pablo, en las casas de Marco Ocaña y Luis Marmolejo, en la dicha colacion, en la calle de Cantarranas, casa de doña Juana de Torres, vecinos de esta dicha ciudad, ambos á dos, juntamente de mancomun, á voz de uno, y cada uno por sí é por el todo, etc., se obligaron por sus personas y bienes, que Miguel de Cervantes Saavedra, residente en esta dicha ciudad, hará é usará bien, fiel y diligente, el oficio y cargo de comisario del dicho proveedor general Antonio de Guevara.»

Por lo que se vé, Cervantes no habia podido obtener una más ruin recompensa

de sus servicios, y aun esto le habia costado largos años de solicitudes, de paciencia y de humillaciones ante los ministros y oficiales del rey.

Entre tanto, Cervantes habia añadido una nueva dificultad á su vida, y un nuevo empleo á la pobre Magdalena, como se verá por lo que vamos á referir á continuacion.

CAPÍTULO II.

En que se cuenta una historia, que determina para Cervantes una de las situacinoes más graves de su vida.

Apénas habia entrado en el convento Magdalena, cuando, provisto Cervantes de algunos dineros, producto de unas tierras vendidas, volvió á Madrid á seguir en sus pretensiones.

Se fué á vivir al meson de Paredes.

La antigua patrona habia muerto, y en su lugar tenia el meson una su hija de diez y ocho años, llamada Francisca, que se habia casado con un muchacho de la vecindad, honrado, valiente donde los habia, y capaz para cualquier empeño de honra.

Cervantes no empleaba en sus pretensiones más que el tiempo que le era posible.

Esto es: desde las nueve de la mañana á las doce del dia, hora en que las secretarías de Estado se cerraban.

Volvia generalmente de mal humor á su posada, á causa de las dilaciones que se le hacian sufrir: comia solo y triste acordándose de su familia, se echaba á la siesta, no para dormir, sino para cavilar, y á la tardecita se iba al Mentidero, y á los lugares donde se reunian gentes de la pluma, del pincel y de la espada, estudiantes *cæteraque gentium* del ingenio, de la bravura y de la vida alegre, entre la cual tenia Cervantes sus amigos, y así mismo sus enemigos.

Portábase muy medianamente nuestro hidalgo, porque su fortuna no le daba para presentarse como gran señor, y gastaba lo ménos que le era posible, porque le parecia cosa récia dispendiar el patrimonio de su buena mujer.

Aparecia, pues, desaliñado y pobre, aun que decente, y miraba de ir á los lugares donde hubiera podido igualarse, en aspecto, á otros de mejor posicion que él.

De aquí se tomó motivo para decir que Cervantes se cansaba de concurrir á

las casas de la gente principal, porque le agradaba mucho más su trato con la gente ordinaria.

No se veia que Cervantes huia por dignidad de las grandes casas, en donde no se distingue más que á los aduladores y á los parásitos.

Por ante lo positivo, Cervantes hacia indudablemente mal, porque los que en la corte privan y crecen, son estos parásitos, estos quitamotas, estos encomiadores eternos de las cualidades que no tienen las altas gentes, que en sus salones los reciben, y á sus mesas los sientan... para que hagan la compañía.

Cervantes, cuando alguna vez se divertia, se divertia de *solana,* como vulgarmente se dice, y por un vicio de temperamento, tal vez por una enfermedad crónica, separado por accidente de su mujer, no perdonaba aventura que se le atravesara al paso, singularmente las que eran de faldas.

Al poco tiempo de estar de nuevo en Madrid, al pasar Cervantes por la calle del duque de Alba, sintió un siseo.

Aquel siseo provenia de lo alto.

Parecia de mujer.

Cervantes vió que por bajo de las celosías de un mirador asomaba una mano muy pequeña y muy blanca, en la cual relucian ricas sortijas, y que tenia en la mano un billete.

Cervantes saludó, se quitó el sombrero y le puso como para que el billete recibiera.

El billete cayó; la mano se retiró, y Cervantes acudió á recibirle en su sombrero.

Le guardó y se fué con el á su posada.

Encendió luz, que ya era necesario, y leyó lo siguiente:

«Señor mio: con la pluma en la mano, y sin acertar cómo he de deciros lo que deciros necesito, estoy ya no sé cuánto tiempo, y no se cuántos billetes comenzados he roto: que temo mucho que, aun conociéndome vos, por liviana me tengais, cuando os escribo, á vos acudo, y de vos valerme pienso: pero de otra parte no extrañareis que á vos acuda, cuando os diga que huérfana me hallo, que no há dos meses que mi madre ha muerto, y con un tutor tirano, que esclavizada me tiene y casarse conmigo quiere, no por amor, que amor no vive donde mora la avaricia; sino por disfrutar del título y de las rentas que mi mal aventurada madre me dejó. Más no os digo, que cuando nos veamos os hablaré largamente, sino que procureis que nuestras vistas sean posibles; para tratar de lo cual os esperará esta noche en la vecina iglesia de la Merced una mi doncella.—Guárdeos Dios.—La que más os estima.—Duquesa de Puente de Alba.»

Esta carta trajo á la mente de Cervantes muy gratos recuerdos, pues la que la escribia, era aquella misma niña que diez y seis años ántes habia amparado una noche Magdalena, á quien él, como sabemos, acompañaba, y á la que hacia poco tiempo habia visto hermosa y feliz al lado de su madre.

Apenóse nuestro héroe con tan triste noticia, que trajo á su recuerdo la tristísima historia que la entónces duquesa de Alba le confiara, y se propuso servir, con alma y vida á la hija de aquellos desventurados amores.

No se le ocurrió que la hermosa doncella podia muy bien haberse enamorado de él, que aun que ya iba por sus cuarenta años, se conservaba de muy buen ver, y con las mujeres tenia muy buen lado, como lo demostraba más de una aventura galante que al paso le salia, y que él no despreciaba porque el alma de Cervantes necesitaba para su extraordinaria actividad, un pasto contínuo.

Se sintió, no obstante, vivamente excitado, y sin tardanza salió del meson, sin tomarse más tiempo que el de cambiarse la golilla y los puños, y se fué á la iglesia de la Merced, donde, segun el billete, debia esperarle una doncella de la duquesita de Puente de Alba.

Apénas entró se le acercó una jóven..

Era la doncella de la duquesita.

—Salgámonos del templo, dijo Cervantes, que en él no se debe hablar de cosas profanas, y veníos á mi posada, que en ella podreis decirme lo que fuere.

Salióse tras Cervantes la doncella.

Pero en cuanto estuvieron en la calle dijo:

—No iré yo á vuestra posada, señor hidalgo; que como está en la vecindad y mi señora es tan conocida por su nobleza, por su riqueza y por su hermosura, y con ella me ven siempre, que yo soy la doncella más de su confianza, conoceríanme, y se daria que decir, si no de mi señora, de mí; y no hay necesidad de dar en malas lenguas. Vámonos mejor á casa de mi señora, que ya es oscurecido y podremos entrar por el postigo sin que nadie nos sienta, y así, lo que yo habia de deciros, mi señora os lo dirá y será mejor.

Nada tuvo que objetar Cervantes á tan buenas razones, y tras la doncella se fué.

Abrió ésta, en llegando á él, el postigo, entraron, cerró y asió la mano á Cervantes para guiarle en la oscuridad.

Condújole por unas escaleras excusadas á un corredor, y por él á una cámara que dos bujías puestas en candeleros de plata sobre una rica mesa de jaspe alumbraban, y allí le dejó solo.

A poco, y vestida de blanco, llegó la duquesita.

Doña Dolores estaba ya tan crecida y desarrollada, y era tan buena moza, que daba contento verla.

Sobrecogióse cuando quiso hablar á Cervantes, y apénas si acertó á decir algunas palabras; encendiéndose de rubor, lo cual dió en qué pensar á Cervantes, que empezó ya á no ver claro el principal objeto de aquella misteriosa cita.

Cervantes, que en lo cortés, en lo discreto y en la dulce manera no cedia la palma á nadie, y que al verse en tal ocasion y á solas con una tan jóven, hermosa y nobilísima doncella, que con lo que ya habia hecho, habia dado muestras bastantes de que tenia en él, cuando ménos, una completa confianza, empezó á sacarla de su timidez con tal cortesanía y con tal intencion, que á ella se la soltó la trabada lengua, empezando á dar sus ojos las señales de lo que en su alma sentia, y que era no ménos, á lo que se mostraba, que un grande amor; y díjole que le habia llamado puesto que supiese que él era casado, porque sola se habia

quedado en el mundo, y tiranizada por un tutor viejo y avaro, pariente de su madre, que emparedada la tenia sin dejarla ir á ninguna parte, celóso de todo, y con ella queria casarse, lo cual era lo mismo que querer matarla, porque ella moriria de seguro si con una tal carroña vieja enlazada se viera.

Era doña Dolores, aun que inocente y jóven, dispuesta y atrevida, y además habíala complacido tanto todos sus gustos su madre que se habia hecho voluntariosa, con lo que, y siendo tan rica, que ella misma no sabia lo que poseia, y tan hermosa, que la llamaban la *duquesa arcángel*, habia echado soberbia, y la parecia que aquello que ella desease no podia dejar de ser, fuese lo que fuese, y costase lo que costase.

Defendídola habia del amor su soberbia, y en vano la habian buscado enamorados y ansiosos los unos por su belleza, los otros por su caudal, muchos por ambas cosas, ya en vida de su madre.

Pero á doña Dolores no le habia parecido ninguno ni aun digno de aprecio.

Cuando, unos dos meses ántes, perdió á su madre, su tutor, el conde del Carrascal, se creyó dueño de aquel tesoro, y para que no se lo robasen lo guardó, como quien dice, bajo siete llaves.

Pero no hay quien pueda jactarse de haber guardado á una mujer.

Ellas se escapan por los más leves resquicios, ó por ellos entra quien se las lleva, ó por lo ménos las lleva el alma y la honra, y tal vez la vida.

La que á tantos habia desesperado, la que no habia dado muestras de conocer el amor, ni aun de sospecharlo, á pesar de que tanto hubiese revoloteado á su alrededor el Dios ciego, se enamoró al fin.

Pasaba Cervantes con mucha frecuencia, viniendo del alcázar, á donde le llevaban sus pretensiones, por la calle del Duque de Alba.

Muchas veces estaba en un mirador la duquesita.

La primera vez que vió á Cervantes, agradóse de él.

Renació en ella el tierno afecto que por él habia sentido ya en vida de su madre, y que al volverle á ver se transformó en un amor vivísimo.

Pensó en él.

Deseó volver á verle.

Le vió, en efecto, á los pocos dias, cuando ya, por no haberle vuelto á ver, se impacientaba.

Le pareció mejor.

Sintió en el corazon un dulce consuelo, un afan dulce.

Pensó en él con mucho más ahinco.

Sufrió mucho más esperándole en su mirador tres dias que Cervantes tardó en volver á pasar por la calle del Duque de Alba.

Tenia prevenida todos los dias, junto á sí, á su doncella Felisa, á efecto de que siguiese á Cervantes cuando éste volviera á aparecer.

En cuanto le vió se lo mostró á Felisa.

La mandó que le conociese bien, y que le acechase en la calle del Meson de Paredes, por la cual Cervantes torcia siempre.

Felisa, que era una doncella de servicio, con más esperanzas y más bellaquerías que las que parecian posibles en sus pocos años, que no pasaban de diez y ocho, acechó de tal manera á Cervantes, que al fin supo dónde vivia, y aun lo que hacia en Madrid, esto es, que era pretendiente, á causa de su pobreza, y casado, lo que le hacia más pobre.

Súpole muy amargo lo de casado (su madre no se lo habia dicho) á la duquesita, y se propuso matar aquella aficion que por Cervantes se la habia engendrado en el alma, y de tal manera, que no la dejaba punto de reposo.

Porque en él pensaba despierta, en él soñaba durmiendo, y se ahogaba por no sabia cuántas agonías que por Cervantes la atormentaban.

Pero aun cuando la jóven doña Dolores, oyendo á la honra y á la altivez, libertarse quiso, echándoles fuera de sí, de aquellos amores que no podia lograr honestamente, no sólo no pudo, sino que combatiendo su amor, le aumentó de tal manera, que la llevó á la locura, á la ceguedad, al desprecio de todo; no sólo del juicio de los hombres, sino tambien del castigo de Dios.

Entónces fué cuando, ya rendida, llamó á Cervantes al pasar, y le arrojó por bajo de las celosías de su mirador el billete en que, como ya se ha visto, le citaba.

Esperándole se habia ataviado cuanto la era posible, por estar aun de gran luto por la muerte de su madre; y pareciéndola que el luto blanco la sentaba mejor, el luto blanco vistióse para recibir á Cervantes, y dejóse sueltos los luengos y ricos cabellos rubios que caian en ondas sobre sus hombros y sobre su espalda.

En resolucion, estúvose Cervantes aquella noche más de dos horas al lado de la duquesita, sin que de amor se hablasen, pero demostrando ambos harto claramente, ella su amor, él la aficion sensual que en él por ella se empezaba, y rápidamente crecia.

Manifestóle ella que de su amparo necesitaba.

Que habia oido hablar mucho de él á su madre.

Que sabia cuánto era su valor y su ingenio, y queria que le espantase al tutor, que era un viejezuelo cobarde, y le hiciese entender que ella no estaba sola en el mundo, manifestándole que él habia sido grande amigo de la difunta duquesa, y metiéndolo á barato si necesario fuese.

Conoció Cervantes, cuando apartándose de la tentadora duquesita volvió á su posada, y ya á solas pudo reflexionar más libremente, que estaba en un resbaladero que podia llevarle á gravísimas consecuencias.

Que al fin era casado, y sin escándalo no podia meterse en amores con una doncella, ni sin mal corazon dar un tal disgusto, unos tales celos y una tal muestra de desprecio á su doña Catalina.

Pero eran tales y tantas las seducciones de la duquesita, que por más que Cervantes procuraba echar de sí la tentacion, más la tentacion se apoderaba de él.

Llegó el oscurecer del dia siguiente.

Cervantes se habia propuesto no acudir á la cita, pensase lo que pensase doña Dolores, y para poner un impedimento, se habia ido con algunos antiguos camaradas suyos, que en la corte habia encontrado, á uno de los jardines públicos, á donde acudian galanes de los que no hallan dificultades, y damas de las que no saben ser difíciles, donde se paseaba, se merendaba y se bailaba.

Pero apénas empezó á oscurecer, empezó á sentir una comezon enojosa, y á decirse á sí mismo que era muy duro faltar sin motivo fundado, á una palabra ofrecida: que no es valiente el que huye del peligro sino el que le arrostra y le vence, y que, puesto que él no se metiese en amores con ella, siempre estaba obligado á ampararla y defenderla de aquel su repugnante tio que de tal manera la tiranizaba.

Tanto, en fin, aun que en poco tiempo, pensó en esto Cervantes, y tales metafísicos encontró su entendimiento para disculparle de acudir á la cita de doña Dolores, que dando un pretexto á sus camaradas se separó de ellos, y casi á la carrera, porque ya oscurecia, á buen andar se fué á la iglesia de la Merced, á punto que la doncella salia de ella cansada de esperar.

Volvió á ver á la duquesita.

Aquella noche no salió hasta las diez.

A la noche siguiente le encontraron las doce en enamorado coloquio con ella, ya casi de todo punto perdida la razon.

Al fin, á la vuelta de muy pocos dias, Cervantes entraba en el aposento de la duquesita apénas oscurecia, y no salia de él sino cuando empezaba á esclarecer el dia.

Así se pasaron cinco meses en unos amores tan discretos y tan reservados, que nadie, fuera de su intermediaria Felisa, los conocia.

Pero no hay quien obligue á guardar secretos á la naturaleza.

La deshonra de doña Dolores empezaba á manifestarse de una manera indudable.

El conde del Carrascal empezaba á mostrarse receloso.

La duquesita tuvo necesidad de libertarse de él.

La soberbia, y sobre todo el temor del desprecio público, engendran con mucha facilidad el crímen, cuando se tienen medios para practicarle.

Además de esto, la duquesita aborrecia de muerte á su tutor.

Recurrió á Felisa.

Tenia ésta la manga tan ancha como podia tenerse, y sabiendo el aprieto en que su señora se veia, la prometió sacarla de él, y cuanto ántes.

Le fué muy fácil complacer en su horrible deseo á su señora.

El conde del Carrascal era un viejo verde que se desvivia por las mujeres, y tanto más, cuando estas eran más rudas, más záfias y más abultadas.

Una hembra brava le enloquecia.

Buscó Felisa á un primo suyo, que era pícaro y maton donde los habia, y hablóle del negocio.

Prometióle montes de oro.

No lo dijo á sordo, ni á lerdo, ni á tardo.

El primo, para desviar el negocio, no queriendo hacerlo por sí mismo, buscó á una manola *pur sang*, que era prendera en el Rastro, y que tenia todas las condiciones necesarias para enloquecer al conde del Carrascal.

Grande estatura, miembros robustos, color morenísimo, ojos como tizones de negros y relucientes, boca fresca y tentadora, y un garbo, una gracia y un desgarro tales, que de por donde iba se llevaba detrás hasta las piedras.

Esta moza corria por cuenta del *Tartajoso*, que así, por lo tartajoso de su lengua, llamaban al primo de Felisa.

Pero estos amores, por estar la Mari-pepa casada con una especie de fiera brava, porqueron de alguacil, y más malo que una epidemia, eran secretísimos, y no se lograban sinó muy de tiempo en tiempo, y con grandes sobresaltos.

Por lo mismo que la Mari-pepa y el *Tartajoso* se adoraban, gemian porque no podian casarse, y si el *Tartajoso* no le habia descosido ya las costillas al señor Maltorna, que así llamaban de apodo al porqueron marido de la manola, porque se sabia que por el más leve caso tornaba mal, era porque el *Tartajoso* le temia al porqueron como á la ira de Dios, y no se atrevia á acercarse á él, ni aun recatadamente y á traicion, para matarle ántes de ser sentido por la espalda.

Creia el *Tartajoso* que en ella tenia ojos el señor Maltorna.

Pero habia una circunstancia, y era que este tigre, este bravucon, este *requiem eternam* para todo el mundo, era inofensivo y dulce, y medroso como una tórtola para con su mujer.

Ya algunas veces la habia cogido, ó creido cogerla en renuncios, y nada la habia dicho, ni aun siquiera la habia puesto mala cara; pero siempre habia estropeado al autor del renuncio, valiéndose para ello de tales astucias, lazos y trampas, que habia despabilado, finiquitado á todos, y ni aun siquiera se habia sospechado que él fuese el autor de aquellos ajustes finales de cuentas.

Se les presentaba una grande ocasion á los dos enamorados para libertarse del terrible y aborrecido Maltorna, mirando á la par á su negocio.

No habia que hacer otra cosa, sino que la Mari-pepa fuese á ponerse delante de los ojos del conde del Carrascal, le echase el garabato, se lo llevase y le pusiese al encuentro de su marido.

Las consecuencias serian precisas é inevitables.

Maltorna acecharia al conde, le mataria sin escrúpulo en la primera ocasion oportuna, y se escaparia por la sombra murmurando: «Adivina quién te dió:» pero se le denunciaria á la justicia, se presentarian dos testigos falsos, que de estos los hay á millares cuando se les paga, que declararian haberle visto cometer el asesinato: el tormento aplicado por la justicia acabaria la obra, y ahorcaria por el pescuezo al señor Maltorna, para el cual no hubieran podido tornar las cosas peor.

Urgia el negocio.

Felisa apretaba á su primo, y le daba dineros largos.

Al fin la Mari-pepa se puso en campaña.

Un domingo se vistió con todas sus galas, y hecha veneno mortal viviente de buena moza y de rumbosa, se fué á la iglesia de Santo Tomás, á donde concurria todos los dias de precepto á misa mayor, acompañado de un su criado, el conde del Carrascal.

Cuando se terminó la misa y salió la gente, la Mari-pepa se tropezó con el conde en la pila del agua bendita.

Quedóse el conde al verla admirado, absorto, sin hablar, como si una cosa nunca vista ni más de su gusto viesen sus ojos, y aun que nada dijo á la moza, díjole al criado que la siguiese y averiguase donde vivia.

Hízolo el criado.

Fuése tras ella hasta el Rastro.

Vióla meterse en la prendería.

Volvió á su señor y le dió parte.

Mandóle su señor que le arreglase aquel negocio, y le dió algunas ricas alhajas para que á la gitana las regalase en su nombre.

Arreglóse sin grandes dificultades el negocio.

Viéronse el conde y la manola.

Trastornóle ella.

Enhambrecióle.

Púsole á punto de volverse loco.

Le hizo soltar un tesoro.

Todo esto pasó en la semana siguiente del encuentro del conde con ella.

Convínose al fin en que el domingo, despues de salir de misa, el conde se iria tras ella.

Avisóse preventivamente de esto al señor Maltorna en un billete anónimo.

Los anónimos se llamaban entónces carteles, sin duda por una cierta correlacion que existia entre ellos y entre los carteles anónimos, por subversivos ó infamantes, que solian aparecer en las esquinas ó en las puertas de algun ciudadano.

El señor Maltorna, que ya andaba avispado, porque habia visto en la hermosa garganta morena de su mujer un rico hilo de gruesas perlas con broche de diamantes que él no habia visto hasta entónces, se puso en acecho á la larga de la iglesia de Santo Tomás.

Vió salir á su mujer, y tomar por la calle de Atocha.

Vió al conde que, con el criado que en aquel negocio habia andado, le seguia.

Siguióles él.

Tomaron por la Concepcion Jerónima, por Barrio Nuevo, por la calle de Cosme de Médicis, y por la calle del Meson de Paredes fueron á dar en la de la Comadre, no mejor afamada entónces que ahora.

Llegó la Mari-pepa á la puerta de un casuco.

Entróse en él.

Y esperó en vano.

Maltorna tomó aquella aventura tan á pechos, que olvidando todo temor, y

para impedir que el conde entrase, avanzó rápidamente, llegó al conde, le dió una estocada en la espalda, sacudió un fendiente al criado, cayeron ambos malheridos por tierra, y Maltorna dió á correr, pero con desgracia, porque dos soldados que por la calle iban y que el mal hecho habian presenciado, arremetieron á él, le desarmaron, que él se defendia, y le prendieron, entregándole á la justicia, que llegó á poco.

Recogióse al conde, mortalmente herido, y al criado, que no estaba en mejor estado, y se les llevó á su casa.

Los vecinos caritativos lavaron la sangre arrojando agua sobre ella, para que no la lamiesen los perros, y dos horas despues, cuando ya los curiosos se habian ido y quedado la calle solitaria como de costumbre, la Mari-pepa salió, tan tranquila y tan rozagante como si nada hubiese acontecido; y encontrando tras la primera esquina á su adorado esposo, que tal consideraba ya al primo de la Felisa, se fué con él de bureo, y no volvió á su casa hasta la media noche.

Cuando la dijeron que su marido habia sido preso porque habia matado á un señor conde y á su criado, puso el grito en el cielo, se mesó los cabellos, se golpeó el rostro, se tiró al suelo y se llamó la más desventurada de las mujeres; cosas que nadie creyó: lo que demuestra lo bien sentada que tenia su reputacion la Mari-pepa.

En fin; el conde murió, pero tuvo dos horas de tiempo para nombrar tutora de Dolores á Magdalena Morato, que aun no habia profesado.

Este suceso sacó á Magdalena del convento.

CAPÍTULO III.

En que continúa el principio incidental de la historia de la hija de Cervantes.

Este suceso habia llegado á tiempo para decidir á Magdalena.

Se habia entrado en el cláustro desesperada.

Pero muy pronto habia conocido que el cláustro se le hacia insoportable.

Pero no tenia pretexto para salir de él.

El desamparo de su pupila la proporcionó este pretexto.

Dolores estuvo algunos dias en el convento, hasta que su tutora obtuvo la licencia para salir de él.

Muy pronto, ya en la casa de la duquesita, ésta reveló el secreto de sus amores con Cervantes á Magdalena.

Pero guardó profundamente el terrible secreto de los medios de que se habia valido para libertarse de su tutor.

Magdalena sintió algo horrible, algo indefinible, cuando supo que el seductor, ó más bien, el seducido por Dolores era Cervantes.

Disimuló sin embargo.

Reprendió á Dolores.

Se la llevó de Madrid á uno de sus estados de Extremadura, para que su deshonra, conocida por sus criados, no trascendiese.

No se llevó consigo á nadie más que á Felisa.

Cervantes no supo la partida de Dolores.

Buscó en vano una noche, en la iglesia de la Merced, á Felisa.

En vano la buscó la noche siguiente.

Preguntó valiéndose de una buena y discreta manera al portero, y supo que la señora habia partido con su tutora y con una doncella á Extremadura.

Cervantes no podia abandonar la córte.

Ni tenia un buen pretexto para ello, ni dinero.

Ignoraba que Magdalena fuese la tutora de Dolores.

Sentia una ansiedad horrible.

Sabia el estado en que se encontraba Dolores.

Nunca habia tenido hijos.

Se desarrolló en él un nuevo y nunca probado amor.

Cervantes conoció entónces que hay un amor superior á todos los amores.

El amor paternal.

¿Y qué seria de su hijo?

¿Se lo ocultarian?

¿Le abandonarian?

Sabia bien Cervantes que Dolores no era muy firme en la virtud.

Que todo lo sacrificaba á su egoismo.

Pasaron para Cervantes cuatro horribles meses.

En este tiempo la justicia habia preparado suficientemente para la horca á Maltorna.

Cervantes estaba muy léjos de pensar que á causa de sus amores se ahorcaba á aquel pícaro.

Por una coincidencia singular, en el mismo momento en que el verdugo se lanzaba sobre Maltorna, nacia en un pueblecillo de Extremadura, en medio del secreto más profundo, una niña que recibia en sus brazos Magdalena.

Aquella niña era la hija de Cervantes.

Algunos dias despues, almorzaba en el meson, en la cocina de él, Cervantes.

En la puerta de la cocina hablaba con un lacayo de casa grande, el mozo de paja y cebada del meson.

Cervantes habia reparado que la librea de aquel lacayo era la de la casa de Puente de Alba.

Escuchaba con atencion.

De improviso se levantó aterrado.

Habia oido decir al lacayo, que tenia que ir casa del sastre á que le tomase medida de una librea de luto.

—¿Y por qué eso? dijo el mozo de paja y cebada: ¿ha muerto algun pariente de la señora?

—No, dijo el lacayo friamente; la señora es quien ha muerto allá en sus tierras de Mérida, á donde se fué hace cerca de cinco meses, con su tutora.

Y el lacayo se fué.

Cervantes permaneció por algun tiempo mudo, consternado, aniquilado. en un estado infinitamente más terrible que la más terrible agonía.

Luego subió á su aposento, tomó su capa y su sombrero, y sombrio, demudado, loco, se lanzó á la calle.

Pero, ¿á dónde iba?

¿Cómo podia él preguntar, y más con el semblante demudado, mortal, á los criados de la duquesa, si su señora habia muerto?

¿Cómo dar á ningun amigo la comision para que lo preguntase?

Esto hubiera sido causar sospechas acerca del honor de doña Dolores.

Cervantes devoró su dolor.

Le aumentaba, si era posible que se aumentase, la seguridad que Cervantes tenia atendidas las fechas, de que Dolores habia muerto á consecuencia de su alumbramiento.

¿Y qué se habia hecho de lo que habia nacido?

¿Habia muerto tambien?

Conoció Cervantes, por lo que entónces sufria, que hasta entónces no habia sufrido nada.

Hubo de volverse á su casa, porque la emocion que le habia sobrevenido, no le permitió tenerse de pié.

Una vez en el meson se le agravó la calentura.

Al fin perdió el conocimiento.

Tal enfermó, de tal gravedad se puso, que fué necesario avisar á Esquivias.

Su mujer y su hermana Luisa sobrevinieron al momento.

La calentura no cesaba.

Cuando se recargaba, Cervantes caia en el delirio.

Este delirio reveló á doña Catalina y á Luisa, de una manera terrible, por medio de palabras inconexas, ahora una, luego otra, todo el secreto.

Doña Catalina sabia que Cervantes habia tenido amores en Madrid con una gran señora; que esta señora habia dado á luz, ó á sombra, un hijo y habia muerto.

La causa de la peligrosa enfermedad de Cervantes se habia revelado.

Doña Catalina sufrió lo que no puede explicarse.

Lo que se comprende.

Tuvo, sin embargo, grandeza de alma bastante para sobreponerse á la situacion, para dominarla.

Lo primero era su marido.

Encargó á Luisa un profundo secreto.

Ni la una ni la otra se separaban un solo momento del enfermo, no sólo para cuidarle, sino tambien para que nadie oyese su delirio.

Un mes duró el peligroso estado de Cervantes.

Durante este mes, Magdalena habia vuelto á Madrid, acompañando el cadáver de la desventurada Dolores.

Los funerales se habian hecho con gran pompa.

Magdalena habia entregado la inmensa fortuna de Dolores á un pariente lejano que la heredaba.

Este pariente era un pobre diablo, un hombre vulgar, záfio, que habia sido sorprendido allá en su tierra, por la noticia de que era pariente de la excelentísima señora duquesa de Puente de Alba, grande de España, y que á él, por ser el pariente en mejor derecho, le correspondia heredarla.

Este poco ménos que patan, quiso que Magdalena aceptase cien ducados para los lutos.

Pero ella, agradeciéndolo mucho, no los tomó, de lo que el aldeano se alegró y no poco.

Magdalena se fué á pié, sola, triste, cabizbaja, con su hábito y sus tocas de beata, á un aposento de una posada, en la calle de Toledo.

Allí, en cuanto entró, se fué vivamente á una jóven y robusta nodriza que tenia en los brazos una hermosa niña de muy poco tiempo.

La cogió y la besó llorando.

Luego pidió la comida, y comió sóbriamente, acompañada de la nodriza, que lo hizo muy bien.

Llamó á seguida á un mozo de la posada, y le mandó fuese al meson de Paredes, y viese si parecia por allí un tal Miguel de Cervantes Saavedra, soldado inválido por la manquedad de su mano izquierda.

Volvió el mozo diciendo que, en efecto, en la posada del Meson de Paredes vivia, ó por mejor decir, se moria el señor Miguel de Cervantes, que estaba muy enfermo de calenturas malignas, y que le asistian su mujer y su hermana, que eran de Esquívias.

El mozo no podia llevar noticias más completas.

Pero estas noticias atragantaron, pusieron á prueba todo el valor de Magdalena.

Su amor á Cervantes, aquel amor tan duramente y por tantos años contrariado, no se habia amenguado; por el contrario, habia crecido.

Se habia hecho una especie de culto para la pobre Magdalena, que todo lo habia perdido, sus padres, su hacienda, su felicidad.

No la quedaba más que la paz de su conciencia.

Ella no habia hecho ni querido hacer mal á nadie.

Ella no habia removido los obstáculos que se oponian á su amor, por medio del crímen.

Ella, inocente, sufria sin duda el castigo de las culpas de sus padres.

Porque se hereda todo... todo... hasta los pecados de los que nos dieron el sér.

Magdalena esperó con ansiedad el resultado de la enfermedad de Cervantes, que al decir de los médicos era muy peligrosa.

Algun tiempo despues de la llegada á Madrid de Magdalena con la pequeña Isabel, que así se llamaba la hija de Cervantes, ëste empezó á mejorar, aun que lentamente.

Las calenturas no eran tan intensas.

Perdian su terrible carácter.

Se transformaban.

Al fin desapareció completamente el peligro.

Magdalena iba todas las tardes á la iglesia de la Merced, que era la más inmediata á la posada de Cervantes.

Llevaba siempre consigo á la nodriza con la niña.

Oraba desconsolada.

Rogaba llorando á Dios por Cervantes.

En su casa mantenia constantemente encendida una vela del Santísimo.

De los pocos haberes que tenia daba cuanto la era posible á los pobres.

Desde que supo que Cervantes se habia casado, habia consagrado á Dios su castidad, aun no manchada con el más leve pensamiento impuro.

Se habia reducido á su humilde hábito de beata.

Se alimentaba lo más frugal y sóbriamente que podia, y dormia en un durísimo lecho, casi sobre una tarima.

Llevaba á raiz de la carne un silicio.

A excepcion de la clausura, hacia la misma vida recoleta y durísima que por algun tiempo habia hecho en el cláustro.

Y no hacia esto sólo en bien de su alma y por la vida y la ventura posible de Cervantes, sino tambien por el alma de sus padres.

A pesar de las durezas y de las privaciones de esta vida casi ascética, Magdalena no se demacraba, no empalidecia.

Por el contrario, su hermosura crecia porque se espiritualizaba.

Algunas veces, mejorado ya Cervantes, íbase ya doña Catalina, sola como mujer casada, ya Luisa acompañada de la posadera, que una de ellas, doña Catalina ó Luisa, no podian ni querian faltar de la cabecera del lecho de Cervantes, á la iglesia de la Merced á rogar á Dios por el alma de su querido enfermo.

Siempre, como que iban por la tarde, encontraban allí una hermosísima beata, triste y meditabunda, abismada en la oracion, y teniendo junto á sí una nodriza jóven y hermosa, modesta y limpiamente vestida, con una criatura en los brazos envuelta en ricos pañales.

Porque Magdalena, que amaba á la pequeña como si hubiera sido su hija, ó más si esto era posible, no excusaba nada para con ella.

Esto era un resto de vanidad harto disculpable en Magdalena

La buena Luisa, jóven aun en la apariencia, aun que era algo mayor en edad que su hermano Miguel, y que si no podia llamársela bella, se la encontraba agraciada y simpática, sencilla y pura como una niña, se aficionó de aquella hermosísima beata, y nada sospechó de ella, aun que junto á ella veia una nodriza con una niña.

Las españolas son comunicativas de suyo.

Además, Magdalena habia provocado su comunicacion con Luisa.

Luisa, la anterior á Miguel, que era el menor de sus hermanos, se le parecia extraordinariamente, si no en el ingenio y en el conocimiento del mundo, en la figura y en las emociones del alma, que al semblante la salian.

Magdalena la reconoció.

El meson de Paredes estaba próximo.

Acompañaba á Luisa una mujer de baja condicion, pero á juzgar por su traje y por sus maneras, porque su traje era tan rico como el que más de las mujeres comunes, se podia deducir muy bien fuese posadera ó chalana, ó tratera de las que ya por entónces poblaban los barrios bajos de Madrid, y que venian á ser la larva de la moderna manola.

Con estas observaciones, y con haberle dicho un lego de la sacristía á quien preguntó, que aquella mujer que acompañaba á aquella señora era la dueña del meson de Paredes, no tuvo duda de que Luisa era hermana de Cervantes.

Magdalena hizo que se encontrasen una tarde al oscurecer al salir del templo, en la pila del agua bendita.

Mediaron cumplimientos y saludos sobre cuál habia de salir la primera, y de esta manera nació el conocimiento.

Aquel conocimiento creció.

Doña Catalina tuvo conocimiento de él, porque nada la ocultaba Luisa.

Por esta razon el conocimiento se extendió á doña Catalina.

Esta, ménos inocente que su cuñada, concibió sospechas poco favorables á Magdalena, al ver junto á ella á aquella pequeña criatura, á la que miraba con toda la solicitud del vehemente é incomparable amor de las madres.

Pero en cuanto hablaron, se tranquilizó, y vió que no habia reparo alguno en que Luisa y ella se tratasen con la hermosa beata.

Magdalena nada habia dicho respecto á la niña, por lo cual pudiera venirse en cuenta de si era su hija ó no lo era.

El que se disculpa cuando no se le acusa, hace con la excusa una especie de acusacion de sí mismo.

Y esto que con el instinto de los celos, y esa prodigiosa perspicacia de las mujeres, doña Catalina habia encontrado no sabemos qué indudables rasgos de parecido entre la pequeña y Cervantes.

Ya hemos dicho que, por el delirio de Cervantes, doña Catalina y Luisa habian

sabido los amores que Cervantes habia tenido con una señora á la que llamaba unas veces duquesa y otras Dolores; que aquella señora habia muerto, y que con ella habia muerto, ó vivia, un hijo que aquella señora habia dado á luz.

Con estos antecedentes doña Catalina no pudo dudar ya de que la pequeña era hija de Cervantes, y de que Magdalena no era su madre.

Habia, pues, entre doña Catalina y Magdalena una inteligencia reservada aun, pero que debia manifestarse muy pronto.

Magdalena sabia, y esto de cierto, porque ellas se lo habian dicho, que Cervantes era esposo de doña Catalina y hermano de Luisa.

Doña Catalina sabia que Magdalena guardaba, cuidaba, con el afan y cariño de una madre, una que no era hija suya, y sí hija de Cervantes.

En cuanto á Luisa, no sabia acerca de Magdalena, sino que era una benditísima mujer.

Respecto á la niña, sabia sólo doña Catalina que era una huérfana, hija de una amiga de Magdalena, que habia muerto, y que quedaba sola en el mundo, por lo que ella se habia propuesto no dejarla jamás, y hacer para con la niña oficios, ó más bien acciones de madre.

Esto era conmovedor: doña Catalina y Luisa, buenas: ambas se apasionaron de Magdalena.

Doña Catalina, á pesar de que era un ángel, y de que se sentia impresionada con un principio de amor por la hija de su marido, sufria.

Sufria como sufren todas las mujeres que son buenas, que aman entrañablemente á su marido, y que no han tenido hijos, cuando conocen al hijo que de otra su marido ha tenido.

Y al mismo tiempo, lo repetimos, empezaba á amar, como si hubiese sido hija suya, á la pequeña Isabel.

Aun que se habian ofrecido recíprocamente sus habitaciones, no se habian visitado.

Esto se comprende.

Hubiera sido necesario el cambio de las visitas.

Pero ni doña Catalina queria que en el estado en que Cervantes se encontraba viese á la niña y tal vez la reconociese por el parecido que con él tenia, ni Magdalena queria que Cervantes la viese de improviso delante de su mujer.

Así es que se habian excusado cuanto buenamente habia sido posible las visitas.

Pero doña Catalina necesitaba saber.

Estaba poderosisimamente excitada.

Apénas comia, apénas dormia, pensando en aquella hija que habia encontrado tan sin pensarlo detrás de la enfermedad de su marido.

En la madre de aquella hija.

Magdalena sólo se habia explicado respecto á la niña, en la siguiente conversacion que tuvieron una tarde doña Catalina y ella, sentadas en uno de los bancos que á la sombra de unos tilos habia en el átrio del convento.

Habia acometido á la niña una tos alarmante.

Magdalena se sofocó.

Creyó que la tos ferina acometia á la pequeña niña.

No hay nada tan aprensivo como una madre cuando se trata de sus hijos.

Magdalena se habia puesto pálida; se habia asustado.

—No extrañeis, esto, señora, la dijo: la amo como si fuera hija mia, y no lo sé, porque yo no he sido madre, ni lo seré nunca por mi voluntad, pero creo que la amo más que si fuera hija mia.

—Pues yo creia, señora, que érais viuda, y que por el dolor de vuestra viudez os habíais hecho beata.

—No, señora, dijo Magdalena: yo, por una perfecta vocacion, he consagrado mi castidad á Dios: yo estaba en un convento, y cerca ya de mi profesion, cuando la hija de una grande amiga mia, amiga mia tambien grandísima, por desventuras de amor... por locuras de la pasion...

Magdalena se detuvo.

—Su madre, continuó despues de algunos momentos, aun que estaba en la fuerza de su edad y de su salud, murió de improviso: quedó ella sola... yo salí del convento para servirla de madre... luego, señora, ella murió, dando á luz á esa niña... esto es todo... yo he jurado á Dios no vivir más que para servirle, y para servir de madre á esta desventurada.

Por aquella tarde no hablaron más.

Al fin Cervantes curó y pudo dejar el lecho.

Los médicos le mandaron paseos por el campo.

Estaba muy débil y necesitaba el apoyo de alguno.

Se habia quedado en la piel y en los huesos.

Doña Catalina y Luisa le sacaron á paseo.

Faltaron, pues, á la iglesia.

Magdalena se inquietó cuando vió que no parecia ninguna de las dos.

Temió que Cervantes hubiera recaido.

Esperó con ansiedad.

Al dia siguiente fué Luisa.

—Mi cuñada, dijo, no pudo venir ayer tarde, ni yo tampoco pude, porque ambas acompañamos en un corto paseo á mi hermano, que ya, gracias á Dios, está bueno.

Si Luisa no hubiera sido tan inocente, se hubiera alarmado al ver la inmensa expresion de alegría que iluminó el semblante de Magdalena al oir esta noticia.

—¡Loado sea Dios, exclamó, que á vuestro hermano ha salvado!...

A medida que Cervantes mejoraba, fueron escaseando las vistas entre Magdalena y doña Catalina y Luisa.

Como que ya éstas no tenian tanta necesidad de ir al templo á rogar á Dios por Cervantes.

Pero Magdalena no dejaba de ir un solo dia, ni por un solo momento se apagaba en su cuarto la luz del Santísimo.

Para ella quedaba todavia algo grave, muy grave, despues del peligro de que Cervantes acababa de salir.

La pequeña Isabel.

Era necesario que Isabel tuviese padre.

¿Y cómo conseguir esto?

Dios la favoreció poniendo este mismo pensamiento en el alma de doña Catalina.

No se podia llegar á una mayor virtud que á la que doña Catalina llegaba.

Cervantes habia curado por completo.

Se restablecia rápidamente.

Pero estaba sumido en una profundísima tristeza.

Doña Catalina conoció la razon de esta tristeza, y se la abrieron las entrañas.

¿Por qué habia de oponerse ella á que Isabel tuviese padre y Miguel hija?

Una tarde en que habia salido con Cervantes á paseo, y habia enviado á Luisa á la iglesia para que viese á Magdalena, á quien ya ambas estimaban en gran manera, al llegar al prado de San Gerónimo, le dijo:

—Sentémonos; me parece que estás muy cansado, Miguel.

—Estoy más cansado del alma que del cuerpo, respondió Cervantes; estas pretensiones mias que nunca se logran y que me han postrado...

Cervantes no habia logrado aun el mezquino empleo de dependiente del proveedor de la Armada.

Doña Catalina no respondió.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

No se atrevia á hablar.

Cervantes, cuya perspicacia era infinita, (y no se necesitaba mucha para conocer el estado del alma de la buena y sencilla doña Catalina), la dijo:

—Tú estás inquieta; tú sufres; tú tienes algo que decirme, y que á decirme no te atreves.

—¿Tú crees que yo tengo algo que decirte? dijo doña Catalina, mirando de una manera serena á su marido.

—Sí, dijo Cervantes; y algo que debe ser muy importante: nunca te he visto como ahora: ¿he dicho yo algo en el delirio de mis calenturas, que haya podido ofenderte?

Cervantes sabia que habia delirado.

Habia supuesto, y con razon, que en su delirio habria hecho revelaciones.

—Tú no me has ofendido; tú no puedes ofenderme jamás, Miguel, dijo doña Catalina.

—Pero tú estás triste; tú sufres.

—Estoy triste y sufro por tí.

—¿Por mí?

—¡Sí; por tí!...

—¿Pero, tú sabes?...

Doña Catalina alzó los ojos, los fijó en su marido con un amor, con una solicitud, con una abnegacion incomparables, y dijo:

—Sí; yo sé.

—¿Que tú sabes?... exclamó Cervantes poniéndose pálido.

—Sí... ¿y qué tiene de extraño... ni en tí... ni en... ella...?

—¡Oh! ¡Catalina!... exclamó Cervantes.

—¡Pero tengo celos! exclamó doña Catalina, poniendo sus negros y enamorados ojos en Cervantes: celos que deben morir... que morirán... porque son celos... por una muerta.

Cervantes no supo qué decir.

Acabó al fin por afrontar la situacion.

—No me disculpo, ni pretendo disculparme, dijo, porque no hay disculpa posible.

La nobleza y la rectitud del carácter de Cervantes se revelaban.

—Pero sí te suplico, prosiguió, que nos perdones, á ella y á mí: á ella, porque ha muerto; á mí, porque necesito tu perdon.

—Mi perdon y mi alma, exclamó ardientemente doña Catalina.

—¡Ah!... ¡eres un ángel de Dios!... exclamó Cervantes.

Sucedió un momento de silencio.

Ambos se sentian consolados el uno por el otro.

Al cabo dijo doña Catalina:

—Tú sufres por una duda cruel, dijo.

Miró Cervantes con ánsia á doña Catalina.

—Tú sufres por tu hija, dijo haciendo un grande esfuerzo doña Catalina.

—¡Por mi hija!... exclamó Cervantes: ¡oh, Dios mio!... ¿pero tú conoces á... mi hija?...

—Sí; y la amo.

Cervantes se sintió tocado por algo inmenso, por algo soberano, por algo augusto, en el corazon.

Por el alma de su mujer.

Y se avergonzó.

Él, que no era ciego para nada, no lo era, no podia serlo para sí mismo.

Una agitacion peligrosa se habia apoderado de Cervantes.

—Hablemos tranquilamente, Miguel, dijo asustada doña Catalina; nada de lo que sucede, sucede sin la permision de Dios, y lo que Dios permite que suceda, cosas son de su Divina Providencia. Rebelarse contra la Santa Providencia de Dios, es desconocer á Dios.

—¡Tú eres una santa!... exclamó Cervantes.

—No; yo no soy una santa, dijo doña Catalina; es que te amo.

—¡Ah!... ¡santa Teresa de Jesús!... ¡santa Teresa de Jesús!... exclamó Cervantes: ¡cuán bien dijiste cuando dijiste: el infierno es un lugar donde no se ama: por lo mismo puede y debe decirse que la santidad es toda amor.

—¡Cálmate, Miguel, cálmate!... dijo doña Catalina: no vuelvas á ponerte malo: mira que yo he sufrido mucho; que sin caer en el lecho he estado tan enferma como tú, y Dios sabe, Dios sabe por dónde resollará esto todavía; yo

quiero que sufras lo ménos posible: yo quiero que estés lo más contento posible: yo quiero que vivas con tu hija, y que tu hija te llame padre, y que tú llames hija á tu hija: yo quiero ser madre de tu hija; y siendo hija tuya, ¿no es tambien hija mia? y ayudándote yo en tus obligaciones, ¿no cumplo con mi obligacion?

Cervantes cogió una mano de su mujer y se la besó bañándola en lágrimas.

—Quiero ver á mi hija, dijo Cervantes con acento tímido.

—Sí, dijo doña Catalina. pero hoy no; mañana: estás muy agitado: volvámonos á casa.

Cervantes habia sentido un gran consuelo á causa del cariño conyugal de su mujer.

Se volvieron á la posada.

Cervantes comió aquel dia mejor.

Aquella noche durmió más tranquilo.

Al dia siguiente por la mañana. ántes de que Cervantes despertase. doña Catalina se levantó.

Se vistió en silencio.

Salió.

Se fué á buscar, á su posada, á Magdalena.

Ésta la recibió afectuosamente, pero cuidadosa.

En el semblante de doña Catalina veia una gran palidez y una grande ansiedad.

CAPÍTULO IV.

Hasta dónde llegaba la grandeza de alma y el amor por su marido en la esposa de Cervantes.

—Amiga mia, dijo doña Catalina, vengo á hablaros de un asunto que tal vez os interesa mucho.

—Para mí será siempre muy interesante todo lo que vos me digais, señora, dijo Magdalena, cuyo cuidado crecia á medida que crecia la turbacion de doña Catalina.

—Mi marido, dijo ésta, está ya completamente bueno.

—¡Gracias á Dios!... dijo Magdalena.

—Vivir en Madrid cuesta muy caro; somos aquí dos personas más, y nuestra corta hacienda no basta á sufragar los gastos: con las pretensiones de Miguel andábamos muy alcanzados, y con los gastos de su enfermedad nuestro apuros han crecido. Nos vamos, pues, mi cuñada y yo á Esquívias, donde gastamos muy poco, lo pasamos mejor y podemos atender más á los gastos de Miguel.

Magdalena suspiró.

Se acordó con un verdadero dolor del cuantioso caudal que habia dado á los pobres, cuando, desesperada por el casamiento de Miguel, se habia acogido al cláustro.

—Yo, señora, dijo á doña Catalina, poseo muy poco; pero sin embargo, tal cual ello es, está á vuestra disposicion.

Se puso muy encendida doña Catalina, y dijo:

—No; no os he hablado yo de nuestros apuros para pediros: con lo que nos queda tenemos para pasarlo honestamente, Miguel pretendiendo en la corte, y Luisa y yo en Esquívias; pero os hemos tomado una grande estimacion, señora, tanto ella como yo, y sentimos en el alma separarnos de vos.

—¡Ah!... ¡yo os lo agradezco con todo mi corazon!... dijo conmovida Magdalena, que adivinó á doña Catalina.

Habia reparado Magdalena, desde el principio de la conversacion con doña Catalina, que ésta fijaba extraordinariamente su atencion en la pequeña Isabel.

Para Magdalena, no era en manera alguna dudoso que doña Catalina habia reparado en los rasgos semejantes que existian en la niña y en Miguel.

La habia asombrado, por lo mismo, la solicitud que doña Catalina mostraba por la niña.

Habia en aquello una extraordinaria grandeza de alma, unida á una extraordinaria sencillez, á una buena fé admirable.

Magdalena, cuya generosidad era inmensa, habia sentido un afecto profundo por doña Catalina, y habia acabado por amarla como si hubiera sido una buena hermana suya.

Al oir decir á doña Catalina que sentia mucho separarse de ella, lo comprendió todo.

Su afecto y su admiracion por las grandes cualidades de la esposa de Cervantes, crecieron.

—Pues estad segura, continuó Magdalena, que para mí no será ménos doloroso separarme de vosotras, amigas mias.

—¿Y por qué no os venís con nosotras á Esquívias? dijo con la voz insegura doña Catalina: en nuestra casa cabreis: viviremos como hermanas, y la pobre Isabel, en vez de tener una madre tendrá tres.

—¡Oh!... ¡cuán buena sois!... exclamó Magdalena.

Y asiendo con ambas manos la cabeza de la excelente doña Catalina, la besó en la boca.

Doña Catalina contestó con otro beso apasionado y suspirante al beso de Magdalena.

—Os vendreis con nosotras, ¿no es verdad? dijo.

—Sí; pero con una condicion, dijo Magdalena.

—¿Y cuál? dijo anhelante doña Catalina.

—Vuestro marido ha de consentirlo.

—Pues por supuesto, dijo doña Catalina: yo no hago nada sin el beneplácito de mi esposo y señor.

—Sin embargo, dijo Magdalena, despues de haber permanecido en silencio y meditabunda durante algunos momentos, necesito hablar con el señor Miguel de Cervantes: lo que vos, señora, deseais, lo que yo tambien deseo, es grave. A los niños se les tiene un amor, con el cual nada es comparable cuando se les cria desde pequeñitos. Se les ama como si fuesen hijos nuestros. Lo que vos quereis hacer es una adopcion.

—Yo quiero más, dijo doña Catalina con un irresistible arranque de sentimiento; yo quiero que sea nuestra hija.

—¡Oh Dios mio!... ¡Dios mio!... exclamó Magdalena: ¡qué grande y qué misericordioso eres, Señor!...

Y se la arrasaron los ojos, y luego, sin poder contenerse, rompió á llorar.

—Yo os acepto con toda mi alma y con toda mi voluntad por hermana, exclamó: yo acepto en nombre de Isabel y de mi pobre amiga, su desgraciada madre, la adopcion con que la amparais: pero que venga á verme el señor Miguel de Cervantes.

Como ya lo hemos dicho, no se habian visto aun por aquella vez Cervantes y Magdalena.

Cervantes no podia,ni aun sospechar que Magdalena fuese la madre adoptiva, la protectora de su hija.

—Vendrá, vendrá á veros mi esposo, dijo doña Catalina, en cuanto yo vuelva á la posada, y vendrá solo.

—Sí, sí; que venga solo, dijo Magdalena.

Para aquellas dos admirables mujeres, todo lo que se referia á Cervantes y á la pequeña Isabel, era ya valor entendido.

Doña Catalina se fué.

Magdalena se preparó para el momento de la aparicion de Cervantes, que debia ser para ella un momento cruel.

CAPÍTULO V.

De la entrevista que tuvieron Miguel y Magdalena.

Hacia un hermoso y templado dia, y Magdalena, para quedarse completamente sola, y que nada de lo que se dijese en su entrevista con Cervantes pudiese trascender, mandó á la nodriza saliese para que la niña tomase el aire.

Poco despues de haberse quedado sola Magdalena, tocaron recatadamente á la puerta del aposento.

—¡Él!... exclamó Magdalena.

Y se la apretó el corazon.

Se acongojó.

Hubo de esforzarse para resistir la poderosa emocion que se apoderó de ella.

Temblaba.

Se la nublaban los ojos.

No acertaba á llegar á la puerta para abrirla.

Se acercó á ella.

La situacion era todo lo difícil que podia serlo para Magdalena.

Ella estaba segura de que Cervantes iba bien ajeno de encontrarla.

Abrió al fin.

Cervantes entró desenfadadamente.

Adelantó.

Magdalena estaba vuelta de espaldas.

Adelantaba hácia la puerta de una habitacion interior.

—Bésoos las manos, señora, dijo Cervantes.

Su voz era trémula.

Esperaba ver inmediatamente á su hija.

Magdalena no contestó por el momento.

Temia.

No sabia lo que podia pasar por Cervantes en el momento en que la reconociese.

Pero era necesario contestar.

—Guárdeos Dios, dijo.

Y aun que su voz se desfiguró por la emocion, á causa de su temblor, Cervantes se sobresaltó.

—¡Ah! dijo: ¡yo os conozco!...

Magdalena estaba aun de espaldas.

—Pues llamad á todo vuestro valor, Miguel, dijo Magdalena.

Y habiendo llegado al centro de la habitacion, se volvió.

—¡Poderoso Dios!... exclamó Cervantes reconociéndola.

—¡Sí, yo soy! dijo Magdalena.

—¡Tú!...

—¡Yo!...

—¡Dios lo ha querido!...

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!...

Y las miradas de los dos se mezclaron, se confundieron en una expresion indefinible, suprema.

—Siéntate, le dijo Magdalena; siéntate y recóbrate.

Cervantes se sentó aturdido.

Magdalena se sentó junto á él.

—¿Y mi hija? exclamó despues de algunos segundos de silencio Cervantes.

—Era necesario que nadie oyese lo que tenemos que hablar, dijo Magdalena, y he enviado á paseo con la niña á la nodriza.

—¡Oh, Magdalena!... ¡Magdalena!... exclamó Cervantes.

Y miró con ánsia á Magdalena.

—Tienes por esposa á una santa, dijo Magdalena.

Cervantes balbuceó algunas palabras.

—No, no te culpo, dijo Magdalena: el destino, que no queria nuestra union, nos separó; tú no sabias lo que era de mí; habias llegado á esa edad en que un hombre siente la necesidad de la familia: has hecho bien, y has sido afortunado: yo no creia que en el mundo pudiese haber una criatura tan buena, tan dulce, tan generosa, tan grande como tu mujer: ella lo sabe todo, Miguel, y sin embargo te ha perdonado, y quiere ser la madre de tu hija.

—¡Ah!... ¡Dios se lo pague!...

—Págaselo primero tú, Miguel: la pobre tiene celos; la pobre sufre... y ya ves, Miguel, adopta á tu hija; quiere ser su madre. Tanta virtud, tanta caridad, tanto amor para tí, merece todo el amor de tu alma.

—¡Oh, sí, sí!... exclamó Cervantes confundido.

Y se calló, no encontrando otra cosa que decir.

—Desde ahora, dijo Magdalena, tu hija y yo vamos á ser dos personas más de tu familia. Tú y tu mujer y tus hermanas, teneis en mí otra hermana: todos tendremos en Isabel una hija. Yo me alegro: yo no sufro: yo te amo; pero mi amor por tí ha sido siempre puro: un amor del alma, que no tiene por qué sufrir. dado ya tu casamiento con la admirable Catalina: yo me habia encerrado en el cláustro; yo me habia consagrado á Dios, y consagrada á Él continúo. El desamparo de la madre de tu hija me sacó del cláustro; la orfandad de tu hija no me ha permitido, cuando murió su madre, que al cláustro volviese; no puedo ser monja, pero soy beata. Yo no existo más que para servir á Dios y para servirte á tí y á tu familia. ¡Ay! ¡ojalá que al entrar en el cláustro yo no hubiera dejado mis riquezas á los pobres!...

Cervantes tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Se encontraba en la situacion más grave y más solemne de su vida, relativamente á su corazon.

—Pero tengo algo que me habia reservado para mi manutencion y mi dote, que al salir del convento me ha sido devuelto. Yo te lo entrego. Yo lo uno á lo que poseeis; todos viviremos juntos: todos nos ayudaremos, y Dios nos amparará.

Para Cervantes se convertia todo lo que habia pasado con el sentimiento del amor por su corazon hasta entónces, en un sueño fatigoso, en una pesadilla horrible.

El remordimiento le roia.

No parecia sino que su amor llevaba consigo una maldicion.

Todas las mujeres que habia amado habian caido en una horrible desventura.

Habian sucumbido á ella.

Para él sólo sobrevivian dos.

Cervantes creia muerta á Abigail.

Y no se engañaba.

Misericordioso Dios para con él, habia matado á Abigail, esclava, en el serrallo de su señor, en Constantinopla.

Habia muerto martirizada, enferma.

Los dos amores de Cervantes que vivian, eran dos grandes mujeres, grandemente desventuradas.

Sin embargo, su corazon, su fé, su amor las alentaba.

La suerte se mostraba dura, pero no completamente cruel para Cervantes.

Aun podia alentar la esperanza de vivir en paz alguna vez, con su familia, gozando de una fortuna por él adquirida.

Su hija le atraia sobre todo.

Pidió explicaciones á Magdalena, y ésta se las dió completas.

Le dijo que por su antiguo conocimiento con la duquesa de Puente de Alba, la habia visitado, cuando á Madrid fué en busca de él.

Continuó la historia, desde que salió del convento para cumplir con la tutela de Dolores, de la que habia sido encargada por el tutor difunto, nombrado por su madre. Vino al asunto del nacimiento de Isabel.

Y dijo á Cervantes:

—La duquesa no habia pensado en nada respecto á su hija.

No habia previsto que podia morir en el alumbramiento.

Yo no habia pensado tampoco en ello.

De tal y de tan dura manera el alumbramiento vino, que la desventurada murió en el mismo punto en que su hija nacia.

Nada me habia encargado acerca de ella.

Pero yo no tenia necesidad de que nada se me encargase.

Yo adopté á Isabel.

La adopté por mí, y sólo por mí, aun que sabia que, siendo tú su padre, no habrias de dejar de ver en ella á tu hija, aun que, por ser casado, no la reconocieses.

De la misma manera la hubiera adoptado, aun que no te hubiese conocido.

Era una criatura que me confiaba Dios.

Pero Dios ha sido para nosotros muy bueno.

Dios ha traido este negocio por inexplicables caminos, al mejor punto á que pudiera haber llegado.

Debemos, pues, todos, dar gracias á Dios.

Ahora, Miguel, véte.

Ya estás prevenido.

Tú no me has conocido nunca, ¿sabes?

Yo soy tu hermana.

Entiéndelo bien.

—¡Ah! ¡sí!... ¡la hermana de mi alma!... exclamó Cervantes.

Y se levantó súbitamente.

Cogió las manos á Magdalena.

Se las besó.

Luego escapó.

Se volvió al meson de Paredes.

No encontró en él ni á su mujer ni á Luisa.

Estaban en la iglesia de la Merced.

CAPÍTULO VI.

Que es muy corto porque no puede ni debe ser más largo.

Miéntras doña Catalina y su hermana Luisa volvian, tuvo Cervantes lugar de dominarse.

Cuando volvió doña Catalina, le preguntó sin recelo.

Para ella era un secreto, y lo fué durante toda su vida, el conocimiento que habia existido durante tantos años entre él y Magdalena.

Doña Catalina no quiso esperar la próxima partida á Esquívias para su union á Magdalena.

Se fué á su posada.

Se la trajo al meson de Paredes.

Entónces, y sólo entónces, fué cuando Cervantes vió á su hija.

Fué aquel, para él, un momento de prueba terrible.

Doña Catalina habia tomado en sus brazos á la niña, la habia acariciado de una manera apasionada (porque era hija de su Miguel), y habia entrado con ella en el aposento en que Miguel se encontraba.

Se la presentó.

Sonreia y lloraba á un mismo tiempo.

Cervantes, enternecido, tomó á su hija en los brazos.

La besó y lloró.

—No hay por qué llorar, dijo doña Catalina, que sin embargo lloraba. Es nuestra hija que viene á su casa.

Cervantes miró á su mujer, y mudo por la emocion, la bendijo con su mirada.

—Mira, Miguel, dijo doña Catalina, es necesario llamar á un escribano.

—¿Y para qué? dijo sorprendido Cervantes.

—Para que la reconozcas; para que yo la adopte; para que tenga tu nombre... y el mio tambien.

Cervantes acabó por considerar santa á su mujer.

O enamorada de él con un tal amor, que la llevaba á lo sublime de la santidad.

El escribano fué llamado.

Isabel fué confesada por Cervantes hija natural suya, y de una señora difunta, cuyo nombre, por razones de honra, se callaba.

El reconocimiento constaba de una manera solemne.

Despues, doña Catalina, por su expontánea y libre voluntad, prohijó á Isabel, manifestando que si hijos la diese Dios, se considerase y tuviese á Isabel para todos derechos, al igual de sus otros hijos.

Así, pues, por este reconocimiento y por esta adopcion, la niña se llamó Isabel de Cervantes y Salazar.

Se hicieron otras dos escrituras además.

Por la una, Magdalena donaba á Isabel lo poco que poseia, y la adoptaba tambien.

Luisa, por la otra, entraba á la parte, por su cuenta, á la adopcion.

No podia ser más rica de amor y de parientes Isabel.

La vida de Cervantes entraba en una nueva faz.

Sentia un gran consuelo en el corazon.

Se sentia amado como pocos hombres lo han sido en el mundo, y de la manera más desinteresada posible.

Pero la carga de sus deberes se habia aumentado de una manera imponderable.

Era necesario obligar al destino.

Vencerle á fuerza de fuerza de voluntad.

De todo punto restablecido Miguel, ocho dias despues de la entrada de la pequeña Isabel en la familia, partieron á Esquívias todas.

Cervantes se quedó solo, siguiendo en sus pretensiones.

Al fin, despues de mucho tiempo, logró el mezquino empleo, que ya hemos dicho se le dió en la proveeduría de la Armada.

CAPÍTULO VII.

En que se dán muchas noticias de la vida de Cervantes.

Siguió con varios accidentes la vida de Cervantes.

Una mezcla de verso y de prosa.

De una parte las cuentas de las provisiones.

De otra, el comercio con las gentes de letras en que Sevilla abundaba.

Cervantes habia empezado á escribir tarde.

Pero de dia en dia se revelaba más lo claro de su ingenio.

Sevilla era entónces no sólo el empório de las artes, de la industria y del comercio, sino tambien de la literatura.

Cervantes, separado de su familia; sujeto á una pobreza de la cual pretendia salir en vano; obligado á mantener una larga familia con su mezquino sueldo, y con la rentecilla de la pequeña hacienda que su mujer tenia en Esquívias, y lo poco que á los Cervantes habia quedado en Alcalá; irritado por la injusticia; mirado con desden por los que ménos que él valian; punzado por todas partes, habia ido contrayendo un humor acre, irascible, que á veces aparece en sus obras en una frase, en un rasgo, en un pensamiento amargo y sarcástico.

La literatura no producia nada, á excepcion del teatro, que producia bien poco.

Sin embargo, para éste, poco trabajó Cervantes.

Hizo comedias.

Pero no fué feliz en ellas.

Al principio, las suyas, más regulares, más semejantes en la forma á la forma social, más realistas, como se dice hoy, que las farsas, los entremeses y los autos de Lope de Rueda, de Torres Naharro y de Timoneda, que más que escritores y poetas fueron cómicos, sorprendieron y agradaron, como sorprende y agrada todo lo nuevo.

Pero llegó Lope de Vega, el mónstruo de la literatura dramática, mucho más versista que Cervantes, mucho más conocedor del teatro que Cervantes, más culto, más aliñado, más sagaz, y llevó á Cervantes de la mano.

Aquel miserable recurso faltó.

Acabósele tambien el sueldo que tenia en la proveeduria de la Armada.

Su carácter agriado y poco sufrido, poco á propósito para ningun género de dependencia, hizo que sus compañeros y sus superiores se enojasen de él, y obtuvieran su separacion.

En Sevilla habia empezado Cervantes á cultivar la novela, de la que debia ser reconocido, sin contradiccion, de propios y de extraños, de los contemporáneos y de los del porvenir, rey.

Cervantes habia estudiado las costumbres del pueblo; habia conocido todas las maneras de ser de la gente menuda y maleante, y esto produjo su novela *Rinconete y Cortadillo*, inestimable, más que por otra cosa, por la verdad y por la firmeza con que están representados sus personajes, ó más bien sus personillas.

Monipódio vivió, vive y vivirá.

Vino despues el *Diálogo de los perros*.

Salieron á luz canciones, sonetos, madrigales.

Todo género de composiciones, producidas no sólo por la natural necesidad que Cervantes tenia de escribir, sino tambien por los certámenes que con una gran frecuencia proponian las academias literarias de Sevilla, y por obtener el pequeño premio que en estos certámenes se ofrecia.

Cervantes gastaba su vida y su esperanza sin poder levantarse á la altura que le correspondia por su indisputable ingenio y sus grandes merecimientos, y lo que era más doloroso para él, sin llegar á una manera de vivir independiente y en alguna manera holgada.

Siempre el apuro, la miseria, las deudas.

La vida al dia, sin saberse lo que seria al dia siguiente.

Una pobre familia compuesta de mujeres, doblegada bajo las escaseces y las privaciones de todo género; y en tanto, hombres impuros y bajos ocupando los altos puestos del Estado; poetas cortesanos y dúctiles, como los Argensolas, viviendo como príncipes; el lodo en la superficie; el dinero en los indignos; el desgobierno en el reino, decayendo el poder y la gloria de España; amenazando ya un decaimiento mortal los años oscuros, afanosos de Felipe III, con Lerma, Uceda y Siete Iglesias; los vergonzosos de Felipe IV, y los que ya no podian compararse con ninguna otra abyeccion, ninguna otra impotencia, ninguna otra decepcion: los de Cárlos II.

Cervantes, que sentia esta decadencia, por más que nuestras armas obtuviesen todavía grandes victorias en el extranjero; por más que la voz de España todavía se escuchase con respeto y aun con temor por las otras naciones; por más que en el arte y en la literatura acreciéramos, encubrándonos á una alta gloria, representada por las obras de todo género de cien hombres ilustres, á los que seguian cohortes de artistas y de ingenios de segundo órden; Cervantes, decimos que bajo estas apariencias deslumbradoras veia con la claridad de su ingenio una verdad aterradora y no distante, se irritaba contra la funesta política que empujaba á España á un abismo, sosteniendo guerras infundadas é inútiles, corrompida por una administracion viciosa que no perdonaba medio para obtener el dinero que se necesitaba para tanta y tanta empresa inútil, sostenida por la ambicion de Felipe II, que alentaba el sueño del dominio universal, como le alentó su padre Cárlos V, como le alentó tiempos adelante Luis XIV, como, ya en nuestra época, le alentó Napoleon I, hablaba desembozadamente y sin reparo, (que no ha habido jamás mordaza bastante para ahogar la voz de los españoles), apostrofando la torpeza de la política, lo impuro de la administracion, lo defectuoso de las costumbres, que se viciaban más de dia en dia, inficionadas por la corrupcion que bajaba á raudales de las alturas.

No eran estos buenos elementos para medrar, cuando en las antecámaras de los grandes y de los ministros, la lisonja, la adulacion, los bajos servicios eran la sola moneda corriente.

Sucedia, además, que el mal gusto del vulgo, que hizo decir á Lope:

> El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
> En nécio hablarle para darle gusto.

empingorotaba á autores de bien poca valía, que se inflaban, que se creian dioses, que se juntaban en cofradías, y hacian continuamente los unos por los otros el coro de los elógios mútuos, ganando mucho más dinero que los verda-

deros ingenios, que el vulgo no entendia bien, porque escribian, no para la inteligencia obtusa de las multitudes, sino para el juicio depurado del buen gusto, que ya existia, aun que representado por pocos en aquellos tiempos: Cervantes se irritaba contra estas obras infladas de soberbia; las punzaba, las traqueteaba, las humillaba, las trasteaba de alto á bajo, las zamarreaba, las hacia trazas: pero á la par se hacia enemigos, que era una lástima, irreconciliables, groseros, tenaces, que no pudiendo negar á Cervantes un ingenio que todos reconocian y tocaban, á su vida privada se iban, no perdonando calumnia ni infamia para desagraviarse de los maltratamientos repetidos que Cervantes, indignado por tanta injusticia, tanta ignominia y tanta torpeza, les hacia sufrir continuamente.

Hubo de volver á pretender Cervantes.

Se fué á la corte.

Se mermó más aun la pobre hacienda.

Se pasaron dias, semanas, meses, años... y al fin Cervantes, y por medio de una nueva fianza que prestó su mujer, sobre su ya menguadisimo dote, vino á ser... *alcabalero* del rey: especie de alguacil de apremio, encargado de cobrar por acá y por allá, lo que al rey se debia de las alcabalas y tercias reales; oficio mezquino, escaso, enojoso, odioso: indigno de todo punto de un hombre tal como Cervantes, nacido para vivir en esferas á las que no habia podido alzarse, sino en los sueños de su ingenio, y que en la realidad marchaba, cansado, despechado, pobre é irritado, sobre el lodo de lo positivo, de lo prosáico, de lo vulgar.

Fué Cervantes con su comision de apremio, con *vara alta,* como decia la real órden de comision, al reino de Granada, y por él se anduvo apremiando á diestro y siniestro; haciendo ódios y superando situaciones difíciles, para obtener los medios de una miserable subsistencia.

La manera de cargo y descargo de las cantidades que realizaban los recaudadores, era de todo punto informal, embrollada, ocasionada á errores.

Por uno de estos errores, no suyos, sino de otros á quienes Cervantes habia girado, encontróse Cervantes en descubierto de algunos miles de maravedises, por lo cual se le procesó y se le prendió en Sevilla.

Sus detractores se aprovecharon de esto, y se encarnizaron con cuanta rabiosa envidia les roia el alma contra Cervantes.

De Sevilla habia salido Cervantes para la Mancha, con una comision de cobro para Argamasilla y el Toboso.

En esta primera poblacion fué preso.

Acababa de dar sus cuentas á principios de 1603, en el tribunal de Contratacion mayor, el receptor de Baza don Gaspar Osorio de Tejada, y habia presentado para su descargo una carta de pago que le dió Cervantes en 1594, cuando estuvo comisionado para cobrar en aquella ciudad las rentas atrasadas.

Los contadores dieron en Valladolid informe, en 24 de Junio del mismo año, exponiendo que, aun que constaban las cantidades que Cervantes habia remitido á la tesorería general, apareciendo sólo en descubierto de mil seisciento y tantos

reales, para el completo de lo que se le mandó cobrar por real órden de 13 de Agosto de 1594, no habia dado cuenta de la respectiva procedencia de ellos, ó sea de lo que habia logrado cobrar de cada pueblo, y para que así lo hiciese, se habia mandado al señor Bernabé de Pedrosa, procurador general de la armada, le soltase de la cárcel donde estaba en Sevilla, dando fianza de presentarse dentro de cierto término.

Poco tiempo despues salió Cervantes, bajo fianza, de la cárcel de Sevilla, y se presentó en Valladolid, donde su hermana Andrea, ya tercera vez viuda, habilitaba la ropa blanca del marqués de Villafranca, don Pedro Toledo de Osorio, que acababa de regresar de la expedicion de Argel.

En el archivo de esta casa, se encuentran cuentas de aquel trabajo, algunas de ellas del puño y letra de Cervantes.

De modo que si el pobre Miguel vivia, ó más bien moria de ser apremiador de acreedores de la Real hacienda, las pobres mujeres de su familia, vivian de la costura, en una situacion servil y enojosa.

Algunos amigos, algunos personajes ilustres que conocian la probidad y los méritos de Cervantes, hicieron que viviese libre, y que, aun que no dejó de ser perseguido, se le diesen otras comisiones, debiendo únicamente su tranquilidad. Cervantes, al convencimiento de su conducta pura y generosa, y su subsistencia, á los frutos de su trabajo y de su ingenio, y á la proteccion, aun que escasa, de algun personaje ilustre, como don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos.

Tan apurado se vió Cervantes, allá á fines de 1598, reducido casi á la miseria, echado de la casa en que habitaba en Valladolid, por desháucio á causa de atrasos en el pago de los alquileres, tan reducido al último extremo, y tan desesperado, que se tuvo por feliz obteniendo una comision de apremió contra Argamasilla, el Toboso, y otros pueblos de la Mancha.

CAPÍTULO VIII.

De como tuvo Cervantes un encuentro y una tentacion, al salir de misa en el gran lugar del Toboso.

Pues bien: en aquel lugar de la Mancha, de cuyo nombre y con razon, no queria Cervantes acordarse, vivia un hidalgo de lanza en astillero, rocin flaco y galgo corredor, y este hidalgo á quien Cervantes llamó don Quijote escribiendo sobre él una historia más fermosa que todas las que escribieron Turpin y demás embelecadores que se ocuparon en borronear las aventuras de los

andantes caballeros, era Alonso Quijano el *bueno*, hombre de no gran riqueza, aun que de buena hacienda, alcalde de Argamasilla, de la catadura sobre poco más ó ménos que dió Cervantes á su ingenioso hidalgo, y dado á la lectura, como dice Cervantes de don Quijote, de los libros de caballerías, que en aquel tiempo estaban muy en boga, y hasta tal punto dado á este entretenimiento peligroso, que de tanto cavilar en aquellas maravillosas, estupendas é increibles aventuras, y del mucho leer y del poco dormir, vino casi á punto de sorberse el celebro (cerebro decimos hoy) y á que le faltase poco para ser declarado loco de remate, y enviado á Sevilla para ser encerrado en una jaula.

Cervantes, que á pesar de sus desgracias, era festivo y burlon, en cuanto vió al bueno del alcalde Alonso Quijano, le caló, y le conoció punto por puntó; y para facilitar el desempeño de su comision, le dió *cordelete*, es decir: le siguió la mania, se declaró amante y admirador de los libros de caballería; aseguró que merecia el más mínimo de ellos la alta loa que las grandes obras del ingenio merecen, aseguró que nada habia tan verdadero como aquellas que gentes envidiosas, estúpidas y soeces llamaban disparatadas aventuras, propias sólo para divertir á necios; y de este modo, yéndose con la corriente del alcalde, hizo fácil el cobro de los reales que al rey debia Argamasilla, y engendró en su cabeza su libro inmortal *Don Quijote*.

Sigamos el hilo de nuestra narracion.

Era verano.

Fuerza era caminar de noche.

Salióse una de Argamasilla Cervantes, caballero en un rocin flaco, para el Toboso, saldadas ya las cuentas con el lugar de donde salia, y llevando recomendaciones del alcalde de Argamasilla para el del Toboso, á fin de que, con la misma facilidad con que en Argamasilla habia cobrado los atrasos debidos al rey allí los cobrase.

Caminó gran parte de la noche Cervantes, sólo en su solo cabo, pero siempre acompañado de los tesoros de su inagotable fantasía, y al amanecer cayó en la gran ciudad del Toboso, ilustre madre de tinajones, que aun existen en algunas bodegas de la Mancha, y entróse por la calle Real, y á poco en la posada, donde dejó el rocin; y por ser dia de precepto á oir misa fuése (que era Cervantes muy buen cristiano, y sabia bien que si Dios no le favorecia, poco podian aprovecharle los hombres), y en la iglesia entróse, y oyó misa con gran devocion y recogimiento, orando á Dios, no solamente por sí, sino por las pobres criaturas que léjos de él vivian fatigadas y doblegadas por la miseria, y especialmente por su hija Isabel.

Acercábase á la pila del agua bendita Cervantes, cuando sintió una mano que por su forma, de jayan parecia, y que le codeaba como apartándole de la pila; y al volverse airado, que era muy pronto en la ira Cervantes, se encontró, no con jayan ni cosa que lo pareciese, sino con una señora de lugar, alta, hermosa, de una edad mediana, entre los veinticuatro y los treinta, y con todas las garambainas, y ridiculeces de estas nobilísimas damas de lugar, que no se cambiarian

no ya por la gran reina Micomicona, pero ni tampoco por la altiva emperatriz de la gran Tartária.

Cortóle la admiracion la ira á Cervantes.

Era ella á propósito para hacer abrir al ménos espantadizo los ojos y la boca, y hasta las válvulas del corazon; porque prescindiendo de cierta rudeza que en ella aparecia, no podia darse una hermosura más fresca, más protuberante y más tentadora.

Saludó á lo cortesano Cervantes.

Agradecióselo ella mucho á lo que parecia.

Tomó el agua que la ofreció Cervantes.

Le soltó un —«Dios os guarde,»— con una voz un tanto hombruna, y salió, grandilocuente y magnífica, seguida de una criada vieja que queria parecer dueña, y de un patan que pretendia asimilarse á un escudero.

—¡Miren doña Aldonza, y cómo vá ella!... dijo una muchacha de poco más ó ménos; que no parece sino como que la tierra se ha hecho para ella sola.

—¿Aldonza se llama esa dama? preguntó Cervantes.

—Bien se conoce que sois forastero, dijo la muchacha, y aun de tierra de léjos de aquí; que aquí, y en veinte leguas á la redonda, no hay quien no conozca á doña Aldonza Lorenzo, la del Toboso.

—¿Y es viuda, casada ó doncella? preguntó Cervantes.

—Sábelo ella, dijo la muchacha, que aquí no sabemos más, sino que nunca fué casada, por lo que no pudo llegar á viuda, y que casarse no quiere porque no hay quien la contente; y dígalo sino el señor Alonso Quijano el *bueno,* el de Argamasilla, que anda por ella volviéndose loco á puñados, y ni ella le hace caso, ni se lo hará en todos los dias de su vida.

Agradeció Cervantes estas noticias á la muchacha, dióla dos maravedís y díjola que le siguiese, y tras de él se entrase en la posada.

Una vez en su aposento, pidió Cervantes recado de escribir; y habiendo escrito un billete amatorio, díjole á la muchacha que lo llevase á doña Aldonza Lorenzo, y que si traia respuesta, se ganaria otros dos maravedís.

Con este incentivo fuése la moza, corrió sin aliento casa de doña Aldonza, y hallóla que, en un cenador del pátio de su casa, aligerada de ropa, que el calor empezaba ya á picar, y muy á sus anchas, se apercibia á despachar con muy buen apetito una fuente de torreznos que la habian puesto para que almorzara.

—¿Y á qué vendrás tú, Yumela? dijo doña Aldonza, en cuanto vió á la muchacha; toma un pedazo de pan pringado y véte, y dále gracias á Dios, porque hoy empieza para tí harto bien el dia.

—Dios se lo pague á su merced, y le dé la gloria por su caridad, dijo la muchacha, tomando un tarugo de pan bañado en la grasa de los torreznos que doña Aldonza la daba: pero yo tengo que dar á su merced algo que puede saberle á gloria.

—¿Y qué es ello? dijo doña Aldonza.

—Una carta que para su merced me ha dado un forastero que con su merced ha hablado en la iglesia.

—Dá acá. dijo doña Aldonza.

La muchacha la entregó la carta de Cervantes.

Pero era el caso que á doña Aldonza la estorbaba para leer lo blanco de los ojos.

Necesitaba secretario.

Llenaba estas funciones, cuando habia necesidad, el sacristan.

Dió dos otras vueltas á la carta doña Aldonza, y tomando con el tenedor un torrezno de los mayores, lo dió á Yumela y la dijo:

—Ahora mismo te vas trotando á buscar al sacristan, y á decirle que venga, que yo le necesito.

Fuése la muchacha comiéndose el torrezno y el tarugo.

Llegó á la iglesia.

Buscó al sacristan.

Hallóle.

Dióle el mensaje de doña Aldonza.

Púsose el sacristan el bonete, y allá se fué á escape, casa de la noble dama.

Entre tanto, Yumela se fué á dar parte del resultado de su comision á Cervantes.

CAPÍTULO IX.

De como á doña Aldonza se le convierte el amor en tártago.

Encontróse Pero Anguila, que asi se llamaba el viejezuelo que hacia el oficio de sacristan en el Toboso, á doña Aldonza, toda encendida y toda agitada, y toda impaciente con la carta de Cervantes en la mano, y echada en un canapé por arrobas.

—Leedme por vuestra vida esta carta, Pero-Anguila, dijo al sacristan; pero primero me habeis de jurar por Dios y Santa María que me guardareis el secreto.

—¿Y cuándo no he guardado yo el secreto á su merced? dijo el sacristan.

—¿Secretos? no habeis tenido que guardarme ninguno, saltó doña Aldonza; que yo secretos hasta ahora no tuve, ni por qué tenerlos, ni tenerlos quiero; que lo que se tiene secreto es porque no conviene á la honra ni á los intereses que se sepa: y si yo os digo que acerca de esto me guardeis secreto, es porque es la primera vez de mi vida que carta de varon recibo.

—Gran milagro que si la recibisteis la contestáseis; que no creia yo que vos, en toda vuestra vida, á carta ni palabra amatoria hiciérais caso, pues no parece

sino que os habeis caido de las nubes, segun os mostrais indiferente al beneficio del amor, siendo causa de la desesperacion de medio mundo; que si vos no fuéseis así, ya estaríais cansada de estar casada: dígalo sino el señor Alonso Quijano el *bueno,* el de Argamasilla, que no deja la ida por la venida, y que dicen que de tantas ganas y desganas se está volviendo loco, que no hay quien le ataje.

—Dejadme á mí de Alonso Quijano, que no puedo verle, y sólo de oirle nombrar me dan congojas; y con la condicion de que el secreto me guardeis, tomad esta carta y leédmela.

Tomó el sacristan la carta.

Sacó una caja de hoja-de-lata.

De ella unas antiparras.

Se limpió los ojos.

Limpió las antiparras.

Se armó para leer, y leyó, no sin alguna dificultad, que Cervantes no tenia la letra muy buena, lo siguiente que se contenia en el sobrescrito:

«A la muy ilustre y hermosa señora, reina de mi alma enamorada, doña Aldonza Lorenzo.»

—¡Ay! dijo doña Aldonza dando un récio suspiro; esto sí que es escribir fino y amartelado; no como otros, que aun escribiendo rebuznan; y si esto es en el sobrescrito, ¿qué será dentro?... seguid Pero Anguila, seguid, que yo os prometo unas medias de lana azules, que os van á ser de mucho provecho este invierno.

Restregó con la mano la carta Pero Anguila, quitóla los polvos y leyó lo siguiente:

«Hermosa señora de mis ojos; y digo mal de mis ojos, que debia decir de mi ceguedad, porque veros y cegar del resplandor celeste que de vuestros magníficos ojos fluye, fué todo en un punto, y quedar cautivo de la grande hermosura que, pródigos los cielos han echado en vos á manos llenas, y en tal manera, que yo nunca juntos tantos encantos ví, ni lo creyera si no fuera que vístolos hé, y penando muero, y ansiando vivo, de una vida tan triste y de una muerte tan dulce, que ni sé lo que me pasa, ni en dónde estoy, ni á dónde voy, ni qué será de mí, ni qué dejará de ser. Que si vos no recompensais con vuestra voluntad y amor, esta honesta y ansiosa voluntad y deseo voráz que en mí con sólo veros habeis puesto, cosa acre para mí es la vida, tan enojosa y negra, que de ella habré de librarme, no teniendo fuerzas para sufrir un tal infierno, por la sola culpa de haberos conocido. Así, pues, señora mia, decidme si puedo atreverme á ir á besaros las manos, y á escuchar de vuestra hermosa boca la sentencia de vida ó de muerte, por cuya duda agonizando espero. Guardeos Dios.—Miguel de Cervantes.»

Leido habia con admiracion esta carta Pero Anguila.

En su vida habia él conocido unos tales conceptos, unas tales ternezas, una tan melíflua y grata manera de decirle á una hembra: «yo os quiero.»

Asi es, que, leyendo esta carta, abria los ojos y la boca, y se abria todo á la admiracion y al entusiasmo, y sentia ánsia por conocer al ilustre forastero, que no podia ménos de ser ilustrisimo quien de una tal manera sabia escribir y enamorar.

En cuanto á doña Aldonza Lorenzo, no hay que decir lo que la acontecia.

Estaba traspuesta.

Se la salia el alma por la boca.

Parecia que un fuego interno hacia hervir dentro de ella algo que la agitaba, que la salia por los ojos y la tenia muda, séria y pálida, y con un semblante que nadie en ella habia visto hasta entónces.

Reparábalo esto el sacristan, y se decia:

— ¡A cada puerco le llega su San Martin!

Relatividad que no era en manera alguna galante, pero que encontraba una cierta razon en la hermosa y fresca y suave crasitud de doña Aldonza.

— Esta carta, dijo Pero Anguila, habria que mostrársela al señor Alonso Quijano para que aprendiese la doctrina del amor, y como á las mujeres se enamora, y se las ofrece el alma entre ternezas y ánsias; que no parece sino que á poco más, el que escribe desfallece con la pluma en la mano.

— No hay quien enseñe á amar, saltó vivamente doña Aldonza, á Alonso Quijano el *bueno,* ni quien en decir ternezas á una mujer le exceda ni aun le iguale: á lo que seria menester enseñarle era á ser otro, no tan flaco ni tan feo, ni tan vahido; que si yo os digo la verdad, á lástima me mueve, y una cierta aficion le tengo de verle por mí tan espiritado y casi loco, que otra cosa que yo no tiene presente, ni en otra casa cree ni espera, fuera de Dios, que en mí; pero ni yo soy mujer á quien hayan de venir andrajos de tienda, ni tan desesperada estoy que á unir me vea obligada mi edad florida con su vejez amojamada y con olor de cordoban ahumado. Y asi, bien se están las cosas, él en Argamasilla y yo en el Toboso, y no me volvais á hablar de él, que me acongojo de una parte, y de otra, de mí misma me repugno y me canso sólo de pensar que en tales maridamientos habia yo de emplear mi hermosura, haciendo de mi tálamo tumba, y de mi amor purgatorio.

Púsosele largo y cariacontecido el *bultus faciæ* á Pero Anguila, á quien el señor Alonso Quijano tenia comprada con algunos maravedís y alguna que otra cuartera de trigo que de cuando en cuando le daba, la voluntad para que le sirviese de arcaduz, y de emisario y de soplon con doña Aldonza, hizo un puchero, se le condolieron los ojos, y haciendo un esfuerzo de tráquea, como si se le hubiese atravesado un bocado, fué á hablar y no pudo, porque no se le ocurrió nada que decir sino que Dios era bueno.

— Pues no parece sino que os han dado varapalo, segun que habeis quedado de cicatero y mohino, dijo doña Aldonza: idos, y traéos menesteres de escribir, que como yo no los necesito, no los tengo, y volved cuanto ántes.

Dió Pero Anguila la carta á doña Aldonza, y fuése, dejándola esponjada de contenta, y doliente de cuidadosa, y dando vueltas á la carta, y desesperándose.

porque un su tio canónigo habia estorbado la enseñaran á leer y á escribir, por guardarla más de las tentaciones del amor; pero el amor al fin la tentaba, y de tal manera, que no se sufria, y á pesar de que las letras que componian la carta no fuesen para ella más que patas de mosca, en cada una de ellas, para ella, se levantaba un millon de requiebros, un mundo de ternezas y rendimientos y un cielo de inefables dulzuras, y todo el cuerpo la hormigueaba, y no podia estarse quieta un punto, que ya se levantaba y ya volvia á sentarse, y un color se la iba y otro se la venia, y un sudor se la secaba, y otra congoja la hacia sudar hasta el quilo.

Habíasela pegado fuego al alma á doña Aldonza, y no habia que pensar en que nada pudiera apagar aquel fuego, como no fuese el mismo fuego del amor, que de tal manera la trasponia y trastocaba, del hielo que hasta entónces para los hombres habia sido, en la lava que á raudales por los ojos, en ardientes miradas, y por la boca en hondísimos y dolientes suspiros se la salia.

Llegó, en fin, Pero Anguila, con un pliego de papel moreno y bromo, que de otra manera en el pueblo no le habia, y con un tintero de cuerno que era del alguacil, y sentándose junto á la mesa, y sacando un pedazo de pluma desbarbada y raida del tintero, púsose en espera de lo que doña Aldonza le dictara.

A lo que ella le dijo:

—¿Y qué haceis que no escribís?

—¿Y qué he de escribir pesiami, dijo Pero Anguila, si yo no soy ni mujer, ni hermosa, ni pretendida como vuesamerced, y yo en tales pasos en mi vida anduve, por lo que célibe me hallo, y en estado de profesar, que no le trocaria por todos los amores del mundo?

—¡Pues bien sabeis venirme con recados del señor Alonso Quijano, y ponderarme que no sólo por mí se muere, sino que miserablemente se está condenando, y que por mí no vive ni reposa, y no parece cuando me lo decís, sino que á vos os sucede dos cuartos de lo mismo!

Encendiósele el magro semblante al sacristan, le relampaguearon los ojos, refrescóse con la lengua los secos labios, hizo otro movimiento como para trazar algo que se le agurrullaba en la garganta, quiso hablar y dió un hipido.

—Poned ahí, dijo ya impaciente doña Aldonza, que á este señor se le recibirá en esta su casa de esta su amiga, cada y cuando que venir quisiere, con todo el merecimiento que le es debido; y no pongais más, no lo echeis á perder, y con una cruz que yo pondré por no saber firmar, ya habrá bastante. Y no tardeis; y cuando la carta escrita estuviere, id á llevársela al señor Miguel de Cervantes, que en la posada debe de estar, y traedle aquí, que de presumir es que él no sepa á la casa, y no hay para qué preguntar; y para que estas agencias os sean amables, sabed que os doy la cria de la jumenta, con más dos ducados, y un brial con oropeles para vuestra sobrina.

Pareció que se le soltaba al oir esto á Pero Anguila toda la actividad que Dios le habia dado, y plumeaba de lo lindo sin parar, y en tres minutos llenó con letra gorda y bárbara, y con una total ausencia de la ortografía dos carillas, despues de lo cual, leyendo lo que habia escrito, resultó lo siguiente:

«Hermoso caballero de mis entrañas...»

—¿Qué es lo qué habeis escrito, desalmado? dijo escandalizada doña Aldonza; puesto que eso que decís sea cierto, ¿creeis que una dama tan honesta y de tantos respetos como yo, puede decir tales ternezas, asi de buenas á primeras, á un hombre al que sola una vez ha visto?

—Yo he escrito lo que en vuesamerced veo; y como cuando ese señor venga, lo mismo ha de ver que yo veo, bueno es que vaya prevenido, no sea que de la alegría de verse tan bien recibido le acontezca acongojarse, y tal vez ponerse tan en las últimas que os pese de ello: pero si no os pareciese en su punto y razon lo que yo por vos digo, borrarélo, y pondré un más seco intróito.

—Teneos y no borreis, dijo doña Aldonza, que en verdad ¡ay de mí! lo que habeis escrito escribísteis: pero decidme: ¿no pensará él mal de mí, porque yo amado de mis entrañas le llame?

—Creo yo que, no tan mal, sino tan grandemente bien ha de parecerle, que cuando á vos llegue, doblado, y aun amontonado, y á todo rendimiento puesto traerá el amor, y así se hará más pronto la boda, y nos chuparemos los dedos.

—Pues como vá se quede, y veamos cómo habeis seguido.

Continuó Pero Anguila.

«Amor es cosa que yo no entiendo, ni nunca entender quise: pero si amor es ahogarse pensando en un sujeto, y tener celos, y no poder reposar ni estarse quieta, algo de amor debe de haber en mí; que en verdad es que desde que os vi no me sufro, ni sé lo que quiero, ni lo que espero, y desespérome, y bascas me devoran, y tocada de mal de rabia me creo. Y no digo más, porque lo que en mí pasa, no es ni puede ser sufrido sino á la fuerza y con ánsias de muerte. Y maldígaos Dios como á este lugar hayais venido á sacarme de mi tranquilidad y contento. Vos pondreis lo que falta, y besándoos las manos acabo, y aun no empiezo, poniendo por firma esta cruz, que es el emblema del martirio y de las angustias en que me habeis puesto.»

—Todo eso me parece muy bien, dijo doña Aldonza; que no parece sino que en mi alma os habeis metido, y la habeis visto, y yo tengo para mí que el que es honrado, debe decir lo que siente; pero lo de la maldicion no me parece tan bueno.

—¡Ay, señora de mi alma, dijo el sacristan, que la maldicion es lo mejor que la carta lleva! que cuando su merced lo leyere, conmoveráse, aun que, como no lo muestra, de piedra sea; pues qué, ¿no habeis oido decir á las mozas enamoradas: ah, maldito y como me tiene porque le quiero?

—Pues si así es ello, quédese así; y á buscar á ese caballero idos, y cuanto ántes traedle, dijo doña Aldonza.

El sacristan se fué más dado á los diablos que lo que él mismo creia.

Habia escrito la carta por lo que en su alma hablaba, que eran celos y amargura de ver á doña Aldonza, á quien creia insensible, al fin de un hombre enamorada, que él enamorado de ella andaba y sin saberlo, que de respeto ni aun habia llegado á pensar que lo que de él hácia doña Aldonza tiraba, era amor,

y necesitó para saberlo, que se lo anunciasen, como buenos maestros, los celos que hasta entónces no habia sentido; porque si bien Alonso Quijano, el de Argamasilla, le pagaba para que trajese y llevase de doña Aldonza á él, y de él á doña Aldonza, nunca doña Aldonza habia contestado razon que no fuese desabrida y dura al de Argamasilla, lo que contentaba á Pero Anguila, sin que él cuenta se diese de su contento, que era el ver á doña Aldonza con todo el mundo tan zahareña y tan de hielo, que no parecia sino que para desesperar á todo el que la buscase enamorado al mundo habia venido, y con una hermosura tal, y tan de bulto, que era necesario ser de corcho para no sentirse por ella arrebatado al infierno del amor no correspondido, y cuando más tierno, más á las ánsias de la desesperacion llevado.

Halló el sacristan en la posada á Cervantes, y viéndole ya viejo, y no hermoso, asombróse, y sacó en límpio que las mujeres no se han hecho sólo para los lindos, que en la primavera de la vida se pavonean, y á las mujeres más hermosas pretenden, sino para quien Dios quiso, alto ó bajo, chico ó grande, feo ó hermoso, jóven ó viejo; y aumentáronsele los celos y la ira, y dijo á Cervantes, despues de haberle saludado con una casi genuflexion y con la voz cascarreña, aun que cortés y respetuosa:

— Esto para vos me han dado, y hánme dicho que la contestacion que he de llevar es vuestra propia persona, que yo guiaré; y esperándoos quedan, yo no sé con cuántas amarguras y cuántos temores, de lo cual yo me felicito, porque siempre gozo como propio bien mio el bien ajeno.

Quedóse suspenso Cervantes al oir este insólito mensaje, y suspendióse más aun cuando leyó la carta, creyendo que no de honesta mujer se habia agradado, sino de hembra fácil y antojadiza, de lo cual, más que deseo, debia sentirse hastío.

Y como despues de haberlo pensado bien, se habia arrepentido del paso que habia dado, y reprendídose de aquella mala costumbre que de sus mocedades guardaba, acordándose de su mujer y de la niña de su vida, y de que Dios no podia ayudarle en sus aprietos, si ya en la edad madura no se iba á la mano en los vicios, contestó desabrido al sacristan, que sus quehaceres no le consentian ir á besar las manos á doña Aldonza tan presto como queria, y que tiempo habria, y que ya se veria lo que convenia, no embargante que él, entre tanto, agradecia mucho la buena y favorable manera de la contestacion de su carta, y que se fuése, que ya pasaria él cuando tuviera lugar y holgura para ello.

Compungióse el sacristan, que era la más extraña criatura que podia darse.

Lastimáronsele las entrañas sólo de considerar lo que iba á ser de doña Aldonza si tal contestacion la llevaba.

Diéronle miedo los resultados que preveia, y dijo:

— No seré yo el de la mano cruel é impía que una tal y tan fiera puñalada dé al corazon más sensible, más bueno y más dulce del mundo; que cuando una señora que nunca amó, y á los millares de enamorados cautivos de su hermosura desesperó, y dejólos muriendo en vida á rigores de sus crueles ánsias,

sus entrañas siempre al amor insensibles; cuando esa señora, digo, á un hombre ama, y se lo dice, y á él se rinde, si de tal manera es pagada, asesinato en ella se hace, sobre todas las crueldades impio, y sobre todas las fierezas carnicero: máxime cuando ella nada dijo, sino lo que la dijeron, y ella lo que la dijeron creyó, y en tórtola amante sintióse traida de grande altura y á toda fineza y rendimiento ajena: y si vos, señor hidalgo, hubiéseis creido que doña Aldonza Lorenzo es cosa traida y llevada, y á todo desvarío y libertad puesta, yo os ruego que os arrepintais de haberla ofendido con tal pensamiento, y que no hagais nada por lo cual parezca que en tal pensamiento habeis caido, que si de ello se apercibe, mataréisla; y no os creo tan mal cristiano que á vuestro prójimo mateis, pudiendo darle vida, y siendo en este caso vuestro prójimo una prójima como lo es doña Aldonza, que en verdad, en verdad os digo, alguno hay, y algunos en este mundo, y no muy léjos, que si supieran como os ha acogido doña Aldonza, asombráranse de verla tan trocada, y de celosa rabia moririan; y si estas verdaderas y suplicantes palabras mias á misericordia no os moviesen, vedme aquí de rodillas, y en mí, si algun enojo tuviéseis que satisfacer, satisfacedlo, pero no hagais más desventurada que mujer alguna lo fué en el mundo, á quien no parece sino que ha nacido para amaros y ser vuestra esclava, porque en el punto en que os vió, no fué ya nada suya, sino toda vuestra; y en tal manera, que si por vuestra no la quisiéreis, ella será de la muerte más cruda, más miserable y más infeliz de que haya podido morir mujer enamorada.

Preguntóse Cervantes á sí mismo si doña Aldonza estaba loca, y otro loco le enviaba por mensajero; y olvidándose de su arrepentimiento de haberse metido en aquella aventura, y más empeñado por ella, alzó al sacristan, que aun estaba á sus piés de rodillas, y casi en cruz los brazos, y con el semblante hácia él alzado tan miserable y mezquino, que más á risa que á compasion movia, y díjole:

—Dad por no dichas las palabras que me oisteis, que de negro humor me hallásteis, tal vez por las ánsias en que mi amor me tenia puesto, y dejad que un tanto me aliñe y pula, que no tardaré mucho, y en seguida allá con vos me voy, y muy contento, á donde con tanta ánsia y tanto deseo venturoso el amor me espera.

Y con ponerse un traje un si es no es nuevo é hidalgo, que Cervantes guardaba como oro en polvo para las granpes ocasiones, con el sacristan, que no sabia lo que le sucedia, ni cómo habia amanecido aquel dia aciago, á casa de doña Aldonza se fué.

Pero encontráronse con que á doña Aldonza, con la revolucion que en ella habia causado aquel amor subitísimo, se la habia indigestado el almuerzo, la habia acometido un cólico cerrado, y estaba dando gritos que los ponia en el cielo, y asistida del barbero, que otro médico no habia en el pueblo, y ocupando á sus criadas en cataplasmas y unturas, y en el lecho, que no se la podia ver, ni ella la desventurada podia ver á nadie, y no así como se dice, sino de tal manera, que tenia nublados los ojos y se moria toda, y no parecia sino que á cada uno de los gritos que daba iba á rendir el alma.

Picóse más y más de deseo Cervantes, porque ya se hacia cargo de que aquello era la no costumbre del amor en cuerpo craso y fuerte; y con decir que él entendia de medicinas y que los cólicos eran su fuerte, allá á la alcoba de doña Aldonza le llevaron, encontrándola en lo más récio de sus gritos y de sus retortijones, que no parecia sino que estaba endemoniada, y que toda una entera legion se la revolvia en el cuerpo.

Mandó Cervantes que cociesen romero con vino y aceite y sal, esto es, el bálsamo de Fierabrás que él propinó á don Quijote, y que en estando, se lo diesen caliente á doña Aldonza, con lo cual, cuando se hizo la prueba, empezó á arrojar, no ya sólo el almuerzo, sino las entrañas, con gran admiracion del barbero y de los criados, y de los que allí estaban, que desde aquel momento diputaron á Cervantes por un gran médico.

Alivióse cuando se hubo vaciado doña Aldonza, y entónces mandó Cervantes que la arroparan para que sudase, y con el anuncio de que él volveria por la tarde, que ya Aldonza estaria buena, volvióse á su posada, regocijado por lo que lo ridículo de todo aquello le habia divertido, y enamorado, porque en su descomposicion le habia dejado ver doña Aldonza bellezas no comunes, y su aguijon sentia, y temia entrometerse en otros amores que fuesen para él tan funestos como todos los suyos, ménos el de su mujer, lo habian sido.

Propúsose, pues, acabar cuanto ántes su comision en el Toboso, y volverse á Valladolid donde su familia habia dejado, ántes de que otros nuevos compromisos le cogiesen, y fuese al Consejo de la villa á seguir con sus cuentas, que ya estaban muy adelantadas.

Prometiéronle que al siguiente dia le pagarian, y se alegró de ello, porque saldria del Toboso, y con esto se libraria de la tentacion en que le iba metiendo, y más que á paso, aquella extraña doña Aldonza.

Y era el caso que á Cervantes le gustaban las mujeres obesas y hermosotas, y que se perecia por ellas.

CAPÍTULO X.

De cómo fueron los desgraciadamente fáciles amores de Cervantes con doña Aldonza.

Propúsose cien veces Cervantes dejar las cosas en el lugar y estado en que se encontraban.

Quitarse de la cabeza los malos pensamientos que á causa de doña Aldonza le habian asaltado.

Irse al dia siguiente del Toboso.

Tenia ya cincuenta y un años, y no era ciertamente esta edad la que podia disculpar ciertas licencias.

Pero volvia á sentirse impulsado.

Habia comprendido lo que era aquello.

Doña Aldonza se habia sentido dominada por él, por la misma razon que por él se habian sentido dominadas y enamoradas tantas mujeres.

Por un no sé qué misterioso que emanaba de la mirada, de la palabra, de la accion, del sér entero de Cervantes.

La expresion del genio, que es siempre jóven y hermosa.

El fuego del amor, que es siempre brillante.

El *quid divinum,* en fin, que en él existia mucho más determinado que en la generalidad de los hombres.

Una especie de mágia.

Doña Aldonza era sencilla, violenta, impresionable á su manera, candorosa y poco acostumbrada al trato de las gentes.

Como que habia llegado á sus veinticinco años sin haber salido del pueblo.

Su espíritu era naturalmente levantado.

Por lo mismo ninguno de los que la habian pretendido, rudos hidalgos campesinos, habia podido agradarla.

Alonso Quijano habia logrado llamar su atencion.

Pero era feo, más que feo, raro; flaco, agalgado, triste, y á más de esto, daba claros indicios de locura.

Sin que pudiera apercibirse de ello, habia llegado para doña Aldonza la necesidad del amor.

Habia crecido.

Estaba preparada.

Madura.

Más que madura, empezaba á pasarse.

Cervantes la habia encontrado en el período álgido.

Su materia y su espíritu estaban preparados, y el fuego prendió en ella en cuanto la tocó.

En cuanto á lo latente de la forma de la espontánea y enamorada contestacion de doña Aldonza á la carta de Cervantes, se comprende la razon.

La inexperiencia, el candor, la ingenuidad.

Y como la imaginacion de Cervantes necesitaba poco para idealizar á una mujer, para transfigurarla en su pensamiento, sucedió que se aficionó á ella más de lo que hubiera sido conveniente.

Lucia, en fin, para él, el *sol de los membrillos,* (usamos de una frase de Quevedo), el sol del otoño de la vida, el sol poniente, triste y frio, y una aventura amorosa tal como la de doña Aldonza, con todos sus encantos y toda su excentricidad, valia bastante para convertirse en una tentacion casi irresistible.

Cervantes, como todos los viejos cuando se creen amados, se sentia rejuvenecido.

Este sentimiento doloroso de una juventud de reflejo, cuando ya todo ha perdido su encanto, cuando todo se vé bajo el punto de vista de lo positivo, cuando la experiencia ha matado todas las ilusiones, producido todos los desencantos: cuando la materia, demasiado pesada ya, vá convirtiéndose en una carga insoportable; cuando sólo se piensa en el reposo, el reflejo, el recuerdo, la ilusion de la juventud, en esta situacion, repetimos, lleva á una especie de delirio.

El viejo se agarra á aquella rama seca que para él reverdece.

Sueña.

Inventa no sabemos cuántas definiciones para el amor.

Se afana en engañarse á sí mismo.

Se engaña al fin, y llega á ser, hasta que el desencanto sobreviene, verdaderamente jóven; porque la juventd no es otra cosa que el desconocimiento de la verdad, el embellecimiento de todo, la fé y la esperanza, que producen una vida ardiente y poderosa.

Hay mujeres, porque hay de todo en el mundo, que se perecen por estos amores que podrian llamarse con no mucha violencia de *ultra tumba,* como las hay que gustan de comer barro.

Pero estas son excepciones.

Cervantes, que estaba enriquecido por una grande y entendida experiencia, conocia estas excepciones, y como á tal consideró á doña Aldonza.

Acabó por embriagarse.

Pero sin amor.

El diablo de la sensualidad le envolvió en sus vaporosas alas, saturadas de penetrantes y deliciosos perfumes.

Acabó por sonreir, y dijo:

—Aun me queda algo de la juventud.

Y se decidió á ir á ver á doña Aldonza.

En sus dudas habia pasado el tiempo hasta la noche.

Era ya oscuro cuando salió de la posada.

Verdaderamente los cincuenta y un años que ya tenia encima Cervantes, y su grande experiencia, y sus desengaños y sus obligaciones, debian haberle apartado de aquella aventura.

Pero...

El alma, y más en los hombres de grande imaginacion, es siempre jóven.

Siempre ardiente.

Siempre apasionada por todo lo que es candente.

Siempre propensa al amor.

Doña Aldonza era una mujer incitante por más de un concepto.

Tenia esa hermosura enérgica, candorosa, con ese olor á tomillo de las lugareñas.

Era ruda.

Esto para Cervantes era un encanto m .

Era, además, pura y honrada.

La mirada penetrante de Cervantes habia encontrado no sabemos qué tesoro de virginidad del espíritu y de la materia en doña Aldonza.

Era una flor silvestre.

Cervantes, que tenia la facultad, ó más bien la cualidad, ó mejor aun, la necesidad de poetizarlo todo, de espiritualizarlo, de transfigurarlo, habia transfigurado en su pensamiento á doña Aldonza.

De un sér real habia hecho un sér imaginario.

De doña Aldonza Lorenzo habia hecho aquel trasunto espiritual, divino; aquel ser impalpable, puro, delicioso, que, representado por el deseo de don Quijote, se llama Dulcinea.

Los hombres como el Dante, como Cervantes, como Petrarca, como Camoens, escriben sus propias memorias con mucha frecuencia en los personajes que en sus libros describen.

Nosotros no tenemos, no podemos tener duda de que la Dulcinea de don Quijote ha existido, como ha existido don Quijote.

Los rasgos indudables del natural, existen en el loco, y en el sueño de amor del loco.

Alonso Quijano y Aldonza Lorenzo, y el mismo Sancho Lainas, y el bachiller Sanson Carrasco, y el barbero, son, ó fueron, como el duque y la duquesa, y otros tantos personajes de los libros de Cervantes, personas que existieron, que entraron de una manera más ó ménos importante, en la historia de nuestro héroe.

Respecto á los grandes hombres, que con sus obras han ilustrado y honrado su tiempo, la humanidad cae en dos extremos.

Los contemporáneos, envidiosos, irritados por su superioridad, los acometen, desfiguran su fisonomía moral hasta hacerla parecer horrible, afeada con cuantos infames rasgos la malevolencia les sugiere.

Los que despues de su muerte les admiran, y con lo que escribieron se deleitan y se instruyen, los levantan á una apoteósis tan falsa, como fueron falsas las detracciones de sus contemporáneos.

Para los apasionados de la literatura, no hay grande escritor muerto que no haya sido un modelo, un *summum* de grandezas.

Cuando más tiempo existe entre el admirado y el que le admira, á más altura se lleva la veneracion: más y más grandes son las cualidades que al genio, reducido ya á polvo vivo, sólo por sus obras se atribuyen.

La humanidad, respecto á sus juicios, nunca se pone en los buenos terrenos acerca de lo que juzga.

Todo lo exajera.

La verdad desciende rarísimas veces á este bajo suelo.

La vida de los hombres de genio, en la verdad, en la práctica, está sujeta á las condiciones vulgares.

Ni pudiera ser de otro modo.

Si los grandes hombres no se parecieran en gran parte á los hombres pequeños, ¿quién los comprenderia? ¿cómo podrian vivir?

Necesario es que concedamos que el hombre es siempre el hombre, y que el que más ingenio ha debido á la naturaleza, como el que ménos en cuanto al ingenio la ha debido, están sujetos á las mismas aberraciones, á las mismas debilidades.

En una debilidad daba Cervantes acercándose á doña Aldonza.

No era entónces el hombre del espíritu, sino el hombre de los sentidos.

Le atraia lo que de candente, de puro, de excepcional encontraba en aquella dama aldeana.

Le fascinaba, sobre todo, el violento amor que aquella dama por él, y en tan pequeño espacio, habia cogido.

Para Cervantes aquello representaba un pasto suculento; un retroceso, ya lo hemos dicho, á la juventud.

Le enardecia, no sólo lo material, que era en su estilo hermoso, sino tambien lo espiritual; que no hay amor, por sórdido que sea, en que no haya mucho espíritu.

Y si se añade lo que de su propio espíritu, en su grande imaginacion, á impulsos de su deseo y de su amor propio, atribuia Cervantes á doña Aldonza, y creia en ello, se comprenderá la importancia que para Cervantes tenia la aventura en que con tan poca resistencia se metia.

Como en los pueblos todo el mundo se recoge muy temprano, y doña Aldonza habia pasado un dia negro, tal vez el primero que en su vida sufriera, recogióse al lecho.

La puerta de su casa aparecia cerrada.

No se veia, ni por un solo resquicio, señal de luz.

Parecióle á Cervantes cosa récia llamar á la puerta de una casa en donde jamás habia estado, y en donde parecia que todo era sueño y reposo.

Habia, sin embargo, un medio.

Hacerse sentir.

Como se han dejado sentir siempre los españoles, particularmente los meridionales.

Esto es: por medio de la música.

Cervantes era diestro en el tañer de la vihuela, á pesar de su manquedad, y aun que con la voz un tanto ronquilla, por una bronquitis crónica que padecia desde hacia muchos años, no dejaba de cantar de una manera agradable, y sobre todo sentida.

Habia salido de su casa con la intencion de hablar amorosamente con aquella deidad campesina, y se le hacia muy duro volverse, aguantando el no cumplido deseo.

Tenia necesidad de una guitarra, y además de esto, de alguna copla acomodada al objeto.

Cervantes empezó desde el momento á buscar la copla, miéntras se movia en busca de la guitarra.

Al ir á casa de doña Aldonza habia pasado por la barberia, que harto claro le dijeron que ella era sus celosías.

Fuése allá.

La barbería es lo último que se cierra en un pueblo, porque en ella se alimenta lo que puede llamarse la tertulia, y allí permanecen hasta una hora relativamente avanza los más rehácios, y tambien los más alegres.

Halló Cervantes, en llegando, que el barbero cerraba la tienda.

Llegó á él.

Le conocian ya de vista.

A los tres minutos de haber llegado un forastero á un pueblo, todo el mundo le conoce.

Se sabia á lo qué iba; esto es: á cobrar lo que en el pueblo se debia á su Majestad.

Se le habia tomado entre ojos, como á todo el que vá á sacar dinero.

El barbero, por ser favorito del alcalde, debia.

Por consecuencia, debia serle aborrecible un hombre que iba al Toboso de órden del rey, y con *vara alta*, para obligar al pago á los morosos.

Siempre en España se ha resistido al principio de autoridad.

Siempre los delegados de la autoridad en los pueblos, ya para hacer la estadística, ya para cobrar atrasos, han recibido palizas, ó por lo ménos han estado gravemente expuestos á recibirlas.

Cervantes era, (á pesar de la grande valía de su ingenio), una especie de alguacil de apremios.

A vivir de tan ruines medios le habian llevado su malaventura y la injusticia de sus contemporáneos.

Alegróse el barbero cuando vió á aquella hora al apremiante del Toboso.

Pero por lo mismo que al verle habia concebido una ruin idea, le recibió con la sonrisa en los labios.

Y no sólo esto, sino que, cuando Cervantes le dijo lo que queria, esto es, que le prestase la guitarra, vino gustosísimo en ello, y se la dió, sintiendo, como él decia, que para cosa de mayor momento no le hubiese buscado.

Agradecióselo Cervantes, y fuése templando ya la guitarra, porque la casa de doña Aldonza no estaba muy léjos; y el barbero, que habia hecho como que cerraba, en cuanto vió que ya Cervantes se habia alejado lo bastante para no reparar en él, salió quedo y sagazmente, á lo zorro, y favorecido por la noche, que era un tanto oscura, tras él se fué, sirviéndole de guia el ruido de la vihuela que Cervantes templaba.

Llegó al fin nuestro hombre, y á alguna distancia de él el barbero, delante de la casa de doña Aldonza, que era la mayor del pueblo: como que doña Aldonza, por lo antiguo de su nobleza, y por su mayorazgo, que en el Toboso radicaba, pudiera muy bien haberse llamado señora del Toboso, lo cual quiso indicar Cervantes, llamando á la dama adorada por don Quijote, Dulcinea del Toboso, y como tuviese ya templada la guitarra, y compuestas de memoria, y como Dios habia querido, dos coplas, despues que hubo punteado y rasgueado un largo espacio, como para hacer que doña Aldonza despertara, entonó con voz no muy desagradable, la una tras la otra, las siguientes quintillas:

Señora, cerrada hallé,
cuando te buscó mi amor,
tu puerta; pero mi fé
busca otra puerta mejor
que con mi amor yo abriré.
Entren, pues, por tus oidos
mis cantares apenados
y mis amantes gemidos,
que si son de tí escuchados
serán ya correspondidos.

De la una á la otra copla habia pasado un largo intermedio de punteo y de rasgueo y de bizarrías guitarrescas, que todavía sabia ser galan Cervantes.

Antes de la primera copla, doña Aldonza, que no dormia, se habia sobresaltado.

Cuando la primera copla llegó, y penetró por sus oidos, la puerta que Cervantes deseaba le fuese abierta, se abrió con estremecimientos de las entrañas de doña Aldonza.

Es decir: se la abrió el amor.

Miéntras duró el largo ritornello, ántes de la segunda copla, doña Aldonza se vistió apresuradamente, y miéntras que la copla cantaba Cervantes, abrió las maderas del mirador, y no sólo las maderas, sino las celosías, y esto con tal desenfado, y tan sin recato, y con una tal intencion de que el ruido que causaran las hojas y la celosía al abrirse llegasen á los oidos del músico, que éste no pudo ménos de oir aquel ruido.

Metióse la guitarra bajo el brazo Cervantes, y acercándose á la casa y poniéndose bajo el mirador, dijo:

—¿Sois vos, por mi ventura, señora mia?

—Yo soy que os oí... dijo doña Aldonza.

Y de turbada y sobresaltada no pudo decir más.

—Muy alta estais, dijo Cervantes, y viento corre, y yo temo que las palabras de mi amor lleguen á vos por el viento enfriadas, y no ardiendo en las vivas llamas con que envueltas de mi pecho salen.

Hizo doña Aldonza un esfuerzo, y dijo con la voz trémula y enamorada:

—No temais eso, que á bajar voy, y así el viento no se llevará vuestras palabras, que en verdad en verdad, desde aquí yo no las entiendo bien: allegaos á una reja que teneis á siniestra mano, que allá voy yo.

Quitóse del mirador doña Aldonza sin entretenerse á cerrarle, fuése á la reja Cervantes, y el barbero, que vió que doña Aldonza habia salido á los miradores, y que el otro á la reja se habia acercado, túvolo ya bien sujeto, pues le dejaba pelando la pava, y se fué á buscar algunos compadres, irritado doblemente contra el forastero.

Que no bastaba que hubiese ido al pueblo á apremiarle, sino que á la buena moza del pueblo apremiaba, y, lo que era peor, la buena moza se prestaba al

apremio, y aun con aspecto, á lo que parecia, de que el apremio no fuese mayor.

Esto no era para sufrido, ni aun para mentado.

El barbero se fué al alguacil del pueblo, y al sacristan y al sochantre, que eran tres mozos capaces para cualquier asunto; díjoles lo que acontecia, es decir: que doña Aldonza, la ingrata para todos, se habia vuelto de cera para el forastero, por lo que, admirados todos, sacaron en limpio que Cervantes no podia ménos de ser brujo; y armándose de sendos garrotes, allá se fueron, con la intencion de dar á Cervantes una paliza tal, que del Toboso escapase y no quedara con deseos de volver á él.

En dulcísimos coloquios y enamoradas ternezas estaba Cervantes, saboreando lo que hacia ya mucho tiempo no saboreaba, y con deliquios de doña Aldonza, á la que el amor le parecia una gloria: como dos tórtolas, en fin, que á su purísimo amor se abandonan, cuando doña Aldonza dijo:

—¡Ah!... señor mio... que por allí vienen tres bultos, y á esta hora con buena intencion no vienen: y son en este pueblo tan bárbaros y tan soeces y de tan mala sangre, que mucho me temo no os acontezca una desdicha.

Despertó de su sueño amoroso Cervantes, volvióse, y en efecto, vió los bultos que doña Aldonza decia, y que no eran tres, sino cuatro, y que ya se le venian encima.

—Acudid á la puerta, que á abrir voy, y entraos, dijo doña Aldonza: que muchos son y darán de vos buena cuenta.

Y se quitó de la reja.

Ya Cervantes se habia vuelto, y bien á tiempo, porque apénas si le tuvo para parar con la guitarra un limpio garrotazo que el uno de los bultos habia descargado.

Y fué el caso, que al que le descargó, le dolió el golpe, porque rompió la guitarra, que era suya, de donde se saca que el primer acometedor de Cervantes habia sido el barbero.

Ya Cervantes, que conservaba todo su vigor, habia tirado de la espada, tomaba distancia, y acometia bravamente á sus acometedores, que al conocer su brío, entraron en miedo, se apartaron, se pusieron á gran distancia, y desde allá, sobre Cervantes empezaron á llover piedras, de las que por el suelo habia en abundancia, y aunque por su buena suerte Cervantes no habia recibido en los principios ninguna pedrada, de seguro, tal menudeaban y tan récio que de él dan fin si allí continúa.

Pero abrióse la puerta de la casa, sonó un tiro, dió un grito el uno de los apedreadores, y escapó, y los otros no se detuvieron ni un punto, sino que dieron á correr como liebres espantadas, y desaparecieron.

Era Dulcinea, llamémosla así, la que en fuga habia puesto á los malsines.

Hembra de pelo en pecho y brava, y á más de esto enamorada, y ya más de un tanto irritada por el amor, no se habia andado con reparos, sino que ántes de abrir la puerta habia corrido á la cocina, y habia cogido una de las escopetas preparadas que allí tenian los mozos para defender, si era necesario, la casa, habia

encendido la mecha en el rescoldo que aun quedaba en el fogon, y armada ya habia ido á abrir la puerta, y apénas la abrió, cuando sin encomendarse á Dios ni al diablo, sobre el uno de los bultos (era el barbero), descerrajó y le alcanzó, pero con la buena suerte para el huido, ó más bien para el partido de que la escopeta sólo estaba cargada con perdigones zorrunos.

Una vez alejado el ejército enemigo, Dulcinea se acercó á Cervantes, le asió por un brazo, y amorosísima le dijo:

—Por mi esposo y señor os tomo, y así, en vuestra casa entrad, y en ella estad como su dueño y dueño mio, que si en la calle os quedárais en peligro quedaríais, que ellos volverán con medio pueblo, y Dios quiera que dentro de la casa no tengamos que defendernos.

Y tirando de Cervantes, en su casa le entró, y cerró la puerta.

Estos fueron los principios de los amores de Cervantes con Dulcinea del Toboso, la ocasion de la saña y de la venganza de Alonso Quijano, el de Argamasilla, y la causa del nacimiento del nunca bastante celebrado *don Quijote.*

Quedó todo en silencio y nadie pareció.

Nadie turbó los amores de Cervantes y de doña Aldonza.

El barbero y sus cofrades, conocieron que si la casa de doña Aldonza asaltaban, por más que fueran reforzados con otros compañeros, podria suceder saliesen escarmentados, porque los mozos de doña Aldonza eran gente dura y de mala sangre.

Así es que remitieron á manos más fuertes su venganza, y uno de ellos, el sochantre, que era un andarin famoso, salió, despues de una breve conferencia con sus compañeros, para el próximo pueblo de Argamasilla, á dar cuenta á su alcalde, Alonso Quijano el *bueno,* de quien todo el mundo en el Toboso sabia andaba enamorado, perdido y sin esperanza, de doña Aldonza, á decirle lo que acontecia.

A ninguno de sus mozos ni de sus mozas habia llamado Dulcinea; pero todos y todas (ellos eran tres, y dos ellas), habian oido el guitarro y el canto, y luego habian sentido que la señora andaba por la casa, y el tiro habian oido, y despues, que la señora con un hombre en la casa entraba, y se lo llevaba á su aposento.

Pero como nadie los habia llamado, quedos se estuvieron, pero no tanto que algun tiempo despues las dos doncellas y los tres mozos no se concertaran y se fuesen á expiar á su señora, cosa que ha sucedido en todos tiempos, para propalar al otro dia por el pueblo, que al fin su señora se casaba, y que iba á haber bodórrio.

Porque, ¿cómo pensar que habiendo un hombre favorecido por la buena moza y rica-hembra, por decirlo así, del Toboso, con ella no se casase?

Habia, pues, larga materia de escándalo.

Cervantes no habia medido bien las consecuencias de la aventura en que se habia metido.

La candorosa doña Aldonza, por primera vez enamorada á los veinticinco años, y enamorada hasta donde puede llegar la alucinacion de una mujer en amor, habia abierto su alma y sus brazos á Cervantes, aceptándole por esposo, sin saber,

y aun sin sospechar que ya *era despues*, como vulgarmente se dice, y que mal podia casarse con un hombre casado.

Ceguedad de que á ella, por su inocencia, no podian hacerse cargos, porque en su buena fé no podia creer que un hombre casado la buscase; y disculpable en Cervantes por las circunstancias, y porque aquello se le habia venido como llovido, y con tal rapidez, que para la reflexion no habia habido tiempo.

Salió por la mañana, à tiempo que el alba nacia, atravesó el pueblo, silencioso aun, y metióse en su posada.

Entónces, y sólo entónces, le acometió la reflexion.

Habia determinado una situacion gravísima entre él y doña Aldonza.

No habia hablado ésta ni una palabra de matrimonio.

Pero Cervantes habia comprendido bien, que esto para ella se sobreentendia.

Muy pronto llegaria el momento en que la verdad se descubriria.

En que habria que soportar las consecuencias del paso que habia dado.

Además, se habia enemistado con el pueblo.

Porque enemistarse en un pueblo con el barbero, es mucho peor que enemistarse con el alcalde.

Cervantes no encontraba otro medio para salir de aquella situacion dificilisima, que huir el bulto.

Su conciencia le acusaba.

Pero la acusacion de su conciencia, como siempre que la conciencia acusa, llegaba tarde.

No podia reparar el mal que habia hecho, sino ausentándose.

Esto es: acabando de seducir á doña Aldonza, y escapando con ella.

Lo de la cobranza del Toboso podia dejarlo para otra ocasion.

De todos modos, él llevaba apremios para otros muchos pueblos del reino de Toledo, y para esta misma ciudad.

Abandonar á doña Aldonza le parecia muy duro.

Además, se habia encariñado con aquel su tardío amor.

—Sea como fuere, dijo, allá veremos lo que sucede.

Y se bajó á la caballeriza, cuando todavía no era de dia claro, ensilló su jamelgo, pagó su cuenta, y se salió del Toboso á punto que clareaba.

Respiró con alguna más facilidad cuando se vió en el campo, y que de nadie habia sido notado, ni nadie le seguia; y para evitar que le viese algun viandante que fuera ó viniera de ó al Toboso, dejó el camino, y se metió por una senda, y luego por otra, y siguió andando deprisa á campo traviesa, y por eriales tan solitarios, y desde los cuales de tal manera no se veia ni habitacion ni torre á ninguna distancia, que no parecia sino que caminaba por un desierto.

Creció el calor á medida que creció el dia, enfrenando su marcha el jaco, que era ya poco ménos que decrépito, y un hambre voraz se dejaba sentir á Cervantes, cuando en una hondonada en la cual se alzaban algunos árboles al lado de un arroyo, y al lado de un caminejo, teniendo junto á sí una frondosa huertecilla, descubrió una venta, que era como si hubiera descubierto un oásis.

Fuése á la venta Cervantes, y se encontró con un viejo de no muy buena traza, y con una mujer hombruna, que sin duda era su mujer, y con una mocetona rubia como de unos veinte años, hija sin duda de los dos, por los rasgos de semejanza que con los dos tenia.

Pidió de comer Cervantes; diéronle lo que tenian, que eran huevos frescos; y en cuanto al pan, hubo de contentarse Cervantes con un pedazo de el de centeno, y de edad por lo ménos de quince dias.

Pero como á buen hambre no hay pan duro, comióselo con muy buen sabor Cervantes, y en cuanto al caballo, se le soltó al prado para que en él pastase á su placer, porque pienso no habia ni para qué hablar de él en el ventorrillo.

De aquel caballo escuálido debió tomar algo para Rocinante, Cervantes.

Preguntó á dónde iba aquel caminejo, y dijéronle que á tres cuartos de legua de allí iba á parar al camino real de Toledo, y cerca de aquella ciudad; con lo que Cervantes, y por que con el calor que hacia no era hora de ponerse otra vez en camino, se hechó en una cabezada que le dieron, y rendido con todo lo que por él habia pasado, se durmió.

CAPÍTULO XI.

De como el alcalde de Argamasilla buscó á Dulcinea, y de como Dulcinea buscó á Cervantes, y le halló, y de como halló Cervantes que Dulcinea podia sobradamente con él.

Dejemos á Cervantes durmiendo la siesta en el ventorrillo, y volvámonos al Toboso.

El sacristan Pero Anguila, intermediario de los amores de doña Aldonza y de Cervantes, se habia lastimado de tal manera al ver que al fin la buena moza del Toboso habia caido en el mal de amores por un forastero, y por un forastero que habia ido á apremiar al pueblo para hacerle pagar lo que nunca habia pensado pagar el pueblo, (que los españoles han sido siempre morosos en al pago de las contribuciones, aun que jamás lo han sido para pedir exagerados socorros á causa de calamidades públicas), se sintió de tal manera herido y desconsolado, y lastimado en lo más íntimo de su alma, y sintió tal hambre y tal sed, no de justicia, sino de venganza, (que ya sabemos que aun que él no lo hubiese dicho ni aun se hubiera atrevido á pensarlo, enamorado andaba, y muy al cabo, por la hermosísima Dulcinea), que no siendo él persona fuerte ni capaz para vengarse, en buscar pensó á persona que, vengándose, le vengase á él, y esta tal persona

no podia ser otra que aquel de Dulcinea enamoradisimo esclavo, Alonso Quijano el *bueno*, el de Argamasilla.

Envió, pues, á aquel personaje un propio, que á pesar de que llegó en altas horas de la noche á Argamasilla, encontró al señor Alonso Quijano desvelado, tirándose al coleto la parte más enrevesada y maravillosa de *Tirante el Blanco*, cuyo propio era portador de la siguiente misiva.

«Señor Alonso Quijano el *bueno*, el de Argamasilla, mi dueño: por aquí se nos ha venido un tal de Cervantes Saavedra que, con apremios para el pueblo, de la corte le han enviado, y como si esto no fuera bastante, en apremio ha puesto á mi señora doña Aldonza, y compelídola há, y tan en aprieto la tiene, que la buena señora no puede resollar de enamorada, y tal es esto, que ha cogido un cólico que yo creo que sea de amor; porque papeles se han cambiado, y tan tiernos, que no parece sino que han de deshacerse el uno por el otro como la sal en el agua. Y digoos que si no acude pronto vuesamerced á poner el remedio, en el Toboso vá á suceder una desdicha, es á saber: que á perder vamos á nuestra buena señora, por la que estamos cuidadosos porque presumimos que brujo debe ser el tal apremiador del rey. Y véngase cuanto ántes vuesamerced y vea cómo proveer en esto, que á todos nos tiene atosigados, principalmente á este su humildísimo siervo, que sabe bien cuánto ha de ser el dolor de vuesamerced, si estos comienzos de amores llegan, no á su fin, sino solamente á sus medios. Y sin más, yo beso á vuesamerced las manos, y ruego á Dios que le guarde. — Pero Anguila.»

Cuando leyó esta carta Alonso Quijano, saltó como una culebra pisada, y tiró á *Tirante el Blanco*, llamando á seguida á su mozo, alguacil y escudero, todo en una pieza, llamado Sancho, y le mandó ensillar el rocin, y enalbardar el rúcio, y quitar la lanza del astillero; y aun no era de dia, y aun en camino para el Toboso no se habia puesto Alonso Quijano, cuando recibió otra carta que le llevó otro propio, del propio sacristan Pero Anguila, en que le contaba lo de la música de Cervantes á doña Aldonza, y lo de la pendencia, y lo del escopetazo que doña Aldonza, defendiendo á su enamorado amadísimo, habia apretado al barbero, y de como despues de esto doña Aldonza se habia llevado para sus interiores á Cervantes: segunda carta que de tal manera avivó el rabioso fuego de los celos en Alonso Quijano el *bueno*, que no el corazon le alentaba, sino un volcan de encendidos furores, tantos y tan tremebundos, que espanto hubieran puesto en el pecho al mismísimo Fierabrás de Alejandría.

Así es que con esta última y pavorosa noticia, no se detuvo un punto, y saliéndose de Argamasilla á toda prisa, caminó tanto y tan sin descanso, que á la caida de la tarde vino á dar en el Toboso, y en casa de doña Aldonza, aun que autoridad para ello no tuviese, porque nunca en su casa doña Aldonza habíale recibido, ni aun se la habia ofrecido.

Encontróse con que la jaula estaba sin pájaro, y con que nadie sabia á dónde doña Aldonza se habia ido.

Que de casa habíase salido cabalgando en un mulo, sólo de un mozo y de una

moza acompañada, aun que muchos creyeron que se habia dirigido á Ciudad-Real, donde tenia mucha hacienda y algunos parientes.

Pero habia quien estaba en lo justo por ser, por su desdicha, secretario de los amores de doña Aldonza y Cervantes, y con esto ya hemos dicho que este tal era el sacristan Pero Anguila, á quien, no habiendo Cervantes ido á almorzar con doña Aldonza, que le habia convidado, y como tardase, á que le buscase envióle, y hallóse Pero Anguila con que aquel amanecer habíase ido el apremiador sin decir á dónde se fuese, y con la mayor alegría, aunque disimulándola, fué á decir á doña Aldonza que Cervantes se habia ido del pueblo sin decir á dónde, á lo que doña Aldonza nada dijo, sino que se puso muy pálida, y luego muy encendida, y se le cargaron los ojos, que no parecia sino que reventaba por llorar; cosas todas que significaron á Pero Anguila, á cuánta gravísima y tenaz locura habian llevado á doña Aldonza aquellos amores.

Despidióle sin hablarle más palabra doña Aldonza, y huyó tomando un lienzo de narices que allí por acaso se habia dejado olvidado Cervantes, besólo, y silbando como hubiera podido silbar un gañan, acudió dando corcobos un lebrel precioso, y doña Aldonza le hizo oler el pañuelo, y á seguida el galgo venteó y partió, y á poco volvió gruñendo como diciendo á su señora, que ya sabia él por donde se habia ido *aquel cruel Ulises; aquel fugitivo Eneas.*

Pero doña Aldonza, muy al contrario de exclamar *Satúrno te acompañe, allá te avengas,* púsose apresurada uno de sus trajes de caza, que los tenia muy buenos, (y era el traje á propósito, porque á cazar iba), y no en jamugas, sino á horcajadas, montó en un macho, llevando á las ancas, que por no ser manchega sino francesa sufria la mula, una su doncella, tan capaz como su ama de todo, y con un mozo en otra mula, prevenido de dos escopetas, venteando el lebrel, salióse del Toboso y tras el lebrel fuése, que corria y volvia, no pudiéndole seguir las mulas, y volvia, y tornaba á correr, y así, á punto que la noche cerraba, llegaron al ventorrillo donde habia parado Cervantes, y donde éste, bien comido y bien bebido y bien dormido, ponia ya el pié en el estribo para seguir hácia Toledo.

—Bien parece la ingratitud en los villanos, la descortesía en los soeces, y la ingratitud en los desalmados, le dijo doña Aldonza abalanzándose á él; pero no en los buenos y honrados hidalgos como vos os preciais de serlo; y dígoos yo, que ningun motivo os dí para que así me dejárades y abandonárades, sino más bien cuantas muestras de amor y de respeto y de humildad puede dar una hembra bien nacida, al que por su esposo tiene; y dígoos yo, que de aquí no habeis de pasar sin dar fé y palabra y juramento de esposo ante estos mis criados que aquí me acompañan y estas buenas gentes que aquí se ven; y de no, con este puñal, (y sacó uno que debajo de las sayas llevaba), en mí misma haré sacrificio de mi propia desgracia, no pudiendo en vos satisfacer mi despecho y mi ira, porque tanto os amo, señor mio, que habiais de matarme y contra vos no me volveria aun que pudiera, ni aun me quejaria del dolor que vuestras heridas

me causasen, que no puede ser mayor que el que vuestro desconocimiento y vuestra ingratitud me causan.

Cervantes que estaba muy tierno, y no tan decidido como parecia á apartarse de doña Aldonza, de quien recordaba cualidades que no eran para olvidarse, y que con el pié puesto ya en el estribo andaba en dudas de si seguiria hácia Toledo ó se voveria al Toboso, inclinándosele la balanza del lado de doña Aldonza, la dijo:

— Por Dios te ruego, hermosa señora mia, que contra ti no vuelvas tus iras; que de tí no huia yo, ni me apartaba, que mal podria yo huir y apartarme de mi vida sin dar en mi muerte: sino que la rabiosa saña de los del Toboso se irritaba contra mí, y yo no era bastante contra todos, y por lo mismo, á cobardía ni desmérito mio lo tomes, sino á prudencia; y resuelto iba á avisarte, en cuanto á lugar seguro llegase, de cuál este lugar fuese; y si espera tu amor te hubiera dado, no tardáras en saber que ni yo de tí me desagenaba, ni desagenarme podia, sino por el contrario, doliente y desesperado te llamaba no pudiendo vivir sin el encanto de tu hermosura y las venturas de tu amor.

— Pues siendo esto así, dijo doña Aldonza, de ello no se hable, que yo sólo por haberos visto y oido, dóyme por contenta y bien pagada, y espero que me perdoneis mis dudas, señor y esposo mio, que no hay amor que no dé en las dudas y en los temores, y si en ellos no dá, amor no es: entrémonos á esta venta y comamos, que en todo el dia no comí, y con veros, y de vos satisfecha, háseme abierto de tal manera el apetito, que no puedo sufrirme segun que los vahidos me suben del estómago á la cabeza; y con esto venid y tomadme en vuestros brazos para que venga á tierra.

Desmontó Cervantes, en sus brazos tomó á doña Aldonza y en tierra la puso, saltó en limpio la doncella ó moza que no se andaba con repulgos, echóse cachazudamente de su macho al suelo el mozo, y todos en la venta se entraron.

Bien quisiera el autor que en la venta hubiesen sobrevenido aquella noche, que ya habia cerrado, peregrinas y nunca oidas ni vistas aventuras para recreo de sus lectores; pero no aconteció otra cosa sino que doña Aldonza hubo de contentarse con unas sopas que del pan que llevaban se hicieron, con una tortilla de una docena de huevos, y con lo demás que en las alforjas iba, y el vino de la bota; despues de lo cual á descansar metióse, con el que ya por su esposo tenia, en el mismo aposento de los venteros, que por conocer á doña Aldonza, y saber lo principal y lo rica que era, y esperando una buena paga, la dejaron, y su hija se llevó á su lecho á la doncella, y el ventero y su mujer se acomodaron como pudieron, y el mozo de doña Aldonza fuera de la venta en una cabaña, que hacia calor, y habia chinches, con lo que lo entendió más que otro alguno; y así sobrevino el silencio, y nada en la venta dió muestra de sí, hasta que clareó el dia, y cantó el gallo, y todos se fueron levantando, y despertados doña Aldonza y Cervantes, y tomando un refrigerio cabalgaron, y para Toledo se fueron, entrando en el medio del camino en una floresta, comiendo de lo que en las alforjas quedaba, pasando á lo pastoril los dos amantes algunas dulces horas, y

siguiendo á la tardecita hácia Toledo, á donde llegaron á tiempo que la campana de la iglesia mayor daba las Animas.

Metiéronse en la posada de la *Sangre*, que era la única que entónces habia en Toledo, y allí se propusieron estarse tranquilamente, y con el contento de dos enamorados, en tanto que lo del Toboso se arreglaba; que doña Aldonza estaba segura de que sí se arreglaria, en lo que no contaba con la huéspeda, porque no sabia con cuánta saña la buscaba Alonso Quijano el *bueno*, del cual ella se habia olvidado, como si no hubiera sabido que tal Quijano habia en el mundo.

CAPÍTULO XII.

De cómo Cervantes por causa de la salud pública fué preso, sin que le pudiera valer el amor de doña Aldonza.

Buscaba entre tanto, desalado y llevado de los diablos Alonso Quijano á doña Aldonza, y seguíale socarron y solapado su escudero, alguacil ó mozo Sancho Zancos, dándole cordelete, porque él sabia bien lo desesperados que eran los amores de su amo por doña Aldonza, que no la conseguiria ni aun que la hechizasen y adobasen para hacerla suya, todos los encantadores de los libros de caballería en que su amo se engolfaba, perdiendo en ellos miserablemente el juicio; pero le iba á la mano, porque así le contentaba y le sonsacaba, y con lo que de él tomaba y él le consentia le tomase, aumentaba su peculio, disminuia sus gastos, y á su Teresa tenia contenta, que ya se iba dando en Argamasilla ínfulas y ribetes de dama.

Pero por mucho que volvian y revolvian, y buscaban y preguntaban por todos los pueblos circunvecinos, ni rastro hallaban de doña Aldonza, ni de Cervantes, ni de nada que á ellos oliese, y como por ser fuera de camino el ventorrillo donde doña Aldonza habia encontrado á Cervantes, por él no hubiesen pasado, y como no se le habia ocurrido á Alonso Quijano que á una ciudad tan populosa como entónces lo era Toledo, y donde doña Aldonza tenia algunos nobles y ricos parientes, hubiera ido sin temor ni respeto alguno por el decir de las gentes, con un enamorado, como una cualquiera mujerzuela de poco más ó ménos, por Toledo no se le ocurrió ir; bien que si fuése no le aprovechara, que por lo mismo que en Toledo buenos parientes tenia doña Aldonza, de la posada no salia ni para misa, ni por un resquicio se dejaba ver, no embargante lo cual estaba contenta, porque con el amor de Cervantes que el alma la llenaba, el alma tenia satisfecha, y así, á lo turco, sin dejarse ver de nadie más que de su

adorador sultan, hubiera estado todos los dias de su vida sin que otra cosa alguna le hubiese hecho falta.

Entre tanto Cervantes hacia sus apremios en Toledo, y doña Aldonza enviaba emisarios seguros al Toboso, para que tomaran lenguas de lo que allí acontecia, y súpose que el Toboso estaba alborotado, y que no se hablaba de otra cosa que de la escapatoria de la buena moza, y que no sólo Alonso Quijano el *bueno*, el de Argamasilla, la buscaba, sino que tambien la justicia del Toboso andaba que bebia los vientos en su busca, lo que sabido por Cervantes, y recordándolo más tarde, pudo ser la causa de aquel pasaje del Quijote en que el taimado Sancho Panza dice: — «Liebres córrenla, galgos la siguen; Dulcinea no parece».

Pasaron así bien quince dias.

Saboreando doña Aldonza las locuras del amor, tan loco por aquellos dias como ella estaba Cervantes, y con dinero á mano, que una razonable cantidad de oro habia sacado de su casa doña Aldonza, ni ella insistia en lo del matrimonio, dándolo por seguro, y sin siquiera venírsele á las mientes que Cervantes, avanzado en edad, podia ser casado, y sin que Cervantes, temeroso de lo que pudiera suceder si lo decia, que hartas muestras de genio valeroso, y de soberbia y de valor hombruno le habia dado doña Aldonza, dijese sobre el particular «esta boca es mia».

Pero el demonio, que muchas veces se vale del acaso, hizo que un dia, estando fuera Cervantes á sus diligencias de apremio, llegase á Toledo, y en la posada de la *Sangre* parase, un bachillerote capigorron, gran literato, que se escribia en exámetros la historia del preste Juan de las Indias á poco que se picase, y que en una y otra academia literaria habia conocido en Madrid á Cervantes; y como á poco de haber á la posada llegado, se hubiese encontrado en el corredor á Cervantes, y á la puerta misma de su aposento, á él con los brazos abiertos se fué, diciendo á grandes voces:

— ¡*Oh terque daterque beatus;* y cómo habia yo de esperar un tal contentamiento como el de veros, señor Miguel de Cervantes! ¡y qué remozado que os hallo! ¿cómo siguen mi respetable señora vuestra esposa, y vuestra hermosa hija?

Púsose un dedo en los labios Cervantes como imponiendo silencio al bachiller, de lo que éste se asombró no poco, y llevándoselo á un lado, con él se estuvo poco rato, por el ánsia que tenia de ver si aquellas peligrosas palabras, de doña Aldonza habian sido oidas.

Pero doña Aldonza que no era simple, ni aun que lo fuera la faltaba la malicia que en los lugareños supera al estudio y muchas veces al entendimiento, si bien se sobresaltó en gran manera cuando aquellas palabras oyó, y se puso pálida y temblorosa, miéntras Cervantes volvia tuvo tiempo de serenarse, y aun que éste pretendió sagazmente sonsacarla, ella disimuló, y él se convenció de que nada habia oido, por lo que quedó tranquilo; que ya habia prevenido al bachiller para que éste no cometiese por ignorancia nuevos errores, y tranquilo se fué á sus apremios y contento, que no tenia entónces por qué quejarse; y tanto más, cuanto que tan rendida veia á doña Aldonza, que creia que cuando llegase el caso

imprescindible de decirla la verdad, ella pasaria por todo, y se someteria á lo que no podia ser de otra manera.

En doña Aldonza tenia Cervantes un buen arrimo: que él sin perjudicarla y sin apoderarse de su hacienda, pensaba tomarla algun dinero prestado que emplearia en alguna especulacion, que Cervantes habia corrido mucho, y sabia de todo, y Cervantes tenia la seguridad de que doña Aldonza le daria su sangre si él se la pidiera, y él pensaba cumplir noblemente con ella, y aun en provecho suyo aumentándola la hacienda; que á tal extremo de desesperacion habia llegado Cervantes, que ya pensaba en lo que nunca habia pensado, en aprovechar para nada el amor, aun que le aprovechase noblemente, que él no podia aprovecharle de otra manera.

Si astuta anduvo doña Aldonza para engañarle y tenerle confiado desde que recibió la noticia de que era casado, (si bien hay que advertir que á pretexto de indisposicion, se hizo de todo punto ajena á Cervantes, desde el punto y hora en que por casado le tuvo), con no ménos sagacidad, y valiéndose del mozo que la habia seguido, y éste de otras personas, hizo que á Valladolid se preguntase, y se averiguó, por los de justicia de Toledo, y tambien secretamente, de donde provenia Cervantes, y no pasando ocho dias, supo, no sólo que Cervantes era casado, sino que además tenia una hija natural, dos hermanas, viuda la una, y doncella aun que ya quintañona la otra, y una beata no jóven, pero todavía hermosa, de la que murmuraban malas lenguas si habia tenido, ó las tenia, ó podia tener relaciones amorosas con el señor Miguel de Cervantes.

Dió con estas nuevas por cierta su desdicha doña Aldonza, y púsose verdaderamente mala; pero disimuló de tal manera, que Cervantes no pudo ni aun sospechar la causa de su enfermedad: pero el amor (al ménos ella así lo creia por aquellos dias) habíase cambiado en ella en ódio y en venganza, y en saña de muerte, y por el deseo de vengarse, sirviéndole esto de medicina, sanó, y á Cervantes dijo que lo del Toboso ya estaba compuesto, que ella habia acabado con todas las diferencias por medio de las gentes que allá habia enviado, y que al Toboso podian volverse, puesto que él decia que no podia ménos de apremiar á la justicia del Toboso, para que hiciese pagar á los que en deuda con su Majestad estaban, y que él habia terminado ya toda su comision en el reino de Toledo, y no le quedaba más que el Toboso.

Creyóla Cervantes, que no tenia para qué no creerla, y confiadamente y por su propio valor ingénito, que nunca le faltaba, al Toboso se fué con ella, y ella en el Toboso sin miramiento alguno se entró mano á mano con él, y á su casa se lo llevó con grande escándalo de todo el pueblo, y con él vivió dos dias como si él hubiera sido su marido y ella su mujer, de tal manera, que los que sabian lo alta de humos que doña Aldonza era, y no que era casado Cervantes, disputaban y decian que casada de secreto con el forastero, y por grandes razones que para ello habrian tenido, debia estar doña Aldonza, y que eso se veria y no tardando mucho, que no debia ser de otra manera, y que buena cuenta debia estar segura que podia dar de si misma doña Aldonza, cuando tan en público matrimonial-

mente vivia en el pueblo, y tan sin temor y tan sin reparo como por los hechos se producia.

Entre tanto, y como llegase á Argamasilla la noticia de que doña Aldonza al Toboso habia vuelto, y acompañada del apremiador que de la corte habia venido, y en su casa le tenia y con él habitaba en el mismo aposento, y como á marido le trataba, Alonso Quijano no pudo sufrirlo, y allá se fué al Toboso, ardiendo en vivas iras, con Sancho Zancos, resuelto á todo lo que fuera menester para vengarse, y como al llegar en la plaza le hallase que con el cura se paseaba, (que el cura queria tener contenta á doña Aldonza para que diese para la fábrica de la iglesia), á Cervantes se fué levantando la vara de una manera tan furiosa y descomedida, que Cervantes, que como saben nuestros lectores era hombre de muy mal genio cuando se lo buscaban, le dijo poniendo la mano á la espada:

—¡Haceos atrás, don bellaco, ó vive Dios que en la cabeza os dé dos cuchilladas!

Apellidó el alcalde favor á la justicia.

Arremetió Sancho Zancos á Cervantes como pudiera un toro.

Dióle Cervantes tres testarazos que sonaron sobre él como sobre un odre, y le pusieron muy en respeto; sofocada doña Aldonza, que en los miradores de su casa estaba, y que, cuando vió en peligro á su adorado de su alma, enloqueció, como suele acontecer á las mujeres que bien aman, y le quiso más con sus entrañas, acudió á la plaza con sus mozos, la valieron sus amigos, dió voces que ninguno fuese osado á maltratar á su esposo (y con esta palabra, aun que fuese falsa, se llenaba la boca), y de tal manera ayudó á Cervantes, que hacia ya por su parte todo lo que podia para valerse, que al fin, y habiéndose vuelto, dominado por la pública opinion (entónces no se decia opinion pública), el alcalde del Toboso contra el de Argamasilla, éste se vió obligado á dejar el campo, dándose por contento de no ser aporreado, y á su pueblo volvióse, donde sin pérdida de tiempo, poniéndose un viejo arnés que allá de sus ascendientes guardaba, todo negro y abollado y con el yelmo sirviendo de gola y guardapapo, acompañándose inmediatamente como por escudero, de Sancho Zancos, y con cincuenta ó sesenta mozos de Argamasilla, armados de escopetas, rabioso por vengar sus celos y su injuria, se fué á poner campo sobre el Toboso, y lo cercó, y dijo que si en el mismo punto no le entregaban al delincuente que contra él habia dado en desacato grave, gravísimo contra la justicia, tendria al Toboso como por lugar rebelde á su Majestad, y le combatiria, y le entraria á sangre y fuego; con lo que, irritados los del Toboso, dijeron: Que estaban ya cansados de la soberbia de los de Argamasilla, y que se alegraban de que llegase la hora de que se supiera *quién á quién*, y que ello iba á verse muy pronto.

Y con esto, se apercibieron y se pusieron en formacion delante de los de Argamasilla, en un extenso y florido valle que entre los dos pueblos habia: y de esto pudo tomar asunto Cervantes para la aventura de los alcaldes de los rebuznos.

Sólo Dios sabe lo que hubiera sido del Toboso, ó lo que hubiera venido á ser Argamasilla, si personas pudientes de ambos pueblos no hubieran interpuesto

sus consejos y aun sus súplicas; y se dirimió la cuestion declarándose: que si bien el alcalde de Argamasilla no tenia jurisdiccion alguna en el Toboso, por tener este su alcalde propio, no podia desconocerse que el señor Miguel de Cervantes Saavedra, esposo ó no esposo de la buena moza doña Aldonza, en delito de desacato habia incurrido, faltando al respeto á un alcalde que vara de justicia regentaba, y aporreando á su alguacil, que tambien vara de justicia tenia; y que por lo tanto, y para obviar dificultades, el dicho señor Miguel de Cervantes debia ser entregado al alcalde de Argamasilla, Alonso Quijano el *bueno*, para que en la cárcel de su pueblo le pusiese, y allí le tuviese y se querellase contra él, para que el rey le castigase.

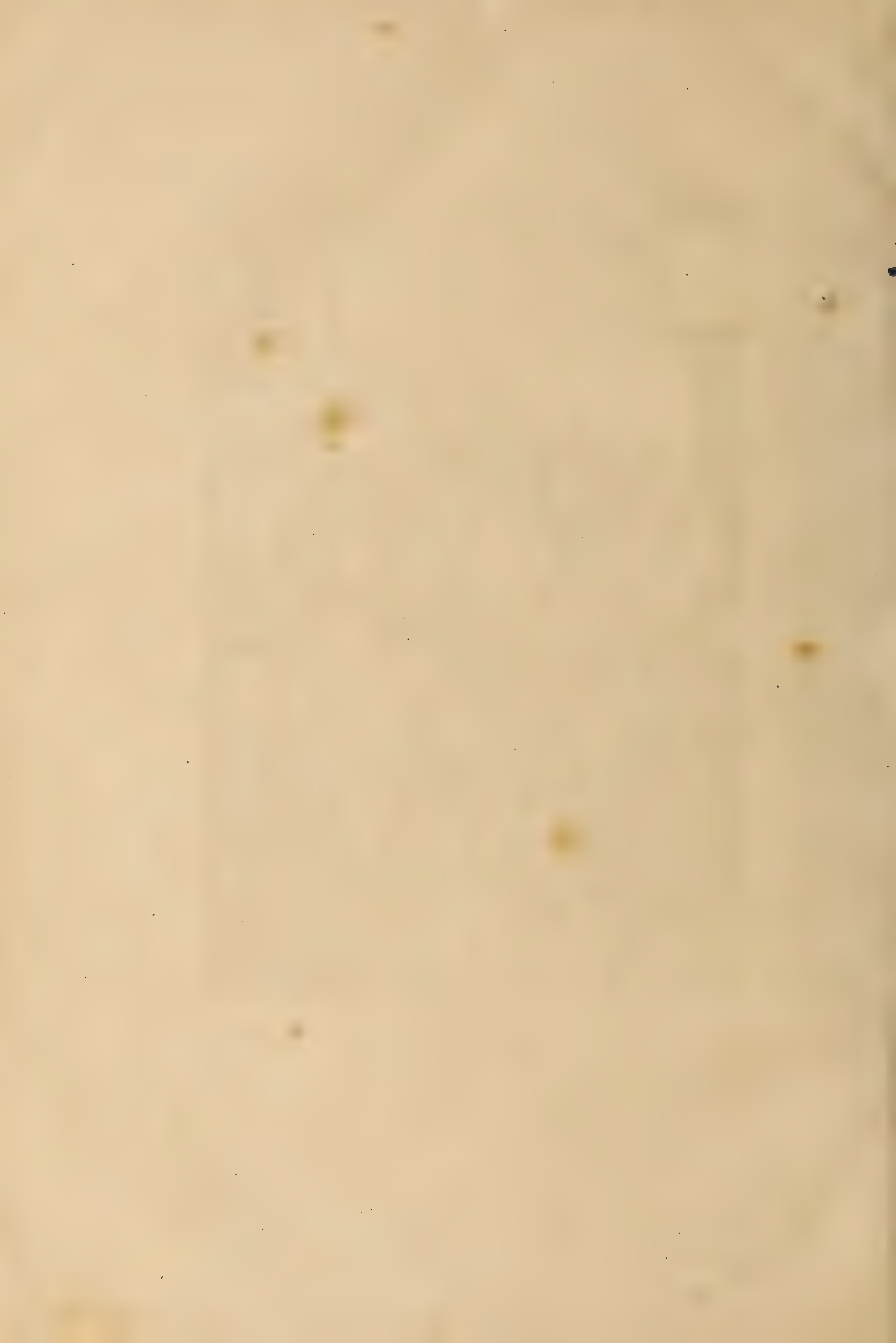
Este acuerdo de los dos consejos, entregó á Cervantes indefenso á la vengativa saña de Alonso Quijano; y puesto que doña Aldonza, arrepentida ya de haberle metido en aquella ratonera, por que al fin su cariño se habia sobrepuesto á su orgullo y á sus celos y á su despechada fúria, al ver que no podia tener para ella sola á aquel hombre que habia causado el milagro de que ella amase, quiso impedir que el que sus entrañas abrasaba y su corazon encendia, de la libertad fuese privado, no pudo hacer nada en su provecho, que todos, hasta sus más allegados y obligados á servirla, se negaron, á causa de la *salus populis,* gran razon que en todos los tiempos ha disculpado y aun justificado grandes injusticias; y Cervantes, no pudiendo valerse con tanta gente en su daño conjurada, fué triunfalmente preso por Alonso Quijano, y conducido con cadenas y esposas, y atravesado en un asno, como un detestable facineroso á Argamasilla, encerráronle en su cárcel, que habia de ser el lugar donde se engendrase el libro más maravilloso que vieron los tiempos pasados, y han visto los presentes, y verán los venideros.

Y por cierto que el tal libro se vino al mundo sin la voluntad de nadie; ni aun de su propio autor, que no le vió sino despues que empezó á hacerle, y como brota una fuente de la tierra que tiene oculta el agua, y porque Dios así lo quiso, para honra y gloria de la patria de aquel grande hombre desventurado, que, siendo de alma tan rica, y de claro y superior entendimiento, á vivir de apremios de alguacil vióse obligado por su pobreza y por la ceguedad de su tiempo, y por la envidia de sus contemporáneos. Y que dar hay gracias á Dios por esto; que si á apremiador y casi alguacil ó á alguacil entero no llegara Cervantes, ni fuera á Argamasilla, ni al Toboso, ni conociera á Alonso Quijano, ni á doña Aldonza, ni á Sancho Zancos, ni al rocin del uno, ni al asno del otro, y no tendríamos ni don Quijote, ni Dulcinea, ni Sancho Panza, ni Rocinante, ni rúcio, ni toda la otra familia que vive y alienta, y alentará y vivirá eternamente en las páginas del libro sin par, en que la fantasía más rara y peregrina que Dios ha permitido en un hombre, ha encerrado todo un mundo, tan verdadero en su forma, que no parece sino que historia es cierta, que pasó y fué punto por punto, tal y como Cervantes la relata.

Y así, viva Alonso Quijano, y viva doña Aldonza, que sin ellos no tuviéramos lo que nos hace tan ricos, que el homenaje de la envidia por ello las naciones nos rinden.



Este acuerdo de los dos Consejos, entregó á Cervantes indefenso á la vengativa saña de Alonso Quijano.



CAPÍTULO XIII.

De cómo Dulcinea procura la libertad del que en su libro la habia hecho un personaje importante.

Y estando asi aherrojado Cervantes en aquel lugar donde toda tristeza é incomodidad tenian su asiento, yendo y viniendo en su imaginacion sobre cómo tomar venganza de aquel alcalde loco, que de tal manera en él ensañaba sus celos, queriendo enderezarle una filípica que le sacase á pública plaza, á la vergüenza, con todas sus extravagancias é insensateces, con pluma destemplada y ágria en un pedazo de papel que le habia procurado la hija del carcelero, á zaherir empezó á Alonso Quijano: mas cuando llegó á aquello de los libros de caballería, que tan en las manos de todo el mundo andaban por aquellos tiempos, y á tantos cuerdos habian vuelto locos, y aquello de que á Alonso Quijano, del tanto leer y del tan poco dormir, se le habia venido á secar el celebro, don Quijote, con toda su balumba de caballerías y de aventuras se le presentó armado desde la bacía hasta los calcañares, y hallóse á su lado á Sancho, bellaco y socarron, y taimado, y casi tan loco como su amo, y las ráfagas de viento de la gloria empezaron á dar vueltas en la mente de Cervantes, y deshaciendo la diatriba contra el alcalde de Argamasilla, con *don Quijote* embistió diciendo:

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivia no há muchos años...» etcétera, con lo que sigue, llevándose de un tiron las primeras páginas de la primera parte de don Quijote, hasta la peregrina aventura del vizcaino.

Parece que en los principios no quiso Cervantes que *don Quijote* tuviese más cuerpo, ó por mejor decir, más longitud que su novela *Rinconete y Cortadillo,* (que pluguiera á Dios hubiese crecido incomensurablemente, y ella nos guardara latente una faz muy importante de aquellos tiempos), y que dió pronto de mano á su trabajo, volviendo á cogerle despues, y á renovarle, tal vez para entretener y consolar con la ficcion, consolándose tal vez á sí mismo de sus verdaderas desdichas, como parece demostrarlo este terceto de su *Viaje al Parnaso:*

> «Yo he dado en don Quijote pasatiempo
> al pecho melancólico y mohino,
> en cualquiera ocasion, en todo tiempo.»

Las lágrimas se nos vienen á los ojos.

Que el Quijote haya sido primero y principalmente el consuelo de las amarguras, de la pobreza, de la miseria, de la desesperacion de su autor, es horrible. No puede formularse una acusacion más terrible de las injusticias, de la saña y del desprecio de que se hizo víctima á Cervantes por sus contemporáneos, que esos tres versos, de los que brotó la queja más triste, más dulce y más conmovedora que al gemir ha podido producir una criatura.

No puede darse nada más sencillo, nada más elocuente, ni una contestacion mejor, á los que le detractaron, detractan hoy y detractarán mañana; porque hay tales genios que tienen el privilegio de producir una envidia de ultra-tumba; que la envidia no se rinde jamás, y ella es el sedimento de hiel que en el fondo de la copa de la gloria encuentran los pocos elegidos que la apuran.

Cuando la valía del entendimiento no puede negarse, los que de prestado viven, los que con galas ajenas se adornan, los que en vano pretenden causar la admiracion de los otros, alimentándose del placer con que todos acogen lo que á deslustrar el brillo del genio contribuye, no hay bajeza que no inventen, injuria que no propaguen, exceso que no atribuyan, degradacion que no supongan, ni crímen que no crean posible, en aquel que no ha cometido otro crímen que el de nacer con la desventura de ser superior á los demás.

Por eso nosotros hemos dicho al referirnos á los grandes genios:

> Si al recordar vuestra historia
> nuestra faz inunda el llanto,
> ¿por qué se os envidia tanto.
> pobres hijos de la gloria?
> Dichoso quien en solaz
> pasa su vida ignorada;
> que no deja tras sí nada
> y duerme en su tumba en paz!

Mas dejemos esto, que está ya suficientemente debatido por la crítica noble y leal, y por el sentimiento público.

Dejémoslo por otra multitud de consideraciones que saltan á los ojos, y dejemos así mismo encenagados en su saña impotente y su rabiosa envidia á los que muerden la suela del zapato de los que valen más que ellos. Como vulgarmente se dice: en el pecado llevarán la penitencia.

Por más que no se hiciera á Cervantes la justicia que le era debida, no dejaba de tener algunos buenos valedores, no tan generosos y tan grandes como hubiera sido de desear, y como Cervantes los merecia, pero bastantes, sí, para sacarle del agua cuando estaba á punto de ahogarse. Pero volvamos á nuestra historia.

Dulcinea que vió tan malparado á su amor, fuése poco ménos que haldas en cinta á la corte, dejando á oscuras en Argamasilla, y cebándose en su víctima á Alonso Quijano, á quien no sabemos porqué llamaban el *bueno*, y una vez en la corte, (Dulcinea, se entiende, ó doña Aldonza, que es lo mismo), tanto hizo, que

puesto que la querella de desacato interpuesta por Alonso Quijano fuese grave. logró, no ménos que con la intercesion de personas tales como don Pedro Fernandez de Velasco, conde de Lemos, gran señor, al que puede llamarse casi protector de Cervantes, que á los cinco meses de su prision saliese en libertad bajo fianza, (no se dice de quién, pero debió ser de Dulcinea), y con su entónces pobre, ó más bien pequeño manuscrito, que tan grande debia ser despues, sobre el pecho, bajo la raida ropilla, salió de nuevo al mundo y á sus aventuras Cervantes.

Acogióle doña Aldonza, que fuera de la cárcel, sin cuidado alguno á la rabia de Alonso Quijano le esperaba, y ya en libertad, á Valladolid tornóse con su familia Cervantes, y á sus cuidados, llevando á la cola á Dulcinea, que olvidada de todo, y aconsejada por su amor, no se paró en barras; y de ella no cuenta la verdadera historia donde nuestras noticias hallamos, sino que de allí á algunos años, murió feliz, y no de otra enfermedad que de una fuerte congestion.

En la manera á veces dulce, extremadamente poética y delicada, y á veces acre y burlona con que Cervantes se refiere á Dulcinea en su libro, ya en boca de don Quijote, ya en la de Sancho Panza, ya alguna vez por cuenta propia del autor, se nota que entre ellos hubo altos y bajos, contentamientos y enojos, riñas y reconciliaciones.

¿Pero entre qué enamorados no hay estas alternativas?

De todos modos, cuenta la historia, que Dulcinea vivió lo bastante para ver dada á la estampa la historia de don Quijote, en la que tan principal papel hacia ella, aun que fantástico, y que murió con la seguridad de que la fama de su *fermosura* habia de llegar con los siglos hasta los tiempos más remotos.

FIN DE LA SEXTA PARTE.



LIBRO SÉPTIMO.

La hija de Cervantes.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se dice algo sobre la situacion de Cervantes.

Continuaron las desdichas y el poco aprecio que de Cervantes se hacia por los ministros del rey, puesto que en 1593, y siendo ya viejo, se le encuentra ocupado en comisiones de cobro de tercias y alcabalas, segun consta por la siguiente real provision que por referirse á Cervantes es curiosa, y aquí la trasladamos:

«Don Felipe, etc. = A vos, Miguel de Cervantes Saavedra, que por comision mia estais en la ciudad de Granada, entendiendo en cosas de mi servicio; vuestra carta de 8 de octubre de este año de 594, se vió por mis contadores de mi contaduría mayor de Hacienda, y por ella vemos, que los 374,123 mrs. que por la dicha mi comision se os habian mandado cobrar de la persona que habia hecho oficio de tesorero ó receptor de las correspondientes alcabalas y tercias, y otras ventas de la ciudad de Almansa y villas de Motril y Salobreña, el año pasado de 1593, que los debia de fianza que hubo en el dicho partido el dicho año, no los podíades cobrar, á causa de que la persona que habia hecho el dicho oficio al tiempo que le notificásteis la dicha vuestra comision, para que os pagase los dichos maravedís, tenia aceptada una libranza de 1.940,365 mrs. que se habia dado en el mismo partido á don Diego Manrique, pagador de mis Armadas en Málaga, y á cuenta de ella habia pagado 895,200 mrs. que constan en su cargo del dicho año: conforme á lo cual paresce no habia en su poder en el dicho año ninguna fianza para poder cobrar los dichos 374,123 mrs. y que sin dilacion tórnese á ver por mis libros si en dicha partida y año, descontando la dicha cobranza hay los dichos maravedises de firma, para que vos le apremiarais á que os los pagase, y que se os prorogase el término de la dicha vuestra comision, atento

á que habíais de pasar á Velez-Málaga y á Ronda, á cobrar allí otras dos partidas: lo cual, visto por los dichos mis contadores de mi contaduría mayor de Hacienda, y la razon que de ella hay en mis libros de relaciones, y que por ellos parece que en el dicho partido de Almansa y Motril y Salobreña habia de fianza en los años de 591, 592 y 593, 2.314,488..... y que descontados los dichos 1.940,365 mrs. que se libraron al dicho don Diego Manrique, quedan en fin para mí en los dichos años los dichos 374,123 mrs., los cuales se han de cobrar completamente de quien paresce deberlos; fué acordado debia mandar dar esta mi carta para vos en la dicha razon, é yo túvelo por bien: y os mando que luego que la recibais, dejando en poder de los dichos tesoreros que habian sido del dicho partido en los dichos años los maravedís que fuese necesario para acabar de pagar al dicho don Diego Manrique..... la dicha libranza..... cobreis de ellos los dichos..... mrs. que como dicho es, hay de fia para mí en los dichos años, con más los servicios que hubiéredes de haber del tiempo que en lo susodicho os hubiéredes ocupado, y ocuparédes; y si los dichos tesoreros y receptores no los dieran y pagaran, luego hareis sobre ello en sus posesiones y bienes y en los de sus fiadores, y en cada uno y cualquiera de ellos todas las ejecuciones precisas, ventas y remates que convengan y necesarios sean de se hacer, como por maravedises de mi haber, hasta tanto que hayan pagado los maravedises en principal y deuda y salario: que para todo lo susodicho os doy el nuestro poder que teneis por la dicha vuestra comision, el término de la cual se os prorroga por veinte dias más, ó los que ménos fuesen menester que se cuenten desde el dia que se cumpla el que teneis y si fuese pasado, corran desde el dia que recibiéredes este despacho, en que ha de constar por testimonio signado de escribano; y en lo que toca á hacer pago á la parte de don Diego Manrique, de los maravedises que están por pagar de la dicha cobranza, cuando á mi corregidor de la dicha ciudad de Granada, que confiese á la relacion que vos le haredes de la persona ó personas de quien hobiérades cobrado los dichos maravedises, luego que los maravedises restantes los dén y paguen á la parte de don Diego Manrique..... no embargante que en la dicha libranza no vaya contado lo que de ella toca cada uno de los dichos tres años, haciendo con personas y bienes de quien los debiera las ejecuciones necesarias como por maravedises de mi haber, hasta tanto que los hayan pagado completamente: que yo por la presente hago sanos y de paz los bienes que por esta razon fuesen vendidos y rematados á quien los comprase, por ahora y por siempre jamás, y mando que de esta mi carta tome razon Pedro Luis de Tornegron, contador del libro de caja de mi hacienda. Dada en Madrid, á 29 dias del mes de noviembre, de 1594 años.»

Por esta provision se vé que Cervantes, á la edad de cincuenta y siete años, andaba hecho un azacan de ceca en meca, y era ministro de justicia; alguacil poco más poco ménos, apremiando á diestro y siniesto, sufriendo por todas partes disgustos, y en todas partes soportando camorras que los contribuyentes, siempre reácios en pagar, le acarreaban.

Haciéndose enemigo de morosos y de infelices.

Volviendo contra sí las justicias de los pueblos.

En una negra guerra, en fin; y todo por un mezquino salario.

Perdiendo su tiempo en cobrar para el rey dinero, puesto que mejor le hubiera empleado en cobrar libros de las musas para la fama; desesperado, pobre y en ruin estado, escribiendo algunas veces, desesperándose las más, léjos de su familia y privado de sus cuidados, viéndose obligado á esperar para cobrar su mezquino salario á que los deudores al rey pagasen, lo que no sucedia siempre, y obligado á vivir como Dios queria, y á tener casi abandonada y mal su grado, á su familia, compuesta de pobres mujeres, que para atender á la mezquina subsistencia, y aun para enviarle á él algun dinero, sólo contaban con el trabajo de sus manos.

Cervantes se habia resignado.

Habia perdido la esperanza.

Habia comprendido que la miseria y el sufrimiento eran su destino.

En tanto los Argensolas y otros y otros, con ménos merecimientos, con infinitamente ménos ingenio, hasta no poder sostener la comparacion con Cervantes, pero diestros, mañosos, aduladores, vivian cómodamente en la corte desempeñando altos cargos á la sombra de Mecenas antojadizos, obligados por su servilismo, y se posponia y despreciaba al que, no pudiendo doblegar su altivez, el peso material del trabajo, el moral de la insignificancia social soportaba.

Y es que no puede concebir ni producir obras levantadas quien no tiene levantado el ánimo: y no es bajeza servir un oficio, pero sí lo es servir vanidades, humillándose por medio de bajezas, y prestarse á todo y principalmente servir intrigas y andar por allá quitando motas y llevando nuevas, convertidos en parásitos de los poderes, de la fortuna y del nacimiento, no del ingenio ni de la nobleza propia.

Pero el mundo ha sido siempre así.

Así hay que tomarle.

Así le tomaba con una gran paciencia, con una gran resignacion, pero tambien con una gran amargura Cervantes.

No habia recurrido nunca al rey.

Sabia bien que el rey estaba harto ocupado con los asuntos de su ambicion, de su tendencia al dominio universal, y que las musas no eran lo más á propósito para hacerse oir del sombrío Felipe II.

Él no podia estimar á Cervantes sino en cuanto sus maravedises le cobrase, como ministro de apremios.

Lo demás nada le importaba.

Sin embargo, la posteridad ha dado una corona más resplandeciente á Cervantes que la que la casualidad al nacer habia dado á Felipe II.

CAPÍTULO II.

Algo más sobre la situacion del pobre y viejo Miguel de Cervantes.

Pasaron así los años hasta 1605.

Cervantes habia probado todas las amarguras y todas las miserias.

Ni aun de la humillacion y del apuro se libró de ser arrojado de la casa que habitaba en Madrid, por desháucio, por falta de pago de los alquileres, mediando ántes el embargue y ejecucion y remate de muebles, y de verse en medio del arroyo, con cuatro pobres mujeres, vieja ya la una, de edad madura la otra, jóven la tercera, niña aun la cuarta; á saber: su hermana Andrea, ya por entónces de sesenta años; doña Isabel de Cervantes, su hija, de veinte; la pobre beata Magdalena Ponce de Leon, que con él vivia como una hermana, y su pobre mujer, ya de más de cincuenta años.

Cuando se ven tales desgracias, el sufrimiento de tales desdichas en hombres tales como Cervantes, se adquiere el valor de no tener miedo á nada.

¿A qué mayor miseria puede llegarse?

¿Ni á qué mayores humillaciones puede verse sujeta persona alguna?

La vulgaridad, la ignorancia, la soberbia, el indiferentismo, y sobre todo la avaricia, la sordidez, el *delirium tremens* por el ochavo, que hay que respetar.

¿Qué le importa al casero de un hombre de genio, que la gloria rodee con una deslumbrante aureola la cabeza de un inquilino que no le paga sus alquileres?

Y esto, por otra parte, es muy justo.

Si las naciones no atienden miéntras viven á sus hijos ilustres, ¿por qué han de cargar con el mochuelo los propietarios?

Y además, ¿qué cosa hay que pueda resplandecer en un pobre?

Parece como que todo el mundo cree que al lado del talento vá siempre la riqueza.

Y de tal manera, que donde no vé el dinero, no concibe el talento.

Y los que esto creen tienen mucha razon.

El verdadero talento es el de hacer dinero.

Por lo ménos, el más positivo, el más tangible.

El que lleva á consecuencias más respetables.

Poco importa cómo el dinero se haya hecho.

Lo importante es tenerlo.

Los poetas viven de ilusiones.

Son muy ricos de imaginacion.

Por consecuencia no pueden ser ricos de bolsillo.

Un bigardo que fué gusarapo del lodo no há muchos años, que dió en todo género de engaño, de estafa y de bajeza:

Un bribon que rodó como un trapo desechado por la calle:

Un escribano que fué el embrollo de todo derecho y el apoyador de todo engaño...

Uno y otro y otro canalla, avaro y sórdido, viviendo de la vida que roban á los demás, llegan á los millones, pueden ser y son todo lo que quieren, se empingorotan, medran, son reconocidos, estimados, recibidos en todas partes, adulados de todo el mundo, por grandes hombres de mundo tenidos, con los reyes se hombrean, y no hay hombre de pro que se desdeñe de alternar con ellos; y en tanto Cervantes es humillado, vilipendiado, evitado como si estuviese apestado, reducido á la condicion de un peon.

Y no hay que declamar contra esto.

Ni asombrarse de esto.

Así es la multitud.

Así ha sido siempre.

Siempre será así.

Y cuando siempre ha sido y es, claramente se vé que esto es porque esto debe ser.

¿Para qué sirven los poetas?

Esto vá en gustos.

Luego viene la gloria.

Una gloria tardía.

Al asno muerto, la cebada al rabo.

Para llegar á esa gloria que no puede gozar, el hombre de genio ha sufrido la miseria material, y lo que es más doloroso, la calumnia y el desprecio moral de sus contemporáneos que, imbuidos por sus enemigos, han creido de buena fé cuanto la grosera calumnia ha inventado.

Cervantes se encontraba en esta tristísima situacion.

Gastada en la desgracia una larga vida.

No habiendo gozado un placer que no hubiese sido amargado por un dolor; viéndose pospuesto en su patria á medianías audaces é hinchadas; reducido á servicios penosos y humillantes: empleando un tiempo precioso que podia haber producido obras inmortales, en apremiar por un mezquino salario á los deudores del rey: no teniendo más consuelo que el mundo fantástico que se revolvia en su imaginacion; sin más fuerza que la de su fé, ni más apoyo que el de su resignacion, ni más esperanza que en Dios, que conoce y ama á los mártires y los glorifica.

Y era tambien para Cervantes, ya en su ancianidad, un dolor inmenso, ver

que, olvidado, desatendido en su patria, menospreciado en ella, maltratado, injuriado, sus obras se traducian y se admiraban en el extranjero, y que los que alguna vez iban á verle y se asombraban de su miseria, extranjeros eran que le avergonzaban en nombre de su patria cuando le decian:

—«¿Y cómo un hombre tal como vos no está mantenido por el erario público?»

La primera edicion del Quijote habia aparecido, despues de mil dificultades, de una larga espera, y mezquinamente pagada por un librero.

Cervantes habia tomado algunos miles de reales (10,000 dicen algunos); y aun que es verdad que la moneda en aquellos tiempos tenia un valor cinco veces mayor que el de hoy, no era ciertamente aquella cantidad un precio, no ya digno, pero ni siquiera aceptable, sino con escándalo, del Quijote. Cervantes habia podido echar un remiendo á su ropilla, coger los puntos de sus calzas, echar una gallina en la olla... ¿pero y despues?

Viejo ya, sin salud para ir de acá para allá zarandeando, y dando y recibiendo palizas para cobrar del rey los maravedises; sin más recursos que los fementidos de su noble pluma; con una larga familia á su cargo, Cervantes se vió obligado á irse detrás de la corte, siendo agente de negocios por mezquinos salarios de los pretendientes ó de los pleiteantes que á la corte no podian acudir, y muchas veces á alimentarse del escaso y amargo pan ganado con la aguja de unas pobres y queridas mujeres, á las que no habia podido dar ni aun la sombra de los goces que para ellas habia soñado su rica fantasía.

Es maravilloso que, agobiado por tanta desgracia, combatido por tantas contrariedades, irritado por tantas y tan repetidas injurias, viejo valetudinario, desesperado, Cervantes pudiera producir una obra tan fresca, tan jóven, por decirlo así, tan llena de vida, tan bella, tan festiva, tan robusta, tan admirable.

Pero él lo ha dicho, y nosotros lo repetimos, porque este dulce y conmovedor terceto no se repetirá nunca bastante.

«Yo he dado en don Quijote, pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera ocasion, en todo tiempo.»

Y era que su musa, su hermosísima musa, siempre jóven, siempre pura, siempre magnífica, le sonreia, le amaba, no le abandonaba, acudia á su socorro cuando le sentia gemir desalentado, desesperado; descendia, le consolaba, se lo llevaba en sus brazos á la region de los sueños, y allá, su mundo fantástico le satisfacia momentáneamente de las injusticias de los hombres y de los impíos rigores de su fortuna.

Cervantes tenia por su musa, la conciencia de sí mismo.

Pocos como él han sido tan profetas de su fama póstuma.

Pocos como él han gozado de la gloria en el porvenir, entre la miseria de lo presente.

Pocos como él han tenido el valor inconcebible de gracejar llorando; de unir lo festivo á lo melancólico; lo vulgar á lo sublime.

Pocos como él han llegado al sentimiento de lo ideal, de lo inmaterial de una manera tan delicada, tan bella y tan sencilla.

Pocos como él han descrito en un solo rasgo un sér completo, lanzándolo vivo de su imaginacion, para prendar, para encantar, para engañar á las gentes.

Don Quijote ha existido: don Quijote existe: Dulcinea es la figura más bella, y á la par más indefinida y más impalpable que ha salido de la mente casi divina de un gran poeta.

El amor de don Quijote ha engendrado á Dulcinea.

Las Beatrices, las Lauras, las Ofélias, esto es, Dante, Shakespeare y Petrarca, han sido vencidos: Ariosto debia encelarse en nombre de su Angélica: en nombre de su Eleonora el Tasso.

El amor de don Quijote es el *summum;* Dulcinea la diva humana, la belleza sin competencia, el alma amor, la voluptuosidad celeste, lo imposible de describir.

Cuando se lee con delicia el Quijote, se siente el ávido deseo de poseer la omnipotencia, de resucitar á todos los cobardes é infames detractores de Cervantes, de sacar de su soberbia tumba del Escorial el polvo de Felipe II, de dar vida á todo aquello, de infundirles de nuevo su envidia y su soberbia, para avergonzarlos, para atormentarlos con la gloria reconocida por la humanidad admirada y conmovida á Cervantes.

Se sienten implacables deseos de llamar al sombrío sarcófago y exclamar:

«¡Resurge, rey: tú, el que no creias existiese nada superior á tí más que Dios, y esto suplantándote brazo y pensamiento de Dios: resurge: vive: mira: compara tu corona de ambos mundos, con la corona inmortal de aquel á quien tú ni aun mirar te dignaste; de aquel á quien tú no creiste capaz de ser otra cosa que tu alguacil de apremios!»

Cervantes lo veia esto con su maravillosa seguridad de juicio; se sentia grande entre los grandes, y despreciaba con todo el desprecio que en su alma cabia para lo miserable, lo vano y lo absurdo, á aquella ciega generacion que no le comprendia: y en cuanto á los que le injuriaban, gozaba en el fondo de su alma el homenaje de su impotente rabia.

Cuando Lope de Vega, el gran Lope, cediendo á la flaqueza humana, se volvia contra él y le llamaba *potrillo,* Cervantes debia sentir halagado su orgullo en cuanto valia la envidia de un hombre tal como Lope.

Por lo demás, los pocos amigos que tenia eran buenos: valia cada uno de por sí, por todos sus enemigos.

¿Y qué diremos del hinchado señor excelentísimo, hemos querido decir, don Pedro Fernandez de Velasco, conde de Lemos, noble fátuo, que no tenia ni asomos de vergüenza, al ver tan rendido á él por la dura ley de la miseria y por un generoso y exageradísimo agradecimiento á Cervantes?

Cervantes debia decir como hombre de mundo: «ménos dá una piedra».

Como hombre de corazon: «al fin yo le he debido algun dia el pan: alguna vez su hidalga mano me ha sacado de un atolladero.»

Pero como hombre de genio, debió ser muy indulgente con él.

A nadie puede pedirse lo que en sí no tiene, y es un dislate buscar la más pequeña grandeza, en quien es grandemente pequeño.

En fin: las desgracias de Cervantes son la acusacion y la vergüenza de su tiempo; acusacion y vergüenza que, sin embargo, no sirve de enseñanza á nadie, porque quien no siente no juzga, y no se le puede acusar de injusticia: los hombres de la valía de Cervantes, sufrirán desgracias, injusticias y tormentos semejantes á los que Cervantes sufria, cualquiera que sea la civilizacion en que vivan, por la sola razon, lo repetimos, de *que es la gloria una sombra que mata á aquel que la vé.*

CAPÍTULO III.

En que el autor divaga una vez más en las regiones de la filosofía.

¿Y si Cervantes hubiera estado solo en el mundo, sin más cuidados que los de sí mismo?

¡Oh!... ¿quién sabe?

Tal vez á sus desgracias se debe la gran valía de sus obras.

El poeta nace, pero no llega á su grande altura sin ser purificado, levantado, aquilatado por la miseria, por el dolor, por el martirio.

El dolor es la primera de las inspiraciones.

Se necesita un consuelo, y se busca en lo infinito, en lo sublime, en Dios.

La creencia es hermana de la poesía.

La poesía es el sueño de la eternidad.

Es el espíritu que se eleva á Dios, y de Dios baja, con toda la grandeza, toda la elocuencia, toda la belleza, todo el sentimiento que son posibles dentro de los límites de lo humano.

Cuando el poeta canta y llora, parece que llora y canta con él una legion de arcángeles.

Cuando el poeta llega á los grandes esplendores del amor, del honor, de la justicia, del patriotismo, su grandeza asombra.

La razon pura, el excepticismo, la duda, no han ido nunca de la mano con la poesía.

Un excéptico podrá hacer versos, y versos magníficos; pero no conmoverá, no persuadirá, no consolará, no arrebatará, no llevará á nadie á la ira ó á las

lágrimas, al horror ó al placer: cuando más, podrá excitar una grosera risa ó un sentimiento penoso.

El idealismo es la tendencia natural de las multitudes.

No puede llegarse al idealismo bello, al idealismo mágico, al idealismo que habla á una necesidad, á una intuicion del corazon humano, á su aspiracion á su altura, á lo excelso, á lo infinito, á lo sublime á lo inefable, á Dios, sino por medio de la creencia.

¿Y de qué? me dirá algun filósofo intransigente.

De la vida del sér reflexivamente sensible.

Del ambiente sin el cual el alma no vive.

Pero ¿qué es el alma?

Es verdad: dejemos á los filósofos materialistas.

Nadie se ocupa de aquello que no siente.

Dios, para los que creen, es el universo.

Para los que intentan demostrarlo por medio de lo tangible. Dios es, cuando más, un símbolo inútil. una abstraccion enorme. algunas letras que componen un nombre incomprensible.

Dios los libre de desgracias; porque cuando el dolor les inunde el alma, ellos no encontrarán en el alma ni una sombra de fé para consolarse en Dios.

Cervantes, pobre de ventura, era en la fé riquísimo.

Por eso sus obras son riquísimas de inspiracion.

Por eso es uno de los mayores poetas que ha admirado la humanidad.

Por eso soportó siempre con grandeza el infortunio, y halló tesoros de resignacion para sus dolores.

Por eso es dulce y consolador.

Por eso un libro suyo es un buen amigo que os acaricia cuando le leeis, en vez de desecaros el alma con las sombrías y conmovedoras demostraciones de un positivismo falso, tan falso por lo ménos como el más exajerado idealismo de la poesía.

Entre lo apenador de la razon pura y lo soñador de la fé, preferimos el sueño.

¿Qué, acaso vivir no es soñar?

¿Sabemos acaso si nos acordamos del sueño de la vida, cuando nuestro espíritu despierta á otra vida?

Pero es verdad: para los de cabeza dura, es decir, firme; para los de juicio exacto, la vida, el espíritu, no son más que un fenómeno de la actividad necesaria del sér organizado para sentir y reflexionar; en una palabra: para pensar. Llegada la desorganizacion, es decir, la cesacion de la actividad del sér organizado para sentir, el fenómeno cesa: el alma ha finido: era un resultado, no una esencia existente *in se et per se*.

Los materialistas, los hombres de lo exacto, esto es, de lo demostrado, de la manera que ellos comprenden la demostracion, tienen la fé de lo limitado, de la nada: los idealistas, esto es, los locos, tenemos la fé de lo increado, de lo inmortal, de lo infinito, de lo que no puede descomponerse: soñamos un

espíritu inmenso; conocemos á Dios, puesto que le sentimos y vivimos soñando, encontrando algo de consolador, y de bello, y de grande, y de absoluto en nuestros sueños.

Creemos tener de nuestra parte la ventaja.

Tenemos más vida, puesto que no la limitamos.

No sabemos de dónde venimos ni á dónde vamos.

Es el misterio.

Pero sentimos que es la eternidad.

Pero como por medio de la razon pura, encontramos en el instinto material, en los fenómenos naturales, la absoluta relacion, la perfecta armonia entre las causas y los efectos, por induccion llegamos al sentimiento de la armonía, y de una armonía semejante á la que en la vida hemos conocido en la eternidad.

No somos el espejo que reproduce la imágen: somos la percepcion que la imágen siente, que refleja sobre ella, que conserva, deduce, siente y demuestra, y en cada demostracion producimos un progreso: es decir, damos un paso más en lo infinito.

¿Y cómo podemos comprender lo infinito de una manera precisa, puesto que la idea de lo infinito es la evidencia de que jamás podremos llegar al límite de lo que existe, si no existe en nosotros algo que es infinito, el espíritu, eso que llaman vida? Pero eso, me direis, no implica la personalidad fuera de la materia. ¿Y qué me importa? Yo tengo en mi un espíritu: con ese espíritu siento, con ese espíritu aliento, con ese espíritu me levanto á Dios; es decir, á lo supremo, á lo único, á lo universal, á lo perfecto; á lo que es por la armonía; á lo incontrastable, á lo inmutable, á lo santo: y prescindid del hombre; quedaos con el sentimiento, y fuere lo que fuere, adorad al todo, vosotros que sólo veis la parte, y no deis en la insensatez de pretender que la parte domine al todo, le absorba, le supere, por decirlo así; se sobreponga á él.

He entrado en este órden de consideraciones para deciros que, de la misma manera que vosotros os considerais con derecho á menospreciar como á serviles á los que vosotros llamais los soñadores, nosotros le tenemos, no para despreciar, sino para compadecer á vosotros los ciegos, que no creeis más que aquello que os toca en la punta de la nariz, y lo cual no podeis juzgar, porque vuestros brazos no alcanzan á abarcarlo.

Tratándose de un espíritu tal como el de Cervantes, de una historia tal como la suya, es necesario venir á pensar en la fé.

Tratándose de la fé, se dá por lo mismo, en su contraria, el excepticismo.

La creencia y la razon fria se ponen fatalmente en lucha.

Volvamos, pues, al asunto.

Perdónennos los que crean que este capítulo es inútil.

Nosotros le hemos creido necesario.

CAPÍTULO IV.

En que el autor continúa en la misma materia.

Pero Cervantes no era ese sér aislado; ese hongo solitario que sin familia vejeta en la umbría.

Cervantes, sin más cuidados que los de sí mismo, hubiera sido invulnerable. Sin más desventuras que las suyas propias, no hubiera podido ser desventurado.

Su desgracia, y su desgracia horrible, era la de los séres que amaba.

Cervantes, salva una excepcion, habia vivido siempre muy poco para sí mismo, y todo entero para los demás.

Para la patria en la guerra.

Para la caridad en el cautiverio.

Para el sufrimiento más que para el placer en el amor.

En su edad madura, para su familia.

En lo único en que, por excepcion, habia vivido para sí y para los demás, habia sido en su trato con las musas.

Pero este trato se habia hecho penoso, cuando se habia lanzado á las musas, no para solazarse y recrearse con sus favores, sino para venderlos.

Así y todo, las musas eran generosas, y le otorgaban enamoradas sus favores, aun que sabian bien que iban á ser envilecidos por una compra venta.

Y ¿qué hacer?

El pobre no tenia otros amigos ni otros valedores que ellas, que eran bien pobres, siendo tan ricas, cuando salian al mercado.

A pesar de que se prostituian, no encontraban quien avalorase dignamente su incomparable belleza.

Andaban las pobres de tienda en tienda, proponiéndose y sufriendo el regateo, y alegrándose al fin cuando en algo las apreciaron, porque al fin, con su mal pagado esclavaje, su protejido alimentaba mal que bien á su familia, á aquellas cuatro mujeres que eran cuatro pedazos de su alma.

¡Cuántas veces caian lágrimas sobre el papel en que Cervantes vertia los tesoros de su alto é inagotable ingenio!...

Era la alta noche.

Zumbaba el viento en la calleja.

Caia pesada, acompasada, monótona, la lluvia.

Hacia frio.

El pobre rescoldo que habian puesto debajo de la mesa, se habia extinguido.

Cervantes habia envuelto sus piernas en su capa vieja.

El aceite del velon se consumia.

Su luz era ya túrbia.

Allá sobre una pobre mesa, contra la pared que fué un tiempo blanca, llena ahora de desconchados y de resquebrajaduras que representaban caprichosas formas fantásticas, agonizaba otra luz.

La luz del Santísimo, que la piedad de las mujeres mantenia, para que la providencia de Dios protegiese á su Miguel, le alentase, le fortificase, le inspirase.

La horfandad horrible, la soledad entre la multitud, la agonía en medio de la vida, sin otro consuelo, sin otra esperanza que Dios.

Siempre en el límite de la pendiente.

Siempre en el borde del abismo.

Siempre con el terror en el alma.

Siempre sostenidos por un milagro.

A veces, y al mismo tiempo que una ráfaga de viento parecia remedar un siniestro gemido fantástico, espantable, como proveniente de algun espíritu apenado, dolorido, y arrastrado por la tempestad, sonaba un gemido dulce, triste, apenado, representando la amargura de un alma tierna, lanzado en sueños, que provenia allá de una alcoba.

Cervantes se estremecia, se sobresaltaba, dejaba la pluma, entraba silenciosamente en la pequeña alcoba, y entre la penumbra, sus ojos de padre veian en el bello y apenado semblante de su pobre hija dormida, la pena y el desconsuelo del corazon y la ansiedad de la esperanza, de una esperanza vaga y dolorosa:

—¡Ama! decia el desventurado padre: ¡ama y sufre!... ¿pero á quién ama?

Y habia algo de rugido en aquellas sordas palabras que se exhalaban airadas del alma desolada de Cervantes.

Porque él no podia comprender sin cólera, que su hija amase, y su amor no fuese correspondido.

Cervantes no podia ver sin furor que á su hija la robaban la vida, y que él no podia impedir el robo.

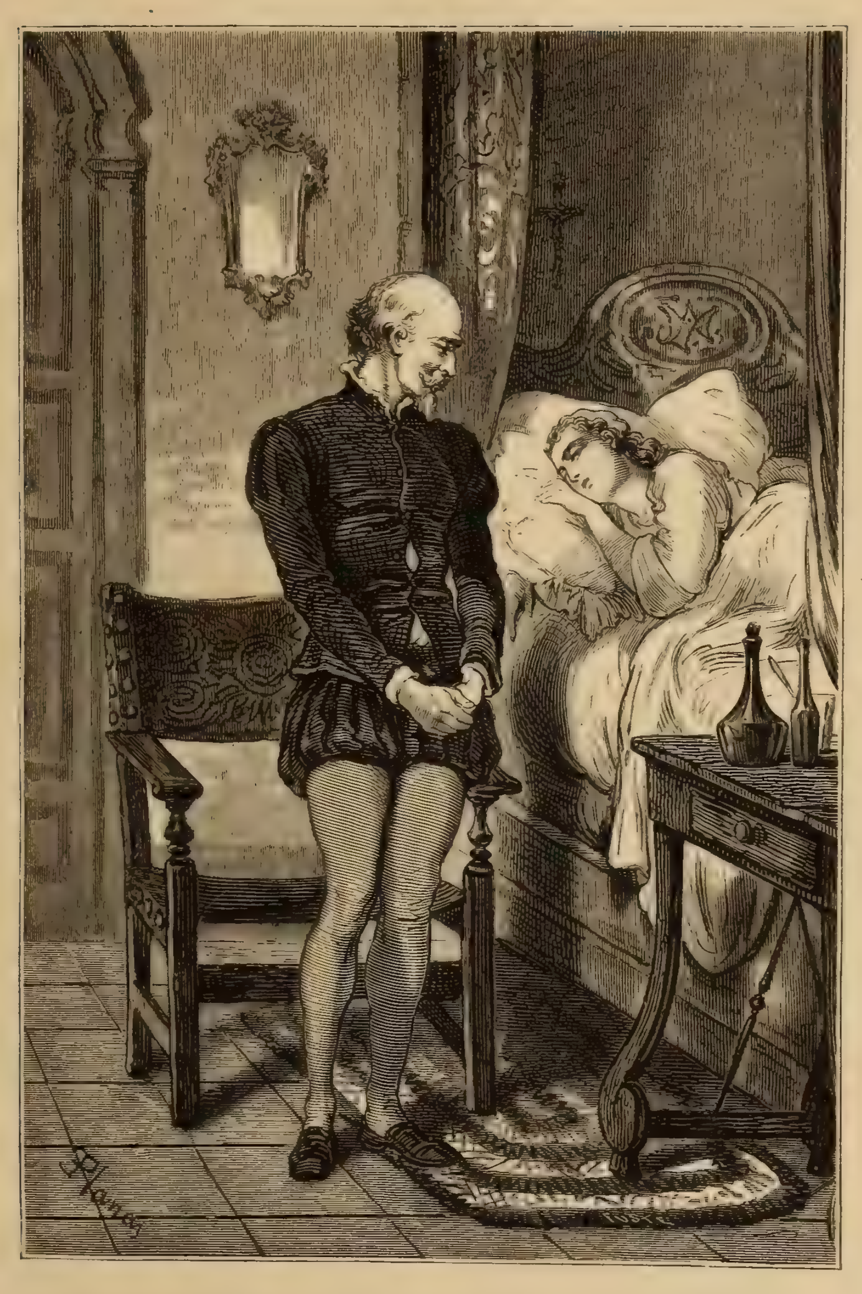
Y más de una vez, en situaciones semejantes, Cervantes escuchaba, escuchaba esperando saliese á los sonrosados labios de su hija, deseándolo, el nombre del hombre por ella amado.

Y nunca, nunca el sueño habia hecho traicion á Isabel.

Cervantes, suspirando, sufriendo lo que no es posible expresar, se separaba del pobre lecho de Isabel.

Volvia á su *Pérsiles*.

Sus lágrimas borraban con mucha frecuencia las palabras que escribia, y continuaba hasta que se extinguia la luz, que esto sucedia más de una vez, ó



—Ama, decia el desventurado padre; ama y sufre... pero ¿á quién ama?...



cuando le rendia el cansancio; entónces se iba á su pobre lecho, no para encontrar el reposo en el sueño, sino un nuevo tormento en la vigilia.

El pan para el dia siguiente.

El desempeño de este ó el otro negocio de que estaba encargado.

El sufrimiento misterioso de Isabel.

Su porvenir.

Su desesperacion al ver que, ya viejo y cansado, no habia logrado asegurar ni un ruin porvenir á los suyos.

El dolor agudo que le desgarraba las entrañas, por su esposa, por sus hermanas, y sobre todo, por su hija, admirables criaturas que se encorvaban resignadas y valientes bajo el trabajo, que jamás se quejaban, que siempre sonreian, que se mostraban siempre preparadas á todo con el valor inconmensurable de la resignacion: sufriendo las ya avanzadas en edad, padecimientos que no podian atenuarse con el cuidado, pues para los cuidados se necesita dinero, y era feliz el dia en que á lo ménos no babia escaseado el pan.

Y ella, Isabel, en la flor de su edad, hermosa, dotada de un gran sentimiento, de un sentimiento tal vez exagerado, trabajada ya por las privaciones de todo género, oscurecida entre la multitud, ignorante de todo contento, cariñosa, dulce, resignada, valiente.

¡Poder de Dios, que para un hombre tal como Cervantes, el sufrimiento de esto debia ser horrible!

¿Por qué él, dotado por Dios de un entendimiento rarísimo, él, una de esas criaturas que muy de tarde en tarde aparecen en la vida para honrar á la humanidad, habia de sufrir una tal amargura, una tal humillacion de la impotencia por las desventuras de su hija, en tanto que tanto y tanto pícaro ilustre gastaba á torrentes el oro para acrecer la soberbia y los vicios de sus torpes hijas, dignas de ellos?

¿Por qué esta inmerecida sentencia de muerte?

¿Por qué estas injusticias de la fortuna?

Cervantes sentia que la cabeza le estallaba, y procurando alejar de sí sus tristísimos pensamientos, recogíase para alcanzar un poco de reposo, necesario á quien poco despues de amanecer debia consagrarse á agenciar negocios ajenos por un mezquino salario, y no conseguia el reposo, sino que por el contrario, su imaginacion se exasperaba más y más, y más y más le combatia.

Del mucho cavilar y del poco dormir, Cervantes debia perder el juicio como don Quijote.

Sin embargo, su fuertísima organizacion resistia.

Aquello era maravilloso.

Cervantes temia caer para no levantarse más, á cada momento.

Tenia algunos conocimientos en medicina y veia que su vida se amenguaba.

Miraba hácia atrás y se encontraba con una larga vida gastada en el sufrimiento.

Miraba dentro de sí, y se sentia grande entre los grandes.

Sin embargo, aquella grandeza de su ingenio, de nada le habia servido en cuanto á la fortuna.

Cervantes, con todos sus merecimientos, se encontraba pobre entre los pobres, pequeño entre los pequeños.

Como todavía no habia publicado su don Quijote, aun que ya tenia escrita su primera parte, y se habian asombrado los libreros y los amigos á quienes la habia leido, no se estimaba en gran manera á Cervantes como autor, y se le tenia en la línea de tanto y tanto como en aquel siglo de oro de la literatura española, formaba en letras la masa general.

Sin el Quijote, Cervantes se hubiera quedado, como novelista, confundido, aun que aventajándoles, con los otros novelistas de su tiempo.

El gran nombre de Cervantes está en la felicidad de un pensamiento.

Alonso Quijano y Aldonza Lorenzo habian sido para él una fortuna.

La Mancha se habia convertido en el escenario de su gloria.

¡Con cuántas penas, entre cuánta miseria se habia escrito aquel admirable libro, aquel libro incomparable!

¡Cuánto con su loco habia entretenido sus desesperaciones el pobre Cervantes!

¡Cuánto se habia consolado con él, de las injusticias de los hombres, y de la riqueza, de la fortuna!

¡Y cuán admirable es, conociendo las desgracias de Cervantes, y las duras pruebas á que se veia sujeto, la serenidad, la facilidad, la lozanía, la frescura del relato, el gracejo retozando siempre, la alegre musa siempre sonriendo!

¡Cuánta resignacion y cuánta grandeza á la par!

Logró, al fin, Cervantes, despues de una larga espera, las licencias necesarias, indispensables para la impresion de su libro.

Logró que se lo pagase un librero, aun que en un precio mezquino.

Sin embargo, Cervantes pudo echar una cana al aire, pagar algunas deudas, dar una vuelta á su casa, respirar algun tiempo, alentar una esperanza.

Don Quijote habia causado una gran revolucion.

Se vendia muy bien.

Como hasta entónces no se habia vendido ningun libro.

Se hablaba de él en todas partes.

En cuanto á los hombres de letras, los unos, justos y vencidos y convencidos, encontraban admirable el libro: envidiosos otros, y á causa de su envidia que les enturbiaba el entendimiento, decian que don Quijote era una detestable sarta de sátiras.

Se encontraban los diversos juicios.

Reñian las opuestas ideas.

En cuanto al público severo, se encantaba.

Cervantes crecia.

Cervantes se sentia fuerte.

Su loco peleaba con él y metia su lanzon en todas partes, venciéndolo todo.

El libro habia saltado por encima de los Pirineos, y se habia hecho traducir acá y allá.

Los extranjeros que venian á la corte, y que el libro habian leido, preguntaban quién era su autor, dónde vivia, y querian conocerle.

Cuando le conocian, se asombraban de ver tan pobre á quien tan rica habia hecho á la patria con su ingenio, y sobre todo, de encontrar viejo al autor de un libro de que rebosa una tan fresca y tan lozana inspiracion.

Cervantes habia entrado en un período de esperanza, y por consecuencia, de consuelo.

Habian vuelto para él, con las caricias de la gloria, las ilusiones de la juventud.

—Yo trabajaré, pensaba, y será rica mi hija.

Siempre Isabel su eterno pensamiento.

Y luego añadia:

—Descansará Catalina; descansarán Andrea y Magdalena.

Y se afanaba, velaba, se esforzaba meditando y escribiendo sus *Ejemplares*, y sin dejar por esto los versos, á que era muy aficionado, aun que como él mismo lo reconocia, eran duros y malos generalmente, y no campeaba en ellos su pensamiento con el mismo vigor, con la misma admirable verdad, con el mismo gracejo, con la misma discrecion, con la misma facilidad que en la prosa.

Cervantes, con la reputacion que le habia alcanzado su don Quijote, habia logrado la facilidad de vender sus trabajos.

Habia mejorado bastante su situacion.

Todos los dias se ponia al fuego la olla podrida.

Se vestia decentemente.

Las pobres mujeres de la familia trabajaban ménos.

Pero ¿qué importaba esto para Cervantes, si aquel mejoramiento de posicion no habia podido librar á Isabel, á su pobre hija, de la melancolía que la devoraba?

Aquella melancolía era de amores.

Esto no podia ocultarse á la perspicaz sagacidad de Cervantes.

¿Pero quién era el objeto de aquel amor?

Isabel guardaba su secreto.

Por más que su padre observaba, nada descubria.

Isabel vivia como siempre, salva su tristeza.

En la casa entraban muy pocos hombres amigos de su padre, ó de su clientela como hombre de negocios.

Ninguno de aquellos hombres era el objeto del amor de Isabel.

Ella no se acercaba jamás á las ventanas

En la calle nadie rondaba.

Nunca una enamorada cancion habia turbado el silencio de la noche.

Cervantes, que por un pudor paternal harto comprensible, no podia interrogar á su hija acerca de sus sufrimientos, habia encargado esto á su mujer, á su hermana, á Magdalena.

Pero ni las solicitudes, ni las insinuaciones de aquellas tres buenas mujeres obtuvieron resultado alguno.

Isabel guardaba profundamente su secreto.

Y entre tanto se consumia.

Cervantes se amargaba y se desesperaba.

Sentia con el corazon de su hija.

Sufria no sabemos qué insoportables tormentos.

Se asustaba.

Temia por la salud, por la vida de Isabel.

Y aguzaba los ojos, la inteligencia, para ver, para adivinar.

Y nada veia, nada adivinaba.

Llegó al fin á creer que aquella melancolía no era de amor, sino de la necesidad del amor.

Isabel tenia ya veinte años.

CAPÍTULO V.

De cómo don Gaspar de Ezpeleta conoció á Isabel de Cervantes.

Cervantes vivia entónces con su familia en Valladolid, donde estaba la corte, en una vieja casa, inmediata al puente de madera del Esgueva.

Era una callejuela estrecha y tortuosa, cuyas encrucijadas, tristes de dia, eran salvajes y aparecian siniestras de noche.

Frente á la casa en que Cervantes habitaba, en una esquina vieja y resquebrajada, á una altura como de tres varas, en un nicho, bajo un tejadillo de tablas resecadas y enmohecidas por el tiempo, habia un sombrío Ecce-Homo, que alumbraban de noche dos farolillos.

Para encender estos farolillos, para cuidar de ellos, se habria una puerta que estaba detrás del Ecce-Homo, y pintada de negro, para que la imágen resaltara.

Cuando se abrian las dos hojas, el Ecce-Homo aparecia como asomado á una ventana.

Cuando las hojas se cerraban, el grueso de la pared, que era enorme, y el negro color, hacia que apareciese detrás de la imágen algo misterioso y sombrío como la eternidad.

La casa en cuya esquina, sobre una encrucijada, se veia el nicho, estaba generalmente cerrada.

Era muy grande.

Sus ventanas, tanto en el piso bajo como en el principal, estaban defendidas por grandes rejas de hierro.

Sólo sobre la puerta habia un balcon.

Sobre este balcon, coronando un frontispicio del gusto del Renacimiento, habia un grande escudo de armas del apellido Maldonado.

La familia representante de este apellido, se habia reducido, acabando en parte, en una anciana señora viuda, que vivia en la antigua casa solar, completamente reclusa.

Los vecinos no habian logrado verla las narices.

No salia jamás á la calle, ni aun á las ventanas.

Para cumplir sus deberes religiosos, tenia en la casa oratorio.

Todos los dias entraba un anciano sacerdote á hora muy temprana, y salia á la noche.

Una esclava negra, dos criadas y tres criados, todos viejos, y que se dejaban ver muy poco, servian á doña Elvira Suarez de Maldonado.

Por la parte de la callejuela no se abria la casa.

Estaba contínuamente cerrada.

Al revolver la esquina, á la izquierda, siguiendo por la orilla del Esgueva, defendida por un pretil, se encontraba la tápia de un jardin, sobre la cual descollaban altos y copudos árboles.

En esta tápia, cerca de la casa, habia un portalon alto entre dos machones de piedra.

Sobre el dintel corria un tejadillo.

Por este portalon se entraba á un patio destartalado, empedrado, cubierto de yerba, salvo sobre un sendero, que describiendo un cuarto de círculo, nacia en el portalon, y moria al pié de la mohosa escalinata del peristilo.

La fachada de la casa, por la parte del patio, era de piedra, y bastante rica.

Sus ornamentaciones acusaban el gusto de Berruguete.

Eran originales, severas, bravas, con algo de sabor gótico, aunque dentro de la escuela del Renacimiento, como todas las obras de aquel grande escultor.

En esta fachada habia ventanas sin rejas en el piso bajo.

En el superior balcones.

Corria encima una galería de arquetes, interrumpida por machones, con cartelas y vichas, y sobre ésta un bello cornisamento, y un alto tejado con lucernas ornamentadas.

Daba en los ojos la nobleza y la grandeza de los que aquella casa habian edificado, echando aquel remiendo en lo nuevo, representado por aquella fachada interior, á aquella vieja casa, que por la parte de la callejuela pertenecia al gusto gótico del siglo XIV.

En este patio, á la izquierda del portalon, habia una extensa portería, otra casa, por decirlo así, aun que sólo de piso bajo.

Aquí habitaban los tres criados.

Uno de ellos, de gran librea siempre, llenaba rigidamente las funciones de portero.

Al fondo del patio se veian los portalones de dos grandes cocheras, y la puerta de la caballeriza.

Tres carrozas se resecaban y se agrietaban olvidadas en las cocheras.

La caballeriza estaba desierta.

La reclusion de doña Elvira Suarez de Maldonado hacia inútiles los carruajes.

Nadie entraba ni salia de esta especie de casa-convento, más que el capellan del oratorio, al mismo tiempo confesor de la señora, y de tiempo en tiempo un jóven gentilhombre como de veinticuatro á veintiseis años; sobrino lejano del difunto marido de doña Elvira.

Este caballero se llamaba don Gaspar de Ezpeleta.

Era navarro.

Pertenecia á la órden militar de la caballería de Santiago.

Era gentilhombre del rey Felipe III, que ya habia sucedido á su padre.

Don Gaspar estaba en Valladolid siguiendo á la corte.

Era presuntuoso, vano, muy lleno de sí mismo, y dado á justas, bizarrías, pendencias y galanteos.

Era disipado, y habia quemado, por decirlo así, en muy poco tiempo, la pingüe fortuna que habia heredado de sus padres.

Manteníase de su sueldo de gentilhombre y del juego; pero como esto no bastaba para sus locos gastos, amparábase de su tia.

Doña Elvira era riquísima.

Pero era tambien avara.

Cada exaccion á su buena tia le costaba infinidad de caricias y un sin número de zalamerías á don Gaspar.

La vieja acababa por aflojar los cordones de su bolsa.

Don Gaspar no volvia á visitar á su tia sino cuando el dinero le habia abandonado.

Un dia, ó por mejor decir, una tarde en que don Gaspar, con el bolsillo vacío, habia acudido á su tia, la encontró muy enferma en el lecho.

Contrarió esto extraordinariamente á don Gaspar.

No era el momento más oportuno para dar una sangría á la bolsa de la avara señora.

De lo que más se quejó doña Elvira con su sobrino, no fué ciertamente de los sufrimientos de la enfermedad, sino de que esta la impedia ir á encender por sí misma, como lo hacia siempre por devocion, los dos faroles del Ecce-Homo de que ya hemos hablado.

Oscurecia.

Don Gaspar aprovechó esta ocasion para obligar á su anciana tia, que se lastimaba de que unas serviles manos de criados fuesen á encender las luces del sagrado Ecce-Homo.

Era como si una única vestal se hubiera visto imposibilitada de mantener vivo el fuego sagrado de la Diosa.

Ofrecióse don Gaspar.

Agradecióselo mucho doña Elvira.

Y hé aquí á don Gaspar, remangados los encajes de su justillo, con una aceitera en una mano, y una lámpara encendida y unas despabiladeras en la otra, abriendo la ventana que formaba el fondo del nicho del Ecce-Homo, visto desde la calle, y sacando del uno de los faroles una candileja.

Una de las ventanas del cuarto en que con su familia vivia Cervantes, caia frente por frente del nicho, á la misma altura, y á tan poca distancia, por lo estrecho de la callejuela, que una persona puesta en la ventana, á poco que extendiera el brazo y avanzase el cuerpo, podia dar la mano á otra que estuviera por la parte de adentro del nicho.

Aquella ventana correspondia al dormitorio de Isabel.

En el momento en que don Gaspar empezaba su tarea de encender los faroles, se oyó en el fondo de la calleja el sonido de una campanilla.

Pasaba el Viático.

Se abrieron, acá y allá, ventanas.

Asomaron luces para alumbrar al Santísimo.

Entre las ventanas que se abrieron, fué una la del dormitorio de Isabel.

Don Gaspar no pudo ménos de reparar en ella.

Estaba arrodillada, y con el velon en la mano.

La luz reflejaba de lleno en su hermoso, tranquilo y lánguido semblante.

Conmovida con la presencia del Santísimo, Isabel aparecia mucho más hermosa.

Se asemejaba cuanto era posible, en lo humano, á un arcángel en adoracion.

El viento, que no era bastante para apagar la luz, la hacia oscilar, lo que daba un movimiento que producia un efecto fantástico al claro-oscuro de la cabeza, de la garganta y de los hombros de Isabel.

Agitaba, además, sus sedosos cabellos rubios.

Para don Gaspar aquella era la aparicion más tentadora que podia darse.

Isabel no le veia.

No podia verle.

Le ocultaba el Ecce-Homo.

Además de esto, la hermosa jóven, por su piedad, por su fé, se anegaba entónces completamente en la adoracion á Dios.

Lágrimas de emocion surcaban sus blancas mejillas, siempre pálidas, bellamente enrojecidas entónces por el reflejo de la luz.

Aquella vision tentadora sólo duró algunos instantes.

Pasó el Viático.

Se levantó Isabel dejando ver su esbeltez.

Retiróse de la ventana.

La cerró.

Pero aun que la vision habia cesado, el encanto continuaba para don Gaspar.

El Viático debia volver por el mismo sitio.

Cuando volviera, la ventana se abriria de nuevo.

Apareceria otra vez Isabel.

Esperó don Gaspar.

Miéntras esperó, tuvo tiempo bastante de encender los faroles.

Sonó al fin la campanilla.

Se abrió la ventana.

Apareció Isabel con el velon en la mano.

Pero no apareció sola.

Tras ella se veia la severa figura de Cervantes.

Con la vista de este último, don Gaspar se sintió contrariado.

Le conocia.

Le habia visto muchas veces en Madrid, ya en esta, ya en la otra academia literaria.

Habia conversado con él.

Habia sometido á su exámen algunas pequeñas composiciones.

Don Gaspar hacia tambien versos.

Malos, en verdad.

Pero versos, en fin.

Cervantes habia sido muy indulgente con aquel aficionado, y le habia dado muy buenos consejos.

Se habia hecho, pues, un buen conocimiento entre Cervantes y don Gaspar.

Conocia, pues, éste á Cervantes.

Sabia que era hombre de muy mal genio.

Que aunque viejo, no habia perdido su vigor.

No se habia enfriado su sangre.

Que tardaba en tirar de la espada, únicamente el tiempo que tardaba en sentir la más leve provocacion.

La hermosa rubia debia ser su hija.

Esto era una grande contrariedad.

Don Gaspar se habia enamorado.

Habia contraido un empeño.

Pero tratándose de una hija de Cervantes era necesario andarse con piés de plomo.

Pasó el Viático.

Se retiraron Cervantes y su hija.

Se cerró la ventana.

Don Gaspar, por su parte, cerró las dos hojas del nicho y se retiró suspirando.

Llevaba ardiendo en la memoria la imágen de Isabel.

Era necesario ponerse en conquista, y meditar la manera.

Un hombre honrado hubiera encontrado el camino fácil.

Se hubiera presentado á Cervantes y le hubiera hablado noble y lealmente.

Pero don Gaspar no podia pensar en casarse con la hija de un pobre diablo de hidalgo que casi agonizaba de miseria.

La corrupcion, el vicio, la infamia, acechaban ya á la pobre Isabel.

CAPÍTULO VI.

Del daño que pudo hacer en el alma de una doncella la primera sensacion misteriosa del amor.

El dia siguiente era domingo.

Don Gaspar se fué desde muy temprano á la iglesia.

Se habia informado de un tendero que habia en la misma callejuela del Esgueva, y que sólo por la gran facha de caballero de don Gaspar, se habia mostrado de todo punto propicio á servirle.

Don Gaspar, que, como hemos dicho, conocia á Cervantes, y que por irreverente que para todo fuese no habia podido ménos de reconocer y de respetar el grande ingenio que en Cervantes resplandecia, sabia que era pobre.

Pero no le habia tratado de cerca, y no sabia, ni podia suponerlo, que un hombre tal fuese mucho ménos que pobre; esto es: que estuviese sujeto á un afan contínuo; sumido, en una palabra, en la miseria.

Pero los tenderos vienen á ser los secretarios de la vecindad.

Saben hasta dónde alcanza la fuerza del resuello de todos los vecinos.

Cervantes debia.

Debia siempre.

Jamás se extinguia la deuda.

A veces se iba muy tarde por el pan, por los huevos, por el aceite, por los pobres componentes de un potaje.

Habia sucedido alguna vez que el dia se pasase en blanco.

La miseria se sufria con resignacion, y lo que era más, con altivez, con soberbia.

El señor Miguel de Cervantes no daba el brazo á torcer.

Su familia, compuesta de pobres mujeres, era tan altiva como él.

En la casa no entraba nadie más que unos pocos amigos, y los que encargaban la gestion de sus negocios á Cervantes.

Se guardaba un rígido decoro.

Rara vez aquellas pobres señoras salian á la calle, como no fuera para ir á la iglesia.

No tenian más amiga que su vecina Doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estéban de Garibay, que con sus dos hijos vivia en la misma casa que Cervantes, en el mismo piso, en el cuarto inmediato.

Serviales desde hacia mucho tiempo una criada que se llamaba María de Ceballos.

En fin: esta familia, á pesar del afan y de la miseria en que vivian, se hacian respetables por la honestidad y por la hidalguía, de que daban claras muestras en su trato y costumbres.

Supo así mismo don Gaspar, que los dias de misa, iba toda esta familia muy temprano á la iglesia, á excepcion del señor Miguel de Cervantes, que por pasar la gran parte de la noche en vela, con sus trabajos literarios, y por andar algo enfermo, y estar más necesitado de descanso, más tarde se levantaba, particularmente los dias de fiesta; pero nunca tan tarde que se quedase sin oir misa.

Alentó grandes esperanzas don Gaspar, en quien, la noche que habia pasado desde el punto en que de una manera tan fantástica, como ya lo hemos dicho, conoció á Isabel, habia ya engendrado, con sus desvelos y con sus insómnios, una pasion voracísima, por las noticias que de la familia de Cervantes se le habian dado; que la pobreza suele ser una grande favorecedora de los amores de los hombres corrompidos y libertinos.

Don Gaspar, valiéndose de la influencia que en la corte tenia, podia favorecer á Cervantes, procurarle un oficio digno de su buena é hidalga sangre, y que de miserias le sacase, y captarse de este modo su amistad, abriéndose con ella las puertas de la casa á que queria llevar la deshonra, acercarse de esta manera á doña Isabel, y acometer la empresa de su seduccion.

La del alba seria, como dice Cervantes al empezar uno de los capítulos del Quijote, cuando don Gaspar, que una hora ántes se habia levantado para aliñarse y pulirse, y añadir á sus ventajas naturales el socorro de las galas, se fué á la iglesia que acababa de abrirse, y cuando ya habia sonado el primer toque de misa.

Segun los informes que el tendero de la esquina le habia dado la noche anterior, á esta primera misa era á la que acudian las señoras de la casa de Cervantes, y no debian tardar.

En efecto: apénas habia resonado el segundo toque, cuando se alzó la pesada mampara de la cancela del lado de la pila del agua bendita, junto á la cual estaba esperando don Gaspar, y asomó la severa y venerable cabeza de doña Andrea.

Esta señora vestia severamente de negro.

Conservaba aun algunos rasgos, no de belleza, que nunca la tuvo, sino de gracia.

La expresion de su semblante era una dulce melancolía.

Habia sufrido mucho.

La muerte de su primer marido la habia dejado un vacío en el alma, que sus otros dos maridos no habian podido llenar.

Si de su primer matrimonio no le hubiera quedado un pedazo del corazon, su hija doña Constanza, que ya contaba veintiocho años, doña Andrea no hubiera vuelto á casarse; se hubiera hecho monja como su hermana Luisa.

Pero Constanza la retenia en el mundo.

Habian llovido desgracias sobre desgracias en la familia.

La débil hacienda, que se habia gastado en su mayor parte para rescatar á Miguel y á Rodrigo, se habia ido disminuyendo rápidamente.

A doña Andrea le habia dejado muy poco su primer marido.

Ella venia á ser, más que una ayuda, un gravámen para la familia.

Por consecuencia, doña Andrea volvió á casarse.

Enviudó por segunda vez.

Quedó más pobre que la primera, y por tercera vez se casó, enviudando de nuevo cuando ya era de edad avanzada.

No habia sentido amor por sus dos últimos maridos, pero sí respeto y cariño.

Habia apurado el dolor junto á cinco lechos de muerte.

Los de sus padres.

Los de sus maridos.

Su alma se habia depurado en el infortunio, y habia adquirido la incontrastable fuerza de la resignacion en la voluntad de Dios.

Esta resignacion era la que daba á su semblante aquella dulce, aquella poética melancolía.

Entró tras doña Andrea la esposa de Cervantes, doña Catalina, ya tambien de edad avanzada, tambien dulcemente simpática por su expresion, producida en ella, como en su cuñada, por la costumbre del infortunio, si se nos permite esta frase.

Seguia Magdalena, la pobre mártir, la del amor puro, que se habia trocado desde el casamiento de Cervantes, en una dulce fraternidad; la víctima expiatoria de los pecados de sus padres; la pobre mujer que habia encontrado una nueva familia en la familia de Cervantes; la buena y noble compañera á quien Cervantes y su mujer y su hermana llamaban hermana, así como la llamaban madre Isabel y Constanza.

Seguian estas dos últimas, hermosas, candorosas, modestas, muy jóven doña Constanza, á pesar de sus veintiocho años: casi una niña Isabel, aunque ya habia cumplido los veinte.

Cerraba, en fin, la marcha, frescota, rolliza, colorada, alegre, graciosa, con sus veinticinco años y la mirada dulce, riente y traviesa, aun que honesta, la doméstica María de Ceballos.

Habia, por aquellos tiempos, una gran licencia en los hombres.

Lo respetable del lugar no impedia llevaran sus licencias á la iglesia.

En las misas que se decian ya bien entrado el dia, particularmente en la misa mayor, los libertinos, jóvenes y viejos, se agolpaban á las puertas de la iglesia para ver entrar á las damas, y rodeaban la pila para servirlas á porfía el agua bendita.

Con mucha frecuencia una doncella problemática, al volver la cabeza la madre ó la tia, el primo, el tutor ó el hermano, en vez de recibir el agua bendita recibia un billete, que era contestado y entregado aquel mismo dia en vísperas, junto á la misma pila del agua bendita.

Como en la familia habia dos jóvenes, y que á más del atractivo de la juventud tenian el de la hermosura, no se las llevaba á misa más que por la mañana al rayar el dia; hora en que los aficionados á las conquistas de iglesia estaban en lo mejor de su sueño.

Sorprendióse, pues, doña Andrea, que participaba de la sagacidad de su hermano y de su buen golpe de vista, al ver que junto á la pila del agua bendita, á una tal hora, y cuidadosa, minuciosa, delicadamente engalanado, habia un jóven y hermoso caballero, con un fuerte olor á nobilísimo y á rico y á cortesano, que la ofrecia con una gran mesura, un gran comedimiento, con cortesía, en fin, extremada, agua bendita.

Tomóla por cortesía doña Andrea.

Pero recelosa detúvose junto á la pila, y fué dando agua á su cuñada, á Magdalena, á su sobrina y á su hija.

Sin embargo, el audaz don Gaspar, que debió conocer que le habian conocido y que debió retirarse, permaneció allí.

Involuntariamente le vió Isabel.

Ó tal vez la candente mirada que don Gaspar fijaba en ella, atrajo la suya.

Isabel se estremeció.

Sintió algo que no habia sentido jamás.

Algo que la acongojaba y que á la par la llenaba de una alegría misteriosa.

Habia sentido en el alma el primer beso del amor; se habia conmovido; pero inocente, no habia podido explicarse la causa de su emocion.

Ni aun habia sentido la necesidad de explicársela.

Esto debia llegar más tarde.

Doña Andrea, aturdida por el recelo instintivo que le habia causado la presencia de don Gaspar, y su audaz é inmotivada aproximacion, no habia reparado en la turbacion de Isabel.

Esto habia pasado desapercibido para todos, ménos para don Gaspar, que la habia absorvido, y para la traviesa María de Ceballos, que la habia observado.

Pasó aquella numerosa familia que don Gaspar debia haber respetado, y fué á arrodillarse cerca del presbiterio.

Don Gaspar, que habia reparado en el recelo con que doña Andrea le habia mirado, se esquivó.

Fué prudente.

Pero intencionalmente prudente.

Abandonó la iglesia.

En la emocion que la inocente Isabel no habia ocultado ni pensado en ocultar habia conocido que, sin saberlo, se le aceptaba.

El primer paso habia dado un gran resultado.

El resultado debia ser mucho mejor no prodigándose.

Alejóse, pues, de la iglesia.

Esta extratajema, esta retirada en falso, produjo su efecto necesario.

Acabada la misa, mucho ántes de llegar á la pila del agua bendita, la tímida mirada de Isabel habia buscado á don Gaspar.

No le habia visto, y se la habia apretado el corazon.

Por la primera vez de su vida, Isabel habia oido con una gran distraccion la misa.

No se apartaba de su memoria la candente mirada de don Gaspar, que un sólo momento terrible habia abarcado la belleza de Isabel.

Aquella mirada la fascinaba.

Habia visto en ella un ángel misterioso, con el cual hacia ya mucho tiempo que soñaba.

Habia querido volver su atencion al santo sacrificio.

Habia querido rezar.

La mirada de don Gaspar, que la quemaba aun el alma, la apartaba de la misa.

La oracion se negaba á su piedad y aun á su memoria.

Isabel habia encontrado en don Gaspar su destino, y sin comprender lo terrible de la lucha, empezaba á luchar con él.

Muy contrariamente á Isabel, doña Andrea se alegró cuando vió que el audaz mancebo no parecia.

—Vamos, dijo: he recelado demasiado: ese caballero no venia por nuestra pequeña: si así hubiera sido, hubiera esperado: tal vez otra aventura de que yo no he podido apercibirme... pero, Señor, ¿por qué esas gentes han de traer sus aventuras á la iglesia, y por qué el Señor permite que haya quien dé en un tal, y tan grande, y tan imperdonable pecado mortal?

Y despues de esto, doña Andrea se tranquilizó.

En cuanto á Isabel se la oprimió más y más el corazon cuando vió que tampoco fuera de la iglesia estaba don Gaspar.

Si habia de desaparecer, ¿para qué la habia mirado de aquella manera?

Pero Isabel, como todos los de la familia, habia templado su alma en el infortunio.

Habia sublimado su natural fuerza de voluntad.

Disimuló, y guardó en el fondo de su alma su amor.

CAPÍTULO VII.

De cómo don Gaspar de Ezpeleta empezó á plantar sus baterías contra la honra y la quietud de Cervantes.

Don Gaspar se habia ido á otra parte á continuar sus maniobras.

Habia dado un rodeo, y se habia zambullido en la lóbrega tienda de comestibles de Melchor Marmolejo, que en la misma callejuela del Esgueva, y á muy poca distancia de la casa de Cervantes estaba.

Alegróse el tendero cuando vió al rico mancebo.

Le habia dado en la nariz el olor de un enredo, del que esperaba sacar un no mezquino provecho.

Habia comprendido, por lo que la noche anterior le habia dicho y preguntado é inquirido don Gaspar, que estaba enamorado, y de veras, de la hija del señor Miguel de Cervantes.

¿Y por qué no ayudar á que esta bella y virtuosa jóven tuviese un buen marido, tanto más si el que tales pretensiones tenia (el señor Marmolejo era muy moralista, aun que no fuese muy moral, y no podia suponer en don Gaspar malas intenciones), era un señor jóven, honrado y rico?

Empezó don Gaspar por meterse en la trastienda, sin pedir para ello licencia al señor Marmolejo, que no se ofendió, sino que lo tuvo á mucha honra, y una vez dentro pidió una botella de vino y mantecadas, é invitó al tendero á que le acompañara, y aun extendió la invitacion á una blanca y pelinegra y ojinegra, hija doncella que el tendero tenia, y que habia asomado ya tres veces la nariz á la puerta del fondo de la trastienda.

Alegróse, más el tendero, y llamó á Clara, que se acercó toda turbada y toda medrosica, y se sentó á medias en un taburete, quedándose con los ojos bajos.

El tendero se habia avispado.

Habia pasado sus buenas intenciones de la hija de Cervantes á su hija propia.

¿Por qué creer imposible que aquel noble caballero se prendase de tal manera de la hermosa Clara, (lo era en efecto la doncella), y apechugase con el aceite y el vinagre, y el tocino, y las morcillas, y el vino y el abadejo, *et cæteraque;* comestibles que venian á ser el blason de la familia tendera, desde tiempo inmemorial?

Todo se reducia á tener cuidado, ante la posibilidad de que aquel señor viniese con malas intenciones.

Empezó á cuidar de su hija, era viudo, dejándola sola con don Gaspar, para ir á buscar á la tienda lo que don Gaspar habia pedido.

Empezó el señor por tomar la barbilla á la moza, á lo que ésta contestó dando una huida tímida, por falta, sin duda, de costumbre, poniéndose muy colorada y mirando con un dulce asombro á don Gaspar.

Éste se avispó.

Parecióle una excelente *hors d' œuvre* (ordubra, como diríamos hoy), la Clarita, para hacer boca para el otro más suculento manjar que él ambicionaba en Isabel.

El tendero tardaba.

Don Gaspar cogió una mano á Clara y se la besó.

La muchacha hizo un esfuerzo, pero con poca fuerza, y se agitó por una emocion violenta.

Don Gaspar estrechó la distancia y la abrazó.

Esto era ya demasiado, y Clarita, apartando vivamente su mejilla izquierda de los audaces labios de don Gaspar le dijo:

—Haceos allá, caballero, si no quereis que crea que sois torpe, y que me juzgais una muchacha cualquiera, á la que sin peligro se la puede ofender: reportaos, ó llamo á mi padre.

Esto fué un incentivo más para don Gaspar.

Habia encontrado un extraño ejemplar del género á que era más aficionado.

Soltó á Clara.

Ésta procuró recobrar la tranquilidad.

Sobrevino el padre, y puso sobre la mesa una botella de Cariñena, tres copas, dos platos con solomillo y jamon crudo, y un pan candeal.

Las mantecadas debian venir despues, á guisa de postres.

Parecia natural que, habiéndose metido ya con botas y espuelas en el terreno amoroso, y de una manera tan expedita, don Gaspar con Clara, debia prudentemente ocultarla su aficion á otra mujer.

Pero don Gaspar tenia una táctica particular.

Sabia demasiado que, por regla general, cuando más duro, no llegando á la exageracion, trata un hombre á una mujer que de él se agrada, mejor partido saca.

Empezó á hablar de la hija de Cervantes, y á elogiarla, poniéndola en las nubes, aunque siempre con la inútil salvedad española de: *salvo lo presente... sin ofender á nadie... mejorando... con perdon sea dicho;* á pesar de cuyas salvedades, Clara apretaba más y más el gesto, de una manera particular, y se mordia los labios, y golpeaba con el pequeño pié el pavimento, y no se estaba quieta sobre la silla, sino que parecia azogada; y desganóse de tal manera, que dejó casi todo el solomillo que galantemente don Gaspar la habia servido; pero por el contrario, con el vino, á un apasionado elogio de don Gaspar por Isabel, se bebió de un solo trago la copa llena que ante sí tenia.

Don Gaspar vió en aquello el colmo del despecho.

Es decir: el colmo del empeño.

El enamoramiento decidido y sin condiciones de Clara.

Su táctica le habia salido admirablemente.

Continuó en su conversacion de la hija de Cervantes.

El señor Marmolejo se resignaba.

No debia dejarse perder aquel buen negocio, aun que bien hubiera querido él que fuera mejor.

Don Gaspar, entre tanto, pisaba dulcemente un pié á Clara.

Ella se estaba quieta un instante, y luego retiraba el pié.

Pero un instante más allá, volvia á poner su pié al alcance del de don Gaspar.

Éste la miraba de una manera elocuente, y la guiñaba oportunamente el ojo, como diciéndola:

—Dejadme á mi hablar y hacer, que yo sé lo qué me hablo y lo qué me hago: asi vuestro padre no desconfiará.

Esto era empezar el trabajo de prevenir á la tenderil doncella.

Porque, ¿á qué inspirar confianza al padre, si no trataba de engañarle?

Clara iba dejándose abordar.

Era pura, pero no inocente.

Veia que don Gaspar empezaba á fijar la verdadera posicion; el verdadero conato de sus amores con ella.

Y ella decia para sí, preparándose á la lucha; porque no hay mujer, salvas raras excepciones, tratándose de una intriga amorosa, que no sea valiente:

—Veremos quién puede más de los dos.

Y por una parte creia que, en efecto, don Gaspar hablaba con grande encarecimiento amoroso de otra mujer, para confiar á su padre, y por otra recelaba y se encelaba y se amargaba.

Dadas las circunstancias en que Clara se encontraba, como veremos más adelante, su conocimiento con don Gaspar era el principio de una fatalidad que debia tener funestisimos resultados, y causar una profunda amargura, la mayor de todas las que habia sufrido en su larga vida de aventuras, al pobre Miguel de Cervantes.

Informóse don Gaspar de muchos pormenores de la miseria encubierta por Cervantes y su familia.

De que debia treinta libras de aceite, cincuenta panes, seis arrobas de tocino, trece de arroz, cuatro de vino y siete de garbanzos, á lo que don Gaspar salió sacando de su bolsa, que entónces estaba repleta, porque su tia doña Elvira habia aflojado la suya la noche anterior, en agradecimiento de haber encendido don Gaspar, con sus nobilisimas manos, los faroles del Ecce-Homo, dos doblones de á ocho, y diciendo al señor Marmolejo, que habia manifestado estar resuelto á no fiar más á Cervantes, que siguiera fiándole, que él salia á todo, como se veia por las obras; pero que se guardase un gran secreto, lo cual encargó asi mismo, y muy particularmente, á Clara.

Al mismo tiempo la guiñaba el ojo, como diciéndola:

—Esto tambien hace falta, para que vuestro padre no desconfie.

El señor Marmolejo estaba muy contento.

Cobraba, y largamente, sin que Cervantes dejase de deberle, lo que Cervantes le debia.

Salióse Marmolejo á la tienda á rellenar la botella.

—¿Vos ireis á misa? dijo don Gaspar á Clara.

—Sí, señor mio, dijo ella: á misa mayor.

—¿Quién os acompañará?

—Nadie, porque está cerca.

—Al pié de la torre de la iglesia os aguardo.

—Iré, porque tengo que deciros...

Entró en aquel momento Marmolejo.

A pesar de su inocencia, Clara tuvo fuerza bastante para disimular la conversacion que habia tenido con don Gaspar.

Se bebió la otra botella.

Poco despues, don Gaspar, habiendo dejado muy contentos al padre y á la hija, no sabemos á cuál más, estaba en la calle.

Era muy temprano aun.

Faltaban para la misa mayor, que debia decirse á las diez, por lo ménos dos horas.

Dió una vuelta por el mercado, y requebró á algunas criadas.

Entre ellas se tropezó con María, la criada de Cervantes.

CAPÍTULO VIII.

De como las criadas han sido en todos los tiempos, desde que las hay, las mismas.

Don Gaspar conoció á Maria de Ceballos.

La habia visto en la iglesia cuando salia de ella con sus señoras.

Ella habia reparado en él, y se habia dicho:

—¡Por mi ánima!... hé aquí un señor muy buen mozo.

La frescura, la robustez y el gracejo natural de Maria de Ceballos, y un no sé qué de interesante y gracioso desgarro que en ella habia, y que no pasaba los límites de la decencia, llamaron la atencion de don Gaspar, á pesar de que la tenia tan ocupada con la hija de Cervantes.

A pesar de su natural descoco, la María de Ceballos, al ver á don Gaspar, se turbó y se puso muy encendida.

—Otra pájara que cazar, dijo don Gaspar.

Y se fué resueltamente hácia ella.

María sonrió y bajó los ojos.

Los alzó á seguida, y recogió y revolvió con la penetrante mirada de sus ojos negros á don Gaspar.

Éste la hizo señas de que le siguiese.

María le siguió.

Metióse con ella en una casa entre hostería y figon don Gaspar.

Convidóla.

Galanteóla.

Aturdióla.

Todo esto ántes de preguntarla una palabra acerca de su jóven señora.

Pero llegó, al fin, el momento de que don Gaspar pasase de María de Ceballos á Isabel de Saavedra.

Supo entónces lo que Cervantes aun no sabia.

Esto es: que Isabel estaba pretendida y acechada por un caballero que en la casa de Cervantes entraba con alguna intimidad.

Este caballero se llamaba don Hernando de Toledo; era señor de Cigales, y rico.

Súpole esta noticia amarga y aceda á don Gaspar.

Don Hernando de Toledo, que era otro tal como él, hacia ya mucho tiempo que se le cruzaba delante de las mujeres.

Habia entre ellos un verdadero antagonismo.

Más de una vez habian estado á punto de tirar el uno contra el otro de las espadas.

María de Ceballos, excitada por el oro y por el amor (don Gaspar, con un desenfado puramente suyo, se habia puesto en una situacion amorosa con María), cuanto sabia lo soltaba.

Consolóse don Gaspar cuando supo que, si bien don Hernando de Toledo andaba con el seso perdido por Isabel, ésta hacia de tal manera caso omiso de don Hernando, que éste se encontraba de todo punto desengañado y enfermo, y casi agonizante de amor.

De nada se habian apercibido ni el padre, ni las tias, ni la prima.

Don Hernando, que en manera alguna habia pensado nunca en casarse con Isabel, que á la fin era hija de un pobre hidalgo, aun que éste tuviese mucho ingenio, ingenio que de nada le servia; por respeto, y aun por miedo al mal genio y al valor de Cervantes, disimulaba.

Doña Isabel nada decia.

Se limitaba á devolver, sin abrirlas, á don Hernando, las cartas que de éste recibia por medio de María de Ceballos.

Era un milagro que don Hernando, que era un libertino no ménos consumado

que don Gaspar, no hubiese buscado en la criada una sombra de compensacion de los desdenes de la señora.

Pero era porque María le engañaba.

No le hacia sufrir toda la crueldad de Isabel.

No le daba las cartas que doña Isabel le devolvia sin abrir.

Le decia que doña Isabel era muy niña aun, y muy inocente, y que si no contestaba sus cartas era por timidez.

María las quemaba.

Como don Hernando de Toledo no pasaba nunca del cuarto de Cervantes, ni á éste iba nunca, miéntras Cervantes tenia visita, ninguna de las señoras de la familia, don Hernando no podia juzgar, por el aspecto de Isabel, si era acogido ó desdeñado.

Don Hernando se veia reducido á ver desde léjos á Isabel, que, como le conocian, no se atrevia á acercarse cuando iba ó venia de la iglesia con su familia, ó cuando rara vez con toda la familia y con su padre daba un paseo por las frondosas riberas del Pisuerga.

María de Ceballos habia acabado por no presentar las cartas de don Hernando á Isabel.

Ésta la habia amenazado con que si volvia á ella con otra carta de don Hernando, daria conocimiento de ello á su padre.

María se abstuvo y mintió á don Hernando.

No creia que en esto hacia nada de malo.

Porque de otro modo hubiera perdido los regalos que don Hernando la hacia.

Y además, que ella, porque no se quedase en las dudas, leia las cartas que para ella no se habian escrito, y que únicamente eran, más que misivas amorosas y tiernas, una insoportable retórica amatoria, porque don Hernando la daba de muy entendido en letras; razon por la cual principalmente frecuentó el trato de Cervantes ántes de enamorarse de Isabel.

Como don Gaspar habia enamorado á la María de Ceballos, supo de ésta todo lo que tenia que saber, y se obstinó más y más.

Requebró á María de Ceballos; la acarició, la prometió llevársela consigo el dia en que se casase con Isabel (que si no fuera con esa intencion, no hubiera servido de intercesora María), y la dió una carta que en la misma hostería escribió para que la llevase á doña Isabel; pero á condicion, y bajo juramento de que ella haria que con las cartas de don Gaspar no hiciese Isabel lo que hacia con las de don Hernando.

María de Ceballos salió, habiendo tardado, de vuelta de la compra, una hora más que de costumbre, con la cabeza algo anonadada por el vino, tanto ó más que por el amor que el buen mozo de don Gaspar, con sus libertades y sus ternezas la habia inspirado, y con algunos reales de plata en el bolsillo.

Doña Andrea, que era severa, y que estaba encargada del gobierno interior de la casa, echó un rapapelo á María por su tardanza.

Ésta se disculpó con que se habia encontrado á una prima suya que de un

pueblo inmediato habia venido, que la prima la habia obligado á beber, (tambien por el ligero olor á vino que dejaba sentir la habia reprendido doña Andrea), y que, en fin, no por mala voluntad ni por falta de respeto, ni por distraccion, se habia entretenido,

Pasó el chubasco doméstico en muy pocos minutos, porque doña Andrea, aun que severa y enérgica, no era cansada, y al fin María pudo verse á solas en la cocina con Isabel.

Como era domingo, no se trabajaba.

Que era en aquellos tiempos tenido á pecado trabajar, y en un dia festivo, en una familia tal como la de Cervantes.

Éste, sin embargo, trabajaba mucho.

Tenia una absoluta necesidad de trabajo.

Un dia perdido, para él era un año.

—¿Vió vuesamerced, dijo á Isabel María, á la que el vino habia quitado el miedo, á cierta *cosa* que habia en la iglesia, junto á la pila del agua bendita?

Isabel se puso vivamente encendida.

María no necesitó más contestacion que el rubor de Isabel.

Era indudable que habia reparado en don Gaspar.

Que por lo ménos se habia agradado de él.

—Pues me he encontrado á esa... *cosa* en el mercado, dijo María.

Isabel no contestó.

Pero se puso más encendida aun.

—Y esa *cosa*, continuó María, me ha dado para vuesamerced una carta.

Y la sacó de debajo de su avantalillo.

—No, dijo Isabel, y no me hables más de eso.

Y se salió de la cocina.

María esperaba esta primera contestacion.

Pero habia comprendido, hablando de don Gaspar á Isabel, que de él estaba enamorada.

—Si no es ésta, dijo María, será otra: es necesario guardar esta carta y dársela á don Gaspar: es demasiado buen mozo para que se le engañe, y no es nada ruin, sino muy liberal.

Y María se puso á las faenas domésticas, lanzando á voz en grito uno de los cantares que más en boga estaban entónces.

CAPÍTULO IX.

De como no se debe juzgar por las apariencias.

Apartado de María de Ceballos, y muy empeñado particularmente por ella, no embargante el empeño que por Isabel sentia (la María Ceballos era muy deseable), y como ya se aproximaba la hora de la misa mayor, don Gaspar fué á ponerse al pié de la torre de la iglesia de Santa María, donde debia esperar á Clara la tenderilla.

Sobrevino á poco Clara Marmolejo, muy ataviada. entre dama y señora.

Venia irritada é inquieta.

—¿Os sucede algo, corazon mio? la dijo don Gaspar.

—Sucédeme, dijo Clara, que he tenido un mal encuentro: afortunadamente le he visto de léjos; he tirado por otra callejuela, y no sé si él me ha visto.

—¡Ah!... ¿con qué tenemos historia? dijo con acento celoso, y no á humos de paja don Gaspar, porque tambien le gustaba, y grandemente, la Marmolejo.

—¿Y qué mujer, dijo ésta, á sus diez y ocho años no ha tenido quien la requiebre, á no ser que haya sido más fea que una noche de truenos? Y ni aun así, porque para todo hay gustos: pero por esto, si me estimais, no tengais celos. que todo no pasa de galanteo: que yo, gracias á Dios, tengo cabales el juicio y la honra, y necesito que mi amor me lo bendiga el cura; pero sigamos adelante, que si me vió pudo seguirme, y si me sigue y me encuentra con vos, habrá una pendencia, que el tal señor tiene muy mal genio.

—No le tengo yo calmoso ni lácio, dijo don Gaspar, sino muy altivo; y asi, pues, estad tranquila. que bien podria ser que el que viniese por lana, saliese trasquilado.

—Hombre es tal, y tal me ama, dijo Clara, que si me encontrara mano á mano con vos, sobrevendria una desdicha. En fin: yo sigo cuanto deprisa puedo.

Y siguió.

Siguióla don Gaspar por una callejuela que corria á lo largo del costado derecho de la iglesia.

Iba tan deprisa, que á duras penas podia seguirla don Gaspar.

No se sabe lo que una mujer corre sin correr cuando escapa. con su paso menudo y sostenido.

Para saberlo, es necesario seguir á alguna.

Metióse Clara por un laberinto de callejuelas.

Fué á dar en San Benito.

De allí, tomando por la parte de la abadía, en el callejon del muro, y en una rinconada de él donde habia un postigo, lanzóse Clara al campo.

Siguió por el Esgueva.

Se metió entre unos espesos árboles.

Sólo allí dió fondo.

Esto es, se paró.

Ni aun mostraba sobrealiento.

Por el contrario, don Gaspar aparecia jadeante y con un palmo de lengua fuera.

Clara le habia hecho dar un trote de los buenos.

—Sentémonos al pié de este cañaveral, junto á esta corriente de agua, dijo Clara.

Don Gaspar se sentó.

El lugar era cerrado y solitario.

Pero Clara, aunque viva y traviesa, tenia consigo un gran resguardo.

Un resguardo que valia mucho más que la honestidad.

Su interés.

Una gitana le habia dicho cuando apénas tenia quince años:

—Hija, el cielo te apareja una buena fortuna; pero será menester que la merezcas: con un caballero te casarás, rico y principal, que á tí se llegará con malos proyectos. Guárdate, y te encontrarás con lo que no esperas: que te han de amar, y tanto, que por tí acontecerán desgracias.

Este vaticinio era una de esas generalidades que anuncian las gitanas, y que muchas veces se cumplen, porque atendida la lógica, no pueden ménos de cumplirse.

Lo primero que la gitana la habian dado era un buen consejo.

Lo segundo y lo tercero venian á ser lo más probable del mundo.

Clara era muy hermosa.

Los hombres, particularmente los caballeros, muy libertinos.

Clara parecia discreta y firme de voluntad.

La gitana habia vaticinado y habia predicho de una manera muy prudente.

Era lo probable que una gran parte de su vaticinio aconteciera.

Clara se defendia, no tanto por honradez como por interés.

Habia creido ciegamente en el pronóstico de la gitana, y seguia sus consejos.

Así es que, aun que estaba sola con don Gaspar, y en un lugar apartado, no podia decirse que estaba sin defensa.

En vano procuró don Gaspar comprometer en unos amores trascendentales á Clara.

En vano que le dijera quién era aquel otro hombre de quien Clara habia huido.

Clara se defendió en nombre de su honra de las libertades de don Gaspar, y en nombre del amor que ya confesaba sentir por él; y por la primera vez

de la vida, guardaba su secreto acerca del nombre del caballero con quien habia tenido, decia, una sombra de amores, que estaba resuelta á hacer desaparecer, porque de otro modo sobrevendria un lance duro que le pesaria mucho.

Vista la facilidad con que Clara habia sufrido en su casa algunos atrevimientos de don Gaspar, éste habia creido de todo punto fácil y antojadiza á Clara.

Cuando á solas con ella, y en lugar apartado, la encontró fiera y valiente para hacer respetar su dignidad, la tuvo en más.

Reparó en que Clara aparecia más bella á medida que más se la consideraba.

Que su alma ardiente daba movimientos á su fisonomía, y luces á sus ojos; enojos y sonrisas, palpitaciones á su garganta y á su seno, transfiguraciones á su semblante, vivas imágenes, en fin, que se transformaban y que se confundian las unas en las otras y la hacian más hermosa.

Clara estaba en los primeros vuelos; pero su sagacidad suplia á su experiencia.

Traqueteaba á don Gaspar.

Le desorientaba.

De una esperanza le hacia caer en un desengaño.

Le trasteaba.

Le componia la cabeza de mano maestra, como podria decirse en estilo tauromáquico.

Don Gaspar se enamoraba sin pensarlo siquiera, y casi sin sentirlo.

Verdad es que Clara obraba de buena fé, y que esta buena fé acrecia, con el encanto de la naturalidad, la fuerza de los encantos, y de la viveza de la jóven.

Ella estaba tambien enamorada.

Por lo tanto, debia seguir los consejos de la gitana para que se cumpliese el vaticinio.

Media hora ántes del medio dia, en que en todas partes se comia en España, Clara se levantó y tomó el camino de su casa, habiendo mandado á don Gaspar que no la siguiese.

Éste obedeció.

Por la primera vez le dominaba, le sujetaba una mujer.

Cuando Clara desapareció entre los árboles, don Gaspar se puso en marcha meditabundo, concentrado y en paso lento.

CAPÍTULO X.

De como son una misma cosa el alma amor, el amor alma, y el amor cuerpo.

Pasaron dias y semanas y meses.

Don Gaspar habia atrapado tres amores, en los cuales era igualmente desgraciado.

En primer lugar iba Isabel.

El segundo lugar lo tenia Clara.

Pertenecia el tercero á María de Ceballos.

Cervantes estaba muy ajeno de que un tal nublado se venia sobre su casa, sobre su tranquilidad, y tal vez sobre su honra.

Desventurado en todo, debia probar cuantas amarguras guarda su mal destino á los que han venido á sufrir sobre la tierra cuanto hay de más horrible en los sufrimientos.

Sabia María de Ceballos, ó creia saber, que Isabel aborrecia el amor.

De tal manera la habian educado doña Catalina, que podia llamarse su madre, sus tias Andrea y Luisa, (esta última habia acabado por meterse monja), y su segunda madre, Magdalena.

Isabel se habia hecho devota.

Las ideas del monjil hervian en su cabeza.

La desgracia continua, el acobardamiento del alma, la injusticia tenaz de la fortuna, hace á las gentes de imaginacion contemplativas.

Isabel, que habia heredado la grande imaginacion de Cervantes, tenia el alma poética.

Buscaba la altura.

En la altura, su alma virgen habia encontrado á Dios.

Dios, que es inefable, habia llenado su alma de consuelo.

La habia dado fortaleza para resistir la enfermedad.

Desde muy niña habia dado muestras de grandeza de alma.

Habia sufrido la miseria de la familia sin quejarse.

Resignándose á todo.

Sonriendo siempre.

Esta igualdad del carácter de su hija, esta grandeza en la *pequeña*, esta fuerza en la debilidad, habian hecho sufrir de una manera infinita á Cervantes.

Vivimos mucho más en la vida de nuestros hijos, que en nuestra vida propia.

Lo que nunca hemos ambicionado para nosotros, lo ambicionamos para nuestros hijos.

Lo que no nos importó nunca nada, por nuestros hijos nos importa un mundo.

Nos gustan los juguetes, porque nuestros hijos por los juguetes se perecen.

Nos inspiran envidia los niños ricos, porque van mucho mejor puestos que los nuestros.

Suspiramos dolorosamente cuando vemos á nuestros pequeños tristes.

Dios ha querido que nos continuemos en nuestros hijos.

Que renazcamos en ellos.

Por sus hijos el hombre maduro es jóven.

Por sus nietos el anciano es niño.

¡Admirable armonía de la obra de Dios!...

Nada perece.

Y ninguna personalidad es eterna, en sustancia, más que Dios.

Por efecto de su continua contemplacion, Isabel parecia refractaria, por decirlo asi, á los hombres.

Parecia que no vivia más que para la devocion y el trabajo.

Pero guardaba en el alma un volcan de amor.

Este volcan estaba aun oculto en su interior.

Sin embargo, sublimada por lo potente de su imaginacion, su devocion habia contraido el amor divino.

Habia empezado á padecer de éxtasis.

Una enfermedad muy dulce.

Pero una enfermedad terrible.

Muchas veces su madre (digámoslo asi), sus tias la encontraban arrodillada, sirviéndole una silla de reclinatorio, que nunca habia tenido dinero Cervantes para estas superfluidades, delante de una mesa en que ardia pálidamente la luz del Santísimo, y en la que habia una urna con un pequeño niño Jesus de laton, muy engalanado, porque tenia algunos vestiditos de seda, ya azules, ya de color de rosa, ya blancos, bordados de lentejuelas por aquellas buenas mujeres y aquella niña.

Aquel niño Jesus habia estado en peligro de ser vendido cuando, arrojado una vez Cervantes de su casa porque no pagaba, fué ejecutado para el cobro de los alquileres.

El niño Jesus, (que era el protector de la familia), se habia salvado de una venta grosera por un milagro.

Algunas veces el éxtasis de Isabel habia sido tan potente, que se la encontraba por tierra, traspuesta, con los hermosos ojos saturados de algo divino, de algo sobrenatural.

Habia empezado á mirársela con cierta veneracion por las mujeres de la familia.

En cuanto á Cervantes, habia reconocido con todo el poder de su experiencia.

y aterrándose, la extraordinaria, la sublime sensibilidad del alma de su hija.

— Será una santa, decian las mujeres.

— Será más desgraciada que yo, murmuraba Cervantes.

Y se le amargaba el alma con la amargura de las amarguras; con una amargura insoportable.

Estos éxtasis habian empezado á revelarse en Isabel, cuando apénas contaba doce años.

Progresivamente fueron acentuándose más y más.

A los veinte años eran ya graves, y pusieron en cuidado á Cervantes.

Eran tan profundos como los de Santa Teresa y San Francisco de Sales.

Una leve demacracion habia empezado á revelarse en Isabel.

La pasion se habia hecho poco ménos que incurable.

En sus ojos lucia un fuego recóndito.

Su desarrollo físico se habia determinado de una manera hechicera.

Habia en ella un espiritualismo tal, que su belleza, naturalmente dulce, acrecia de una manera imponderable.

Su leve, dulce y tranquila sonrisa era irresistible.

Su mirada se habia hecho abrasadora y dulce á la par.

Lo mismo habia pasado por Luisa, hermana de Cervantes.

Al fin habia necesitado encerrarse en el cláustro, para entregarse entre la clausura, la soledad y las prácticas religiosas, más por completo al amor del divino Esposo.

Pero Isabel, aunque llegada á sus veinte años, no habia hablado ni una sola palabra de convento.

Es más: cuando iba á ver en el suyo á su tia Luisa, parecia dentro de él como violentada.

Un convento es, hasta cierto punto, una tumba.

Isabel tenia una vida poderosa, y la tumba la espantaba.

En una ocasion estuvo gravemente enferma Luisa.

Deseó ardientemente tener junto á sí, para que la cuidase, á su sobrina Isabel.

Obtenidas brevemente las licencias necesarias, Isabel entró en el convento.

Muy pronto su tristeza se agravó.

Pidió su niño Jesús.

Se lo llevaron con su urna.

Las monjas encontraron al dia siguiente arrodillada ante la pequeña imágen, y transpuesta por el éxtasis, á Isabel.

Entónces tenia diez y seis años.

Las monjas se enamoraron de ella.

Era un trasunto la niña.

Una esperanza de santidad.

Podia ser el blason, la gloria del convento.

Pero fué el caso, que apénas sanó Luisa y convaleció, Isabel declaró que en

el convento, separada de su familia, y particularmente de su padre, se moria de tristeza.

En vano las monjas la habian halagado, la habian acariciado, la habian rodeado de las seducciones posibles en el cláustro.

Isabel, que á pesar de sus éxtasis, y tal vez á causa de ellos, tenia una gran fuerza de voluntad, grande, por lo ménos, como la de su padre, temiendo que se hubiese pensado en dejarla allí prisionera, se irritó, y declaró formalmente que no tenia vocacion, que los muros del convento la ahogaban, que hallaba demasiado sombrío el cláustro, con sus cuadros de mártires y de tentaciones del demonio.

Las monjas se desconcertaron un tanto.

Se las ofendió el amor propio.

Se las puso de punta la pequeña santa.

Cambiaron de opinion, y creyeron que estaba loca.

Se apresuraron, no ya sólo á dejarla ir, sino á echarla del convento.

Desde aquel dia la conservaron ódio.

Salieron, pues, del convento, el niño Jesús é Isabel.

Isabel no consintió que nadie llevase al niño Jesús.

Con urna y todo, y aunque era bastante pesado, lo llevó eu brazos.

Pareció como que Isabel revivia cuando estuvo en su casa, en su aposento, y sobre la mesa su niño Jesús, alumbrado pálidamente por la luz del Santísimo, de la cual era una cuidadosa vestal Isabel.

Pudo muy bien faltar un dia pan para la familia.

Pero jamás faltó aceite para la luz del Santísimo.

Este aceite provenia, como no podia ménos de ser, de la lámpara del Santísimo de la parroquia.

En ella habia estado.

Se le habia bendecido.

Cervantes tenia una fé ciega, y se creia protejido con su familia, por aquella sagrada luz que ardía en el aposento de su hija.

Se pasaron así los años.

Los éxtasis de Isabel se hacian más frecuentes, y más y más crecia su desarrollo voluptuoso.

Se marcaba más y más lo pálido de sus mejillas.

Acrecia la fiebre de sus ojos.

Su boca se hacia mucho más suspirante.

Su sonrisa más lánguida.

Cervantes temia, temblaba por su hija.

La conocia anegada en el amor de Dios.

Aquel amor podia matarla.

Pero desde el punto en que Isabel vió á don Gaspar de Ezpeleta, tuvo lugar en su alma un cambio rudo, violento, terrible.

El amor soñado, el amor espiritual de Isabel, habia encontrado un sér real, tangible en que emplearse.

Este sér era don Gaspar de Ezpeleta.

Isabel no se habia dado cuenta, no podia dársela, de la causa de lo que sentia.

Se acongojó.

Necesitó consuelo.

Fué á arrodillarse ante su niño Jesús.

Apénas se habia arrodillado, dió un grito y se desmayó.

El niño Jesús habia tomado para ella la forma completa de don Gaspar.

Nunca, por resultado de ningun éxtasis, habian encontrado tan traspuesta, tan mortal á Isabel.

Fué necesario cuidarla.

Se observó de allí á poco tiempo, que los éxtasis de Isabel no se repetian.

Que no se arrodillaba tan frecuentemente delante de la pequeña imágen.

Que lloraba cuando oraba.

Esto no habia sucedido nunca.

La sonrisa de Isabel se habia hecho amarga.

Su mirada, triste é inquieta.

La profunda perspicacia de Cervantes se apercibió inmediatamente de que en el alma de su hija el amor divino habia dejado su lugar al amor humano.

Pero, ¿quién era el mortal que aquel amor causaba?

Ya hemos dicho que esto no habia podido averiguarlo.

El secreto estaba entre Isabel, don Gaspar y María de Ceballos.

CAPÍTULO XI.

De cómo una carta inflada puede ser uno de los últimos trámites de la perdicion de una mujer.

María de Ceballos no se habia atrevido á dar la carta de don Gaspar á Isabel.

La habia leido como si para ella se hubiera escrito, y luego la habia quemado.

Ni más ni ménos que lo que habia hecho con las de don Hernando de Toledo.

Tenia, además, celos, á causa de Isabel.

Se habia enamorado de don Gaspar.

Dijo á éste que su jóven señora habia roto, sin leerla, la carta.

María creyó que esta resistencia á don Gaspar, le haria tomar aborrecimiento á Isabel.

Pero don Gaspar era experimentado.

Tal mirada habia visto en Isabel al encontrarse con ella, que le pareció imposible hubiese roto la carta sin leerla, y que habiéndola leido, la hubiese roto.

Además, no se necesitaba tener la experiencia que de las mujeres tenia don Gaspar, para comprender que, habiéndose enamorado violentamente María, y por la primera vez de su vida de él, (de esto no podia dudar don Gaspar), debia tener celos de Isabel.

Pero sabia tambien don Gaspar, que el interés puede ponerse en lucha, y se pone de una manera poderosa con los celos, cuando se trata de una doncella de servicio.

Apretó en los donativos.

Procuró convencer á María, y la convenció de que él no la abandonaria nunca, aun cuando Isabel fuese suya.

La hizo creer, en fin, que él no amaba á Isabel, sino que habia empeñado una apuesta con unos caballeros amigos suyos, de que burlaria á Isabel, y así, convenia que él ganase la apuesta.

Tales apremios hizo, y tales demostraciones y tales pruebas empleó para convencer á María, que ésta creyó á don Gaspar.

Habia ayudado además á esto, el amor propio de María.

La sedujo hasta tal punto, que María llegó á creer que don Gaspar se perecia por ella.

Don Gaspar habia tenido el buen cuidado de no volver á parecer más por la iglesia, ni de ponerse en lugar donde le viesen las parientas de Isabel.

Habia reparado que doña Andrea se habia fijado en él cuando él las esperó al lado de la pila del agua bendita.

Necesitaba que el recelo pasase.

Que se descuidase á Isabel.

Esto era de todo punto importante y trascendental.

El amor de Isabel se habia irritado.

Sentia hambre de volver á ver á don Gaspar.

Su amor crecia.

El choque de la primera mirada de ambos, el uno para el otro, habia sido de todo punto decisivo.

Particularmente para Isabel.

Habia tardado quince dias en convencer don Gaspar á María de Ceballos, á la que veia todos los dias por la mañana cuando salia al mercado.

Se levantaba María mucho más temprano, entre dos luces, y así podia estar más largamente sola con don Gaspar en el figon donde habian ido la primera vez, y volvia á casa sin que doña Andrea se apercibiese de la tardanza.

El dia en que María se decidió á trabajar para que su amado don Gaspar, *su esposo*, ganase su apuesta, burlando á Isabel, en un momento en que se quedó sola con ella en la cocina, la dijo:

—¿Sabeis, señora, á quién he encontrado esta mañana que iba muy galan, pero tambien muy triste?

Por única contestacion, Isabel miró con ánsia á María.

—Pues he visto á aquel bizarro caballero, el de la iglesia.

Isabel no dijo una sola palabra.

Pero se puso mucho más pálida, y luego, momentáneamente, se la arrebató el color de tal manera, que no parecia sino que toda la sangre se la habia subido al rostro.

—Me llamó, dijo alentada María.

Continuó el silencio de Isabel.

—Yo no sé si he hecho bien ó mal: ¡como estais tan triste!...

No habló aun la jóven.

Escuchaba con toda su alma.

Su agitacion seguia.

María se alentó.

Las mudas contestaciones de Isabel no podian sèr más elocuentes.

María sacó del bolsillo de su avantalillo, una carta que la habia dado don Gaspar.

La mostró sonriendo maliciosamente á Isabel.

La jóven vaciló.

Al fin extendió la blanca y mórbida mano, y tomó, como dominada por un impulso irresistible, la carta.

Luego huyó, y fué á encerrarse en su aposento.

No se trabajaba.

Era domingo.

Quince dias despues, cabalmente, de aquel otro domingo en que habia visto á don Gaspar en la iglesia.

Se la habia apretado horriblemente el corazon cuando vió que en la iglesia no estaba don Gaspar.

Esperándole en vano se acongojó más y más.

María, hablándola de él, habíala encontrado lo más preparada que era posible.

Al tomar la carta se habia agitado de tal manera, que la fué necesario ir á encerrarse para no dejar ver demasiadamente su agitacion.

Se sentó en el lecho.

Se agobió.

Permaneció algun tiempo inmóvil con la carta en la mano.

Ni una sola mirada tuvo para el abandonado niño Jesús.

Para su olvidado amor divino.

Ni se amparó de él para que la inspirase.

Isabel habia enloquecido al resolver su amor en un sér humano.

Era necesario que Cervantes sintiese su última prueba, su última desventura.

Habia cerrado la puerta de su aposento Isabel.

Sus tias, así que Magdalena y Constanza, estaban en otro aposento.

Pasaron algunos minutos.

Durante ellos Isabel permaneció sentada en la cama, inmóvil.

Pero acreciendo su agitacion, sus palpitaciones.

Dejando ver en sus ojos algo divino.

Desfalleciendo.

Fatal herencia del genio de su padre, que habia tomado en ella otra forma.

La del sentimiento concentrado.

La de la infinita, la de la exquisita sensibilidad del espíritu, luchando de una manera terrible con la materia.

Para Isabel no habia más que un universo.

El amor.

Y ella guardaba avara este universo lleno de una pasion sublime en el fondo de su alma.

Se levantó de repente.

Se fué á la puerta.

Miró por el hueco de la cerradura.

Nadie habia en la habitacion inmediata.

Puso un paño sobre la llave.

Entónces se acercó á la ventana, y con la mano trémula abrió la carta.

Era ésta un conjunto de ardientes, de delirantes ternezas, expresadas por medio de la retorcida retórica que tan en boga empezaba ya á estar en aquellos tiempos.

Llamábala imposible de hermosura, encanto divino del amor, trasunto divinizado de lo que, sin ser divino, á lo divino aventaja, y en lo divino vive, y de lo divino trae su orígen, y á lo divino y nunca gozado lleva, gloria-infierno, trasunto de perfecciones, pináculo de la única ventura, mónstruo de perfecciones, y no sabemos cuántas cosas altisonantes y vacías.

Pero estaban todas llenas de un tal y tan verdadero fuego del deseo, que, prendiendo en el deseo que ya incandescente ardia en el corazon de Isabel, aun que no conocido, determinó en aquel mismo punto toda la desdicha suprema, y no merecida, de Cervantes.

Isabel vaciló, y no pudiendo resistir su emocion, se apoyó en el alféizar de la ventana.

CAPÍTULO XII.

En que se vé cómo amaba Isabel, y se cuenta cómo se casó de repente con otra don Gaspar.

Isabel permaneció un largo espacio en la ventana.

Estaba sobrecogida.

La quemaba las manos la carta que tenia en ellas.

Sentia ánsia por leerla.

Y no se atrevia.

Tenia la tentacion.

La faltaba valor.

Sentia una especie de pudor que la decia que ella no debia leer una carta amorosa; que el hombre que la amase debia haberse dirigido á su padre.

Que cometia, en fin, una falta grave.

Estaba bien educada.

Conservaba entera la pureza de su alma.

Sentia impulsos de ir á buscar á su padre.

De entregarle aquella carta.

De decirle que amaba al que la habia escrito.

Pero la detenia un vago, un frio terror.

El nicho del Ecce-Homo de que ya hemos hablado, estaba frente por frente de la ventana en que Isabel permanecia, y á la misma altura.

La callejuela, ya lo hemos dicho, era tan estrecha, que una persona que estuviese en la parte de adentro del nicho, podia, extendiendo el brazo, dar la mano á otra persona que estuviese en la ventana.

Nuestras antiguas poblaciones tenian así la mayor parte de las calles.

Devota Isabel, y especialmente devota de aquel Ecce-Homo, al que podia llamar su vecino, contristada por su amor, levantó los ojos, y los puso llenos de fé en el Ecce-Homo.

Isabel se heló de espanto.

La imágen se movia.

Se hundia lentamente en su nicho.

¿Era esto un milagro?

¿Era que Cristo indignado, huia de la vista de la hija rebelde, de la mujer impura que aceptaba cartas de su amante?

Isabel, muda, fascinada. no apartaba los espantados ojos del Ecce-Homo, que continuaba hundiéndose en el oscuro fondo de su nicho.

El dia estaba nublado, triste, y la luz tenia algo de fantásticamente sombrio.

Muy pronto no fué ya que el Ecce-Homo se retirase hácia el fondo, sino que descendia, que desaparecia.

En su lugar quedaba un hombre.

Aquel hombre era don Gaspar de Ezpeleta.

La fascinacion, el pavor de Isabel crecian.

Para ella aquello no era que don Gaspar habia abierto las dos hojas de ventana que cerraban por la parte de adentro el nicho: que una vez hecho esto, habia retirado el Ecce-Homo y puéstole en el suelo.

No, no era esto para Isabel.

Era que el Cristo habia desaparecido y habia quedado en su lugar don Gaspar.

¿Cómo podia comprenderse esto?

Si Isabel hubiera leido la carta, lo hubiera comprendido.

No se hubiera sobrecogido al ver retirarse el Ecce-Homo.

No hubiera temblado al ver en vez del Ecce-Homo á don Gaspar.

Habia un pasaje en la carta, que decia:

«Si vos, hermosa señora, favoreceis mis amores; si teneis piedad de esta apenada ánima mia, y condenada si no la concedeis la inefable gloria de teneros suya; si mi rendimiento os mueve; si mis ánsias consiguen que os compadezcais de ellas, hablar podremos sin ser de nadie notados ni sentidos, de la oscura y silenciosa noche en las altas horas, sólo con que os asomeis á la ventana de vuestra casa, que está enfrente del Ecce-Homo que en la suya la piedad de mi tia doña Elvira de Montoya tiene; que yo quitaré la imágen (que por esto no ha de ofenderse Dios, que vé la santidad de mis intenciones), y hablar podremos á nuestro placer. Y si vos quisiéreis, esto será esta noche, cuando medie, que yo acudiré.»

Pero no habia leido la carta Isabel, y no podia explicarse la transformacion que habia tenido lugar, sino de una manera fantástica.

Callaba y temblaba la pobrecilla.

Fijaba sus ojos espantados en don Gaspar.

Éste habia permanecido en el fondo del nicho sin avanzar el cuerpo, para evitar que pudiera vérsele desde otra ventana que desde aquella en que estaba Isabel.

Pretendia hacerse entender de ella por señas.

Pero Isabel no contestaba.

Continuaba aturdida, fijando su mirada espantada en don Gaspar.

De improviso se retiró y cerró las vidrieras de la ventana.

Se dejó caer sobre una silla.

Allí permaneció doblegada, estremecida, trémula un largo espacio.

Conservaba en la mano trémula y crispada la carta de don Gaspar.

Al cabo de algunos minutos sintió un irresistible impulso de mirar otra vez al nicho.

Se levantó.

Miró á través de las vidrieras.

El Ecce-Homo habia vuelto á su lugar.

Consistia esto, no en que don Gaspar, que era tenacisimo, hubiese desistido, sino en que un criado le habia avisado de que su noble tia le llamaba.

No podia ménos de complacer á su tia.

Como que esperaba ser su heredero.

Doña Elvira estaba gravemente enferma.

No podia dejar el lecho.

Don Gaspar habia tomado sobre sí la obligacion de cuidar con sus ilustres manos, las luces del Ecce-Homo.

Doña Elvira, que se moria, habia agradecido esto extraordinariamente.

Estaba muy léjos de suponer que don Gaspar daba en la profanacion de que la sagrada imágen de Cristo sirviera á sus amores.

Isabel se confirmó más en que lo que habia visto habia sido un prodigio.

La pareció que el Ecce-Homo la miraba dulcemente.

Que la alentaba.

Que la decia con la mirada:

—«Yo te autorizo á que oigas los amores de don Gaspar.»

De otro modo, ¿cómo creer que Dios habia permitido el pasado prodigio?

Isabel se alentó.

Téngase en cuenta que Isabel era de todo punto inocente.

Que tenia atiborrada la cabeza de santos, de milagros, de maravillas sobrenaturales.

Que su devocion se exageraba hasta dar en el fanatismo y en la supersticion.

En fin, que habia heredado de su padre todo lo maravilloso de la imaginacion.

Todo esto favorecia á don Gaspar.

Se sentó Isabel.

Abrió la carta de don Gaspar y la leyó.

Se la ensanchó el alma.

Sintió aquel terrible éxtasis que era en ella una enfermedad dolorosa.

Se transfiguró en su imaginacion don Gaspar.

Le adoró.

Si Satanás andaba al lado de Isabel, debia sonreir.

Este drama de amor empezaba silencioso, oculto, en la misma casa de Cervantes, sin que éste se apercibiese ni pudiese apercibirse de él.

Don Gaspar era afortunado, por desgracia para doña Isabel y para su padre.

Como si Cervantes no hubiera experimentado ya bastantes desgracias.

Cuando leyó Isabel la carta, vió que la aparicion de don Gaspar en el nicho no habia sido un milagro, sino la cosa más natural del mundo.

Pero esto no sirvió para que Isabel se desencantase.

Por el contrario, sin que ella comprendiera la causa, se empeñó más y más.

Isabel desfallecia, considerando la grandeza de aquel amor, que no se habia detenido ni ante el temor de la condenacion eterna, á causa del sacrilegio que cometia.

Don Gaspar se lo sacrificaba todo.

Todo, todo hasta su eternidad.

Isabel, á pesar de su fanatismo, de su supersticion, no se horrorizó del sacrilegio.

Ella tambien lo sacrificaba todo por su amor.

Abrió otra vez la ventana.

Se puso á ella.

Miró al Ecce-Homo.

La imágen seguia allí, en su lugar, inmóvil.

Isabel la miraba con los ojos dilatados, ardientes, ansiosos, como había mirado á don Gaspar.

Esperaba que el Cristo se hundiese en el fondo de su nicho.

Pero el Cristo continuaba inmóvil.

Consistia esto en que la enfermedad de doña Elvira se habia agravado.

Habia hecho llamar á su sobrino.

Se encontró éste en el dormitorio de su tia, á una señora notablemente hermosa, y muy conservada, y muy grave, y muy séria, y muy espetada, y muy vestida á lo noble, y muy recargada de joyas, que no parecia sino que pretendia se la estimase más por rica que por hermosa.

Era cuarentona, pero conservaba una admirable fuerza de juventud.

Particularmente en sus grandes ojos negros, que eran hermosísimos aun que muy graves, lucia algo de un fuego recóndito que los hacia irresistibles, á pesar de su seriedad.

A don Gaspar se le llenó el ojo.

Vió una presa más.

Y una presa extraordinariamente apetitosa.

No la conocia.

No la habia visto jamás.

La saludó ceremoniosamente.

Ella le contestó con una muy marcada inclinacion de cabeza.

Pero le devoró con la mirada.

Se agitó.

Dejó ver el movimiento de elevacion y de depresion en su abultado seno.

En su hermosa garganta se notaba el latido de las artérias.

Una vena en su frente se habia hinchado.

Señales todas de amor.

Y de un amor inconmensurable.

El bello, el seductor don Gaspar, estaba acostumbrado á la presencia de estos fenómenos de un amor súbito por él en las mujeres.

Especialmente en las de cierta edad.

—Este es mi sobrino don Gaspar, doña Bernardina, dijo doña Elvira.

—Por muchos años, y venturosos, dijo con un acento dulce, insinuante, que tenia algo del arrullo de la paloma, la hermosa señora.

Y recogió y devoró en una mirada mucho más candente, la audaz, la insinuante, la extraña mirada que don Gaspar fijaba en ella.

—Y esta señora, continuó doña Elvira dirigiéndose á su sobrino, es doña Bernardina de Barrio-alto Mañez y Carrillo de Albornóz, que así puede decirse la reina de Tordesillas donde reside.

—Por muchos años sea, y con todas las felicidades que yo para mí deseo, dijo don Gaspar inclinándose galantemente.

Doña Bernardina inclinó la cabeza, ya de una manera expresiva y sonriendo deliciosamente.

—¿Y qué me decís, doña Bernardina? dijo con voz gangosa doña Elvira.

Tenia en las narices dos tapones de seda negra para evitar que por ellas saliese la sangre.

Doña Elvira estaba muy mala.

—¿Y qué quereis que os diga, mi señora doña Elvira? dijo doña Bernardina bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida.

Don Gaspar se avispó.

Empezó á parecerle horrible aquella hermosísima señora.

Habia adivinado.

Doña Elvira conocia que se moria.

Sin duda habia pensado en casarle ántes de morir.

Parecia seguro que aquella nobilísima matrona era la destinada para hacerle su esposo.

—¿Y tú qué dices, sobrino? preguntó doña Elvira.

Doña Bernardina alzó sus grandes ojos, y fijó una mirada hambrienta y atentísima en don Gaspar.

—¿Y qué quereis que os diga, mi querida tia? contestó con suma naturalidad don Gaspar.

—Yo me muero, sobrino mio, dijo doña Elvira.

—¡Dios no lo quiera, tia de mi alma! contestó fingiendo una emocion que no sentia don Gaspar.

—Sí, sí, me muero, dijo doña Elvira: el médico, á quien he apretado para que me diga la verdad, no me dá de vida más que tres dias.

—Se engaña el médico.

—Ni se engaña el médico ni me engaño yo.

—Yo no quiero creerlo; yo no puedo creerlo.

—Tú eres muy bueno y me quieres mucho.

—Me servís de madre.

—Por lo mismo, cuando yo voy á faltarte, no quiero dejarte solo: ya que no puedo darte quien, como yo, de madre te sirva, te doy esposa.

—Por muchos años sea, contestó don Gaspar que nunca contrariaba á su tia; y no digo que con ventura, porque mi ventura será cierta con la esposa que vos me dais.

—Los cuatro que han sido sus maridos, han vivido con ella en la gloria, dijo doña Elvira.

Doña Bernardina entre tanto se tragaba con los ojos á don Gaspar.

Éste se sentia aturdido.

Por una parte le causaba un efecto imponderable la hermosaza doña Bernardina; por otra se crispaba á la sola idea del matrimonio, y además, le cubrian de sudor frio aquellos cuatro maridos predecesores suyos.

—¿Y os casásteis muy jóven la primera vez, señora? dijo don Gaspar.

—¿Y quién os ha dicho, señor mio, dijo doña Bernardina, que sea yo la persona de quien os habla vuestra tia?

Queria una contestacion concreta.

Sin duda tenia motivos para ello.

—Lo supongo, dijo don Gaspar.

—¿Eso significa que lo deseas? dijo doña Elvira.

—¿Y quién no ha de desear una tan grande y tan irresistible hermosura? dijo don Gaspar.

Se la salió toda el alma en una mirada y en una sonrisa á doña Bernardina.

Don Gaspar se estremeció.

En aquella mirada, en aquella sonrisa, habia visto, no ya una gloria, sino un infierno de amor, ó más bien de sensualidad, que tomaba la brillante forma del amor.

—Sois muy lisonjero, dijo.

Y de nuevo se sonrojó.

Pero no bajó los ojos.

—Pero, y bien, señora, dijo don Gaspar; ¿no podré saber á qué edad os casásteis la primera vez?

—Ya muy mujer, dijo doña Bernardina, á los treinta y seis años.

—Y entónces... ó yo me engaño, dijo cobardemente don Gaspar, ó representais mucha ménos edad que la que teneis.

—Tengo cuarenta.

—¡Cuarenta! exclamó con asombro don Gaspar; ¡os casásteis la primera vez á los treinta y seis!... ¡y habeis tenido cuatro maridos!...

—Ayer, para venir á Valladolid, á donde me habia llamado vuestra tia, me quité el luto por mi cuarto marido, ó más bien, esposo.

—Pues no, no comprendo bien, dijo don Gaspar.

—Verdaderamente yo no soy viuda, dijo doña Bernardina, porque aun que cuatro veces he sido casada, me he quedado viuda las cuatro veces, en los mismos momentos de las bodas.

Sintió algo de una angustia mortal don Gaspar.

—Yo no sé cómo ha sido, dijo doña Bernardina; pero siempre, siempre, en

el mismo dia en que ha cumplido un luto por un esposo muerto, me he casado con otro.

Desde este momento, don Gaspar empezó á mirar como á un sér horrible á doña Bernardina.

Y sin embargo, una morbosidad tenaz le hacia enamorarse más y más de ella.

A la manera que don Gaspar se enamoraba.

—Verdaderamente es extremada la historia de vuestros casamientos, dijo doña Elvira que sin duda conocia aquella historia.

—¡Ah, sí! dijo suspirando profundamente doña Bernardina; y que yo los he amado á todos con mis entrañas; que yo no podia casarme, ni me volveré á casar, sino con un hombre á quien con mis entrañas ame. ¡Pobre don Baltasar!

—¿Don Baltasar se llamaba?

—Sí, don Baltasar: apénas si tenia diez y seis años.

—Veinte ménos que vos.

—Yo, que entónces aun no habia sufrido penas, parecia una niña. Don Baltasar era muy hermoso; aun el bozo no le apuntaba: ¡pobre niño! me vió y se prendó de mí de tal manera, que enfermó.

—Lo creo bien, señora: por mí mismo lo conozco: no estoy yo muy bueno: tengo ya las ánsias.

—¡Ay! exclamó doña Bernardina.

Y se puso muy encendida.

—¿Será eso verdad? dijo para sí don Gaspar.

—Aquel pobre niño ocultó su enfermedad.

—Hizo mal.

—Pero conoció lo mal que hacia, ó más bien, no pudo resistir.

—Lo creo; yo tambien me encuentro en muy parecida situacion.

—¡Lisonjero!

—¡Ah! ¡no, no, señora mia y... amadísima esposa: me estoy ahogando!

—¿Conque es decir, sobrino?... ¿conque es decir, doña Bernardina?... dijo la enferma.

—¡Oh, sí, tia mia!... dijo don Gaspar.

—¡Oh, sí, mi querida amiga!... dijo doña Bernardina.

—Pues al momento, dijo doña Elvira.

—¡Al momento, tia!...

—¡Sí, no quiero morir sin verte casado!... llama á Perico.

—¿Y para qué?

—Para que busque al escribano y le traiga: he de hacer testamento en favor tuyo.

—¿Y quién piensa en eso, mi querida tia?

—Yo, que siento que me voy, y á buen paso. Que busquen al escribano

Don Gaspar pretextó aun.

Doña Elvira se obstinó y se irritó.

Don Gaspar hizo como que cedia.

Se levantó.

Salió.

Llamó á Perico, y le envió por el escribano.

—¿Sabeis, dijo doña Bernardina miéntras estaba fuera don Gaspar, que me ha matado vuestro sobrino?

—¡Ah! una dulce muerte; ¿no es verdad que es muy hermoso?

—Yo no sé más sino que me ahogo, y que tengo toda la sangre en la cabeza.

—¡Ah! ¡ah! ¡eso es el amor! y yo creo que á él le sucede lo mismo: nunca le he visto tan aturdido.

—¡Ay, señora, y qué felicidad ser su esposa!... dijo doña Bernardina, soltando un gemido que parecia se le habia salido de lo más hondo de las entrañas.

—Ya sabia yo cuando os llamé, dijo doña Elvira, que habia de suceder esto, que os habia de dar flechazo: pues mejor, mucho mejor: así me moriré tranquila: pero os aconsejo que le ateis corto.

—Tan corto le ataré, dijo doña Bernardina, que no me descoseré de él.

En aquel momento entró don Gaspar.

—Perico, dijo, ha ido á buscar al escribano.

Y se sentó junto á doña Bernardina.

La rodeó audazmente la cintura.

Por un accidente de la posicion, doña Elvira, que estaba hundida en el lecho, no podia ver esto.

Doña Bernardina se estremeció toda, y pretendió quitarse la mano de don Gaspar.

—No quiero morir como han muerto los otros, dijo éste.

—No, no; yo seré la que moriré, dijo doña Bernardina en voz baja, volviéndose á don Gaspar y mirándole de una manera tal y tan candente, que don Gaspar sintió algo semejante á un principio de vértigo.

Como si el demonio de la voluptuosidad se hubiese apoderado de él.

Al fin doña Bernardina logró desaferrarse y contener con una mirada severa á don Gaspar.

Todo esto habia pasado desapercibido para la tia.

—Contadme si os place, señora y esposa mia, la historia de vuestros cuatro casamientos, dijo don Gaspar.

—¡Oh Dios mio! La madre de don Baltasar me buscó, y se arrojó á mis piés llorando:

—«Salvadme á mi hijo, señora mia, me dijo: el inocente ha hablado al fin, y dice que se muere por vos.»

Yo me habia enamorado de él.

Me fuí con la madre.

El amor mio resucitó cuando me vió, cuando supo que yo consentia en ser su esposa.

Quince dias despues fuimos á la iglesia: en el momento en que nos echaron las bendiciones, se cayó redondo al suelo.

—¡Cáscaras! exclamó don Gaspar.

—Si; no habia podido resistir á la felicidad de verse esposo mio; acudi á él, le levanté del suelo, y volví á dejarle caer con espanto: estaba muerto: se le habia subido toda la sangre á la cabeza.

—¡Desventurado! exclamó con acento melancólico don Gaspar.

—Yo hice que un notario librase testimonio de aquel suceso: que pudiese yo acreditar siempre que habia enviudado en el momento mismo en que acababan de echarnos las bendiciones, allí, en el mismo altar.

—Hicisteis muy bien: ¿y no teneis más que ese testimonio?

—Tengo cuatro.

—¡Ah! ¡cuatro!...

—Cuatro, sí señor, cuatro: ya veis.

—Yo os adoro, y en Dios espero que no tendreis el quinto testimonio.

—Dios no lo quiera.

—¿Y cómo fué el acabamiento del segundo?

—Era ya anciano.

—¡Anciano!

—Si, pero anciano verde: alegre como unas sonajas, gran tañedor de vihuela, gran cantador, aun que le faltaban todos los dientes; gran contador de cuentos, y gran decidor de chistes: le conocí dos meses ántes de que se cumpliese el luto de mi primer esposo: don Bernabé se propuso consolarme, y para ello me daba músicas por la noche, y me enviaba cartas que me hacian perecer de risa: os advierto que don Bernabé no entró en mi casa hasta el mismo dia en que, con nuestros padrinos, salí para ir con él á casarme.

—¡El mismo dia que se cumplió el luto!...

—Él estaba desesperado por mí, y yo le amaba: cuando salíamos, ya casados, de la iglesia, en las gradas de la puerta de ésta, don Bernabé resbaló sobre una cáscara de melon, cayó y no se levantó: al caer, habia dado con la cabeza sobre las losas del pórtico, y con tal mala ventura, que se habia desnucado: yo hice librar testimonio.

—Hicisteis bien; pero vamos al tercero.

—¡Ay, el tercero!... un Adonis... mejorando lo presente: el lindo de los lindos, y bravo como un leon: á mí me habia vuelto loca, porque yo adoro á los valientes, y don Melchor me espantaba á cuchilladas á todos los enamorados que me rondaban la calle.

Habia uno entre ellos, para quien yo era este mundo y el otro: pero yo no podia quererle: era viejo y feo. ¡Oh, infame!

Nos esperó á mi lindo y á mí, cuando salimos unidos y casados ya de la iglesia, y sin decir ¡agua vá! le metió al lindo una estocada por los pechos, tal, que no pudo decir ¡Dios me valga!

Yo hice librar testimonio.

Seis meses despues me regocijé viendo ahorcar al asesino.

Hace un año... me casé con don Bartolomé.

Era alférez de los tercios viejos de Flandes, con lo que ya os he dicho que no era jorobado, que sólo de hombres granados hace el rey sus alféreces.

—¿Y ese, cómo murió?

—Hundiéndose.

—¿Cómo?

—Sí: cuando volvimos de la iglesia, despues de la comida de bodas, entre otros juegos, hicimos el del escondite.

Yo me habia escondido con algunas amigas.

Don Bartolomé debia buscarnos.

Era torpe.

Pasó cien veces por delante de un biombo, trás del cual estábamos escondidas, y pasó sin repararlo.

Poco despues oimos pasos en el techo.

Era que don Bartolomé nos buscaba en un desván que sobre el aposento en que estábamos habia.

A poco oimos un gran ruido en el techo.

Era el cañizo que se rompia

Se abrió un gran agujero, y don Bartolomé cayó.

Un gran yesote que cayó detrás de él, le dió en la cabeza y le mató: yo hice librar testimonio.

—Pues entónces, señora, no sois viuda, sino doncella y muy doncella, y por tal os tomo.

—Y como tal mi esposo os hago, señor don Gaspar, y con todo el contento de mi alma.

En aquel momento llegó el escribano.

Doña Elvira otorgó testamento, por el que instituyó su heredero universal á su sobrino don Gaspar, pero con la expresa condicion de que ántes de que ella muriera se casase con doña Bernardina.

Otorgóse otro de mancomunidad entre los novios, por el cual el superviviente debia heredar todos los bienes del otro.

Despues de esto, y como doña Elvira se sintiese más agravada, y fuese todavia ántes del medio dia, doña Elvira pidió se sacase un mandamiento cerrado, costase lo que costase, de la vicaría, que los novios se fuesen á la iglesia, y que confesasen y comulgasen.

En una palabra: todo debia hacerse con una prontitud vertiginosa.

Don Gaspar se prestó á todo.

Como que le iba la enorme hacienda de su tia.

El mandamiento cerrado estuvo al momento.

Le obtuvo el capellan de doña Elvira ayudado por algunos doblones.

A la una, en el mismo dormitorio de doña Elvira, que estaba gravísima, el capellan desposó á los novios.

Se habia convidado á mucha gente.

No parecia sino que, con el bullicio, doña Elvira se habia mejorado.

A lo ménos los médicos dieron algunas esperanzas.

Entre tanto, Isabel de Saavedra leia por la centésima vez, llorando, la carta de amores de don Gaspar.

CAPÍTULO XIII.

En que se vé lo que duraba el dolor en don Gaspar de Ezpeleta.

Adelantando la tarde, se mejoró de tal manera doña Elvira, que se pensó en prolongar algo la fiesta.

Los salones en que la fiesta se hacia estaban, además, distantes del dormitorio de doña Elvira.

Se buscaron músicos, comediantes, juglares.

Se improvisaba todo.

Se gastaba largamente el dinero.

Doña Elvira, de todo punto satisfecha de su querido sobrino, le habia dicho dónde estaba escondido el gato.

Don Gaspar se encontró, no ya con un gato, sino con un gran talego lleno de relucientes doblones de oro.

Creyó perder la razon.

Ni aun habia soñado que su tia pudiese ser tan rica.

Estaba contentísimo.

Por otra parte, su mujer le satisfacia.

Se hábia ataviado de una manera encantadora.

Relumbraba con la cargazon de joyas que llevaba sobre sí.

Estaba hermosisima.

La felicidad la rejuvenecia.

Parecia una niña.

Pero una niña grande, protuberante, rozagante, llena de incentivos irresistibles.

Él era hermoso, y se habia vestido tan galan y tan ricamente, que daba gozo verle.

Ellos envidiaban al novio.

A la novia ellas.

Con doña Elvira se habian quedado algunas personas graves.

Estas personas se relevaban.

Todas querian participar de alguna parte de la fiesta.

De aquella fiesta de bodas, que de una manera tan inesperada se les habia echado encima.

Se murmuraba mucho.

Se comentaba.

No se sabia á qué atribuir aquel extraño casamiento.

El mundo no pierde ocasion de hincar el diente.

Se aventuraban suposiciones irritantes.

Por supuesto, todo en voz baja, y á espaldas de los novios.

Doña Bernardina se habia olvidado de sus cuatro esposos.

En cuanto á don Gaspar, por el momento no pensaba en otra mujer que en la suya.

No porque hubiese comprendido que al casarse no debia tener amor para otra mujer más que para la suya, sino porque doña Bernardina le fascinaba.

Ésta, con su traje de boda, habia dejado se transparentasen bajo los encajes, unos hombros y un seno de una morbidez infinita, y resplandecientes de una blancura nacarada.

Doña Bernardina no sabia separarse de don Gaspar.

Don Gaspar no miraba á ninguna más que á doña Bernardina.

No se habia enterado todavía bien de ella.

Cuando más la examinaba, más bellezas en ella encontraba.

Aquello era un prodigio.

Una felicidad.

Entre tanto, porque habia avanzado la noche, Isabel de Saavedra, que se sentia mala, se habia recogido.

Desde su lecho oia de una manera perdida, vaga, la armonía que salia de los salones de la casa de doña Elvira.

¿Por qué habia baile en la casa de su vecina?

En aquella fiesta debia estar don Gaspar.

Allí habria mujeres.

Isabel, sin conocerlos, tenia el corazon amargado por los celos.

Y no sabia, no podia ni aun sospechar que aquella fiesta era por el casamiento del hombre á quien amaba.

Empezaba á sentir, la desventurada, el infierno de los ángeles caidos.

Entre tanto don Gaspar se encantaba al lado de su nueva víctima.

De improviso dijo una voz femenil:

—Juguemos al escondite.

—¡Sí, al escondite, al escondite!... dijeron todos.

Doña Bernardina se aterró.

Se acordó del malhadado juego del escondite de su boda anterior.

—¡Bah! dijo: por lo mismo que sucedió entónces, no sucederá ahora.

—¡Que se esconda la novia! dijeron los convidados.

—¡Que la busque el novio! dijeron todos.

Fué necesario ceder á aquella especie de plebiscito.

Doña Bernardina no quiso que para esconderse la acompañase nadie.

Se escondió.

Cuando á lo léjos, allá, proviniendo de uno de los extensos salones se oyó la palabra «¡Busca!» se soltó al novio.

Al pasar don Gaspar por una puerta á medio cerrar, oyó un profundo suspiro.

Un suspiro enamorado.

Entró.

Poco despues se oyó un grito agudo.

Luego ahogados gemidos.

Cuatro ó seis minutos despues salió don Gaspar, pálido como un muerto, con los cabellos erizados de espanto; en un completo estado de desórden.

—¡Luces! ¡luces! gritó desesperado.

Acudieron á sus voces.

Se trajeron luces.

Se encontró sobre un canapé, á doña Bernardina inmóvil.

No habia podido pedir el quinto testimonio.

Acudieron los médicos.

La mayor parte de los convidados habian escapado horrorizados.

Los médicos examinaron el cadáver.

No encontraron en él lesion que revelase un crimen.

Encontraron, sí, por las señales que en el cadáver quedaron, que doña Bernardina habia muerto de una apoplegía violenta.

Don Gaspar estaba inconsolable.

Daba gritos desesperados y lloraba como un niño.

Aun no habian transcurrido doce horas desde que conoció á su mujer y ya era viudo.

Parecia que estaba escrito que doña Bernardina no estuviese casada más que algunas horas.

La declaracion de los médicos salvó á don Gaspar de las actuaciones de la justicia.

Por más que á doña Elvira se le quiso ocultar la catástrofe que acababa de tener lugar en su casa, algunos convidados imprudentes se la revelaron.

Se agravó de una manera terrible.

Cayó en un delirio violento.

Al mediar la noche murió.

Cuando don Gaspar la vió muerta, pareció como que volvia de un sueño.

Se rehizo.

Dejó ver en su boca una sonrisa de Satanás.

—¿Y bien? dijo: miel sobre hojuelas.

Su voz era ronca y sombría.

—Las heredo á las dos: mi esposa era muy rica... riquísima: ¿cuando otorgaba su testamento de mancomunidad, no acababa de nombrar haciendas?

La voz de don Gaspar habia tomado una entonacion satánica.

—Yo me hubiera cansado de ella á los tres dias, añadió; se habia enamorado demasiadamente: tanto, que la ha matado su amor. ¿Y la otra?...

Habia vuelto á acordarse don Gaspar de Isabel.

—¡Ah! dijo: ¡mi cita! y no he encendido esta noche los faroles del Ecce-Homo: encendámoslos: es necesario que yo no le deje á oscuras cuando debo estarle muy agradecido.

Despues de este razonamiento impío y sacrílego, don Gaspar se apartó del aposento mortuorio donde, sobre el canapé, aun estaba su esposa de un momento.

Se fué á la ventana del Ecce-Homo.

La abrió.

Miró á la ventana de Isabel.

La encontró cerrada.

—¡Ah! ¡no importa!... dijo.

Y retirando el Cristo, y arrancando un pequeño pedazo de yeso de la pared, le tiró á la vidriera de la ventana de Isabel.

Esperó.

Miéntras esperaba, encendió los faroles.

Él se quedó en el nicho, echado de brazos en el mismo lugar que el Ecce-Homo habia ocupado.

En aquella posicion los faroles le iluminaban de una manera extraña.

La vidriera de Isabel no se abrió.

Don Gaspar tiró á ella otro fragmento de yeso.

Poco despues, la ventana se abrió.

CAPÍTULO XIV.

De cómo un acceso de tos en un hombre, y el beso de un padre, pueden hacer que otro hombre se rompa una pierna, y que un muerto se escape de las garras del diablo.

En la ventana habia aparecido una forma blanca y hechicera.

La iluminaba de lleno la luna.

Era Isabel.

Sintió una impresion indescribible cuando, á poca distancia, iluminado de una manera mágica por la luz de los dos faroles, vió á don Gaspar.

Habia algo de infernal, algo de espanto, algo de sobrenatural en el cuadro

sombrio que se habia presentado de improviso á los espantados ojos de Isabel.

Y entónces más que nunca, don Gaspar le pareció hermoso.

En contraposicion, el cuadro que se ofrecia á los ojos de don Gaspar, era hechicero.

Ya hemos dicho que Isabel estaba vestida de blanco.

Tenia sueltos los rubios cabellos.

Un ligero viento los hacia ondear.

La luz de la luna daba á este conjunto un tono suave, dulce, lánguido.

Un color frio, pálido, fantástico.

En el semblante de Isabel aparecia una gran pena.

Aparecia más hermosa.

Don Gaspar sonrió.

Para él no existian entónces los terribles sucesos que acababan de tener lugar.

No tenia ni vida ni alma más que para Isabel.

Y al mismo tiempo medía la distancia que separaba la ventana del nicho.

Era éste de tal manera pequeña, que con los piés abiertos se podia tocar á las dos paredes.

Eran estas ásperas.

Mejor aun.

Tenian mechinales.

Un hombre sereno y fuerte, podia pasar sin peligro del nicho á la ventana.

—¡Oh! exclamó don Gaspar avanzando el cuerpo para que Isabel oyese su voz contenida: ¡Bendita seais vos que habeis tenido compasion de mí!

—¡Callad, callad! dijo Isabel con la voz trémula: yo tengo que hablaros; tengo que deciros... pero no se si puede oirse. Esperad.

Y se quitó de la ventana.

Pero dejó abierta la vidriera.

Don Gaspar, que era audaz y valiente, concibió una idea diabólica, y no se detuvo en su ejecucion.

Se propuso pasar del nicho á la ventana.

Se puso sobre el alféizar del nicho.

Echó los piés fuera.

La altura no era gran cosa, porque tanto el nicho como la ventana, estaban en los primeros pisos respectivos.

Encontró uno de los mechinales.

Afirmó en él un pié.

Extendió el brazo y alcanzó á la parte inferior de la ventana.

Se afirmó.

Buscó con el otro pié, bajo la ventana, un mechinal.

Le halló.

Se izó y trepó por la ventana al aposento, á tiempo que volvia Isabel.

—¡Ah! ¿Qué habeis hecho? exclamó aturdida la jóven, pero conteniendo la voz.

Temió que su padre, que dormia en una habitacion no léjos de aquella, se apercibiera.

Cervantes velaba generalmente, trabajando en sus obras, gran parte de la noche.

Isabel se habia ido á mirar por las rendijas de la puerta si su padre trabajaba.

El aposento estaba á oscuras.

Se oia un fuerte é insistente ronquido.

Cervantes dormia.

Isabel se habia vuelto silenciosamente á su aposento.

Habia encontrado en él á don Gaspar.

Se habia aterrado por una parte.

Por otra habia experimentado una sensacion extraña.

Violenta.

El corazon la golpeaba con la fuerza de un martillo.

Apénas si podia tenerse de pié.

—¡Oh! ¡perdonadme, diosa! exclamó don Gaspar, que creia tener seguro su triunfo; ¡yo estoy loco de amor por vos!

Se habia engañado groseramente don Gaspar.

Habia creido que Isabel seria como tantas otras, de las cuales se habia burlado fácilmente.

Que como ellas, caeria ante el amor innoble de los sentidos, fascinada por la belleza, dominada por la audacia.

La inocente Isabel encontró de improviso una fuerza imponderable en su dignidad, en su virtud.

Ella sabia bien, sin explicarse la causa (era completamente inocente) que ella no podia, no debia consentir la presencia de un hombre en su casa, en su aposento, en las altas horas de la noche, miéntras su padre dormia, sin cometer un crimen infame, sin pecar de una manera imperdonable.

Se irguió de una manera terrible.

Don Gaspar vió arder en los azules y dulces ojos de Isabel, toda la cólera de la leona.

Se sintió dominado.

Más aun: tuvo miedo.

—¡Sois un infame! exclamó Isabel.

—Yo estoy loco, balbuceó don Gaspar.

—Yo no os quiero, yo no os puedo querer, dijo Isabel siempre en voz baja, por temor de que su padre, cuyo aposento estaba cerca, la oyese.

Pero á pesar de lo contenido de su voz, habia en ella un acento en que sonaban la indignacion y la ira.

En que vibraba el dolor.

—¡Oh! ¡perdonadme, señora de mi alma, perdonadme! dijo don Gaspar. Vuestra hermosura me ha cegado.

—Yo os creia honrado y bueno, dijo Isabel, ni más ni ménos que si ya hubiese

tenido largas conversaciones de amores con don Gaspar: yo habia esperado en vos: yo os queria como si hubieseis sido mi hermano... más aun... yo no sé de qué modo; vos me habeis desengañado: yo no puedo querer á un hombre que á tal atrevimiento se arroja, á tal perdicion se expone y me expone, y en tan poco tiene mi honra y mi virtud: ¿qué creeis que sucederá si mi padre se apercibe de que en mi aposento hay un hombre? salid, salid pues, no tardeis un momento, ó desesperada, si á mi padre siento, por esa ventana me arrojo, y sobre vos, sobre vuestra conciencia caerá mi sangre, y el dolor que mi muerte haya causado á mi amado padre.

—Yo os juro ante Dios, y por la salvacion de mi alma, haceros mi esposa, exclamó don Gaspar, asiendo una mano á la descuidada Isabel, y pretendiendo llevarla á los labios.

Pero Isabel le rechazó, y se abalanzó á la ventana.

—¿Salís? dijo con voz concentrada y terrible.

Don Gaspar sintió que se revolvia algo horrible en su cabeza.

Isabel, con su cólera, aparecia irresistible.

Incitaba al audaz jóven, como no le habia incitado mujer alguna.

Vacilaba.

Tenia el recuerdo de otras resistencias, de las cuales habia triunfado.

Sabia que una mujer enamorada puede luchar.

Pero que se defiende mal de la tenacidad, de la osadía del hombre á quien ama.

Todo consistia en un momento de fascinacion.

Pero en el momento en que iba á coger entre sus brazos á Isabel, se aterró.

Isabel se asió á la balaustrada de la ventana de una manera tan decidida, que á no retirarla vivamente don Gaspar, ya por la ventana se arroja.

Se oyó en aquel momento una tos violenta.

Una tos que continuó.

Era Cervantes que de ella padecia con frecuencia violentos accesos.

Era necesario darle, para que aquella fatigosa y violenta tos se calmase, una vinagrada.

Acudia cási siempre Isabel, que era la que dormia más cerca.

Don Gaspar blasfemó.

Insistir era una insensatez.

Hizo señas á Isabel de que se tranquilizase.

Se apartó más, retirándose hácia el fondo del aposento.

Entónces Isabel se retiró de la ventana, ganó la puerta, tomó la llave, la volvió de adentro á fuera, cerró la puerta y la aseguró.

—¡Ah! dijo don Gaspar: mejor... mejor... aun me queda una esperanza.

Y se metió debajo de la cama de Isabel.

El libertino usaba de todos los medios.

Hasta de los más repugnantes.

Extremadamente experimentado, esperaba que, pasado algun tiempo, la duda se apoderaria de Isabel.

Que acreceria en ella la tentacion.

Que se venceria á si misma, ó por lo ménos se amansaria en gran parte su fiereza.

Habia visto, á pesar de la cólera, en los ojos de Isabel, un amor voluntarioso é inmenso.

Un amor capaz de todo.

La resistencia de Isabel consistia, más que en otra cosa, en la sorpresa.

Pasada aquella sorpresa, debia venir el terrible trabajo de la tentacion.

Cervantes seguia tosiendo, y á cada momento de una manera más violenta.

Isabel, sin embargo, no acudia.

Era inocente, sí; pero no simple.

Habia comprendido cómo habia entrado en su aposento don Gaspar.

Como habia entrado debia salir.

La puerta del aposento de Isabel daba á un pasillo.

En este pasillo, y muy cerca de la puerta, habia una ventana.

A esta ventana, segura ya de don Gaspar, habia corrido Isabel.

La habia abierto.

Necesitaba cerciorarse de que don Gaspar volvia á ganar el nicho del Ecce-Homo.

Vió que el nicho presentaba su fondo tenebroso, que aparecia terrible á los ojos de la conturbada jóven.

La parecia un agujero del infierno.

El Cristo no estaba allí.

Esperó algunos minutos, y esperó en vano.

Era evidente que don Gaspar continuaba en su aposento.

Algo extraño, algo incomprensible para ella, atormentaba á Isabel.

La combatia.

La atraia.

Era necesario confesar que don Gaspar tenia mucha experiencia respecto á las mujeres.

Una voz poderosa, terrible, decia en el alma de Isabel:

—¿Por qué no le has oido?

Y la mirada candente de don Gaspar quemaba aun sus ojos, y por ellos llegaba hasta su corazon abrasándole.

Isabel desfallecia.

Su razon se perturbaba más y más.

Un deliquio terrible se iba apoderando de ella.

No veia ya el tenebroso nicho.

No veia otra cosa que á don Gaspar, enamorado, delirante, desesperado, mirándola con la boca entreabierta, con ojos flameantes, temblando todo.

Eva propendia á Adan.

Sufria un tormento desconocido.

Insoportable.

Hubiera gritado si hubiese podido.

Se la comprimia el corazon.

La latian las sienes.

Un trastorno insoportable, incontrastable, se apoderaba de ella.

El viento que zumbaba en la callejuela, que agitaba sus rubios cabellos, y que era helado, la abrasaba.

El éxtasis se apoderaba de ella.

Se retiró de la ventana.

Se volvió hácia la puerta de su aposento.

Aquella puerta la atraia.

Funesta herencia de la extremada sensibilidad de alma de Cervantes.

Dió un paso hácia la puerta.

Pero se detuvo.

Volvió á la ventana.

El Ecce-Homo no habia ocupado su lugar en el nicho.

No habia aparecido.

Los faroles iluminaban fatídicamente la entrada de aquel agujero.

Más allá, el tenebroso fondo abortaba para la imaginacion sobreexcitada de la pobre Isabel, extrañas, espantosas, horribles visiones.

Y continuaba el trabajo de la tentacion, y de la tentacion de lo desconocido en Isabel.

Continuaba el terrible trabajo de la tos de Cervantes.

Llegó un momento en que á Isabel se la reveló de tal manera el amor, misterioso, terrible, irresistible, que dió un paso decidido hácia la puerta.

Don Gaspar se habia divinizado en la imaginacion de Isabel.

Esto demostraba que don Gaspar habia obrado acertadamente en no haber abandonado el campo de batalla.

No podemos expresar bastantemente con qué especie de infernal ansiedad sintió don Gaspar sonar la llave en la cerradura de la puerta.

Isabel era suya.

Venia fascinada á él como la avecilla á las fáuces de la serpiente.

Gozaba ya en su triunfo don Gaspar.

Isabel deshizo con cuidado, para evitar todo lo que la fuese posible el ruido, la primera vuelta de la llave.

Crugió levemente la cerradura por segunda vez.

La puerta se abrió en silencio.

Isabel entró.

Don Gaspar, desde debajo del lecho, la veia.

La expresion del semblante de Isabel era elocuentísima.

Representaba el fácil triunfo de don Gaspar.

Isabel miró en torno con asombro.

Apareció en su semblante una expresion involuntaria de despecho.

No estaba allí don Gaspar.





En aquel mismo punto se oyó una voz un tanto impetuosa é irritada que dijo:

—¡Isabel! ¡Isabel!

Sin embargo no habia salido.

Estaba segura de ello.

A no ser que hubiese salido en tanto que ella, despues de una vacilacion de algunos segundos, entre si oiria ó no oiria á don Gaspar, habia abierto la puerta.

Corrió á la ventana.

El nicho aparecia abandonado aun.

Sintió la pobre Isabel una alegría involuntaria.

Y al mismo tiempo dos brazos trémulos que la asian por la cintura.

Se volvió violentamente desasiéndose de ellos al volverse, y vió ante sí á don Gaspar.

—¡Ah! ¡no!... ¡no!... exclamó Isabel con la voz apagada, trémula, inmensa en su conmocion: ¡idos!

En ella no habia ya ficcion.

El amor luchaba con la inocencia.

—Pero la dominaba, la vencia.

—¡La muerte contigo, ó contigo la ventura!... dijo don Gaspar.

Isabel vió una tal mirada en los ojos de don Gaspar, que, aturdida, impotente ya para toda reflexion, cayó casi desvanecida en sus brazos.

En aquel mismo punto se oyó una voz un tanto impaciente é irritada, que dijo á vueltas de una tos terrible:

—¡Isabel!... ¡Isabel!...

Era la voz de Cervantes.

Esta voz arrancó á Isabel, no sólo de los brazos de don Gaspar, sino tambien de su fascinacion.

Se arrancó de los traidores brazos que la aprisionaban.

Corrió á la puerta, y la volvió á cerrar.

Un momento más, y la honra de Cervantes, y la inocencia, el corazon y la vida de Isabel, se perdian en la locura del amor.

Isabel corrió á la puerta.

Volvió á cerrarla.

Volvió á echar la llave.

Don Gaspar la oyó decir con la voz, al parecer, serena:

—Esperad, esperad un momento, padre mio: ya os he oido toser: estoy acabando de vestirme.

—¿Y no te ha ahogado la tos, viejo maldito?... exclamó don Gaspar.

Y comprendiendo que ya era todo inútil por aquella noche, don Gaspar se fué á la ventana, y se echó fuera de ella para ganar el nicho.

Isabel, agitada aun, delirante, transportada, se tomaba algun tiempo, no sólo para serenarse, sino tambien para que su padre no extrañase que se hubiese vestido tan pronto.

Se descomponia, además, los cabellos.

Se aflojaba el traje.

Se lo desordenaba.

Era necesario que su padre creyese que se habia vestido muy deprisa.

De pronto, al par que resonaba la violenta tos de Cervantes, se oyó un grito horrible de espanto, de horror, que partia del fondo de la calleja.

Una voz que crispaba.

Luego sucedió un profundo silencio.

Isabel corrió á la ventana.

Miró al fondo de la calleja.

Escuchó.

Nada vió.

Nada oyó.

Miró al nicho.

El Ecce-Homo aun no aparecia en él.

Isabel temió que don Gaspar, al ir á pasar al nicho, se hubiese caido.

Así habia sucedido en efecto.

Irritado don Gaspar, aturdido, torpe, habia tomado mal con su pié derecho el mechinal en que debia apoyarlo en la pared contraria para ganar el nicho.

Habia caido al fondo de la callejuela.

Al caer habia gritado.

Despues no habia podido gritar.

El fondo de la calleja estaba tan oscuro, que nada podia ver Isabel.

Dió por muerto á don Gaspar.

Entónces se reveló todo su amor potente, terrible.

Se arrepintió de haber rechazado á don Gaspar.

Lo que más ama una mujer cuando bien ama, es su amor.

Todo lo pospone á él.

Honra, padres, vida, y aun seria capaz de dar por su amor el alma.

Se volvió á oir la voz de Cervantes que llamaba á Isabel.

Al mismo tiempo, del fondo de la calleja, partió un profundo y doloroso gemido.

Era don Gaspar, que, aturdido, desmayado un momento por la violencia de la caida, y por el dolor que le habia causado la pierna derecha al rompérsele, volvia en su conocimiento.

Isabel acabó de perder su alma en el amor de don Gaspar.

Pero no podia ménos, por más que su violento amor la retuviese en la ventana, de acudir á su padre.

Pero acudió trémula, descompuesta.

—¿Qué es eso? la dijo Cervantes cuidadoso, viendo en el semblante de su hija algo que le espantaba.

—No lo sé, padre mio, contestó aturdida la jóven.

—Pero tú estás pálida, temblorosa, insistió Cervantes: ¿has tenido algun mal sueño?

—Sí, sí, padre mio; un sueño muy malo.

—¡Ya!... habrás creido, como otras veces, que te llevaba el diablo.

Isabel, por lo exuberante de su imaginacion, por su piedad extremada, por las supersticiones de que tenia henchida la cabeza, adolecia de estas pesadillas.

Las contaba al otro dia con un candor y un terror inmensos.

—Sí, sí, padre mio, dijo profundamente Isabel: una vision horrorosa.

—Esas son vanas imaginaciones de tus sueños, Isabel, dijo Cervantes; es necesario que te cures de ellas: estás cada dia más pálida, más triste; temo que enfermes y... ¡sufro tanto sólo con pensarlo!...

Y la voz de Cervantes se conmovió, se le arrasaron los ojos, y al fin rompió á llorar.

Hacia mucho tiempo que sentia aprensiones por su hija.

Y las aprensiones de los padres, respecto á la salud de sus hijos, son terribles.

Es un sufrimiento, una ansiedad, una agonía que no tiene límite.

Es la mayor prueba á que Dios puede sujetar á una criatura.

El miedo, el espanto de perder á sus hijos.

Las lágrimas de Cervantes fueron un raudal de bendicion para Isabel

Ella conocia ya el amor.

Habia sentido su beso terrible.

Su beso supremo.

Pero tenia el alma noble y grande y pura, y capaz del martirio.

Se arrojó en los brazos de Cervantes, y exclamó llorando tambien:

—¡Oh! estad tranquilo, padre mio: yo procuraré no volver á soñar de este modo: yo pediré á Dios que no vuelvan á mí tales sueños, y Dios me oirá, Dios me libertará de ellos.

Y rompió á llorar.

Se alzó luego y dijo:

—Voy á traeros la vinagrada.

—No, hija mia, no: el cuidado en que me has puesto con el semblante que te he visto, me ha quitado la tos: yo me conozco bien: no volverá por esta noche: véte, véte y reposa.

Y la besó en la boca.

Aquel fué un beso de consuelo para Isabel.

Experimentó la diferencia que existia entre aquel purísimo beso paternal, y el beso de Satanás con que habia abrasado su boca y su alma don Gaspar.

Se fué á su aposento.

Cerró la puerta.

Luego la ventana.

No miró al nicho.

Se arrojó delante de su niño Jesús.

Levantó su espíritu á Dios.

Dios descendió á ella, y cayó transportada: sobrevino el éxtasis.

CAPÍTULO XV.

De qué manera un hombre honrado puede estar deshonrado, y sin conocerlo.

Sentia don Gaspar un dolor agudísimo.

Se le habia ido del corazon y de la cabeza Isabel.

De la misma manera, para él, en aquellos momentos, no existia una mujer en el mundo.

Su egoismo, el instinto de conservacion, el temor á la muerte, hablaban en aquellos momentos más alto que nada para él.

Se creia muerto.

La altura desde la cual habia caido era respetable.

El golpe habia sido terrible.

Nunca un goloso habia sido de tal manera castigado.

Le crecia, con los dolores, el terror.

Gritaba como un desesperado.

Y sin embargo, de tal manera habia levantado su espíritu á Dios Isabel, de tal manera se habia excitado, tal fenómeno magnético se habia apoderado de ella, que no le oia.

El espíritu de la jóven se perdia en la inmensidad.

Se transportaba, se anegaba en la eternidad.

Crecia su vida, y la arrancaba del mundo terrenal.

La llevaba á la fruicion de lo celeste, de lo infinito.

Era como su padre.

Las grandes emociones la transportaban á la poesía pura.

A la poesía del sentimiento.

A lo sublime de la poesía.

Al sueño de lo divino.

Muy pronto Isabel ni aun físicamente pudo oirle.

Habia caido en el paroxismo.

Por aquella vez el arcángel de su sueño no habia tenido el semblante de don Gaspar.

Éste no cesaba en sus alaridos.

Una ronda que acertó á pasar por el puente de madera del Esgueva, los oyó.

—Ya tenemos tres con ese esta noche, dijo un alguacil: no vamos del todo mal.

Acudió la ronda.

Se encontró, no con un herido, sino con un aporreado.

Además, don Gaspar, que estaba aun en traje de boda, no traia ni sombrero, ni capa ni armas.

—¿Qué os sucede? le preguntó el alcalde.

—Yo no sé lo qué me sucede, exclamó con voz cobarde don Gaspar: yo creo que soy hombre muerto: los médicos lo dirán: llevadme por caridad á mi casa· es esta de la esquina: la del Ecce-Homo: yo soy don Gaspar de Ezpeleta.

—¡Ah! dijo el alcalde: ¿pero cómo estais aquí?

—No lo sé.

—¿No lo sabeis?

—No señor: lo que sé es que me estoy muriendo: conducidme.

—Señor alcalde, dijo entónces el alguacil.

—¿Qué quereis? dijo el alcalde.

—Si no lo viese no lo creyera.

—¿Y qué es lo que no creeriais y que sin embargo veis?

—Que han robado el Santo Ecce-Homo que habia en ese nicho.

—¡Y es verdad! dijo el alcalde mirando al nicho, y viendo que no aparecia en él la imágen.

—Y este caballero está cabalmente debajo del nicho, dijo otro alguacil.

—El nicho tiene por dentro una ventana.

—Eso no os importa nada, dijo don Gaspar.

—¿Eh?... ¿qué?... exclamó el alcalde: á nosotros nos importa todo lo que atañe á la justicia.

—Enfrente del nicho, dijo otro alguacil, hay una ventana, á la que, por lo estrecho de la calleja, se puede pasar desde el nicho.

—Esa ventana es de la casa de doña Luisa de Montoya, viuda del señor Estéban de Garibay, dijo un porqueron de alguacil que acompañaba á la ronda.

—No, dijo otro: las ventanas del aposento donde vive doña Luisa con sus dos hijos, son las de la izquierda: estas otras son las del aposento del señor Miguel de Cervantes Saavedra.

—Estais hablando de más, dijo don Gaspar, y entre tanto no me conducís á mi casa. Dejaos de murmuraciones, y cumplid mejor con vuestra obligacion.

—Ved que estais dando en delito de desacato contra la justicia.

—La justicia no tiene vergüenza, dijo don Gaspar.

—¡Vive Dios!... dijo el alcalde, que si no estuviéseis tal de malparado, que os diera de palos: pero de ir á la cárcel no os han de salvar ni padres franciscos.

—Ya os guardareis de ello, si no quereis perder vuestra vara, dijo don Gaspar; que yo soy de la órden de la caballería de Santiago, y á más de esto, gentilhombre de cámara de su Majestad, y sobre mí no tiene jurisdiccion alguna la justicia ordinaria.

Acobardóse el alcalde cuando oyó hablar con tanto y de tanto fuero á don Gaspar, y se apresuró á mandar que le levantasen y le condujesen á su casa.

Hízose así, y poco despues don Gaspar estaba en un lecho, y le curaba un barbero de la vecindad, á quien se habia mandado llamar, y que tenia ínfulas de cirujano.

Este barbero entablilló como supo y pudo la pierna á don Gaspar, y le pronosticó que probablemente se quedaria cojo, cosa que á don Gaspar le puso en términos de furor contra Cervantes.

Si éste no hubiese tosido de una manera tan tenaz, ni necesitado del auxilio de su hija, las cosas hubieran ido muy de otra manera.

Cómo se hubiese quedado á solas don Gaspar con el alcalde, y por otra parte no hubiese parte ofendida ni lastimada, fuera de la pierna rota de don Gaspar, mediando algunas explicaciones, algunas de las cuales fueron contantes y sonantes, el alcalde se retiró deseando á don Gaspar una pronta y completa curacion.

Al dia siguiente se hicieron ostentosamente los funerales de dona Elvira y de doña Bernardina.

Al dia siguiente tambien supo todo el mundo en Valladolid, por los alguaciles de la ronda, y aun por el mismo alcalde, que don Gaspar de Ezpeleta se habia caido á la calle y se habia roto una pierna al pasar desde el nicho del Ecce-Homo á una ventana de la casa de Cervantes.

Cervantes estaba deshonrado en su hija.

Todos en Valladolid conocian su deshonra.

Todos ménos él.

CAPÍTULO XVI.

En que se dice lo que verá el que lo leyere.

Al dia siguiente, el Ecce-Homo habia aparecido en su nicho.

Don Gaspar habia mandado á sus criados, (que ya lo eran suyos los de su tia) reponer la imágen en su lugar.

El escándalo habia crecido.

Los criados habian comprendido lo mismo que habian comprendido los alguaciles.

Esto es, que don Gaspar, al ir ó al volver de la casa de Cervantes desde el nicho, se habia caido á la calle.

Lo contaron en la tienda, en la vecindad, por todas partes.

¿Qué les importaba?

Era un asunto que se prestaba ámpliamente á la murmuracion y se murmuraba.

Se hacia más y más girones la honra de Cervantes.

La hermosa tendera, en cuanto supo que don Gaspar estaba en el lecho con una pierna rota, allá se fué, y se plantó á la cabecera de su lecho para cuidarle.

Su padre no se metió en impedirlo.

¿Qué importaba?

Era casi un deber.

La tia de don Gaspar se habia provisto constantemente de la tienda.

Eran conocidos antiguos.

Don Gaspar se habia quedado solo en el mundo por la muerte de su tia y de su mujer.

¿Por qué no habia de cuidarle la hermosa Clara?

A más de esto, era muy posible que, cuidando ella de él, él, por agradecimiento, acabase por casarse con ella.

Se prescindia de todo.

Se sabia que don Gaspar habia heredado, no sólo á su tia, sino tambien á su mujer.

Ambas habian sido muy ricas.

Quedaba, pues, riquísimo don Gaspar.

Habia que trabajarle.

La niña, por su parte, obraba desinteresadamente.

Amaba á don Gaspar.

Le hubiese cuidado del mismo modo, aun que hubiera sido pobre como un raton.

Pero estaba terriblemente herida por los celos.

Don Gaspar se habia estropeado pasando de su casa á la de Cervantes.

Luego la hija de Cervantes era amiga íntima de don Gaspar.

Le aumentaban los celos.

Don Hernando de Toledo, por otra parte, estaba furioso.

Don Gaspar se le atravesaba por todas partes.

Por él le desdeñaba la hermosa tendera, que ántes de conocer á don Gaspar le habia engañado con esperanzas.

Enamorádose habia de la hija de Cervantes don Hernando: nada habia obtenido, ni aun una contestacion á sus cartas, y resultaba, así á lo ménos lo creia todo el mundo, que la hija de Cervantes habia favorecido, á don Gaspar, á lo cual, contra la opinion comun, no daba crédito don Hernando.

Habíase querido consolar con María de Ceballos don Hernando.

La bella fregona le habia entretenido con palabras, le habia aceptado regalos,

y vino á resultar, por último, que andaba perdida de amores por don Gaspar.

Se creó, pues, un ódio á muerte contra don Gaspar en el corazon de don Hernando.

Juró matar á su rival en el momento en que tuviese lugar para ello.

Era necesario que don Gaspar curase, convaleciese, recobrase las fuerzas.

Don Hernando estaba muy léjos de ser un asesino.

Pretendia matar, faz á faz, espada contra espada, en riña leal, á don Gaspar.

La curacion de éste fué larga.

No tardó ménos de dos meses.

Pero escapó sin cojera.

Recobró todas sus fuerzas.

Entre tanto, habia llegado el mes de Abril de 1605.

El dia 8 de aquel mismo mes habia nacido en Valladolid un príncipe, que fué despues Felipe IV.

Se habia firmado la paz con Inglaterra.

Para tratarla habia ido á Lóndres el condestable de Castilla, don Juan Fernandez de Velasco, á quien en la corte de Inglaterra se habia obsequiado, honrado y agasajado de la manera más cumplida.

Envió el rey de Inglaterra á la corte de España, para ratificar el tratado, á lord Howard, conde de Hotimgham, que con su séquito de seiscientos ingleses desembarcó en la Coruña, y se dirigió á Valladolid, donde llegó el 26 de Mayo, y donde fué magníficamente recibido por Felipe III.

El almirante inglés, pudo, pues, asistir y asistió al bautismo solemne del príncipe, que se hizo en el monasterio de San Pablo, el 28 del mismo mes, y asimismo asistió á la salida de la reina á misa el 31 en la iglesia de San Llorente.

En celebridad de la paz con Inglaterra y del nacimiento del príncipe, tuvieron lugar magníficas funciones de iglesia y ostentosas fiestas reales de toros, carros triunfales, saraos y máscaras en palacio, ejercicios militares, justas y cañas en que tomó parte el rey, y otras tan nuevas y maravillosas, que al decir de Vicente Esquivel, *mostraron la grandeza y prosperidad de la monarquía española, y admiraron á los embajadores y al mundo.*

Obsequióse con una espléndida comida al embajador de Inglaterra.

El condestable de Castilla y el duque de Lerma, dieron en su obsequio banquetes, en los que, además del lujo desplegado en las vajillas de plata y oro, y en los aparadores, asombró el enorme número de los manjares y de las bebidas; bastando decir que sólo en la mesa del Condestable se sirvieron mil doscientos platos, sin contar los postres y los entremeses, y otros muchos que se quedarian por contar.

Volvióse satisfecho de la acogida que en la corte de España se le habia hecho, á Inglaterra el almirante inglés, despidiéndose el 17 de Junio, de los reyes, y emprendiendo para embarcarse, el camino de Santander.

Con el objeto de perpetuar la memoria de estas fiestas, el duque de Lerma y el conde de Miranda, presidente del Consejo de Castilla, mandaron escribir una

relacion, que se imprimió en Valladolid aquel año, sin nombre de autor, aun que nos deja bastantes indicios de que lo fué Cervantes don Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto burlesco, en que censuró el lujo y el excesivo gasto de las fiestas, sin olvidar el haberse mandado escribir tales hazañas á don Quijote, á su escudero y al rucio, aludiendo con celosa rabia á Cervantes, que acababa de publicar su Don Quijote, con general aplauso de los que le habian leido.

A consecuencia de la gran loa que en cuanto se publicó el Quijote adquirió su autor, éste empezó á sufrir las soeces y envenenadas mordeduras de otros escritores que se veian rebajados y aniquilados.

Singularmente los autores de los libros de caballerías, tan bien y graciosamente ridiculizados por Cervantes, pusieron el grito en el cielo, y no sólo ellos, sino tambien el enjambre de nécios acostumbrados á la lectura de los tales libros.

En el escrutinio de la biblioteca de don Quijote habian sido mortalmente heridos algunos viejos escritores.

La crítica de Cervantes se habia ido hasta los autores de comedias.

Lope de Vega se habia sentido flajelado en el discreto coloquio del canónigo de Toledo.

Cervantes, irritado de tanta y tanta injusticia como habia sufrido, habia embestido con todo, y todo, con su poderosa pluma, si no lo habia deshecho, lo habia herido de muerte.

Surgian, pues, de todas partes, para Cervantes, los enemigos.

Le acribillaban á sonetos mordaces é insolentes, y generalmente desastrados.

Se empeñaron en una lucha grosera é infanda.

Se produjo, en fin, una especie de guerra literaria entre la multitud de autores que habian seguido á la corte, amigos los unos, enemigos otros, de Cervantes.

Era uno de estos amigos el famoso poeta Pedro Láinez, á quien Cervantes representó en su *Galatea* con el nombre de Damon.

Amigos eran tambien de Cervantes, el maestro Vicente Espinel, que asistió á las fiestas reales de Valladolid, y dejó de ellas una noticia circunstanciada en su *Escudero, Márcos de Obregon;* el secretario Tomás Dantesco, á quien encargó la villa la música y trajes del magníficó carro triunfal que salió en las mismas fiestas; el doctor Bartolomé Leonardo de Argensola, que, muerta en las Descalzas reales la emperatriz viuda doña Isabel, de la que fué capellan, siguió al conde de Lemos á la corte; el benedictino fray Diego de Haedo, abad defromista, que teniendo concluida su historia de Argel en 1604, estuvo en Valladolid solicitando las licencias para imprimirla; y como en ella se daba noticia de algunos hechos del cautiverio de Cervantes, y éste se preparaba á publicarlos tambien en su novela del *Cautivo,* era natural se reuniesen para confrontar sus trabajos.

Así parece revelarlo la conformidad que ambos libros tienen en las noticias, y aun en el estilo y la expresion; y así lo creia el Padre Sarmiento, que afirmaba haber oido decir á un monje de su órden, cuando apénas llevaba tres años de

hábito, la noticia que se conservaba por tradicion, de que un benedictino, hijo de Sahagun, habia ayudado á Cervantes á componer su Don Quijote, error ó falsa suposicion que debió provenir del contínuo trato y amistad de Cervantes con el padre Haedo.

Eran enemigos de Cervantes: don Luis de Góngora, que todo lo zaheria y lo desgarraba con su punzante pluma; el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid, que habia vuelto á su patria en 1604, despues de una larga ausencia, encontrándola tan variada con la natural mudanza del tiempo, que se juzgó más extraño en ella que pudiera en Etiopía; ambos soberbios y maldicientes, y que impulsados por la envidia, atacaron y zahirieron á Cervantes con sátiras tan groseras y tan malignas, que manifestaron bien, que no les ponia la pluma en la mano el celo de corregir defectos, sino las inspiraciones de la vanidad, el resentimiento del amor propio, y el agudo despecho al verse abrumados por la gloria que habia adquirido con su Don Quijote Cervantes.

Entre estas cosas, habian venido las fiestas por el nacimiento de Felipe IV y por la paz con Inglaterra.

A Cervantes le duraba aun el dinero que habia cobrado por la publicacion de la primera parte de su Don Quijote.

La reputacion que éste le habia dado, habia causado el encargo del Concejo de Valladolid de que escribiese la relacion de las fiestas.

Este trabajo no se le habia pagado mal.

Tenia, además, lo que le producian los negocios que por otros gestionaba en la corte.

Subvenia, pues, con una cierta holgura, y tal vez mejor que nunca, á las necesidades de su familia, harto modestas, es verdad, pero que á pesar de su modestia, habian sido casi constantemente insuperables á una pobreza mucho más humilde que ellas.

Descansaba.

Esperaba.

En su cabeza, ya entrecana, bullian rosadas ilusiones.

Su alma, siempre jóven, era entónces más jóven que nunca.

Pero esta tranquilidad, estas aspiraciones, estas rosadas ilusiones, tenian una sombra terrible.

Habia algo de amargura en la dorada copa á que Cervantes acercaba sus sedientos labios.

Esta sombra, esta amargura, era Isabel.

Desde la noche aquella en que una audacia de don Gaspar la habia emponzoñado el alma, y habia herido, si no destruido su inocencia, Isabel, ya bastantemente abatida, habia caido en un abatimiento mucho mayor.

La sonrisa se habia borrado de todo punto de sus labios.

Su mirada se habia apagado.

Una profunda melancolía se habia apoderado de ella.

Una dolorosa resignacion, valientemente contraida, fluia de ella.

El cansancio se revelaba en todas sus acciones.

Habian crecido su enflaquecimiento y su palidez.

Un tal estado físico y moral en su hija, mataba en Cervantes todo el contento que podian darle la gloria y la mayor felicidad de atender á la manutencion de su familia.

Sólo en momentos de olvido, ó cuando escribia su *Galatea*, gozaba algo el espíritu de Cervantes.

Pero estos momentos de paz, y aun de contento. pasaban rápidamente.

¡Cuántas noches, en altas horas, Cervantes, abandonando su *Galatea*, se iba al cuarto de su Isabel, y escuchaba, con el oido pegado á la puerta, por conocer si Isabel dormia tranquila, y cuántas veces el contínuo desvelo de Isabel y sus profundos y dolientes gemidos, hacian que el pobre padre de la puerta se separase y á su aposento se volviese con el corazon amargado, helado, y á su trabajo de fantasía volviese, buscando un lenitivo á su dolor en el sueño de su imaginacion.

Y nadie arrancaba la confesion á Isabel, de la causa de la enfermedad lenta, terrible, que la devoraba, y que de una manera segura, paso á paso, iba minando su existencia.

Se atribuia aquel estado suyo á condicion natural.

Pero la familia vivia atosigada.

La desventura de Isabel tenia á todos desesperados.

María de Ceballos, que podia haber dado una explicacion, callaba por la cuenta que la tenia.

Don Gaspar, que con sus rondaduras hubiera podido hacer ver algo, explicar algo, era prudente.

Sabia que la conquista del amor de Isabel era muy difícil.

Que necesitaba una gran prudencia.

Un gran tacto.

Don Gaspar habia creido lo más seguro no prodigarse.

Y no se engañaba.

A pesar de todo, Isabel sentia el tormento que la causaba la horfandad de su alma.

Habia momentos en que estaba á punto, desesperada, vencida por la pasion, de enviar con María de Ceballos, un mensaje á don Gaspar.

Pero se contenia.

Se la ponia delante su padre.

Se acordaba de aquella noche terrible en que, olvidada de todo, fascinada, enloquecida, habia estado á punto de caer en la deshonra.

Se estremecia.

Se encendia de rubor.

Se levantaba valientemente de su postracion.

Seguia luchando.

Pero agonizaba más y más dolorosamente de dia en dia.

María de Ceballos, que mantenia con don Gaspar unas relaciones del género

criaderil, que le amaba, que se moria por él y que sin embargo, y porque sus amores eran criaderiles, no tenia celos del amor de don Gaspar por Isabel, y le ayudaba en él, le informaba de todo.

De las melancolías, de las tristezas, de los desganos, de la enfermedad, en fin, que Isabel sufria.

Don Gaspar se sentia indudablemente amado.

Veia próximo, muy próximo el dia en que el amor podria más que la virtud y la dignidad de Isabel, y la arrojaria entre sus brazos.

Para cuando llegara este momento, don Gaspar contaba con María de Ceballos.

Y entre tanto Cervantes, su mujer, sus hermanas, su sobrina, y la misma Isabel, ignoraban lo que en Valladolid se murmuraba por todo el mundo.

Sabíanlo sus amigos, doña Luisa de Montoya y sus hijos, sus vecinos, y muchas buenas personas que á Cervantes visitaban.

Creíanlo unos, negábanlo otros, pero nadie lo decia á Cervantes ni á ninguno de su familia.

Don Hernando de Toledo, que alentaba por Isabel una pasion terrible, era de los que no creian que entre Isabel y don Gaspar hubiese mediado nada indigno.

Pero aun la calumnia, ó más bien el error, que suponia á Isabel amante secreto de don Gaspar, le daba celos.

Habia resuelto vengarse, y esperaba ansioso la venganza.

Entre tanto, entraba asiduamente en casa de Cervantes, y públicamente daba la mano y trataba como amigo á don Gaspar.

Habia renunciado sin gran violencia á Clara, que vivia públicamente, sin que de ello la importara nada, ni mucho ménos á su padre, en la casa de don Gaspar, y con el plausible pretexto de ser su ama de gobierno.

Se iban preparando fatalmente gravísimos sucesos.

CAPÍTULO XVII.

En que se vé con qué tenacidad y de qué infame manera hace el diablo sus marañas.

Isabel empezaba á vacilar.

Sus sufrimientos se la habian hecho insoportables.

Ya se permitia hablar algunas veces de una manera íntima con María.

Pero no nombraba á don Gaspar.

María alentaba á éste.

Veia próxima la hora.

Don Gaspar estaba resuelto á volver á meterse, en cuanto le fuese posible, en la casa de Cervantes, pasando por el nicho del Cristo, pero teniendo un gran cuidado de ver dónde ponia los piés para no dar otra vez en la calle.

Al fin, María, viendo ya bastantemente reducida á su pasion á Isabel, la habló de don Gaspar.

Las primeras veces Isabel la impuso silencio.

Al fin fué doblegándose.

Por último habló con María con toda la llaneza con que se habla á una confidenta.

La dijo que puesto que don Gaspar decia que la amaba tanto, que no podia vivir sin ella, la pidiera por esposa á su padre.

María llevó el mensaje.

Don Gaspar contestó que nunca habia pensado en otra cosa que en hacer su esposa á Isabel.

Pero que ántes de pedirla á su padre, queria tener con ella algunas conversaciones.

Estas conversaciones podian tener lugar tarde, de noche, cuando todos durmiesen, estando Isabel en su ventana, y don Gaspar en el nicho.

Resistió durante algun tiempo Isabel.

Pero transida de dolor por su amor, consintió al fin en una cita.

La señal era una luz en el cuarto de Isabel.

Esto indicaria que Cervantes dormia, y que podian hablar sin cuidado.

Miéntras la ventana del cuarto de Isabel estuviese cerrada, don Gaspar no esperaria su conversacion con Isabel.

Cervantes trabajaba generalmente por las noches.

Solia acostarse una hora ántes del amanecer.

Pero con mucha frecuencia el sol le encontraba trabajando aun.

Esto era generalmente los dias de fiesta, en que no tenia que gestionar los negocios de que estaba encargado, y podia, por lo tanto, dormir gran parte del dia.

Pero los dias de trabajo no era igual.

El pobre Cervantes necesitaba dedicarse temprano á los negocios, y para ello tomar algunas horas de descanso.

Se acostaba, pues, á las dos ó las tres de la mañana, para levantarse á las siete.

Con este rudo trabajo de la literatura y de la agencia, con este no dormir, con este no alimentarse, porque no se alimentaba propiamente dicho, Cervantes, reducido á una economía necesaria, que no permitia los cuidados que le eran necesarios por su salud y por sus achaques; por el continuo anhelar, por el continuo sufrir, por el temor continuo de que un dia se le cerrase todo y le fuese imposible subvenir á las necesidades de su familia, compuesta de viejas inútiles y de dos jóvenes que tampoco eran de una grande utilidad, que ya se sabe lo que

son los trabajos de las mujeres, Cervantes se iba acabando, consumiéndose, agravándose al par sus dolencias, empezando á determinarse en él una hidropesía, y ya la muerte, un fin próximo que era de esperar á cada momento por un accidente cualquiera, dejaba ver su pálida faz á Cervantes, y le espantaba, no por sí, sino por su familia, y particularmente por su hija.

Y sin embargo, siempre que Cervantes evocaba su musa, su musa se le aparecia, jóven, hermosa, sonriente, espléndida, rodeada de sueños y de ilusiones, y le besaba en la boca, y le tocaba en los ojos, y le rejuvenecia, y le hacia soñar esperanzas para lo porvenir, ni más ni ménos que si hubiera sido jóven y hubiera tenido delante de sí una larga vida.

Apesar de tanta desdicha, Cervantes no era tan desgraciado como pudiera haber sido.

Le consolaba la gloria que la publicacion de su Don Quijote le habia dado, lo que los libreros le buscaban, estimulados por la ganancia, las promesas de su propio pensamiento que le decian (¡y cuán falazmente!) que él llegaria al fin á dominarlo todo, que seria rico, que llegaria al desagravio de todo cuanto habia sufrido.

Ignoraba, además, el estado de la locura en que su hija se encontraba, aun que no ignorase (y este era el mayor de los sufrimientos), que su hija sufria.

Isabel era muy reservada, y la murmuracion pública, á causa de los amores de Isabel con don Gaspar de Ezpeleta, no llegaba á sus oidos ni á los de su familia.

En estos casos de honra, el deshonrado á causa de la locura ó de la pasion de una mujer, ó por la murmuracion pública, que necesita muy poco para ensañarse, es el último que lo sabe.

Isabel observaba de noche á su padre.

Miéntras éste velaba trabajando, mantenia cerrada la ventana.

Iba y venia.

Cuando cansado Cervantes, se acostaba, Isabel seguia observando.

Se acercaba de puntillas y descalza á la puerta del aposento de Cervantes.

Se sabia cuando éste dormia ó no.

Por una antigua afeccion á los brónquios, Cervantes no podia dormir sin roncar.

Cuando no roncaba, de seguro estaba desvelado.

Además, cuando se dormia, se llevaba dos ó tres horas de un tiron, y con un sueño profundísimo.

Sólo cuando Isabel oia roncar á su padre, abria la ventana de su aposento.

Don Gaspar, que habia esperado anhelante, quitaba el Ecce-Homo del nicho, y se ponia en su lugar, avanzando el cuerpo para estar más cerca de Isabel y poder hablarla en voz más baja.

La callejuela era apartada y solitaria y medrosa, y por ella no pasaba nadie de noche.

Cierto es que en Valladolid, corte accidental, nadie hacia la noche dia; se

retiraban temprano los rondadores : en las altas horas de la noche , era muy raro encontrar en las oscuras calles de la villa, ni una sola persona ni un solo sér viviente, á no ser el alcalde y los alguaciles de una ronda que muy de tiempo en tiempo salia, durante las altas horas, á dar una vuelta por la poblacion, y los perros pobres que vagaban en busca de algun hueso.

Tenian, pues, una gran seguridad de no ser observados, Isabel y don Gaspar.

Sin embargo, se engañaban.

Algun vecino, extremadamente curioso, observaba.

Al dia siguiente contaba á los otros vecinos, y á todo el que queria oirle, que el *Ecce-Homo de la callejuela del Esgueva, hablaba con la hija de Cervantes,* cuando no velaban más que las lechuzas, por lo cual habia que creer que el denunciador pertenecia á la especie.

Y como la murmuracion no puede contenerse en los límites de la verdad, se pasaba á añadir, que con mucha frecuencia el Ecce-Homo, dejando su nicho, se metia por la ventana en el aposento de Isabel.

Esto era calumnioso.

Escarmentada Isabel por aquella vez pasada, en que al volver á su aposento se habia encontrado en él á don Gaspar, no dejaba nunca abierta la ventana.

Alguna vez que, creyéndola rendida, incapaz de resistir de enamorada, don Gaspar se habia preparado á pasar del nicho á la ventana, Isabel la habia cerrado, y habia castigado al audaz, dejando de aparecer en la ventana algunas noches seguidas.

Sobrevenian cartas desesperadas de don Gaspar, que Maria de Ceballos daba á Isabel.

Al fin, estas cartas, y el mismo amor de Isabel, la desarmaban, y volvian las conversaciones nocturnas, del nicho á la ventana.

Por pudor y por dignidad, Isabel no hablaba una sola palabra de matrimonio á don Gaspar.

Don Gaspar, que no pensaba en manera alguna casarse con Isabel, evitaba cuidadosamente toda palabra que pudiese comprometerle.

Y así se pasaron dias y dias.

Enflaquecia más y más Isabel.

Tanto y tanto más engordaba la murmuracion de los vecinos.

Cervantes se desesperaba, no pudiendo explicarse la demacracion, la palidez y el enflaquecimiento de su hija.

Nada se veia.

Nada se notaba.

Nada se sabia.

La viuda del cronista Estéban de Garibay, esto es, doña Luisa de Montoya, que era vecina de Cervantes, como ya sabemos, en la misma casa y en el mismo piso, como que ocupaba el cuarto de la izquierda, tenia dos hijos ya mozos y astante libertinos.

El uno galanteaba á doña Constanza de Ovando, sobrina de Cervantes, hija de Andrea.

Pero doña Constanza, que tenia ya veintiocho años, y era muy séria y muy prudente, y además de esto, de espíritu apagado, incapaz de grandes pasiones, apénas si le hacia caso; le trataba ni más ni ménos que como se trata á un buen vecino.

Don Luis habia solicitado á Isabel.

Pero ésta le habia deshauciado de tal manera, que el jóven no se habia atrevido á insistir.

Pero no pudiendo olvidarse de ella, y no teniendo esperanzas de ser correspondido, la habia tomado aborrecimiento, ó mejor dicho, su amor se habia hecho vengativo, agresivo.

Tenia unos rabiosos celos.

Él era uno de los vecinos que acechaban á Isabel y á don Gaspar.

Alguna vez que los enamorados, poseidos por su amor, anegados en él, descuidados, hablaban más alto, don Luis, con un despecho terrible, oia sus ternezas, se encelaba más y más, y villanos pensamientos surgian en su cerebro.

Proponíase advertir á Cervantes, á fin de que terminasen aquellas peladuras de pava que le desesperaban.

Pero no se atrevia á ir con el mensaje á Cervantes.

En cambio, en la plaza pública, ó lo que es lo mismo, en la Carrera de San Francisco y en el Ochavo, donde se reunian todas las tardes los ociosos de la villa, rodaba la honra de Cervantes, y se ponderaban y exajeraban los amores de su hija con don Gaspar de Ezpeleta.

Por de contado que delante de este último, nadie se atrevia á decir ni una sola palabra que ni aun remotísimamente pudiese relacionarse con Isabel de Saavedra.

Don Gaspar tenia fama de tener muy mal genio.

No habia matado á nadie, es cierto; pero habia reñido con suma frecuencia, habia obtenido una terrible fama de valiente, y era por todos respetado.

Sólo habia en Valladolid una persona á quien le importase muy poco de don Gaspar.

Esta persona era don Hernando de Toledo.

Ya sabemos que don Gaspar habia desbancado á éste respecto á dos mujeres.

A Isabel y á Clara la tendera.

Esta última habia llegado, como sabemos, hasta el punto de irse á vivir, en calidad de ama de gobierno, con don Gaspar.

Estaba horriblemente celosa de Isabel.

Pero no se atrevia á nada.

Por una parte, don Gaspar la tenia metida en un puño, como suele decirse.

Por otra, espléndido, más que espléndido, pródigo, la regalaba régiamente.

Al lado de don Gaspar, Clara hacia su fortuna.

Además de esto, don Gaspar gustaba de ella, y era para ella un buen amante.

No se atrevia, pues, Clara, á hacer nada abiertamente contra Isabel, no fuese que don Gaspar se irritase y lo perdiese todo.

Pero la llama de los celos, cuanto más se comprime, más crece.

Don Gaspar era terrible.

No sólo no ocultaba á Clara las peladuras de pava con Isabel, sino que le contaba lo que con ella hablaba, y la dejaba entender que tenia grandes esperanzas de rendir á Isabel.

Don Gaspar trataba á Clara como hubiera podido tratar un antiguo romano á una concubina esclava suya.

Por otra parte, don Hernando de Toledo, que generalizaba el amor, tanto por lo ménos como don Gaspar, que habia tenido amores, aunque no hubiesen sido de trascendencia con Clara la tendera, no dejaba, respecto á ésta, la ida por la venida.

Seguia su conquista.

Ella, encelada, coqueteaba con él.

Le tomaba el agua bendita, cuando ella á la iglesia acudia (indefectiblemente iba todos los dias de precepto), y donde el caballero, á la hora que iba, la esperaba.

La galanteaba, aun que siempre en vano.

Queria acompañarla, y ella no se lo permitia.

No era don Hernando de Toledo hombre que riñese fácilmente por una mujer.

Así se comprendia que aun no hubiese reñido con don Gaspar, á pesar de que éste le habia quitado dos mujeres.

No habia consistido en él, sino en ellas.

Don Hernando, además, encontraba ridículo el reñir por una mujer que no le queria.

Y por nada del mundo don Hernando, que era extraordinariamente susceptible, se hubiera puesto en ridículo.

Se iban, sin embargo, condensando las pasiones de todas partes.

La firmeza de Isabel irritaba, exacerbaba á don Gaspar.

Llegó, al fin, á determinar en él un empeño que frisaba en la locura.

Se le hizo, pues, de dia en dia, más indiferente Clara.

Hasta el punto que llegó á serle enojosa.

El amor de Isabel iba siendo exclusivo para don Gaspar.

Algun tiempo más, y don Gaspar, desesperado, hubiera pensado en el matrimonio para poner fin á sus sufrimientos.

Hubiera luchado con esta idea.

Pero la idea hubiera al fin vencido.

Isabel, sin saberlo, y puramente por dignidad, trataba á don Gaspar como únicamente debia tratársele para rendirle.

Pero los acontecimientos se precipitaban.

La esclava por amor se revelaba.

No bastaban los celos.

Habian venido las desatenciones.

El olvido.

El abandono.

El desprecio.

El enfado.

Sobrevino una escena violenta entre Clara y don Gaspar.

Éste, y por fin de la escena, dándole algunos puñados de oro, y permitiéndola se llevase, no sólo todo aquello que la habia regalado, sino lo que ella le habia robado, la echó á la calle.

Y ella no se fué á casa de su padre.

Habia prescindido completamente de él.

Se fué con todo su equipaje, sin aviso prévio, y como quien se vá á su casa, á la de don Hernando de Toledo.

Éste, que estaba tan empeñado por Clara la tendera como por Isabel, se puso malo de sorpresa al ver que por las puertas se le entraba lo que él habia creido un imposible.

La abrió su casa.

La recibió en ella.

Ella tomó posesion de la casa de don Hernando de Toledo, bajo el título especioso de ama de gobierno.

Don Hernando la abrió los brazos.

Pero Clara no se arrojó en ellos.

Se irguió y dijo que se la injuriaba.

Que se pretendia abusar de ella.

Que se suponia que ella habia sido la querida de su amo.

Que se presuponia que ella no podia ni debia ser ama de gobierno de un hombre sin ser su querida.

Que esta era una odiosa suposicion.

Una injuria intolerable.

Una bajeza insufrible.

Usó de todas las retrecherías insoportables de toda mujer de trastienda para con un hombre á quien no ama, y del que se siente amada, y por lo tanto, pretende usar sin ser usada ni abusada.

De la posicion de esclava pasaba á la de señora soberbia y despótica, sin corazon ni piedad.

Asustó á don Hernando, cuando despues de una larga peroracion, irritada, le anunció que iba á salir de su casa como habia entrado en ella, con la misma facilidad, y aleccionada para no volver á fiar en las apariencias y creer caballero al que no era más que un pícaro.

Don Hernando se puso á la puerta de la habitacion y la impidió que saliese.

Ella dijo que daria voces, y apellidaria socorro á la justicia.

Que de ella no se burlaba nadie.

Don Hernando, como Clara la tendera levantaba demasiado la voz, se subordinó.

Ella se hizo de rogar.

Puso blando como un guante á don Hernando.

Hizo tanto, tanto dijo, tanto protestó, tanto se indignó, que don Hernando llegó á creer que, en efecto, Clara no habia sido en casa de don Gaspar de Ezpeleta más que ama de gobierno.

Éste arreciaba en deseos por la tendera.

Ella tomó posesion completa de la casa.

Don Hernando se encontró con un tormento inaudito.

Ni dádivas, ni súplicas, ni lágrimas pudieron ablandar á Clara.

Era, como ella decia, el castillo fuerte.

El jamás rendido.

El inexpugnable.

Y al mismo tiempo emponzoñaba á don Hernando contra don Gaspar.

Estaba sedienta de venganza.

Necesitaba un instrumento y se lo fabricaba en don Hernando.

Éste empezaba á cobrar á don Gaspar un odio á muerte.

El diablo continuaba haciendo la maraña.

Una tarde, en el Ochavo, que era en Valladolid lo que en Madrid las gradas de San Felipe el Real, esto es, el Mentidero, habia un corro de jóvenes hidalgos, todos de la cáscara amarga.

Entre ellos se encontraban don Hernando de Toledo y don Luis de Garibay.

Este último estaba irritadísimo.

Los celos que sentia contra don Gaspar de Ezpeleta, por sus amores con Isabel de Saavedra, eran crueles.

Si no habia embestido ya con don Gaspar, no habia sido ciertamente porque le temiese, sino por respetos que don Luis tenia que guardar.

La vecindad de Cervantes.

La buena amistad que su madre tenia con Cervantes y su familia.

Lo que á su madre amaba y temia don Luis.

Que doña Luisa de Montoya era una de aquellas antiguas castellanas varoniles y de pelo en pecho, de las cuales no se emancipaban los hijos aun que les arrastrasen las barbas y tuviesen nietos, lo que, añadido al amor filial, la hacia insuperable.

Pero ya que por sí mismo, por todas aquellas consideraciones, don Luis no podia hacer nada contra don Gaspar, directamente, buscaba, y por cierto no con mucha desidia, medios indirectos que le llevasen á su objeto.

Es decir: la muerte de don Gaspar.

A los muertos se les llora.

Se les recuerda algun tiempo.

Pero al fin, más pronto ó más tarde, se les reemplaza.

Esta es la vida.

Don Luis sabia demasiado que no habia nada de deshonroso para Isabel en los amores con don Gaspar, por más que la maledicencia pública dijese otra cosa.

Don Luis habia estado en contínuo acecho.

Habia visto que jamás don Gaspar habia pasado del nicho á la ventana.

Que jamás, y pudiendo dárselas á causa de lo pequeño de la distancia, se habian dado las manos.

Sabia todo el mundo que don Hernando de Toledo andaba que bebia los vientos por la hija de don Quijote.

El Quijote se habia hecho ya célebre, y don Quijote llamaban á Cervantes cuando le nombraban.

Los unos por admiracion.

Los otros por envidia y saña.

Cuando llegó al corro don Luis de Garibay, los otros estaban dando cordelete á don Hernando de Toledo á propósito de Isabel.

Llegó don Luis y aumentó el fuego.

Hubo uno que dijo:

—Mal puesto estais, don Hernando, que aun que nunca hasta ahora de vuestro valor se ha dudado, dicen que si no le quitais el amante á la Quijotina, (así llamaban á Isabel de Saavedra, por ser hija de Cervantes), es porque teneis mayor prudencia de la que es menester para, sin ser descortés, encontrar el modo de pedir razon á don Gaspar de Ezpeleta.

—Porque la Quijotina ame ó no ame á don Gaspar de Ezpeleta, éste no me ha ofendido ni podido ofenderme, ni soy yo hombre que riña por mujeres que no quieren que yo riña por ellas.

—Pues don Gaspar dice, dijo entónces intencionadamente don Luis de Garibay encontrando una ocasion, que miéntras él viva, ni vos ni nadie os atrevereis, no ya sólo á buscar y á solicitar á la Quijotina, sino que ni aun siquiera os atrevereis á pasar por su calle.

—Pues á su calle me voy y á su casa, que soy yo un grande amigo del señor Miguel de Cervantes, dijo don Hernando que reprimia mal su cólera.

—Sí, insistió don Luis; pero don Gaspar dice que os contentais con el olor, porque don Quijote, que es muy puesto en sus puntos, no deja que en su casa sus amigos vean á nadie más que á él: las mujeres están como en un convento.

—Pues aventurándose á decir esas cosas don Gaspar, dijo don Hernando, yo os declaro que es un villano, indigno de todo punto del ilustre nombre que lleva.

Don Hernando habia perdido de todo punto los estribos.

Empezó á echar sapos y culebras contra don Gaspar, y juró por Dios y por su alma, y afirmó por su honra, que don Gaspar no se habia de ir al otro mundo sin pagárselas.

Si aquella tarde llega á concurrir, como solia don Gaspar, al Ochavo, acontece una desgracia.

Pero no fué.

Hacia ya algunos dias que faltaba.

Le tenia triste y apartado de todo el amor de Isabel.

Al oscurecer se separó don Hernando de sus amigos, irritado contra don Gaspar.

Se fué á su casa.

Encontróse con Clara que acababa de llegar de la calle y se desprendia el manto.

Habia ido al jubileo que aquella tarde tenia lugar en la parroquia.

Al jubileo habia ido tambien toda la familia de Cervantes.

Don Gaspar las habia esperado á la entrada.

Llegaron á aquel tiempo á la pila del agua bendita, Isabel de Saavedra y Clara la tendera.

Don Gaspar ofreció agua bendita á Isabel.

Pero, aun que vió á Clara, no sólo no la sirvió agua bendita, sino que llegó al caso estupendo, insoportable, asqueroso, inícuo de hacer la vista gorda.

Un desprecio tal merecia un terrible castigo.

En su irritacion, Clara acabó por decir:

—Si matais á don Gaspar, os amo; soy vuestra.

Esto era una gran tentacion para don Hernando.

Fué, sin embargo, prudente.

Dijo que tal vez don Gaspar no habria reparado en ella, y que en todo caso, aquel no era asunto para remitirle á las espadas.

—Bien se conoce, dijo la violenta tenderilla, que os morís de miedo sólo con pensar que teneis enfrente de vos, espada contra espada, á don Gaspar de Ezpeleta: pues bien: yo se lo contaré á todo el mundo, á fin de que hasta los muchachos se os atrevan y os escupan á la cara.

Y dejando con la palabra en la boca á don Hernando, se fué.

Sintió don Hernando un infierno de ira, de celos, de rabia.

Don Gaspar de Ezpeleta se le hacia insoportable.

Vaciló aun.

Pero la palabra *cobarde* del Ochavo, repetida en su misma casa por Clara la tendera, le inflamó, le enloqueció.

Al fin la cólera y los celos le embriagaron.

—¡Cobarde!... dijo: pues vive Dios que hemos de verlo, y muy pronto.

Cambió de traje, poniéndose uno oscuro de ronda.

Eligió la mejor templada, la más dura, la más límpia de sus espadas.

Se la ciñó.

Se colgó de la pretina un broquel á prueba.

Luego se fué á la callejuela del Esgueva, á esperar á don Gaspar de Ezpeleta.

CAPÍTULO XVIII.

En que estando ya á punto de vencimiento Isabel, se interpone, para perderla ó salvarla, la fatalidad.

Habia adelantado don Gaspar algun tanto con Isabel.

Habia logrado que ella le prometiese bajar la noche siguiente á una reja del piso bajo.

Aquella reja correspondia á un zaquizamí que habia en el patio de la casa.

Este patio era comun á los únicos vecinos que la casa tenia.

Estos vecinos eran: en el cuarto de la izquierda, Cervantes con su familia.

En el de la derecha, doña Luisa de Montoya con sus hijos y una criada.

A más de la húmeda y negra sala baja que en este patio habia, y que tenia una gran reja á la calle, habia una caballeriza capaz para dos caballos, un gallinero y un lavadero.

Cada cuarto tenia una escalera interior que descendia al patio.

La escalera, en la parte de la casa que correspondia á Cervantes, estaba al extremo de un pasillo que por el otro lado tenia una bóveda que á la calle correspondia.

En este pasillo estaban los cuartos de Cervantes y de su hija, y la cocina.

Isabel podia bajar al patio sin ser sentida.

Loca ya, vencida por los ruegos, por las impaciencias y aun por los furores que la contrariedad de su único deseo causaban á don Gaspar, Isabel, como hemos dicho, habia consentido en bajar á la reja.

Cervantes andaba por aquellos dias más aquejado que comunmente de sus achaques; trabajaba poco y se acostaba temprano.

Las amorosas conversaciones de los amantes eran mucho más largas.

Comenzaban á las Ánimas, y aun ántes, y duraban hasta que amanecia.

El alma de Isabel se emponzoñaba más y más.

Más y más se perturbaba su razon.

Don Gaspar habia llegado á ser para ella lo supremo.

Resistia aun la virtud, pero quebrantada.

Don Gaspar empezaba tambien á vacilar por su parte.

Su maldad estaba quebrantada tambien.

Empezaba á pensar en que era posible que él se casase con Isabel, y enmendase su vida.

Sin la fatalidad, que dá al traste con los más firmes propósitos de los hombres, este casamiento se hubiera efectuado.

La posicion de la pobre Isabel habria acabado de enamorar á don Gaspar.

De hacerle sentir la necesidad invencible de unirse á ella con cuantos vínculos pueden unir á un hombre y á una mujer.

Instintivamente Isabel conocia que ella lo era todo para don Gaspar.

Habia llegado á tener, respecto á él, una confianza ciega.

Le amaba cuanto ella podia amar.

Con delirio.

Con toda la poesía de su alma.

Con toda la firmeza incalculable de su voluntad.

Puede decirse que por el alma, por el corazon, por todo ménos por la posesion, eran ya esposos Isabel y don Gaspar.

Por esto Isabel habia consentido en bajar á hablar por la reja con don Gaspar en cuanto su padre se durmiese.

Don Gaspar, desde poco despues de las Animas, estuvo oculto detrás del Ecce-Homo.

Esperaba que la ventana de Isabel se abriera y se dejara ver el reflejo de la luz.

Entónces don Gaspar debia bajar á la calle y llegarse á la reja donde ya le esperaria Isabel.

A las Ánimas, despues de haber rezado el rosario con su familia, Cervantes se fué á su cuarto.

Isabel al suyo.

Cervantes estuvo papeleando algun tiempo.

Dejó al fin su trabajo, se desnudó, apagó la luz y se acostó.

Poco despues roncaba.

Isabel, que escuchaba en la puerta misma del aposento, esperó á que los ronquidos de su padre la demostraran por su intensidad, por una especie de intensidad sorda, que dormia profundamente.

Cervantes tardaba generalmente en dormirse.

Pero despues de dormido, hacia todo su sueño de un tiron.

Isabel creyó que podia bajar con seguridad á la reja.

Palpitante, ansiosa, loca de amor, fué á la ventana de su cuarto y la abrió.

Ya hemos dicho que esta era la señal para que don Gaspar saliese de su casa y acudiese á la reja.

Isabel cerró la ventana y apagó la luz.

Luego, descalza, con los chapines en la mano, salió silenciosamente de su aposento, bajó las escaleras, atravesó el patio y entró en la sala baja.

Abrió las maderas de la reja, lo que la costó un gran esfuerzo, porque hacia mucho tiempo que aquellas maderas no se abrian, y estaban hinchadas por la humedad.

Cuando estuvieron abiertas, se sorprendió, viendo que al otro lado de la reja no estaba don Gaspar.

Se oia al mismo tiempo el ruido de dos acaloradas voces de hombre que hablaban, al parecer, junto al puente de madera del Esgueva.

En una de aquellas dos voces creyó conocer Isabel la de don Gaspar.

Se sobresaltó.

Temió una desdicha.

Escuchó con toda su alma.

Las voces se trababan más y más.

La disputa crecia.

Pero Isabel no entendia una sola palabra, á causa de la distancia.

Pero no tenia ya duda de que uno de los hombres que disputaban era don Gaspar.

Veamos lo que sucedia.

CAPÍTULO XIX.

De qué manera tan terrible se puede despertar de un buen sueño.

Alborotado el corazon, temblándole las piernas, la cabeza vaga con una perturbacion terrible, don Gaspar dejó el nicho del Ecce-Homo en cuanto vió abierta la ventana de Isabel.

No necesitó apercibirse para salir.

Estaba ya prevenido.

Así es que inmediatamente se lanzó á la calle.

La puerta principal de su casa daba sobre la márgen del Esgueva, y estaba como á cincuenta pasos del puente de madera, en cuyo extremo izquierdo empezaba la callejuela donde vivia Cervantes.

Avanzó rápidamente don Gaspar.

Pero al llegar al puente le salió al encuentro un hombre armado.

El borde del Esgueva por donde marchaba don Gaspar, era sombrio y estaba defendido por un parapeto.

El hombre que le habia salido al encuentro decididamente, porque se habia parado como para no dejarle pasar, á causa de la estrechez del sitio, estorbaba completamente el paso.

Era entreclara la noche.

Don Gaspar vió que el negro bulto que delante se le habia puesto, tenia una larga espada desnuda en la mano.

O era un salteador, ó uno de los muchos enemigos que á causa de las mujeres tenia don Gaspar.

Él no podia figurarse fuese don Hernando de Toledo.

Don Hernando, si no era su amigo, nunca se habia contrapuntado con él.

Habia disimulado profundamente el odio que contra don Gaspar habia sentido desde el punto en que aquél se habia hecho amar de la hermosa hija del tendero.

Su odio habia crecido hasta lo mortal, cuando supo que don Gaspar era el hombre á quien amaba Isabel.

Todavía, sin embargo, habria disimulado.

Pero su odio habia hervido en el fondo de su alma, y con las excitaciones que aquel dia habia sufrido, habia rebosado.

Se habia armado como sabemos, y desde el oscurecer se habia ido á esperar, en el puente de madera del Esgueva, si don Gaspar salia ó parecia por allí ó no.

Habia esperado dos horas largas.

Al fin don Gaspar habia aparecido.

Don Hernando habia esperado sentado en una piedra en que se apoyaba el puente.

Así habia disminuido su volúmen.

Conoció á don Gaspar mucho ántes de que llegara.

Se puso de pié y le atajó el paso.

Don Gaspar, que vió ante sí aquel embozado, de cuyas intenciones agresivas no podia dudarse, desnudó la espada y empuñó el broquel, preparándose á reñir, y quedándose á cierta distancia para evitar un mal golpe.

No podia decirse cuál de los dos estaba más irritado.

Si el uno por la impaciencia de su amor, ó el otro por la rabiosa ira de su despecho.

—¡Paso! dijo con voz ronca don Gaspar.

—No hay paso, ni para adelante ni para atrás, dijo don Hernando desfigurando la voz.

Estaba resuelto á morir ó matar, y no queria le conociese don Gaspar.

Primeramente porque no queria que atribuyera á sus celos su agresion.

Despues, por respeto á la justicia.

Pero desfiguró tan mal la voz, que don Gaspar le reconoció.

—Vive Dios, dijo, que me alegro, don Hernando. A este punto debíamos haber venido hace ya mucho tiempo; vos habeis disimulado, y yo he disimulado porque vos disimulabais; pero yo tenia la seguridad de que al fin se acabaria el disimulo: no me sorprende: á la buena hora: pero hacedme la merced de dejarme franca la vía, á fin de que yo pueda ir á hablar con *mi esposa* que me espera, y mañana será otro dia, y nos mataremos amigablemente á la luz del sol.

—Por Dios vivo, exclamó don Hernando, que sois un pretensioso, y que cuando llega la ocasion, descubrís la hilaza.

—¿De qué?

—De vuestra infame cobardía.

—¡Ira de Dios! exclamó don Gaspar, que era verdaderamente valiente, que con esa palabra infame, como vuestra, os habeis sentenciado.

Y sin más hablar arremetió con don Hernando.

Don Gaspar era valiente y buen espadachin.

Pero don Hernando era uno de los mejores esgrimidores de su tiempo.

Además de esto, por su propia valentía, y por la seguridad que tenia en su destreza, una vez sobre las armas, era el hombre más sereno del mundo.

Tanteaba al enemigo, le apuraba, le cansaba; y salia del lance dándole una estocada corta ó un tajo de amigo.

Únicamente lo que bastaba para ponerle fuera de combate.

Nunca habia matado.

Se habia contentado con herir.

Habia herido á infinitos.

Se le habia cogido miedo, y hacia mucho tiempo que la espada se enmohecia en la vaina.

Don Gaspar se habia hecho tambien respetar, estropeando á algunos.

Pero tampoco tenia ningun *muerto*, ningun *desgraciado*, como se dice técnicamente.

Habia llegado el punto de que ambos se llenasen el ojo, ansiosos de matar.

Don Gaspar era impetuoso, ardiente.

Se crecia con el peligro.

Pero se irritaba cuando no vencia pronto, y se ponia á punto de descomponerse.

Don Hernando por el contrario; cuanto más terrible era su enemigo más se aplomaba.

Más cerraba su juego.

Más se cubria.

Más se hacia impenetrable.

Don Gaspar se lanzaba con una bravura de loco.

Don Hernando paraba con aplomo sereno, y volvia á parar, y no contestaba.

Buscaba la vida de su enemigo en un descuido, y de una sola vez.

Por un golpe concluyente.

Isabel, asida á los hierros de la reja, con las manos crispadas, pretendia sacar por entre los hierros la cabeza, para ver mejor.

Nada veia desde donde estaba.

Pero oia perfectamente el choque de las espadas, y aun el poderoso alentar de los que reñian.

Estaba helada de espanto.

Aprensiva de suyo, contaba por muerto á su don Gaspar.

Al amor de su álma.

Queria gritar.

Pedir socorro.

Atajar aquella terrible riña.

Pero tenia un nudo en la garganta.

Su lengua seca y convulsa se aislaba en su boca.

Los latidos de su corazon eran tan poderosos, que la impedian la respiracion; que la ahogaban.

Un pánico horrible que no paraba, la dominaba.

Subia la sangre á su cabeza.

Reventaban de lágrimas sus ojos, y no lloraba.

Temblaba toda.

Aquella era una situacion horrible, fuera de toda medida para la pobre Isabel.

Continuaba la riña.

Acrecia el ruido de las espadas.

Y sin embargo, tal era la perturbacion moral y física de Isabel, que nada oia.

Nada más que un sordo zumbido en los oidos.

Un zumbido que á veces se convertia en un silbido.

En el silbido ténue, pero terrible de la serpiente.

Isabel estaba bajo la embriaguez del terror, y del horror.

Al fin cayó en un estado tal, que podia decirse que no tenia la conciencia de sí misma.

Y seguia la pelea.

No pasaba nadie.

Aquellos lugares eran de todo punto solitarios de noche, singularmente á aquellas horas.

A pesar de que el choque de las espadas era ya tan violento, que bastaba para haber despertado á algun vecino, nadie acudia.

Ni una sola ventana se abria.

Cervantes dormia profundamente.

Los demás individuos de su familia dormian en el interior de la casa, y no podia llegar á ellas el ruido.

Doña Luisa de Montoya habia oido el ruido, pero se habia vuelto del otro lado, murmurando:

—Allá se las compongan: siempre será por alguna vecina.

En cuanto á sus hijos, don Estéban y don Luis, se habian apercibido de la riña.

Don Luis habia despertado á don Estéban.

—Vístete, hermano, le dijo, que mucho será que no tengamos que acudir.

—Es verdad, dijo don Estéban restregándose los ojos: riñen, y parece que es junto á la puerta.

—Así es.

—¿Y quiénes serán?

—¿Y quién sabe? dijo don Luis.

Y sin embargo, sabia bien que no podian ser otros los que reñian sino don Gaspar de Ezpeleta y don Hernando de Toledo.

Como que él habia hecho todo lo posible, y de una manera sórdida, para que aquel encuentro tuviese lugar.

Aun no se habian acabado de vestir los dos hermanos, cuando cesó de todo punto el ruido de las espadas.

Sucedió un silencio profundísimo.

Don Luis sintió una ansiedad horrible.

En aquel mismo punto le mordió en el corazon la conciencia.

Sin duda habia caido uno de los dos.

Y de tal manera que nada se oia.

Pero á los pocos momentos de haber sobrevenido el silencio, le rompió una voz angustiosa, terrible, que dentro ya de la calleja exclamaba:

—¿No hay quién me favorezca?... ¡que me muero!... ¡socorro, por el amor de Dios!...

Y aquella voz espantaba... era horrible.

Era la voz de don Gaspar.

Encontrando impenetrable y siempre junto al reparo á don Hernando, habia perdido de todo punto el aplomo, se habia desconcertado, y don Hernando, sobre seguro, le habia dado en un segundo un tajo y un revés, en la derecha y en la izquierda de la cabeza, y una estocada profunda en el costado izquierdo.

Inmediatamente se habia puesto en fuga.

Aun que don Gaspar no habia caido inmediatamente al suelo, la práctica habia dicho á don Hernando que don Gaspar era hombre muerto.

Don Gaspar habia llegado dando traspiés hasta la reja donde, más muerta que viva, estaba Isabel.

Al agarrarse á la reja para no caer, habia cogido una de las manos de la jóven, que estaba asida á uno de los hierros.

La habia manchado de sangre.

La voz de agonía de don Gaspar hizo volver en sí á Isabel.

Isabel no se detuvo.

Lo arrostró todo.

Se lanzó del lugar en que se encontraba y fuese á su aposento.

Tomó la luz.

Corrió al cuarto de su padre.

Le despertó bruscamente, y le dijo:

—¡Padre!... ¡padre!...

Despertó sobrecogido Cervantes.

Miró.

Vió á su hija desencajada, lívida, espantosa.

—¡Oh!... ¿qué es esto? exclamó.

—Es que en la calle han matado á un hombre... que se está muriendo... que pide socorro.

Entónces vió Cervantes en la mano izquierda de su hija, que asia convulsivamente su mano manca, una gran mancha de sangre, fresca aun...

—¿Qué hombre es ese?... ¿qué sangre es esa que te mancha, Isabel? exclamó

Cervantes con una voz indefinible, cobarde y amenazadora, anhelante y desesperada, todo á un tiempo mismo.

—¡Esta sangre!... ¡ese hombre!... exclamó Isabel.

Y dando un gran grito se desmayó y cayó por tierra.

La lámpara de mano, al caer, se apagó.

—¡Luz!... ¡luz!... gritó Cervantes saltando del lecho.

Al mismo tiempo se oian fuertes aldabadas á la puerta de la casa, y la voz, á cada momento más desesperada de don Gaspar, que continuaba pidiendo socorro.

Todos habian despertado.

Se sentia ruido en la casa.

Acudian.

La primera que acudió á las voces de Cervantes, que rápidamente se habia medio vestido, fué Magdalena.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó, viendo á Cervantes desencajado y teniendo en desórden los blancos cabellos, acabando de vestirse, y á Isabel por tierra desmayada.

—Esta es mi última, hermana, exclamó Cervantes con la voz doliente, rasgada, pero terrible. Cuida, cuida, de Isabel: yo voy adonde la muerte me llama.

Y cogiendo la espada que estaba colgada junto á la cabecera de su cama, y desnudándola, salió.

Se encontró en las escaleras con los dos hijos de doña Luisa de Montoya.

Estos iban tambien con las espadas desnudas.

Bajaron y abrieron.

Se encontraron á don Gaspar tendido sobre el umbral, y ya sin conocimiento.

En aquel mismo punto acudió una ronda.

Era una casualidad.

Pero de todas maneras, la justicia acudia cuando ya era inútil.

Al encontrarse el alcalde con un hombre muy mal herido, tal vez muerto, y junto á él tres hombres con las espadas desnudas, les prendió, y mandó que el herido fuese llevado á uno de los dos cuartos de la casa.

Los alguaciles lo metieron en la casa de doña Luisa de Montoya.

A los dos hermanos Garibay y á Cervantes los metieron en la casa de éste.

Reconociendo los alguaciles la calle, habian encontrado una espada y un broquel á poca distancia el uno del otro, al pié de la reja, y ésta abierta, y en uno de sus hierros sangre fresca.

Llevaron las armas al alcalde, y le dieron cuenta de lo abierto de la reja, y de la sangre que en uno de los hierros aparecia fresca aun.

Se trataba de personas hidalgas, y entre ellas no ménos que del autor del Quijote.

El alcalde no pudo ménos de guardar consideraciones.

Pero no dejó por esto de cumplir rígidamente con su deber.

Se reconoció todo.

Se hallaron señales de piés de mujer desnudos sobre el lodo arcilloso del patio.

Huellas de lodo estampadas por los mismos piés sobre algunos de los peldaños de las escaleras de comunicacion del cuarto de Cervantes con el patio.

Se halló manchada de sangre, no sólo una mano de Isabel, que estaba en el lecho en un estado terrible, sino tambien en sus ropas.

Se reparó que en la manga izquierda de la camisa de Cervantes habia sangre.

Se habia encontrado á Cervantes, con dos vecinos suyos, con la espada en la mano, junto á un hombre malherido, á la puerta misma de la casa.

El alcalde los prendió á todos, incluyendo á doña Luisa de Montoya.

Pero tuvo la consideracion de no llevarles, por el momento, á la cárcel.

Se contentó con ponerles alguaciles de guardas de vista para que no les permitiesen hablar con nadie.

CAPÍTULO XX.

De como por muchas amarguras que se hayan apurado, siempre queda otra amargura mayor que apurar.

El juez que intervino en el proceso que se comenzó á instruir á consecuencia de las heridas de don Gaspar de Ezpeleta, era alcalde de casa y córte, y se llamaba el licenciado Cristóbal de Villarroel.

Era este señor rígido y terrible como todos los de su oficio, y aunque trató con cierta consideracion á Cervantes y á su familia, no dejó de apretar la mano todo cuanto le fué posible.

Don Gaspar, como ya se ha dicho, habia sido llevado al cuarto principal de la derecha, donde habitaba con sus hijos doña Luisa de Montoya, donde se le puso en un lecho y se le prodigaron cuantos cuidados requeria su desesperado estado.

Los vestidos de don Gaspar fueron puestos en depósito en poder de Cervantes.

Los médicos y los cirujanos que se habian llamado, dijeron que las tres heridas que habia recibido don Gaspar, eran bastantes, cada una de por sí, para causar la muerte, que no tardaria en sobrevenir.

Aquella misma noche el licenciado Villarroel tomó declaracion á todas las personas que habian sido detenidas; es á saber: Cervantes con toda su familia, y doña Luisa de Montoya con sus hijos.

Doña Juana Gaitan, viuda del poeta Pedro Láinez, particular amigo de Cervantes, y pagador ó tesorero, que por razon de su cargo habia seguido á la corte á Valladolid, donde habia muerto en el mismo año de 1605.

Otras señoras que vivian en el otro cuarto segundo y en el tercero, fueron tambien detenidas en sus habitaciones.

El licenciado Villarroel no queria que se le escapase ni una rata.

Necesitaba averiguar quién habia sido el agresor de don Gaspar de Ezpeleta, y cuáles las causas que habian producido aquella funesta riña.

El primero á quien se tomó declaracion fué Cervantes.

Despues de las generales de la ley y del juramento, empezó el interrogatorio.

—¿Conoceis, le dijo el alcalde, al caballero herido?

—Sí, señor, respondió Cervantes.

—¿Sabeis cómo se llama?

—Sí, señor: don Gaspar de Ezpeleta.

—¿Dónde estábais vos cuando tuvo lugar la riña?

—En mi aposento recogido.

—¿Cómo acudisteis al lugar donde estaba el herido?

—Mi hija doña Isabel me despertó; me dijo que un hombre herido daba voces pidiendo auxilio: al mismo tiempo sonaban fuertes aldabadas á la puerta de la casa: me vestí apresuradamente: salí á la escalera, y me encontré á mis vecinos don Luis y don Estéban de Garibay, y los tres bajamos encontrando en la puerta, tendido por tierra, un hombre, al parecer por su traje, hidalgo, y caballero por el hábito que llevaba al pecho: he visto sus heridas, que me han parecido muy graves: pero no sé quién haya sido el agresor, ni cuál el motivo de la riña.

—Teneis sangre, y fresca aun, en el puño de la camisa.

—He levantado al herido, señor alcalde.

—Una de las señoras que habitan con vos, y que es indudablemente de vuestra familia, tiene manchada de sangre una mano.

Oprimiósele el corazon á Cervantes.

Se cubrió de sudor frio.

Se estremeció.

—Esa señora es mi hija natural, doña Isabel de Saavedra, dijo Cervantes.

—¿Sabeis cómo ha podido mancharse la mano de sangre esa señora?

—No señor, contestó Cervantes.

—En los hierros de una reja del piso bajo de esta misma casa ha quedado sangre: junto á esa reja se han encontrado una espada y un broquel, pertenecientes, al parecer, al herido: ¿qué teneis que decir?

—Nada, señor alcalde.

—¿No teneis indicios de si vuestra hija, ó alguna otra de las señoras que con vos viven, ó alguna de las que habitan en los otros cuartos de esta casa, ha podido, por razon de amores, bajar á la reja?

—Nada sé, señor juez.

Para Cervantes la situacion estaba clara, y le amargaba el alma.

Nunca ninguna de sus desgracias se la habia amargado de tal manera.

Nunca habia sentido un padecimiento más horrible.

Se veia afrentado delante de la justicia.

El nombre de su hija se estampaba en un proceso por homicidio.

Y más aun: Cervantes no podia pedir razon alguna al que tal vez en su hija le habia deshonrado, porque aquel hombre estaba muriendo.

Este terrible tormento habia caido de improviso sobre Cervantes, y cuando ménos lo esperaba.

Sin embargo se dominaba.

Aparecia sereno ante el alcalde.

Nunca su resignacion á la desgracia se habia sentido más puesta á prueba.

Al fin se aclaraba, de una manera terrible, el misterio de la mortal melancolía de Isabel.

Un torrente de lágrimas corria, sin salir á los ojos, por el pecho de Cervantes.

Sentia el frio de la muerte.

Su hija, su pobre hija estaba sumida en una terrible é irremediable desgracia.

Y además ¿era inocente ó no?

¿Habia en ella más desgracia que culpa?

Culpable para Cervantes ya lo era, solamente por haberle ocultado aquellos amores.

Esto habia sido funesto.

Conocedor Cervantes de los amores de Isabel, hubiera acudido al remedio.

Cuando los conocia era tarde.

¿Y hasta qué punto era tarde?

Esta duda martirizaba de una manera horrible á Cervantes.

Continuó el interrogatorio.

Aun no habia sufrido bastante Cervantes.

—Se han dicho, dijo el alcalde, ó se han murmurado yo no sé qué aventuras que tenian lugar desde el nicho de un Ecce-Homo, que está frente á una de las ventanas de vuestra habitacion.

—El vulgo es maldiciente, dijo no pudiendo contenerse Cervantes; aficionado á morder en la honra ajena, y propicio siempre á creer en cuantas infamias se inventan.

—Me obligais á que os diga, repuso severamente el alcalde, que no es esa ni la manera ni el tono con que debeis responder al juez que os interroga.

—Me he sentido herido en mi honra, exclamó Cervantes.

—De ese nicho, quitando el Ecce-Homo, continuó el juez, que, como todos aquellos feroces alcaldes, tenia mala sangre, se puede pasar sin gran trabajo á la ventana que está frente á él: ¿cúyo es el aposento á que esa ventana corresponde?

—¡El de mi hija!... dijo con acento indefinible Cervantes.

Y rehaciéndose añadió:

—Pero una de dos: ó nunca ha pasado nadie del nicho á la ventana, ó no habia necesidad de que mi hija bajase á la reja.

—Podia haber uno para la ventana, y para la reja otro, dijo impíamente el licenciado Villarroel.

Estos hombres de la ley, cuando se trata de una instruccion criminal, no reconocen respetos de ningun género.

Subió la cólera del corazon á la cabeza de Cervantes.

Nunca se habia visto su valor tentado por una prueba semejante.

Dominó, sin embargo, su ira.

Para ello necesitó de un esfuerzo portentoso.

—¿Qué decís á lo que os he hecho observar? dijo el implacable juez.

—No puedo decir nada, contestó Cervantes; pero confio en Dios, que la verdad aparecerá y dejará ilesa mi honra.

—Se os ha encontrado espada en mano, manchado de sangre, acompañado de otros dos hombres espada en mano tambien, junto á un hombre herido á la puerta de vuestra casa.

—Acudí avisado por mi hija, y acompañado de mis vecinos, dijo Cervantes.

—Teneis reputacion de hombre de muy mal genio: de que, con la mayor facilidad, y con el más pequeño motivo, poneis mano á la espada, y acometeis.

—Nunca sin razon ni derecho.

—Habeis estado preso algunas veces.

—Siempre por injusticias; jamás por nada que haya podido perjudicar á mi honra.

—Bien pudiera ser que por vengar vuestra honra ofendida, hubiéseis vos causado á ese hombre sus gravísimas heridas.

—Si eso fuese cierto, vuestra señoría no me hubiera encontrado acompañado de otros dos hombres, que son honrados vecinos mios.

—¿Conoceis al habitante de la casa á que corresponde el nicho donde aparece el Ecce-Homo?

—No señor; no sé quién sea: yo estoy harto ocupado con mis libros y mis negocios.

—¿Nada más que lo que habeis dicho teneis que decir?

—Nada más, señor alcalde.

El alcalde envió con un alguacil, para que le guardase de vista, á su aposento á Cervantes.

Hizo comparecer á don Luis y á don Estéban de Garibay.

Estos declararon que habian sido dispertados por un fuerte martilleo de espadas, que se oia próximo á su casa.

Que oyeron á poco la voz angustiosa de un hombre que desde la calle, y al parecer junto á la puerta de la casa, pedia socorro, y que al mismo tiempo resonaban fuertes y repetidas aldabadas.

Que salieron de su habitacion al tiempo que hacia lo propio el señor Miguel de Cervantes.

Que no habian reparado si éste tenia ó no manchada de sangre la manga de la camisa del brazo izquierdo.

Que con la llave que en su habitacion tenia para su uso, se habia abierto la puerta de la calle.

Que habian desnudado, ántes de abrir, las espadas, preparándose para en el caso de una agresion, porque habian sentido ruido de gente en la calle, y no sabian si aquella gente era la justicia.

Que no sabian si doña Isabel de Saavedra, hija natural del señor Miguel de Cervantes, ó doña Constanza de Ovando, su sobrina, tenian ó no amores.

Que conocian de vista al herido, por ser el habitante de la casa á que pertenecia el Ecce-Homo, y que sabian que era un caballero llamado don Gaspar de Ezpeleta, del hábito de Santiago, y gentilhombre del rey, que como á tal habia seguido á Valladolid á la córte.

Que habian oido decir lo que se murmuraba, de si habia pasado ó no habia pasado alguna vez del nicho á la ventana y al aposento de doña Isabel de Saavedra, el dueño de la casa del Ecce-Homo, pero que lo habian creido una calumnia.

La honra de Cervantes andaba bien por los suelos.

Que no sabian con quién habia reñido don Gaspar, pero que debia de haber sido con don Hernando de Toledo, señor de Cigalés, que entraba con suma frecuencia casa del señor Miguel de Cervantes, y que podia muy bien andar en pretensiones, ya de doña Isabel de Saavedra, ya de doña Constanza de Ovando.

Últimamente, el lance podia muy bien haber sido por doña Juana Gaitan, que estaba aun de muy buen ver, y la caia muy bien el luto que por su reciente viudez llevaba, y que vivia en uno de los cuartos segundos.

Que en el otro habitaba sola una beata que recibia mucha gente, y era muy dada al buen trato, no embargante sus devociones.

Que en el piso tercero vivia una dama, de la cual no se sabia si era doncella, casada ó viuda, ni otra cosa sino que tenia un esclavo negro, que parecia un mono, con el cual vivia sola, y del cual salia siempre acompañada.

El alcalde envió á sus aposentos á los dos hermanos.

Compareció doña Andrea.

Ésta rechazó con indignacion todas las preguntas del alcalde que tendian á desdorar, ya á la hija, ya á la sobrina.

Protestó con energía, y aun haciéndose temer y respetar del licenciado Villarroel, que si su sobrina habia bajado á la reja, como parecian demostrarlo las huellas que habian quedado en el patio y en las escaleras, habia sido sin duda llamada por los gritos de socorro que habia oido, y movida de su ardiente caridad.

Que lo demostraba el haber bajado descalza, sin tomarse tiempo, por lo urgente del caso, para ponerse los chapines.

Y esto lo decia á voces doña Andrea, para que Isabel, que estaba en un aposento inmediato, la oyese y se previniese.

En vano pretendia hacerla callar el alcalde.

Doña Andrea se irritaba más y más, y decia que tratándose de su hija, de su

sobrina y de su hermano, la habian de oir, no sólo la justicia, sino tambien los sordos y hasta las piedras.

Por lo que el alcalde se la quitó de encima y la envió á su aposento presa.

Hizo comparecer á doña Catalina, la esposa de Cervantes.

Ésta dijo que no sabia nada: que nada habia oido.

Que habia despertado sobrecogida por el ruido que se habia armado en la casa, y se habia encontrado con que en ella estaba la justicia, y con que habian matado ó herido á un hombre.

Llamaron á doña Constanza, que declaró lo que doña Catalina.

Añadió que ella no tenia amores, ni los habia tenido, ni queria tenerlos.

Que no creia que su prima los tuviera tampoco: pero que algunos importunos, tanto á su prima como á ella las solicitaban, y que el uno era un caballero que se llamaba don Gaspar de Ezpeleta, y el otro don Hernando de Toledo, señor de Cigales, y otro un portugués llamado Simon Mendez.

Que dos de ellos entraban en la casa.

Que el otro rondaba por fuera, y una noche que su prima habia dejado abierta la ventana de su aposento, del nicho, por la ventana, en el aposento se habia entrado, y que fué necesario amenazarle para que se fuese, con que se darian voces; y que lo que decia el alcalde que se decia por la villa, eran calumnias de pícaros ociosos que ella y su prima despreciaban, porque estaban resueltas á meterse monjas, y las bastaba con que Dios conociese su inocencia.

Y doña Constanza gritaba como habia gritado su madre, importándola muy poco que el alcalde se irritase ó no.

Cortó aquella declaracion el alcalde, y compareció Magdalena.

Ésta se limitó á decir que nada sabia.

Que respondia con su vida y con su alma, de que tanto doña Isabel como doña Constanza eran incapaces de dar ocasion con ningun género, no ya de liviandad, pero ni aun de inocente ligereza, á que ningun hombre se matase por ellas.

Que en la misma casa, y en la vecindad, habia mujeres capaces, no ya de dar lugar á que por ellas riñesen, sino de reñir ellas mismas.

Que, en fin, ella creia que al alcalde, que le parecia un buen hombre, le habia de pesar en su conciencia, y habria de confesarlo, de las preguntas poco comedidas é imprudentes que se habia permitido hacer á doña Constanza, que era una doncella pundonorosa y honrada, y á ella misma tambien, doncella y beata, que jamás habia oido tales palabras, y que le amonestaba para que no las hiciese oir tambien á doña Isabel, lo cual, si lo hiciera, triplicaria el pecado.

En vano el alcalde pretendia hacerse respetar.

Magdalena estaba tan indignada, y hablaba tan recio como las otras, y como á las otras fué necesario enviarla á su aposento.

Compareció Isabel.

Ésta dijo al alcalde:

—Señor: yo amaba y amo á don Gaspar de Ezpeleta, que honestamente me solicitaba: he oido todo lo que se ha dicho, y no quiero volverlo á oir: yo puedo

levantar tranquila mi frente ante Dios y ante los hombres: si don Gaspar vive, será mi esposo: si muere, yo seré esposa del Señor.

Sintióse impresionado el licenciado Villarroel, no sólo por la hermosura y la honrada altivez de Isabel, sino tambien por el profundo dolor de que daba muestras.

Desarmóse, la trató dulcemente, y la pidió le dijese lo que supiese.

Dijo Isabel, que movida por los ruegos de don Gaspar, le habia prometido que bajaria á hablar con él por la reja.

Que habia bajado, en efecto, cuando habia sentido dormido á su padre, que ignoraba estos amores.

Que á poco, estando ya en la reja, habia oido que hácia el puente de madera, don Gaspar disputaba con otro hombre que le pareció, á lo que se podia juzgar por la voz, era don Hernando de Toledo.

Que á poco sonó estruendo de riña, y que cuando cesó se oyó la voz de don Gaspar que pedia socorro.

Que ella habia permanecido espantada en la reja.

Que habia llegado á ella don Gaspar, y al asirse á la reja habia encontrado una mano que ella tenia asida á un hierro, y la habia manchado de sangre.

Que ella, en fin, al ir á despertar á su padre para que á don Gaspar socorriese, se habia asido á él, y le habia manchado el puño de la camisa.

Que lo que habia dicho era la verdad, y que más no tenia que decir.

Tras Isabel llegó María de Ceballos.

Esta dijo que si se la dejaba ir á su arca, ella traeria unas cartas por las que se vendria en conocimiento de que quien tal vez habia malherido á don Gaspar de Ezpeleta, era don Hernando de Toledo.

Dejóla ir con un alguacil por las cartas el alcalde, y ella volvió trayendo como hasta tres docenas de cartas, la mayor parte de las cuales estaban cerradas.

Abiertas estas cartas por el alcalde, halló que eran amatorias, que se quejaban de la ninguna respuesta á aquellas cartas, y que firmaba don Hernando de Toledo.

La declaracion de la Maria de Ceballos fué luminosa.

Habia ya una prueba bastante de la inocencia de Cervantes y de toda la familia: pero faltaba la declaracion de don Gaspar.

Preguntó el licenciado Villarroel á los cirujanos si ya se podia interrogar á don Gaspar, y ellos le dijeron que sí, y que lo hiciese cuanto ántes, que no habia tiempo que perder, porque la fiebre recargaba, y muy pronto el herido entraria en el delirio.

Fuése allá el alcalde, al aposento donde, casa de la viuda de Garibay, estaba el herido, y hallándole todavía en su cabal juicio, le preguntó si conocia al que le habia herido

Dijo don Gaspar que sí, pero que nunca diria su nombre.

Preguntóle el alcalde que si era don Hernando de Toledo lo dijese, que servir á la justicia era servir á Dios, y él estaba en peligro de comparecer ante el Tribunal Divino.

Dijo don Gaspar que no era don Hernando de Toledo.

Preguntósele si era Cervantes, y respondió que no.

Insistió, en fin, en no declarar el nombre de su homicida.

Se le preguntó si conocia á Isabel, y negó.

Dijo que él no tenia por qué reñir por ninguna mujer.

El alcalde interpretó con una muy mala intencion, creyendo tenerla muy buena estas palabras.

Creyó ver en aquel suceso algo infame.

Se irritó.

Reconoció los lugares al rededor de la casa.

Encontró junto á la entrada del puente de madera, señales de lucha en la tierra, profundamente removida por los piés.

Además, desde allí empezaba un abundante reguero de sangre, que iba á terminar en la puerta de la casa en que habitaba Cervantes.

En la reja habian quedado vestigios de sangre.

En el interior de la casa quedaba la impresion de los piés desnudos de Isabel en el lodo arcilloso del patio.

En los corredores, la señal de aquel lodo, impreso por los piés.

Se hizo pasar por la humillacion á Isabel de descalzarse y de poner los piés sobre aquellas señales para comprobarlas.

Despues de esto, el alcalde, usando de todo rigor, se llevó á la cárcel, y puso en ella á buen recaudo á Cervantes, á su hija, á su sobrina y á su hermana Andrea.

No podia perdonarle á ésta el alcalde la energia y la altivez con que le habia hablado.

Otras veces, si la familia de Cervantes habia partido con él el dolor y aun la humillacion, no habia sido con él arrastrada á la cárcel.

Habia sido, sí, arrojada á la calle por un propietario.

Faltaba un juez, como el propietario grosero, y aun más que el propietario cruel, porque á lo ménos á éste le impulsaba el interés, en tanto que el juez se dejaba arrastrar de balde por su ferocidad.

No hay nada más odioso que estos jueces que abusan de su autoridad, y que siempre, prontos á doblegarse ante los poderosos, se extreman contra los débiles, y se dejan llevar de lo que se llama opinion pública, y que generalmente no es otra cosa que murmuracion villana del vulgo.

Cervantes habia sido villanamente calumniado por sus enemigos.

La calumnia habia cundido.

Habia crecido.

Se hablaba de su mala conducta.

De sus bajos oficios.

De que se trataba con toda clase de gentes.

De que era irascible y atropellador.

Se decian, en fin, horrores.

Y esto se creia.

Habia quien se atrevia á despreciarle... ¡ á él, que valia un mundo!

Que era el mejor hombre del mundo...

Pero era un gigante.

Los enanos, irritados, se revolvian contra él, y le roian los talones.

Dios probaba á Cervantes hasta en lo último en que podia probarle.

En su honra.

En su hija.

Y Cervantes apuraba el dolor y no se quejaba.

Cervantes habia ya instruido, dentro de su alma, el proceso de Isabel.

Isabel era inocente.

Pero desventurada.

La Providencia habia castigado al infame.

Habia caido á causa de su propia infamia.

Pero habia caido matando el corazon de Isabel.

Estaba escrito que la amargura cayese á raudales sobre el alma de Cervantes, y la saturase, depurándola por medio del martirio.

Cervantes dijo entónces, como siempre que sobre él habia dejado caer todos sus rigores el infortunio:

— Cúmplase la voluntad del Señor.

CAPÍTULO XXI.

De como Cervantes no hubiera perdido nada si no hubiera perdido su hija, por malas apariencias, la reputacion.

Cervantes estaba acostumbrado á la cárcel.

Pero no acontecia lo mismo respecto á su familia.

Las pobres señoras estaban locas de vergüenza y de dolor.

Tanto á Cervantes como á ellas, las habian arrojado en las altas horas de la noche, en mazmorras fétidas, en las cuales se revolvian como reptiles inmundos, séres humanos marcados con todas las desgracias.

No se habia preso solamente á Isabel, á Constanza y Andrea.

Se habia preso tambien á doña Juana Gaitan y á la vecina del cuarto tercero, porque el juez las habia encontrado de buen palmito, y habia supuesto que podian tambien en alguna parte haber sido causa ocasional del delito que se perseguia.

Los dos hermanos Garibay habian sido presos, y el negrito de la vecina del cuarto tercero tambien.

No bastaba el encarcelamiento.

El negrito, que con los hombres presos habia sido encerrado en un departamento de hombres, juraba y blasfemaba, y decia pestes de Isabel y de Constanza, obligando á Cervantes á ponerle en órden.

Pero habia ya oido horrores.

Cervantes sabia, en fin, lo que habia ignorado hasta entónces.

Esto es, que á su hija se la llamaba en Valladolid la novia del Ecce-Homo.

Que se añadia que el Ecce-Homo, transfigurado en don Gaspar de Ezpeleta, se salia de su nicho y se metia por la ventana en el aposento de su hija.

Sabia, además, que en Valladolid se creia que él conocia las liviandades de su hija, y aun de su sobrina, y que las sufria por la cuenta que le tenia.

A punto estuvo de embrollarse más la situacion, por el homicidio cometido en la cárcel por Cervantes sobre el negrito.

Pero los hermanos Garibay se lo quitaron de las manos, cuando Cervantes ya casi le estrangulaba.

En el encierro de las mujeres habia la misma cuestion.

Pero á duo.

Doña Juana Gaitan lloraba, ponia el grito en el cielo, y decia que si ella no hubiese vivido en una casa donde habitaban tales mujeres y un tal pícaro sin honor, no se viera ella en aquella vergüenza: y saltaba la vecina del cuarto tercero, diciendo á la viuda, que viese lo qué decia y que singularizase la cuestion y no la mezclase á ella con las otras tales livianas, que no merecian ménos que ser azotadas y emplumadas, por tener hecha su casa un contínuo hervidero de gentes, de lo cual estaba la vecindad escandalizada.

En efecto: salia y entraba mucha gente en casa de Cervantes.

Pero los unos eran, ya lo hemos dicho, poetas amigos suyos, y los otros, gentes de cuyos negocios, por su mezquina fortuna, estaba encargado Cervantes, que con estos servicios, indignos de su gran valía, aun que no deshonrosos, sustentaba á su familia.

Habia algo de verdad en el fondo de estas suposiciones.

Pero verdad desfigurada, interpretada con una infame malevolencia.

Se habian notado, como no podian ménos de notarse, porque las vecindades son curiosas, las peladuras de pava de el nicho á la ventana.

Se habia divulgado esto exagerándolo.

Don Gaspar se habia permitido jactarse de favores que no habia recibido.

Muchos de los que entraban en la casa de Cervantes, no entraban en ella por amor á las letras y por veneracion al genio; sino al olor de las dos doncellas, hija y sobrina de Cervantes.

Es verdad que no las veian sino alguna vez, de refilon.

Pero esto no les constaba á los de la parte de afuera.

Se suponian, pues, cosas enormes, y los mismos que hubieran debido

desmentirlas, es decir, los que en la casa entraban, ó las dejaban pasar, ó las apoyaban por una mezquina vanidad; la de causar envidia á los otros enamorados de las dos jóvenes, que por no tener intimidad con Cervantes, en la casa no entraban.

Se habia hecho, pues, una atmósfera falsa, y se suponian montañas que no existian, pero en las cuales se creia.

La confianza, la buena fé, el amor y la desventura por una parte, y por otra la malicia, la malevolencia y la envidia habian creado aquella situacion extrema.

El alcalde se habia dejado coger por la vulgaridad.

Así es que no habia dispensado el rigor.

Gracias á que no habia hecho se cargase de cadenas á los presos.

Y esto á causa de que era relativamente honrado, y allá, en el fondo de su alma, temia que no habia cogido al verdadero criminal.

Necesario era cogerle.

Así mismo apresó á aquel portugués llamado Simon Mendez, de quien se sonrugia era amante de Constanza, lo que no pasaba de ser una falsedad.

Ambos vivian en la misma parroquia de San Ildefonso, á poca distancia del Esgueva.

Al portugués se le encontró durmiendo.

No le valió el que el alcalde supiera, por el testimonio de sus patrones, que á causa de un fuerte catarro, habia pasado el dia en la cama.

Con catarro y todo, despues de haberle tomado declaracion, se le envió á la cárcel.

Y todo porque el portugués habia dicho, que si habian matado á don Gaspar de Ezpeleta, él sin duda se habia buscado la muerte, porque era muy libertino y muy arrojado á todo linaje de excesos; y además, que quien pusiera la lengua en ninguna de las señoras parientas del señor Miguel de Cervantes, ó en este último, merecia que por maldiciente se la atravesaran con un hierro hecho áscua; palabras que olieron á desacato al alcalde, y que dieron con quien las pronunció en la cárcel.

En cuanto á don Hernando de Toledo, se le encontró en su casa.

—Sé por qué viene á buscarme la justicia, dijo; y digo yo, por mi fé de caballero y por la encomienda que sobre el pecho llevo, que en verdad he acuchillado á ese tal de Ezpeleta, y que no me pesa de ello; y que si sana, que lo dificulto, porque le he dado de amigo, volveré á acuchillarle hasta que eche por las cuchilladas la malvada alma que Dios le ha dado: y digo, además, que de nada de esto puede ni debe culparse al señor Miguel de Cervantes ni á ninguna de sus honradas parientas; y digo y sostengo, que todo lo que de ellas se dice, son maledicencias de pícaros, que yo hubiera castigado ya si un hombre solo pudiera castigar á tanta gente; y dispuesto estoy á probar que en tales maledicencias no creo, y que las desprecio, casándome con la doña Isabel de Saavedra si ella lo quiere, y con mucha felicidad y mucha honra; y no se hable más de esto, y suéltese á los que se ha preso, que ya por un criado mio sé que prisiones

de inocentes se han hecho, y tengamos la fiesta en paz, que aquí no hay más culpado que yo, y digo mal culpado, porque no se culpa el que castiga, y castigo y justicia he hecho de solo á solo, y con mi propio poder, brazo y espada en don Gaspar, por lo cual, y porque sobre mí no tiene jurisdiccion la justicia ordinaria, necesitándose no ménos que órden especial del rey para prenderme, por privilegios y licencias que me asisten, no he de dejarme prender; y quien otra cosa piense ó diga, se engaña como un menguado, ó miente, por lo que le creo un pícaro, y despues de esto, no me queda más que deciros, señor alcalde: que si como hombre particular estais y podeis estar en mi casa cuanto tiempo querais, y disponer podeis en ella como mejor os plazca, con mucho contento mio, como ministro de justicia estais de más, y de tal manera, que despues de haberos apercibido de mis privilegios, si no os vais inmediatamente con vuestros alguaciles, ¡vive Dios!... que á vos y á ellos os eche á testarazos.

En casa de Cervantes habia encontrado el alcalde la humildad de la desgracia y de la impotencia.

En la del señor de Cigales encontraba la altanería de la soberbia sostenida por una gran posicion.

Pero habíase encontrado la soberbia con la soberbia.

Cegó el alcalde al verse tratado de aquella deprimente manera por aquel gran señor, y arremetió á él exclamando:

—Pues ¡Dios vive, que preso os hago, y á pesar de todos vuestros privilegios os he de pasear en burro por esas calles de Dios, y he de azotaros!

Aun no habia acabado de decir estas palabras el en aquel momento mísero alcalde, cuando se abrió una gran puerta, y se lanzaron sobre el alcalde, á quien don Hernando habia rechazado, y sobre sus alguaciles, diez ó doce hombres, entre escuderos y lacayos, todos con los chafarotes desnudos, y emprendiéndola con la justicia á quien dá más duro y más deprisa, la expulsaron de la casa, y cuando la tuvieron en la calle, la dejaron: cosa que ni alcalde, ni escribano ni alguaciles extrañaron, porque estaban acostumbrados á palizas; ántes bien, cuando en lo del rey se vieron, desaparecieron en un *santiamén*, como si les hubieran nacido alas.

Don Hernando, que sabia bien á cuánto se habia atrevido y cuánto podia costarle su atrevimiento, si no de prisiones, de dinero, por ahorrarse de incomodidades, en el mismo punto en que la justicia desapareció, cabalgó con sus criados, y llevándose á la grupa á la hermosa tenderilla, á la que no queria abandonar, se salió de Valladolid cuando se abrian sus puertas, porque amanecia, y tomó la vuelta de su señorío de Cigales, donde estaba seguro de que nadie se habia de atrever á ir á prenderle.

Obrando en justicia, con la declaracion de don Hernando de Toledo, si era que podia llamarse declaracion la sarta de improperios que habia dejado oir al alcalde, éste debia haber ido, sin pérdida de tiempo á poner en libertad á los presos.

Pero de una parte se habia irritado de una manera extraordinaria, y de otra,

habia recibido un tal cintarazo en los riñones, que no habia medio de que se tuviese derecho, porque cuando derecho ponerse queria, sentia un dolor tan agudo, que le arrancaba un grito que llegaba al quinto cielo; por lo cual, y haciéndose tomar en brazos por cuatro alguaciles, se hizo conducir á su casa y se metió en el lecho, y llamó médicos; y otro sí: mandó á su escribano que con un tropel inmenso de alguaciles y algunos soldados que pediria para que le escoltasen, se fuese á la casa de don Hernando de Toledo, y hallándole en ella, de él se apoderase muerto ó vivo, y si en su casa no le hallase, le buscase y no parase hasta apoderarse de su persona.

Procuróse el escribano, que tenia lastimada una clavícula de un impío golpe, tanta gente, que no parecia sino que iba á embestir con una fortaleza no ménos respetable que la ciudadela de Amberes, y se fué á la casa de don Hernando de Toledo y la cercó.

Pero se halló con que en la casa no habia más que el viejo portero y dos no ménos viejos criados y las ratas.

Supo el escribano que don Hernando, con sus otros criados y con su ama de gobierno, se habia ido no sabian ellos á dónde; y porque no lo sabian y porque eran criados de su amo, arremetió á ellos, les dió, ó les hizo dar una paliza en venganza, aun que insuficientísima en comparacion de la que ántes habia llevado la justicia; los llevó á la cárcel y embargó la casa y lo que halló en ella, dejando de guarda á un alguacil con tres porquerones de él dependientes, y se fué á dar cuenta al alcalde del desempeño de su diligencia.

Alegróse el alcalde, que ya habia reflexionado, de que se hubiese fugado don Hernando, librándole así de más de un encuentro, sin embargo de lo cual dictó al escribano algunas requisitorias á las justicias de los pueblos inmediatos, para que se detuviese donde se le encontrase al don Hernando y se le enviase á Valladolid con buen recaudo: despues de lo cual tomó una pócima para que el dolor de los riñones fuese ménos fuerte, y esperó pacientemente á que produjese sus saludables efectos la bizma que le habia puesto un barbero su vecino, muy experto en esto de curar lastimaduras.

Al dia siguiente, 28, fué necesario administrarle el Viático y la Extremauncion á don Gaspar de Ezpeleta, que iba más que á paso, y el dia 29 por la mañana murió.

Enamorado, loco, á pesar de la fiebre que le abrasaba y del delirio que la fiebre producia, pidió le casasen *in articulo mortis* con Isabel, lo cual fué echar leña al fuego de la malicia; porque la misma doña Luisa de Montoya, que era una buena mujer, y que á pesar del gravísimo disgusto que sentia viendo presos á sus hijos, asistia cuidadosamente á don Gaspar como si su hijo hubiera sido, creyó que cuando don Gaspar pedia tan encarecidamente le casasen con Isabel, estaba en deuda con ella, y más cuando don Gaspar añadió que se llamase á un escribano para hacer testamento y dejar á su adorada Isabel toda su herencia.

Pero no habia quien pudiera determinar.

Los alguaciles no se movian, porque no podian moverse sin órden de su superior.

Los médicos declaraban que no podia hacerse lo que don Gaspar queria, porque tenia la razon perturbada.

Doña Luisa no podia salir ni hablar con nadie de afuera, porque como los otros vecinos que no habian sido llevados á la cárcel, estaba presa é incomunicada en su casa. Así es que la conciencia hablaba inútilmente para el bien en el alma de don Gaspar, y se dejaba oir para producir el mal; porque los alguaciles y los médicos, y los cirujanos y los *platicantes* (así entónces se llamaban) que asistian como si hubiera sido un rey á don Gaspar, á causa de sus grandes riquezas, y porque de la córte se habia recomendado el mayor cuidado con el herido, asistiendo allí algunos criados de la casa real, todos, en fin, los que cerca de don Gaspar estaban y le oian pedir desesperado le casasen con Isabel y que queria dejarla toda su hacienda, no podian ménos de creer sino que don Gaspar estaba en grandes deudas con Isabel; cosas que los que las oian habian de contar á todo el mundo, y tanto más, cuanto que aquel homicidio habia causado grande sensacion por ser tales personas el muerto y el matador.

La desgracia era pródiga en desventuras para Cervantes.

Hízose un pomposo entierro á don Gaspar de Ezpeleta, al que asistió la córte, y el mayordomo mayor en representacion del rey, y la gran pompa de este entierro hizo se hablase más del suceso, y se comentase más, y se hiciese más pública aquella que sin ser deshonra lo parecia.

En fin: habiendo apretado en sus reclamaciones Cervantes, habiendo intervenido amigos suyos de gran valía, habiendo logrado ya el licenciado Villarroel tenerse sin gran dificultad derecho, el dia 30, siguiente al de la muerte de don Gaspar, y miéntras se hacian los funerales en la parroquia de San Ildefonso, personóse en la cárcel el licenciado Villarroel, y tomó la confesion sin cargos á los presos.

Al dia siguiente salian de la cárcel, bajo fianza, Cervantes, su hija, su hermana y su sobrina con los demás presos.

Pero quedaron obligados todos á tener su casa por cárcel.

Vínose al fin, por rápidos trámites, excitados por algunos buenos amigos los hombres de la ley, á demostrarse la incomplicidad de todos los presos, y se les levantó la encarcelacion, sobreseyéndose respecto á ellos en el proceso que en rebeldía se seguia contra don Hernando de Toledo, prófugo, y que se decia ignorarse su paradero, aun que sabia todo el mundo que estaba en su territorio de Cigales, esperando á que la justicia se atreviese á ir á prenderle, y dispuesto á darla otra paliza si se atrevia.

CAPÍTULO XXII.

De como por tener la vista de aumento y no ver claro, puede ser horriblemente desgraciado un padre á causa de su hija.

Ni una sola recriminacion hizo Cervantes á su hija.

Tenia la seguridad de que era más que culpable, desgraciada.

Él no podia hacerla cargos por su desgracia, y tanto ménos, cuanto que él la habia legado aquella desgracia en herencia.

Ni aun un nombre legítimo habia podido darla.

Si habia tenido madre, si habia tenido familia, lo habia debido á la grandeza de alma de la esposa de su padre.

Todo era conmovedor en esta familia, y nunca desgracias tan encarnizadas como las que la abrumaban habian caido sobre criaturas de Dios.

Extraño y terrible síno del genio explendente, y de los que con aquel genio se habian unido, ó de él habian provenido.

Y hé aquí convertido en un castigo espantoso, un gran privilegio concedido por Dios.

Insensible se habia hecho Cervantes á las tenaces é insaciables acometidas de la envidia.

Habia encontrado en la altivez y en la fiereza de su alma un estoicismo, que le hacia mirar con desprecio todos los ensañamientos, y una resignacion sublime que le sostenia en los más insoportables trabajos.

Si los que le detractaban hubiesen comprendido el profundo desprecio que por ellos sentia Cervantes, le hubieran hecho pedazos.

Más aun.

Cervantes gozaba con las diatribas de sus enemigos, porque estos, cuanto más se ensañaban en él, le daban una medida mayor de los rabiosos celos con que se sufria su gloria.

Era Cervantes un soberano desconocido que en su carrera lo dominaba todo.

Pero no podia del mismo modo ser estóico, ser insensible á la desgracia de su pobre hija.

Cervantes creia, con el alma anegada en lágrimas, que por haber sido muy pecador, Dios le castigaba, desgarrándole las entrañas.

Queria resignarse á este castigo de Dios, pero no podia.

No se rebelaba contra Dios.

Pero agonizaba.

Nunca habia necesitado más de su fuerza de voluntad.

Pero no hay resistencia que baste para desgracias tan terribles.

¡ Los hijos ! ¡ Los pobres hijos !...

¿Por qué ellos , inocentes , han de pagar las culpas de los padres?

Y sin embargo , esto es lógico , inevitable.

El hombre , ciego , se deja arrastrar.

Su expiacion lo son las consecuencias de sus faltas.

¡ Y cuando se trata de los hijos !...

Cuando , como Cervantes , se ha pecado por exceso de pasion , ¡ cuán terrible es la expiacion del pecado !

¡ Cuán inevitables sus consecuencias !

¡ Cuán seguro , cuán inalterable el peso de la fatalidad !

Isabel tenia muerta el alma.

Isabel sufria de una manera horrible.

Y no habia remedio para ella.

Don Gaspar era su sombra , su martirio , su anhelo , su sed.

Su imposible.

Su contínuo llanto de fuego.

La reciente demacracion de su semblante.

Su creciente palidez.

Su fiebre contínua.

¡ Y disimulaba cuanto podia, la infeliz !

Disimulaba , porque sabia cuánto hacia sufrir su sufrimiento á su padre , á las que podia llamar sus madres , doña Catalina , doña Andrea y Magdalena , á la que , más que su prima , era su hermana , doña Constanza.

Pero si algo hay que no puede falsificarse , es la paz del alma.

Cuanto más tranquila queria aparecer Isabel , aparecia más agitada , más triste , más desesperada.

Cervantes habia dominado la situacion.

¡ Pero á cuánto precio !...

La corriente de hiel , de hiel ponzoñosa y abrasadora , corria oculta.

Y seguia trabajando en sus libros.

O lo que es lo mismo : buscando inútilmente consuelo en su comercio con las musas.

Si alguna vez se distraia , volvia muy pronto el sufrimiento.

Y creciente , y de dia en dia más insoportable.

Continuaba consagrándose á las agencias.

Esto era inevitable.

Le favorecia , es cierto , don Pedro Fernandez de Castro , conde de Lemos , y el cardenal de Toledo , don Bernardo de Sandoval y Rojas.

Pero de una manera insuficiente.

Sin embargo , Cervantes decia , y de una manera conmovedora , que daba la

medida, á la par, de la grandeza y de la amargura de su alma, respondiendo triste y melancólicamente á las satíricas acometidas de que era perpétuamente blanco.

«Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida, »contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pié: y vívame la suma »caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, »y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí »más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, »sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su »bondad han tomado á su cargo hacerme merced y favorecerme, en lo que me »tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna, por camino ordinario, me »hubiera puesto en su cumbre.»

Si los hombres de su tiempo hubieran vislumbrado la inmensa gloria que el porvenir debia conceder á Cervantes, indudablemente que, por no ser tachados de soberbios y mezquinos, de tal manera hubieran exaltado á Cervantes, que el mismo egoista y sombrío rey don Felipe el II le hubiese puesto sobre su cabeza.

Pero á los hombres de genio, si los juzgan sus contemporáneos y los distinguen y los honran, no los pone en su verdadero lugar más que el fallo imparcial de los que, léjos ya de ellos, sin ninguna pasion mezquina, los justiprecian en lo que valen, aquilatando su mérito por un imparcial, perenne, continuado exámen de sus obras, por escritores entendidos y desapasionados.

El tiempo concluye los monumentos, y levanta á las envidiables alturas de la imperecedera fama, haciendo que por ellos se enorgullezca su patria, á aquellos mismos en quienes su patria no reparó como debiera miéntras vivian, dejándolos perdidos y desesperados en su impotencia y en su miseria, y á veces, como Cervantes, la más alta de nuestras glorias literarias, reducido á procurarse un amargo é insuficiente pan, con oficios, si no infamantes, bajos sí, y serviles, y menguados, y ruines: víctimas de la pasion, de la envidia, de la rabia de sus émulos, irritados por una superioridad que, aun que no quieran, en el fondo de su conciencia se vén obligados á reconocer.

Cuando se considera lo áspero, lo difícil del camino que hay que recorrer para legar á la inmortalidad del nombre, vana é inútil para el que viviendo apura la miseria, y todo género de contrariedades y desventuras, se comprende bien la verdad de aquella terrible sentencia de las Escrituras:

«Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

¿De qué pudo servirle á Cervantes lo que no debia ser sino cuando el desdichado no lo podia gozar, cuando para nada podia serle útil?

Y esto que Cervantes, como lo prueban repetidos lugares de sus libros, habia visto su gloria en el porvenir.

Y esto que en vida habia visto la gran boga que en todas partes, así en España como fuera de ella habia alcanzado su don Quijote.

Sin embargo le vemos agobiado por el afan, desestimado por los poderosos, alejado de los negocios públicos, en que hubiera sido tan útil, puesto que en su tiempo fué el hombre más grande y más inteligente: trabajado por la miseria, acometido por la rabiosa envidia, y aun por la adversa fortuna, independiente en su accion, de los hombres sacrificado.

Su resignacion era inmensa, dado que no podia ser sino inmensamente dolorosa.

La fortaleza para soportar un suplicio horrible y continuo, la esperanza de cesacion.

La sumision silenciosa y triste y digna del sentenciado á una condena injusta, que no puede evitar.

Así es que en las últimas obras de Cervantes, aun en el mismo Quijote, y en sus pasajes más humorísticos, hay un espíritu de melancolía, de poética dulzura, de vaga queja, de orfandad y de desconsuelo del alma, que no puede desconocerse por ninguno que lea con reflexion y que sienta con delicadeza.

Dán ganas de abofetear al siglo de Cervantes, que de tal manera le desconoció, de tal manera le atormentó, de tal manera se permitió para él todo género de infamias, incluyendo al conde de Lemos y al cardenal Sandoval y Rojas, con Cervantes mezquinos, que sólo por el mucho agradecimiento, ó por la prudencia de la necesidad, pudo ensalzar Cervantes; porque la verdad es que, con toda la generosidad de aquellos señores, ejercitada en beneficio de Cervantes, éste se veia obligado á frecuentar las librerías, y á emplear en agencias un tiempo que hubiera sido precioso, invertido en trabajos literarios, para adquirir una subsistencia de todo punto miserable.

Los grandes señores, cuando no son estúpidos, valen tan poco como si lo fueran, cegados por la soberbia.

Todo lo miran de alto á bajo.

Nada es grande ni meritorio, ni aun digno de atencion, sino despues de ellos.

No tienen ni grandeza, ni discrecion, ni buen gusto, ni voluntad para favorecer las ciencias, las letras y las artes, sino con muy raras excepciones, que por su misma razon son preciosas.

No vén con gusto más que á los que los adulan y los pomponean, ni favorecen al genio desventurado si no se les humilla.

Así es que ahora, á más de dos siglos y medio de distancia, puestos cada uno de aquellos que en aquel tiempo vivieron, y cuyo nombre ha llegado hasta nosotros por el fallo desinteresado é imparcial de la crítica, en el lugar que le corresponde, se observa que aquellos cuyo nombre unió á sus libros Cervantes, llamándoles sus favorecedores, confesándose criado suyo, no están en aquellos inmortales libros levantados y vinculados á una fama envidiable, como dijo don Martin Fernandez de Navarrete candorosamente, ó más bien adulando á los grandes, ó tal vez, y más noblemente, estimulándolos para que, aun que fuese poco, diesen algo á los pobres y siempre necesitados hijos de las musas; sino puestos á la vergüenza, porque el mismo estilo, la misma manera del agradecimiento del

grande hombre, víctima de su funesto destino, dá la medida de la diferencia que existia entre el favorecedor y el favorecido, entre el amo y el criado, entre el poderoso y el débil, entre el soberbio sin causa, y el humilde sin bajeza: y sin que el favorecedor lo haya conocido, y tal vez sin que el favorecido lo haya intentado, en estos dolorosos documentos se encontrará perpétuamente un amargo sarcasmo contra la vanidad y la ceguedad humana.

Porque ¿qué son ante la historia, ante el legítimo orgullo de la patria por sus grandes hombres, comparados con Cervantes sus mezquinos y soberbios favorecedores, ni aun todo su tiempo, ni aun aquel mismo Felipe II, de pavorosa recordacion?

Cambiad las posiciones.

Dad á Felipe II el génio, el valor, la prudencia, la sagacidad, la sabiduría, la grandeza, en fin, de Cervantes, que Cervantes tenia por derecho divino, aun que no le fuese reconocido por derecho humano, y colocad á Felipe II en la pobre cuna de Cervantes.

Despues de esto, deducid, y vereis como el sarcasmo estalla, haciendo pedazos las vanidades humanas, dejando la verdad en su lugar, esto es, en su lugar la obra de Dios.

Cervantes conocia perfectamente sin equivocarse ni un punto más ni un punto ménos, la altura á dónde llegaba su genio; y en esta conviccion de su superioridad sobre todo su tiempo, encontraba su gran fuerza, su gran resistencia contra las adversidades materiales, contra el trabajo excesivo, contra la miseria continua, contra la injusticia de sus contemporáneos, contra las enfermedades, contra todo.

¡Pero su hija!...

Esto pertenecia á un órden distinto de sentimientos.

Esto era del alma.

Esto era infinito, horrible.

La desventura de las desventuras.

El dolor de los dolores.

Aquello para lo que no habia resignacion posible, ni consuelo posible.

El dardo emponzoñado clavado siempre en el corazon.

El castigo más horrible de *la culpa de haber nacido* (permitasenos usar esta inmensa frase desesperada de Calderon de la Barca) y de tener un corazon que nosotros no hemos formado, y una razon que, proviniendo de algo divino, se pierde en lo humano, partiendo de lo infinito, y encontrando siempre la vaguedad y el misterio de lo limitado.

No, no es posible atemperarse, acostumbrarse, hacerse superior á ese sufrimiento penoso, frio, horrendo del alma ansiosa y desesperada, que no está en nosotros, y que es para nosotros más que la materia, porque es la continuacion de nuestra alma, el alma de nuestros hijos.

Es que se siente remordimiento y desesperacion por haber perdido en la materia provinente de la materia, aquella pobre alma desesperada.

Es que al ver aquel sufrimiento inmerecido en aquella otra pobre alma nuestra, sentimos impulsos de maldecir lo único que hay de dulce, de grande, de consolador, de inefable en este bajo mundo; el amor: que no seria el amor sino una fruicion ruin, si por medio de él no nos continuáramos, transmitiendo á otro sér nuestro sér entero: gran misterio de la Trinidad eterna, pero misterio terrible.

Y esto, imponderable, inmenso, insuperable, inevitable, fatal, horrendo, era lo que, sobre todas sus desgracias, se hacia para Cervantes insoportable: para sufrir esto en silencio, era para lo que más necesitaba la grandeza de su alma; para no enloquecer, toda su fuerza de voluntad: para no rebelarse contra Dios, de toda su fé.

Padres hay, para los cuales las desgracias de sus hijos son soportables.

Los hay aun que miran á sus hijos con indiferencia.

Los hay que los aborrecen.

Más aun, que los abandonan.

Y aun más que eso, que los matan.

Es que Dios ha colocado al sér humano en todos los grados del sentimiento.

Pero estos padres monstruosos son la excepcion: y si no la excepcion, porque nosotros no reconocemos las excepciones, la aberracion.

La fuerza del sentimiento está en razon de la sensibilidad del sér á quien el sentimiento afecta.

La sensibilidad de Cervantes era extraordinaria, incalculable.

Por eso hay que considerarle como un padre extraordinario.

Extraordinario, pues, hay que considerar su sufrimiento, y extraordinarias, por consecuencia, la fortaleza y la grandeza con que le devoraba en silencio, y con un semblante siempre igual, siempre tranquilo.

Habia momentos en que creia que Dios, para probar su fé, para glorificarle, le saturaba de amargura.

Pero se levantaba de este pensamiento.

—No... no... decia: yo no quiero ser santo á costa del infierno de mi hija: no... no, Señor: yo no puedo resignarme á esto: yo me someto humildemente á tu voluntad, y la bendigo; pero tengo roto el corazon y no hallo consuelo.

Y durante largas y acerbas noches, cuando estaba solo, cuando nadie le veia, cuando le envolvian las tinieblas, lloraba desconsoladamente.

Se habia resignado á la calumnia, al ultraje, al error que se habian ensañado en él mismo.

Pero no podia resignarse al error, á la calumnia, á la maledicencia que sacrificaban á su hija.

Este exceso de desventura le habia hecho de todo punto humilde.

Habia reconocido la impotencia del sér humano.

Lo inmutable, lo incontrastable de las leyes de la naturaleza, en las cuales era necesario de todo punto comprender las del sentimiento.

Habia comprendido cuánto la materia, la criatura era deleznable, miserable, morbosa, corruptible, esclava de las causas y de los efectos.

Cuánto el alma estaba sujeta á las miserables influencias de la materia, cuán dolorosas habia hecho Dios todas las descomposiciones: y en estas leyes inmutables, en esta perenne y poética union armoniosa de las causas y de los efectos, reconoció, mejor que nunca le habia reconocido, á Dios.

Si Cervantes hubiera escrito todo lo que le hizo pensar la desventura de su hija, hubiera producido un tratado completo del alma; es decir, una psicología admirable.

Pero Cervantes no amaba estos estudios de detalle: tenia el espíritu sintético, cuanto era posible tenerlo.

Sólo el sufrimiento le hacia entrar en el análisis.

Cervantes, sin embargo, exajeraba.

Su amor de padre le hacia sentir más terribles de lo que en efecto lo eran, los sufrimientos de Isabel.

Isabel habia encontrado un grande, un nuevo consuelo en sí misma.

Habia concentrado su amor en un recuerdo.

En una sombra.

Pero esta sombra, con mucha frecuencia, tomaba cuerpo en su alma.

Se realizaba en sus ensueños, tanto, que tomaba todas las apariencias de la realidad.

Tenia el prestigio de lo fantástico.

Isabel veia surgir luminosa, hermosísima, la figura de don Gaspar entre las tinieblas.

Aquella sombra la saturaba, la envolvia, formaba con ella un solo sér.

El éxtasis sobrevenia terrible.

Por la mañana Isabel aparecia lívida en fuerza de pálida.

No eran ya ojeras, sino grandes manchas amoratadas las que aparecian en sus ojos, en que fulguraba el fuego de la fiebre.

Cervantes no comprendia la causa de aquellas terribles señales que en su hija veia.

No podia comprenderlas.

Entónces no se tenia ni aun una remota idea del magnetismo.

No se habia reparado en una multitud de fenómenos del espíritu, de que ya se tiene hoy una especie de nocion, aun que todavía muy vaga.

No podian explicarse ni por induccion, ciertos fenómenos producidos por la estrecha relacion del espíritu sobre la materia.

Entónces, en filosofía, no se pasaba de Aristóteles.

Aristóteles ha quedado hoy muy atrás.

La ciencia de Dios destruye contínuamente la débil presuncion humana.

Cada dia la demostracion marca un error, en lo que durante muchos siglos se ha tenido por una verdad indiscutible.

Por una evidencia.

Isabel se consumia en su materia por su alma.

Como por el fuego se gasta el combustible.

Pero se alimentaba de su propio recuerdo.

Si Cervantes hubiera comprendido esto, se hubiera tranquilizado.

Isabel habia acabado por sobreponerse á todo.

Se habia transfigurado en su sentimiento.

Habia caido en una excitacion espiritual que se hacia sentir de la materia.

Su cuerpo se gastaba lentamente.

Pero el fuego de su alma se alimentaba en un sér infinito.

En un sér que parecia ser la refundicion de su mismo sér, y que debia tal vez continuar con ella en la eternidad.

¿Quién sabe?...

CAPÍTULO XXIII.

En que el autor se ocupa una vez más de la mala fortuna de Cervantes.

Don Hernando de Toledo no permaneció en Cigales más que el tiempo suficiente para arreglar su negocio.

Tuvo la osadía de escribir á Cervantes, que como ajente de negocios, tratase el suyo.

Cervantes le contestó secamente, de una manera terminante, negándose á ello.

No le faltó á don Hernando quién de su negocio se encargase, y lo hiciera tan bien, que al fin, aun que á costa y costa, porque se pagaron todo género de influencias, se enmarañó, se dió al homicidio todo el mejor color posible, y recayó sentencia de seis meses de destierro á treinta leguas de la corte, sobre don Hernando de Toledo, no embargante que se le oyese cuando se presentase, dado que la sentencia se habia pronunciado en rebeldía.

Asegurado ya con esta sentencia don Hernando, se presentó á su juez.

Éste le redujo á prision.

Pero salió de ella al otro dia con fianza.

Dos meses despues, don Hernando era objeto de un indulto real, por el que se le dispensaba de la pena, y otro sí, se le reponia en su buena opinion y fama.

Todo se redujo á que las gentes que le conocian, pudieran decir á los que no le conocian:

—*Ése tiene una muerte.*

Y esto, entre ciertas gentes, es un título de honor.

El señor de Cigales, que se habia llevado consigo á su ama de gobierno aparente, se la habia traido consigo á la corte.

Ella se permitia fueros de dama.

Como dama vestia.

Como dama gastaba.

Se sometia, al parecer enamorada, á don Hernando.

Pero le aborrecia mortalmente.

Como que era el homicida de don Gaspar de Ezpeleta.

Del único hombre á quien Clara la tendera habia amado.

Pero no podia resucitarle.

Existia en ella otra pasion tan poderosa como el amor.

La vanidad.

Don Hernando podia satisfacer su vanidad.

Así, pues, la vanidad contrabalanceaba el amor que Clara habia sentido, y sentia aun por don Gaspar.

Ella no pretendia ménos que hacer á don Hernando su marido.

Pero don Hernando se mostraba durísimo de pelar.

Tenia á su lado, en su casa, á Clara, porque era hermosa, porque le cuidaba, porque otra cualquiera ama de gobierno no le hubiera cuidado tan bien.

Conservaba su amor, y cada dia más irritado, más exijente por Isabel de Saavedra.

Habia tenido la audacia de presentarse casa de Cervantes.

Éste le habia recibido severamente, y sin dejarle entrar le habia dicho:

—Despues de lo que ha sucedido, don Hernando, debíais conocer que lo ménos que yo puedo hacer, es prohibiros que volvais á mi casa, y aun el que paseis por mi calle. Idos.

Aun que don Hernando era violento y colérico y no habia escarmentado, no podia, ni aun se atrevia á replicar á Cervantes.

Salió sin responder una sola palabra.

Pero dejando ver una mirada de saña á Cervantes.

Éste se irritó y dió un paso hácia don Hernando.

A pesar de sus años conservaba entero todo su valor.

Don Hernando se apresuró á salir.

Se obstinó en su propósito.

Este era hacer su mujer, á pesar de todo lo que de ella se decia, á Isabel.

Don Hernando sabia cuán injustas eran todas las hablillas que el vulgo se permitia contra la hija de Cervantes.

Tenia la seguridad de que casándose con ella, todo el mundo la repondria en su buena reputacion y fama.

Conocia todo el mundo á don Hernando, y éste tenia la seguridad de que todo el mundo diria, que una mujer con quien él se habia casado, no podia ménos de ser pura.

Así á lo ménos lo creia don Hernando.

Siendo tan pobre como lo era Cervantes, debia alegrarse de que un hombre tan rico como él, le pidiese por mujer á su hija.

En cuanto á Isabel ¿qué habia de hacer sino aceptar la boda?

No se ama á los muertos.

Asi á lo ménos pensaba don Hernando, de Cervantes y de su hija.

Habia contra él una gran prevencion, y era necesario que esta prevencion se destruyese.

Don Hernando se consagró á la conquista de Isabel.

Volvió á pegar la hebra, como vulgarmente se dice, con María de Ceballos.

Ésta, que era poco delicada. no perdonó la ocasion de sacar partido, por cuantos conceptos la fuse posible, de aquel rico señor.

Empezó el mismo comercio que ántes.

Don Hernando la daba cartas para Isabel.

María guardaba las cartas, y se valia de mentiras para satisfacer, ó á lo ménos para hacer esperar á don Hernando.

Isabel, segun ella, recibia las cartas, las leia y las guardaba.

Esto, aun que las cartas no fuesen contestadas, era ya algo.

Ayudaba á María de Ceballos, para engañar á don Hernando, el irreflexivo amor propio de éste.

Apretaba en lo apasionado de las cartas.

María de Ceballos apretaba en sus embustes.

A tal llegó la ceguedad de don Hernando, tales fueron las mentiras de María, que éste acabó por creerse amado.

Que todo consistia en la historia de la muerte de don Gaspar.

Que Isabel se detenia en reparos.

Iba pasando el tiempo.

La corte se volvia á Madrid.

Con la corte debia irse de Valladolid Cervantes con su familia.

Como que sólo en la corte podia ejercitar las agencias, que eran su principal recurso.

La pensioncilla que le daba el cardenal de Toledo, y alguno que otro donativo del conde de Lemos, no le bastaban para mantener á su familia.

A principios del año siguiente de 1606, volvia la corte á Madrid, y con ella Cervantes, yendo á vivir con su familia á la calle de la Magdalena, á una casa á espaldas de la de la duquesa de Pastrana, que vivia en la de Atocha.

La edad ya avanzada de Cervantes, que rayaba en los sesenta años, no habia amenguado ni su actividad ni su entereza, ni apagado su genio.

Su espíritu se conservaba jóven, y esto se advierte en sus escritos.

Doña Andrea, que era seis años de más edad que Cervantes, le ayudaba.

Esta señora habia sido tambien muy desgraciada.

Se habia casado tres veces: la primera ya de edad madura, puesto que pasaba de los treinta años, con Nicolás de Ovando; la segunda con Sancte Andresi, florentino, y la tercera con el general Alvaro de Mendoza; viuda del cual, se habia acogido á su hermano Miguel con su hija doña Constanza, proveniente de su primer matrimonio.

Su hermana Luisa se habia hecho religiosa.

Magdalena de Sotomayor se habia visto obligada á renunciar á la vida monástica, como sabemos, para encargarse de Isabel.

Cuando la generosidad y la virtud de doña Catalina de Palacios y Salazar, dió una madre y un hogar á la hija natural de Cervantes y de la duquesa de Puente de Alba, Magdalena quedó en la casa como una hermana.

Todo esto lo hemos dicho ya, pero no importa que lo repitamos para mayor claridad de nuestro relato.

Estas cinco pobres señoras ayudaban con sus labores los gratos trabajos de Cervantes, que no bastaban para sostener una tan numerosa familia, á la que se añadia la María de Ceballos como sirvienta.

Cervantes, pues, vivia en una miseria mal disimulada.

Con esa dolorosa miseria de la clase media, que es la que produce más dolores y causa más víctimas.

Nunca habia visto satisfechos completamente, ni aun sus más pequeños deseos.

Miéntras habia sido jóven, y aun ya en la edad madura, habia alentado grandes esperanzas: pero con la vejez, las esperanzas se habian deshecho en humo.

Esperaba ya cada dia la muerte.

No le quedaba tiempo, no ya para hacerse una fortuna, sino que ni aun siquiera para asegurar un pedazo de pan á su familia.

Sin embargo, su juguetona musa resplandecia siempre jóven y riente, por más que en su sonrisa apareciese algo de melancólico, y en vez de amenguarse aquella imaginacion poderosa, parecia que con los años se robustecia y se aquilataba.

Uno de los medios de que se valian sus émulos era decir:

—Cervantes ha echado toda la fuerza que tenia en su Don Quijote, que aun así como es, que todos le celebran, está lleno de defectos, y empobrecido por un desaliño casi contínuo: este hombre se ha acabado; chochea ya: sus novelas son ridículas, y repeticiones las unas de las otras.

Los libreros se aprovechaban de estas maledicencias de los envidiosos, y ponian la ley á Cervantes, pagándole mezquinamente sus originales, y muchos no querian tomárselos, creyendo de buena fé que se habia agotado.

Y sin embargo, Cervantes gozaba del creciente favor del público, que le leia ávidamente, y las ediciones del Quijote y de sus novelas se multiplicaban y se le traducian en todas las lenguas de Europa, cosa que no querian ver ni creer sus émulos.

Así es que, dominando en la literatura á todos los de su tiempo, los trabajos literarios no bastaban para mantenerle, y se veia obligado á ocuparse en ruines empleos, y aun á tomar parte, ya en la vejez, y como si hubiera tenido necesidad de acreditarse con triunfos académicos, á tomar parte en certámenes tales como el que tuvo lugar por la canonizacion de Santa Teresa y otros.

Y todo, no por la gloria, que no la necesitaba; sino por el exíguo valor del premio del certámen.

¡Miseria y siempre miseria!

Ya que hemos hablado del certámen de la canonizacion de Santa Teresa, permitannos nuestros lectores insertemos la poesía que para este certámen escribió Cervantes, y que obtuvo un premio.

En los asuntos propuestos era el tercero: «Al que con más gracia, erudicion y elegante estilo, guardando el rigor lírico, hiciere una cancion castellana, en la medida de aquella de Garcilaso, *El dulce lamento de dos pastores,* á los divinos éxtasis que tuvo nuestra Santa Madre, que no exceda de siete estancias, se le dará un jarro de plata: al segundo, ocho varas de camelote; y al tercero unas medias de seda.»

Veamos la cancion:

DE MIGUEL DE CERVANTES.

A LOS ÉXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

CANCION.

Vírgen fecunda, Madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce region maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo;
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
Ó en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada (1)
Y esfuerza ¡oh, Madre! el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, diste señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En tí (con ordinarias maravillas),
Que á tu edad tu deseo aventajaba.
Y así si descuidaba

(1) Tenia á la sazon Cervantes sesenta y siete años.

De lo que hacer debia,
Tal vez luego volvia
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso,
Era en volver atrás para dar salto
Con curso más brioso,
Desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fué creciendo en tí la gana
De obrar en proporcion de los favores
Con que te regaló la mano eterna;
Tales, que al parecer se alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu sér gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,
Que ligero trás sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.

Allí la su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro, te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el Mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algun afligido á Dios buscara,
Acortando camino
En tu pecho ó en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;
Pues allí nace donde muere el justo.
Desde Alba ¡oh Madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro dia del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe.
Para darla de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,

Y con amor suave,
A Sí y de Sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenibles
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de Santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
Á creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia;
Y el quedar con vitoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Más humilde, más sábia y obediente,
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fueron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, contínuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza,
En la inmortalidad, que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos dá certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pía
Los balidos que envia
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste,
Que no porque dejaste nuestra vida
La caridad dejaste,
Que en los cielos está más extendida.

Cancion, de ser humilde has de preciarte,
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza.

Una de dos.

O Cervantes sentia en su ya avanzada edad, y á pesar de sus desgracias y de sus desengaños, el estímulo de la gloria, ó la necesidad le obligaba, por una parte, á demostrar que su musa aun no habia muerto, y por otra á adquirir el mezquino precio de un premio, en certámenes á que parece se llama á la juventud, aun que de ellos no se excluya la vejez.

Excitado Cervantes por la enemistad que sentia por todas partes, se ocupaba, cuando volvió á Madrid, en el *Pérsiles*, y pensaba en la segunda parte de su Don Quijote.

Estimulado por la gran loa que habia adquirido la primera parte de Don Quijote, un grave religioso dominico, confesor del rey, fray Luis de Aliaga, ocultándose bajo el pseudónimo de Avellaneda, habia dado á la estampa una segunda parte de Don Quijote.

Este libro, que en manera alguna podia compararse con el de Cervantes, no obtuvo el mismo favor del público.

Sin embargo fué muy leido.

Cervantes se irritó.

Se le robaba su pensamiento.

Se echaba mano de su loco.

Se hacia decir sandeces al socarron de Sancho.

Se traia de acá para allá á Rocinante y á Rúcio.

Se metia el hacha en la obra de Cervantes.

Esto es: en su alma.

Los contra Cervantes irritados por la rareza, por la inmensa valía de su ingenio, aprovechaban la ocasion para mortificarle.

Ponderaban la segunda parte del Quijote, compuesto por Avellaneda, poniéndola muy por encima de la primera, segun ellos decian, disparatada de Cervantes.

Se mofaban de ella, y la despreciaban los mejores ingenios, pretendiendo ponerle en ridículo, como se vé por el siguiente canto que Góngora escribió con ocasion de las fiestas por el nacimiento de Felipe IV, y de la paz firmada con Inglaterra:

Parió la reina: el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías:
Gastamos un millon en quince dias,
En darles joyas, hospedaje y vino,
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino
Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento:
Quedamos pobres: fué Lutero rico:
Mandáronse escribir estas hazañas
Á don Quijote, á Sancho y su jumento.

No se puede aludir con más saña y más desprecio á Cervantes y á su obra inmortal.

El mismo Lope de Vega no se podia tener en los buenos términos.

Le roia la emulacion que tomaba la forma de la comedia, y era ciertamente ingrato; que la estimacion de Cervantes tenia en gran manera, como lo prueba

el siguiente soneto que, habiendo publicado su *Dragontea* Lope de Vega, Cervantes puso al principio del libro; y un bello soneto, de los mejores de Cervantes.

Yace en la parte que es mejor de España,
Una apacible y siempre verde *Vega*,
A quien Apolo su favor no niega
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña:
Las musas su Parnaso en ella han hecho;
Vénus honesta, en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores:
Y así, con gusto y general provecho,
Nuevos frutos ofrece cada dia
De ángeles, de armas, santos y pastores.

Estas luchas, estas contiendas, este contínuo salir de un trabajo para dar en otro mayor, no parece sino que eran previsiones de un poderoso genio amigo de Cervantes, para distraerlo de las desventuras domésticas: de sus inacababIes desgracias.

Pero estas distracciones eran transitorias.

Sus penas íntimas, su miseria le doblegaban.

Apénas si obtenia lo bastante para una subsistencia escasa.

Se vió obligado á dejar su habitacion de la calle de la Magdalena, lanzado por el dueño, aun que no hubo procedimiento judicial, y se fué á habitar un casuco, detrás de Nuestra Señora de Loreto.

Pasaba el tiempo: Isabel cada dia más enferma; Cervantes cada dia más desesperado.

Más triste cada dia esta pobre y noble familia.

De improviso sobrevinieron sucesos que pusieron el colmo á su amargura, y que dieron algo más que decir á la maledicencia.

El destino de Cervantes era luchar á brazo partido con la adversidad.

Este destino se cumplia de una manera terrible.

CAPÍTULO XXIV.

En que aparece un jóven paje del rey, que se llamaba don Francisco de Quevedo y Villegas.

Don Hernando de Toledo que, como hemos dicho, habia seguido á Madrid, no á la corte, sino á la familia de Cervantes, esto es, á Isabel, obstinábase más y más, oyendo los buenos informes que acerca de su negocio le daba María de Ceballos, y viendo, por otra parte, que Isabel, no sólo no contestaba á sus cartas, que se repetian sin interrupcion, sino que ni aun le miraba cuando raramente la encontraba en la iglesia ó en el paseo.

Don Hernando de Toledo era tan libertino, cuando ménos, como el difunto don Gaspar de Ezpeleta, y como andaba siempre entre gentes de letras, y Cervantes era la envidia y la pesadilla de estos tales, que no perdonaban rípio en lo de agraviarle, y como amaba á Isabel, jactábase de que nadie más que él habia obtenido los favores de aquella beldad mágica, de aquella rubia angelical que parecia haberse caido del cielo para encantar á la tierra.

Replicábasele, permitiéndose enormidades acerca de la reputacion de Isabel, sacaban á cuento *los escándalos,* segun ellos decian, de Valladolid, y don Hernando tenia cada dia una reyerta que no llegaba á mayores, porque por haber matado á don Gaspar de Ezpeleta, todos le tenian miedo, y doblaban la hoja cuando la conversacion se agriaba demasiado.

Un dia don Francisco de Quevedo y Villegas, que era todavía muy jóven, como que aun no habia llegado á los diez y siete años, estando en el Mentidero con otros pajes del rey, y en un corro de poetas (ya Quevedo hacia versos, estudiaba en Alcalá y con los poetas se trataba), estando, decimos, en un corro de poetas, entre los cuales se encontraba don Hernando de Toledo, vió pasar por la calle Mayor una dama acompañada de una beata.

La dama iba muy humildemente vestida.

Tambien la beata llevaba un traje modestísimo.

A la primera no se la veia absolutamente el semblante.

Tan encubierta iba con su manto.

Pero se veia, sí, que era excesivamente gallarda y gentil, aun que habia en su paso algo de desmayo y como desaliento.

Se la hubiera creido enferma.

La beata era ya quintañona, si se puede llamar quintañona á una mujer que á pesar de su edad conserva unos tales rasgos de hermosura y una tal energía, y una tal juventud pertinaz, que puede causar el enamoramiento aun de los ménos propensos á enamorarse.

Eran Magdalena é Isabel de Saavedra, que iban al jubileo á la iglesia de Santa María.

Doña Catalina estaba enferma, aun que ligeramente.

Doña Andrea y Constanza se habian quedado cuidándola.

Magdalena habia sacado á Isabel, no tanto por el jubileo como porque se esparciese un poco.

—¡Ah! ¡la tentadora abuela: flor de invierno: rayo de sol en la umbría! ¡y qué hermosa eres, beata! Allá voy yo á encincuentañarme, y aun puede ser que me enveinticinque, que más de veinticinco no tiene, aunque tapado lo digo, la que vá con la de cincuenta.

Llamó la atencion de don Hernando de Toledo aquella exclamacion del jóven Quevedo: miró y reconoció á Magdalena.

Se alteró.

Otros del corro, entre ellos Góngora y Suarez de Figueroa, la habian reconocido tambien.

—¡Ah! dijo Góngora torciendo el gesto: las de Cervantes: ¿y á dónde irán esas?

—No parece, don Luis, dijo picado don Hernando, sino que á pesar de vuestros hábitos, ó tal vez por ellos, y por haberlas oido en confesion, teneis motivos para llamar *esas*, como si fuesen unas perdidas, á tales señoras.

—Señoras... de lo suyo, ó más bien de los suyos, si es que alguno tienen en quien mandar, dijo Suarez de Figueroa.

—¿De Cervantes habeis dicho que son esas... digo, de su familia? dijo Quevedo: ¿es tal vez ese Cervantes el llamado manco, Miguel de Cervantes Saavedra?

—Sí, don Quijote; dijo Góngora con acento acerado.

—Pues no las sigo entónces, y me ahorro de molestarlas, dijo Quevedo: que al gran Cervantes conocer ansío, y á su casa iréme, y conociéndole conoceré á su familia.

—Pues mirad como entrais en esa casa, dijo Suarez de Figueroa: porque habeis de saber, señor paje (paje era entónces del rey don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, y aun no del hábito de Santiago, y bachiller en leyes por ser complutense), que es muy fácil entrar en casa de Cervantes por su pié, y tambien facilísimo salir de ella en los hombros de cuatro.

Miró Quevedo, que aun no usaba antiparras, fijamente al doctor Suarez de Figueroa, y díjole:

—Verdaderamente que una de las mayores desgracias que puede Dios dar á una criatura en sus incomprensibles juicios, es echarle al mundo con un ingenio tal, que exceda al de los demás de su tiempo: sin zancajos dejaránle, que se los

roerán de envidia, y no habrá giron de su honra que no rasguen más y más, y más y más despedacen hasta dejarla en hilachas: y dígoos que en vosotros, señores, es muy extraño que, siendo hombres de tanto ingenio y autoridad, asi por vuestras obras como por vuestros años, así picoteeis como buitres voraces en la honra, y aun en el alma de quien debiérais tomar por maestro.

Ya hacia tiempo á esto, que habian pasado y desaparecido Magdalena é Isabel.

Quevedo habia hablado con la generosa indignacion de la juventud, y como quien ni tiene ni debe.

Habia dado un tono incisivo y provocador á sus palabras.

Don Hernando oia y miraba con atencion.

Suarez de Figueroa y Góngora habian puesto muy mala cara.

—¡Niño! exclamó con acento de desprecio este último.

—Pues acercadme el pecho donde yo pueda tomároslo, dijo Quevedo, y ya vereis como os le toma el niño, doctorcillo.

Suarez de Figueroa levantó la mano.

Quevedo se la asió.

Le sujetó con una fuerza superior á sus años.

—La doy por alzada y dejada caer, dijo, y á las consecuencias me remito: pero sed mirado, y no demos escándalo, que media tarde es, hay mucha gente y no nos dejarian *argumentar* á nuestro gusto.

Los otros dos pajes, amigos de Quevedo, bachilleres tambien, como él, de Alcalá, donde el rey á todos les tenia, y á otros pajes suyos, huérfanos como Quevedo, y les costeaba los estudios, habian tomado una actitud amenazadora.

Quevedo era de los tres el más jóven.

El mayor de ellos pasaba ya de los veinte años.

El segundo frisaba en los diez y nueve.

Quevedo era el más jóven, pero tambien el más precoz.

No solamente estudiaba derecho.

Asistia tambien á las áulas de medicina.

Esto, no por seguir la carrera, sino por vocacion al estudio.

No sólo habia estudiado latin, griego y árabe, y letras humanas, y estudiaba teología, derecho civil y canónico y medicina, sino que tambien empleaba gran parte de su tiempo en la esgrima y en los ejercicios de fuerza.

Tenia los piés, en verdad, disformes, pero aun no cojeaba, ó por lo ménos disimulaba bien la cojera, en lo que ponia un gran cuidado.

Como poeta, habia sido muy precoz.

Se conocian ya algunas bellísimas poesías líricas, que firmadas por el bachiller Francisco de la Torre (esto es, don *Francisco* de Quevedo, señor *de la Torre* de Juan Abad), aun que no impresas aun, se habian leido ya en algunas academias, y andaban en manos de los entendidos.

Estas poesías; otros trabajos satíricos en que empezaba ya á morder el jóven poeta, revelando ya bastantemente lo que habia de ser con el tiempo, cuando su carácter acabase de agriarse, este mismo carácter bastante ágrio ya; sus

atrevimientos con los hombres, y sus licencias con las mujeres, y sobre todo su siempre atinado y robusto razonar, le habian dado una cierta reputacion, le habian procurado una cierta respetabilidad, que él sabia mantener, y en una palabra, no se le consideraba ya como un niño.

Ó por lo ménos, los que le consideraban niño, porque aun no le apuntaba el bozo, sabian que era un niño de quince mil y más diablos, que ya habia hecho saltar sangre á algun bravonel y lágrimas á alguna hermosa.

Estos pajes estudiantes, no hacian servicio en palacio; pero cuando volvian de Alcalá, en las vacaciones, á la corte, vivian con los otros pajes, y entraban y salian de palacio como en casa propia.

Tenian un maestro de pajes.

Una especie de ayo, al que auxiliaban, para gobernar á aquellos caballeros, algunos otros servidores.

Las meninas, y aun las damas de la reina y de las infantas, se agradaban mucho de estos lindos, que con su juventud, sus picardías de estudiantes, y sus fueros de nobles y de pajes del rey, eran la piel del diablo, y no habia temeridad, por enrevesadas y graves que pudiesen ser sus consecuencias, á la que no se atreviesen.

Relajaban la disciplina, y aun que estaba mandado que estos señoritos no fuesen á ninguna parte sino acompañados de su maestro ó ayo, ó de algunos de sus coadjutores, el maestro, que tenia algo de paje, se marchaba en cuanto salian de palacio por una parte, y los pajes de dos en dos, ó de tres en tres, se iban por otra.

Sobrevenian disgustos y camorras.

Pero siempre se salia bien de estos lances, porque á todo el mundo hacian gracia las diabluras de los pajes, y se las perdonaban.

Lerma, además, se ocupaba contínuamente en captarse la confianza de Felipe III, y éste no se cuidaba de nada, porque lo confiaba todo, hasta el gobierno interior de su casa, al ministro favorito y á su sobrino el conde de Lemos.

El gobierno de la nacion, y el de la casa del rey, estaba en manos de cuatro compadres de la alta nobleza, á los que ayudaban, ya en este partido, ya en el otro, hombres tan bajos, tan ambiciosos y tan audaces como don Rodrigo Calderon, despues marqués de Siete Iglesias, y otros de su liga.

Andaba, como suele decirse, en palacio, *la paz por el coro.*

Cada cual hacia lo que queria.

Por supuesto, los pajes abusaban cuanto les era posible.

De estos pajes, que todos eran nobles, se hacian luego grandes personajes, tanto en lo civil como en lo militar.

La monarquía pura de derecho divino, tenia su familia exclusiva, entre la cual se repartia todo lo que al Estado y al jefe del Estado correspondia.

Tenian, pues, los pajes del rey, cuando ya eran talludos, una cierta suposicion.

Como que estaban protegidos por todos cuatro costados.

Esto los hacia insolentes y arrojados á todo.

No se tomó, pues, á extrañeza lo que habia acontecido.

Hubo cita por la noche en las tapias de la Huerta de San Gerónimo del Paso, y despues de esto, los que habian intervenido en este asunto se separaron.

Quevedo, despues de citarse con sus dos compañeros que debian servirle de testigos, para las Ánimas, en el Prado de San Gerónimo, á la salida de la acéquia del mismo nombre, se fué solo, y tomó para la iglesia de Santa María, donde estaba el jubileo.

CAPÍTULO XXV.

En que se vé de qué brava y generosa manera pudo Quevedo entablar conocimiento con Isabel y Magdalena.

No se habia engañado Quevedo al suponer que aquella jóven que, completamente rebozada en su manto y modestamente vestida, que acompañada de una hermosa beata habia pasado á buen paso por la calle Mayor, no podia haber ido á otra parte que al jubileo que estaba en la iglesia de Santa María.

Allá se fué nuestro paje.

Se le habia entrado por los ojos Magdalena, que aun se conservaba muy hermosa.

No le habia parecido tampoco costal de paja Isabel.

Ella era, segun lo habia sabido, hija de Cervantes.

Esto habia puesto á Quevedo más en codicia de conocer á Isabel.

Conocia cuánto Cervantes valia, y le respetaba.

Le respetó siempre.

Fué uno de los pocos que en su tiempo hicieron justicia á Cervantes.

Quevedo se habia impuesto un gran respeto para con la hija del ameno autor del Quijote.

Pero no se habia impuesto un respeto igual respecto á la hermosa beata.

Era necesario que ella se hiciese respetar.

Quevedo echaba cuentas galanas.

Consideraba imposible que la beata no se agradase, y en gran manera, de un jóven como él.

Quevedo se tenia ya, y se tuvo siempre, en mucho.

Empezó desde muy temprano sus extravíos, y desde muy temprano se creyó irresistible para con las mujeres.

Encontró la iglesia reventando de gente.

El sermon estaba encargado á un franciscano de Alcalá, que tenia fama de gran predicador.

Cuando llegó Quevedo se acababa.

Poco despues se retiró el Santísimo, y la gente empezó á salir.

Oscurecia.

La noche se presentaba negra y cerrada.

Se venia encima una tormenta de verano.

Empezaron á caer algunas gruesas gotas de lluvia cuando empezaba á salir la gente.

Las pesadas ráfagas de viento se hicieron más rápidas, más poderosas.

Se oyó el lejano rodar del trueno.

La gente que salia de la iglesia apretó el paso para ponerse á cubierto ántes de que se desencadenase la tormenta.

Quevedo estaba fuera de la iglesia, por la parte de la Almudena, avizorando á las damas que salian.

No perdia una sola, aun que todas iban muy deprisa.

Quedaba ya muy poca gente en la iglesia, y Quevedo no habia visto pasar á la hermosa beata.

O se le habia escurrido con su compañera entre las otras damas que habian pasado, ó permanecia en la iglesia.

La tormenta continuaba avanzando.

La gente acababa de salir.

Salió del todo.

A lo ménos así lo parecia.

Pero no se habia cerrado aun la iglesia.

Quevedo, que era tenaz, esperó.

A alguna distancia de Quevedo habia otro hombre, que sin duda esperaba tambien.

Sonaron las llaves del sacristan.

Señal clara de que nadie quedaba ya en la iglesia.

Quevedo se retiró, y tomó á buen paso, y despechado, hácia las Platerías.

Indudablemente se le habia escurrido entre la multitud, sin que él la viese, la hermosa beata.

La tormenta arreciaba más y más.

El viento se convertia en huracan.

Los truenos se acercaban.

Algunos relámpagos lívidos y brillantes venian del mediodía.

La lluvia se iba determinando.

De improviso vió Quevedo que junto á él pasaban á gran prisa dos mujeres.

A la luz del crepúsculo reconoció á la hermosa beata.

Lució un relámpago, y á su luz momentánea vió de cierta manera fantástica, el pálido y espiritual semblante de Isabel.

Con la gran rapidez de su marcha, se la habia descompuesto el manto.

—¡Oh! ¡y qué diosa! exclamó Quevedo: ¡y esta es la hija del señor Miguel de Cervantes! Dios la libre de mal: á la beata me atengo: ¡y vaya si tiene el cuerpo gentil la beata! Allá ván disparadas: y ¡calle, un hombre las sigue! parece que más que de la tormenta escapan ellas de ese hombre: pues no te arriendo la ganancia, hermano, que puede ser que te encuentres algo, y lo guardes muy á desplacer tuyo.

Y siguió corriendo, no ya tras Isabel y Magdalena, sino tras el hombre que las seguia.

La tormenta habia acrecido al fin.

La lluvia se habia convertido en aguacero.

Los relámpagos, acreciendo en brillantez, se repetian.

Retumbaba de una manera formidable el trueno, y el viento rugia, y en su furia levantaba de los tejados las tejas, y las hacia caer sobre la calle.

Y Quevedo seguia al otro hombre.

No veia á las dos damas; pero debian ir delante, puesto que el otro seguia andando casi á la carrera.

Torció al fin por la calle de Coloreros.

Por ella se metió tambien Quevedo.

Ir tras aquel hombre era ir tras la hermosa beata.

Aquel hombre tiró hácia un cobertizo que habia, y hay, al fin de la calle de Coloreros, en ángulo con la iglesia de San Ginés, y que se llamaba, y se llama, la bóveda de San Ginés.

Sin duda la beata y su compañera, para librarse de la lluvia que arreciaba, se habian ido á buscar la bóveda.

La cerrazon del cielo se habia hecho aun mayor.

Apénas si Quevedo veia el bulto del hombre que iba delante de él.

Aquel hombre se perdió al fin, en lo oscuro de la bóveda.

Quevedo siguió.

Antes de llegar á la bóveda oyó un agudo grito de mujer.

Inmediatamente otra voz de mujer exclamó con indignacion y con energía:

—¡Socorro! ¡ladrones!

Era esta una voz temible.

Pero sabe Dios si hubiera acudido alguno, á no estar próximo Quevedo.

Éste adelantó á la carrera, tirando de la espada.

Entró en la bóveda.

En ella, delante de una imágen de la Vírgen, puesta en un cuadro, detrás de una reja, ardia un farol.

A su luz vió Quevedo que una de las dos, la dama jóven, la hija de Cervantes, forcejaba con un hombre que pretendia apoderarse de ella.

La beata se asia á aquel hombre, y gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Eh! ¡don villano!... exclamó Quevedo: soltad á esa dama, ú os mato como á un perro.



—¡Eh, don villano! exclamó Quevedo: soltad á esa dama, ú os mato como á un perro.



Pero en aquel mismo punto Quevedo dió un salto terrible y se volvió.

Habia sentido tras sí á otro hombre.

Aquel hombre tenia un enorme espadon en la mano, y se iba sobre él.

Quevedo no perdió un momento; tomó la guardia, y se fué con una estocada á aquel hombre, alcanzándole en el costado.

—¡Ay de mí! exclamó aquel hombre vacilando: ¡muerto soy!... ¡confesion!...

Al oir aquella voz arrepentida y terrible, al ver caer á aquel hombre, y que el que sin duda le habia herido sobre él se iba, el que forcejaba con Isabel y con Magdalena, soltó á Isabel, y dió á correr hácia el Arenal, que no le alcanzara un galgo.

Quedaron asombradas é inmóviles Isabel y Magdalena.

—Nada temais ya, mis buenas señoras, dijo Quevedo: pero como la proximidad de los muertos no es prudente, sigamos á buen paso por donde el otro se ha ido, y dejadme que hasta vuestra casa os vaya sirviendo.

Magdalena é Isabel vieron con asombro, que el que las habia salvado era un jóven, cuando más, de diez y siete años.

Por su ropilla de terciopelo granate, por su ferreruelo de terciopelo tambien, aun que azul oscuro, que á aquella luz parecia negro, y por su sombrerote á la francesa, con gran pluma, conocieron que aquel jóven era un paje del rey.

Por esto, y por lo que habia hecho, cobraron confianza.

Le dieron conmovidas las gracias, y se prestaron á que las acompañase.

El que habia caido permanecia inmóvil.

Muerto al parecer.

Quevedo y las dos damas se alejaron hácia la calle del Arenal.

Apénas habian desaparecido, cuando el que estaba por tierra se levantó y dió á correr como si no le hubiese acontecido nada.

Consistia esto en que la estocada que le habia dado Quevedo, no le habia alcanzado de lleno.

No habia sido más que una profunda punzada entre el músculo y las costillas del costado izquierdo.

Aquel hombre se habia valido de un recurso muy conocido de los pícaros.

El de dejarse caer en tierra y hacerse el muerto.

CAPÍTULO XXVI.

De como Quevedo estrechó sus relaciones con Cervantes.

Pero cuando salieron de debajo de la bóveda, Quevedo vió que era imposible continuar mucho tiempo bajo la tormenta.

El Arenal empezaba á crecer, y convirtíase en rio, aumentado por las vertientes de las calles que á él salian.

La lluvia caia á torrentes.

Deslumbraban los relámpagos.

Los truenos eran formidables.

—Metámonos aquí, señoras, dijo Quevedo entrando en el soportal iluminado de una gran casa, en el Arenal, al volver la esquina de la calle de San Ginés.

Aquella casa era la hosteria del Ciervo Azul.

Habia en ella alguna gente.

Primero, porque era la hora de la cena.

Despues, á causa de la tormenta.

Quevedo pidió un aposento del piso bajo.

Isabel y Magdalena entraron en él.

Nada tenian que temer.

Allí estaban á cubierto de la curiosidad de los concurrentes á la hostería.

Quevedo las invitó rendida y galantemente á que tomasen algun refresco.

Ellas, que estaban sobresaltadas (y no era para ménos el lance), pidieron una limonada.

Quevedo pidió una sangría de vino fria.

Hacia mucho calor.

El jóven aparecia perfectamente tranquilo, como si nada hubiese acontecido.

Sin embargo, creia de buena fé que habia matado á un hombre.

¿Qué importaba?

Aquel hombre era un pícaro.

Y aunque no lo hubiera sido, Quevedo se hubiera mostrado de la misma manera impasible.

Sobrevinieron las presentaciones.

Él las dijo quien era.

Ellas le dijeron, la una, que era hija, y la otra hermana de Miguel de Cervantes Saavedra.

Holgóse mucho de ello Quevedo, y empezó á encomiar á Cervantes, que no habia quien le alcanzase segun él le ponia de alto.

Y entre tanto pasaba su mirada audaz de la una á la otra, y se comia con los ojos á Magdalena, que le sonreia.

La complacia que fuese ella y no Isabel, el objeto principal de los rendimientos de aquel jóven.

Ella estaba ya en una situacion de espíritu que la hacia insensible á todo amor, y aun á toda aficion.

Ella no habia tenido en toda su vida más que un solo amor.

Cervantes.

Aquel amor, que la fatalidad no habia permitido se lograse, se habia purificado, se habia espiritualizado de tal manera, que podia decirse habia hecho dos hermanos de Magdalena y de Cervantes.

Magdalena, pues, por lo que hemos dicho, y á más por su edad, estaba ya á cubierto de todo amor.

Pero no sabia ella si de la misma manera estaba muerta para todo otro amor, que no fuese el recuerdo de don Gaspar, Isabel.

La vida busca la vida.

No habia que esperar que un paje del rey, que debia ser noble y rico, y que por su talante parecia muy altivo, viniese á casarse por amor con la pobre hija natural del pobre hidalgo Miguel de Cervantes.

Por esto se alegraba Magdalena de ser, á lo que parecia, el objeto de la predileccion de Quevedo.

Pasaba el tiempo, y la tormenta seguia, y acreciendo más bien que amenguando.

Isabel y Magdalena se mostraban inquietas.

Era doble su inquietud.

En primer lugar, por su familia, que debia estar cuidadosa por su tardanza.

Despues por su generoso libertador, que estaba con ellas, demasiado cerca del lugar donde, segun ellas y él creian, habia hecho él una muerte.

Temian á cada momento ver entrar á la justicia, y que Quevedo fuese preso, y ellas tambien.

Quevedo conoció su cuidado.

Llamó un mozo, y le mandó que al momento, y costase lo que costase, se trajese una silla de manos.

No podia irse más allá en la solicitud y en la galantería.

Las dos estaban aterradas.

Ansiosas de alejarse de allí.

De encontrarse en su casa.

De que Quevedo se apartase cuanto ántes fuese posible de aquel peligroso lugar.

No se opusieron, pues, á que se buscase la silla de manos.

Quevedo seguia comiéndose con los ojos á Magdalena.

Cuanto más la miraba más hermosa le parecia.

Magdalena estaba en ese momento crítico en que la mujer, ya de edad madura, se conserva fresca, mórbida é interesante; pero en que está á punto de arrancarse la primera cana, de contar su primera arruga.

Habia en ella, pues, una fuerza de voluptuosidad extraordinaria.

En sus grandes ojos negros habia un fuego casi divino.

Porque aquel fuego, incitante hasta un extremo irresistible, era casto, de toda castidad.

Representaba una pureza de alma y de cuerpo, que se hacian sentir de una manera insoportable en Quevedo, que habia empezado ya su carrera de libertinaje.

—¡Vive Dios! decia Quevedo, que esta buena madre beata vá á volverme loco. ¿La enloqueceré yo á ella?

Y extremaba sus galanteos para con Magdalena, que le sonreia siempre.

Pero con una expresion tal, que nada determinaba.

Llegó la silla de manos.

Las dos entraron en ella.

Quevedo se puso un capotillo, una especie de anguarina que le prestaron en la hostería, se echó el capuz sobre la cabeza, y garantido asi contra la lluvia, se fué escoltando la silla de manos.

Media hora despues llegaban á la casa de Cervantes, que, como hemos dicho, vivia con su familia en un casuco situado á espaldas de Nuestra Señora de Loreto.

Magdalena invitó á entrar á Quevedo.

Éste no se negó.

Se alegraba de hacerse amigo particular de Cervantes.

De abrirse su casa.

Cervantes habia bajado á la misma puerta.

Cuando las vió en silla de manos, y que un paje del rey las acompañaba, frunció el severo semblante.

Y mucho más cuando vió que aquel paje era el bachiller Francisco de la Torre, ó lo que es lo mismo, don Francisco Gomez de Quevedo, señor de la Torre de Juan Abad.

Cervantes le habia conocido ya en esta, ya en la otra academia.

El viejo novelista habia dado algunos buenos consejos al jóven poeta, que se daba á conocer ya de una manera brillante en sus primeros pasos en el Parnaso Español.

Pero sabia que era audaz, arrojado, libertino, ya á sus pocos años, y frunció el gesto cuando vió que Magdalena le invitaba á que subiese y descansase, y él aceptaba.

Magdalena, que conoció el disgusto de Cervantes, se apresuró á contarle lo que habia sucedido.

Cervantes se desarmó.

—Pues ahora, dijo, no sólo os recibo con gusto en mi casa, mi jóven amigo,

sino que en ella os tendré oculto hasta que se vea por donde este negocio sale.

—Así me quedaré yo sin dormir en mi aposento de la casa de pajes, dijo Quevedo, como ahora llueven ciruelas: ni me detendré en vuestra honrada casa, señor Miguel de Cervantes, honrándome en ella más que un momento, que ya pronto darán las Ánimas, y á esa hora tengo un asunto de honra, al cual faltar no me es posible.

—Sea como vos querais, dijo Cervantes; pero de todos modos, sabed que mi casa es muy vuestra.

Y subió, precediendo á Quevedo, las escaleras.

Ellas iban delante.

CAPÍTULO XXVII

En que se vé hasta dónde llegaba la nobleza del alma de Cervantes.

La tormenta fué pasando, y pasó del todo en la media hora que casa de Cervantes permaneció Quevedo.

Cervantes le habia llevado á su aposento.

Las mujeres habian desaparecido.

Sucedia lo de siempre.

Las habitaciones de las mujeres de la familia de Cervantes, eran una clausura para los hombres que en la casa entraban.

Cervantes procuraba tener siempre una habitacion independiente, que le sirviera de despacho.

Por la cual ni delante de cuya puerta tuviesen que pasar las mujeres para nada.

Durante el tiempo que allí estuvo Quevedo, se informó Cervantes de lo que habia sucedido.

Agradóle sobremanera que aquel mancebo, que ya, por lo que de él habia visto, reputaba por un gran poeta, fuese ya, y prematuramente, un gran corazon y una buena espada.

Comprendió que de las dos, aquella por quien Quevedo se interesaba era Magdalena.

Se tranquilizó.

Nada habia que temer.

Vió, aunque no se lo dijo á Quevedo, que éste tenia aquella misma noche un empeño de armas, por el cual el valiente jóven no se inquietaba.

Empezó á cogerle cariño.

Le estaba, además, extraordinariamente agradecido.

El perseguidor de Isabel no perdonaba medio.

Cervantes estaba seguro de que aquella tentativa de rapto, se habia hecho en servicio de don Hernando de Toledo.

Debia á Quevedo la honra de su hija, aun que muchos no creyesen en ella, y tal vez la vida de Magdalena.

Tal vez aquel que habia sobrevenido, y á quien creia haber muerto Quevedo, hubiera asesinado á Magdalena para enmudecerla, y hubiera ayudado al otro al rapto.

La Providencia habia favorecido una vez más á Cervantes.

Media hora ántes de las Ánimas se despidió de Cervantes Quevedo, y entró en la silla de manos, que esperaba á la puerta.

Cervantes oyó que Quevedo decia á los mozos:

—Al Prado, por la carrera de San Gerónimo.

La tormenta habia cesado por completo.

Cervantes subió á su aposento, se ciñó los hierros, se puso el sombrero, y salió diciendo á su familia, que aun que tardase no se inquietasen.

Luego, á buen paso, salió á la calle del Leon, la siguió, llegó á la del Prado, á Santa Catalina de los Donados, y al fin vió á alguna distancia la silla de manos en que Quevedo era conducido, y que en aquel punto entraba en el Prado de San Gerónimo.

Cervantes se puso en observacion, á distancia, para no ser notado.

Quevedo salió de la silla, pagó á los mozos y los despidió.

Poco despues, los mozos, con la silla, pasaban cerca de Cervantes.

Éste seguia el bulto de Quevedo.

A poco que éste adelantó en el Prado, se le unieron otros dos bultos.

Eran los dos pajes, sus compañeros, que le esperaban.

Los tres se dirigieron á la abadía de San Gerónimo.

Cervantes los siguió á distancia.

Llegaron los tres jóvenes á la tapia de la huerta de los gerónimos.

Marcharon hácia el mediodía, siguiendo la tapia.

Torcieron luego en ángulo á la izquierda.

Adelantaron.

Cervantes llegó tambien al ángulo, le dobló y adelantó pegado á la tapia.

Era imposible que le viesen ni le sintiesen.

Llegaron los tres jóvenes á una hondonada que en la parte media de la tapia habia.

Aquel era un lugar donde los que tenian que zanjar un negocio de armas se entendian.

Era apartado y solitario.

Antes de que Cervantes llegase junto á la hondonada, á la que habian descendido ya los tres jóvenes, sonaron las Ánimas en la inmediata abadía de San Gerónimo.

En aquel mismo punto, el viento trajo el sonido de otras campanas que tocaban las Ánimas, proviniendo de este y del otro campanario de Madrid.

Cervantes oia el rumor de las voces de algunos hombres que en la hondonada hablaban.

Se encorvó, y adelantó cautelosamente, casi pegado á la tierra, hasta llegar á un lugar donde pudo, sin ser sentido, oir distintamente lo que aquellos hombres hablaban.

A juzgar por sus bultos, eran siete.

Cervantes no podia reconocerlos.

Eran el doctor Suarez de Figueroa y Quevedo, como las personas del duelo.

Góngora, y un don Pedro de Velasco, como testigos de Figueroa; don Diego de Avendaño y don Luis de Lieja, pajes del rey, como testigos de Quevedo.

La sétima persona era don Hernando de Toledo.

—¿Y no es posible que esto venga á buen término? decia don Pedro de Velasco, testigo de Figueroa.

—No, ¡vive Dios!... exclamó Quevedo: estoy resuelto á que nadie, donde yo esté, tenga mala lengua más que yo: el que delante de mí injurie de palabra ó de obra, ó aun de pensamiento si yo lo adivino, á una dama que sea de mi gusto, parienta, aun que lejana, de persona á quien yo en lo más mínimo de la estimacion mia tenga, puede contar por seguro con que yo le corte la lengua ó le cosa las entrañas.

—Yo me ratifico en lo dicho, exclamó Suarez de Figueroa: la hija de ese potrillo de Cervantes, es una dama de aventuras: ¿de qué vive ese carroña, sino de los regalos de los amantes de su hija?

Pasó por Cervantes no sabemos qué cosa terrible.

Quiso contestar, y se le ahogó la voz en la garganta.

Quiso lanzarse á aquel hombre y le faltaron los piés.

—¡Pues mentís vos, con toda la mala sangre que teneis, mal poeta, doctorcillo de pega... exclamó Quevedo, y allá vá eso para que escarmenteis!

—Y si vos no le matais, dijo con voz ronca don Hernando de Toledo, le mato yo.

—¡Ó yo... exclamó Cervantes para sí, con acento ronco y terrible, si matas á los dos!

Se oia ya el choque de las espadas.

La acometida se habia precipitado.

No se habian llenado las fórmulas.

¿Pero qué importaba?

Se daban por llenadas.

Se oia el repiqueteo de las espadas sobre los broqueles, de una manera acompasada, sostenida, terrible, rápida.

Por lo demás, reinaba un profundo silencio.

—¡Muerto soy! dijo al fin con una voz angustiosa Suarez de Figueroa.

—Me alegraré de que no te equivoques, hermano, dijo Quevedo con la voz tranquila: yo te he dado con muy buena voluntad. Vámonos, amigos mios; nada tenemos ya que hacer aquí.

Y echó á andar seguido de sus dos testigos.

Otro de los bultos los siguió, y se incorporó con ellos.

Era don Hernando de Toledo.

Pronto se perdieron entre las sombras de la noche.

Los dos amigos de Figueroa se acercaron á él.

Le hablaron, y no les contestó.

Le creyeron muerto.

Se aterraron.

Dieron á correr.

Quedaron solos Cervantes y el doctor Suarez de Figueroa.

Cervantes se acercó entónces, y reconoció á Figueroa.

Le latia violentamente el corazon.

Vivia, pero estaba desmayado.

Esto significaba que la estocada habia sido buena.

Que habia perdido mucha sangre en muy poco tiempo.

Que habia sobrevenido el vértigo natural, por la alteracion y el empobrecimiento de la circulacion.

—Hé aquí, infame mordedor de viejos, deshonrador de doncellas, envidioso inicuo, que el ingenio negado y zaherido por tí, el padre por tí injuriado, te perdona y te socorre.

Y como no habia tiempo que perder, el generoso Cervantes se levantó, partió á la carrera, llegó á la portería de la abadía, tiró de la cuerda de la campana, y cuando resonó en la reja el *Deo gratias*, dijo:

—Acudid sin pérdida de tiempo á la hondonada; hay allí un hombre herido en duelo, que se desangra, que está á punto de muerte.

Y despues de esto, Cervantes escapó, descendió la rampa de la Abadía, atravesó el Prado, y se perdió por la carrera de San Gerónimo.

—Ya decia yo, exclamó el portero que no tardaríamos mucho en tener otro lance: ¡la maldita hondonada! ¡Satanás trae á ella á los hombres para que se maten!...

Poco despues salian del monasterio algunos monjes.

Un lego llevaba un gran farol, á más de dos faroles más pequeños que llevaban otros dos, farol grande que revelaba que allí iba la Extremauncion.

Otros dos legos conducian una camilla.

La repeticion de estos lances habia hecho que los monjes de San Gerónimo se hubiesen provisto de lo necesario para los socorros.

Iban muy de prisa aquellos buenos varones.

Llegaron al lugar del lance.

Encontraron al doctor desmayado aun.

Le examinó un monje.

Tenia una ancha herida en el costado derecho.

La sangre se habia coagulado en la boca de la herida por la humedad de la tierra, encharcada por la reciente tormenta, y habia contenido la hemorrágia.

El monje que examinaba á Figueroa, le curó de primera intencion, sirviéndose de una caja de cirugía que se habia llevado.

—Administradle la Extremauncion, dijo, que en grave peligro se halla: airada y diestra ha sido la mano que le ha herido; Dios perdone al agresor.

El doctor fué puesto en la camilla.

Se le administró la Extremauncion.

Luego fué conducido al convento, y llevado á la hospedería. donde se le puso en un lecho.

CAPÍTULO XXVIII.

En que Cervantes sabe, de una extraña manera, algo que necesitaba averiguar.

Cervantes habia seguido rápidamente la avenida de San Gerónimo.

Habia atravesado la Puerta del Sol, y recorrido la calle del Arenal.

Luego se habia metido por la de San Ginés, y habia llegado á la bóveda.

Llevaba el corazon lleno de amargura, y de amor y de agradecimiento á la par por el jóven Quevedo.

No sólo habia salvado de un rapto á su hija, hiriendo ó matando á un bandido, sino que poco despues, por el honor de su hija, habia puesto en punto de muerte al doctor Suarez de Figueroa.

—¡Oh! ¡si él la amara, si ella pudiera amarle, y tuviese un tal esposo la triste hija mia!... exclamó en un arranque el pobre padre.

Estaba en aquel momento en la bóveda de San Ginés y la examinaba al turbio reflejo de la luz de la Vírgen.

Pero no encontró ni aun señales de sangre.

El herido habia escapado ántes de que la sangre de su herida hubiera podido filtrarse por sus ropas.

Magdalena habia dicho á Cervantes que el hombre herido por Quevedo, habia caido en la misma bóveda de San Ginés.

Tal vez en su turbacion habia visto mal Magdalena.

Cervantes siguió reconociendo.

De improviso, al entrar en la calle de Coloreros, un hombre desarrapado, de aspecto sombrío, le asió y le puso un puñal al pecho.

—Tengo hambre, dijo: si no me dás lo que llevas, te mato.

—No vale la vida de un hombre cinco reales, dijo Cervantes, al cual, ni aun en sus años graves abandonaba la serenidad.

Y desasiéndose y dando una vigorosa huida hácia atrás, tiró de la espada.

El ladron no era ya peligroso para él.

—Ayer se me murió uno de mis hijos de necesidad, dijo aquel hombre con acento horrible, y el otro está agonizando: dame por caridad un pedazo de pan.

Cervantes se acordó de su hija.

Se le apretó más y más el corazon.

Requirió su mezquina bolsa.

Halló en ella seis reales y cinco cuartos.

Se acercó al mendigo convertido en bandido, y le dió aquel dinero.

—¡Ah! ¡tú eres bueno! dijo aquel miserable: tú no te pareces á los otros: tú tienes buen corazon.

—Véte, le dijo brevemente Cervantes.

—Sí, me voy, contestó el mendigo: pero ántes de que me vaya perdóname: has estado á punto de caer aquí donde cayó el otro, y aun peor, porque aquel se levantó, y tú no te hubieras levantado.

—Espera, dijo Cervantes, espera.

El mendigo, que ya habia vuelto la espalda, se detuvo y se volvió á Cervantes.

—¿Quién es ese otro que dices que cayó aquí, y que se levantó? ¿ha sido eso esta noche?

—Sí; miéntras la tormenta, dijo el mendigo.

—¿Eran una dama y una beata?

—Sí.

—¡Ah! basta: ya sé: ¿y quién era el que cayó?

—Un pícaro.

—¿Le conoces tú?

—Sí.

—¿Puedes hacer que yo vea á ese hombre?

—Yo no sé, dijo ya con reserva el mendigo. ¿Quién eres tú?

—Yo soy el padre de la dama que querian robar aquí esta noche.

—¡Cómo! exclamó el mendigo asombrado y con la expresion del más profundo respeto: ¿sois vos la alegría de las musas, el gran Miguel de Cervantes Saavedra?

—Yo soy ese, contestó Cervantes.

—¡Ah! dijo el mendigo: pues yo bendigo la hora en que me puse aquí, desesperado, á esperar al primero que pasase para robarle. Ya se vé: habia salido mal el lance: no podíamos esperar que se nos pagase.

—¿Tú eras uno de ellos?

—Sí, señor; se nos habian ofrecido cien escudos.

—¿Quién?

—Un caballero enamorado de vuestra hija, señor Miguel de Cervantes: yo soy muy pobre: mi familia perece; este es el primer delito á que me he prestado: vos sois el primer hombre á quien yo he pedido la bolsa ó la vida: el hambre es muy mala, señor; y cuando vemos morir de hambre á nuestros hijos, á los hijos de nuestras entrañas, nos atrevemos á todo.

Se le apretó aun más el corazon á Cervantes.

—Dime, dime el nombre de ese hombre, dijo con la voz ya más dulce.

—¿Vos me guardareis el secreto, no es verdad? exclamó el mendigo.

—¿Y para qué tengo yo que faltarte al secreto? dijo Cervantes; habla sin cuidado.

—Ese hombre es muy poderoso, señor.

—Más poderosa es la justicia.

—¡Que vos digais eso, señor Miguel de Cervantes, siendo tan sabio como sois! dijo el mendigo: la justicia no es poderosa más que contra los pobres y los desvalidos.

Demasiado por sí mismo conocia esta tristísima verdad Cervantes.

—Yo te recomendaré al conde de Lemos y al cardenal de Toledo, para que te dén de que vivas, dijo, si me dices quién es ese hombre poderoso, que contra el honor de mi hija maquina iniquidades.

—Ese hombre, señor, dijo el mendigo, y como haciéndose una gran violencia, es don Hernando de Toledo, señor de Cigales.

—¡Ah! ¡ya lo sabia yo! exclamó Cervantes.

—¿Entónces, pues, por qué me habeis preguntado?

—Por asegurarme más: vén conmigo.

El mendigo siguió á Cervantes.

Éste le llevó á su casa y se encerró con él.

CAPÍTULO XXIX.

En que se vé hasta dónde llegaba la propension á las aventuras en Quevedo.

Quevedo se habia alejado harto de prisa del lugar del duelo, acompañado de sus dos amigos, y de don Hernando de Toledo.

Éste habia agradecido mucho al jóven bachiller lo que habia hecho.

Como que habia defendido el honor de una mujer á la que queria hacer su esposa.

Don Hernando creia en aquellos momentos, que el en que debia unirse á Isabel, se aproximaba.

Como que, segun se ha dicho, habia preparado el rapto de Isabel, y creia que aquel rapto se habia efectuado.

Una vez Isabel en su poder, el honor la obligaria á ella, obligaria á Cervantes, y seria su esposa Isabel.

Don Hernando ignoraba que el jóven Quevedo habia librado de aquel rapto á Isabel.

Quevedo habia aguardado una profundísima reserva acerca de aquel lance.

Ya en sus pocos años tenia Quevedo todas las cualidades que tanto le realzaron andando el tiempo.

Don Hernando, agradecido á Quevedo, le dijo:

—No sabemos por dónde puede tornar esto: yo tengo para mí que Suarez de Figueroa ha terminado ya su peregrinacion sobre la tierra: nada hay oculto: sus testigos pueden ser ó no hidalgos: tal vez á estas horas se sabe ya que vos habeis hecho una muerte: las consecuencias pueden seros funestas por el rigor de las pragmáticas, asi como á vuestros compañeros: por lo mismo, yo os convido á vos y á ellos con mi casa, en la que podreis estar secretos miéntras se vé por dónde esto sale.

—Que faltar habremos esta noche á palacio, dijo Quevedo, y buscárannos: ya esto ha sucedido alguna vez, y hemos salido de ello con muy leve castigo: mis compañeros y yo aceptamos vuestro ofrecimiento, que es muy de estimar, porque á la verdad, no seria para nosotros cosa de placer nos metieran en la cárcel, y aun que no nos echaran encima todo el rigor de las pragmáticas, nos tendrian cuatro ó seis años empozados en un calabozo, echados de palacio y perdidas nuestras carreras.

—Pues no se hable más, dijo don Hernando, y metámonos en mi casa, que ya está cerca, en la calle de Cedaceros. Pero vosotros no entrareis conmigo, á fin de que no os vean los criados, y el secreto y el escondite sean inútiles: esperareis en la esquina, y yo entraré: mandaré á los criados que se recojan, y luego saldré por el postigo del jardin, y por su postigo entrareis vosotros sin ser vistos ni sentidos de nadie.

Iban entónces por la calle del Sordo.

Al llegar á la esquina del oratorio de Italianos, don Hernando hizo esperar á los tres jóvenes.

Estos se metieron en el pórtico del oratorio.

Como la noche era muy oscura, no podian ser reparados.

Don Hernando se alejó.

Tardó más de media hora.

La habia empleado en lo siguiente:

En cuanto llegó se le presentó su mayordomo.

—¿Y bien, Ginés? le dijo don Hernando: estaba ansioso por verte; pero tienes muy mala cara, y me pones en cuidado.

—Estoy herido, señor, contestó Ginés.

—¡Herido! exclamó don Hernando.

—Sí, señor: el lance ha salido desastradamente: yo habia tomado bien mis medidas; pero cuando ya en la bóveda de San Ginés nos apoderábamos de ella, y yo iba á hacer callar á la otra que gritaba demasiado, se nos echó encima uno que yo no supe de dónde habia venido, me dió una estocada que á poco más me mata, ahuyentó al otro, y se llevó á las dos.

—¡Sois torpes y cobardes! exclamó con una gran irritacion don Hernando.

—Ni cobardes ni torpes, señor, dijo Ginés: es que las cosas no suceden siempre como nosotros queremos, sino como Dios quiere.

Y Ginés contó punto por punto, minuciosamente á su amo, lo que habia acontecido.

No habia tenido tiempo de reparar bien en Quevedo, y no habia podido dar señas de él á su amo.

—Pues es necesario, de todo punto necesario, dijo don Hernando, que yo tenga á esa señora en mi poder, y esto cuanto ántes: cúrate Ginés, y piensa en otro lance que salga mejor que este pasado.

Despues de esta conversacion con su mayordomo, don Hernando, ya de un humor endiablado, salió por el postigo del jardin que daba á la calle de Gitanos, y se fué al pórtico de los Italianos, donde encontró á Quevedo y á sus compañeros.

Los llevó á su casa, en donde entraron por el postigo del jardin.

Habia al fondo del jardin un pequeño edificio.

Aquel edificio contenia un salon, dos dormitorios y un retrete donde habia dos pilas de piedra para baños.

Abrió la puerta con llave don Hernando.

—Esta habitacion hace mucho tiempo que no se usa, dijo, porque no sirve más que en los grandes calores, y no se abre más que de tiempo en tiempo para limpiarse: hay dos lechos, en los cuales os podeis acomodar los tres: no he traido luz, ni es necesario, porque la luz se veria por los resquicios de las ventanas y advertiria á los criados: de todos modos, aquí no estareis más que dos ó tres dias, miéntras se averigua lo que hay del negocio, y si este se presenta mal, de Madrid saldreis de noche disfrazados para mi señorío de Cigales, donde estareis completamente seguros: voy á buscaros en la despensa de qué podais comer y beber hasta mañana á la noche, en que yo os traiga nuevas viandas.

—No sabemos cómo estimaros lo que haceis por nosotros, dijo Quevedo, y estad seguro de que os lo hemos de agradecer bien.

Don Hernando salió dejándolos encerrados.

Ellos buscaron á tientas, y á tientas se certificaron de que el mueblaje era rico.

Dieron en uno de los dormitorios, y en él tentaron un gran lecho, blando y limpio á lo que parecia.

En esto sobrevino don Hernando.

Traia en una cesta, fiambres, algunas botellas de vino y pan.

Se despidió de ellos, y les deseó la mejor noche posible.

Salió y cerró.

—¿Sabeis, dijo Quevedo, que me place lo que sucede? La vida sin aventuras cansa. ¿Habrá en esta casa mujeres, señores?

—Debe de haberlas, dijo don Diego de Avendaño; pero yo te digo, don Francisco, que para aventura basta, y que Dios quiera que salgamos bien de la ya pasada. Yo no las tengo todas conmigo; que el duque de Lerma anda muy rigoroso en esto de los desafíos.

—Cenemos primero, aun que sea á oscuras, dijo Quevedo, que bien creo yo que hemos de atinar con las manos á la boca.

Y Quevedo acometió á la cesta.

—Por el tiento y el olor, dijo Quevedo, con pollo dí asado, y que parece muy en su punto. Para trincharle con los dedos basta: con un anca y un alon me quedo: ahora partíos vosotros el resto.

—Pues aquí hallo pernil y en abundancia, dijo don Luis de Lieja.

—Buena cena tenemos, dijo Quevedo: albillo es el vino, y rancio lo ménos de diez años; tres botellas hay, lo que basta y aun sobra: la aventura me vá placiendo más; que tenia un cierto roimiento, y sin cenar hubiera pasado muy mal la noche.

—Los duelos con pan son ménos, dijo don Diego de Avendaño.

—Aquí no hay duelo más que para el que acabó, si es que acabó, dijo tranquilamente Quevedo.

Daba ya entónces claras muestras del desprecio con que siempre miró la vida humana.

¡Condicion terrible de todos los grandes hombres que han nacido para luchar y conquistar!

En esta parte Quevedo se parecia ya, y se pareció siempre, á Alejandro, á Xerxes, á César, á los grandes capitanes, en fin.

Puesto en iguales circunstancias, Quevedo hubiera sido tan grande como ellos.

Como ellos una fiera humana, enaltecida por el laurel de la victoria.

Estaba perfectamente tranquilo, y aun contento, cuando creia que habia matado á dos hombres.

Y aun nos atrevemos á decir que se sentia orgulloso de ello.

Siguieron los tres jóvenes conversando y comiendo á oscuras.

No se oia el más leve ruido.

Sólo el rumor monótono de una fuente que habia en el jardin.

Los habitantes de la casa debian estar sumidos en un dulce sueño.

Quevedo no le sentia.

Apesar de su frialdad de espíritu, y aun que no se hiciera cargo de ello, estaba sobrescitado.

Sonó á lo léjos un reloj.

Quevedo contó.

Eran las doce.

Los dos amigos de Quevedo se dormian.

Se acomodaron en uno de los lechos.

Quevedo se quedó sentado en una silla, y de todo punto desvelado.

Con la soledad y el silencio empezaron á acometerle extrañas ideas.

Se habia fijado en su imaginacion la severa hermosura de Magdalena.

Para él el recuerdo de esta hermosura en aquellas circunstancias, habia tomado mucho de siniestro.

Mucho de fantástico.

No estaba inquieto, pero sí abrumado con un peso fatigoso, con un malestar cuya causa desconocia.

Y no era ciertamente por los que él creia muertos á sus manos.

Al ménos él pensaba así.

En todo caso habia matado á dos pícaros.

A dos ladrones de honra, aunque por distintos medios.

Habia obrado en justicia, y noblemente, puesto que en ambos casos habia expuesto su vida.

Sin embargo se sentia mal.

Sintió necesidad del aire libre.

Pero ¿cómo saldria al jardin?

Don Hernando habia cerrado con llave la puerta.

Debia haber ventanas.

Estas ventanas tendrian ó no rejas.

Quevedo se levantó, adelantó con las manos extendidas y tocó en una pared.

Siguió palpando á lo largo de ella, y alló un hueco de ventana.

Abrió silenciosamente las maderas.

Luego las vidrieras.

No habia reja.

Quevedo recordaba que para entrar sólo habia subido tres escalones.

La ventana, pues, debia estar á muy poca altura.

Echó los piés fuera, y en efecto, á poco que se estiró tocó con los piés al suelo.

Adelantó por entre los árboles que tocaban al pequeño edificio de donde habia salido.

Aspiró con delicia el aire nocturno, impregnado de la fragancia de las flores del jardin.

Cuando salió de entre los árboles, sintió esa luz neutra que las estrellas envian á la tierra, por oscura que sea la noche.

Donde no hay tinieblas hay luz.

La menor cantidad posible, si se quiere.

Pero siempre luz.

Luz radiante ó luz opaca en todas sus gradaciones.

Quevedo distinguió los bultos de algunas estátuas que aparecian al rededor de otro bulto central, que era sin duda la fuente.

Veia tambien el vago recorte sobre el cielo, de las copas de los altos árboles.

Allá, al fondo, habia una gran sombra negra.

La de un alto edificio.

Era la casa.

En el lado izquierdo, y á una altura del suelo como la de un cuarto principal, se veia el reflejo de una luz, á través de una gran ventana abierta.

Alguien velaba allí.

El resplandor de aquella luz era más fuerte que el que podia producir una lámpara de noche.

La parte de habitacion que á través de la ventana se veia, era de una delicadeza suma.

Todo revelaba una habitacion de mujer.

Olvidó todas sus preocupaciones Quevedo.

Su imaginacion poderosa y extraordinariamente impresionable le hizo suponer en aquella habitacion una mujer hermosa.

Sintió un voraz deseo de conocerla.

—Pero ¿y cómo?

Quevedo cantaba primorosamente.

Para él, cosa era de muy poco momento improvisar una cancion de amores bastante bella para llamar la atencion de la supuesta hermosa, señora de aquel aposento.

Pero cantar era hacer ruido.

Quevedo desechó esta idea.

Se lanzó á reconocer los lugares.

Llegó á la casa.

Tocó la pared bajo la ventana iluminada.

Esta pared estaba cubierta por una espaldera de listones de madera, á que se agarraban los jazmines, la yedra y la madreselva.

—Pues tengo una escala tan buena como cualquier otra; todo se reducirá á que no pueda sostenerme y caiga; pero el golpe no puede ser grande. En todo caso, ¿quién dijo miedo?

Quevedo se agarró á la madreselva, metió en ella los piés.

Probó, ántes de elevarse más, y encontró bastante fuerza de resistencia.

Trepó.

Llegó muy pronto al alféizar de la ventana.

Miró.

Vió una mujer.

Escribia.

Quevedo dilató los ojos.

Abrió la boca.

Se le agitó el corazon.

El perfil de la mujer le habia parecido hechicero.

Era el ama de gobierno de don Hernando.

La hermosa tendera de Valladolid.

CAPÍTULO XXX.

De como una garza puede escaparse de las garras de un jerifalte.

Quevedo, asomada la cabeza al alféizar de la ventana, y en una posicion violenta, cediendo la madreselva á su peso, miraba extasiado á Clara que continuaba escribiendo.

Estaba vestida con un traje azul de cielo, muy descotado, que contrastaba con la nítida blancura de sus hombros y de su garganta.

Tenia tendidos los rubios cabellos.

El golpe de vista era de todo punto voluptuoso.

Producia un efecto extraordinariamente sensual.

¿Y qué hacer?

¿Llamarla?

Podia asustarse y gritar.

¿Saltar dentro de la habitacion?

El susto seria mayor.

Mayores los gritos.

Y su situacion, física y moralmente, se hacia á cada momento más violenta.

De improviso la mujer se levantó.

Se encaminó á una puerta.

Salió por ella.

Quevedo saltó entónces dentro de la cámara.

Se fué á la puerta por donde la hermosa habia salido, y la afianzó por dentro.

No sabia lo qué podia tardar en volver la dama, y no queria que se sobrecogiese viéndole de improviso.

Fué á la mesa.

Encontró en ella una carta empezada.

«Señor don Juan, decia: vuestros rendimientos me obligan: pero no puedo responder á ellos: ya sabeis quién es la persona en cuyo poder estoy: soy una esclava: ahora mismo, que os escribo, tiemblo, y de tal manera, que voy á ver si está recogido, y no podria continuar escribiéndoos sin miedo, porque esta carta debe ser muy larga.»

Hasta aquí lo escrito.

Quevedo tomó la pluma y escribió por debajo:

«Señora de mi alma, que con veros mis ojos, de mi corazon os habeis hecho dueña: no continueis la carta empezada, que por lo empezado se comprende que no amais en gran manera á aquel á quien escribís. Un buen mozo de diez y siete años está muy cerca de vos. No tengais miedo. Yo soy rico. Yo tengo poder para rescataros. Yo os amo. La aventura á que por vos me arrojo, es prueba más que suficiente de ello. No os determineis á nada sin verme y oirme. Si quereis verme, decid—«apareced»—y aparezco.—Don Francisco.»

A seguida se levantó.

Desafianzó la puerta, y fué á ocultarse tras las colgaduras del lecho.

Estaba frente á la mesa y á poca distancia.

Pasaron algunos minutos que marcó un péndulo que en la cámara habia, y apareció Clara.

Venia pálida y sobrexcitada.

Con su palidez y su sobrecejo, y su espléndida y fresca juventud, y el descuidado desaliño de su traje, y su alta estatura, y su esbeltez y su gentileza, pareció de todo punto un ángel enojado, pero siempre un ángel, á Quevedo.

Se sentó de nuevo, y al ver que en el papel habia un escrito extraño bajo lo que ella habia escrito, exhaló una exclamacion de asombro, y aun de miedo, y miró en torno suyo inquieta.

Volvió á leer.

Meditó.

Apareció más tranquila.

Al fin se levantó.

Se puso en el centro de la cámara, y dijo con la voz sonora, pero contenida:

—¡Apareced!

Entónces Quevedo salió.

Se lanzó rápidamente hácia ella.

Se arrojó á sus piés.

Se apoderó de sus manos y se las besó.

Todo esto fué hecho en un segundo.

—¿Pero quién sois... quién sois?... exclamó con sobresalto y con un vivísimo interés Clara.

Se levantó Quevedo y la dijo:

—¿Os causo miedo, hermosa mia?

Miróle ella de hito en hito y dijo:

—Miedo... no; pero sí sorpresa y extrañeza.

—¿Y no quereis oirme?

—No sé qué os diga, porque no se me alcanza podais decirme nada que me interese.

—Yo os amo.

—Muy bien, señor mio; pero esto no es decirme bastante para que yo os oiga, y sobre todo, habiéndoos conocido de tan extraña manera.

—Os aseguro que estoy muriendo por vos.

—Sois, á lo que parece por vuestro traje, paje del rey.

—Así es, señora.

—Pues bien: quiero oiros; pero aquí no: podria sobrevenir algo que es necesario de todo punto evitar: venid conmigo.

Y se dirigió á la puerta por donde ántes habia salido.

Quevedo la siguió.

Estaban en un corredor oscuro.

—Dadme la mano para que os guie, dijo Clara.

Quevedo encontró aquella mano mórbida, fresca, pequeña, suave como la seda.

La estrechó apasionadamente.

Ella no rechazó ni contestó la presion.

—Aquí empiezan unas escaleras, dijo.

Las bajaron.

—Las escaleras terminan, dijo ella.

Recorrieron otro pasadizo oscuro y salieron al jardin.

Entónces soltó ella la mano de Quevedo.

Adelantó, pasó junto á la fuente, y fué á sentarse en un banco, debajo de un grande árbol, cuyas ramas casi tocaban al suelo.

Quevedo se sentó junto á ella.

Se exhalaba de ella un fuerte y delicioso perfume.

Un perfume de hembra jóven y hermosa, si se nos permite la frase.

Quevedo, que iba de facilidad en facilidad, se atrevió á rodear la cintura de Clara.

Ella hizo un movimiento rápido, se libró del brazo de Quevedo y le dijo:

—No deis lugar á que os desprecie.

Aquellas palabras, que fueron dichas con una gran dignidad y con una extraordinaria energía, contuvieron á Quevedo.

—¿Cómo estais aquí? le preguntó ella.

—He tenido un duelo, al que ha asistido don Hernando de Toledo.

—¿Como testigo?

—No: como amigo.

—¿Y qué ha resultado.

—Que, á lo que creo, he muerto á mi adversario.

—¡Ah! exclamó.

—Se habia atrevido á tocar el honor de una noble doncella, hija de un hombre digno de todo respeto, á quien yo estimo mucho.

—¡Ah! ¡habeis matado á un hombre por una mujer! dijo Clara de una manera seca.

—Por una mujer á quien no amo ni puedo amar: por la hija de un amigo.

—¡Ah! ¿y quién es ella?

—Perdonadme, señora; pero yo no debo...

—Si resistís á mi voluntad, no creeré en vuestro amor.

—¿Que si os amo, señora?...

—¿Y cuándo me habeis visto?

—Esta noche.

—¡Esta noche!

—Sí: en vuestro aposento miéntras escribiais.

—¿Y ya enamorado?

—Como un loco.

—Lo creeré si me decís quién es esa mujer.

Quevedo, que estaba terriblemente preocupado, se olvidó de todo y dijo:

—¿Habeis leido, señora, la Historia del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha?

—¡Ah! ¡sí! exclamó vivamente Clara la tendera; ¿ese vuestro grande amigo, á quien tanto venerais, es sin duda el señor Miguel de Cervantes?

—No puedo negároslo, señora.

—¿Y ella, la mujer causa del duelo, es su hija Isabel?

—Ciertamente, señora.

—Por esa mujer, dijo con despecho Clara, ha sucedido ya más de una desgracia. Contadme, contadme cómo ha sucedido eso.

Quevedo contó á Clara la causa del duelo.

Cómo tuvo éste lugar.

Como, en fin, por librarles de las consecuencias, don Hernando de Toledo los habia llevado, á él y á sus compañeros, á su casa.

—¿Y así le agradeceis el gran favor que os ha hecho? dijo ya mucho más afable ella.

—¿Qué quereis, señora? yo no puedo dejar de proseguir una aventura: me aburria encerrado y entre tinieblas.

—Sepamos, al fin, cómo os llamais.

—Don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas.

—¿Tan jóven, y ya don fulano?

—Soy señor de título.

—¿Y de cuál título, si os place?

—Señor de la Torre de Juan Abad, para serviros, señora.

—¡Señor de la Torre de Juan Abad!... ¿y qué es eso?

—Una torre, señora, en donde anidan una graja, una corneja y algunas lechuzas y murciélagos; en cuyas paredes se alberga, en un número prodigioso, el insecto doméstico del verano, que nos descarga de la sangre por mandato de Dios, que es un gran médico, en cuyos sótanos discurren libremente los escarabajos, y en cuyos cimientos viven, en buena paz y compañía, la culebra, el lagarto y la lagartija.

—¡Fieles vasallos teneis, á fé mia!

—Serian mejores si cada uno me pagara un tributo de tres maravedises: yo seria entónces enormemente rico.

—¿Qué, no lo sois?... ¿no teneis tierras?...

—¡Tierras!... todas las que tengo delante de los ojos; ¡rico!... ni siquiera de amor.

Y Quevedo abrazó á Clara.

—Sed discreto, dijo ésta rechazándole dulcemente, y considerad que yo no puedo ni debo permitir me falteis al respeto si quiero merecer vuestra estimacion.

—¿Qué decís de estimacion, señora? ¿Pues qué puedo yo estimar más que el que me hagais dichoso dueño de vuestra sin par hermosura?

—Merecedlo, y sobre todo, conocedme para que podais juzgar de la prenda de que se os haga dueño, y en más la podais apreciar.

—¡Ay! ¡ya me canso, señora!

—Pues pronto os cansais.

—Yo soy al revés de los demás, señora: yo me canso cuando no corro.

—Mirad que una carrera por terreno desconocido, y á oscuras, puede llevaros á un abismo.

—Yo salto como un cigarron, señora.

—Vos sois un loco.

—¿Y no os gustan los locos?

—Sí, cuando son como vos; pero no les quiero tan aturdidos.

—¡Ah, señora, señora! ¡y qué hermosa sois!

—Dejadme en paz: no quiero interesarme por vos.

—Vuestra hermosura acrece á cada momento para mí, señora; creedme; lo comprendo: vos habeis nacido para mí y yo para vos.

—Ved lo que decís: mirad que podeis poneros por mí en un gran peligro.

—No mereceria yo ser quien soy, si por el temor de un peligro, cualquiera que él fuese, dejara yo de anegarme en vuestros encantos.

—¡Ah! ¡malaventurada la hora en que os han traido aquí!

—¿Os pesa?

—No, ciertamente; pero me espanto.

—¿Y de qué os espantais?

—De que habeis caido tan de piés junto á mí, que para mí habeis adelantado en vuestro camino en algunos minutos, mucho más que otros en meses y aun años.

—No pueden haber sido muchos, señora de mi alma, porque sois muy niña.

—No mucho más niña que vos; y aun creo que yo soy más vieja: ¿cuántos años teneis!

—Diez y siete bien contados.

—¡Ah, no! pues yo no tengo más que diez y seis apénas cumplidos.

—¡Paloma mia!... ¡cordera!...

—Cuidad de que no os lleven con la cordera al matadero.

—¿Y qué es matar? ¿no os he dicho ya que he muerto esta noche dos hombres?

—Añadid á la cuenta una mujer.

—¿Os he matado á vos?

—Casi casi; no os lo quiero negar: por lo mismo quiero conservar este *casi* de vida que me queda. Volveos á vuestra habitacion: yo me voy á la mia.

—Me vais á dejar tan á oscuras el alma como el cuerpo, y ya veis si hace oscuro.

—Dejadme ir, yo os lo ruego: yo volveré á buscaros: estoy inquieta.

—¿Y por qué?

—Puede despertar mi tirano y buscarme: yo os aseguro que mañana á la noche no nos buscará.

—¿Y dónde vais á buscar vuestra seguridad, señora?

—Si fuera de dia veríais que en el jardin hay muchas adormideras.

—¡Ah! vos sois una gran mujer, querida mia.

—Yo siento que vos teneis sobre mí un poder que á vos me lleva sin que yo pueda defenderme: yo no quiero combatir con vos: dejadme, pues, que yo piense, que yo reflexione. Nada perdereis en ello. Reflexionad vos tambien, porque os anuncio que, si á vos me uno, y luego me haceis conocer que sois un pícaro indigno de ser amado, os pesará. Guardaos de la venganza de una mujer, aun que esta mujer no pase de los diez y seis años, que ella puede buscar la fuerza que la falta para vengarse.

—Bendigo la fortuna que me ha traido: vos sois el zapato de mi horma.

—Eso habremos de verlo, dijo ella levantándose de repente: ahora, adios.

Y ántes de que Quevedo pudiera impedírselo, se apartó rápidamente de él, y se perdió entre la sombra.

Quevedo se lanzó tras ella.

Encontró cerrada la puerta de la galería que daba al jardin.

Era esta puerta tan fuerte, que Quevedo renunció á forzarla.

Miró á la ventana que ya conocemos.

Aun estaba abierta.

Aun se veia á través de ella el reflejo de la luz.

Pero en el momento en que Quevedo se proponia escalar la pared, sirviéndose de su revestimento de madreselva, asomó á la ventana un gentil medio cuerpo de mujer y dijo:

—Buenas noches, don Francisco; hasta mañana á la media noche.

Era ella.

A seguida se quitó de la ventana.

Cerró las vidrieras.

Luego las maderas.

—¡Ah! exclamó Quevedo: he sido torpe y cobarde: dominemos, sin embargo, los efectos de esta aventura, á fin de esperar de una manera lo ménos incómoda posible: ¡oh, y qué niña! ¡una divinidad!

Dejó escapar un profundo suspiro.

Luego se volvió á la habitacion que se le habia destinado, entró en ella por la ventana y la cerró.

Poco despues dormia solo en el otro lecho del otro dormitorio.

CAPÍTULO XXXI.

De como no hay situacion en la vida que no pueda ser alterada por un accidente imprevisto.

Al dia siguiente, á las diez, Quevedo se dió á los diablos.

Se le habia presentado, así como á sus compañeros, don Hernando de Toledo.

—Nada teneis que temer, les dijo: el duelo ha pasado sin que nadie tenga noticia: sus testigos abandonaron al doctor Suarez de Figueroa. Un hombre que no he podido saber quién fuese, porque yo he visto á los dos testigos, y ninguno de ellos ha sido, avisó muy á tiempo á los monjes de San Gerónimo: estos salieron y recogieron á Figueroa, llevándole á su convento: afortunadamente para el doctor, aun que gravemente herido, su vida no corre peligro. Los médicos y los cirujanos dicen que todo ello será cosa de un mes: Figueroa, que está muy léjos de ser un villano, y que además conoce cuanto le conviene callar, callará: podeis, pues, ir tranquilos á presentaros á vuestro maestro de pajes; pero ántes almorzareis conmigo.

—Héme aquí caido del cielo á la tierra, dijo para sí Quevedo: ¡y yo que esperaba que esta noche el jardin fuese para mí el paraiso! Las que ganarán son las adormideras: algunas de ellas vivirán más.

Don Hernando dió de almorzar opíparamente á sus huéspedes.

Debemos decir que Clara no asistió al almuerzo.

Concluido este, don Hernando acompañó hasta la puerta de su casa á los tres pajes, y los despidió, diciéndoles que su casa era muy suya, y que podian ir á ella siempre que quisieran.

Quevedo, contrariado y con las orejas gachas, se retiró con sus amigos, que, como no estaban en la misma situacion que Quevedo, iban muy contentos.

El maestro de pajes les echó un sermon como para ellos solos, y si todo se hubiera reducido á esto, hubieran sido muy felices.

Pero los encerraron y los pusieron en el brete: es decir en el cepo; no sólo para castigo suyo, sino tambien para escarmiento de los otros pajes.

A las doce de la noche nuestro Quevedo continuaba en el cepo.

Las oyó estremeciéndose de despecho.

Él habia esperado durante muchas horas una prision mucho más dulce para aquel momento.

Poco despues de la media noche los quitaron del cepo para que pudieran descansar.

Al otro dia por la mañana se les volvió á poner en el cepo, para que no se olvidasen de él.

A las doce se les sacó del mismo.

Pero se les dejó la casa de pajes por prision, hasta que se dispusiera otra cosa.

Al fin, al domingo siguiente (habian pasado cinco dias), se les puso en libertad, y se les permitió salir á la hora de costumbre; es decir: desde la una, despues de la comida, hasta el oscurecer, hora de la cena.

Quevedo, sin invitar á sus dos compañeros, tomó solo el camino de la casa de don Hernando.

Sentia un hambre voraz de volver á ver á Clara. Visitó á don Hernando, pero no logró ver á la tenderilla.

Parecia como que se la tenia escondida.

La irritacion de Quevedo crecia.

Don Hernando estuvo con él de todo punto afectuoso.

La visita fué corta.

Al salir Quevedo á la Carrera de San Gerónimo, oyó tras sí un sisco extraño, que parecia salir de una boca sin dientes.

Se volvió, y vió una respetable dueña que corria tras él, jadeando.

La dueña se acercó á él, y le dijo con sobrealiento:

—¿Sois vos don Francisco de Quevedo, señor de no sé qué torre?

—Yo soy, dijo Quevedo, ¿y quién sois vos?

—Una carta.

—Mostrad.

—Héla aquí.

—¿Pide contestacion?

—Pues por supuesto.

—Entrémonos, pues, en esta hostería; vos bebereis una taza, y yo leeré y contestaré, si creo que debo contestar.

Entraron.

Pidió aloque la vieja.

Quevedo leyó lo siguiente:

—«Decidme á qué hora podreis venir por el postigo del jardin.»

No decia más la carta ni tenia firma.

—Pues no hay que escribir la contestacion, dijo Quevedo dirigiéndose á la dueña: decid á vuestra señora que mis horas de salida de la casa de pajes, son desde la una de la tarde, hasta el oscurecer.

—Muy bien, señor mio, dijo la dueña: pues esperadme aquí, que yo habré de volver para deciros algo.

La dueña se fué, y volvió algunos minutos despues.

—Mi señora dice, dijo á Quevedo, que esteis mañana á la tarde en la calle de Gitanos, en el postigo del jardin.

—Estaré, dijo Quevedo: y decid de mi parte á vuestra señora, ya que teneis su confianza, que muriendo vivo miéntras no la veo.

—Mucho ha de alegrarse de saberlo, dijo la dueña sonriendo de una manera repugnante, porque, á lo que parece, os ama con las entrañas.

Bebióse otro vaso de aloque la vieja, agradeció mucho á Quevedo dos reales que la dió, y fuése.

Para Quevedo fueron insoportables las horas que pasaron hasta la de la cita.

Se habia enamorado como se enamoran los jóvenes, y con toda la vivacidad y la violencia de su espíritu de poeta.

A las tres de la tarde, por supuesto, del siguiente dia, Quevedo estaba en la calle de Gitanos, pegado al postigo del jardin de la casa de don Hernando de Toledo.

La calle de Gitanos era muy solitaria, aun de dia.

Apénas si de largo en largo espacio de tiempo pasaba por ella una persona.

Poco despues de haber llegado Quevedo se abrió el postigo.

Apareció la dueña.

Quevedo entró.

Las grandes copas de los árboles cubrian, al rededor del jardin, un grande espacio.

A cubierto de los árboles, podíase llegar, sin ser visto, al edificio aparte que en el fondo del jardin habia.

Abrió la dueña la puerta.

Quevedo notó, (era muy mirado y reparaba en todo), que la llave de que la dueña se habia servido era nueva.

Sin duda aquella llave se habia hecho para que en un momento dado no se pudiese echar de ménos la otra.

—Esperad aquí, dijo la dueña á Quevedo.

Éste se encontró á oscuras.

Las ventanas estaban cerradas.

Como que aquella habitacion no se usaba.

Poco despues sintió Quevedo que habrian la puerta.

Entró Clara vestida de una manera encantadora.

Cubierta de joyas.

Como si hubiese querido realzar su gran belleza con la riqueza del adorno.

Cerró cuando hubo entrado.

Luego abrió las maderas de una de las ventanas.

Entónces vió Quevedo que el salon en que se encontraba, por la belleza y la riqueza de los muebles, de los adornos, de las tapicerías y de las pinturas, era de un lujo inusitado.

Pero esto atrajo muy poco su atencion, que fué toda para Clara.

Ella estaba conmovida, enamorada, y aparecia hermosísima.

—Gracias á las adormideras que podemos vernos y hablarnos libremente, dijo: don Hernando duerme tan profundamente, que no le despertaria la trompeta del juicio final que tocasen á su oido.

Quevedo se sintió el más feliz de todos los hombres.

El mundo le parecia estrecho.

Amaba y era amado.

Corrian dulcemente las horas.

Se aventuraban proyectos para el porvenir.

Todo se veia de color de rosa.

Y tanto más cuando la felicidad para un porvenir muy próximo, esto es, la libertad de su amada, no debia serle gravosa.

Quevedo era menor de edad, y no podia hacer frente á gastos de ningun género.

Como que aun le manejaban su hacienda.

Pero esto importaba poco.

Ella se decia rica.

A Quevedo le importaba muy poco la procedencia de la riqueza de Clara.

Caia la tarde.

Sobrevenia el crepúsculo.

Quevedo anunció que le era forzoso retirarse, so pena de caer en una falta por la cual le metiesen otra vez en el *brete,* y le tuviesen encerrado mucho más tiempo como reincidente.

Era necesario plegarse á la necesidad.

Ella se dirigió á la puerta para abrirla suspirando.

Pero en el momento en que metia la llave en la cerradura, sintió que en ella ponian otra llave por la parte de afuera.

Se retiró vivamente, y asiendo á Quevedo, le dijo:

—¡Ocultémonos!... no sé quién puede venir aquí.

Ambos se entraron en el dormitorio de la derecha.

Como sintieran pasos en aquella direccion, se escondieron detrás de las colgaduras del lecho.

Entró un hombre con una luz en la mano.

Examinó durante un breve espacio el dormitorio.

Luego salió.

Aquel hombre era don Hernando de Toledo.

Dejó la palmatoria con una bujía encendida que en la mano traia, sobre la repisa de la chimenea del salon, y se sentó.

Ella estaba consternada.

No comprendia cómo estaba allí don Hernando, al que habia creido aletargado para mucho tiempo.

Sin duda el soporífero no habia producido efecto bastante.

La situacion era crítica.

Quevedo estaba constipado, con uno de esos catarros de verano que son tan fatigosos, y que tanto excitan una tos tenaz é incontenible.

Si la tos sobrevenia, sabe Dios lo que podia resultar.

Por desgracia la alcoba no tenia ni ventana ni puerta de escape.

No se podia salir de ella sin aparecer ante don Hernando.

Pero una excitacion violenta, cambia generalmente en el hombre el estado físico en que se encuentra.

La tos no sobrevino.

Pero la ansiedad de los dos jóvenes, particularmente la de Clara, crecia.

Parecia que don Hernando esperaba allí algo, y que estaba allí para largo tiempo.

Veamos lo que don Hernando esperaba, y por qué no habia durado todo lo que debia haber debido durar la accion del soporífero que Clara habia dado á don Hernando.

CAPÍTULO XXXII

En que se vé el durísimo trance en que se encontró la pobre familia de Cervantes.

La pasion de don Hernando por Isabel de Saavedra habia acrecido con las dificultades.

Se habia decidido á usar de medios aun más difíciles, aun más arriesgados de los que habia usado hasta entónces, para comprometer la honra de Isabel y hacer necesario su casamiento con ella.

Aprovechó una ocasion.

Cervantes se habia ido á Esquívias á unos asuntos referentes á la pequeña hacienda que á su esposa doña Catalina Palacios de Salazar la quedaba en el pueblo.

Aquellos asuntos debian retenerle en Esquívias lo ménos ocho dias.

Como Cervantes habia estado encargado mucho tiempo, desde Sevilla, de los negocios de don Hernando de Toledo, éste tenia cartas de Cervantes referentes á sus asuntos.

En cuanto don Hernando supo que Cervantes se habia ido á Esquívias, y que allí debia pararse por lo ménos ocho dias, se informó de cuál era el escribano más malo de todos los malos escribanos que habia en la ciudad, y más tacaño y más capaz de una fechoría.

Llamóle.

Le ofreció oro á montones.

Prestóse el servil á servirle incondicionalmente.

Don Hernando le dió un borrador de una carta, que debia aparecer, por una hábil falsificacion, como escrita por Cervantes, en que éste anunciaba á su familia, que estaba gravemente enfermo, en tal estado, que de un momento á otro le

amenazaba la muerte, y no queria morir sin ver á toda la familia. Que fuése inmediatamente.

Para hacer posible esta falsificacion, don Hernando dió al escribano algunas cartas de Cervantes.

Al dia siguiente acudió el escribano con la falsificacion.

Comparada ésta con las cartas indubitables de Cervantes, resultaba perfecta.

Pagó espléndidamente su delito al escribano don Hernando.

El propósito de don Hernando era que hombres pagados por él salieran al camino detuvieran el carro en que debia ir la atribulada familia de Cervantes, y se apoderasen de Isabel.

Se preparó todo para el mismo dia en que Quevedo tenia la cita con Clara.

Ésta habia servido en la comida á don Hernando, vino de coccion de adormidera.

Los resultados fueron precisos é inmediatos.

Apénas se habia acostado para la siesta don Hernando, se durmió profundamente.

Por más que le movió Clara, no despertó.

Segura ya, se fué, extasiada de amor á ver á su don Francisco, á quien ya la dueña habia introducido en la habitacion del jardin.

A la media tarde, el mayordomo, que estaba en el secreto del rapto de Isabel, viendo que su amo no parecia, fué á despertarle.

Pero se encontró con que don Hernando estaba hecho un tronco.

Le movió sin obtener resultado.

Se sobresaltó y buscó á Clara.

No habiéndola encontrado, buscó á su dueña.

Pero la dueña, que olió lo que sucedia, y que tuvo miedo, se fué de la casa, para esperar á distancia los resultados de aquella situacion.

Preguntó al portero si doña Clara habia salido con la dueña, como lo acostumbraba, y el portero no supo dar razon.

Se habia ido á la taberna, y allí habia estado algun tiempo con un compadre.

El estado en que don Hernando se encontraba, era para inspirar sospechas.

Ginés, que éste era el mayordomo, las concibió.

Tal vez doña Clara era la que habia puesto en aquel estado á su señor.

Era necesario, sin embargo, andarse con piés de plomo, y esperar, en lo concerniente á doña Clara.

Esperar á que pasase tiempo suficiente.

Era entónces la media tarde.

Pero habia una absoluta necesidad de que don Hernando saliese de aquel profundísimo sueño.

Pues se fué á buscar á un cierto prójimo, amigo suyo antiguo, que era barbero, y que vivia en la vecindad.

Este tal tenia fama de ser un gran curandero, y al mismo tiempo de estar al corriente de toda especie de brujerías y de hechizos.

Se le buscaba para bebedizos y filtros amatorios; para servir libertades: para enderezar entuertos sin romper lanzas, y para restaurar honras, sin ser paladin de injuriados.

Servia éste muy bien á todo el que ó la que le buscaba para sus apuros, les sacaba de ellos por más ó ménos dineros, segun que era el apuro ó la fortuna del apurado, quedaba con todo el mundo bien, y vivia á sus anchas.

Llevó Ginés á su amigo Portichuela, que así se llamaba aquel sujeto, junto á su dormido señor, y en cuanto Portichuela le vió y le examinó, dando muestras de que no en vano se le tenia por sabio, dijo:

—Adormideras le han dado á tu señor, y le han puesto como un tronco: pero no valdria yo nada si ántes de cinco minutos no le quitara de encima ese sueño obligado que tan inútil le tiene. Espérame aquí, que voy por lo que se necesita.

Partióse Portichuela, y de allí á poco volvió trayendo una ampolleta de vidrio en que habia un licor espeso y verdoso.

Frotó con él las sienes y las articulaciones á don Hernando, y como á los pocos instantes don Hernando empezase á moverse y á dar señales de despertar, ambos se salieron.

Volvióse el barbero á su tienda, y quedóse Ginés esperando á que su amo le llamase, lo que no tardó en suceder.

Entró Ginés, y se encontró con que en la cama estaba incorporado su amo, y tan natural como si de un naturalísimo sueño hubiese despertado.

Pidió á Ginés noticias acerca del asunto que se traia entre manos, y Ginés le dijo que ya habian salido los que debian esconderse aquella noche en el camino de Esquívias, y quitar á la familia de Cervantes la hermosa Isabel.

Preguntó don Hernando por doña Clara, y Ginés le dijo, que ni ella ni su dueña estaban en la casa, y que sin duda se habrian ido á sus devociones, ó á visitar amigas, con lo cual se satisfizo don Hernando; se vistió, y como ya fuese el oscurecer, tomó la llave de las habitaciones del jardin, y se entró en ellas con intento de esperar á que le llevasen la robada Isabel de Saavedra.

Ginés se quedó junto al postigo del jardin para introducir en la casa á los raptores de Isabel.

Las puertas por donde de la casa se entraba al jardin, habian sido cerradas para que no pudiera sobrevenir ningun criado importuno.

Nada de esto podia haber previsto Clara.

La habia parecido, además, seguro el aletargamiento de don Hernando.

Entre tanto, un pícaro de toda la confianza de Ginés, y en traje de lugareño, habia llegado á la casa de Cervantes, y pedido á doña Catalina de parte de su esposo.

Sobresaltóse la buena de doña Catalina, y mucho más cuando leyó la carta atribuida á Cervantes, y con una tal perfeccion falsificada, que no daba lugar á la duda.

Alborotóse toda la familia.

Aturdióse, y en su aturdimiento no se extrañó de que no fuese conocido de

ellas el hombre que decia venir de Esquívias con la carta, cuando ellas conocian en Esquívias á todo el mundo.

Sólo pensaron en una cosa.

En cómo podrian en el momento ponerse en camino.

Esto era una dificultad, porque sólo tenian por hacienda algunos reales.

Las sacó, sin embargo, de su perplejidad y de su aturdimiento, la noticia que el pícaro portador de la carta las dió, de que en la calle de Atocha las esperaba un coche de camino.

Ni aun por esto cayeron en sospecha las buenas señoras, sino que atosigadas por la carta, que no podian dudar fuese de Cervantes, se cobijaron deprisa y corriendo, y todas cinco salieron siguiendo al traidor mensajero, quedando únicamente en Madrid, al cuidado de la casa, la María de Ceballos.

Encontraron, en efecto, un gran coche de camino con dos valientes mulas en la calle de Atocha, delante de la iglesia de Loreto.

Entraron en él atropelladas las mujeres, y el pícaro se puso á la delantera, al lado del cochero, que era otro pícaro pagado por Ginés.

El coche recorrió la calle de Atocha, y por la Imperial y la de Toledo, salió por la puerta de este nombre al camino real.

Como á tres tiros de arcabuz del puente, y habiendo ya oscurecido, salieron de improviso de entre unos árboles, diez hombres á caballo, que mandaron al cochero que se detuviera, y rodearon el coche.

No eran extraños en aquellos tiempos, á pesar de la Santa Hermandad, que ahorcaba á los salteadores donde los cogia, estos asaltos á mano armada á los viandantes, á las mismas puertas de Madrid. Cabalmente en sus alrededores era donde habia más peligro, porque los criminales, una vez dado el golpe, á Madrid se acogian y en él se perdian.

Sacaron á viva fuerza del coche aquellos ladrones á doña Catalina, á doña Andrea, á Magdalena y á doña Constanza, dejando dentro á Isabel.

Metiéronse dos de ellos en el coche para impedir á Isabel que gritara, y el coche partió al galope de las dos poderosas mulas, escoltado por los mismos que le habian detenido.

Las cuatro pobres señoras que en el camino se habian quedado, corrian desaladas tras el coche, desconociendo que no podian alcanzarle ni hacer nada para rescatar á Isabel, y gritando pidiendo socorro donde nadie más que la tierra y el cielo podian oirlas.

Muy pronto el coche se perdió á lo léjos entre la sombra de la noche, y el ruido de su carrera y de la de los caballos de los raptores, se perdió en el silencio.

Sin embargo siguieron gritando y corriendo.

Así llegaron á los mesones que habia en el camino, á la entrada del puente de Toledo.

Allí las infelices fueron oidas.

Se las oyó, y una multitud de hombres alentados y generosos partió hácia Madrid.

Pero inútilmente.

El coche se habia perdido, y ni aun noticias de haberle visto pasar les habia dado nadie.

La situacion de la familia de Cervantes era horrenda.

Por la carta no podian dudar (tan legítima la creian), que Cervantes estaba en Esquívias en trance de muerte, y ni tenian recursos para acudir, ni podian dejar de presentarse cuanto ántes á la justicia, para decirla lo que habia acontecido é incitarla á que buscase á Isabel.

CAPÍTULO XXXIII.

De la grande aventura que aconteció, como verá el que leyere.

El coche, entre tanto, habia llegado sin tropiezo alguno á la calle de Gitanos.

Eran ya las Animas, y no habia miedo de que nadie pasase por la calle.

Tan solitaria era.

A más, á cada una de las entradas habia hombres guardándolas, bien pagados, y de aliento, y resueltos á todo.

Sonó un largo, un rasgado silbido, por decirlo así, que penetró vibrante en las habitaciones del jardin donde esperaba impaciente don Hernando, y donde en una de las alcobas estaban escondidos Clara y Quevedo.

Don Hernando se estremeció.

Se puso violentamente en pié.

Se fué á la puerta y la abrió.

—Esta es la ocasion de irnos, dijo Clara.

—No: la de quedarnos, replicó Quevedo: me parece que se apareja aventura, y tal, que no estará de más que la esperemos aquí.

—Quedémonos, pues, dijo ella.

A poco se oyó ruido de pasos de algunos hombres.

Acreció el ruido.

Llegó.

Quevedo y la tenderilla, que miraban á través de las colgaduras de la alcoba, vieron que en el salon entraba don Hernando, descompuesto y anhelante, y en pos de él cuatro hombres que conducian una mujer que forcejaba, y que si no gritaba era porque no podia gritar.

Pero producia un sordo rugido de rabia, que no podia sofocar el pañuelo que la tapaba la boca.

Apoderóse de aquella mujer don Hernando.

Los cuatro hombres salieron.

Entónces don Hernando dejó á Isabel y se fué á la puerta y la cerró.

Aprovechóse de esta ocasion Isabel, y se quitó el pañuelo que la tapaba la boca.

Luego, rápida como el pensamiento, asió una silla, la rompió contra el suelo con más fuerza de la que de ella se podia esperar, la deshizo y quedó armada con el uno de sus dos palos más largos.

—Para insultarme, dijo con voz temible volviéndose á don Hernando, que habia cerrado la puerta y se iba hácia ella, habreis de matarme, y esto no ha de ser sin que yo me defienda.

—¡Mataros yo! exclamó don Hernando; ¡á vos, que sois mi vida y mi alma! Nada temais, señora, que si he mandado que os roben y os traigan aquí, no ha sido ciertamente para deshonraros, sino para obligaros á que, por causa de vuestra honra, os caseis conmigo.

—¡Antes la tierra se abra debajo de mis piés, y el averno me trague y me abrase en su eterno fuego! exclamó con una tal ira, con un tal desprecio, con una tal resolucion Isabel, que inspiraba respeto: ¿que yo me entregue como mujer al que ha matado al único á quien he amado, del cual, y sin menoscabo de mi honra, era ya la esposa del alma? Vos vereis bien pronto lo que habeis hecho y cuánto os habeis engañado, porque no hay tormento, no hay desgracia, no hay honor, no hay nada en el mundo que me obligue á ser de un hombre á quien aborrezco y á quien maldigo.

Pasó algo terrible por don Hernando.

Miró á Isabel con los ojos extraviados.

Inyectados de una odiosa, de una repugnante lubricidad.

Estaba tan agitado, que se veia su temblor.

Una palidez de espectro hacia su semblante horrible.

Se conocia que la locura iba dando en él.

Isabel, altiva, fiera, no dejaba de mirarle con una valiente y profunda atencion.

—Si yo, desesperado, dijo, llego á extremos á que llegar no quisiera, culpa será vuestra.

—Me matareis, dijo Isabel: esto es lo único que podreis hacer contra mí: pero no ha de ser sin que yo me defienda, y acaso Dios dé fuerza á mi brazo.

Y de improviso, enarbolando su palo, se fué sobre don Hernando.

Era una brava criatura digna de su padre.

Acometia.

Pero era débil.

Don Hernando recibió el golpe en el brazo izquierdo, desarmó á Isabel y la cogió entre sus brazos.

Sucedió una lucha repugnante.

Isabel extremó sus fuerzas, resistió y mordió en una mejilla á don Hernando.

Pero aquella lucha fué bien pronto cortada por Quevedo.

—¡Bah! dijo Quevedo saliendo de la alcoba seguido de Clara y tirando de la espada: Dios sabe lo que se hace.

Y luego añadió:

—¡Eh, don bellaco infame! venid á mí y soltad á esa dama, ó ¡vive Dios! que en sus brazos, en que tan infamemente estais, perdais la vida.

Al mismo tiempo Clara se habia aferrado á don Hernando por detrás, y ayudaba á Isabel diciendo:

—Lo que haceis es vergonzoso y ruin: soltad á esa desdichada.

Sacudióse don Hernando.

Se desaferró de las dos.

De su mejilla izquierda corria abundantemente la sangre.

Se revolvió rugiente.

El delirio del furor se manifestaba en él.

Vió á Quevedo y á Clara.

Pasó ferozmente la mirada del uno al otro.

De improviso, echando al aire su espada con una rapidez incalculable, dió un terrible tajo en la cabeza á Clara, y se revolvió furioso contra Quevedo.

Clara cayó sin exhalar un solo grito.

Isabel estaba encogida, sobrecogida, espantada, horrorizada por lo que veia.

Permaneció inmóvil, crispada, convertida en una estátua viviente por el espanto.

Quevedo tomó rápidamente la guardia.

—Está de Dios, dijo, y Él te me echa. Cumplamos la voluntad de Dios.

Paró admirablemente algunas estocadas de don Hernando, y de improviso es entró, y atravesó de parte á parte á don Hernando, con una calma, con un conocimiento, con una seguridad, con una sangre fria, que daban espanto.

Don Hernando cayó y no se movió.

A Quevedo le costó trabajo retirar su espada.

Tan furioso habia sido el golpe.

Tan rematado.

Tan profundo.

Al mismo tiempo llamaban con precipitacion á la puerta.

Era Ginés que habia oido el ruido de las espadas, y que acudia á ayudar á su amo.

Sacudia la puerta.

Pero esta era muy fuerte, y resistia.

Quevedo limpió su espada en uno de los cortinajes.

Luego la envainó.

Todo esto con una tranquilidad y una calma espantosas.

Isabel continuaba como petrificada.

Continuaban los sacudimientos en la puerta.

Quevedo acudió á Clara.

La encontró cadáver.

—Esto es doloroso, dijo; pero, en fin, ya no tiene remedio.

Reconoció á don Hernando.

Se estremecia en las últimas convulsiones.

El rostro del jóven, que tan renombrado habia de hacerse por su valor y su ingenio, dejaba ver algo de fatal, de siniestro, de terrible.

—¡Lobos! dijo; ¡y bien!... ¡así somos hechos!

Acudió á Isabel y la dijo:

—Venid, señora: yo quieró llevaros á vuestra casa.

Seguian los sacudimientos á la puerta.

Isabel se dejó conducir por Quevedo, que la llevaba de la mano.

Entró en la alcoba de donde habia salido.

Abrió con sigilo la ventana.

—Bajad silenciosamente tras mí, señora, dijo Quevedo, y tras mí seguid.

Y se deslizó hasta el suelo.

Le siguió Isabel.

No habian causado el más leve ruido.

Ginés continuaba sacudiendo la puerta del salon.

De improviso vió junto á sí una sombra.

Sintió una ligera punzadura.

—¡Si resistes, mueres! le dijo Quevedo.

Y al mismo tiempo le asió por el cuello con la mano izquierda.

En la derecha tenia la daga.

—Llévanos hasta el postigo, y franquéanoslo, dijo Quevedo.

Ginés se habia espantado.

Habia comprendido que tenia junto á sí á una fiera.

Era indudable que aquel hombre habia matado ó mal herido á su amo.

Esto le daba, en el ánimo de Ginés, un prestigio pavoroso.

—Sí, sí; yo os facilitaré la salida, dijo; pero no apreteis tanto: me sofocais.

En efecto; la voz de Ginés era poco inteligible.

Quevedo le tenia fuertemente asido por el collarin de la ropilla, y éste le hacia sentir una fuerte presion en la garganta.

Adelantó Ginés hácia el postigo, siempre asido por Quevedo.

Tras ellos iba Isabel.

Llegaron al postigo.

Ginés dió vuelta á la llave.

El postigo se abrió.

—Échate fuera y aléjate, dijo Quevedo.

Ginés no se lo hizo decir dos veces.

Se lanzó al callejon de Gitanos, y dió á correr.

—Hénos aquí libres, dijo Quevedo: asios á mi brazo, señora, y á vuestra casa nos vamos.

—¡Ay de mí! exclamó Isabel; ¿y cuándo acabarán mis desventuras?

Y se asió al brazo de Quevedo.

Luego añadió:

—Gracias, gracias, don Francisco: hé aquí la segunda vez que me salvais.

—Yo creo, señora, que por esta vez hemos acabado.

—Pero otra vez os habeis comprometido por mí.

—¿Y qué importa? no lo siento más que por aquella desventurada: la queria bien: yo no he podido evitarlo; yo no lo esperaba.

Sobrevino un silencio de algunos segundos.

—Pero ¿cómo ha sido eso, señora? dijo Quevedo.

Isabel contó al jóven lo que habia sucedido.

—Mucho me temo que esa carta sea falsa, dijo Quevedo: en fin, veremos.

Durante esta conversacion llegaron á casa de Cervantes.

Ya estaban en ella doña Catalina, doña Andrea, Magdalena y doña Constanza.

Al ver á Isabel, dieron muestras de una alegría frenética.

Todas se arrojaron á los piés de Quevedo, y pretendieron besarle las manos, cuando supieron que él era el salvador de Isabel.

Quevedo las tranquilizó en lo posible.

Pero las quedó la ansiedad por la salud de Cervantes, y tambien por los resultados de aquella muerte que Quevedo habia hecho.

Quevedo se hizo mostrar la carta.

—Con mano muy firme aparece escrita para que se pueda creer fácilmente que esta mano es la de un moribundo.

—Es verdad, dijo Magdalena; no habíamos dado en ello.

—Sin embargo, dijo doña Andrea, tratándose de mi hermano se puede creer todo.

—Con verlo basta: yo voy ahora mismo á Esquívias, dijo Quevedo.

—¡Ah, señor! exclamó doña Catalina: ¿y cómo os pagaremos tanto como os debemos?

—Con estimarme como yo estimo al señor Miguel de Cervantes y á vosotras, señoras, que sois su familia.

No habia que perder tiempo.

Las puertas de la villa no debian tardar en cerrarse.

—Si yo no vuelvo, señoras, dijo Quevedo, podeis estar tranquilas: esto será señal de que he encontrado sano y salvo al señor Miguel de Cervantes.

Despues de esto salió.

CAPÍTULO XXXIV.

En que se vé que Cervantes no tenia el dolor de saber lo en peligro que habia estado su honra.

Muy poco tiempo despues, Quevedo, en una mula y con un mozo de espuela, marchaba por el camino de Toledo.

A la salida del sol llegó á Esquívias, y en el momento en que entraba en la plaza vió que por ella cruzaba Cervantes.

—¡Lo que decia yo! murmuró Quevedo: ¡una carta falsa!

A seguida le llamó.

Acudió Cervantes, y se maravilló de ver en Esquívias á Quevedo.

Éste empezó por pagar al mozo de espuela el alquiler de la mula y el retorno á Madrid, despidiéndole.

El mozo se fué á la posada, y Quevedo se quedó con Cervantes.

—¿Y á qué bueno por aquí, don Francisco? dijo Cervantes.

—A ampararme de vos, señor Miguel: fuí el otro dia á veros, y me dijeron que estábais en Esquívias: he tenido un desabrimiento en Madrid y me dije:—«A Esquivias me voy, á dejar pasar la tormenta, con mi buen amigo.»

—Habeis hecho muy bien, don Francisco: pero debo deciros, con la razon que me dán mis canas y la estimacion en que os tengo, que haceis vuestra vida muy á la carrera, y que será un milagro si no dais de bruces.

—Hacen mi vida, señor Miguel, dijo Quevedo, y no soy yo quien la vida me hago: como viene la tomo, y si en mal acaba, culpa será de mi negra fortuna y no mia.

—Ayudémonos, si queremos que Dios nos ayude, dijo Cervantes; y ahora, á mi casa veníos, y comereis y reposareis; que aun que pobres, siempre tenemos la gallina y los torreznos para los amigos, y un tal cual mediano lecho.

Fuéronse á casa de Cervantes.

Diéronles de almorzar.

Miéntras almorzaban, Quevedo soltó su cuento, mitad verdad, mitad mentira.

Pero tan breve cuanto podia serlo.

—Gustóme una mujer, dijo Quevedo: dióme cita: acogióme en la sala baja de su jardin: sobrevino el *amo*, montáronle en cólera los celos, matóla de un tajo: matarme quiso, púseme en defensa, matéle y huí: cogi mula y mozo, animal único en dos partido, hice la vía, y aquí teneisme.

¿Cómo contar á Cervantes el rapto de su hija?

Era necesario que no lo supiera jamás.

Estúvose Quevedo ocho dias en Esquivias.

Tomáronse desde allí informes.

Súpose que la justicia habia encontrado en la casa de don Hernando de Toledo, su cadáver y el de Clara la tendera.

Que en vano se habia buscado quién hubiese sido el autor de estas muertes.

Que la dueña habia desaparecido.

Que el mayordomo Ginés habia desaparecido tambien.

Achacóse á este último las dos muertes.

Supúsose que, enamorado de Clara, habia sido sorprendido con ella en las habitaciones del jardin, por don Hernando.

Que éste habia matado á Clara, y que luego Ginés le habia matado á él.

Nada cierto, sabia, pues, la justicia.

Los informes habian sido oscuros.

La justicia en España, desde tiempo inmemorial, si no encuentra pronto los autores de un delito, se descuida.

Necesita la ayuda de la policía.

La policía es perezosa.

Entónces no habia policía.

Llenaban las funciones de ésta, los alguaciles.

Eran mucho peores que nuestros polizontes.

Las comunicaciones eran más difíciles.

No se podian expedir exhortos á todas partes.

Además, los de la casa nada tenian que declarar.

Nada habian visto.

Nada habian oido.

Resultaba sólo, que faltaban la dueña y el mayordomo.

Se enviaron requisitorias á los pueblos de ambos.

Se registraron las casas de sus conocimientos.

No se les pudo haber á las manos.

Se habian guardado bien.

Habian puesto tierra de por medio.

Temian ser maltratados por la justicia, por la parte que habian tomado en la preparacion de algunos sucesos.

Nadie hablaba ni una sola palabra que hiciese pensar en Quevedo, ni aun por sospechas.

Los únicos que podian haberle comprometido en sus declaraciones, eran la dueña y el mayordomo, y estos no parecian.

En la casa de pajes se le habia echado de ménos.

Pero nadie podia suponer con fundamento, que él habia tomado una parte tan activa en el drama que tuviera lugar casa de don Hernando.

Seguro ya Quevedo de que no podian hacerle cargo de la muerte de éste

ni de la de Clara, y habiendo acabado Cervantes sus asuntos en Esquivias, una tarde, á puestas del sol, para hacer su jornada con fresco, salieron del pueblo.

Al otro dia, al nacer el sol, entraban en Madrid.

Nada de singular notó Cervantes en su familia.

Tan poco tiempo habia estado separada de ella Isabel, que ningun vecino notó nada.

Todos se habian preparado: todos estaban de acuerdo.

Encontró Cervantes su casa como siempre.

Solamente halló á Isabel más enferma, más triste.

Quevedo se habia separado de Cervantes en la plaza Mayor.

Se habia ido al alcázar.

El maestro de pajes le preguntó dónde habia estado tantos dias.

—¡En la gloria! exclamó descaradamente Quevedo, haciendo un gesto significativo.

Como queriendo decir:

—He estado en los brazos del amor.

—Pues ahora vais á estar dos meses en el infierno, condenado á pan y agua, y á dos horas de *brete* todos los dias.

—Pues no me parece muy grande la penitencia, dijo Quevedo; peor, mucho peor seria ir á galeras.

Y se resignó á su condena.

Pero escribió al duque de Lerma una sentidísima queja en tercetos.

Rióse el duque.

Mandó que le soltaran.

En esto sobrevino el tiempo de volver á los estudios de Alcalá.

Fuése á ellos.

Pero ántes de irse, se despidió de Cervantes.

Éste le deseó muy buena fortuna.

Le tuvo en sesion más de dos horas.

Le recomendó la aplicacion.

El bueno de Cervantes habia cogido un gran cariño á Quevedo.

Le celebró en su viaje al Parnaso.

Por su parte, Quevedo pagó en buena moneda á Cervantes.

Habló con grandes elogios de él en algunas de sus obras.

Cervantes no volvió á ver á Quevedo hasta muchos años despues.

CAPÍTULO XXXV.

Que es el último de esta curiosa historia.

Pasaron dias, semanas, meses.

Pasó un año.

Cervantes esperando.

Buscando por medio de los negocios y de los trabajos literarios el pobre pan de la familia.

Envejeciendo por cada dia un año.

Resignado y grande siempre.

Su pobre familia, ayudándole con el trabajo de sus manos.

Esto era vivir en una insoportable miseria.

Apénas si se ganaba lo necesario para el sustento.

Para vestir míseramente.

Apénas si Cervantes tenia tres camisas.

Su ropilla estaba siempre bajo la aguja de ellas.

Las gorgueras y los puños se zurcian y rezurcian.

Respecto á las mujeres, todas ellas habian echado hábito.

No sólo por devocion, sino tambien porque el hábito era más barato.

La tristeza pesaba sobre la casa.

Podia decirse que de ella habia levantado su vuelo el ángel de la esperanza, y que no habia vuelto.

De tiempo en tiempo, Cervantes escribia, haciéndose una violencia enorme, regando á veces el papel con las lágrimas que le arrancaba su desventura, una humildísima carta al conde de Lemos ó al cardenal de Toledo, don Fernando de Sandoval y Rojas.

El conde de Lemos le enviaba tardíamente alguna pequeña cantidad, que se consumia en deudas.

Tambien el cardenal, de una manera tardía, mandaba le pagasen algunos de los meses atrasados de la pension que le habia señalado.

Pesaban grandes atenciones sobre las rentas del arzobispado.

No se podia cumplir á tiempo con todas.

Lo que más apuraba á Cervantes, eran dos cosas.

—En primer lugar, la salud de Isabel, á la que no podia cuidarse como hubiera sido necesario, por falta de recursos.

Además de esto, la renta de la casa.

Entónces no se pagaba por meses.

Se pagaba por años.

En una época fija.

Por San Martin, por ejemplo.

Cervantes no podia ahorrar.

Ganaba muy poco.

Tenia mucha familia.

Algunos meses ántes de que llegase el plazo del pago de la casa, Cervantes empezaba á aterrarse.

Veia que le era imposible cumplir con el arriendo.

Algun tiempo ántes de cumplirse el plazo, buscaba recursos.

Recurria á los libreros.

Pero los libreros no querian dar nada á cuenta.

Eran necesarias una multitud de licencias para imprimir un libro.

Un cúmulo de requisitos.

La censura eclesiástica.

La civil.

De una á otra de estas formalidades indispensables, se pasaba un siglo.

Habia lugar para escribir otros cuatro libros como el que estaba esperando el *exeat*.

Los libreros, pues, no querian exponer su dinero á una prohibicion de la censura.

Al fin, rogados, vendiendo sus manuscritos de una manera escandalosa, lograba tener Cervantes algun dinero.

La casa le absorbia.

Y como habia andado moroso en el pago, le pedian firma para permitirle continuar habitando la casa.

Cervantes se irritaba.

Se mudaba.

Al año siguiente el mismo apuro.

El cuchillo á la garganta.

Los libreros haciéndose los reácios.

Viéndose obligado Cervantes á llevar sus manuscritos de acá para allá.

Napoleon el grande dijo:

«No hay grande hombre para un ayuda de cámara.»

Nosotros decimos:

«No hay autor ilustre para un librero.»

Habian ido mudando de casas.

Al fin dió en la calle de Bordadores.

Llegó el plazo fatal.

Cervantes acudió con *Rinconete y Cortadillo* á su librero.

Éste se negó.

Redondamente.

Terriblemente.

Dominó su desesperacion, y escribió al conde de Lemos que estaba en Napoles.

A los Argensolas, para que estimulasen al magnífico conde de Lemos.

Pero ántes de que pudiese llegar la contestacion, el casero lo tomó por lo sério. y entabló demanda de desháucio.

Cervantes, que era inteligente y práctico en los negocios, lo entretuvo durante tres meses.

Pero con esto no hizo otra cosa que aumentar las costas.

Sufrió cuantas humillaciones son imaginables.

Se le trató como á un pícaro cualquiera que pretenda vivir sobre el país.

Se le quebrantó la altivez cuanto podia quebrantársele.

Un dia resistió, espada en mano, á los alguaciles que pretendian echarle á la calle con su familia, y sin más que lo justo.

Los pobres muebles, inclusas las camas y los manuscritos de Cervantes, debian responder, no sólo á la deuda, sino tambien á las costas.

—Si estuviéramos sanos, dijo Cervantes desesperado al escribano, nos iríamos todos al hospicio; mejor: sabria todo el mundo, que el autor del Don Quijote habia ido á comer el potage de los pobres recogidos por caridad.

—Tanto me dá á mí de Don Quijote como de Sancho Panza, dijo el escribano: lo que yo necesito es el arriendo y las costas y no de los muebles.

—¡Entrad!... ¡mirad! dijo Cervantes desesperado.

—Y le llevó á la alcoba donde, en un gravísimo peligro, estaba Isabel.

Habia perdido el estómago.

La excitacion de sus nérvios se habia hecho tal, que ya se habian presentado síntomas congestionales.

Llevaba algunos dias de mucho peligro Isabel.

El pavor helaba la sangre á Cervantes.

Cuando oia los agudos gritos que de tiempo en tiempo lanzaba su hija. arrancados por el dolor, se levantaba consternado de su mesa de trabajo.

Un doctor caritativo, amigo de Cervantes, cuidaba asíduamente de la enferma.

Era severo, y daba muy pocas esperanzas.

A Isabel la mataba un exceso de sentimiento.

Aquel mismo dia habia dado un terrible susto á toda la familia.

El ataque habia sido tan fuerte, que se habia quedado inmóvil, rígida, helada, como muerta.

Se habia avisado á Cervantes, que estaba fuera de casa.

Se le habia dicho que su hija estaba acabando.

Por no decirle, Isabel ha muerto.

Cervantes levantó su espíritu al Señor.

—¡Mi hija, Padre! exclamó.

Y Dios le oyó.

Resucitó Isabel.

Por lo ménos, Cervantes la encontró vuelta en sí, y empezando una saludable reaccion.

En aquel momento, y cuando el desdichado Cervantes daba gracias á Dios, se presentó la justicia para notificarle la tremenda sentencia del desháucio, del lanzamiento, de la ejecucion.

—Mirad, dijo Cervantes al escribano, lo que me impide salir al momento de esta casa maldita: mi hija está entre la vida y la muerte.

El escribano sonrió de una manera infame.

—Esos recursos son ya muy viejos y no sirven, dijo; en todo caso, ¿para qué han hecho los bienhechores los hospitales?

Cervantes enloqueció.

Corrió á su espada que estaba en un rincon, la desnudó y se fué sobre el escribano.

Pero algunos vecinos caritativos que allí habian acudido, á causa del estado de Isabel, lo sujetaron.

Se lo llevaron.

Luego cargaron cuatro con la cama que estaba Isabel, y la trasladaron al cuarto de uno de ellos.

Toda la familia se repartió entre la vecindad.

Las aves de rapiña cayeron entónces sobre los míseros despojos.

Los muebles fueron arrebatados.

Pero á punto, avisado por un vecino caritativo, el librero de Cervantes acudió con la bolsa abierta.

Aquello le habia parecido demasiado fuerte.

Se rescataron los muebles.

Las ropas.

Sobre todo los manuscritos.

Algunos dias despues, habiéndose restablecido algun tanto Isabel, Cervantes se fué á vivir con su familia á la calle de Francos, esquina á la del Leon.

Hoy tiene esta casa, que fué la última en que vivió Cervantes, la puerta á la calle de Francos, y sobre ella el busto de Cervantes, sin parecido alguno, de perfil, de medio relieve, en un medallon, sobre una lápida en que se consigna que allí vivió y murió, y el dia de su muerte.

Pero en aquel tiempo, esta casa tenia la entrada por la calle del Leon.

Poco despues de haberse mudado á esta casa Cervantes, y cuando se ocupaba en ella de *La Galatea*, llegó una carta de Nápoles de Lupercio Leonardo de Argensola, conteniendo un libramiento de quinientos ducados, dón del conde de Lemos.

Ya era tiempo.

Cervantes sonrió.

Contestó con toda la expresion de su agradecimiento al conde de Lemos.

Se fué á cobrar la libranza.

Volvió con algunas cosas buenas de comer, que hacia mucho tiempo no probaba la pobre familia.

Bendecia al conde de Lemos, y juraba que habia de consagrarle su vida y su alma, si un dia las necesitaba.

Y lloraba el pobre viejo, sin importarle nada que le viesen llorar los que iban por la calle.

Llegó á su casa.

Magdalena le apagó la alegría, y le secó las lágrimas.

Se encerró con él en su aposento y le dijo:

—Miguel, es necesario tomar una determinacion: yo no te he dicho nada porque no podias tomarla; pero ahora que puedes, es necesario que te hable con lisura.

—¿Y qué tienes que decirme, hermana mia? dijo cuidadoso Cervantes.

—En el convento de las Trinitarias, hay dos pensiones provinientes de su fundacion, para dos doncellas pobres.

—¡En el convento de las Trinitarias! exclamó Cervantes, al cual se le heló la sangre.

—Sí, en el convento de las Trinitarias, repuso tristemente Magdalena: nosotras, Isabel y yo, hemos logrado que se nos concedan esas plazas, pero para ello es necesario que tomemos el hábito, y para tomarle, es indispensable un dote de doscientos ducados cada una.

—Importan poco los cuatrocientos ducados, dijo Cervantes: ¡pero separarme de vosotras! Isabel, á pesar de su tristeza, es la alegría y el consuelo de mi vejez... Tú... tú... Magdalena, eres siempre mi amor.

—Dios lo ha querido, dijo Magdalena: Isabel necesita de los consuelos de la religion, del retiro del cláustro: yo tambien: además, no podemos trabajar, Miguel: somos dos bocas, dos cuidados, dos gastos contínuos: con tu pension, con la de Andrea y con lo que trabajes, no teniendo el cuidado de nosotras dos, podreis ir tirando, no necesitarás trabajar tanto, estás ya viejo: tu hidropesía se hace de dia en dia más grave. Es necesario, de todo punto necesario.

Cervantes se tapó el rostro con las dos manos y rompió á llorar.

Comprendió entónces toda la vanidad de la soberbia.

Toda la horfandad del desventurado.

Comprendió que la vida no es para el bueno, sino para aquel á quien favorece la suerte, aun que sea un malvado.

Se sentia viejo, débil, impotente, al fin de su azarosa carrera, olvidado, desatendido, miserable, y como si esto no bastase, destrozado, mordido, despedazado por la envidia.

Comprendió que él no tenia derecho á tener su hija, por ante la ley de la miseria.

Sintió cuanta amargura puede sentir el alma humana, y lloró largamente toda la amarga hiel que de su corazon rebosaba.

Deimproviso se irguió violentamente.

Sus lágrimas se habian secado.

Levantó, como Ayax, los ojos y los puños al cielo y exclamó:

—¡Ah! ¡es mentira! ¡no hay Dios! ¡no puede haber Dios!

—Y á seguida dió un grito, cayó de rodillas, pegó la frente al pavimento y exclamó:

—¡Oh, perdon! ¡perdon, Dios mio! ¡mi desventura es tan grande, que me vuelvo loco!...

Magdalena le alzó.

—Valor, hermano, le dijo: valor: no vamos á separarnos de tí: tú nos verás: cuando no nos veas, sabrás que estamos en el seguro de Dios, en medio de sus esposas, esposas suyas tambien: tendrás el consuelo de saber que hemos arribado á buen puerto, y que en él vivimos en paz, preparando nuestro camino para otra vida libre de miserias, en la cual nos encontraremos para no separarnos en toda una eternidad.

—Pero ¿Isabel consiente? exclamó Cervantes.

—Isabel lo desea.

—Cúmplase, pues, la voluntad del Señor, dijo Cervantes, y puesto que tú has procurado se os concedan esas dos pensiones, encárgate tú de los dos dotes: toma de ese talego cuatrocientos ducados.

—Luego, luego, dijo Magdalena: ahora tranquilizate.

Y salió.

Las chucherias que Cervantes habia comprado alegremente para dar un buen dia á su famia fueron inútiles.

Ninguno comió aquel dia en la casa.

Todos estaban atribulados.

Cervantes, gracias á su mismo valor, parecia haber recobrado la calma.

Pero tenia el corazon deshecho.

Magdalena hizo cuantas diligencias fueron necesarias.

Buscó recomendaciones para que se ahorrasen algunos gastos.

Al fin enterado de lo que sucedia el cardenal arzobispo de Toledo, tomó mano en ello, y Magdalena é Isabel fueron admitidas á tomar el hábito.

El cardenal Lerma las apadrinó.

Pagó los gastos de la fiesta.

A ella asistió Cervantes con un vestido nuevo.

(Se habian pagado algunos meses de atrasos de su pension).

Asistieron llorosas y tristes, doña Catalina, doña Andrea, doña Constanza.

La fiesta fué magnífica.

¡Como que apadrinaba su eminencia!

Pero Cervantes hubiera perdonado aquella magnificencia de buen grado.

Volvieron todos tristes, apenados, á la que podia llamarse casa mortuoria.

Un año despues, y apadrinadas tambien por el cardenal Lerma, profesaron Isabel y Magdalena.

FIN DE LA SÉPTIMA Y ÚLTIMA PARTE.

CONCLUSION

I.

Con la entrada en el cláustro de Isabel y de Magdalena, quedó Cervantes más triste, pero tambien más desembarazado.

Como habia dicho muy bien Magdalena, con la pension que le daba el cardenal Rojas, la que doña Andrea tenia, la rentecilla de la escasa hacienda de doña Catalina, y los socorros que de tiempo en tiempo llegaban del conde de Lemos, Cervantes pudo al fin dejar de emplearse en ajenas agencias y picar pleitos, y consagrarse á las Musas.

Cervantes se consagró, pues, con un grande afan, á terminar su *Pérsiles* y *Sigismunda.*

La tenia por su mejor obra.

Pero la suspendió, acometido de improviso por la aparicion de la segunda parte del Quijote, firmada por un tal Avellaneda, que en realidad no era otro que fray Luis de Aliaga, dominico, confesor de Felipe III.

II.

En la segunda parte del Quijote, Cervantes se excedió á sí mismo.

Estaba estimulado por la cólera que le habia ocasionado el atrevimiento de fray Luis de Aliaga.

Mejoró el estilo, limpiándole de los desaliños y de las incorrecciones de la primera parte, que escribió con descuido.

Dió mucho más interés á la fábula.

Cuidó más del carácter de los personajes.

Hizo, en fin, una grande obra, en que revelaba á un tiempo la grande inventiva, la gran expresion del corazon, y el gran criterio del concienzudo hombre de letras.

Nosotros nos atreveremos á asegurar que la segunda parte del Quijote, en su forma y en su fondo, sin perder nada de los vuelos de la imaginacion, de la fuerza de la fantasía y de los rasgos del genio, es una obra completamente acabada.

Preferimos, sin embargo, la primera, porque saboreamos su desaliño, su

descuido, la libertad de la imaginacion, á la que ningun temor ha puesto trabas. y que constituyen su principal belleza.

III.

Habian resentido, además, á Cervantes, los grandes elogios que los que le envidiaban habian hecho para mortificarle, del escandaloso enjendro, (permitasenos esta frase) que habia dado á luz á las letras, el dominico confesor del rey.

Aun que hubiera sido buena la segunda parte del Quijote escrita por Aliaga, aun que hubiera sido igual, y aun superior en mérito á la primera parte escrita por Cervantes, siempre hubiera escrito sobre un pensamiento ajeno; hubiera cometido un robo, hubiera encontrado ya una gran facilidad, siguiendo por un buen camino empezado.

Cervantes se habia colocado, al empezar á escribir el Quijote, en un buen punto de vista.

Este buen punto de vista le pertenecia exclusivamente.

Era propiedad suya.

Nadie podia, sin deshonrarse y sin mancillarse, apoderarse de un personaje que él habia creado, y cuyo carácter habia delineado, desarrollado y fijado de tan magnífica manera.

Aun que la obra de Avellaneda hubiera sido buena, hubiera adolecido de una completa falta de original.

Hubiera entrado de todo punto en el terreno de la rapsódia.

IV.

Pero ni era buena, ni podia aun calificarse de mediana.

Es una obra de estilo pesado y artificioso.

Recargada de textos, á la manera que escribian generalmente sus obras los padres maestros, que no podian pasarse sin ostentar su erudicion y lo versados que estaban en las sagradas letras. en la teologia, en los cánones, en el latin y el griego.

Los personajes estaban desfigurados.

Ni siquiera llegaban á ser la caricatura de los de Cervantes.

Ni don Quijote era don Quijote, ni Sancho Panza se parecia á sí mismo.

De la misma manera nadie podia reconocer á Rocinante ni al rúcio.

Dos animales de los cuales ha hecho dos caractéres Cervantes, con su idiosincrásia particular, si se nos permite la frase.

Porque en el Quijote de Cervantes todo es admirable por la verdad.

El libro es un mundo positivo en que viven personajes reales.

V.

La diferencia que existia entre la primera parte del Quijote, y la continuacion de Avellaneda, era tan grande que nadie podia dejar de reconocerla.

¡Pero y la envidia!

¿Cómo habia de dejar la envidia de aprovechar aquella ocasion de morder á Cervantes?

De aquí provino la irritacion de éste.

De esta irritacion, el que se aplicase á escribir con todos sus cinco sentidos la segunda parte del Don Quijote, posponiendo á ella el Pérsiles y Segismunda, de la cual dijo él mismo que habia de ser *la mejor ó la peor de sus obras.*

VI.

En cuanto á la segunda parte del Quijote (de Cervantes se entiende) y para ampliar su juicio, veamos lo que de ella dice el ilustrado don Mateo Fernandez de Navarrete, autor de una historia de Cervantes.

«La segunda parte del Quijote fué la última produccion que dió á luz, así como la más perfecta de todas, y la que por esta razon debe servir de regla para medir la elevacion de su ingenio.

»La variedad y discrecion de los episodios, su proporcionada extension, su enlace con la accion principal, su oportunidad y gracia, hacen muy superior esta obra á todas las modernas de su clase.

»Bastará para convencerse de ello, reflexionar sobre el claro interlocutor que presenta en el bachiller Sanson Carrasco, cuyo carácter socarron, malicioso y amigo de donaires y burlas, dá tal amenidad, y coopera de tal modo á la continuacion y término de la fábula, que no puede dejar de causar interés y de excitar la curiosidad.

»El artificio con que aparece Ginés de Pasamonte disfrazado de titerero, bajo el nombre de maese Pedro, prueba tambien el cuidado con que Cervantes procuró enlazar las aventuras de la primera parte con la segunda; pero sobre todo, en el soliloquio de Sancho en sus apuros, cuando vá á buscar á Dulcinea en el Toboso, es tan original, que puede competir con los mejores monólogos que se conservan de los poetas y novelistas antiguos.

»Discretísimo es el episodio de las bodas de Camacho; propia y sencilla la descripcion del sitio y de sus campestres adornos, de la abundancia y limpieza de la comida, y de las danzas y cuadrillas para completar el festejo; excelente el

susto de la novia al aparecerse Basilio; natural el desenlace, y proporcionada la duracion de esta aventura.

»A otra clase superior pertenece la de la cueva de Montesinos, á la cual baja don Quijote, y vé en ella encantado á aquel caballero, y á su escudero Guadiana, y á las dos sobrinas y cuatro hijas de la dueña Ruidera, dando así un orígen fabuloso á las antigüedades de la Mancha y apropiando tan oportunamente los nombres de los rios y lagunas á los personajes de caballería que celebraban nuestros antiguos romances y consejas.

»Este episodio poético, sublime y perfectamente relacionado con la fábula principal, es comparable á la bajada al infierno de Ulises, de Enéas y de Telémaco, aun que aplicados con ingeniosa destreza á la manía del hidalgo Manchego.

»Las aventuras de maese Pedro y la del rebuzno, son muy cómicas, verosímiles y adecuadas al carácter del héroe principal, y á las costumbres y usos de sus compatriotas.

»En contraposicion á estos episodios sencillos y vulgares, presenta en el de la casa de los duques toda la pompa y elevacion propia de los asuntos épicos: la entrada de don Quijote en la de aquellos señores, la montería tan bien descifrada y descrita, la aparicion del Clavileño, y el inesperado término de su viaje; el aparato fúnebre de Altisidora, las formalidades de la batalla con el lacayo Tosilos, todo lo hace noble y varonil, en lo cual levantó el estilo, y lo llenó de imágenes y de ideas grandes, correspondientes á unos personajes poderosos que tienen gusto en ofrecer á su Majestad las maravillosas aventuras que refieren los libros de caballería y que él cree ciertas, miéntras que los demás interlocutores comprenden lo ridículo de tal farsa, y la continúan como si la creyeran: por cuyo medio admira el lector el ingenio de Cervantes, y halla duplicado placer en la manía de don Quijote, y en la simplicidad de Sancho.»

VII.

No cuidó en vano Cervantes de la segunda parte del Quijote.

Avellaneda fué de todo punto vencido.

Y lo que fué mejor aun, fué de todo punto vencida la envidia.

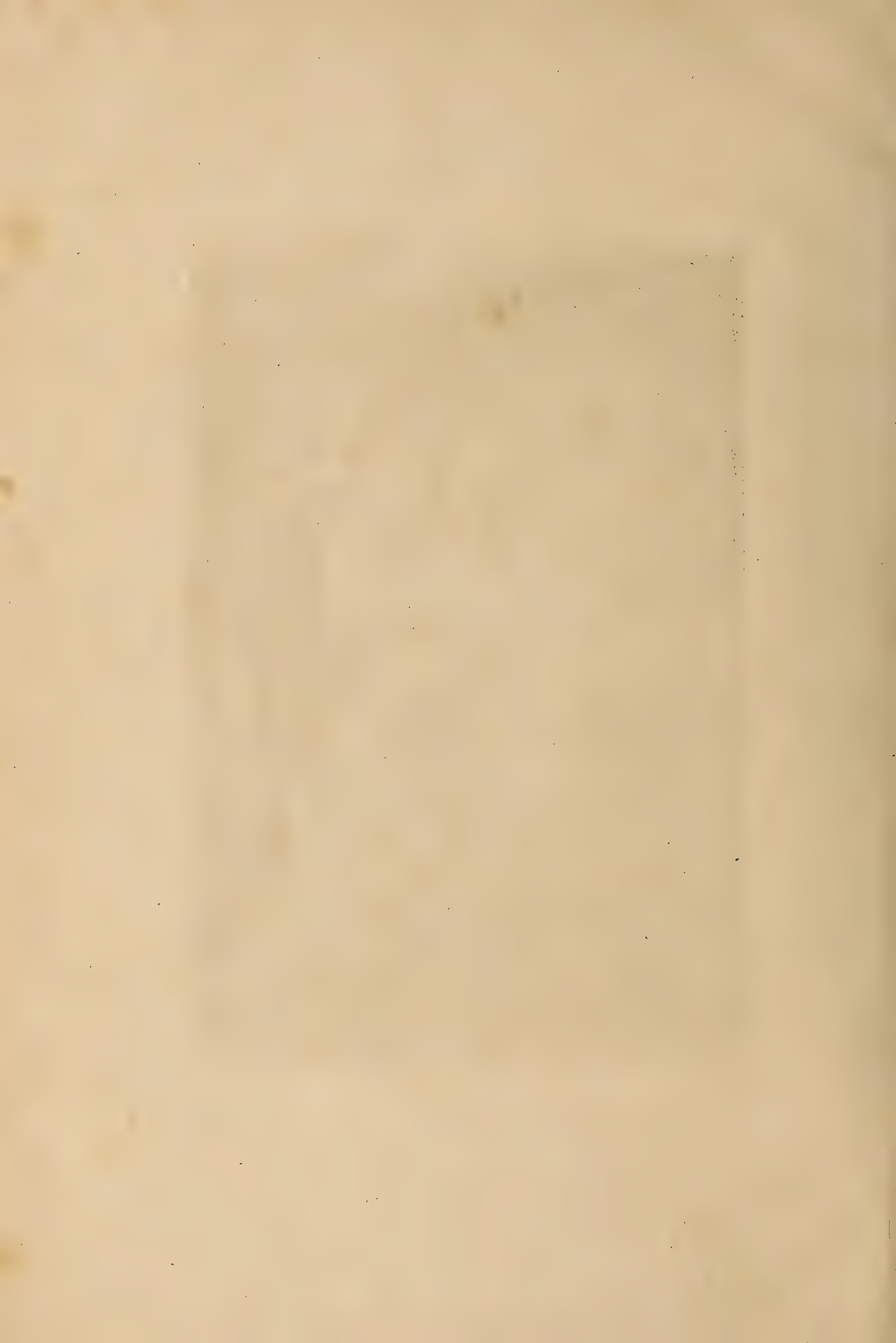
Cervantes se sobrepuso á todo.

Venció todas las dificultades.

Pero ya viejo y sin esperanza.



Muerte de Cervantes.



VIII.

Dedicó Cervantes la segunda parte del Quijote á su Mecenas, el conde de Lemos.

Deciale en la dedicatoria, escrita en 31 de octubre de 1615, manifestándole el mal estado de su salud, que le ofrecia los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda:* libro que esperaba concluir para dentro de cuatro meses.

Teniale anunciado al público desde 1613.

Pero, como dijimos, lo dejó para escribir la segunda parte del Quijote.

Le ponia en comparacion con el de Heliodoro, á quien se propuso imitar, haciendo émulos de los Castos amores de Teágenes y Caridea, los de Periandro y Auristela.

IX.

Esta obra la tenia ya concluida Cervantes en la primavera de 1616, cuando se vió obligado á suspenderla, porque la gravedad de su hidropesía no le dejaba ya trabajar.

En tal estado estaba, que por no poder salir de su casa hubieron de darle en ella la profesion de la órden tercera de San Francisco, cuyo hábito habia tomado en Alcalá el dia dos de julio de 1613.

Pero como algunos raros alivios le daban esperanzas de curacion, creyendo encontrarla en la variacion de aires, se resolvió á irse á Esquívias, donde vivian muchos parientes de su mujer.

Pero todo fué inútil.

Su enfermedad se agravaba de dia en dia.

Conoció que se acercaba su fin, y quiso morir entre su familia.

Esta se componia únicamente de su mujer, su hermana y su sobrina.

Isabel y Magdalena no pertenecian al mundo.

Las encerraba el cláustro.

Ellas, las desdichadas, no podian asistir á la agonía, la una de su padre, la otra del hombre á quien tanto habia amado y de tan casta manera.

Del que habia acabado por ser hermana.

X.

Cervantes, pues, acompañado de dos amigos que debian cuidar de él, se puso en camino para Madrid.

De este viaje tenemos una exacta noticia en el prólogo del Pérsiles.

XI.

Viniendo, pues, de Esquivias, sintieron que por la espalda venia uno picando con gran prisa y dando voces para que se detuvieran.

Esperáronle, en efecto, y llegó sobre una borrica un estudiante, quejándose de que caminaban tanto que no podia alcanzarlos para ir en su compañía: á lo que contestó uno de los acompañantes, que la culpa la tenia el caballo del señor Miguel de Cervantes, por ser algo pasilargo.

Apénas oyó el estudiante el nombre de Cervantes, de quien era apasionado, aunque no le conocia, cuando apeándose de su cabalgadura arremetió á él, y asiéndole de la mano izquierda le dijo:

—Sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, *el escritor alegre*, y finalmente *el regocijo de las Musas.*

Cervantes, que tan impensadamente se vió colmado de tales alabanzas, correspondió con su natural modestia y cortesanía, abrazándole y pidiéndole volviese á montar su burra para seguir juntos y en amigable conversacion el camino.

Hízolo así el estudiante, con quien tuvo Cervantes una larga conversacion acerca del estado de su enfermedad, y de la certeza que Cervantes tenia, no sólo de que estaba mortalmente enfermo, sino del dia aproximado en que debia acontecer su muerte.

«Tuvimos, dice, algun tanto las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me deshaució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesía que no la sanara toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese: vuesamerced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesamerced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesamerced me ha mostrado. Con esto llegamos á la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia.»

XII.

No se habia engañado Cervantes.

No se engañó por cierto.

El dia 18 de aquel mismo mes le administraron la Extremauncion.

Tal era la fuerza de su espíritu, que conservándolo sereno, al dia siguiente escribió á su protector el conde de Lemos la siguiente conmovedora carta:

«Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ánsias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun más allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E.».

XIII.

La carta que en parte acabamos de copiar, es admirable, y todos los comentarios que de ella hiciéramos serian pálidos.

Pálido todo lo que añadiéramos despues de sentir la muerte de Cervantes.

Otorgó testamento en favor de su hija, dejando por albaceas á su mujer doña Catalina de Salazar y al licenciado Francisco Nuñez, su vecino, expresando en su testamento que queria ser enterrado en la iglesia de las monjas Trinitarias, donde habian profesado doña Isabel y Magdalena.

Murió el sábado 23 de abril de 1616.

Aquel mismo dia, y hay que notar esta circunstancia, murió el famoso poeta Guillermo Shakespeare.

XIV.

¿Qué fué de la familia de Cervantes?

Ninguna noticia se tiene de ella.

¡La miseria! ¡el dolor!...

¿Qué fué de las cenizas de nuestro grande hombre?

En el año de 1633 se trasladaron las monjas Trinitarias del mal convento que tenian en el Humilladero, al nuevo que se las habia construido en la calle de Cantarranas.

Trajeron consigo los huesos de los que en su antigua iglesia se habian enterrado.

Entre ellos debian ir los de Cervantes.

¿Dónde está ahora su polvo?

Dios lo sabe.

FIN.

ÍNDICE.

TOMO SEGUNDO.

LIBRO CUARTO.

EL CAUTIVERIO EN ARGEL.

PÁGINAS.

LIBRO QUINTO

ESQUÍVIAS.

LIBRO SEXTO.

EL ALCALDE DE ARGAMASILLA.

LIBRO SÉPTIMO.

LA HIJA DE CERVANTES.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

DEL TOMO SEGUNDO.



